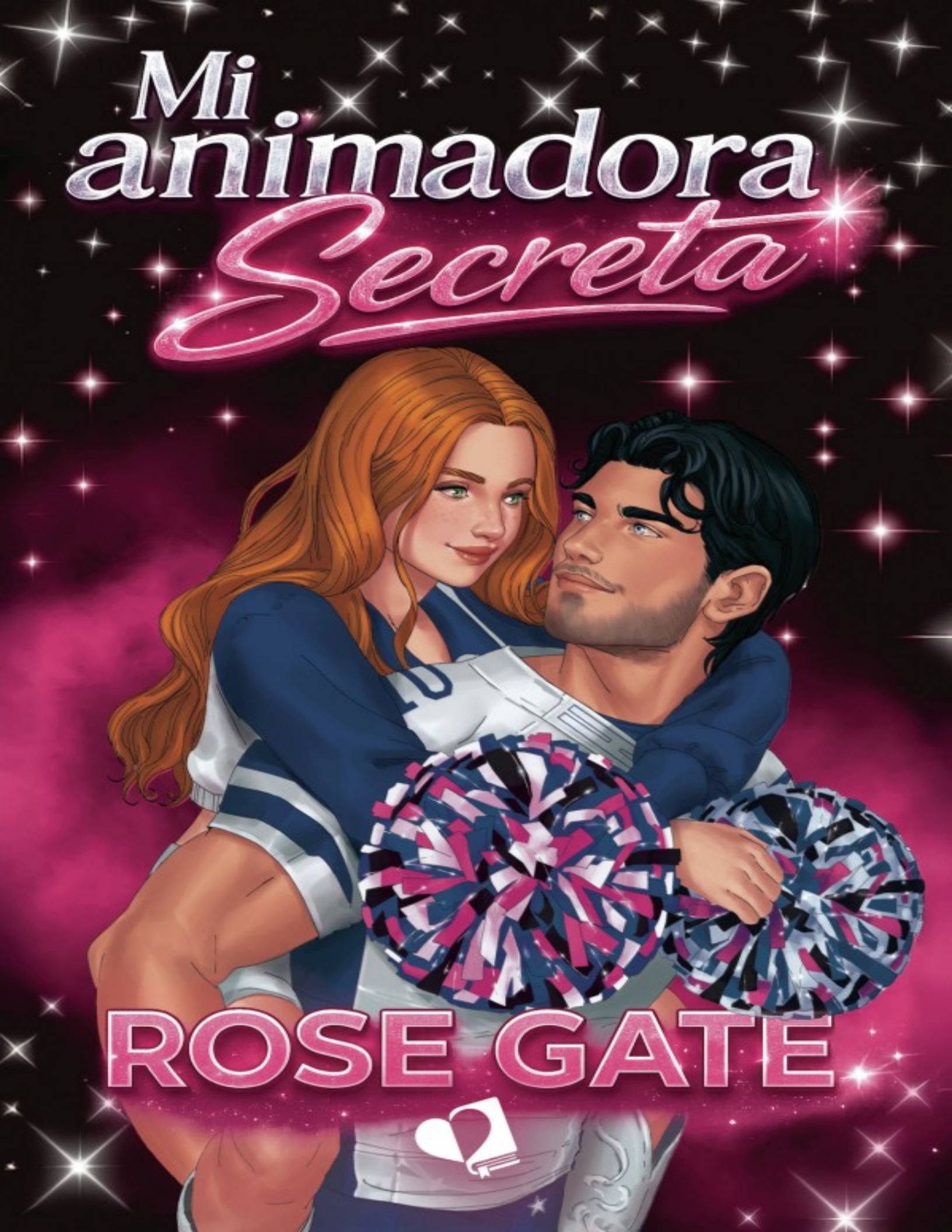
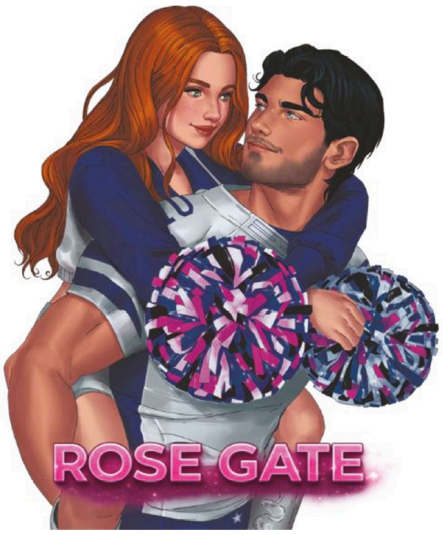
Mi animadora Secreta



ROSE GATE

Mi animadora Secreta



ROSE GATE

Colección milamores

Mi animadora secreta

ISBN: 9791387832353
ISBN ebook: 9791387832780

Derechos reservados © 2026, por:

© del texto: Rose Gate
© corrección: Nía Rincón
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Inicio del Partido: .....

Fin del Partido: .....

MARCADORES

Valoración

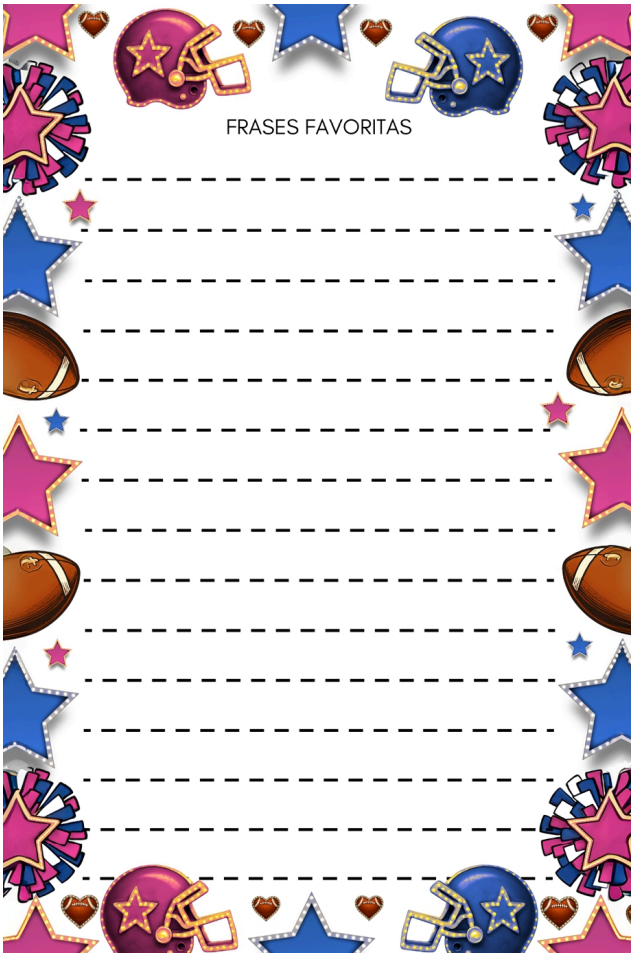
Historia

Risas

Amor

Spice

Sport Romance



AGRADECIMIENTOS

✹ ADVERTENCIAS (Antes de abrir este libro)

Este libro puede provocar:

🏈 Latidos en modo arritmia cada vez de que cierto quarterback decida respirar cerca de una animadora pelirroja.

😂 Dolor abdominal por carcajadas (y no me hago responsable si te tienes que visitar al maxilofacial para recolocarte la mandíbula).

🔥 Calentamiento extremo y pensamientos poco cristianos en momentos muy inoportunos.

👶 Ataques de ternura pasivo-agresiva causados por un gremlin con piernas y cero respeto por la paz mundial.

💘 Adicción al caos romántico y ganas de gritar: «Esto es una mala idea pero estoy deseando leerla», mientras sigues pegado a las páginas como si te pagaran.

Si después de esto sigues aquí… enhorabuena.

Eres de los míos.

Escribir este libro ha sido como jugar en casa con el estadio lleno: mucho ruido, mucha presión, mucha emoción y esa sensación constante de que, en cualquier momento, alguien va a saltarse las normas… y me iba a dar las gracias por ello.

A mi familia, que ya sabe que «termino una escena y salgo» significa «nos vemos cuando acabe la temporada regular».

Gracias por quererme incluso cuando mi cara está aquí, pero mi mente está en Dallas.

A mis ceros, mi equipo titular, mi línea ofensiva emocional.

Gracias por sostenerme cuando me vengo arriba, cuando me vengo abajo y cuando me da por atosigaros porque hay que cumplir con la fecha.

A Nía, Alma, Sonia, Marieta y Eli, por volver a entrar conmigo al campo sin casco, con una fe que no merezco y un ojo clínico que lo ve todo.

Sois mi repetición instantánea, mi VAR literario y mi «esto está de la hostia, pero cámbiame esa coma, reina».

A Bárbara, por los audios, las risas y esa energía de «necesito más historias ya» que me empuja como si fuera un *coach* gritando

desde la banda.

Gracias por vivirlo con el pecho abierto y el corazón en primera línea.

A Patri, por ilustrar a la perfección aquello que pasa por mi cabeza, y hacerlo con tanta magia que dan ganas de enmarcarla y ponerle un anillo de la NFL.

Gracias por hacer que todo parezca más brillante, más intenso y más «¡lo necesito en mi puñetera estantería!».

A Milamores, por confiar de nuevo en mí, por apostar por mis locuras con una sonrisa y por dejarme hacer lo que mejor sé hacer: una historia cargada de romance, caos, humor y personajes que se te meten debajo de la piel sin pedir permiso.

A los booktokers, bookstagrammers y todos aquellos que fomentáis la lectura. Gracias por vuestra generosidad.

Y a ti, lectora (sí, tú), que estás a punto de abrir estas páginas: gracias por quedarte, por volver, por confiar y por lanzarte conmigo a este partido.

Gracias por reírte, por suspirar, por gritarle a los personajes como si te pudieran oír.

Gracias por elegir historias que no piden perdón por ser intensas.

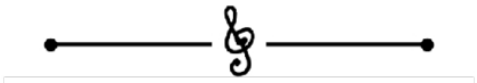
Y sobre todo… gracias por creer en la magia de los peores planes.

Los que empiezan como un «esto no debería pasar…» y acaban siendo lo único que de verdad importa.

Nos vemos en la endzone, familia.



PLAYLIST







DICCIONARIO CANALLA

By Valentino Dalton

Para nerds del fútbol americano (y lectores valientes)

Si has llegado hasta aquí es porque te gustan los sportromance o porque estás leyendo este libro y no quieres fingir que lo entiendes todo.
Tranquilo. Yo tampoco entendí nada al principio.
Spoiler: Ahora tampoco, pero lo disimulo mejor.

🔥 LO BÁSICO (SIN HUMILLACIONES)

Quarterback (QB): El jefe. El que manda. El que sale en las fotos. Si la caga, arruina el domingo de millones de personas.

Down: Cada oportunidad para no hacer el ridículo. Tienes **4** para avanzar **10 yardas** o el balón cambia de manos. Como en Tinder.

1st down: Respira. Sigues vivo. Empiezas de nuevo.

Yardas: Distancia. Todo en este deporte se mide en yardas y en ego.

💣 CUANDO EMPIEZAN LOS GRITOS

Snap: Ese segundo en el que el balón se mueve y todo puede salir mal.

Pase: El QB lanza el balón esperando que alguien de su equipo lo atrape. A veces ocurre, a veces no.

Carrera: Plan B cuando el pase da miedo.

Playbook: El libro sagrado. Nadie lo sigue al cien por cien, pero todos fingen que sí frente al entrenador.

🩹 VIOLENCIA ORGANIZADA

Tackle: Cuando derriban al jugador que lleva el balón. Traducción libre: «Te has movido demasiado, vuelve al suelo».

Sack: Cuando la defensa hace que el quarterback bese el césped antes de que lance. Al quarterback no le hace gracia. A la defensa le da años de vida.

Fumble: El balón se cae. El corazón también.

Intercepción: Lanzas un pase precioso... al equipo contrario.

🎯 PUNTOS Y ZONAS IMPORTANTES

***Touchdown* (TD):** El objetivo de la vida. Entrar con el balón en la end zone. Vale **6 puntos** y muchos gritos.

End zone: La zona final del campo. Si llegas aquí con el balón, has triunfado. Igual que si echas un polvo en la primera cita.

Extra point: El intento de sumar un punto más justo después de un touchdown. El «ya que estamos»... Normalmente entra. Cuando no, **Twitter arde**.

Field goal: Una patada al balón entre los palos. No sirve las pelotas del rival. Vale **3 puntos**. No es sexy, pero suma.

Red zone: Zona del campo muy cercana a la **end zone**.
Cuando el ataque está aquí, el equipo que defiende empieza a sudar.

🚹 GENTE QUE DEBERÍAS RECONOCER



***Wide Receiver* (WR):** El rápido.

***Running Back* (RB):** El que se come los golpes.

Línea ofensiva: Gigantes. Muros humanos. Si hacen bien su trabajo, nadie habla de ellos.

Defensa: Los villanos, o los héroes, depende de quién tenga el balón.



FRASES QUE YA PUEDES LEER SIN PÁNICO

Blitz → La defensa va con todo.

3rd & long → Quedan pocas oportunidades y muchas yardas

Drive → Una serie de jugadas ofensivas

⏱ EL TIEMPO ES RELATIVO

Quarter: Cada partido tiene cuatro. El último siempre dura el doble... emocionalmente.

Two-minute warning: Quedan dos minutos y nadie respira.

Timeout: Pausa del partido que pide un equipo para detener el juego. Para pensar. O para gritar mejor.

Si después de esto no entiendes una jugada, sonríe y di: «Uf... esa decisión del quarterback...», y niega con la cabeza.
Funciona el 90 % del tiempo.
— **Valentino Dalton**—

INTRODUCCIÓN



—Ha muerto.

No hubo preámbulos, ni «lo siento» ni «¿estás sentado?».

Solo esas dos palabras, desnudas, atravesando la línea como un golpe bajo.

Tenía todavía las manos vendadas del entrenamiento, el hombro caliente y el sudor secándose en la nuca cuando miré la pantalla del móvil. Número desconocido de California. Yo esperaba a un agente, un periodista, algún directivo con prisas por hablar de mi contrato. No una voz femenina demasiado calmada para lo que estaba diciendo.

—¿Quién? —pregunté, aunque mi estómago se encogía por un mal presagio; solo conocía a una persona en ese Estado cuya situación vital me importara… Bueno, dos, si contaba al peque.

—La señorita Lane —contestó—. Nova Lane. Usted figura como contacto de emergencia y padre de su hijo en los documentos. Soy la trabajadora social asignada al caso.

Nova.

Nova Lane.

Mi ex.

La madre de mi hijo.

Mi corazón dio una sacudida tan brutal que dudé sobre si estaba a punto de sufrir un infarto o necesitaba sentarme antes de besar el suelo.

Ella era la chica de la que me enamoré. La que salió de un pueblo perdido a las afueras de Dallas con una bolsa de basura por maleta, saltando de familia de acogida en familia de acogida, y que, aun así, siempre posaba en las fotos como si hubiera nacido rodeada de focos.

«¡Cómo has podido morirte ahora, joder!».

Menudo pensamiento de mierda para una noticia más mierda todavía.

Me dejé caer en el banco de madera del vestuario como si me hubieran arrancado las piernas de cuajo. El ruido de mis compañeros en las duchas se volvió un zumbido lejano. El mundo siguió, porque el mundo siempre seguía. Yo no.

—¿Qué ha pasado? —logré balbucir.

Me habló de un accidente de coche camino de una sesión, de una autovía mojada, de un conductor que juraba que el semáforo estaba en ámbar. De paramédicos que hicieron lo posible y de un hospital de Los Ángeles donde había terminado la carrera que Nova se había negado a abandonar.

Ella era, o más bien fue, portada de campañas internacionales, musa de fotógrafos, rostro de perfumes caros.

Evelyn Porter en su partida de nacimiento. La niña del sistema que había aprendido demasiado pronto lo que era crecer con demasiado poco. Tenía hambre de todo: seguridad, atención, amor, escapar… Juro que yo le di todo lo que pude el tiempo que estuvimos juntos, pero nunca pareció suficiente, y a los dos años de tener al bebé, decidió poner punto y final.

—El niño está bien —añadió la mujer—. Ileso, no iba con ella.

«Gilipollas, ni siquiera has preguntado por él».

—En este momento se encuentra en un centro temporal de acogida hasta que usted…

Hasta que yo reaccionara, hasta que dejase de ser el *quarterback* estrella que pensaba en si iba a renovar o no para la siguiente temporada —cuando había hecho un año de mierda por culpa de una lesión— y pasara a ser algo mucho más simple y mucho más jodido: un padre con todas las letras.

Cerré los ojos un segundo, me pincé el puente de la nariz.

Nova y yo nunca fuimos una historia de odio. Fuimos una mezcla letal de química, *timing* pésimo y carreras incompatibles.

Nos conocimos en una sesión de fotos benéfica: yo con el casco en la mano; ella con unas botas que valían más que mi primer coche. Chispazo instantáneo, follamos esa misma tarde en su camerino. Una relación tan apasionada como desordenada: hoteles, vuelos, entrenamientos, *castings* y un Predictor positivo que cayó como una bomba en mitad del caos.

Podríamos haber puesto solución. No lo hicimos. Ella no quiso plantearse otra opción que no fuera tener al bebé, y yo tampoco.

Nací en una familia en la que no me faltó el amor, pero sí un padre que no conocí hasta los quince. Me crio mi madre, la *sheriff* Wallace, también conocida como la némesis personal de Cupido en un pueblo dedicado al amor: Saint Valentine Falls. Sí, ese Saint Valentine Falls teñido de casas rosas, farolas con forma de flecha y un lago con apariencia de corazón. Un sitio donde hasta los perros parecían enamorarse a primera vista y en el que mi madre, por pura coherencia interna, caminaba con la pistola en el cinturón y la ceja arqueada en permanente modo «no».

Era la única chica entre seis hermanos y, aun así, la más gamberra de los Wallace. La apodaban Calamity Jane porque, según la leyenda familiar, si había un tejado del que caerse, un árbol que trepar o un lago congelado que testar, allí estaba ella, probando la gravedad. Supongo que encajar en una casa llena de testosterona empujaba a cualquiera a especializarse en supervivencia extrema y tiro con arco.

Y luego estaba él.

El gran Cole Carter. Exestrella de los Giants. El meteorito que regresó al pueblo cuando yo estaba en plena adolescencia y desmontó la vida que con tanto cuidado había tejido mi madre. Ahí entendí que incluso los dioses de la negación podían caer rendidos y que yo quería eso para mí. Una familia, un hogar donde nadie se sentara en la mesa mirando a una silla vacía.

Aunque la vida —muy suya— se encargó de recordarme que los patrones eran cabrones y difíciles de romper.

Ironías del destino: terminé repitiendo más de uno sin querer admitirlo.

La trabajadora social parloteaba al otro lado de la línea mientras yo procuraba encajar las piezas de un puzle para el que no estaba preparado.

Intenté que las cosas entre Nova y yo funcionaran. Cuando el hechizo del amor se evaporó, le ofrecí una pensión compensatoria más que generosa, un piso en Dallas, apoyo para buscar trabajos allí y así no apartarme del niño. Yo tenía un contrato de seis años firmado con los Cowboys y largarme no era una posibilidad.

Mi ex se negó, nunca quiso ser «la mujer del *quarterback*», no quería un hombre que la salvara; aspiraba a ser su propia salvadora.

Lo mismo que me enamoró de ella fue lo que nos rompió.

Cuando estábamos juntos, se llevaba al crío a todas partes. A *castings*, sesiones de fotos, preproducciones, viajes, desfiles... Yo pagaba una niñera extra para que pudiéramos compatibilizar que mi hijo estuviera cuidado porque mi carrera deportiva no me permitía acompañarlos durante la liga.

Nuestras vidas eran dos agendas que nunca terminaban de encajar. NFL, viajes, horarios absurdos, entrenamientos, focos, contrataciones. Al final, los días que teníamos los tres juntos se contaban con los dedos…, y sobraban dedos.

Últimamente me descubría deseando otra cosa. No visitas contadas ni horarios encajados a martillazos, sino una vida donde mi hijo no dependiera de un calendario compartido y de vuelos exprés a la Costa Oeste. Que quizá, en algún momento, tendría que plantearme cambiar las reglas del juego, sobre todo, ahora que quedarme en los Cowboys pendía de un hilo.

El universo me escuchó y respondió con un «agárrame el cubata» a lo bestia.

—Señor Carter —insistió la voz al otro lado—, necesitamos que venga hoy. Cuanto antes, el niño está asustado y pregunta por usted.

Tragué.

—Envíeme la dirección —dije—. Estoy de camino.

CAPÍTULO 1



«Lo. He. Puto. Conseguido. Soy una DCC».

Lo dije en voz alta, en mi cabeza, por dentro, en todos lados.

Tenía la lengua seca, las manos temblando y el corazón haciendo mortales encadenados en el pecho mientras miraba el uniforme doblado sobre el banco del vestuario.

Dallas Cowboys Cheerleaders.

El azul, las estrellas, las botas blancas.

Mi sueño desde que tenía seis años, un uniforme demasiado grande para mí y unos pompones que brillaban con tanta fuerza como mis esperanzas.

El móvil vibró en mi mano.

Llamada entrante: Mami Phil ♥

Sonreí tan fuerte que me dolieron las mejillas antes incluso de descolgar.

—¡Lo he conseguido! —grité nada más darle al botón—. Soy una DCC.

Hubo tres segundos de silencio al otro lado de la línea y luego un alboroto con sabor a hogar.

—¡Os lo dije! ¡He ganado la porra! —mami Phil chilló como si acabaran de decirle que le regalaban un taller nuevo lleno de herramientas. Seguro que ya estaba imaginando dónde iba a colgar el premio.

—Un momento, ¿alguien ha apostado que iba a volver con los pompones entre las piernas?

—No, lo que hemos apostado es a qué hora te lo dirían y claramente he ganado. Sabía que ibas a conseguirlo. Lindsey estaría muy orgullosa de ti.

Que mami Phil nombrara a mi madre en un momento como ese me calentó por dentro, sobre todo, porque la había sentido conmigo mientras anunciaban el equipo oficial de ese año y yo cruzaba los dedos con tanta fuerza que la integridad de mis falanges corrió serio peligro.

De fondo, se oyó un estruendo de sillas arrastrándose, platos tintineando y, mínimo, un vaso estrellándose contra el suelo.

—¿Es que nadie sabe atender sin tirar nada en este restaurante? —La voz de Travis tronó al fondo. Era un gruñón de manual con un corazón enorme.

—¡Papá, cállate, que este es un momento histórico! Mi hermana está al teléfono con el manos libres —intervino Hunter. Catorce años, drama cero, volumen máximo, hormonas desatadas—. Sky, dime que vas a salir en la tele con todas esas animadoras de botas blancas y *shorts* al nivel de las pestañas. ¿Puedes conseguirme un pase VIP a los vestuarios? Es para un trabajo del instituto, de anatomía avanzada.

—Lo único avanzado que tienes tú es la *tontología*… Aparta, lerdo —interrumpió Lainey, nuestra hermana menor. Doce años, pastelera prodigio que llevaba semanas amenazando con poner «Patada alta» (en honor al paso estrella de las DCC) a uno de sus nuevos postres si me seleccionaban—. Sky, ¿cómo son los pompones? ¿Te han dado de esos con luces navideñas? Necesito detalles para mi salud mental y comentárselo a mis amigas.

Mis hermanos eran un espectáculo aparte. Caos, ruido y amor en estéreo.

Me reí, con los ojos empañados de lágrimas bonitas.

Podía verlos sin estar allí: en el restaurante de mi padre adoptivo, con vistas al lago; todos amontonados alrededor de una mesa gigantesca; la tele apagada por primera vez en la historia del local, como si el último *drive* del partido dependiera de mí.

—Por ahora son los normales, creo que los de luces fueron solo para el espectáculo navideño del año pasado, veremos qué nos dan

para este. ¿Estáis en el restaurante? —pregunté, sorbiendo mi emoción discretamente.

—Por supuesto —respondió mami Phil.

—Nos ha hecho apagar la tele —añadió Travis de fondo; fui incapaz de no sonreír.

—Trav, cállate y deja que nuestra hija hable —lo atajó Pippa.

Ese «nuestra hija» siempre me tocaba algo en el centro del pecho.

Me acomodé en el banquito de mi espejo tocador y respiré hondo, intentando que la voz no se me rompiera.

—Lo he conseguido gracias a vosotros —susurré—. Me tiembla todo…

Hubo un instante de emoción contenida.

—¿Te acuerdas —dijo Pippa, despacio— de la primera vez que te vi mirar a unas animadoras?

Claro que me acordaba. Tenía seis años, el pelo rojo cortado a lo bruto, ropa de niño por culpa de un padre que pretendía alejarme de todo lo bueno de mi vida y que entonces se resumía en mi tía, Philippa Ferguson, a quien le había colgado el cartel de «madre» tras el fallecimiento de la mía y mi posterior adopción.

—Me acuerdo —murmuré. Sobre todo, porque esa imagen siempre me llevaba a él.

Tenía grabado ese día en la médula ósea, cuando Levi Carter me cogió en brazos para que las viera bien; pensé que nunca había visto un chico tan guapo como él.

El hijo de mi tía adoptiva, Jane, la *sheriff* de Saint Valentine Falls, también me regaló mi primer uniforme, depositado en una cama de hospital. Era el de su equipo, así de caprichoso era el destino, o tal vez yo, porque en ese momento también pertenecíamos al mismo. La reflexión me estremeció; no tenía ni idea de cómo reaccionaría cuando se enterara.

Sacudí la cabeza, apartando su nombre de la primera línea de pensamiento antes de que se me colara por completo.

—Estoy convencida de que Levi fue el origen de todo esto —apuntó Pippa—. De tus puntas rotas, de tus rodillas llenas de

moratones, de los festivales, las becas, los campamentos de verano, tus horas en el gimnasio practicando acrobacias imposibles…

—Me ha costado, ¿eh? —reconocí, apartando su nombre de mi boca—. No ha sido fácil, pero estoy aquí, lo he conseguido.

—Te lo has ganado, Sky —intervino ahora la voz firme y tranquila de Cole, el padre de Levi—. Estamos tan orgullosos de ti que le hemos encargado a Pippa una estatua.

—¡No, por favor, no podría soportar otro alegato al arte conceptual de mi mujer frente a todo el pueblo! —enfatizó papá Travis.

—¡Cállate, Dax el Descupidificador! —voceó mi tía Jane.

—Que no fui yo quien le cercenó el jeto a Cupido, son puros rumores.

—Seguro que sí, hermanito. —Sonreí al reconocer la voz de la madre de Levi.

Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano y me obligué a ser honesta, no solo con ellos, sino conmigo misma, como siempre.

—Estoy aterrada —solté de pronto.

—Normal —dijo la *sheriff* sin rodeos—. Si no tuvieras miedo, pensaría que algo va mal. Siempre has sido una niña muy responsable.

—No como tú, Calamidad —la chinchó mi padre. Jane y Travis se llevaban como el perro y el gato desde pequeños, aunque se adoraban por igual; eran demasiado parecidos.

Jane bufó, parecía que le hubieran dicho que no iba a ganar el concurso de tiro con arco de ese año en la feria dedicada a Cupido.

—¿Qué te angustia? —preguntó mami Phil.

Tragué saliva.

—No estar a la altura, cagarla, ser la «chica de pueblo que seleccionaron por error». Y… —inspiré hondo— no llegar a fin de mes.

Las DCC pagaban, sí, pero no lo suficiente como para mantener una vida en Dallas sin otro trabajo. Y eso que ese año les habían subido el sueldo gracias a las quejas de algunas veteranas en un reportaje de Netflix. Y yo no pensaba vivir del dinero de mis padres. No cuando ellos ya se habían dejado la piel para pagar cada clase,

cada campamento, cada tutú y mi préstamo universitario. Además, estaban mis hermanos.

—Debo encontrar un segundo empleo rápido —continué—. Y una habitación decente que no sea un «armario con cama», sin ventanas y una combinación pésima de transporte público hasta el estadio.

—Respira, Ratita —me cortó Travis, con ese apodo que se me había quedado clavado desde pequeña—. Todo eso se puede hablar, sabes que te apoyaremos y, si debemos apretarnos el cinturón algo más, lo haremos. Lo más importante es que has conseguido el puesto, que había cientos de candidatas y solo nueve plazas para novatas. Si eres una DCC es porque han visto lo mismo que nosotros en ti. Eres pura alma y talento, lo vas a petar en esa gran pantalla.

Su respuesta me calentó por dentro, aunque no estaba dispuesta a que sufragaran más gastos.

—Lo demás lo solucionamos —añadió Pippa—. Juntos, como siempre te hemos enseñado, y antes de que protestes, no me estoy ofreciendo a mantenerte, solo te recuerdo que «no estás sola».

Me mordí el labio. Cada vez que lo decía, sentía que se encendía una lucecita en mi pecho.

—Seguro que me sale algo rápido —dije, más optimista de lo que estaba—. Algo compatible con los entrenos. Pillaré lo que salga y, cuando ahorre, me plantearé cambiar de piso a uno en el que haya suficiente oxígeno. No quiero que me mandéis más dinero.

—Eso ya lo veremos —murmuró Travis—. Primero encuentra un lugar mejor donde dormir, luego discutimos quién paga qué.

—¡Skyler es una DCC! —gritó mi prima Harper tan alto que su voz se distorsionó.

—¡Acabas de entrar en la mejor plantilla de *cheerleaders* del país y animarás a nuestro hermano! —proclamó Reese con un entusiasmo idéntico, por si alguien en el restaurante aún no se había enterado.

Ambas eran mis mayores fans. Me sonrojé sola como una idiota.

—¿Has avisado ya a nuestro *brother*? —insistió Harper.

—No, no he tenido tiempo, pero quiero ser yo quien se lo diga, ¿vale? Nada de chivatazos por parte de nadie, además, hace mucho que no lo veo.

—Eso da igual, seguro que se pone contento —asumió Reese.

—Hablando del rey de Roma, me está llamando —anunció mi tía Jane.

—¡No le digas nada!

—¡Oído cocina! Salgo fuera para hablar con él y que no os escuche.

El corazón me iba a mil; estúpido corazón, ya debería saber que Levi Carter solo fue un estúpido sueño infantil.

Mis ojos volvieron al uniforme sobre el banco, a las estrellas blancas con pedrería y a las botas aún en su caja.

Era real, era mío, lo estaba consiguiendo.

La puerta del vestuario se abrió de golpe.

—¡*Rookies*, foto del equipo oficial para redes en cinco minutos con los uniformes puestos! —avisó una de las veteranas—. Vamos, chicas, que esto no se vive dos veces.

Me incorporé de un salto.

—Tengo que irme —dije deprisa—. Me llaman para la foto oficial.

—Vete, vete —apremió mami Phil—. Y disfruta de tu sueño.

—¡Y mándanos fotos! —exigió Harper.

—¡Y vídeos! —añadió Lainey.

—Sobre todo, del vestuario —remató mi hermano.

—Os mando algo desde fuera y con ropa puesta —prometí, riendo al imaginar la cara de fastidio de mi hermano—. Os quiero.

Colgué antes de que alguien interrumpiera de nuevo.

Guardé el móvil en la bolsa, cogí el uniforme con cuidado reverencial y respiré hondo. El vestuario estaba lleno de risas, de nervios, de chicas saltando, abrazándose, comprobando que todo era real.

Me cambié a toda velocidad, notando cada prenda como un ritual. Sujetador, top azul, chaleco blanco, *shorts*, cinturón, medias, botas. Me até el nudo del pecho con dedos temblorosos.

Cuando levanté la mirada, mi reflejo me observó desde el espejo.

La niña que se escondía detrás de una valla para ver animadoras ya no estaba, ahora era yo la que estaba del otro lado.

Una compañera se plantó a mi lado y me rodeó con un brazo.

—¿Lista para tu nueva vida, Wallace? —Me guiñó un ojo. Tragué una risa nerviosa.

—No tengo ni idea de cómo voy a pagar el alquiler —confesé en un susurro—, pero sí…, sí. Lista.

—Eso ya se verá. Hoy solo tienes que hacer una cosa —dijo, arrastrándome hacia la puerta.

—¿Qué?

Sonrió.

—Celebrar que eres una DCC y brillar.

La seguí hacia el pasillo con el corazón latiéndome tan fuerte que parecía que fuera a atravesarme el uniforme.

«Soy una jodida Dallas Cowboys Cheerleader», pensé. Lo demás ya vendría después.

CAPÍTULO 2



Salí del vestuario con el móvil aún en la mano y la sensación de que el suelo ya no era del todo sólido; el pasillo hacia la salida del túnel estaba vacío, solo alguna toalla tirada y el eco lejano de las duchas. Todo seguía igual que diez minutos antes y, sin embargo, nada lo estaba.

Nova estaba muerta.

Evander se encontraba en un centro de acogida al otro lado del país y yo tenía que ser algo más que un jugador que hacía malabares con jugadas y contratos.

En la esquina, el entrenador de *quarterbacks* apareció con su carpeta, preparado para hablar de repeticiones, lecturas de defensa o ajustes del *playbook*, aunque, cuando me vio la cara, frenó en seco.

—¿Qué ha pasado?

Tragué con fuerza, me costaba respirar, no tenía energía para adornarlo.

—Ha habido un accidente en Los Ángeles. Nova… —me costó decir su nombre—. La madre de mi hijo no ha sobrevivido.

Sus ojos se abrieron un poco, no era fácil dejar sin palabras a un tipo que vivía de gritar.

—Joder, Carter…

—El niño está en un centro de acogida temporal. Por protocolo, no se lo podían dejar a la canguro, así que me necesitan allí hoy mismo. Tengo que irme ya.

Tardó un segundo en reaccionar; luego, asintió con firmeza.

—Por supuesto, vete, yo hablo con Maddox y con dirección. Que se ocupen ellos del calendario, tú ocúpate de tu familia. Sin la mente en calma no estarás bien para jugar, y te necesito al cien por cien esta temporada.

Asentí en silencio. Agradecí que no intentara darme un discurso motivacional, no necesitaba ninguno, solo un billete de avión y que el mundo dejara de moverse un rato.

Salí por la puerta de personal. El calor sofocante de Dallas me golpeó para recordarme que el sol seguía ahí arriba, dándolo todo, mientras a mí me cambiaban las reglas del juego sin previo aviso.

No iba a conducir. Pedí un coche al aeropuerto desde la *app* y, mientras cargaba, abrí la pantalla de contactos. Había muchas personas que tenían derecho a enterarse: mi agente, el abogado, el equipo de comunicación… Ninguno iba primero, la primera era ella: mi madre.

Marqué su número. No tuve que esperar demasiado, siempre contestaba rápido, excepto cuando estaba en medio de una persecución o interrogando a alguien, lo cual era meramente anecdótico en Saint Valentine Falls. Hoy no era ninguno de esos días.

—¿Levi? —dijo alerta—. Dime que no te has lesionado de nuevo.

Que me preguntara eso significaba que hacía mucho que solo la llamaba para darle malas noticias; en ese momento tampoco rompería la tradición.

—Ojalá fuera eso.

—Escupe.

Noté cómo la garganta se me cerraba antes de poder continuar.

—Nova ha muerto, mamá.

Oí cómo engullía una palabrota. Pude imaginarla apoyando la mano en el cinturón y frunciendo el ceño, como siempre hacía cuando algo la removía por dentro.

—Joder, Levi —su voz bajó un tono—. Lo siento muchísimo, no esperaba algo así.

—Ni yo.

Sonaba devastado, con toda probabilidad lo estaba. Me llevé una mano a la nuca, sintiendo el cosquilleo del sudor secándose, sin saber qué hacer con mis manos ni con mi cabeza.

—No sé ni qué estoy haciendo —admití—. Me han llamado desde California. Evander está en un centro de acogida, quieren que vaya a buscarlo y he pedido un coche para que me lleve al aeropuerto, no me veo como para conducir.

—Has hecho bien, ¿cómo estás? —preguntó ella, directa, sin paños calientes.

—En *shock*, supongo, siento como si me hubieran extirpado un órgano sin preguntar.

Mi ex y yo nos llevábamos bien, que no funcionáramos como pareja no significaba que no la considerara una buena madre para nuestro hijo.

—Ahora mismo lo importante es mi nieto, debe estar pasándolo fatal rodeado de desconocidos, tú eres lo único que le queda.

Solté un gruñido cansado.

—Tienes un don único para consolar, *sheriff* Wallace.

—Perdona, no se me da bien esto —replicó—, intento ser honesta.

—Sí, bueno… Los hechos son los que son, mi hijo acaba de perder a su madre y yo estoy intentando no perder el puto avión. ¿Dónde cojones se ha metido este tío?

Mi madre aguardó un segundo antes de hablar.

—Vas a sacarlo adelante, Levi, tienes medios para ello. No será fácil, aunque tú estás acostumbrado a trabajar bien bajo presión. Voy a hablar con tu padre, veremos cómo organizarnos para ir al funeral.

Negué, aunque ella no pudiera verlo.

—No hace falta. Nova y yo hablamos muchas veces de esto, ya sabes cómo era nuestra vida, siempre de aeropuerto en aeropuerto. Prefería dejarlo todo claro por si pasaba algo. No quería funerales ni rezos, tampoco tenía familia. Solo pidió que la incineraran y lanzaran sus cenizas en un sitio bonito, algo muy suyo. Hizo un testamento, dejó todo a Evander y me nombró albacea hasta que cumpliera los dieciocho. Lo urgente ahora es él.

—Desde luego, aunque prométeme algo.

—Dime.

—No te guardes el dolor solo para ti, no eres una isla, hijo, y los dos sabemos que, a veces, te cuesta un poco admitir lo que te pasa por la cabeza y por el corazón.

Cerré los ojos un instante.

—Tengo a quien parecerme —murmuré más para mí que para ella —. Dile a papá que os llamo cuando esté con el niño.

—Estaremos esperando.

Colgué justo cuando llegó el coche, abrí la puerta trasera y me dejé caer dentro. El conductor me miró por el retrovisor, se le ensancharon los ojos en cuanto me reconoció, y le di la dirección del aeropuerto sin ganas de conversación. Aun así, abrió la boca para decir algo y levanté una mano.

—Si no hablas hasta que lleguemos, cuando aparques, te firmo lo que quieras y te dejo una propina que compense las ganas — murmuré.

No era amenaza, sino un trato.

Y funcionó.

Cerró la boca al instante, enderezó la espalda y arrancó como si llevara la mismísima Superbowl en el asiento trasero.

Me mantuve en silencio durante el trayecto, con la cabeza pegada a la ventanilla, observando la ciudad pasar sin verla en realidad. Cuando llegamos, cumplí con mi parte: firma rápida, propina generosa y cero explicaciones.

El aeropuerto estaba lleno, demasiado para lo que aguantaban mis nervios. Crucé la terminal con el cuerpo en piloto automático, la gorra calada hasta las cejas, la capucha echada y las gafas de sol ocultándome la mitad de la cara. Aun así, la gente era la gente y algunos aficionados no pillaron la indirecta. Un par me frenaron en seco; otro levantó el móvil a medio metro de mi nariz; alguien gritó mi nombre como si fuera un concurso de talento.

No sabía con exactitud qué les contesté; nada amable, seguro. Ni estaba de humor ni tenía paciencia.

Acababa de morir la madre de mi hijo y el mundo lo ignoraba, o quizá ya lo supieran y la noticia se hubiera filtrado por todas partes.

Me importaba una mierda quedar como el gilipollas del día en redes.

Seguí caminando con el nudo en el estómago, tragándome imágenes inconexas que me golpeaban desde el fondo del cerebro, intentando no desmoronarme en mitad de la cola del control de seguridad mientras los *flashes* rebotaban a mi alrededor. El vuelo a Los Ángeles salía en veinte minutos y tuve la suerte de entrar en el embarque final.

El avión estaba lleno de ejecutivos, madres con niños y turistas buscando escapar del calor de Texas. Apenas quedaban plazas, así que me quedé con uno de los asientos libres. Me tocó pasillo, algo que agradecí, no habría soportado mirar al cielo durante horas. Apoyé el codo en el reposabrazos y me incliné hacia adelante, con los dedos entrelazados, sin prestar atención a algunas miradas de soslayo de otros pasajeros.

No dormí ni vi la pantalla, solo pensé, pensé demasiado.

Recordé a Nova cabreándose conmigo porque había llegado tarde a un *photocall* de Navidad cuando Evander era un bebé redondito que se reía de cualquier gesto; pensé en sus mensajes confusos a las tres de la madrugada; en las veces que chocábamos como meteoritos y en las otras en las que encajábamos sin esfuerzo alguno. Pensé en el niño, sobre todo.

Tres horas y pico después, el avión tocó tierra en LAX. El golpe seco del aterrizaje me sacó del limbo mental en el que llevaba suspendido desde Dallas. Me colgué la mochila al hombro, avancé con el resto de pasajeros y crucé la terminal, intentando no fijarme en los carteles, en las familias felices, en la gente que no tenía el mundo desmoronándose a sus pies.

Busqué un taxi en cuanto salí a la zona exterior. El aire cálido de Los Ángeles tenía ese olor a tarde cargada y demasiado movimiento, como si la ciudad no supiera bajar revoluciones ni en días de tragedia. Cuando el vehículo se detuvo frente a mí, reconocí la expresión del conductor al instante, ese parpadeo entre emoción y prudencia.

No tenía fuerzas para lidiar con ello.

Fui directo a la parte trasera y me dejé caer dentro.

—¿A dónde lo llevo? —preguntó él, esforzándose por sonar profesional.

Le di la dirección del centro de servicios infantiles. No añadí nada más.

Arrancó. El tráfico era demasiado denso. No llevábamos ni dos minutos en la interestatal cuando un pitido de la radio dio paso a la voz entusiasta de un locutor.

—Última hora desde Los Ángeles. La modelo internacional Nova Lane ha fallecido inesperadamente esta misma mañana en un trágico accidente que…

—Apague eso —solté.

Así, sin respiración, seco.

El conductor dudó un segundo, sorprendido.

—Sí, señor Carter —dijo al final, bajando el volumen hasta apagarlo.

No me giré. No quería ver la expresión que pondría cualquier persona al darse cuenta de que acababa de escuchar la muerte de alguien que conocías. O algo peor: la curiosidad morbosa que generaba cualquier tragedia ajena.

Apreté los dientes, la presión en la mandíbula me ancló lo suficiente para no perder el control.

El tiempo no pasaba lo bastante rápido como para que mi cerebro dejara de ofrecerme en bucle la última vez que vi a Nova; el sonido de la trabajadora social diciendo «no ha sobrevivido»; la manera en que todo parecía igual, pero ya no era lo mismo.

Al acercarnos al cruce con Vine Street, vi lo inevitable.

Dos fotógrafos apoyados en una farola, cámaras colgando del cuello, postureo de depredadores que olían sangre. Nada excesivo, solo el principio.

Una modelo joven, famosa, muerta en un accidente era material de titular, y si su ex era el *quarterback* más mediático de los Cowboys, el morbo se duplicaba, al igual que el precio de los artículos, las primeras declaraciones o las fotografías. Eran unos carroñeros de manual.

Cuando el coche frenó junto a la acera, uno de ellos se enderezó de inmediato.

—¡Señor Carter, ¿cómo ha vivido el fallecimiento de su exmujer?! ¿Qué va a pasar ahora con la custodia de su hijo?

El segundo levantó la cámara.

No estaba para hacer de portavoz de nadie, menos de mí. Me hubiera encantado partirles la cámara en la cabeza y pedirles que se largaran de ahí. Los tres sabíamos que no iban a hacerlo y que, si se me ocurría hacer lo primero, el dueño de mi equipo no lo pasaría por alto por muy jodido que estuviera.

Decidí tragarme el espíritu Wallace y echar mano del Carter. Cerré la puerta del coche con un golpe y avancé hacia el edificio sin mirarlos, sin dar declaraciones. Mi representante se sentiría orgulloso.

La tragedia se había vuelto pública antes de que yo pudiera procesarla siquiera, era injusto que no se me permitiera pasar el duelo como me diera la gana; algunos dirían que era el precio de la fama. A veces era demasiado alto.

Entré en el edificio, intentando que el aire frío del vestíbulo me pusiera en órbita.

Pregunté en recepción por mi hijo y la chica abrió los ojos como si hubiera visto su sueño húmedo de los sábados; probablemente lo era. La boca le temblaba, incapaz de articular palabra.

—Señorita, por favor —dije, manteniendo el control por los pelos —. Busco a Lucy Brooks. Vengo a por mi hijo, Evander Carter.

Un chirrido de ruedas interrumpió el silencio. Una mujer de pelo oscuro recogido y expresión serena —su calma me resultó hiriente, necesaria, todo a la vez— se acercó con paso firme.

—Discúlpela, señor Carter. Ingrid es nueva. Soy Lucy Brooks, hablamos por teléfono.

Le di la mano, sorprendido por el temblor involuntario en la mía. Yo, que lanzaba balones, rodeado de ochenta mil personas, sin pestañear.

—Gracias por venir tan rápido —dijo ella—. Sé que no es un día fácil.

Incliné la cabeza.

—No, no lo es —reconocí—. Quiero ver a mi hijo.

—Ahora mismo está en una sala de juegos con una compañera. Ha estado tranquilo dentro de lo que cabe, aunque pregunta por su madre cada poco. No hemos querido contarle demasiado, solo que usted venía de camino para calmarlo; creí que preferiría darle la noticia en un ambiente mejor que este, rodeado de extraños.

Tragué.

Cada palabra de esa explicación era un puñal más.

—Lléveme.

Caminamos por un pasillo largo, adornado con dibujos infantiles y señales descoloridas. Sonidos mezclados llegaban desde las salas contiguas: risas, llantos, juguetes cayendo contra el suelo, la vida abriéndose paso en un sitio donde no debería doler tanto estar.

Lucy se detuvo ante una puerta con una ventanita rectangular.

—Está ahí dentro —susurró—. Si necesita soporte, estaré aquí fuera.

Asentí, puse la mano en el pomo y respiré una vez, una sola.

Suficiente para obligarme a entrar como el hombre que necesitaba ser, no como el que se estaba desmoronando por dentro.

Empujé la puerta.

La sala era pequeña y luminosa, con una alfombra gastada con carreteras dibujadas y una mesa baja llena de lápices mordidos. En una esquina, sentado con las piernas cruzadas, estaba mi hijo.

Llevaba una camiseta azul con un cohete y sujetaba un coche rojo sin moverlo. Cuando la puerta se cerró detrás de mí, alzó la cabeza.

Sus ojos estaban cargados de preocupación. Cinco años y ya sabía a la perfección lo que era la incertidumbre.

—Papá… —susurró.

No caminé hacia él porque el niño llegó antes.

Se levantó de golpe, la alfombra se arrugó bajo sus pies pequeños y corrió hacia mí como si hubiera estado conteniendo esa carrera durante horas.

Lo recogí en brazos antes de que chocara contra mis piernas. Evander tenía los ojos y la boca de su madre. Sus manos se cerraron alrededor de mi cuello con la fuerza de quien temía que volvieran a cambiar los juguetes de pasillo en el centro comercial.

—Tranquilo, campeón —murmuré, apoyando la barbilla en su pelo —. Ya estoy aquí.

—No quería quedarme con esas señoras… Huelen raro. —Su vocecita tembló—. ¿Y mamá? ¿Por qué no podía quedarme con Lila? —Lila era su canguro.

Las palabras se me atravesaron en el esternón.

No estaba listo para arrancarle la inocencia de golpe.

Lo abracé más fuerte.

—Después te lo cuento, ¿vale? Ahora vamos a irnos tú y yo juntos a un sitio chulo, ¿de acuerdo?

Sentí su pequeño cuerpo encogerse contra el mío y el mío quebrarse un poco más.

No sabía cómo iba a compaginar entrenamientos, partidos, ruedas de prensa y un niño que acababa de perderlo todo menos a mí. No tenía un plan, ni una hoja de ruta ni suficientes herramientas para sostenerlo.

Podía vivir con un mal partido o una temporada jodida. El fútbol me había enseñado a perder, a tragarme los errores y seguir, aunque esto no era fútbol. Aquí no podía cagarla, no con él, aunque eso significara perder mi puesto en el equipo.

CAPÍTULO 3



Me repetí que no estaba nerviosa.

También me repetí que no me sudaban las manos, que no parecía una rata que acababa de escapar del laboratorio y que no iba a desmayarme encima de la enorme mesa del despacho en la que Evelyn Gracewood —ex DCC del 88, sonrisa amable y saliva cargada de veneno bendecido por Jesús— me estaba esperando.

Solo había alguien por encima de Evelyn en la gran pirámide de las animadoras más famosas de América, y esa era Charlotte Joneson, la hija del propietario, devota y sin Lomba.

Lo reconocía, el chiste había sido bastante malo, pero era que estaba histérica.

Estar en el Training Camp de las DCC era una cosa, sobrevivir a la firma del contrato oficial era otra distinta por completo.

Recorrí el pasillo del AT&T Stadium con la carpeta azul de «Rookie Packet» pegada al pecho y la certeza de que iba a intercambiar mi alma por un top azul, unas botas blancas y un sueño de infancia que, para colmo, tendría que limpiar yo misma. Porque en una empresa que facturaba millones, nadie iba a encargarse de mi uniforme salvo yo.

La antesala estaba llena de fotos gigantes de animadoras históricas. Sonrisas perfectas, miradas que parecían advertir que, si no estabas a la altura, te mandarían de una patada alta al infierno.

Maldito paso icónico que te hacía polvo las caderas.

No iba en broma, por muy buena bailarina o atleta que fueras, necesitabas un mínimo de dos años de entrenamientos personalizados para llegar a hacerlas con la altura y la energía que te requerían. Unos centímetros menos que tus compañeras podían determinar tu entrada o tu descarte en el equipo, y algunas terminaban con articulaciones de titanio por culpa de ese paso.

La veterana que me acompañaba, líder de mi grupo, me abrió la puerta y me hizo pasar sin que mi cerebro lo hubiera terminado de digerir.

«Genial».

El Diablo Se Viste De Lentejuelas levantó la mirada con esa mezcla suya de «nunca seré una abuela».

—Pasa, Skyler —comentó con voz dulce—, siéntate. Tenemos que repasar tu contrato y las normas antes de que firmes.

¿Era cosa mía o sonaba como un «vas a vender tu alma a Satán»?

La carpeta se abrió como si fuera el libro sagrado de las DCC. En cierto modo, era una biblia-recordatorio de lo que iba a ser tu vida a partir de estampar tu rúbrica.

Se me secó la boca a medida que leía, mi cerebro gritó: «si tu tía Jane leyera esto, se limpiaría el culo con estas hojas de manera literal».

Debes verte bien proporcionada en todo momento.

Maquillaje en tonos que complementen tu belleza natural.

«Nada de *contour* excesivo, no soy muy fan de parecer un deshollinador».

Prohibidos los bronceados naranjas.

«Vale, puedo vivir sin parecer un Dorito».

Pasé la página.

Absolutamente ningún tatuaje visible.

«Estoy de suerte, no tengo ninguno a la vista».

Prohibido mascar chicle, no es femenino.

«Pues si vieran a Gertrude masticar tabaco…».

Las tres siguientes llamaron poderosamente mi atención:

Prohibido salir con jugadores de la NFL.

Prohibido estar cerca de jugadores de la NFL.

Prohibido respirar el mismo oxígeno que un jugador de la NFL.

OK, eso último no estaba escrito así, pero esa era la vibra.

«Básicamente: si Levi Carter entra por una puerta, tú sales por la ventana».

Volví a tragar saliva. No les había dicho que mi primo era jugador… Quizá ya lo sabían, o tal vez no.

—¿Todo claro hasta aquí, cariño? —preguntó Evelyn con esa voz almibarada que tenía regusto a trampa envenenada.

—Sí, señora —respondí, aunque mi mandíbula ya temblaba un poco.

Seguí leyendo:

Debes mantener tu peso. El uniforme no se ajusta dos veces.

No salir con vaqueros.

«¿Se refieren a texanos o a la prenda de vestir? Por si acaso, no lo haré con ninguno de los dos».

No hacer pucheros.

A esas alturas, ya me preguntaba dónde estaba la cámara oculta.

No quejarse.

No faltar jamás a un ensayo.

No beber durante los ensayos.

«¿Será por si te meas en la ropa de entrenamiento tras una de las broncas de Jude?».

No asistir a fiestas.

«Jo-der».

No aparecer en lugares donde sirvan alcohol.

«Genial, me acaban de prohibir el 80% de Texas. ¿Eso se hará extensible cuando vaya a la feria de Cupido de Saint Valentine Falls? Porque, entonces, ya puedo quedarme en casa».

Cada vez estaba más confundida.

No publicar fotos provocativas en redes.

Por suerte, eso no solía hacerlo.

Sonríe siempre. A todo ser vivo. Incluso si es una paloma.

«¿Una paloma?», pensé. «Ojalá sea broma. No es broma. Mierda».

Respiré hondo, intentando no hiperventilar y apartar ideas absurdas sobre si las palomas mensajeras funcionaban de verdad o

eran efecto Mandela. ¿Cómo iba a saber una paloma dónde tenía que entregar un mensaje sin GPS? Además, como le entrara un palomo por el camino, seguro que perdía el sentido de la orientación.

Mierda, me estaba dispersando y los rayos que salían disparados de los ojos de la directora ya me quemaban la piel.

Debes dirigirte a tus superiores con respeto, respondiendo «sí, señora» o «no, señora» cuando se dirijan a ti.

Eso hacía referencia a la Santa Trinidad de las DCC: Jude Markham, Evelyn Gracewood y Charlotte Joneson.

Me carcajeé por dentro con una risita algo histérica.

Mi universidad femenina ultratradicional por fin servía para algo, además de tener un programa de danza que lo flipabas.

Porque si algo sabía hacer, era comportarme como una señorita, a menos que estuviera mami Phil, mi tía Jane o cualquier persona con el apellido Wallace, claro.

Cuando levanté la mirada, Evelyn seguía ahí, observándome como si fuera un examen viviente de protocolo.

Jude se había mantenido en un segundo plano. Era una mujer parca en palabras, con moño perfecto, cejas afiladas y aura de «mis cardados te acercan al cielo».

Todas la respetábamos más que al dentista cuando decía «abre un poco más».

—¿Pasa algo? —Evelyn arqueó una ceja, un toque nervioso que conocía demasiado bien. Esa expresión significaba: «firma ya, hija, que tengo ocho *rookies* detrás de ti y la paciencia justa para tratar con humanos».

«Venga, Skyler. Es tu sueño. Tu catapulta».

¿Hacia dónde?

Recordé mi universidad, las clases de teatro musical, la intensidad de las profesoras, que te hacían proyectar la voz como si fueras a cantar en una catedral.

Recordé mi año de clases gratis a los seis años con Miss Thompson, la ex Royal Ballet que emigró a Missouri por amor y que me enseñó que la perfección dolía, pero valía la pena.

Recordé a mami Phil diciendo que mi madre y mi abuela se habrían sentido orgullosas de mí, y yo quería eso. Por ellas, por mí, necesitaba vivir la experiencia.

Me aclaré la garganta.

—No, señora —dije al fin—, solo trataba de asimilar bien cada punto.

Evelyn sonrió. Parecía estar a punto de bautizarme con agua bendita y gasolina.

—Me alegra oír eso. Ahora firma o, si lo has pensado mejor, llamaremos a…

—Sí, sí. Quiero —prorrumpí.

«Ratita, ¿cómo vas a querer convertirte en un florero con pompones y sin nada que decir?». La voz de papá Travis me sacudió sin aviso.

«Quiero», me reafirmé. ¿Cómo no iba a querer después de todo lo que sacrifiqué?

Tomé el bolígrafo, estampé mi firma y la tinta brilló como si no acabara de atarme durante diez partidos oficiales, más eventos, más galas, más cosas inventadas por Charlotte Joneson cuando se aburría.

—Bienvenida al equipo, cielo. A partir de ahora, los entrenamientos serán a las siete de la tarde, aunque las más voluntariosas llegan a las seis, por si te apetece demostrar tu compromiso.

«Genial, a voluntariosa no me gana nadie, o a masoquista, o a lo que toque».

—Te recomiendo que busques un empleo por la mañana que no comprometa la imagen de las DCC.

Ahí mi estómago hizo plop.

«¿De qué narices voy a trabajar si no puedo acercarme a ningún lugar en el que sirvan alcohol? ¿En una biblioteca de monjas? ¿En una tienda de estampitas? ¿En una fábrica de agua con misterio?».

Adiós a la posibilidad de trabajos de camarera bien pagados; hola, precariedad laboral.

—Mañana tendremos una charla sobre patrocinadores y después una cena para celebrar el nuevo equipo. Búscate un vestido bonito y

ven dispuesta a pasarlo bien.

«Brindando con Gatorade», finalicé con el soniquete burlón que pondría papá Travis. Llegaba a los veintidós para eso.

A ver, no era que fuera carne de Alcohólicos Anónimos, pero algún chupito me gustaba tomar de vez en cuando.

—Sí, señora.

Me levanté.

—Que el Señor guíe tus pasos en este nuevo camino.

—Amén —respondí con cara de oración y ganas de someterme a un exorcismo en el baño más próximo.

No era que no creyera en Dios, sino más bien que yo lo hacía a mi manera y dudaba que se pareciera a la suya.

Salí del despacho con la carpeta bajo el brazo y la sensación de que acababa de entrar en un *reality show* donde no te dabas cuenta de las normas hasta que ya estabas dentro.

Atravesé el pasillo del estadio y llegué al exterior para sentir el azote de un secador en modo volcán.

—Menudo viento…

Tenía que pillar el bus, uno que solo pasaba cada media hora, uno que acababa de largarse hacía solo dos minutos y cuarenta segundos, uno que habría pillado si no hubiera tardado tanto en mi lectura de los mandamientos de la Virgen Animadora.

Puras por dentro y carne de pajas por fuera. «Dios salve la hipocresía de América».

Odiaba el trayecto eterno hasta mi zulo en las afueras, esa habitación-tubo que había conseguido casi mendigando para no cargar con más gastos a mis padres; era un horror.

Mientras esperaba, pensé en el camino que había recorrido hasta llegar a la firma del contrato.

El vídeo, el proceso de selección frente a un jurado formado por catorce personas en Frisco, en el centro de las DCC. Cuando nombraron a las sesenta y seis finalistas, no tenía ni idea de que todavía no habían empezado los auténticos *Juegos del Hambre* versión *cheerleader*.

De ahí solo pasamos cuarenta y cinco al Training Camp.

Yo todavía no daba crédito a cómo había acabado entre ellas.

No solo teníamos que partirnos el cuerpo aprendiéndonos decenas de coreografías sin un solo fallo, también debíamos estudiar la historia de los Cowboys, conocer a jugadores que nunca veríamos, entender las decisiones de los entrenadores en partidos clave, y todo por si la prensa nos preguntaba. A nadie le apetecía que nos acusaran de ser un encefalograma plano con botas, como ocurría en muchos concursos de belleza.

Las DCC éramos el paradigma de la feminidad, idoneidad y perfección.

Tía Jane me dijo, el último día antes de las audiciones, que no me preocupara, que solo debía moverme y actuar como si tuviera un rayo celestial metido por el culo.

No le faltaba razón.

Lograr uno de los treinta y seis puestos finales fue una batalla descarnada en la que me llené de dolores, calambres y frustración.

Lo mejor fueron las cuatro semanas con gastos pagados en el hotel Omni. La mejor parte del trato y donde logré confraternizar con algunas de las *rookies*.

Había conseguido pasar con mucho esfuerzo y mordiéndome la lengua frente a decisiones que no me parecían del todo bien.

Cuando quise darme cuenta, tenía el maldito autobús enfrente.

Me puse en pie justo cuando las puertas se abrían, subí de un salto, respiré hondo y me dejé caer en un asiento.

Mi sueño acababa de empezar y Evelyn Gracewood ponía por testigo que las patadas asesinas no me harían pasar hambre.

CAPÍTULO 4



Cinco días.

Eso había pasado desde el accidente.

Cinco días desde que me llamaron en el vestuario para decirme que la madre de mi hijo había muerto en una carretera de mierda en Los Ángeles.

Cinco días desde que Evander dejó de tener la vida a la que estaba acostumbrado y yo tenerlo a él a tiempo completo.

La luz de la mañana se colaba por la ventana del dormitorio.

La odiaba un poco.

Se suponía que con la luz resultaba todo más fácil, pero lo único que hacía era recordarme que los dos estábamos medio rotos, seguramente él más que yo, al fin y al cabo, había perdido a su madre.

Dormía pegado a mí, enroscado como un cachorro, con una mano metida en mi camiseta y los dedos cerrados.

La frente arrugada, incluso dormido.

Me dolía la espalda, la cabeza, la mandíbula de tanto apretarla y la parte del pecho donde antes vivía algo parecido a la calma.

En esos cinco días había descubierto que no importaba cuánto cobrara, cuántos anuncios hubiera grabado o cuántas yardas sumara en una temporada, la muerte no se saltaba colas por nadie y el camino hasta poder volver a mi casa había estado repleto de papeles, abogados, trabajadores sociales y la funeraria. Todo el mundo tenía su ritmo y su protocolo. Ser el *quarterback* de los

Cowboys no sirvió para acelerar nada, solo para tener a la puñetera prensa pegada a los talones en busca de carnaza.

¡Malditas sanguijuelas!

Nova había dejado sus deseos por escrito y me limité a cumplirlos.

Nada de flores, nada de discursos, nada de gente que no había aparecido en años, llorando en primera fila, solo por aparentar o aparecer en las fotos. Solo cenizas y silencio.

Aun así, hubo llamadas, correos, documentos para autorizar la cremación, otra tanda para nombrarme como albacea y una final para formalizar la custodia total de mi hijo.

Aunque eso no fue lo peor de esos cinco días, todo eso resultó soportable comparado con darle la noticia al niño de que su madre estaba muerta.

El día del accidente fue un borrón apresurado. El vestuario, la llamada, el avión, la comisaría, el hospital, el centro de acogida…

Lo único que se me quedó grabado de verdad fue el momento en que vi a Evander dentro de aquella sala con paredes de colores chillones y juguetes de plástico.

En cuanto me vio, se levantó y corrió hacia mí como si alguien hubiera encendido un resorte invisible. Se me colgó del cuello y hundió la cara en mi hombro.

Al salir, la trabajadora social me llevó al mostrador.

Me enseñó dónde firmar, me explicó por encima lo que estaba aceptando y me dio unos papeles que luego apenas recordé.

Solo quería sacar a mi hijo de allí; eran las cuatro de la tarde en Los Ángeles.

No quería llevarlo directo a un hotel ni soltarle la verdad en una habitación anónima. No después de todo lo que había pasado.

Pensé en qué le gustaba, en qué lo calmaba de pequeño. Siempre acababa en lo mismo: peces y cuentos. Por eso creía que llevarlo al acuario de Santa Mónica lo aliviaría un poco, además, cerraba a las seis, teníamos algo de tiempo.

Era su sitio favorito. Mi ex me mandaba fotos: él pegado al cristal, ella detrás, los dos riéndose.

Le flipaban los peces cirujano azules desde que le compramos juntos su primer libro, el de *Blue encuentra el camino*. Un cuento tonto de un pez azul que se perdía y siempre encontraba la vuelta.

También tenía el peluche, Blue, que iba con él a todas partes y, por descontado, *Buscando a Nemo* era su peli favorita por Dory.

El acuario estaba casi vacío a esas horas, la mayoría estaban liados, ya preparando la cena.

Nos paramos frente a la gran pecera de cirujanos azules, cientos de pequeños Blue nadando en grupo, colores brillantes, movimientos rápidos. Había uno que no se movía. Flotaba arriba, ladeado, muerto.

—Papá… —dijo Evander sin mirarme—, ¿por qué no se quedó conmigo Lila? Ella siempre se queda. ¿Tenía que irse? ¿O hice algo mal?

Ese fue el primer golpe de la tarde*.*

—No hiciste nada mal, peque. —Le pasé la mano por la espalda —. Lila quería quedarse contigo. Vinieron a buscarte porque pasó algo con mamá y tenían que asegurarse de que estabas bien.

—Pero Lila podía cuidarme hasta que ella llegara —insistió—. Ella siempre puede.

—Lo sé —dije—. Esta vez mandaban otros.

Evander clavó la mirada en el pez que flotaba arriba.

—¿A ese qué le pasa? ¿Duerme? ¿Está cansado?

—Ese está en el cielo de los peces —murmuré con un nudo en la garganta.

Evander miró con extrañeza.

—No sabía que el cielo de los peces estaba en el agua. ¿Por qué está ahí?

—Porque ya no respira.

—¿Como Cookie?

El estómago se me contrajo, Cookie fue la primera mascota de mi hijo, un hámster marrón.

—Sí, como Cookie.

No preguntó más sobre el pez.

—¿Mamá está trabajando? —preguntó rápido—. ¿Volverá esta noche?

—No, Evander.

—¿Cuándo?

Ni siquiera pude tragar. Me había dicho frases distintas en la cabeza. Ninguna sonaba bien.

—Mamá tuvo un accidente, cielo. Un choque muy fuerte. El coche se hizo pedazos y ella… Ella… también se hizo mucho daño.

«*Lo estás haciendo como el puto culo, Carter*».

—¿Como cuando me caí de rodillas y las llené de raspaduras?

—Más, mucho más.

—Pues vamos a curarla…

—No podemos, cariño.

Me puse de cuclillas para estar a su altura.

—¿La están curando los médicos?

—Lo intentaron, pero…

«¡Joder!»*, soltarle a mi hijo eso era peor que cuando me dijeron que estaba lesionado la temporada pasada y que no iba a poder jugar ningún partido más.*

—Esta vez no pudieron —concluí.

Frunció el ceño.

—Papá… —susurró—, ¿mamá dónde está?

Ahí se acabaron las opciones de escapar.

—Mamá se ha ido a cuidar a Cookie al cielo —dije al fin.

—Oh… ¿Y cuándo vuelve?

—Cuando pasa algo así de grande…, ya no se puede volver.

—Pero mamá tiene que volver para cuidarme, no basta con Lila. —La voz se le partió—. Las mamás no se van al cielo y no vuelven.

—Ojalá, enano.

—Igual es que no sabe volver, ¿puedes ir a buscarla?

—No, cariño, ojalá pudiera ir y traerla de nuevo, pero no puedo. —Le acaricié su carita desconcertada. Aquella mirada me estaba matando.

—¿No va a volver nunca, nunca, nunca?

—No, a tu mamá le pasó lo mismo que a Cookie y ahora están juntas.

Se le torció la expresión entera y se vino abajo.

—¡No quiero que esté muerta! —gritó—. ¡No quiero! ¡Quiero a mi mamá!

Empezó a golpearme el pecho con las manos, con toda la rabia de la que un niño de cinco años es capaz.

—¡Devuélvemela! ¡Tú nunca estás! ¡Siempre te vas! ¡¿Por qué se ha muerto ella?! ¡No quiero estar contigo, quiero a mamá!

Cada frase fue un puñetazo limpio peor que el anterior.

—Te juro que me encantaría devolvértela, pero no puedo —dije con la voz rota—. Te lo juro.

Las piernas se le doblaron. Se dejó caer al suelo, justo frente a la pecera. Se hizo un ovillo y lloró como si se fuera a partir en dos; me arrodillé con él, ofreciéndole su espacio. Lo dejé gritar, patalear, llorar. No intenté callarlo, solo le puse una mano en la espalda para que supiera que estaba ahí, sin forzar.

—Evander —susurré cuando el llanto empezó a ser hipo—. Mamá no está contigo como antes, pero sigue contigo. Está en tus manos, en tus huesos, en tu piel, en tu corazón, en cada uno de tus latidos ella te dice que está ahí, escúchalos. Naciste de ella y eso no cambiará nunca.

Levantó la cabeza despacio, tenía los ojos hinchados y rojos.

—Yo no quiero tenerla solo dentro —dijo—. Quiero tenerla aquí, conmigo. ¿Quién va a leerme mi cuento ahora? Si no me lo lee, no puedo dormir.

—Lo haré yo, cariño.

Apoyó la frente en mi pecho y se aferró a mi camiseta; ahí se me acabaron las palabras. Solo pude abrazarlo.

Cuando salimos del acuario, pedí un taxi. Llamé a Lila durante el trayecto y contestó a la primera.

—¿Evander está contigo? —preguntó sin saludo.

—Sí. Pe-perdona por no llamarte antes, vamos para tu casa.

—Os espero.

Cuando llegamos, Evander salió casi disparado del taxi y se lanzó a sus brazos en cuanto ella abrió la puerta. Se enganchó a su cuello y se puso a llorar otra vez. Necesitaba beber algo de agua o iba a deshidratarse.

Lila me lanzó una mirada de esas que no necesitaban palabras.

Mitad compasión, mitad «esto no hay forma fácil de arreglarlo».

—Mamá ha muerto, se ha ido a cuidar de Cookie y no va a volver.

—Tranquilo, peque, estoy aquí —le murmuró.

—Necesito las llaves de la casa de Nova —le dije—. No quiero meterlo en un hotel.

—Lo imaginé. —Sacó del bolso un llavero con una estrella azul—. Voy con vosotros.

No discutí cuando ofreció que fuéramos en su coche y que yo condujera mientras ella calmaba a mi hijo, al fin y al cabo, tenía muchas más horas acumuladas en su vida que yo. ¡Qué triste!

No tenía energía para discutir con nadie que quisiera ayudar.

Evander no la soltó ni un segundo.

Cuando entramos en casa de Nova, ella se movió por la cocina como si fuera suya, preparó algo de cenar, lo sentó a la mesa y consiguió que comiera un poco.

Luego lo metió en la bañera, le buscó un pijama limpio, encontró a Blue, su peluche, en la cama y se lo puso entre los brazos mientras le leía el cuento para calmarlo.

Mientras, yo estuve respondiendo llamadas de la funeraria y del abogado. Tenía documentos que revisar, decisiones que tomar, cosas que nunca pensé que debería decidir a los treinta y dos.

Cuando por fin Evander se durmió, hablé con Lila en el salón.

—Quiero que te vengas a Dallas con nosotros —solté a bocajarro —. Te pagaré lo que haga falta. No quiero que el crío te pierda también a ti.

Ella apoyó la espalda en la pared, cruzó los brazos.

—Levi…, tengo mi vida aquí. Mi marido, mis hijos, mis padres. Adoro a Evander, sé que es un momento muy delicado para él, pero no puedo arrancar a toda mi familia de su sitio, tienes que entenderlo.

—Podrías venir solo un tiempo, pagaré lo que haga falta.

—No es por dinero. No puedo intentar recomponer a tu hijo y destrozar a los míos. ¿Lo entiendes? —Negó despacio—. Debe pasar el proceso de duelo, y no hay nadie mejor que su padre para eso. Vas a tener que apañarte, aunque puedes llamarme por FaceTime las veces que haga falta. Quiero muchísimo a tu pequeño.

Tenía razón y, aun así, me jodió escucharla.

Evander se movió a mi lado y soltó un suspiro entrecortado. La noche anterior tampoco había sido una noche fácil. La pesadilla había llegado después de la cremación, entender qué era la urna en mis manos, lo que contenía… Su cerebro hizo el resto.

—¡Has quemado a mamá como si fuera carbón de barbacoa!

¿Cómo hacerle entender a un niño que era la voluntad de su madre?

—Ella lo quería así, ahora debemos buscar un sitio bonito para arrojarla y que pueda descansar en él.

—¡No! ¡No vas a tirar a mamá como si fuera basura!

Se negó a que hablara de esparcir las cenizas en ningún sitio. Nada de playa bonita ni lugar especial ni mierdas de cierre simbólico. Su madre se quedaba en casa y punto, lo que significaba que se quedaría en mi ático porque no íbamos a quedarnos en Los Ángeles.

Por eso, la urna estaba en ese momento en la repisa del salón, a la altura de su vista, junto a una foto suya en un improvisado altar. Fue la única manera de que cediera.

Cuando por fin se durmió la noche anterior, después de que le leyera el cuento, yo me fui a la cocina y marqué el número de mis padres para realizar una videollamada.

—Madre mía, hijo —fue lo primero que dijo mi madre cuando apareció mi cara en la pantalla—, tienes ojeras hasta en tu permiso de conducir.

—Gracias, mamá. —Me dejé caer en la silla.

—¿Dónde está mi nieto?

—Dormido. —Me pasé una mano por la cara—. Ha sido un día largo.

—¿Qué tal todo, hijo, necesitas que vayamos? —preguntó mi padre.

—Para qué se lo preguntas si ya hemos decidido que vamos a ir. El fin de semana estaremos ahí —me informó.

Así era ella.

Les conté lo básico: las reacciones de Evander; la negativa de Lila a acompañarnos; la forma en la que había tenido que decirle que su madre no volvería; la pesadilla con la urna…

—Es mucho para un niño tan pequeño —dijo ella con los ojos húmedos—. Y es mucho para ti también, necesitas ayuda.

—No sé si lo estoy haciendo bien —admití—. O si estoy jodiendo algo más todavía.

—Estás ahí —respondió mi padre—. Eso ya es muchísimo.

Sabía a lo que se refería, porque él nunca pudo estar ya que no conocía mi existencia.

No era una puñalada gratuita, sino un recordatorio honesto.

—Dale tiempo, Levi, no es fácil lidiar con la pérdida de aquellos a los que amas. No intentes que lo entienda todo en una semana. ¿Recuerdas lo mal que lo pasaste cuando falleció Eros?

Como para no recordarlo, no había vuelto a querer dejar entrar otra mascota en mi vida; además, con los horarios de los Cowboys no me daba la vida.

—Solo debes hacerle entender que estás ahí para él —interrumpió mi madre—. Tú también eras muy tuyo de pequeño, demuéstrale que estás presente, quédate y escucha.

Mi padre se apretó un poco hacia mi madre.

—Hijo.

—Papá.

—No intentes ir de héroe aquí. Busca un buen psicólogo infantil y, si puede ser, uno que también te dé pautas a ti.

—Estoy bien.

—No —negó—. Estás funcionando, que no es lo mismo. No eres menos hombre por pedir ayuda y la NFL es muy exigente. Necesitas tener la cabeza en su sitio para ambas cosas.

Le aguanté la mirada a través de la pantalla; él lo sabía mejor que nadie y yo no tenía fuerzas para discutir.

—Lo miraré —dije.

—Míralo de verdad, no me digas que sí para quitarme de encima —insistió—. Si no, lo buscaré yo mismo cuando vayamos a Dallas.

—No hace falta que os molestéis…

—No es una molestia —cortó mi madre—. Sabías que iríamos.

Por supuesto que lo sabía.

—Vale.

La llamada finalizó unos minutos después. Mi mundo había dado un giro de ciento ochenta grados y no sabía cómo iba a compatibilizarlo todo.

Sobre todo, el fútbol, esa parte de mi vida que hasta ese momento lo había ocupado todo.

Tuve que telefonear al entrenador el segundo día, antes de que eso se convirtiera en un circo.

—Coach, no voy a estar en el kickoff —le solté, de pie en la cocina, mirando a Evander abrazar a Blue en el salón—. Tengo que solucionar muchas cosas en Los Ángeles antes de volver.

Hubo un silencio largo.

—La familia primero, Carter, lamento mucho tu pérdida —respondió al final.

—Gracias, señor.

—Ya sabes cómo va esto, nos apañaremos. Dalton abrirá el primer partido, cuando estés listo, vuelve. Lo entendemos, todos tus compañeros quieren darte el pésame.

—Deles las gracias de mi parte y dígales que, aunque no haya respondido a ningún mensaje, se lo agradezco.

—Lo haré de tu parte. Ahora, dedícate a lo importante.

Colgué con una sensación rara. Alguien había puesto mi vida en pausa sin avisar.

En ese momento, en el dormitorio, el ruido de llamadas, firmas y decisiones parecía lejano.

Lo único real era el peso del pequeño pegado a mi costado.

Me incorporé con cuidado para no despertarlo, lo miré.

Cinco años, una vida entera por delante sin su madre y un padre que estaba aprendiendo a serlo a hostias.

—¿Cómo nos las vamos a ingeniar, campeón? —murmuré en voz baja.

No tenía ni idea, lo único que sabía era que, esa vez, no pensaba irme.

CAPÍTULO 5



5 días antes

Cuando por fin llegué a mi tubo con el contrato recién firmado y el tiempo justo para cambiarme, lancé un suspiro.

Si estiraba el brazo, casi podía tocar la pared del fondo desde la puerta. No tenía ventanas, solo una claraboya miserable en el techo por la que entraba un rayo de luz a ciertas horas del día, que convertía el polvo inexistente en algo casi poético. El resto del tiempo, mi dormitorio parecía lo que supuse que sentiría una zapatilla dentro de una taquilla.

Aun así, tenía que dar gracias de que una de las chicas se hubiera apiadado de mí y me hubiera acogido en él.

El piso estaba en un edificio viejo de ladrillo visto en una zona que las inmobiliarias describían como «con potencial». Traducción: alquiler relativamente barato, vecinos que discutían demasiado alto y olor constante a pollo estilo coronel que se colaba por las rendijas.

Mi casera y compañera 24/7 era Kayla Price, la prueba viviente de que se podía tener veintidós años —como yo— y energía de madre de tres hijos sin tener ninguno.

Salió ya vestida, con un mono *beige* ajustado en la cintura y sandalias doradas de tacón medio. Llevaba la toalla en el pelo, como si formara parte del *look*, y unos pendientes discretos que le regaló su marido antes de embarcarse en la siguiente misión.

—¿Lista para nuestra gran noche, *baby cheer*? —preguntó mientras se echaba crema en las manos.

—¿Me da tiempo a cambiarme? —La miré agobiada—. Es que perdí el bus.

—Tendrías que haber dejado que te esperara. Venga, date una ducha rápida y te prometo pisar el acelerador sin que terminemos esposadas, marcándonos un *Thelma & Louise.*

—¿Thelma era la pelirroja?

—No estoy segura.

—De lo que sí estoy segura es de que tú eres un sol y no quiero ser la causante de que nos echen por llegar tarde a la primera cena oficial, aunque tengamos la patada en la ceja.

Ella rio y yo me metí apresurada en la ducha.

La adoraba. Desde el primer día en el Training Camp nos habíamos entendido sin esfuerzo. Ella ponía el sentido práctico, yo aportaba el caos con purpurina. Había algo reconfortante en que alguien supiera comparar el precio de los detergentes por litro y, al mismo tiempo, animarte a comprarte un labial que no te podías permitir. Supuse que era lo que tenía ser esposa de un marine.

Batí mi propio récord en frotada de espuma y desenredo con tirones.

Cuando salí, Kayla elogió mi vestido rosa empolvado mientras nos dirigíamos al coche.

Jamás se cansaba de hablar, lo cual me venía genial porque yo tampoco era de las que estaban demasiado tiempo sin mover la lengua. Que me ofreciera aquella habitación sin vistas, cuando nos anunciaron que estaba dentro, fue un alivio, aunque tuviera que dormir con la puerta entreabierta por miedo a quedarme sin oxígeno.

En el trayecto me fue contando lo que le dijeron las chicas sobre los patrocinadores, las ventajas que tendríamos al ser unas DCC.

—Tenemos incluido el blanqueamiento dental —decía entusiasmada—. ¿Te imaginas? Mi madre no lo encuentra necesario, pero ¿has visto las sonrisas de las veteranas? Juro que el primer día tuve que cerrar los ojos un par de veces ante los destellos.

—Teniendo en cuenta que tenemos una cláusula que nos obliga a reír, creo que está totalmente justificado que nos cuiden la dentadura. No vamos a salir en la gran pantalla del estadio y parecer un piano al que le han arrancado varias teclas. Tampoco vestiría mucho echarle el aliento a la prensa y que se les muriera la alcachofa.

—¿La prensa lleva alcachofas?

—Me refiero al micro, les llaman así.

Ella soltó una risita.

—No tenía ni idea.

—Debe ser por la forma.

—Seguramente.

—El tema de los patrocinios no sé si me da tranquilidad o un poco de terror, ¿crees que, si pedimos algo de ropa, nos obligarán a usar lo que nos den?

Ambas éramos novatas, así que no teníamos demasiada idea.

—Imagino que mañana lo descubriremos. Yo sueño que algún día podré dejar de mirar los precios del pollo en oferta y acumular cupones.

—Amén, hermana. Te prometo que en nada encuentro trabajo y te ayudo con los gastos.

—Tranquila, se me da genial lo de recabar cupones, y como no podemos subir de talla, tampoco es que debamos comer demasiado.

Me guiñó un ojo. No iba a decirle que en realidad la engañaba y que comía como una lima. Me las apañaría.

Le sonreí con calidez y seguimos parloteando el resto del trayecto sobre lo que creíamos que nos depararía ese año.

El restaurante del hotel Omni estaba tan engalanado que parecía sacado de una revista, nada que ver con la feria de Cupido de mi pueblo ni con el restaurante de papá Travis.

Era todo mucho más chic, como cuando yo era pequeña y mi abuela nos llevaba a aquellos sitios elegantes a tomar el té. Todavía me acuerdo. Luces cálidas, mesas redondas con manteles blancos, centros de flores discretos pero caros, música de fondo suficiente para que no se oyera el sonido de los tenedores en los platos. Las veteranas entraban como si cruzaran una pasarela invisible.

Nos sentaron a todas mezcladas, así que Kayla y yo acabamos compartiendo mesa con tres chicas que conocíamos de sobra del campamento.

Victoria «Vicky» Maddox era una veterana de sonrisa perfecta y unos ojos que parecían llevar tres temporadas de insomnio acumulado. Cuarto año, presión máxima y mirada de las que te hacían sospechar que había visto cosas que ninguna de nosotras creeríamos.

—Dormir está sobrevalorado, cariño —me dijo en cuanto mencioné que casi no había pegado ojo la noche anterior pensando en si me habrían seleccionado o me mandaban de una patada alta a casa—. Ya recuperarás en febrero. O en otra vida, lo que llegue primero.

Para ser veterana, me caía bien. A su derecha, vestida de verde esperanza, estaba sentada Ariel Fox, que no dejaba de mirarlo todo como si temiera despertarse de un sueño. Sabía por los cotilleos del vestuario que había estado en el Training Camp del año anterior y la habían eliminado a pocos días de la selección final; además, tenía la presión de que su madre fue DCC cinco años consecutivos, líder de grupo desde el segundo año y la seleccionaron desde el principio. Volver después de eso me parecía tener el doble de valor.

—Si me pellizco y no me despierto, lo consideraré una buena señal —bromeó Ariel, agarrando su vaso de agua con las dos manos.

—Yo no lo haría muy fuerte —comentó Tina, la quinta integrante de nuestra mesa—. Si te haces un moratón, seguro que Kelly te lo apunta en la lista de «cosas a corregir antes del primer partido».

Ariel la miró como un cervatillo a punto de ser atropellado y ella tuvo que decirle que solo bromeaba al verla cada vez más blanca.

Tina Gómez era elegante hasta cuando respiraba. Venía de uno de los mejores programas de danza del país y se notaba en la seguridad con la que se sentaba, en la forma de mirar el salón, como alguien que sabía estar a la altura siempre.

Era nuestra líder de grupo de ese año, el anterior fue segunda, así que cargaba con tener la responsabilidad absoluta sobre los hombros.

No hizo falta mirar a Darah Mitchell para notar su presencia. Estaba en la mesa de al lado y era de esas chicas que solo con su presencia ocupaban el doble de espacio. Exmiss algo, *Golden girl* y radar para la competencia. En cuanto alguien levantaba un pie más alto de la media, sus ojos viraban y te lo hacía saber.

El día que hice mi solo frente al jurado estaba en primera fila. Su mirada bajó de mi cara a mis piernas, en un escaneo rápido que reconocía de otros vestuarios, mientras negaba como si la estuviera cagando.

Sabía a la perfección que no lo estaba haciendo y que era pura estrategia para eliminar a la competencia. No me hizo falta ser adivina para darme cuenta de que no íbamos a ser mejores amigas y que mi actuación estaba siendo la puta hostia.

Antes de comenzar a cenar, Evelyn Gracewood se levantó para subir al escenario a hablar y la sala se quedó en silencio automático. Tenía esa presencia de mujer que llevaba años mandando, sonriendo y tomando decisiones sin titubear.

—Este anillo —dijo, levantando el suyo— representa compromiso. Con vosotras mismas. Con este equipo. Con las que estuvieron antes y con las que vendrán después.

Tragué saliva porque yo iba a recibir uno de esos. Casi me sentía como una monja novicia, y decía «casi» porque mis pensamientos nunca fueron del todo puros; no tenía espíritu de devota a no ser que me plantaras a Levi Carter en el altar.

«¡Cállate, tonta! Eso ya se te pasó, ¿recuerdas?».

Por supuesto, por eso ahora iba a ser animadora de su equipo. Una que tenía una orden de alejamiento firmada por la santa orden de las DCC.

—Aquí no queremos perfección, queremos excelencia —continuó —. Queremos esfuerzo constante. Queremos que seáis embajadoras de esta estrella dentro y fuera del campo. Maquillaje adecuado, presencia adecuada, comportamiento adecuado. Os lo vamos a repetir mil veces, así que más vale que lo interioricéis desde ya.

Mientras Evelyn hablaba de responsabilidad, de imagen y de saber que había cien chicas listas para ocupar tu sitio si tú no

estabas a la altura, mi móvil empezó a vibrar dentro del bolso como un poseso; menos mal que le había quitado el sonido.

Una vez. Dos. Tres.

Lo apreté con la mano por debajo de la mesa, intentando ignorarlo mientras una gota de sudor frío se suicidaba en mi espalda por miedo a interrumpir el discurso. No era momento de mirar el teléfono. No en la primera cena oficial. No con Evelyn recitando las reglas y Darah en la mesa contigua deseando que la cagara.

Me puse el bolso con disimulo bajo el trasero y di gracias de que el temblor no tuviera la misma fuerza que el cuerno de unicornio que guardaba en la mesita de noche; solo me faltaba que la gloria que debíamos sentir, según la directora, fuera fruto de un orgasmo *made in* iPhone.

Cuando al fin la sala estalló en aplausos, me levanté con las demás, fingí esa sonrisa radiante que se suponía que teníamos de fábrica y, en cuanto la gente empezó a servirse otra copa de agua, me escabullí hacia el baño con el corazón acelerado.

Saqué el móvil. Tres llamadas perdidas de mami Phil y dos mensajes: «Llámame, es urgente».

Ella no me escribiría algo así si no lo fuera de verdad. Se me hizo un nudo en el estómago y le di a la tecla de rellamada sin pensar.

—¿Qué ha pasado? —cuestioné precipitada.

Al otro lado no sonaba euforia, sino ese tipo de silencio tenso que nunca presagiaba nada bueno.

—Cielo… —dijo ella, y ya supe que algo estaba muy mal—, no sé cómo decirte esto.

Apoyé la espalda en la pared del pasillo con el pulso acelerado.

—Dímelo de una vez… —susurré. Mami Phil no era muy buena dando noticias de las que se te atragantaban.

—Ha habido un accidente…

—¿Es papá? ¿Mis hermanos?

—No, no, cálmate. Fue en Los Ángeles. Nova… —Hizo una pausa, como si la palabra se le resbalara de la lengua—. No lo ha superado.

El mundo se hizo pequeño de golpe, sabía de sobra quién era Nova. La mujer por la que yo había hecho esfuerzos sobrehumanos para no sentirme una mala persona cuando fantaseaba con su ex. La

mujer que tenía un hijo con el que creí el amor de mi vida en mi infancia y puede que hasta los veintidós, digo, los dieciséis.

«¡Joder!».

El pasillo, las luces, el murmullo del restaurante, todo se desdibujó un poco.

—Levi… —Mi voz salió raspada—. ¿Está…?

—Está destrozado, ha ido a por Evander, lo tenían en servicios a la infancia, ya está con él —respondió—. ¿Tú lo has llamado para decirle lo tuyo?

Cerré los ojos, no había podido, iba a hacerlo al día siguiente. Me había pasado todo ese tiempo pidiéndole a mi familia que me aguantara el secreto para sorprenderlo yo misma, si es que al final era seleccionada, y ahora eso.

De repente, mi gran noticia parecía una broma de mal gusto.

—No.

—Vale, era para prevenirte, quizá ahora no sea el mejor momento. Tiene que procesarlo.

—Gracias por avisar, em… —La imagen del hijo de Nova y Levi me golpeó, fusionándose con la de una pequeña pelirroja de ojos verdes a la que le pasó lo mismo. Carraspeé—. Estoy en la cena de presentación del equipo y…

—No te robo más tiempo. Oye, intenta que la noticia no te afecte, es tu gran noche, tu sueño, y debes poder vivirlo. Las dos sabemos que no se puede hacer nada frente a la muerte.

¡Claro que lo sabíamos!

Nos despedimos con un «te quiero» que pesaba más que cualquier anillo de compromiso del equipo.

Guardé el móvil, me miré en el espejo y me refresqué un momento antes de volver al salón. Mi maquillaje estaba perfecto, mis ojos no. Sonreí igualmente, porque eso había firmado y no podía empezar con mal pie.

El resto de la noche fue un asco. De manera objetiva, la comida estaba buena, la música era agradable y las chicas se reían como si nada malo pudiera pasar en el mundo mientras charlaban o bailaban. Pero yo tenía un nudo en la garganta y una piedra en el estómago.

Vicky hizo un par de chistes sobre los horarios de entrenamiento y el número de medias de repuesto que necesitábamos por temporada. Ariel habló de cómo había sido volver al Training Camp después del rechazo. Tina repasó algunos detalles organizativos del grupo. Darah se dejó caer por la mesa para mostrarnos su vestido, que costaba más que el de las cinco juntas, y contó una anécdota sobre un concurso de belleza. Yo asentí, reí cuando tocaba y narré lo justo para no despertar sospechas.

Kayla me miraba de reojo.

En el coche de vuelta, la fachada se resquebrajó un poco.

—Vale, suéltalo —dijo cuando salimos del *parking*—. Has pasado de «soy una de las chicas tocadas por el dedo de Evelyn y el mundo es maravilloso» a «gira a la derecha, que quiero tirarme por el puente más próximo». ¿Qué ha pasado? ¿Ha sido alguna de las chicas? ¿Te han dicho algo en el baño? No te habrán metido la cara en el retrete…

En otra ocasión me habría reído. Miré la carretera delante de nosotras, las luces rojas de los coches, el cielo oscuro.

—No, es… la ex de… un primo —improvisé, mordiéndome la lengua antes de decir Levi—. Ha muerto en un accidente de coche en Los Ángeles. Deja un niño pequeño con cinco años y seguramente él tendrá que ocuparse del crío.

Kayla apretó el volante.

—Joder, lo siento, menuda mierda, perder a una madre tan pequeño es horrible… ¿Por qué no me has dicho nada? Podríamos habernos ido.

—No quería fastidiar la noche. —Suspiré con fuerza, ella me miró con el ceño fruncido—. Yo perdí a la mía con seis.

—Oh, cielo, no tenía ni idea, pensaba que, cuando hablabas de tu madre, seguía con vida.

—De la que te he hablado es de mami Phil, así es como llamo a mi tía Pippa. Era la gemela de mi madre y me adoptó. No puedo quejarme, ha sido una madre fantástica.

—Seguro que sí. ¿Te llevabas bien con ella? Con la ex de tu primo, me refiero.

«¿Que la convirtiera en la página central de mi diana detrás de la puerta es un sí?».

No juzguéis mi respuesta.

En mi adolescencia le lancé más de un dardo a una foto suya; no fue mi momento más brillante, pero tenía las hormonas alteradas y muy mal gusto para gestionar el amor no correspondido.

—No mucho. Pero… él… —Tragué—. Bueno, él era mi canguro de pequeña y sé que va a estar fatal.

Todavía recordaba el día que la trajo a Saint Valentine Falls, no podía apartar los ojos de ella y yo de él. Estaba que se le caía la baba con Nova mientras que a mí se me llenaba la cara de granos. Mi pubertad dio bastante asco.

—Claro —asintió, con esa lógica aplastante que la caracterizaba—. Cualquiera lo estaría. ¿Lo has llamado?

—No sé si es buena idea. Igual es intrusivo, y lo último que necesita es que yo aparezca para añadir más confusión a su vida.

—Bueno, podrías mandarle un mensaje para recordarle que no está solo —replicó ella, encogiéndose de hombros—. No hace falta que le escribas un discurso. Solo… que sepa que estás ahí.

Apoyé la cabeza en el reposacabezas y miré por la ventanilla.

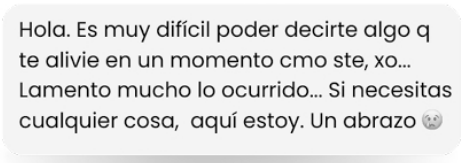
«¿Qué le digo a un hombre que acaba de perder a la madre de su hijo y, probablemente, al amor de su vida?».

Todos sabíamos que si se dejaron fue por tema de incompatibilidad laboral, no porque no se quisieran, hasta yo me habría cepillado a Nova si me hubiesen gustado las mujeres; era preciosa.

Cuando llegamos al edificio, mi compañera me dio las buenas noches y cada una se fue a su habitación. Me senté en la cama con la luz apagada y el móvil en las manos. Abrí la conversación.

Hacía mucho que nuestra relación se había ido distanciando. Él apenas venía al pueblo, después yo me fui a la uni y… En fin, las últimas veces que habíamos hablado fue por cosas pequeñas, en plan felicitarnos por el cumpleaños... Nada reseñable.

Los dedos me temblaban. Tecleé.



Lo miré un momento.

Sin florituras. Sin exceso de emoticonos. Sin explicar nada. Bueno, el «aquí estoy» era interpretable, pero seguro que a él ni se le pasaba por la cabeza que estuviera tan cerca. Lo envié.

La pantalla se quedó igual.

Ningún «escribiendo…».

«¿Qué esperabas, anormal?».

Apagué el móvil, lo dejé bocabajo en la mesilla y me tumbé sin quitarme ni siquiera el vestido.

Al día siguiente seguía sin haber respuesta.

Una parte de mí entendía a la perfección que no contestara. Otra parte revisaba el teléfono cada diez minutos, como si el mensaje pudiera aparecer por arte de magia. No era racional. Tampoco justo.

Sentí el resquemor pegado a la garganta, mi pasado volviendo a la carga a través de la persona que estuvo ahí en mi peor momento vital. Ahora, su pequeño pasaría por algo similar y era una angustia que no le deseaba ni a mi peor enemigo.

«Mamá, sé que hace unos años no te hablé muy bien de Nova, pero… Échale un ala y ayúdala a cuidar de Evander».

Sentí alivio. Por fin un pensamiento claro. Necesitaba dormir o al día siguiente, en la sesión de patrocinios, me pondrían en la lista de urgencias estéticas sin preguntar. Presioné los párpados y me obligué a dormir.

CAPÍTULO 6



4 días antes

«Sin noticias de Levi» podría ser el titular con el que me desperté, aunque no el único de la mañana.

Tras el caos mañanero que supuso quedarme dormida sin desmaquillarme, habiendo elegido un rímel *waterproof,* santa Kayla de Calcuta volvió a salvarme el culo con un desmaquillante en crema que te borraba hasta las huellas dactilares.

La presentación de patrocinadores en el Omni Hotel tenía toda la vibra de un parque temático, pero dedicado a arreglar inseguridades.

Nos colocaron en una sala con gradas y una pantalla al frente, lista para una *masterclass* de «cómo convertirte en la versión comercial de ti misma».

Allí había un montón de profesionales que pretendían generarnos necesidades que ni siquiera sabíamos que teníamos.

Casi vomité cuando nos dijeron de incluir, en nuestra rutina facial, semen de pez espada.

—¿En serio piensan que mi cara necesita ir a una clínica de planificación familiar con un pez? —Kayla se tapó la boca para reírse por lo bajo.

—Pues dicen que el de salmón va muy bien.

—¿Y quién lo dice? Seguro que eso es fruto de algún salido y lo que lleva esa crema es otra cosa. Yo paso…

—Puaj.

Después fue el turno de una clínica dedicada a la depilación láser con técnica punta de diamante y que también se dedicaban a la toxina botulínica. La idea era explicarnos cómo pensaban mejorarnos, pulirnos, moldearnos hasta dejarnos más lisas que la entrepierna plastificada de Barbie.

—Bótox preventivo —comentó una de las chicas vestidas con una bata blanca—. Aunque no lo creáis, es mejor comenzar cuanto antes.

—Que se lo digan a Nicole Kidman —farfullé en el oído de mi amiga—. Paso de tener cara de psicópata cada vez que entre a las duchas. —Kayla se rio bajito, tratando de disimular—. Tengo veintidós años, las únicas arrugas que tengo son las de mi ropa de cama y las de la cuenta bancaria.

—Creo que confían en que vamos a envejecer rápido con tanto deporte.

—Me da igual, paso de juguito de parálisis facial.

—Pues en las axilas va fenomenal, yo me inyecté para no sudar —confirmó Victoria, nuestra líder, que estaba sentada en la fila de atrás.

La miré de soslayo, sorprendida.

—¿No te sudan las axilas?

—Jamás.

Kayla y yo nos mirábamos sorprendidas.

—Yo solo quiero algo que venga con masaje incluido.

—¿Y que incluya final feliz, o eso ya es bajo pedido? —susurré, buscando bromear con ella.

—Esos ya me los da mi marido cada vez que pone un pie en tierra, quizá seas tú la que lo necesites, ¿cuánto hace que no te hacen feliz, *baby cheer*?

Evelyn carraspeó con ese estilo suyo que no decía mi nombre, pero casi.

Kayla pegó un brinco en la silla, como si le hubieran dado con una porra eléctrica, y yo enderecé la espalda de inmediato, porque lo último que quería era que la señora Gracewood me añadiera a su lista mental de futuras expulsadas.

Nos explicaron que tendríamos un kit semanal de uñas postizas y dos de pestañas por temporada.

Había de todo: clínicas estéticas con retoques «discretos»; estudios de cabello que prometían extensiones indetectables; bronceados que juraban que jamás te verías naranja y ropa interior que se suponía que aguantaba saltos, patadas y quizá un huracán de categoría cuatro.

También estaban los representantes del Cowboys Fit, el gimnasio oficial. Sonreían con demasiada paz interior para gente que tenía pensado hacernos sudar hasta el último pecado.

En una esquina, una mujer del equipo de comunicación recitaba las normas de redes sociales con la paciencia de quien ya había visto a demasiadas *rookies* liarla.

—Recordad que sois imagen de la franquicia. Cada *post*, cada aparición pública cuenta.

Tragué saliva.

«Mi vida es ahora una zona minada, tan distinta a la tranquilidad de Saint Valentine Falls que ya empiezo a extrañarlo».

Por la tarde nos llevaron a la nutricionista. Una sala blanca, mucha luz y una báscula que seguro tenía un propulsor conectado y, si te pasabas cien gramos, te mandaba a China.

—Sube, cariño —me dijo la mujer, amable pero implacable.

Me pesó, me midió, anotó cosas en una *tablet* y pasamos a la ronda de preguntas.

—¿Desayunas? —preguntó.

«¿Es una pregunta trampa?». Decidí jugármela a ver qué pasaba.

—Depende del día —admití—, a veces se me pegan las sábanas y solo bebo un café.

—A partir de ahora, todos los días —sentenció—. Nada de saltarse comidas y solo nutrirse de cafeína. Desayuno con proteína, carbohidrato complejo y fruta. Te voy a hacer una tabla, deberías comer cada tres horas. —«Mira, como los bebés»—. Cena ligera y nada de comer después de las seis de la tarde.

—¿Porque puedo metamorfosearme y convertirme en una animadora malvada cuando acabe el entreno de las DCC?

Ella me ofreció una de esas sonrisas sin alma y siguió. Tal vez esa mujer no tuvo infancia y no vio los *Gremlins*, o simplemente iba escasita de humor.

—Ocho vasos de agua al día, fuera de los entrenamientos, como mínimo —añadió. Lo cual me recordó que a Jude no le gustaba que bebiéramos—. Y nada de bebidas carbonatadas, hinchan la barriga y no sirven de nada.

—Olvídate de dietas locas: ni la de la piña —«con esa te vas de vareta hasta en la campiña»— ni la de agua con limón. —«Esa te deja el estómago pidiendo perdón»—. La de los colores. —«Fijo que te da ardores».

«A ver si se atreve a nombrar la del cucurucho».

Esa vez me mordí la lengua. Era posible que por fuera me pareciera a mi madre, pero por dentro era mitad Pippa Ferguson. Tuvo suerte de que me comportara como la señorita que se esperaba. Si hubiera estado ahí mami Phil, ya le habría soltado alguna de las suyas; nos divertía mucho hacer rimas y cosas estúpidas. La extrañaba tanto…

—Si necesitas algo, vienes y lo hablamos, no te lo inventes.

Asentí, aunque una parte de mí ya hacía cuentas mentales del precio de las cosas «saludables» en el supermercado. ¿A qué iba a dedicar mis horas libres? ¿Atracadora de bancos? En el contrato no hablaba nada de que estuvieran prohibidas las armas y los pasamontañas, ¿verdad?

Tanto esa misma tarde como al día siguiente, o lo que era lo mismo, los dos días previos al partido de inicio de la temporada, solo hice tres cosas: visitar la oficina de empleo, en la que se limitaban a decirme que por el momento no había nada que encajara con mi perfil, contribuir limpiando el piso de Kayla y ensayar.

Los entrenamientos estuvieron cargaditos de euforia y tortura. Por muy pronto que llegáramos al estadio, las veteranas ya estaban allí con el moño perfecto y una energía que parecía ilegal. Hacíamos calentamiento, técnica, patadas, más patadas, todavía más patadas. ¿He dicho ya patadas? Tory Nichols, a mi lado, era una pura aficionada; porque no me habían visto los de *Cobra Kai*, que si no…

La primera vez que ensayamos la coreografía de *Thunderstruck* en mitad del césped, con todo el equipo, sentí que mi corazón se mudaba al pecho de otra persona. La música vibraba en el suelo, las botas golpeaban con fuerza milimétrica, las líneas se ordenaban y, durante unos segundos, me olvidé de todo lo demás.

De Nova. Del pequeño Evander. De Levi y el mensaje sin responder.

Solo existía el momento, la estrella en mi top de lentejuelas, la línea de patadas. La simetría, el rugido imaginario del público y mi sueño de niña coronándome como DCC entre aquellas treinta y tres chicas.

El día del partido estaba de los malditos nervios, aunque quizá hubiera estado peor si hubiese sabido que Levi estaba ahí fuera, así no presenciaría mi bochorno si la cagaba y hundía demasiado el tacón de mi bota.

Nos juntamos en el vestuario, todas con el uniforme perfecto, el pelo peinado al milímetro —porque ya nos lo había advertido Jude: «cuanto más volumen, más cerca de Dios»— y los nervios a flor de piel.

Formamos un círculo, cruzamos los brazos y enlazamos los meñiques. Evelyn habló de disfrutar, de paz, de recordar por qué habíamos querido estar allí.

La capitana levantó la barbilla.

—No hay rayo…

—Sin trueno —contestamos todas al mismo tiempo.

Y vitoreamos al unísono mientras nos preparábamos para salir, con la emoción de lo que suponía para cada una de nosotras el estar ahí.

Mi pelo rojo brillaba como fuego, nunca me había sentido más guapa.

En el túnel, el ruido del estadio era un murmullo contenido. Podía oler la mezcla de césped, humo de barbacoa de los puestos de fuera y adrenalina. El *speaker* empezó a hablar, la música subió y, cuando pronunció el nombre del equipo y la palabra *Thunder* tronó, el público enloqueció.

La de veces que había hecho el maldito *trend* con mis primas para TikTok y con mis compañeras de universidad. Era viral y no conocía a nadie que no lo quisiera bailar; se había convertido en nuestro himno.

Corrimos hacia el campo en formación, sonriendo como si no existiera el dolor de pies ni el miedo a caerse delante de miles de personas.

«Es ahora o nunca, Wallace, haz sentir orgullosos a tus padres y a todo Saint Valentine Falls».

Estaba segura de que el partido estaría puesto en el restaurante de papá Travis.

Me moví como nunca, o como siempre, dándolo todo en cada paso, en cada giro, en cada golpe de cadera, pelo o brazo.

Lo hice, sabiendo dónde estaba en cada movimiento, dándolo todo de mí, frente a miles de personas que jaleaban, cantaban y se volvían locos.

El subidón de adrenalina estaba siendo brutal, la energía se multiplicaba tras cada segundo sin errores y, entonces, llegó: La línea de patadas.

Todas unidas, aferradas al cuerpo de nuestras compañeras y, cuando levanté la pierna hasta casi rozarme la nariz, sentí que pertenecía a allí. Que, pese a todo, pese al zulo, pese a la cuenta del banco, pese a la culpa, ese era el único lugar del mundo en el que mi cuerpo y mi cabeza se alineaban de verdad.

Durante esos segundos nadie estaba muerto. Nadie estaba roto. Solo existían la música, el ruido, nosotras y la certeza de que mi madre, desde algún lugar, se sentía orgullosa de verme brillar.

CAPÍTULO 7



Desde que me mudé a ese ático, siempre le vi tres virtudes muy claras:

Silencio, orden y una ausencia reconfortante de gente que no fuera yo… o algún compañero de equipo demasiado cómodo con mi nevera.

Ventanales de suelo a techo con vistas a todo Dallas. Mármol blanco, acero negro y un salón tan grande que podías lanzar un pase de veinte yardas sin romper nada.

Según Ty, mi mejor amigo y receptor estrella, fue una inversión de la hostia. Según Knight, nuestro RB1 más cabrón, el lugar ideal para esnifar bragas a todas horas.

Lo dijo el primer día que los invité a todos para inaugurarlo y se montó en el ascensor privado desde el garaje.

Fue una de las cosas que me decidió a quedármelo; buscaba un lugar en el que no me molestara nadie, sobre todo, la prensa. Cuando te convertías en el príncipe de los Cowboys, la privacidad pasaba a una dimensión desconocida.

Si me lo preguntabas a mí, te diría que era mi oasis, diseñado para respirar, desconectar y no pensar.

Si se lo preguntabas a mis amigos, te dirían que el oasis era para hacer fiestas y follar a lo bestia.

Hasta ese momento había podido compatibilizar las dos cosas, pero dados los últimos acontecimientos, algo iba a tener que

cambiar, sobre todo, ese día, que parecía fiesta patronal de Saint Valentine Falls.

Mi madre estaba reorganizando el mueble bar, testeando mi selección de bebidas espirituosas para desinfectar el aparato digestivo y comprobando la caducidad.

Mi padre se paseaba con mis cintas de juego, observando la pared-vitrina en la que almacenaba mis logros previos a la lesión.

Harper y Reese se habían apropiado del sofá y discutían sobre qué serie ver.

Y Evander estaba peligrosamente cerca de la mesa de cristal con un rotulador permanente que no tenía muy claro de dónde había salido.

Yo solo tenía ganas de que aquel imbécil no hubiera chocado con Nova; mi hijo no hubiera perdido a su madre y mi vida no estaría a punto de descalabrarse. Ni siquiera había tenido tiempo a echar un ojo al primer partido, que, para sorpresa de nadie, perdimos.

Necesitaba centrarme y reordenar mi existencia, enviando a mi familia de vuelta a Missouri cuanto antes.

—Evander —lo llamé—, ese rotu no se acerca a la mesa.

El niño levantó la vista sin soltarlo. Tenía las pestañas largas de su madre, el pelo un poco revuelto y esa expresión de bicho concentrado que me ponía los nervios en carne viva. Por lo menos, no estaba llorando.

—No es rotu —me corrigió muy serio—. Es arma secreta.

Harper soltó una carcajada.

—Este, en dos años, monta una célula criminal en el cole.

—En Saint Valentine Falls ya habría reclutado a medio patio y se habría hecho con la alcaldía —añadió Reese, encendiendo la tele sin preguntarle a nadie—. ¿Te apetece un capi de *The Bachelor*, peque?

—¿Qué es *Dachenlor*? ¿Salen peces?

—Hay un buen banco, sí, y más de una *tiburona* que enseña la dentadura porque quiere hincarle el diente a…

—¿Qué narices le dices a mi hijo, Reese?

—Solo hablábamos de que el pez grande siempre se come al pequeño y, si tiene tetas, digo, aletas de silicona, más. Es la selección natural de los programas televisivos.

Me giré hacia mis padres.

—¿Es que no pensáis decirle nada? Va a contaminarle la mente a Evander…

—¿Por ver *The Bachelor* o por vivir en este antro de perdición? —me chinchó Harper—. A juzgar por el interior del cajón de tu cuarto, el reverendo Somers diría que…

—¡Mamá! Dile a tus hijas que invadir la propiedad privada está penado por la ley.

—Bueno, lo estaría si no las hubieras invitado a entrar.

—¡Me obligaste a abriros la puerta y fue contra mi voluntad!

—Chicas, portaos bien con Levi —murmuró papá—. ¿Por qué no le ponéis a Evander *La Sirenita*? Os flipaba de pequeñas.

—Creo que tus hijas prefieren otro tipo de tritones —farfullé mientras ellas se miraban cómplices.

—Pues cuidado con lo que prefieren, que se me da genial la pesca con explosivos.

Harper resopló.

—Vale… Nada de *The Bachelor*, pondremos algo aburrido a gusto de los mayores.

Evander se había agachado otra vez. En lugar de la mesa, ahora dibujaba en un papel, pero el rotulador permanente seguía ahí, desafiando a la alfombra carísima y a mi salud mental.

—Eh, gremlin —Harper le dio un codazo suave—, hazle tatuajes al dinosaurio, no al mármol.

—No es dinosaurio —replicó él sin mirarla—. Es papá.

Reese se inclinó para mirar el dibujo.

—Ahora que lo dices… —diagnosticó—. *Sep*, con esos brazos pegados al tronco y tus últimos *fade*, se le parece mucho, la verdad.

Los *fade* eran pases altos, flotados, sobre la banda o en la *end zone.* La culpa de que los últimos resultaran malos fue de la lesión, y de que mi hermana supiera dar donde más dolía, también de que mi padre fuera entrenador y una exestrella de los Giants. En mi casa habían mamado fútbol americano antes del biberón.

Tragué aire. Tenía la sensación de que el salón se había encogido. Toda mi vida estaba ahí dentro: mi pasado, mi presente, mi posible

futuro jodido y un niño de cinco años que no había pedido nada de eso.

Mi madre cerró por fin la puerta del mueble y se giró hacia mí.

—Levi, tenemos que hablar de cómo vas a organizarte.

Ya estábamos, por eso no quería que viniera, siempre estaba dispuesta a ordenar mi vida.

—Mamá…

—No empieces. —Alzó una mano—. He visto tu despensa.

—Tengo comida.

—Tienes una bonita colección de cervezas, bebidas isotónicas, tres cajas de cereales y algo que creo que fue una lechuga en otra vida. Ese niño necesita horarios, una rutina, comidas en condiciones, alguien que sepa qué hacer cuando tenga fiebre y tú estés en mitad de un partido.

—Estoy trabajando en ello. Te recuerdo que, hasta hace una semana, mi vida era otra. Hemos estado comiendo en restaurantes.

—Estás sobreviviendo, lo sé, pero eso no basta, y cuanto antes nos pongamos, mejor.

—Jane, nuestro hijo no lo está haciendo tan mal, dale un respiro —pidió papá—. Hace lo que puede.

—No sería su madre si no me preocupara. Hacer lo que uno puede, a veces, no es suficiente, sobre todo, cuando hay un niño de cinco años de por medio —replicó ella sin perderme de vista—. Y no lo digo para atacarte, hijo, que conste, sino porque yo pasé por lo mismo y tenía un montón de ayuda con los abuelos y mis hermanos.

—¿Para eso has venido? ¿Para ponerlo todo en orden y a tu manera?

Odiaba cuando se ponía en plan mandona, que era la mayor parte del tiempo.

Harper y Reese intercambiaron una mirada, como si me hubiera convertido en su nueva serie favorita.

—He venido porque soy tu madre, me importas y siempre te costó lo de pedir ayuda y expresar tus emociones.

—Le dijo la sartén al cazo —contraataqué.

—Nosotras podemos ayudar cuidando de Evander —se ofreció Harper—. Podemos mudarnos a este piso, estudiar desde casa. Por

un módico precio, que incluya sueldo mensual con tres cifras, comida, techo y prima en formato tarjeta de crédito ilimitada, acorde a la responsabilidad de hacerse cargo del hijo de una superestrella, firmamos.

—¡Me apunto! —proclamó Reese, envalentonada—. Un año sabático no nos irá mal y te hacemos un 2x1, por si la otra enferma o tiene que descansar. Tenemos Saint Valentine Falls muy visto y Dallas necesita un par de Carter-Wallace en la gran ciudad.

—Vosotras dos casi prendisteis fuego a la cocina haciendo vuestra nueva versión de palomitas —les recordó mamá—. No estáis capacitadas ni para cuidar de vosotras mismas.

—Se trataba de un experimento científico —dijo Harper, digna—. ¿Podemos mudarnos, Levi?

—Cuando seáis mayores de edad y en un piso que no me pertenezca. Buen intento, colegas.

Reese alzó la mano.

—Si no somos nosotras, voto porque contrates a alguien de confianza que se ocupe de Evander mientras tú entrenas. Harper y yo podemos hacer de jurado, un papi soltero, atractivo y estrella del deporte es un bocado demasiado apetecible para las *tiburonas*, olerán sangre débil en cuanto pongan un pie en esta finca.

Parpadeé dos veces sin dar crédito a lo que estaba soltando mi hermana por esa boquita. Ese par crecía a marchas forzadas y yo me sentía un viejo decrépito a los treinta y dos.

Evander dejó el rotulador encima del papel y miró hacia mí, atento.

—Yo quiero que me cuide Lila.

La pena me recorrió por dentro.

—Ya te lo expliqué, campeón. Lila no podía mudarse y tú no puedes asustar a las niñeras que nos manda la agencia. Ayer tuvimos una y la cosa fue como el culo.

Me acerqué para revolverle el pelo y miré el dibujo.

«¿En serio tengo los brazos tan cortos?».

—La chica de ayer no me ha devuelto los mensajes de disculpa —admití, frotándome la nuca.

—Necesitas una que tenga experiencia. No sirve que salga con críos de dieciocho.

Me chinchó mi madre.

—El problema es su sangre Wallace. —Señalé a mi hijo con el pulgar.

Mamá entornó los ojos.

—Sois muy exagerados, tampoco hizo algo tan grave... No es que le preguntaras sus motivos al niño, igual es que estaba haciendo algo indebido.

Eso lo decía porque mi madre, de pequeña, ya aparecía en los carteles de «Se Busca».

Silencio instantáneo. Mis hermanas se miraron al mismo tiempo.

—Cuéntale al papi por qué le tiraste a la canguro el móvil a la bañera… ¿Esa chica le estaba robando a tu padre?

—Aquí la única que ha saqueado mi mueble bar eres tú. La canguro solo se puso a llenar la bañera, dejó la puerta abierta y, mientras intentaba prepararle una cena saludable a tu nieto, este decidió robarle el móvil —continué—. Evander vació entero el bote de gel porque, según él, había que hacer espuma para que el barco flotara. Fue a por el teléfono de la chica, y cuando Crista se dio cuenta de que le faltaba para seguir con la receta, fue detrás de él y le cerró la puerta, giró la manilla hasta casi arrancarla y gritó «misión submarina», arrojándolo al agua.

—¡Porque no paraba de mandarles fotos a sus amigas haciendo morritos!

Proclamó mi hijo.

Harper se tapó la boca con la mano para contener la risa. Reese no lo intentó siquiera.

—Ese no es motivo de tirarle el móvil al agua —concluí—. Crista pasó mucho miedo por si te ahogabas.

Mi madre parpadeó despacio.

—¡No, solo quería el móvil!

—A ver, esa chica no fue muy prudente con lo de las fotos. Seguro que se trataba de una novata. No deberías dejar a mi nieto en manos de alguien que no sea capaz de desbloquear una puerta de una patada.

—¿A quién me sugieres que contrate, a un especialista en coces?

—Basta con que sepa meter una tarjeta de crédito por la ranura. A la mayoría de chicas se nos da de miedo la Visa cuando queremos…

Mi madre aniquiló a Reese con un alzamiento de ceja.

—Voy a hacer como que no he oído nada. —Papá se tapó las orejas.

—Somos mitad Wallace, ya deberías estar acostumbrado —aseveró Harper en defensa de nuestra hermana.

Wallace y Carter juntos eran el gen del incendio combinado. O, al menos, eso decía nuestra abuela.

—No era de confianza, ¿verdad, mi chico? —preguntó mamá, tomando a Evander en brazos mientras él negaba con vehemencia.

—Eso, tú aliéntalo —protesté.

—No es fácil ganarse la confianza de un Wallace —dijo—. Si una niñera no supera una misión submarina, no está a la altura de mi nieto, fin de la discusión.

Genial. Lo único que me faltaba: mi madre convirtiendo el sabotaje infantil en prueba iniciática.

—El problema es que el que tiene que estar a la altura soy yo —solté más seco de lo que pretendía—. Me he perdido el primer partido de la temporada. Solo pude ir a entrenar ayer y puede que esta sea la última si sigo fallando.

El silencio que siguió tuvo un sabor raro.

Mi padre fue el primero en mover ficha. Me miró con esa mezcla de orgullo y preocupación que me arrugó por dentro.

—Escúchame, Levi —dijo—. Saltarte un partido para recoger a tu hijo en un centro de acogida porque su madre…. porque su madre ya no está y faltar una semana cuando llevas todo el verano recuperándote con fisios y entrenadores personales —añadió con tiento— no es fallar.

—Para la NFL, sí —repliqué—. Para la prensa, para el dueño, para los que llevan contando los años que me quedan como si fueran acciones en bolsa.

—Para la gente a la que le importas, no —insistió él—. Para este enano. —Señaló a Evander, que había vuelto a dibujar en cuanto mi

madre lo posó en el suelo—. Para tu familia. Para ti, aunque todavía no lo veas.

—Estoy muy agobiado —confesé.

—¿Por qué no quedas un rato con los chicos y te despejas? —me propuso—. Sal con ellos a tomar unas cervezas y nosotros nos encargamos de Evander.

Pasar tiempo con mis amigos no me iría mal.

—¿Seguro?

—Por supuesto, yo me ocupo de la cena. —Miré a mi madre de soslayo; se le daba fatal cocinar, o lo hacía papá o comían en el restaurante del tío Travis.

—No me mires con esos ojos, no le voy a dar cereales envueltos con lechuga pocha, pediremos algo y ya está.

—Vale, voy a cambiarme, y tú —le dije a mi hijo con expresión seria— no la líes con los abuelos.

—No lo hará —subrayó mi padre—, sabemos cómo manejarnos.

El que no sabía era yo. Solté un suspiro de agobio y me fui a mi habitación.

CAPÍTULO 8



Había pasado un día entero intentando no reventar por dentro.

Cuando mi familia aparcaba en mi vida, era peor que un huracán; sabía que tenían buena intención, pero eran agotadores para mi paz mental.

Era como vivir con un comité permanente de intervención que no había pedido.

El día anterior pensaba que lograría encontrar un equilibrio con la nueva niñera.

Me equivoqué.

El día no había podido empezar peor entre el vídeo-repaso de cagadas del partido, un entrenamiento que nos exprimió como si fuéramos limones, la charla tensa con el míster y la llamada de la niñera anunciando que mi hijo había convertido el baño en un tsunami *edition* y temía por que pudiera ahogarse… Necesitaba aire.

Aire y alcohol, en ese orden.

Así que acepté la propuesta de mi padre.

Los chicos solían ir al The Blue Moon a última hora de la tarde, bar clásico de Dallas para jugadores que necesitaban desconectar, picotear algo, beber, bailar y, en el caso de algunos, coleccionar números de teléfono. Sabía de sobra que mi núcleo duro iba a estar en nuestra base de operaciones.

Era eso o acabar mordiendo a alguien sin querer, y en ese momento no me sobraban dientes.

Cuando entré, los vi sentados en la que ya era nuestra mesa: Ty, Marcus, Jace, EJ, Devin, Carter Wilkes… y, en mi asiento, como una puta profecía de pelo rubio, la nueva adquisición, Valentino Dalton, que en los entrenamientos pegaba saltitos detrás de mí como si no acabara de comerse su primera derrota como QB2.

Su buen humor era desesperante, parecía que viviera en un universo paralelo donde nada salía mal y todo era «parte del viaje».

El local estaba lleno. Luz tenue, música urbana, olor a *whisky*, camareras sexis, chicas bailando sobre tacones infernales, risas y esa energía eléctrica que solo tenían las noches en Dallas, donde aún no sabías si ibas a volver a casa caminando recto o en Uber, rezando para no vaciar el estómago en el asiento de atrás.

Algunos ya iban por la cuarta cerveza; podía oler la mezcla de sudor, perfume caro y testosterona desde la puerta.

Ty me enganchó por el cuello y me acercó al grupo.

—Mirad quién nos honra con su presencia. El príncipe de los Cowboys viene a saludar a su corte —dijo con la voz algo tomada por el alcohol—. ¿Cómo de jodido estás? ¿Del uno al «necesito tres *whiskies* y varias tías que me la chupen»?

—Por ahí —respondí, dejándome caer en un taburete que alguien me pasó.

Valentino apareció a mi derecha como un cachorro que no sabía si lamerte la cara o morderte el tobillo.

Si llevaba dos minutos tranquilo, era récord personal.

—Hermano, si quieres, hablamos de lo que pasó en el partido. Sinceramente, hice lo que pude, pero la defensa estuvo…

—No —lo corté—. Hoy no hablamos de fútbol.

Todos se miraron. Primera señal de alarma, yo siempre quería hablar de fútbol.

EJ levantó una ceja, lento.

—Tiene cara de necesitar gasolina, o un mechero.

Marcus se rio a carcajada limpia.

—Gasolina dice. Este necesita vaciado completo. Muscular… y de huevos.

—Estoy delante, Knight —bufé.

Marcus Knight era nuestro principal *Running Back*.

Veintiséis años, uno setenta y ocho, pelo negro rapado, ceja partida y cara de «voy a comerte hasta la vida si pestañeas».

Dramático como una telenovela, el payaso del vestuario, hasta que llegó Dalton para hacerle la competencia.

Competitivo hasta el absurdo, aunque todos lo éramos un poco.

Nunca salía de fiesta pensando en hablar con una chica; salía pensando en tirarse a ocho.

—Y somos tus amigos. No ocultamos verdades —replicó él, señalando al camarero—. Tres rondas de cerveza y para Carter, doble.

El camarero asintió cuando Jace intervino, calmado:

—Un doble no, dos, y que venga comida. Cuando Levi está así, lo que tiene no es hambre, es vacío existencial.

Jace, o, mejor dicho, Jason Rivera, tenía treinta años. Uno noventa y tres de puro *Tight End*. Hombros enormes, barba recortada. De carácter firme y paciente, era el papá del grupo, aunque no por la edad. Era un ser adulto, maduro y estable, dicho de otra manera, un puto unicornio en el ecosistema NFL.

Además, estaba prometido con su novia del instituto de toda la vida. Era cuestión de tiempo que pasara de leyenda a marido del año.

—Lo que necesita Carter es terapia gratis —susurró Devin desde atrás—. Esa que solo puede obtenerse aquí.

El que acababa de abrir la boca era nuestro mejor defensa, Devin Shaw. Veintiocho años.

Más músculos que en el libro *Anatomía de Gray*. Competitivo, directo y jodidamente provocador. Aunque me respetaba, también le flipaba tocarme las narices.

Tenía una de esas miradas que desarmaban, combinada con una seguridad irritante, la que te hacía pensar que podría robarte la novia y el postre en la misma frase.

Bebí un trago largo. Me ardió el pecho, como si intentara borrar las últimas setenta y dos horas. La cerveza con tequila no arreglaba vidas, pero, joder, a veces parecía que lo intentaba.

Mi mejor amigo, Ty, se apoyó en la mesa, mirándome sin adornos.

—Tío…, ¿qué tal fue con el míster?

Solté aire.

—Como te imaginas o peor. Quería asegurarse de que estoy «centrado». Que lo de Nova no me rompa y que no necesite más tiempo para remontar por lo de Evander. No puedo volver a faltar o el equipo se resentirá.

Devin chasqueó la lengua.

—Su plan de empatía tiene la misma sutileza que un placaje de trescientas libras.

—Es Harlow —intervino Jace—. El día que muestre exceso de empatía, se jubilará por estrés.

Marcus me empujó el hombro.

—Pero, eh, ¿le dijiste que ya tienes canguro? Porque la tienes, ¿no?

—La tenía —contesté—. Ayer se dio de baja voluntaria. Me llamó desde el fijo diciendo que mi hijo había llenado la bañera hasta el borde y se había encerrado para hacer un «submarino con su móvil».

Valentino escupió un trago de cerveza.

—¿En serio? Ese crío apunta maneras. Seguro que quería bañarse con la niñera y que se sumergiera para enseñarle el periscopio.

—¿A ti qué coño te pasa en ese cerebro, Dalton? Mi hijo tiene cinco años y acaba de perder a su madre. Madura.

—Lo-lo siento… La he cagado.

Hubo un silencio respetuoso.

Ese silencio de «hostia, esto va a ser difícil de cojones».

—Mis padres están ahora con él y la agencia ha dicho que me mandará otra mañana. Necesito que mi familia regrese a Saint Valentine Falls cuanto antes, no os hacéis una idea de lo que es tenerlos en casa.

Ty dio un golpecito con la botella en mi brazo.

—Bueno, pues, entonces, respira, joder. Para eso estamos aquí. Para que recuerdes que, antes de ser padre soltero accidental, eras el tío más letal de la NFL.

—¿Letal? —Bufé—. No pude ni estirar después del entreno. Llevo tres días con los isquios gritándome en arameo por no haberles dado su dosis de rehabilitación.

EJ habló por primera vez, con esa voz grave que parecía que dictaba una sentencia cada vez que abría la boca.

Elijah «EJ» Morrison era nuestro *Left Tackle*, mi espalda ciega.

Si la palabra «montaña humana» existiera en el diccionario, habría una foto suya al lado.

Era calvo, alopecia temprana, aunque solo en la cabeza, que relucía como una bola de billar. Tenía una barba cerrada que mimaba más que a su gato. Sus manos eran gigantes.

Si tuviera que emplear dos palabras para describirlo, serían: estoico y protector.

Hablaba poco, tenía un humor muy seco, casi invisible, y una pasión secreta por construir maquetas.

Nadie se metía con su afición. Nadie quería morir.

—Si quieres, te ayudo a estirar —se ofreció.

Marcus levantó las manos.

—Eh, eh. Nada de homoerotismo utilitario en mitad del bar. Si alguien estira a Levi soy yo, que tengo manos de artista.

—Tus manos son delito federal —dijo Devin—. En el partido parecía que las hubieras untado en mantequilla.

Marcus dio un golpe encima de la mesa y se puso en pie.

—Vuelve a decir eso y hoy bebes cerveza con dientes.

—Haya paz, que lo que necesita Levi es desconectar, no que vosotros os deis de hostias —farfulló Carter Wilkes, el último del grupo.

Era *Punter*. Veinticinco años, con cara de niño bueno y algo torpe fuera del campo.

Si decía alguna tontería, solía ponerse rojo como un tomate.

Además, tenía la habilidad de tropezar con cosas invisibles, lo cual hacía que los chicos se partieran el culo con él.

Un grupo de chicas pasó cerca y el ambiente aflojó.

Las miradas de los chicos me escaneaban. Evaluación. Tanteo.

Hasta que Ty soltó:

—Vale, basta de drama. Hablemos de lo importante. La canguro. Necesitamos echarle una mano a Carter con eso.

Marcus aplaudió.

—Por fin algo divertido en lo que contribuir.

Jace soltó un suspiro resignado.

—Esto va a acabar mal.

Valentino apoyó los codos en la barra.

—Propongo hacer proceso de selección. Estamos en un bar. Población femenina abundante. Estadística favorable. El sesenta por ciento sabe cuidar niños…, o, al menos, sabe cómo se hacen.

Los chicos soltaron una carcajada.

Yo me pasé la mano por la cara.

—No voy a contratar a una niñera en un bar.

—No vas a contratarla —corrigió Devin—. Vamos a testear candidatas. Diferencia importante. Además, ¿qué pasa? ¿Tu canguro no puede ir a bares en sus ratos libres?

Marcus señaló hacia la pista, donde una rubia con minifalda bailaba sobre la línea que separaba lo legal de una hernia mental.

—Esa tiene máster en biberones.

—Mi hijo no toma biberón —repliqué.

—No era para él —dijo Marcus—. Era para ver si tú se lo dabas a ella.

El grupo estalló.

Tuve que beber para no sonreír de verdad.

—No quiero una niñera que tenga interés en mí —respondí—. Necesito a una mujer que quiera cuidar a mi hijo.

—Pues pilla a una casada —intervino Ty, muy serio—. Las casadas saben de críos, de horarios, de todo. Y no te va a tirar los tejos.

Devin negó con la cabeza.

—Error. Las casadas son las peores. Tienen carencias. Te ven, te huelen, te fichan y, cuando te echen los ojos encima, van a querer colágeno en rabo y placaje en la cama. Además, recuerda que estamos en Dallas: hay más maridos del club del rifle que vacas en Texas.

Marcus levantó la botella.

—Afirmo.

—Pues genial —resoplé—. ¿A quién cojones contrato entonces?

Silencio otra vez.

Hasta que Carter Wilkes, que llevaba media hora agitando una pajita como si fuese una espada, dijo:

—Una abuela viuda.

Los demás lo miraron como si acabara de proponer sacrificios humanos.

EJ negó despacio.

—Ese niño firma el certificado de defunción de la anciana antes de que cruce el umbral.

—Literal —asentí—. No tenéis ni idea de lo que son los críos de mi familia. Somos Wallace-Carter, somos letales desde la primera ecografía.

Marcus me dio un golpe con la rodilla, cómplice.

—Hermano…, tú no necesitas una niñera, necesitas un milagro.

—¿Me sugieres algún santo al que rezar? —susurré.

Una chica pasó rozándome el brazo y Marcus no tardó ni media décima en lanzar un comentario subido de tono.

Valentino estaba ya sonriéndoles a dos como si fuera un *meet and greet*.

Devin se apoyó en la mesa con esa mirada intensa suya que provocaba calentones espontáneos.

Ty ni habló: bastó su existencia para que tres mujeres giraran la cabeza.

Jace sonreía, tranquilo, bebiendo despacio, porque él no necesitaba hacer nada.

EJ observaba el local como si fuera seguridad privada.

Wilkes se cayó de la banqueta sin querer.

Y ahí estaba yo, en mitad de todos ellos, intentando no pensar, no sentir, no hundirme.

Jace se inclinó hacia mí.

—Carter.

—Dime.

—Vamos a estar contigo. Con todo. Con el crío, con el caos, con lo que venga. Podemos turnarnos si hace falta cuando no esté la que te manden de la agencia. Pero esta noche… descansa, bebe, ríete un poco y, si puedes, que puedes, folla con alguna en los baños. Lo necesitas.

Lo miré. Asentí.

—Gracias, colega.

Marcus volvió con la segunda ronda y Dalton soltó algo sobre que se había enamorado en el partido de una de las DCC.

—¿No os fijasteis en la pelirroja? La tía estaba tremenda. La pantalla la adoraba y a mí me encantaría adorar su boca con mi rabo en ella.

—Dalton, las DCC están prohibidas por contrato —le advertí.

—¿Nunca te has tirado a una animadora?

—De mi equipo, jamás. Para algo están las normas y las chicas de los equipos contrarios.

—Bueno, a mí me gusta el riesgo y esas malditas piernas alrededor de mi cintura. Además, ojos que no ven, cláusula que no siente. Me la pienso tirar.

Solté una carcajada real, pequeña, pero mía.

Por primera vez en todo el día, sentí que el nudo del pecho se aflojaba un poco. Solo un poco, pero suficiente.

El resto de la noche fue ruido, luces, música, bromas y esa sensación de que, por un momento, todo volvía a su lugar y eso, para mí, ya era suficiente.

CAPÍTULO 9



Sabía que mi tía Jane estaba en Dallas porque mami Phil me lo chivó esa misma mañana con un audio que empezaba con:

«Sky, cariño, tu tía Jane, tu tío Cole y las niñas ayer volaron para ver a Levi y pasar un par de días. Ya sabes cómo es Jane, así que igual harán por verte antes de volver».

Sí, sabía exactamente cómo era Jane.

Si mi tía aterrizaba en tu ciudad, significaba dos cosas: si te veía, te iba a abrazar como en esos vídeos virales de militares regresando de la guerra y, con toda probabilidad, iba a meterse en tus problemas como si le pagaran por ello.

Mi problema era simple: la búsqueda de empleo más frustrante de la historia.

¿Por qué narices no podía encontrar un trabajo que me permitiera vivir en un sitio donde el oxígeno no fuera un bien escaso?

Cuando mi móvil vibró y vi «tía Jane» en la pantalla, supe que hoy tampoco sería ese día tan soñado.

Tenía una cola infinita delante y mi tía tenía planes.

—Hola, cariño, sé que tu madre te dijo que íbamos a estar por aquí.

—Hola, tía Jane. Sí, algo me ha comentado.

—Las chicas están deseando verte, y nosotros también. ¿Estás libre para comer?

—Para vosotros, siempre —respondí, porque decirle que no a la *sheriff* Wallace era como decirle que no a la ley de la gravedad:

imposible.

—Perfecto. Te mando ubicación. Hemos encontrado un restaurante en el que se come de muerte.

Y colgó sin despedirse. Calamity Jane en modo operativo.

En cuanto entré en el restaurante donde ella, mi tío Cole y mis primas ya estaban sentados, las gemelas casi me derribaron.

—Skyyy.

Se abalanzaron sobre mí como dos koalas con adicción a los esteroides.

Harper y Reese eran justo como las recordaba: guapas de forma insultante, con el pelo oscuro de Cole, pero reflejos cobrizos que le venían de su madre.

Y esos ojos verdes de Jane… inconfundibles.

También ese aire de «si nos buscas, nos encuentras» que venía de fábrica en los Wallace.

Cole se levantó para darme un abrazo afectuoso, mucho más calmado que el de sus hijas.

Verlo siempre me hacía pensar lo mismo: «el buen vino madura bien, pero mi tío lo hace mejor».

Y Levi Carter era una réplica exacta de su padre.

Tía Jane me miró igual que cuando tenía doce años y me pilló robando galletas antes de cenar: con cariño y con la sospecha de que estaba sobreviviendo a base de café y rezos.

—Cielo, ¿cómo estás?

—¿Es que no la ves? Preciosa. Cuando volvamos al pueblo, recuerda pasar por la óptica —dijo Cole.

—Haz el favor de callarte, Carter, a nuestra pequeña se le marcan los huesos de la cara. ¿Y esas ojeras? —soltó Jane.

Nada como una buena dosis de mi tía adoptiva para levantar el ánimo. Respiré hondo. A ella no se le podía mentir, era genéticamente imposible.

—Me estoy apañando…, pero está siendo más difícil de lo que pensaba —admití.

Ella frunció el ceño. Las chicas inclinaron la cabeza al mismo tiempo. Coordinación de ejército.

—¿Qué pasa? —preguntó mi tía—. ¿A quién debo apuntar con el arma? ¿A alguna de esas locas de los pompones? ¿O se trata de algún baboso de la organización?

Sonreí con tristeza.

—No, no es eso. Pensaba que encontrar trabajo sería fácil, que algo me saldría… Bueno, algo dentro de la gigantesca lista de cosas permitidas, pero no. El contrato de las DCC es una trampa mortal. Lo peor es que no puedo trabajar donde haya alcohol, y eso limita muchísimo. Toda mi experiencia es el restaurante de papá Travis y bailar. Así que, complicado.

Jane abrió los ojos, parecía que le hubiera confesado que sacrificaba ardillas por diversión.

—¿Cómo dices?

—Ni bares ni restaurantes donde sirvan cosas que embriaguen, ni empleos en los que puedan malinterpretar mis funciones. Tema redes sociales, igual. Subir contenido es delicadísimo, así que prefiero no jugármela. Estoy bastante desesperada, la verdad.

Jane se llevó una mano a la frente.

—Genial. Las contratan para animar a un estadio entero, pero quieren que vivan como si fueran monjas del siglo dieciocho, y esas os aseguro que empinaban el codo con la sangre de Cristo y las bebidas espirituosas, que para algo las llaman así.

Harper intervino:

—Pero si se sirve alcohol incluso en misa.

—Amén, hermana —remató Reese.

Yo solté un bufido.

—Mi habitación es un zulo. Sin ventilación. Mi compañera de piso es un amor, pero cada noche tengo la sensación de que voy a morir asfixiada en ese *tupper* humano. Por favor, no les digáis nada a mis padres… Si se lo cuento, insistirán en mandarme dinero y no quiero que lo hagan. Necesito una solución que no pase por sus bolsillos.

Mi tía Jane no había dejado de mirarme con ese gesto suyo que hacía temblar a cualquiera: el de cuando se le ocurría una de sus ideas…, que casi siempre eran malas antes de resultar brillantes.

Era el gesto. El engranaje. La chispa.

Dejó la carta en la mesa con la misma determinación con la que un agente de la ley sacaba la placa antes de una redada.

—Sé lo que necesitas.

Pánico. Expectación. Y mis primas sonriendo como hienas porque, compartiendo genes, siempre sabían cualquier cosa que pasara por el cerebro de su madre antes que yo.

—Tengo el trabajo ideal para ti —sentenció Jane—. Y no sé cómo no se me había ocurrido antes.

—Solo por si acaso…, no puede ser en Saint Valentine Falls. Debo estar a las seis en los ensayos.

—No es allí, tonta.

—¿Entonces? —pregunté, ya arrepintiéndome de abrir la boca.

Harper y Reese se adelantaron:

—Serás la canguro de Evander.

Mi mente hizo pantallazo azul.

Evander. El niño de cierto jugador de la NFL por el que suspiraba desde que puse un pie en Saint Valentine Falls.

—Yo… no puedo.

—¿Por qué no? ¿No te gustan los niños? —preguntó Jane, como si a ella le gustara cualquier niño que no hubiera salido de su vientre.

—Claro que sí, pero el contrato me prohíbe acercarme a jugadores de los Cowboys. No puedo respirar el mismo aire, a no ser que sea día de partido. Y Levi es…

—Tu primo —interrumpió Jane, convencida—. No pueden prohibirte ver a tu familia. Se llama vacío legal.

«Visto así…».

Cole suspiró.

—Jane, sí es jugador. Por muy primo que sea, no vale, sigue siéndolo. Los Cowboys son muy estrictos con esas mierdas.

—Ah, ¿sí? ¿Te recuerdo los escándalos de los últimos años provocados por jugadores? El del beodo que se estampó contra una palmera, o los que montaron una comuna con la hija de cierto político —enumeró ella, bajando la voz cuando sus hijas la miraron.

Yo pensé: «ni siquiera es mi primo de sangre…, y ojalá eso no fuera relevante porque mi adolescencia fue un drama con piernas gracias a él».

Jane agitó la mano, como si los argumentos de su marido y la NFL fueran meros mosquitos.

—Son familia, y la familia se ayuda. Levi la cuidó cuando era pequeña, ahora le toca a Sky cuidar de Evander. Además, el ático es enorme, podéis vivir allí sin cruzaros ni para desayunar, tendréis que hablaros por Skype.

Mi corazón entró en combustión.

¿Vivir? ¿Con Levi? ¿Yo, Skyler-pierde-la-compostura-Wallace?

Porque él ya no estaba casado y yo ya no era la cría de seis años para la que se bajó los pantalones, enseñándome a hacer pis, cuando creía que tenía un minipene ahí.

Esa vez, las consecuencias serían otras si se la sacaba delante de mí.

—Es imposible —murmuré, sintiéndome a un paso del infarto.

—No lo es —dijo Jane tan tranquila.

—Si no puedo cuidar de su hijo, mucho menos vivir con él. No puedo compartir sala con un Cowboy, y mucho menos techo.

—¿Por qué? Ya te he dicho que el sitio es grande, no tienes que preocuparte porque le huelan los pies.

—No es eso. Nos pillarían.

—¿Quién?

—La organización, los periodistas, una fan enloquecida…, yo qué sé.

Reese sonrió con malicia heredada.

—Nadie lo sabrá. El edificio de Levi tiene acceso directo por el *parking*, el ascensor sube a su planta y nadie tiene por qué ver dónde paras. Siempre dice que la discreción es lo mejor que tiene esa finca.

Jane la señaló, orgullosa.

—Esa es mi hija. A grandes males, soluciones como puñales.

—Pero…

—No hay peros —dictó mi tía—. ¿Verdad, Cole?

Cole levantó las manos.

—Solo digo que ella puede meterse en problemas…, y en esa organización siempre es la mujer la que sale perjudicada.

—¿Hay alguna en la que la mujer no lo sea? —saltó Harper.

—Se te ha caído la corona, reina —proclamó Reese.

—Qué orgullosa estoy de vosotras —dijo Jane—. Sigamos.

Cole bufó, aún intentando darme una vía de escape.

—Jane, hoy ha empezado la canguro nueva de la agencia. Levi no va a despedirla así, sin más.

Jane se recostó en la silla con la seguridad de quien llevaba años acertando predicciones.

—Y no va a pasar la prueba. Ninguna pasa la prueba con mi nieto. Skyler necesita trabajo y vivienda, y es la adecuada para lidiar con un niño que ha perdido a su madre. ¿O debo recordaros que nuestra chica pasó por lo mismo?

Sentí sus miradas llenas de pena, pero también de cariño.

—Levi necesita a alguien que sepa tratar con un Carter-Wallace, y esa eres tú. Fin de la discusión. Es perfecto, un plan sin fugas.

Harper levantó la mano.

—Mi voto es para Sky. Es perfecta para Evander y es nuestra prima favorita.

—El mío también —añadió Reese.

Jane alzó la mano igual.

—Tres a uno. El puesto es tuyo.

Yo abrí la boca.

—¿Y Levi? Ni siquiera sabe que soy una DCC. No he podido contárselo. Igual no quiere saltarse las reglas.

Jane me puso una mano en el hombro.

—Levi querrá en cuanto la canguro le diga que no vuelve, y lo hará. Y se pondrá contento cuando sepa que vas a ser tú. De lo único que debes preocuparte es de avisar a tu compañera de piso de que haces la maleta esta noche.

Me quedé mirando a mi tía sin poder respirar.

—¿Me estás diciendo que mañana me mudo al ático del jugador más prohibido del estado de Texas para cualquier DCC?

Jane sonrió como quien firmaba una sentencia.

—No, te estoy diciendo que te mudas al ático de tu primo, el pobre hombre soltero que necesita ayuda familiar urgente con su hijo. Eso es lo que dirás si os descubren.

—No quiero causarle problemas —repetí.

—Y no lo harás. ¿Qué fue antes, el huevo o su prima? Pues eso, ¿lo pillas?

Sí, lo pillaba, y estaba perdidísima.

CAPÍTULO 10



El día empezó como comenzaban las hecatombes: con mal humor, un café demasiado fuerte y la certeza de que estaba a cinco minutos de mandar todo a la mierda.

Y no, no tenía nada que ver con que la canguro que se quedó con Evander mientras mis padres hacían turismo por Dallas decidiera que no volvía más.

Según ella, mi hijo era un psicópata.

A ver, yo no diría que Evander fuera un crío fácil. Antes lo era, más o menos, solo que perder a su madre y a Lila no estaba siendo precisamente sencillo de procesar. Además, tenía una vena… creativa. O, más bien, explosiva.

Papá decía que era un Wallace en versión *pocket*, porque los Carter no tenían el gen de las malas ideas.

Lo de ayer fue juego sucio digno de expulsión.

Resultaba que el muy cabrito se ofreció a prepararle un sándwich a la nueva canguro. Muy servicial, muy nieto de su abuela.

Podrías pensar que quiso ser amable con Honey. Una chica rubia, estudiante de Educación Infantil a distancia que compaginaba la carrera con la agencia de cuidado de niños.

¿El problema?

Que el relleno que escogió era una lata de comida para perros.

No. No tenía perro desde que falleció Eros, que técnicamente era la mascota de mi padre, aunque se ganara un lugar en mi corazón.

Esa lata caducada llevaba tres años ahí metida, olvidada en un rincón de la despensa porque un compañero del equipo me dejó a su pastor alemán un fin de semana y yo era un desastre para tirar cosas que no recordaba que existían.

Después de comerse el bocadillo por cortesía, la chica fue a la cocina a por un vaso de agua y vio la lata vacía sobre la encimera. Recordó que yo no tenía perro y que el sándwich le supo raro… Pues nada, ató cabos y el vómito estuvo servido.

También las amenazas de que su abogado me empapelaría porque, según ella, mi hijo intentó envenenarla y eso era intento de homicidio.

Como buena ciudadana cabreada, juró que iba a encargarse en persona de que ninguna canguro volviera a pisar «el ático de los horrores».

Y mi madre se descojonó cuando la agencia me llamó para declararme cliente *non grato.*

Se descojonó a lágrima viva mientras me decía que ya me lo había advertido.

Me hubiera encantado estrangularlos a todos, pero mi vida ya estaba demasiado patas arriba como para perder el tiempo con muertes innecesarias.

Papá, en su infinita paciencia, volvió a mandarme de cervezas con los chicos, asegurándome que ellos se encargarían de dar con alguien a la altura de Evander.

¿A quién iba a contratar, a un agente especializado en penitenciarías?

Acabé cediendo porque ya no tenía energía ni para discutir ni para recibir más llamadas telefónicas que me sacaran de la sesión de fisioterapia.

Al rato, papá me escribió:

«Tienes canguro. Interina. Luego te explico. Mañana empieza».

A esas alturas habría aceptado a una monja budista si sabía manejar a un niño de cinco años sin huir en las primeras horas.

Así que intenté relajarme, ahogando mis problemas en cerveza con tequila.

En mitad de ese intento de desconexión, Ty sugirió que descargara estrés y lo intenté en la boca de esa chica morena que no paró de mirarme en cuanto puse un pie en el local.

Acepté una mamada de emergencia en los baños. Nos dimos unos besos, me bajé los pantalones y, en cuanto la tuve de rodillas, succionándome como una manguera desatascadora, me di cuenta del error.

Nunca había tenido problemas para que se me levantara. Ni bebido ni sobrio ni medio muerto.

Pero, en apariencia, la paternidad, la falta de sueño, el estrés y la posibilidad real de que esa temporada fuera la última, por culpa de no encontrar a nadie que se ocupara de mi hijo, me dejaron la polla en huelga.

Por primera vez en mi vida dije esa frase que creí que solo existía en las películas cutres:

—No eres tú, preciosa, soy yo.

No la consoló. A mí tampoco.

Se largó dando un portazo que hizo temblar hasta mis pelotas.

Me fui con el rabo más mustio que esas plantas que mi madre intentaba mantener con vida. Nunca tuvo buena mano para la jardinería, solo para las malas hierbas, y hasta esas estaban más tiesas que mi entrepierna.

Pasé una mala noche, tuve múltiples pesadillas en las que mi polla se convertía en nardo y, por mucho que lo regaba, nunca florecía en primavera.

«Menuda mierda».

Y ahora estaba de dedos cruzados, esperando a que la nueva canguro apareciera y rezando para que no hubiera escuchado los rumores sobre Evander Carter, el *Destripacanguros*.

Mis padres y mis hermanas ya no estaban.

Habían salido en plena madrugada rumbo al aeropuerto; nos despedimos la noche anterior porque querían que descansara.

Así que solo estábamos el gremlin que tenía por hijo y yo.

Lo peiné y lo vestí como si fuera el ser más puro y dulce del universo.

Con esa cara y esa mirada no colaba, pero lo intenté.

Me puse de cuclillas frente a él.

—Escúchame bien, campeón. La canguro nueva va a llegar en nada. Necesito que te portes bien porque, si no lo haces, voy a quedarme sin trabajo y eso querrá decir que podemos quedarnos sin comer. Por favor, no le des comida de perro a nadie, simplemente sé amable y compórtate.

Mi hijo frunció el ceño, ofendidísimo.

—Es que la de ayer era una perra.

—¡Evander! ¿Quién te ha enseñado a decir eso sobre las mujeres? ¿No será la abuela?

—Lo dijo Honey, la escuché. Le explicó a una amiga que era una perra en cielo —«el cielo me lo merezco yo»—, que tenía hambre y que quería que movieras el rabo de felicidad cuando llegaras al piso… Creo que pensaba que eras un animal.

Cerré los ojos. Respiré hondo.

«Me voy a desnucar contra la encimera y quizá, así, resucite en una realidad paralela donde mi hijo no escucha conversaciones ajenas».

—No puedes… No puedes coger cosas que oyes, sacarlas de contexto y convertirlas en cocina creativa. Es peligroso.

—¿Qué es con… con… texto…? Tú dijiste que a los perros se les da comida especial.

—Sí, pero ella no era… ella no quería decir… —¿Qué cojones le iba a explicar?—. Déjalo.

«Dame paciencia, Dios».

Mi hijo parpadeó, inmune por completo a mi agonía.

—¿La nueva será Lila?

—No, ya te he dicho mil veces que, hagas lo que hagas, Lila no va a venir. —Puso cara de fastidio—. No te pido que seas el niño más bueno del universo, con que no huya ni me denuncie me vale. Solo pórtate un poco bien, con eso será suficiente.

—Quiero a Lila y a mi mamá.

«Y yo quiero mi vida de hace dos semanas, pero aquí estamos».

Sonó el interfono del aparcamiento.

Ni pregunté quién era: por la hora, tenía que ser la canguro.

«Pulsa. Entra. Reza».

«Dios, si existes, es el momento idóneo para demostrármelo. Mándame una señal y que esta vez la canguro sea inmune al talento Wallace. No me falles».

Evander y yo nos plantamos frente al ascensor.

Yo orando al Señor.

Él con cara de «ojalá sea una galleta de dinosaurio y me la pueda comer».

Por fin se detuvo en mi planta. Ella estaba de espaldas y, en medio segundo, mi cerebro dejó de maldecir para empezar a procesar.

Piernas largas, tonificadas. Culo redondo, perfecto, enmarcado por unos pantalones cortos grises. Blusa metida por dentro. Chaleco de punto que te hacía desear levantarlo para ver qué había debajo. Una cascada de pelo rojo bien hidratado cayendo a media espalda.

«Culo. Piernas. Pelo rojo. Culo. Piernas. Pelo rojo».

No era una abuela viuda ni una señora seria, y mi polla ya empezaba a asomar la cabeza, interesada.

Solo pensé una palabra: «Mierda».

Ella parecía concentrada y seguía sin darse la vuelta, aunque el ascensor estuviera detenido.

Miraba hacia arriba, hacia la otra puerta, la del garaje, que no se abría porque, desde mi piso, la salida era por nuestro lado y no tenía puerta; era acceso directo.

—¿Hola? ¿Hay alguien? Creo que me he quedado encerrada.

Antes de que yo pudiera responder, Evander soltó:

—Papá, ¿has contratado a una discapacitada?

Carraspeé tan fuerte que casi me arranqué la tráquea, porque dudaba que fuera sorda.

Ella se giró. Y entonces, mi sistema cardiorrespiratorio colapsó.

Ojos verdes enormes. Sonrisa cálida. Cara preciosa salpicada de pecas. Y un grito suave antes de salir corriendo hacia… ¿mí?

«¡Joder! Otra que quiere cuidar al padre en lugar de al niño».

Pegó un salto sin esfuerzo y se me enganchó a las caderas. ¡A mis caderas!

No estaba preparado y juraba que actué por puro acto reflejo.

Mis manos, cabronas, fueron directas a sostener ese culo perfecto como si fuera un balón procedente de un pase largo.

«¡Hostia puta!».

Intenté no tocar demasiado. Fracaso absoluto. ¡Qué. Puto. Culo!

Evander la observaba, horrorizado.

—Papá, ¿por qué la canguro te abraza? ¿Tiene algún síndrome?

¿De dónde sacaba ese niño ese vocabulario? Había palabras que no le salían y otras te dejaban temblando.

Ella se rio. Su perfume a ropa limpia me destruyó por dentro, aunque no fue nada comparado con lo que sentí cuando se descolgó de mí y mi cuerpo protestó por perder el contacto.

—Hola, Evan.

—No me llamo Evan. Me llamo Evander.

—Un nombre demasiado grande para un cuerpo tan pequeño. Además, ya te puse ese nombre la primera vez que te vi y te sujeté entre mis brazos. Tenías el tamaño de un burrito.

«¿Pero a quién cojones ha contratado mi madre? ¿A una canguro con trastorno de personalidad múltiple? ¿De qué diablos habla? ¿Es alguna técnica para crear confianza con mi hijo?».

—Has crecido muchísimo —añadió ella—. Tú no te acordarás de mí porque eras un bebito, pero yo he visto muchas fotos tuyas.

Esa cadencia. Ese acento. Ese pelo…

Mi cerebro explotó.

«¿Ella dijo que cuando era pequeño?».

Entonces, me fijé mejor y…

No. No podía ser.

—Me cago en la… —Me reprimí para no soltar más tacos delante de mi hijo—. Sky. ¿Skyler?

«Imposible».

Ella me miró y volvió a sonreír.

—Pero bueno…, Levi Carter, ¿es que no sabías que era yo? —Volvió a reír—. ¿Piensas que voy saltando por ahí encima de hombres que no conozco?

Por su bien, esperaba que no. Me abrazó otra vez y algo hizo clic en mi pecho.

Quizá fue el nudo que me había estado ahogando todo ese tiempo, pensando en que la nueva canguro iba a llamarme otra vez para que abandonara el entreno.

La abracé fuerte. Muy fuerte. Tal vez demasiado ante el alivio que sentí. Mi cuerpo seguía confundido, pero mi cabeza estaba aún peor.

Skyler Wallace. La niña que cuidé cuando era un adolescente.

La cría que mi tío Travis adoptó porque se enamoró de su tía perdidamente y ella se había quedado sin madre.

En casa, todos la tratábamos como si fuera de la familia, aunque en realidad no nos uniera la sangre.

Llevaba años sin verla y… joder. ¡Cómo había cambiado!

«Ahora es una mujer, una mujer preciosa y mi prima adoptiva», me recordé.

—¿Qué haces aquí? Me refiero a… ¿tú eres la canguro?

Sonrió.

—Eso parece. Pensé que tu madre te lo habría dicho. Necesitaba un trabajo para compaginar con mi otro curro y una casa. A tía Jane se le ocurrió que podías necesitarme.

—Pues se le olvidó advertirme sobre ese pequeño detalle de que eras tú. Supongo que quería sorprenderme.

—¿Y lo ha conseguido?

—Ya lo creo. —Tragué saliva—. Estás muy cambiada.

Muchísimo. Si la hubiera visto la noche anterior en el bar, con todas las cervezas que llevaba encima y sin abrir la boca, hubiera querido rellenar la suya en lugar de la de la morena.

«¡Puto pervertido de los cojones! ¡¿En qué mierdas piensas?!».

Estaba despampanante, espectacular y muy foll…

«No, eso no, Carter».

Un gran problema para mi paz mental.

Desvié la atención hacia el ascensor y vi su maleta.

Fui a por ella, la arrastré al interior del piso y, mientras lo hacía, me fijé en la hora que marcaba mi reloj.

—¡Es tardísimo! No llego al entrenamiento. Mira…, mi piso es tu piso. Luego hablamos y nos ponemos al día, ¿vale? Tienes todos los teléfonos que necesitas en la nevera y, si no sabes cocinar, puedes pedir comida a domicilio. Hay una Visa en la encimera. Lo

importante es que te hagas con Evander y que intentes que no acabe contigo antes de que llegue; tiene demasiados genes de su abuela.

Ella rio. No tenía ni idea de a lo que se enfrentaba.

—Tranquilo. Vete. Mi única petición es que estés aquí antes de las cinco y media porque tengo que irme al otro trabajo, que es de seis a nueve.

—Claro…, ¿de qué curras? —Fue a abrir la boca, pero yo no tenía tiempo para interesarme en ese instante—. Luego me cuentas.

—Mejor.

Miré a mi hijo.

—Y tú recuerda lo que hemos hablado, pórtate bien con la prima Skyler y nada de darle de comer cosas raras o arrojar a la bañera sus efectos personales. ¿Estamos?

—Yo quiero a Lila.

«Y yo quiero una vida normal, pero no es lo que nos toca».

—Nos vemos luego. Cuidado con el granuja —murmuré—. Tienes mi permiso para amordazarlo.

Y me monté en el ascensor con la idea bastante clara de que nada, absolutamente nada, iba a volver a ser igual con mi prima en casa.

CAPÍTULO 11



Aparqué en la plaza reservada a los *quarterbacks* sin sentirme muy *quarterback* de nada.

Tenía sueño, mala leche acumulada, la polla traumatizada y un nudo raro en el pecho desde que había dejado a Skyler en mi ático con el gremlin.

Cerré la puerta del coche, activé el cierre y me quedé un segundo quieto, como si mi cerebro necesitara un reinicio que nadie me iba a conceder.

El aire fresco de la mañana olía a césped cortado y a ese aroma metálico del estadio que siempre me había tranquilizado, ese que normalmente me recolocaba el alma en su sitio.

Ese día no funcionaba, parecía que el estadio me estuviera preguntando a gritos qué coño estaba haciendo con mi vida.

Mientras cruzaba el tramo que conectaba el *parking* privado con la entrada interior del AT&T Stadium, saqué el móvil y escribí a mi madre:

Gracias x la sorpresa, ha sido cojonuda.

Enviar. Guardar el móvil. Intentar no pensar en que mi nueva canguro era ahora la *fucking* Sky-ler Wallace.

Pero era imposible obviarlo.

La imagen de ella en el ascensor, girándose a cámara lenta para saltarme encima, seguía ahí, como un tatuaje cerebral imposible de borrar, como si mi cuerpo estuviera empeñado en recordarme que tenía ojos, manos, memoria y una muy mala capacidad de autocontrol.

Y entonces, caminando por el túnel que siempre me había parecido mi segunda casa, los recuerdos del pasado vinieron solos, como latigazos.

«El pequeño Skyler» llegando al pueblo, con seis o siete años, una gorra azul que le tapaba la mitad de la cara, el pelo mal cortado y ropa de niño porque Pippa pensó que así sería más fácil camuflarse en la casa del pantano y que su padre no las encontrara.

Menudo malnacido.

Había pasado demasiado para su edad, y lo último que necesitaba era que los metiches del pueblo opinaran sobre si era suficiente niño o bastante lo que fuera.

Me acordaba de lo perdida que estaba.

Miraba todo, como si intentara descifrar un idioma nuevo.

Era una golosa de manual, siempre pegada a Pippa, con las manos escondidas en los bolsillos, como si así pudiera hacerse más pequeña, disimulando sus gustos mientras lidiaba con la pérdida de su madre, como Evander ahora; parecía que la vida tuviera ese talento especial para joder críos.

A la pobre no le gustaba el fútbol, no quería pelear con palos, no quería subirse a los árboles, solo adoraba los lazos, los peluches de unicornio con mucha purpurina, bailar, los trajes de las animadoras y los tutús.

Tío Travis pensaba que Skyler era de género fluido o simplemente una niña atrapada en el cuerpo de un niño, porque incluso se avergonzaba a la hora de hacer pis y se sentaba en la taza del váter.

A mí me encomendó la misión de ser su cuidador cuando Pippa y él estaban en el curro.

Una tarde me dijo que, como yo era más joven y el crío me adoraba, lo tanteara y le enseñara a hacer pis «como se supone que lo hacen los chicos» para que no sufriera *bullying* si le entraban ganas y estaba al aire libre con sus amigos.

En mi mente no sonaba mal. Tenía dieciséis años y la madurez emocional de un donut.

Solo pensaba en fútbol y animadoras, como para darme cuenta de lo que pasaba en realidad.

Sacamos a pasear a Eros y, bueno, aproveché que el perro hacía pis para decirle que yo también tenía y que se animara a mear conmigo.

No sabía, cosas de chicos…, o cosas de idiotas, visto en retrospectiva.

Ella me dijo un:

—*Yo no puedo hacer pis delante de ti y de pie* —con las mejillas enrojecidas.

Y yo solté aquella frase de mierda del manual del cretino adolescente:

—*Si los dos tenemos colita, ya verás qué fácil es.*

Y me bajé la cremallera, mostrándole mi última crecida, esa que tan orgulloso me tenía en las competiciones de «quién la tiene más grande» en el vestuario.

Dios.

El grito que pegó la pobre niña todavía debía rebotar entre los pinos del condado.

Podrían haberme denunciado si la cosa hubiera salido más allá de los muros Carter-Wallace.

Estaba convencido de que la traumé.

Sky se pasó semanas mirándome como si yo fuera un extraterrestre con tentáculos o con un cerebro del tamaño de una nuez. Quizá ambas cosas.

«Espero que ya no recuerde esa mierda. Por favor. Por amor al cielo».

Llegué a la puerta metálica del acceso al vestuario y respiré hondo.

Necesitaba centrarme, dejar de tener *flashbacks* de infancia, dejar de pensar en lo buena que estaba ahora mi prima y en lo poco ético que era eso mentalmente.

Ya no estaba tan convencido de que fuera buena idea, aunque tendría que lidiar con ello si no quería que mi temporada se fuera a

la mierda de formas espectaculares.

Abrí la puerta del vestuario.

El golpe de olor me recibió como siempre:

Spray de mentol, cinta adhesiva, sudor, linimento, detergente industrial y testosterona flotando en partículas visibles, casi sólidas, casi barridas por un ventilador gigante.

Los casilleros retumbaban.

Alguien tenía música *trap* a todo volumen.

EJ estaba ya con el torso desnudo, vendándose las muñecas con la precisión de un cirujano cabreado.

Marcus hacía flexiones por puro gusto, como si fuera un calentamiento personal de su ego.

Ty se peinaba como si fuera a salir en una portada de GQ.

Devin discutía con un r*ookie* sobre rutas defensivas.

Y Valentino… Bueno, Valentino estaba hablando sin parar, respirando en estéreo.

En cuanto me vieron, el ambiente hizo clic.

—Mirad al padre del año —anunció Marcus, levantándose—. Venga, suéltalo ya: ¿qué tal la nueva canguro? ¿Era una abuela sin dentadura? ¿O tenía unas buenas peras y te la ha puesto dura?

—¿También nos sirve una divorciada con ganas de lubricarte los muelles? —añadió Devin.

—Confiesa, la agencia te ha mandado una con título de submarinismo y perro para alimentar —bromeó Ty.

EJ ni miró, pero murmuró:

—Si al final has tenido que tirar de tus padres y enviar a tu hijo al pueblo, no te culpes. Ese niño necesita un equipo de Navy SEALs y un *sheriff* con calabozo para doblegar sus diabluras.

Me fui a mi casillero y empecé a cambiarme sin mirarlos.

Camiseta térmica. Mallas de compresión. Calcetines. Botas.

Pensaba en respirar porque sabía que, en cuanto les dijera quién era la canguro, serían como putas metralletas.

—Venga, tío —insistió Valentino, apoyado en la taquilla de al lado, como un puto chihuahua hiperactivo—. Danos algo. ¿Era guapa? ¿Normalita? ¿Tenía pinta de esperarte a cuatro patas? ¿Puedes traerla esta noche a tomarse unas cervezas?

—El día que repartieron neuronas, a ti debieron darte las atrofiadas. Si sale la canguro con nosotros, ¿quién se queda con Evander? —preguntó Jace.

Valentino se rascó la nuca.

—Bueno, pues que Dalton se quede en casa y nosotros le damos la bienvenida al equipo a la niñera. ¿Voluntarios para armarla con biberones?

Unos cuantos levantaron la mano, orgullosos de su propia estupidez.

—Parad ya —solté, cerrando de golpe la puerta del casillero—. La nueva canguro es mi prima.

Silencio total.

Tres segundos después:

—Bueno —dijo Devin, levantando las cejas—. Es tu prima, no la nuestra.

Carcajada grupal. Modo maníaco-protector activado.

—Sí, ¿qué tal está? —añadió Marcus—. Puntuación del uno al «Dios bendiga al árbol genealógico de mi familia».

—Puntuación de «ponle los putos ojos encima y vas a hacer muy buen uso de tu póliza dental cuando te arranque las muelas» —corregí antes de que siguieran.

Ty se acercó a mí y me palmeó el hombro.

—Venga, Dalton, no te ofusques… Las primas buenas siempre tienen amigas que están mejor, ¿es mayor de edad?

Me apoyé en el banco y los fulminé con la mirada.

—Cero putos pensamientos impuros sobre Sky.

—Madre mía, si tiene nombre de acariciar el cielo… —insistió Valentino.

—Ni una sola broma. Ni una. Es mi puta prima y con eso os basta.

Las reacciones fueron inmediatas:

Ty silbó.

Marcus abrió los ojos como platos.

EJ paró de vendarse.

C. Wilkes murmuró:

—Me alegro de que tengas a alguien para cuidar a tu hijo.

Y Valentino, que parecía tener por *hobby* hincharme las pelotas, preguntó:

—Vale, pero ¿está buena o no? Porque necesitamos un dato concreto para despejarnos la duda.

Me tapé la cara con las manos.

«Señor, llévame».

—¡La duda te la despejaré con una hostia en esa cabeza dura! —le recordé—. Y va a estar viviendo en mi ático, así que nada de visitas. Os buscáis otro hogar para vuestras fiestas locas. El ático queda libre de todo *fornicidio*, por si os lo planteabais.

Los muy cabrones sonrieron, como si les hubiera dado una noticia maravillosa.

—Esto va a ser divertido —dictó Marcus—. A mí me da que está buena de la hostia, y ya sabes lo que dicen…: contra más primos, más cochinos.

—Ni se te ocurra pensar en nosotros en ese sentido, ¡le saco diez años y somos familia! —corregí, ajustándome el protector de hombros.

Jace se rio y añadió:

—Tío, sois muy pesados, acaba de deciros que es su prima. La mía se llama Apolinaria y tiene más pelos en la barba que yo, es horrible.

Ty lo miró.

—Tus genes no pueden compararse con los del príncipe.

Devin apoyó los codos en la taquilla.

—Y, con ese nombre, sus padres algo sospechaban. Suena a que hornea galletas de la muerte o roba almas.

EJ terminó de vendarse y los fulminó a todos.

—Dejad a nuestro *quarterback* en paz. Tenemos el *warm-up* en diez minutos y, si lo desconcentráis con vuestras gilipolleces, Harlow lo va a fundir.

«Genial. Justo lo que necesito: morir».

Por fin, los chicos pararon y yo intenté, simplemente, concentrarme y no pensar.

Me puse el casco bajo el brazo, respiré hondo y seguí al equipo hacia el campo interior.

Mientras caminábamos, el ruido del estadio me envolvió: el eco de los pasos, el chillido de las máquinas de césped, la vibración profunda del sistema de audio.

Aspiré hondo para que el olor a hierba recién cortada me devolviera el control, pero solo podía pensar en su aroma mientras me envolvía con sus piernas, en sus ojos abiertos del color del bosque en primavera mientras se encajaba en mi cintura y mi polla despertaba de su letargo como si no hubiera pasado por la noche más humillante de su vida.

No podía pensar en ella en ese plano o convivir con Sky iba a ser un desastre descomunal.

«Necesito desfogar ya. O cometeré una estupidez».

El silbato del entrenador cortó mis pensamientos de raíz.

Hora de entrenar. Hora de no pensar. Hora de ser el puto QB1.

Aunque por dentro me sintiera más cerca de caer en un fuera de juego emocional que de completar un pase.

CAPÍTULO 12



El niño me sostuvo la mirada como si yo hubiese invadido su territorio sin permiso.

Ni timidez ni vergüenza.

Solo esa hostilidad pequeña de quien ya había perdido demasiado, y que yo tan bien conocía; aunque la palabra «hostil» nunca me hubiese definido, comprendía que a él sí pudiera hacerlo. Al fin y al cabo, le ocurrió como a mí: de un día para otro se vio viajando a un lugar desconocido, con la diferencia de que él estaba en manos de desconocidos y yo me pasaba la mayor parte del tiempo con mami Phil.

—No te necesito.

Primer disparo del día, y aún llevaba la mochila colgada al hombro.

—Perfecto —respondí—. Yo tampoco sé si me necesito a mí misma hoy, es bueno saber que puedes contigo mismo.

Su ceño se arrugó todavía más. No era idéntico a Levi; en su carita había rasgos de Nova: su mirada exótica, el tono cálido de la piel.

Imaginaba que yo no era lo que esperaba. Él quería que me callara, que me asustara, que retrocediera. Yo solo… era otro obstáculo en su vida de mierda.

—No quiero que estés aquí.

No era rabia, sino tristeza con casco.

—Ya —asentí—. Es normal, no soy… Lila, ¿verdad?

Apretó los puños, respiró como si yo fuera una ecuación difícil y dejó caer:

—No, no eres Lila y tu pelo es horrible.

Vale. Esa era la raíz del problema. No mi pelo, sino que no fuera la persona de confianza que él quería que estuviera a su lado para pasar ese trance tan duro. La única adulta que no le fallaba antes de que todo se rompiera. Él esperaba que volviera si rechazaba a cualquier otra, porque en su pequeña mente ella seguía respirando en algún lugar del mundo.

Tía Jane me habló de ella y de su negativa a dejar su vida atrás por Evander. Lo entendía, aunque también lo comprendía a él. Había perdido, en pocos días, a su madre y a la mujer que lo cuidaba cuando ella trabajaba. Y se había visto forzado a pasar tiempo con desconocidas porque su padre no podía seguir faltando a entrenamientos. Era un momento jodido para un crío tan pequeño.

—Lamento que mi pelo te disguste —admití—, pero es herencia de mi madre, así que deberás acostumbrarte, al igual que a mí, aunque no sea Lila.

Él me sostuvo la mirada, serio, pequeño, dolido.

—No vas a gustarme, me da igual que seas familia.

—Puede ser —respondí—. Pero voy a estar aquí un rato igualmente.

Eso sí lo desconcertó, aunque no lo suavizó. Sin embargo, dejó de ser un muro y pasó a ser una valla baja, de esas que podías saltar si te daba la gana. O eso me pareció a mí.

Se giró para irse, no obstante, antes de que desapareciera por el pasillo, añadí:

—Vale. Te dejo tu espacio. Este ático es tan enorme que podríamos vivir tres personas sin cruzarnos jamás. Si necesitas algo… un zumo, comida o un mando a distancia para bajarme el volumen, me avisas.

No contestó. Se fue a su habitación y el portazo que dio me cayó encima como un tejado de mármol.

Me apoyé en la encimera, respiré hondo.

Yo tampoco tenía a dónde ir cuando mi madre falleció, más allá de seguir a mami Phil en su afán de escondernos en Saint Valentine

Falls. Debía ser cíclico, porque en ese momento seguía casi igual. Por lo menos, ahí podía respirar algo más que en el zulo…, aunque el clima fuera algo hostil.

No era una reflexión poética, era la verdad.

No tenía casa propia en Dallas, ni un sitio al que volver si esto explotaba ni nada que se pareciera remotamente a estabilidad. Bueno, podía volver al piso de Kayla, pero sin trabajo no me parecía un buen plan; nunca me gustó gorronear.

Evander y yo éramos el mismo desastre en distinto cuerpo: dos personas perdidas bajo el mismo techo.

Suspiré y me adentré por el pasillo, recorriendo mi nuevo espacio vital.

La convivencia empezaba por el respeto espacial, y yo iba a dárselo.

Lo mejor sería buscar mi cuarto para colocar la ropa. ¿Cuál sería?

Arrastré la maleta por el suelo de mármol, tan pulido que, si hubiese llevado falda, me habría visto las bragas.

«Nota mental: no llevar vestido o, en su defecto, ropa interior opaca».

Fui abriendo puertas. En una peli de miedo habría sido carne de asesinato. Por fortuna, no di con ningún tipo con motosierra o cuchillo.

Primera puerta: un baño de cortesía tan enorme que mis pasos hacían eco.

Segunda: un gimnasio tan intimidante que sentí que me señalaba por no estar entrenando.

Tercera: una con un cartel hecho a mano de «No pasar», con la erre un poco torcida hacia abajo.

O la caligrafía de Levi había empeorado con tantos balonazos, o era de Evander. Por si acaso —y porque valoraba mi relación con el niño— pasé de largo.

Cuarta: una lavandería con una lavadora tan inmensa que sentí que podría dormir en el bombo si la cosa se torcía.

Y luego abrí la siguiente puerta.

Ahí no había discusión, ese tenía que ser el dormitorio de Levi.

No por el tamaño, ni por el orden impecable ni por el olor a colonia cara mezclada con entrenamiento.

Lo supe por la pared. La maldita pared. Me congelé. ¿Tía Jane había visto eso?

—Pero… ¿qué…?

Había un mural estilo Warhol presidiendo la habitación, digamos que era la pared en la que se apoyaba la gigantesca cama.

Un cuadro enorme. Lleno de… coños. Sí, coños, en su punto y bien abiertos. Estaban dibujados en colores pastel, tonos neón, versiones psicodélicas. Como un catálogo de ginecología perversa.

Me acerqué un paso sin querer, luego dos.

—No. No puede ser…

Mi cerebro, por supuesto, decidió colaborar con la tragedia.

«Levi Carter tiene una colección de coños pintados», hala, sin anestesia. Otro pasito para delante, dos para atrás. No daba crédito.

Igual que los asesinos en serie guardaban trofeos…, ¿él mandaba pintar cada chirla que se comía?

Apoyé una mano en mi frente.

«Madre mía. Trabajo para un coleccionista de coños».

Retrocedí horrorizada y cerré la puerta con el mismo cuidado con el que se cerraba la jaula de un tigre.

Tenía el corazón en la boca y cierta parte emitiendo contracciones involuntarias.

«Perfecto».

Mi nuevo jefe no solo era el QB1 de los Cowboys, sino que también coleccionaba chochos *pop art*. Qué buenas decisiones estaba tomando últimamente.

Respiré hondo, por lo menos, lo intenté.

Lo que hiciera Levi en su intimidad no debería importarme, así que nunca, bajo ningún concepto, volvería a atravesar esa puerta.

Avancé hacia las dos últimas habitaciones.

Una tenía dos camas individuales. La otra, una cama grande. Parecían deshabitadas, así que, por lógica aplastante, me quedé con la de matrimonio; mis inseguridades ocupaban espacio.

Dejé la mochila en la cama y empecé a deshacer la maleta. Los dedos me temblaron.

«¿Para qué me molesto? En cuanto él se entere de que soy una DCC, voy a terminar de patitas en la calle. Además, su hijo me tolera menos que a una tostada quemada».

Mi vida era una mentira provisional y mi contrato podría estallarle la carrera…

Me iba a echar, con educación, con tacto, con una sonrisa, por mucho que su madre me aseguró que me necesitaba.

Me dejé caer en la cama con un suspiro.

Y recordé la cara de Kayla esa misma mañana cuando le dije que me marchaba de su piso porque la noche anterior no tuve el suficiente coraje para decírselo.

—¿Cómo que te mudas hoy? —Soltó la taza de café en la mesa con un golpe—. ¿A dónde vas? ¿Con quién te vas? ¿Y por qué no me lo contaste anoche cuando compartimos patatas y trauma emocional? —Ayer estaba un poco floja porque echaba de menos a su marido.

—Iba a contártelo, pero estabas tan hecha polvo que no pude. Es… un asunto familiar.

Kayla entrecerró los ojos.

—¿Familia? ¿En Dallas? ¿Desde cuándo tienes familia en Dallas? Porque yo juraría que tu familia está en Missouri y por eso te mudaste conmigo.

—Es un familiar lejano —seguí mintiendo como una profesional del desastre—. Tiene un niño pequeño, acaba de perder a su mujer y… necesitan ayuda, ya sabes… Hombre con hijo…

La ecuación era sencilla para una mujer anclada en la mentalidad de los sesenta como Kayla. Ella levantó una mano, dramática.

*—*Stop*. ¿No estarás saliendo con un tío casado? Porque si es eso, Wallace, te arrastro de vuelta de los pelos. No puedes liarte con un casado, eso solo trae problemas.*

—¡No! —Casi me atraganté—. ¡No estoy saliendo con nadie!

—Pues no lo entiendo. ¿No será un trabajo raro? —«Frío, frío»—. ¿Un lío ilegal? —«Algo templado»—. ¿Un «no digas nada porque nos echan del equipo»? Te recuerdo que las DCC no podemos tener ni un mal titular.

«¡Me cago en la puta, que se quema!».

—No es ilegal. Ni peligroso. Ni… raro.

Kayla me miró como si estuviera en pleno interrogatorio y quisiera pillarme en la mentira. Aparté la mirada de la suya.

—Sky, somos rookies*. No podemos permitirnos dramas. Ni escándalos. Ni decisiones precipitadas que luego acaban en un documental de Netflix.*

Me mordí el labio. Y crucé los dedos por debajo de la mesa.

—Te juro que no terminaré en uno, necesito ayudarles, y si veo cosas que no me gustan, te aviso y vuelvo, si me aceptas.

Kayla se suavizó un poco.

—Aquí siempre tendrás un cuarto. Vale, pues me escribes en cuanto llegues al edificio. Me mandas ubicación, y si algo huele mal, aunque sean los pies de tu primo o su hijo, me lo dices y te das media vuelta.

—Gracias, Kay.

Me incorporé en la cama. La media verdad que le solté seguía clavada en mí como una chincheta.

El móvil vibró.

Jane Carter.

Era ella quien me había colocado en esta misión-suicidio, así que tenía sentido que quisiera un informe detallado. Con toda seguridad ya había aterrizado y necesitaba saber si había sobrevivido a Evander.

—¿Todo bien? —preguntó en cuanto descolgué.

—Sigo viva y en el ático.

—Eso es empezar con buen pie. ¿Evander te está dejando respirar? Infórmame si surge cualquier problema e intento ponerle remedio.

—Todavía no he podido decirle a Levi cuál es mi otro trabajo.

—Tranquila, es mi hijo, sabrá cómo lidiar con ello, lo más importante es que no te agobies y te ganes al niño. Ten cuidado, es sigiloso como un ninja.

—Tomo nota de ello.

—Si necesitas algo antes de irte al entrenamiento, me escribes; si cualquiera de esos dos te da guerra, me escribes; si debo ir a

amenazar a alguien con mi arma, me escribes, pero te quiero en esa casa. ¿Estamos?

—Sí, tía Jane.

—Buena chica, todo irá bien, ya lo verás. Te dejo, que ya salen las maletas.

Guardé el móvil y me fijé en la ventana gigante con vistas a Dallas, al lado había una cómoda que, con toda probabilidad, costaría más que mi coche, en caso de que hubiera tenido uno.

—Vale…, supongo que podré vivir aquí —murmuré; lo más importante en ese momento era intentar limar asperezas con el niño, así que me puse a pensar en una estrategia.

¿Qué podía salir mal?

Solo era un crío de cinco años, me lo iba a ganar, no podía costarme tanto. ¿O sí?

CAPÍTULO 13



Me levanté de la cama, sacudí las manos como si fuera a negociar con un animal salvaje y me dije:

—Solo es un niño de cinco años, Skyler, no un dragón que pueda calcinarte. Puedes con esto.

Mentira, ese niño tenía la misma energía que un lanzallamas con piernas.

Me descalcé y salí al pasillo con pasos suaves; no tenía intención de que un pisotón brusco activara una de sus minas *anticanguros*.

Lo encontré sentado en el suelo del comedor, rodeado de legos. No construyéndolos. No ordenándolos.

Desperdigándolos por el ático como si fueran una enfermedad contagiosa capaz de aniquilarme.

En cierto modo, no era una mala idea: un traspié y podría desnucarme.

Parpadeé un par de veces. Quizá estaba confundida y compartía la misma visión del arte contemporáneo que su padre… Solo que, mientras Levi espolvoreaba fichas en un mural tamaño Nueva York, su hijo las repartía por metros cuadrados.

—Hola —dije con voz amable.

A falta de música para amansar a la fiera, probaría con mi voz más dulce.

Él ni levantó la cabeza.

—¿Qué haces?

—Lo que quiero —respondió, encajando un lego rojo en uno azul sin mirar.

Claro. Libertad total. Aunque dudaba muchísimo de que Nova o Levi fueran padres de crianza libre estilo «que el niño explore sus impulsos homicidas en paz».

Pero bueno, tampoco sabía cuáles habían sido sus métodos. Tendría que tantear.

Me senté a un metro exacto: lo bastante cerca para que supiera que quería estar ahí, lo suficiente lejos para no invadir. Técnica Wallace de aproximación a criaturas pequeñas y peligrosas.

—¿Quieres un zumo? —probé.

—No.

—¿Agua?

—No.

—¿Algo de comer?

—No.

—¿Un cambio de nombre? —ofrecí—. A veces ayuda. Ya te dije que el tuyo te quedaba grande, prefiero Evan.

Ahí sí levantó la vista.

Un microsegundo.

Me analizó de arriba abajo como si estuviera decidiendo si yo era peligrosa… o simplemente tonta.

—No —dictaminó al fin—. Ya te lo he dicho antes, me llamo E-van-der. ¿Eres discapacitada? —insistió.

—Mi CI es bastante alto, no te creas. Aunque en determinadas ocasiones me planteo si me falta un hervor, no creo que debas preocuparte. ¿Tú conoces a alguno?

—No sé qué es un hervor.

Eso me hizo reír por dentro, aunque no lo expresaba por fuera por si se ofendía.

—Me refiero a discapacitado. Lo del hervor mejor lo dejamos para otro rato.

Él movió las fichas entre los dedos.

—Lila tiene un hijo especial. Era grande, pero hablaba como yo. Me contó que era discapacitado. Su cerebro pensaba como el mío, aunque su cuerpo tenía más años.

—Ya veo…

Ahora cobraba sentido que supiera una palabra así a los cinco. Lo que no tenía tanto sentido era que pensara que yo podía necesitar atención especial. Tendría que esforzarme más.

Fui a ponerme de pie y ese fue el instante exacto en el que pisé un lego.

Una puñetera ficha diminuta y puntiaguda se hincó en mi talón.

Tenía la manía de ir sin zapatos por casa desde que un médico me dijo que era lo más saludable para mis pinreles después de usar las botas tanto tiempo…

Seguro que el buen doctor no lo dijo pensando en un suelo repleto de piececitas asesinas.

—¡Auch! —intenté tragarme el grito, así que soné como un pato muriendo.

Evander me miró con verdadera emoción: ¿diversión contenida?, ¿psicosis extrema? Valía cualquiera de ambas.

—Eres torpe —sentenció.

—No soy torpe, soy tu puñetera víctima —me quejé, cojeando tres pasos hacia atrás mientras me masajeaba el pie—. Estas cosas son peor que un arma medieval, ¿lo sabías?

El niño no sonrió, pero el brillo en sus ojos delataba su satisfacción.

—No sé qué es medieval, pero las armas me gustan. Mi abuela me regaló un arco y unas flechas, podríamos jugar a que te disparo.

«Típico de tía Jane. Ella jamás le daría a su nieto un oso de peluche».

—Prefiero no convertirme en el centro de tu diana.

Y ahí vibró mi móvil. Salvada por el iPhone.

Me giré tan rápido que tropecé con la esquina del sofá. Para lo grande que era el ático, no dejaba de chocar con cosas…

Me agarré al reposabrazos para así garantizar que no me estampaba contra el mármol. En mi intento de recuperar la dignidad, acabé sentada en el sofá con un cruce de piernas que parecía sacado de un musical cutre. No quería que Evander volviera a acusarme de patosa.

Sus ojos me contemplaban como si estuviera viendo un documental de animales tontos. Con toda probabilidad, tenía razón.

Era su padre. Descolgué, intentando recuperar la dignidad que ya no tenía.

—¿Sí?

Su voz llegó mezclada con ruido de cascos, gritos y viento.

—Hola, Sky. Solo tengo un minuto. ¿Todo bien por casa?

Miré al niño, que ahora me observaba, escuchándolo absolutamente todo.

—Fenomenal —mentí—. Tu hijo ha descubierto que soy torpe y… que sangro por dentro cuando piso un lego.

Silencio. Cero risa. Lo que escuché fue una imprecación en toda regla.

—Pásame a Evander.

Su tono me dejó claro que iba a reñirle y casi seguro que también a mí por extensión.

El niño me miraba asustado. Un enfrentamiento era lo que menos me convenía si quería ganármelo. El crío tenía la palabra «chivata» tatuada en las pupilas.

—No ha sido culpa suya —improvisé rápido—. Es que no he calculado bien al levantarme. Tranquilo, he exagerado un poco.

Una exhalación desesperada me atravesó el oído.

—Vale… Entonces, ¿no te ha atacado, mordido o arrojado tu teléfono por la ventana?

—Bueno, si lo hubiera hecho, sería un milagro que estuviéramos hablando ahora, calculando la altura a la que está tu piso.

—Sí, ya…, perdona. Es que con sus antecedentes *cangurales* estoy un poco alterado.

—Pues relájate. Esto va como un guante, ya casi lo tengo controlado, ¿verdad, Evan?

Los ojos oscuros se entrecerraron al escuchar el nombre por el que lo llamaba.

¡Es que no me salía Evander por mucho que lo intentaba!

Parecía que pudiera matarme con la mente si lo pensaba con la suficiente fuerza.

—Me alegra escuchar eso —respondió Levi—. Necesito cero estrés y que consigas dominarlo. Las otras chicas no funcionaron.

—Igual es que no tenías a tu lado a la mujer adecuada…

«¿De dónde ha salido eso? ¡Mierda! Puto subconsciente, sale cuando menos lo esperas».

Me mordí el carrillo justo cuando escuché un:

—Quizá.

Me helé. Había algo en cómo lo dijo… que no debería afectarme y, aun así, lo hizo. Noté mis labios temblar y empujar hacia arriba.

Escuché pasos, gritos, un balón golpeando algo.

—Tengo que volver ya. Me alegra saber que estáis bien. Si pasa cualquier cosa…

—No pasará —afirmé convencida.

Y lo escuché sonreír. Esa sonrisa… Esa maldita sonrisa me atravesó como un *flashback* demasiado cómodo y empujó todavía más la mía.

—Vale.

—Tú… concéntrate en no romperte nada y en ser el mejor *quarterback* de la historia.

—No sé si podré ser el mejor. Me conformo con hacer una buena temporada tras la lesión —repitió más bajo.

Mi estómago dio una voltereta y me entraron unas ganas idiotas de estar allí, abrazarlo y asegurarle que sería así.

Sabía lo importante que era el fútbol para Levi y lo jodidas que podían ser las lesiones para los deportistas de élite.

—¡Carter, ya! —gritó alguien detrás.

—En cuanto llegue a casa, hablamos más —murmuró Levi.

Sus palabras me sonaron a algo demasiado celestial.

«No seas estúpida, Sky, lo ha dicho porque ahora vives aquí, por nada más».

Y colgó.

Guardé el móvil sin poder borrar la sonrisa estúpida de los labios.

Por un instante, fue como si el tiempo no hubiera pasado y todo mi cuerpo burbujeara por Levi Carter.

Evander me miraba con atención.

—¿Qué? —pregunté.

—Sonreías —acusó él.

—¿Yo? —Me toqué la cara—. No. Eso es… una ilusión óptica. Reflejos del mármol en las comisuras de mi boca.

—Sonreías —repitió él, ladeando la cabeza—. Y cuando mi padre te habló, te pusiste roja.

Me atraganté con mi propio aire.

«Menudo alcahuete está hecho».

—No estaba roja. Se llama refracción. Es un fenómeno óptico relacionado con el mármol y la luz, te lo explicaré otro día.

Él clavó los ojos oscuros en mí con una seriedad que no era de niño de cinco años.

—No me gustas.

—Sí, eso ya me lo dejaste claro antes. No pasa nada. Primera lección de vida *by* Skyler Wallace: El tiempo va a ocuparse de ponerte en el camino mucha gente que no te guste y deberás aprender a tolerarla.

—¿Por qué?

Eso también me gustaría saberlo a mí, era una pregunta cojonuda.

—Porque el sistema es así. A veces será un maestro, un compañero de clase, un jefe o algún vecino molesto. La cosa es aprender a capear a todos ellos y entender su cometido en tu vida.

—¿Fastidiarme?

No pude evitar sonreír.

—A veces puede parecer que es por eso, pero es para tu aprendizaje. Quizá la lección que te traigan sea mejorar tu paciencia…, o tener a raya las ganas de lanzarle flechas a alguien y no terminar con el culo en el calabozo de tu abuela.

Me electrocutó con la mirada.

—Soy pequeño. No tonto —sentenció—. Sé que lo dices para caerme bien, pero no lo harás.

Me quedé muda, absolutamente muda. Ese niño no era Evander Carter, era un detector de verdades con forma de minihumano.

Segundos después, añadió:

—Tengo hambre.

Y se levantó como si nada, camino de la cocina. Sonreí porque, si era sincera, que fuera tan listo me tenía fascinada.

Me puse en pie, esquivando los legos, y seguí a mi pequeño torturador. Si había algo que se me daba bien era la cocina, sobre todo, la repostería.

Como decía papá Travis: iba a enamorar al monstruito por la tripa.

—¿Te gustan las galletas? —pregunté.

—No hay. Solo cereales…

—Bueno, que no haya no significa que no las podamos hornear. Seguro que encontramos ingredientes en esta gigantesca cocina. ¿Te gusta pringarte las manos y amasar?

Me miró dubitativo.

—No me digas que Lila no cocinó contigo galletas…

—¡Me las compraba en el súper! —saltó en su defensa.

—Y eso está genial, pero te aseguro que es mucho más divertido hacerlas nosotros mismos. Además, prometo que, si nos manchamos, no me voy a enfadar.

Su carita seguía sin mostrar demasiada confianza o entusiasmo, pero yo estaba deseando ganármelo.

—¿Qué me dices? —insistí.

—Que yo no me mancho. Hazlas tú si quieres…

Se dio media vuelta hacia el sofá y se tiró en plancha, agarrando el mando.

Era un inicio ridículo. Inestable. Condenadamente complicado, pero era un inicio y no iba a darme por vencida.

Iba a hornear las mejores galletas del universo y lo iban a enamorar.

CAPÍTULO 14



Colgué antes de que el silbato de Bishop me atravesara el oído.

—¡Carter! —gritó él desde la yarda treinta—. Ya hemos empezado. ¡Muévete!

Perfecto. Ni un «todo bien». Ni un «cómo estás». Ni una mísera señal de humanidad.

El coordinador ofensivo trataba igual a un *rookie* que a un veterano o al mismísimo dueño de la franquicia si un día se atrevía a aparecer por ese césped.

Llevábamos desde primera hora allí.

Habíamos desayunado juntos en la cafetería del complejo, los mismos chistes de siempre: Marcus quejándose de que las claras sabían a castigo; Isaiah intentando ser gracioso sin conseguirlo; Moose contando por cuarta vez la historia de cómo casi atropelló a un fan en Nashville y Valentino llamándome abuelo porque, según él, me salía pelo por las orejas, lo cual era una flagrante mentira y a lo que le respondí un «porque no me has visto los huevos».

Luego vinieron las reuniones de posición: Mac, pizarra, tácticas, diez jugadas mal ejecutadas en el partido del domingo y veinte nuevas que teníamos que instalar para el siguiente.

Una maravilla para sobrecargar la cabeza antes de las diez de la mañana.

Pero en ese momento tocaba la parte física, la que no permitía pensar demasiado ni preocuparse por nada más que el siguiente movimiento.

Crucé el césped, ajustando el casco.

El calor empezaba a subir y el olor a goma caliente se mezclaba con voces del *staff*, conos amarillos, trípodes, cámaras, balones perfectos alineados como si fuesen munición.

Mac me cortó el paso antes de llegar a la línea.

—Bien —gruñó, mirándome de arriba abajo—. Cara de no haber dormido. Lo normal después de la semana que llevas.

—Estoy bien.

—No te he preguntado si estás bien. Te he dicho que tienes cara de no haber dormido.

Valentino apareció detrás dando saltitos, como si el campo fuera una cama elástica.

—Eso pasa cuando tienes un niño en casa —susurró.

Le di un coscorrón suave que lo hizo tambalearse.

—Eso pasa cuando te metes donde no te llaman.

—Sí, sí, abuelo —se burló él.

Un asistente dejó un balón en la yarda cuarenta y Harlow sopló el silbato.

—¡Vamos, damiselas! Carter primero. Dalton detrás. Quiero ritmo, quiero precisión y, por favor, que nadie se lesione. No tengo brazos de repuesto ni quiero perder más partidos. ¿Estamos?

—¡Sí, señor!

Me coloqué bajo centro.

El cuerpo reconoció la postura, no así la cabeza, que seguía metida en mil sitios a la vez: Skyler; Evander; la lesión; el jodido partido del domingo; Nova; mi deber como QB1; la visita de mi familia y la sensación constante de que alguien me había tirado un cable suelto dentro de la caja torácica.

Snap.

Tres pasos atrás.

Lectura rápida: *corner* en *press*, *safety* arrastrándose hacia el lado fuerte, *linebacker* dudando.

Planté los pies.

Lanzamiento limpio. Lo suficiente como para que nadie dijera nada, y eso era justo lo que buscaba: silencio. Silencio significaba precisión, y precisión significaba trabajo bien hecho.

Repetimos una y otra vez.

Cuarenta minutos de *drills: footwork, timing,* rutas cortas, rutas medias, colocación de cadera, transferencias de peso.

Para cuando Bishop por fin levantó el brazo, mi camiseta estaba empapada y el hombro reconstruido ardía.

—Suficiente. Carter, Dalton, abajo. Vamos a revisar lo del partido —ordenó.

Respiré hondo, la presión se me clavó bajo el esternón. No había jugado ese partido, había visto fragmentos en vídeo los últimos dos días, pero no todo, no con la profundidad de un QB1 porque, dado lo ocurrido, habían decidido darme algo de margen; era mi responsabilidad conocer cada error como si hubiese estado dentro del campo.

Nos llevaron a la sala de vídeo. Fría y oscura, como siempre. Con la pantalla gigante como un altar donde se sacrificaban nuestras cagadas.

Bishop se plantó delante.

En pantalla, Valentino en *shotgun*.

Una jugada que recordaba a medias. Pausa.

—Dalton, primera lectura. ¿Qué coño pasó aquí?

Valentino tragó saliva con tanta fuerza que casi pude oírlo.

—Pensé que rotarían al lado débil…

—Pensar es para filósofos —lo cortó Bishop—. Tú lees, tú interpretas, para eso te fichamos, por tu brazo y tu visión de juego.

Reanudó y volvió a pausar sobre el *safety*.

—Esto, ese paso hacia dentro, fue una señal clarísima y no la viste. Por eso, este pase termina en *pick-six* nueve de cada diez veces. ¿Dónde tenías puestos los ojos, en las putas animadoras?

El silencio se volvió denso.

La bronca era para Valentino, pero yo sentía cómo se tensaban mis propios hombros. Yo debería haber estado en ese jodido campo. Yo era el QB1 y ese equipo era mi responsabilidad, aunque no estuviera jugando.

Mac se cruzó de brazos.

—Levi, ¿qué habrías hecho tú?

—*Check-down* al *flat*. El *linebacker* estaba vendido.

Valentino ni protestó, sabía que era verdad.

Bishop señaló la pantalla.

—Por eso él es el titular. —Me señaló—. Y por eso tienes que saber qué falla cuando tú no estás.

Miró a Dalton:

—Y tú, da gracias a que Carter esté respirando este mes porque, si no, ya estabas calentando banquillo en Chicago.

Hubo un murmullo contenido. Humor negro de la NFL, del realista, del doloroso.

Seguimos revisando jugadas durante casi una hora.

Los pequeños detalles eran los que ganaban partidos: la inclinación de un casco, la rotación de un pie, el ángulo del brazo de un *safety*. Salimos de la sala con el cerebro taladrado.

Fuera, el sol ya caía directo en el campo y retomamos los *drills*.

La parte técnica siempre era más dura después del vídeo; ya ibas con la cabeza cargada.

Mac volvió a mi lado.

—Pies —ordenó—. Nada de proteger el hombro. Si te duele, lo dices.

—No duele.

—Me alegro.

A mi derecha, Moose Hanson ajustó el balón.

—Si te vuelves a joder, te pego yo. No pienso dejar que cuides de tu crío este domingo.

—El crío corre más que tú, así que yo temería que te quedes sin posición —respondí.

—Y tiene más neuronas que tú —añadió Valentino, adelantándose.

—Corre, Dalton, tu fea cara me distrae.

—Eso les pasa a todas. —Le guiñó un ojo con descaro.

Coleman se colocó a la izquierda.

—Vamos, capi, que parezca que sabemos lo que hacemos.

Snap. Tres pasos atrás. El *linebacker* del lado ciego vendió el *blitz* inclinando el casco.

Apertura, ángulo cambiado, pase limpio a la ventana.

Coleman ni lo pensó, sus manos estaban seguras, recepción perfecta.

Mac silbó.

—¡Eso es, cabrón! Treinta más.

Treinta más. Treinta explosiones controladas en mi hombro. Treinta recordatorios de que jugaba en la liga más exigente del mundo, con una lesión reciente y un hijo en casa, que apenas sabía cómo sostenerse emocionalmente, mientras lo cuidaba una pelirroja de piernas largas a la que debería considerar familia, no objeto de deseo.

No todos entraron y Valentino siguió molestando, por supuesto.

Aunque no paramos hasta que la cosa mejoró y el porcentaje de errores disminuyó bajo mínimos.

El ritmo había regresado y la maquinaria del equipo volvía a encajar.

Cuando por fin nos soltaron para comer, tenía el estómago rugiendo.

Llenamos la tripa rápido, en la cafetería, el único lugar donde podíamos relajarnos, hacer bromas, comparaciones de bíceps, discusiones sobre quién tenía peor gusto musical o con las mujeres.

Y con las cargas de hidratos y proteínas reestablecidas, tocaba volver al gimnasio para trabajar el *core*, la estabilidad y, en mi caso, trabajo suave de hombro.

En el *walkthrough* de la tarde repetimos rutas andando, cadencias, señales de protección.

Era el tipo de entrenamiento que no cansaba al cuerpo, pero sí a la cabeza.

Cuando volvimos a la última sesión de la *film room* para cerrar el día, Bishop abrió una jugada donde el *pocket* colapsaba demasiado rápido.

Valentino retrocedía, el *blitz* interior entraba y él no reaccionaba como debería.

Mac habló en voz baja:

—Mirad.

Pausa.

—Si Carter está aquí, esto no termina así.

Valentino bajó la mirada de nuevo. Me sabía mal por el chaval; yo una vez estuve en su posición y ese tipo de meteduras de pata frente al equipo titular te ponían de los putos nervios.

—Sé que la cagué.

—Y yo que puedes hacerlo mejor —dijo Mac—. Pero cuando Levi no está, tú eres los ojos del equipo y debes ser capaz de suplirlo.

Miró al resto.

—Y cuando Levi está…, también debes ser capaz.

El peso me cayó encima otra vez, ese que conocía tan bien que casi se volvía parte de mi anatomía.

La sesión terminó a las 17:18 en lugar de a las 17:00. Lo cual me puso nervioso porque sabía que Skyler tenía prisa.

Mac me detuvo antes de salir, una mano firme en el hombro.

—Estás mejor que hace dos días.

—Gracias.

—Pero sigues aquí —señaló mi sien— y aquí —tocó mi pecho—, en dos sitios distintos. No puedes jugar así, no este año.

Tenía razón desde hacía días.

—Lo sé, señor, estoy trabajando en ello.

—Sé que lo haces. Vete, hoy has hecho suficiente.

Salí casi corriendo.

Choqué con una cesta de balones, esquivé a un asistente y casi me tragué una toalla.

Llegué al coche con el tiempo mínimo para no quedar como un irresponsable, arranqué y pisé a fondo.

Quedaban diez minutos para estar en casa.

Llegué al edificio a las 17:32.

Un puto milagro…, o una multa de tráfico. Ya se vería.

Subí al ático con el pulso aún desacompasado del entrenamiento.

La encontré allí, plantada frente a la puerta, atacada de los nervios.

Mochila colgada al hombro, coleta alta, las mejillas coloradas por la prisa.

Tenía ese brillo de alguien que intentaba parecer entera cuando por dentro iba a mil por hora y, aun así…, joder, se veía serena.

Fuerte, distinta. Demasiado distinta. ¿Dónde estaba la maldita cría de diecisiete años?

—Perdón —solté, todavía medio sin aire—. El entrenamiento se alargó. ¿Te llevo? Podemos llamar a Evander.

Se tensó como si la hubiera sorprendido robando naranjas del supermercado.

—No, no hace falta. Tu hijo ya está bañado y esperando para cenar contigo. Tengo que irme ya o no llego.

Su voz estaba firme, pero había una vibración temblorosa ahí debajo, una urgencia que no supe descifrar.

—¿Seguro? No me cuesta nada.

—De verdad —insistió.

Respiraba rápido, demasiado rápido, y mis ojos, traidores, se movieron de los suyos a su pecho, a la forma en que la tela subía y bajaba con cada inhalación.

«Tierra llamando a tetas».

«¡Hostia, no mires ahí, joder!».

Aparté la vista de golpe, como si me hubieran pillado mintiendo en misa.

No quería asustarla, no quería incomodarla, no quería… Lo que sí quería no tenía nombre y no debía tenerlo.

Porque era mi prima, era familia, era Skyler.

La misma niña que cuidé años atrás y que en ese momento parecía otra persona. Una que me habría follado de noche en un bar.

«¡Mierda! No vayas por ahí, Carter, está cuidando a tu maldito hijo, no a tu polla».

Respiré hondo, intentando recolocar mi cerebro dentro del cráneo.

—Está bien —cedí—. Pero tienes que aprenderte el código del edificio y el del ascensor para subir a esta planta. Mañana puedo ponerte uno personal si quieres.

Abrió los ojos más de la cuenta.

Había algo extraño en su gesto: alivio mezclado con pánico, como si mi oferta fuera a la vez un salvavidas y una soga.

—¿Me lo puedes mandar al móvil? No sé si me voy a acordar si me lo dices ahora mismo.

—Sí, claro.

—Gracias… —murmuró—. En serio.

Entró en el ascensor.

Giró la cabeza justo antes de que empezara a descender.

—Tu hijo es un encanto. Lo hemos pasado muy bien. Que disfrutéis de la cena.

Y desapareció.

El ascensor bajó y me quedé mirando el hueco vacío como un imbécil, sin entender por qué su ausencia ocupaba tanto espacio.

El hombro palpitaba, sí, pero no era lo único.

Mi corazón iba desacompasado, como si aún estuviera corriendo sobre el césped.

Y cuando escuché mi propio pensamiento —«mi hijo es un encanto»—, cierta parte de mí reaccionó antes que cualquier neurona.

Un respingo involuntario, un latigazo bajo el ombligo.

Como si mi cuerpo hubiese decidido, sin pedir permiso, que Skyler Wallace ya no era una niña ni mi prima ni un refugio familiar.

Era una mujer preciosa que cuidaba de mi hijo, demasiado fácil de mirar y demasiado difícil de ignorar.

Me tensé al instante.

«Estoy jodido».

CAPÍTULO 15



Bajé en el ascensor con la sensación de llevar el diafragma en la garganta.

El numerito rojo marcaba plantas como si se estuviera burlando de mí; todavía tenía la imagen de Levi clavada en la cabeza: pelo húmedo, camiseta gris pegada al pecho, olor a jabón especiado y ese punto de preocupación en sus ojos azules cuando preguntó si me llevaba.

¿Desde cuándo miraba así?

¿Desde cuándo mi cuerpo reaccionaba como si en vez de mi primo lejano fuera… otra cosa?

Bueno, eso era fácil de responder, no iba a hacerme la digna ahora…

El efecto Carter había pasado del padre al hijo sin duda alguna, por eso a tío Cole lo llamaban el SuspiraCole cuando era joven; Levi siempre había causado la misma sensación en las chicas del pueblo. El problema era que cuando él tenía dieciséis, yo solo tenía seis, y dos años después él se marchó a la uni, así que solo nos veíamos los veranos; habría estado muy raro que un chico de veintiuno quisiera salir con una cría de once.

Más bien lo habrían acusado a él de algo muy feo y muy gordo mientras yo me derretía por dentro como un helado dejado al sol…, aunque para él no era más que la prima pequeña que había crecido un poco. Nada más.

El corazón me pegó un latigazo tan brutal que por un segundo temí que se me escapara un:

«Bienvenido a casa, papi Carter. Soy Skyler, no tu puñetera prima pequeña. He crecido…, y ahora mismo me gustaría estamparte contra esa pared y demostrártelo».

Por suerte, mi lengua tenía más sentido común que mis hormonas.

¡Pero ¿qué demonios me pasaba?!

La respuesta era sencilla: tenía veintidós, un cuerpo que llevaba meses en huelga afectiva y un historial romántico tan patético que cualquier terapeuta me regalaría una manta de apoyo emocional.

Todo era culpa mía. Enterita. Por haber cometido el error estratégico de no querer a ningún chico que no fuera él.

Sentí la vergüenza prenderme las mejillas.

Porque era cierto: en el instituto me negué a besar a esos sapos hormonados que olían a desodorante barato y expectativas infladas.

Y cuando me fui a una universidad solo para chicas, no tuve en cuenta que encontrar a alguien que me entusiasmara lo suficiente como para desinstalar a Levi de mi cabeza sería misión imposible.

Mi corazón y mi cerebro parecían empeñados en recordarme esa estúpida creencia de que, cuando caías a la fuente de Cupido con alguien, quedabas unido para siempre a él, y nosotros nos hundimos hasta el fondo.

Les daba igual que, por aquel entonces, él tuviera una pareja guapísima, un hijo recién nacido y una vida entera fuera de mi radar.

Podría haber hecho algo fruto del despecho en verano, pero no ayudó que los pasara entrenando para entrar en las DCC, rodeada de chicas preciosas. Los pocos chicos disponibles que rondaban cerca tenían justo los mismos gustos que yo.

Vamos, que mis opciones románticas estaban tan vivas como un cactus en Siberia, y ahora me moría de la vergüenza al reconocer mi nula vida sexual.

El ascensor vibró al llegar a la planta baja. Me acomodé un pañuelo para que me cubriera el pelo, anudándolo bajo mi barbilla al estilo actriz de los cincuenta, y me ajusté las gafas de sol gigantes, que prácticamente me tapaban media cara. Si alguien me reconocía

saliendo del edificio de la estrella de los Cowboys, mi carrera como DCC duraría menos que un caramelo en la boca de un niño.

El Uber que había pedido llevaba siete minutos esperando en la puerta. Lo sabía porque tenía tres mensajes de la *app* y uno del conductor que decía: «Señorita, estoy delante, ¿todo bien?». Traducido: «Como tardes un poco más, me largo».

Creía que si no se marchó fue porque la fachada del lugar gritaba «propina» con muchos dígitos.

—Buenas tardes —saludó cuando abrí la puerta trasera. Tenía acento extranjero, algo mezclado entre hindi y del este de Europa. Un combo curioso.

—Lo siento, he tardado un poco. —Me tiré dentro del coche como si estuviera escapando de un crimen—. Tenemos que ir al AT&T Stadium. Y, por favor, pise todo lo que su religión le permita sin que nos matemos.

El hombre soltó una risita.

—Eso es fácil, me refiero a lo de pisar. Que no nos matemos…, ya veremos. —Arrancó—. ¿Concierto? ¿Partido?

—¿Le importa si mantengo en secreto mi cometido? —dije, agarrando el cinturón.

—Mientras no sea espía y lleve una bomba bajo el pañuelo…

Me miró, evaluándome, como si estuviera jugando a las adivinanzas.

—¿Cantante? ¿Actriz? ¿*Influencer*? No tiene aspecto de terrorista.

«Esclava del capitalismo con pompones», no parecía una respuesta viable.

—Puede que todo a la vez, mejor no pregunte, ¿sabe ser discreto? —Él asintió.

No podía decirle que era una DCC. Si se le escapaba en voz alta delante de alguien, adiós cláusula de discreción, adiós contrato y adiós Levi.

—Yo puedo hacer que no llegue tarde —dijo con seguridad—. Si hay policía, son solo detalles.

—Si llego a tiempo hoy y no me despiden, podemos hablar de futuro. —Apoyé el codo en la ventanilla—. Estoy buscando chófer.

—¿Chófer? —Abrió un poco más los ojos.

—Uno muy rápido, puntual y que no haga demasiadas preguntas. —Me encogí de hombros—. Ir y volver a este edificio todos los días. Puede convertirse en el hombre con las mejores propinas de Dallas.

Mientras hablaba, mi cerebro calculaba a toda velocidad. No sabía cuánto iba a pagarme Levi, pero siendo quien era y las pocas opciones de canguro…, debería darme para el transporte.

No pagaba ni piso ni comida. Solo necesitaba no morir atropellada ni llegar tarde.

El conductor frunció los labios, pensativo.

—Todos los días…, ¿a esta hora?

—Más o menos —respondí—. Yo te mando un mensaje, tú apareces, yo subo y tú no preguntas. Negocio redondo.

—Me gusta —asintió—. Hoy veremos si es verdad que llega a tiempo. Si sí, hablamos. Si no… —se encogió de hombros—, buscaré otra futura estrella.

—Trato hecho.

El coche se incorporó a la autopista.

Las luces y los carteles gigantes de la ciudad se mezclaban con el olor a aire acondicionado del interior. Cerré los ojos un segundo, intentando recomponerme.

No lo conseguí. Tenía la mente dividida en demasiados frentes.

Levi, su hijo, mi necesidad de perder el virgo. El entrenamiento, el contrato, el enorme detalle de que aún no le había dicho que era una DCC…

Lo que me llevó de nuevo a Evander, por mucho que me dijo que tenía hambre, no quiso participar ni probar ni una galleta.

Ni por la mañana ni por la tarde. Ni cuando me senté a su lado para tentarlo y me comí dos delante de él para que viera que no pasaba nada.

—¿Ves? No están envenenadas.

Se había limitado a mirarme con esos ojos oscuros, lúcidos, tan poco de niño de cinco años, y había respondido:

—Eso es lo que diría alguien que quiere envenenarme, igual que ocurrió con la bruja y Blancanieves. No voy a morder la manzana ni tus galletas.

Y luego se había bajado de la silla con toda la dignidad del mundo.

Sacudí la cabeza dentro del coche. La verdad era que la que casi se atragantó fui yo del ataque de risa que me dio.

Tenía salidas como cañonazos.

El conductor señaló por la ventanilla.

—Mira, Matahari, hemos llegado.

Levanté la vista.

La estructura inmensa del AT&T Stadium se recortaba contra el cielo.

Siempre impactaba, pero hoy parecía más grande, más amenazante. Como si supiera que iba a entrar allí a poner en ridículo mi sistema digestivo delante de cámaras.

—Y lo hemos hecho a tiempo —dijo él con orgullo—. Cuatro minutos de margen. Soy el mejor.

—Desde luego que lo eres, ¿puedes estar aquí a las 21:30h? —respondí mientras la pantalla de la *app* me pedía la propina.

—Descuide, soy su hombre.

—Mi hombre lo dudo, pero sí mi conductor.

Su risa me siguió mientras bajaba del coche.

Le dejé una buena propina, no quería quedarme sin chófer.

Me recoloqué la mochila y me aseguré de quitarme el pañuelo y las gafas antes de cruzar hacia la entrada que nos habían indicado. Varias camionetas de producción estaban aparcadas, cables por todas partes, focos, técnicos, cámaras. Eso no era un entrenamiento cualquiera, era una de esas noches en las que el documental y las campañas querían material bonito.

Entré en el túnel de acceso.

Podía oír música desde dentro, una base pop machacona que se mezclaba con el eco de botas sobre el suelo y voces femeninas contando tiempos.

Miré el reloj del móvil.

18:01h.

Perfecto. Ni tarde ni puntual, el ensayo empezaba a las 19.00h., pero como dijo la directora, las mejores iban a entrenar una hora antes y yo quería estar en ese grupo.

Nada más entrar al espacio habilitado para el calentamiento, vi el panorama: la mayoría de las chicas ya estaban estirando, otras practicaban giros frente a las cámaras. Las veteranas brillaban con esa seguridad que se te metía debajo de la piel y te susurraba que tú no estabas a su altura.

Jude estaba en medio del campo, brazos cruzados, expresión neutra tirando a borde.

Sus ojos se clavaron en mí durante un segundo, solo uno, suficiente para arrugar la nariz con ligera desaprobación antes de girarse hacia otra parte.

Fracasito del día: firmado, tenía que cambiarme rápido.

—Mírala —susurró una voz a mi derecha—. Un ensayo importante y se cree que es la reina y se puede permitir llegar tarde.

Darah. Perfecto. Justo lo que necesitaba.

—Relájate —respondí por lo bajini—. Si llegan a sortear un trono, prometo no quitártelo.

Se giró con una sonrisa tensa.

—No podrías ni aunque quisieras, no compito con nadie por cosas que ya tengo.

Y se alejó, moviendo las caderas con más dramatismo del estrictamente necesario.

Yo estaba a punto de contestar algo más creativo cuando escuché una voz familiar.

—Ya pensaba que tu casero nuevo te había descuartizado.

Kayla. Me giré hacia ella como si fuera un salvavidas.

—Si lo hubiera hecho, podrías montarte un consultorio de avistamiento de fantasmas. —Intenté sonreír—. El tráfico.

—Pues cámbiate rápido y luego me cuentas qué tal tu primer día.

—Descuida, soy más rápida que Clark Kent entrando en una cabina.

Le guiñé un ojo y fui directa al vestuario.

CAPÍTULO 16



Salí presurosa. Jude aplaudió dos veces y toda la atención se centró en ella.

—*Rookies* delante, veteranas detrás. Hoy estamos grabando, así que quiero sonrisas perfectas, líneas perfectas y nadie me estropea un ocho de ocho por respirar fuera de tiempo. ¿Está claro?

—¡Sí, señora!

Nos colocamos.

Empezamos a calentar más en serio: estiramientos dinámicos, pequeños saltos, giros.

En mitad de una serie de rodillas arriba, mi estómago dio un aviso. Leve, pero claro.

Un retortijón, como una mano cerrándose desde dentro.

«No. Ahora no. No me jodas».

Seguí.

Sonreír, mirar al frente, mantener la postura.

La música subió.

Empezamos una de las coreografías de banda de vídeo, la que ya habíamos repetido hasta la saciedad en The Star.

Primera pasada: aceptable.

Segunda pasada: el sudor empezó a resbalarme por la nuca, pero no por el esfuerzo.

Tercera pasada: el estómago volvió a quejarse, más fuerte. Un sudor frío se mezcló con el normal.

La boca se me llenó de saliva, como si fuera un maldito San Bernardo.

—Sky, sonrisa —susurró Kayla a mi lado sin dejar de moverse—. Parece que estés en un velatorio.

—Si sonrío, creo que se me van a caer las babas —conseguí responder.

—¿Qué dices? —preguntó entre dientes sin que se notara. Yo pasé de contestar.

Volvimos a la posición inicial.

Jude revisaba las pantallas, hacía un gesto al técnico, la música volvía al principio.

—Una más. Esta vez como si os fuera la vida en ello —ordenó.

«Pues está a punto de irse algo, pero no sé si la vida u otra cosa», pensé.

En la siguiente secuencia, tenía justo delante a Darah, la elegida para salir en el plano principal de esa parte. Giré, salté, marqué los tiempos. El dolor se convirtió en una presión constante, una amenaza que subía y bajaba como el *tsunami* de la peli *Lo imposible*.

A mitad de un giro, la náusea subió tan rápido que no tuve tiempo de negociar con ella.

Abrí la boca, intentando tragármela. Fracaso absoluto. Vomité a chorro, como un maldito aspersor. A lo largo, en diagonal, incluso haciendo círculos. Directo sobre el pelo perfecto de Darah, su chaleco blanco inmaculado, sus botas brillantes recién limpiadas.

El silencio duró justo medio segundo.

Luego empezó el festival de gritos, exclamaciones y vertidos.

Darah chilló a lo bestia.

—¡Pero qué asco! —gritó alguien.

—Oh, Dios mío, va a salpicar… —otra voz.

—¡No miréis! —Kayla decía eso mientras se apartaba a medias, tapándose la boca.

Y, como si estuviéramos rodando una comedia de instituto, otra de las chicas más sensibles, situada dos filas detrás, hizo una mueca y vomitó también. Quizá por solidaridad, tal vez efecto dominó o una puta bacteria. Yo qué sabía.

El sonido desencadenó un tercer ataque en algún punto del fondo.

Todo estaba siendo grabado y con banda sonora extrema, hasta que alguien cortó de golpe.

—¡Parad, parad, parad! —Jude vociferaba como una loca—. ¡Todo el mundo al borde del campo ya!

Alguien pisó un tropezón y patinó, dándose un culetazo tremendo.

Yo tenía las manos en la boca, la garganta ardiendo, los ojos llorosos y la tripa avisando de que aquello no había terminado.

Darah se giró hacia mí muy despacio, el flequillo pegado a la frente, una gota colgando de una de sus pestañas.

—Te ma-to —susurró.

—Lo siento —jadeé—. Lo siento muchísimo. Creo que… creo que me he intoxicado con algo.

Y en ese momento, mi cuerpo decidió recordarme que el problema no era solo vertical.

Un retortijón descendente me dejó claro que, como no corriera, iba a hacer historia por partida doble y que me iba a la mierda, en el sentido más literal de la palabra.

—Skyler, ve al pasillo ahora mismo —ordenó Evelyn, señalando la salida—. Y que alguien avise al médico. El resto, id al baño, limpiad lo que podáis y quiero este campo decente en diez minutos. ¡Estamos grabando, por el amor de Dios!

Salí casi trotando, apretando todo lo *apretable*, con la dignidad hecha una sopa.

Conseguí llegar al baño y encajé mi trasero en él.

Quince minutos después, estaba sentada en un banco del pasillo, deshidratada, con una botella de agua en la mano, la piel verde y la sensación de haber dejado mi alma en el desagüe.

El médico del equipo, un hombre de mediana edad con cara de haber visto de todo, se agachó frente a mí.

—¿Te has desmayado?

—Peor —respondí—. He vomitado encima de mi compañera, he provocado una reacción masiva en cadena. Y luego… —Hice un gesto vago hacia el baño—. También me vacié por abajo.

—Ya —asintió—. ¿Has comido algo raro?

Las galletas de chocolate aparecieron en mi mente como un *flash*.

—Comí unas galletas caseras antes de venir al ensayo —murmuré —. Harina, huevos, azúcar, mantequilla. Lo básico.

El médico me tomó el pulso, me miró las pupilas, me tocó la frente.

—Parece más una intoxicación leve o algún alimento en mal estado. No parece un virus, al menos, a juzgar por lo que comentas. Bebe, ve despacio y, si te encuentras peor, me avisas.

—Gracias.

Cuando por fin volví al campo, ya no había cámaras encendidas. Solo restos de servilletas, un leve olor a lejía y muchas miradas.

Algunas eran de preocupación. Otras, de asco contenido. Las de Darah, directamente homicidas.

Evelyn se acercó a mí, impecable como siempre, sin una gota de sudor, como si el caos a su alrededor no la afectara.

—Skyler, ¿cómo estás? —dijo con tono neutro.

—Algo mejor, señora. Lamento muchísimo lo sucedido, le juro que no me sentía mal hasta que hemos empezado a bailar…

—Todo el mundo puede encontrarse mal un día.

Respiré aliviada un segundo.

—Gracias, de verdad, yo…

—Pero solo uno —remató, clavándome esa mirada que lo decía todo—. No podemos permitirnos un segundo, y mucho menos cuando se trata de una grabación importante, ¿estamos?

Asentí.

—Sí, señora.

—Si no puedes continuar con el ensayo de hoy…

—Puedo, ya, ya me siento mejor, señora.

—Me da igual, hoy no participarás en el vídeo promocional y solo mirarás. No queremos chicas desmayándose en medio del campo. Ni… otras cosas más viscosas —añadió muy sutil.

Tragué saliva.

Me disculpé con las chicas, con los ojos ardiendo y la moral por los suelos.

Darah aceptó mis disculpas con la misma energía con la que yo admitiría un golpe en la espinilla. Solo porque Evelyn estaba delante

mirando.

El entrenamiento continuó sin mí; me dejaron en un lateral, estirando, esperando a que mi estómago decidiera en qué dirección quería seguir arruinando mi prestigio.

Cuando por fin salí del estadio, la noche había caído del todo; me di una ducha caliente y le dije a Kayla que ya charlaríamos al día siguiente porque en ese momento no me sentía con ganas.

Mi conductor me estaba esperando como acordamos y se mantuvo en silencio cuando le dije que prefería no hablar.

Apoyé la frente en el cristal e intenté comprender qué había pasado. ¿Sería un ingrediente caducado? ¿Alguna mierda rara que se hubiera mezclado en la masa?

Y entonces, como si alguien encendiera un foco en mi cabeza, vi la escena de la tarde: Evander pasando cerca de la encimera sin colaborar, yo pidiéndole que vigilara la masa —yéndome al baño con intención de que hundiera sus manitas en mi ausencia— y después esa mirada astuta desde el sofá cuando regresé.

No había querido ni probarlas. Ni siquiera cuando yo me había comido dos delante de él.

¡Maldito gremlin! Seguro que había sido él, le había echado algo a la masa y por eso no quiso ni olerlas; yo me había comido la puta manzana envenenada y él era la bruja de Blancanieves.

¡Se iba a cagar cuando llegara porque pensaba devolvérsela con creces!

«Si ha hecho algo es porque tiene miedo», murmuró mi voz razonable. «Ha perdido a su madre, ha perdido a la canguro que conocía y ahora tiene a una desconocida metida en su casa. Tú eres la adulta funcional aquí. Él tiene cinco años, madura».

Suspiré.

Cinco años y posiblemente un psicópata alojado en su interior, pero valía.

El coche me dejó frente al edificio. Subí al ático con la tripa todavía sensible y un cansancio pegajoso en los músculos.

Entré en silencio, solo había la luz de una lamparita prendida en el salón y un documental de peces puesto en la tele.

Levi estaba dormido en el sofá, ligeramente ladeado, con la cabeza echada hacia atrás. Evander estaba acurrucado sobre su pecho, una mano pequeña agarrando la camiseta de su padre, la boca entreabierta.

«Si parece adorable cuando duerme».

Eran como una pintura. No de las raras del dormitorio de Levi, una bonita.

El pequeño diablo tenía cara de ángel cuando dormía.

Se me aflojó algo por dentro.

Fui a por una manta ligera y los tapé despacio, con cuidado de no despertarlos. Levi frunció el ceño un segundo y luego se relajó de nuevo.

Me quedé mirándolos unos instantes más.

Por la mañana tendría que decirle la verdad.

Al día siguiente debía confesarle que podía dinamitarle la carrera si alguien se enteraba de que vivíamos bajo el mismo techo y respiraba el mismo aire que él.

Por la mañana se lo confesaría y ya veríamos lo que pasaba.

En ese momento solo podía arrastrar mi cuerpo hasta mi nueva habitación, tumbarme bocabajo y rezar para que el estómago dejara de hacer *castings* para una película de terror.

«Gremlin uno, Skyler cero», pensé mientras cerraba la puerta, pero todavía quedaba partido…

«¡Que dejes de pensar esas mierdas! ¡No vas a vengarte de un crío!».

¿No iba a hacerlo?

CAPÍTULO 17



Desperté con el cuello crujido, la boca seca y algo pesado sobre mi pecho.

Bueno, algo no, alguien.

Bajé la mirada y ahí estaba Evander: boca abierta, respiración tranquila, una mano agarrada a mi camiseta como si yo fuera un salvavidas humano. Lo que no recordaba era haber decidido dormir en el sofá con él encima… ni haberme tapado con una manta.

Una manta que olía a suavizante.

Mis neuronas reconectaron de golpe cuando pensé en que la chica que venía a limpiar lo poco que ensuciaba en el ático una vez por semana no venía hasta… ¿mañana?

Joder, no sabía ni en qué día estaba, lo que sí sabía era que, si no fue ella, entonces, había sido… Skyler.

El nombre vino en tromba hacia mí y entonces caí en la cuenta de que le dije que anoche hablaríamos, pero me puse un documental de peces después de cenar y, con Evander acurrucado encima, me quedé *KO*.

Supuse que el agotamiento de los últimos días, sumado al entrenamiento del día anterior, me había pasado factura.

Mis tripas rugieron, recordándome que la noche anterior cené lo que Sky había dejado preparado para nosotros; estaba riquísimo, era un plato que el tío Travis preparaba con frecuencia en su restaurante. A ella siempre le había encantado echar una mano en la cocina.

Mis tripas volvieron a rugir y me percaté de que había demasiada claridad.

Me pincé los lagrimales.

¿Qué hora era?

La noche anterior no cargué el móvil, así que, con toda probabilidad, mi batería estaba a cero; fui directo hacia el apagón mental. No podía permitirme dormir hasta el siglo siguiente porque tenía desayuno con el equipo y…

—No, no, no, no —murmuré, intentando escurrirme sin tirar al niño al suelo.

Mi hijo se acomodó más fuerte contra mí, perfectamente ajeno a la tragedia temporal.

—Arriba, campeón. Vamos —susurré, moviéndolo con cuidado.

Nada, estaba seco. Le di un toque suave en la pierna.

—Evander, despierta, papá se tiene que ir a entrenar.

—Cinco minutos —farfulló.

Igualito que su madre y que su padre, para qué engañarnos, solo que en ese momento estaba seguro de no tener tiempo. Si me quedé sin batería, no me había sonado la alarma.

Se me erizó todo el vello del cuerpo.

Conseguí incorporarme medio torcido, pero cuando intenté ponerme de pie, mi pie se enganchó en el borde de la manta, resbalé, perdí el equilibrio y mi meñique se estampó contra la pata de la mesa de café.

—¡ME CAGO EN…! —solté entre dientes mientras la vida pasaba ante mis ojos—. ¡Joder! ¡Joder, joder…!

Mi hijo se rio dormido. Dor-mi-do. Mi descendencia era un arma biológica por culpa de los genes Wallace.

Me lancé a buscar el reloj de la cocina, cojeando como un veterano de guerra.

La hora. La maldita hora. Por eso mi tripa parecía un león en plena hambruna.

—¡No! ¡Llego tardísimo! —rugí, agarrándome al mármol de la encimera—. ¡Skyler, ¿dónde diablos te has metido?!

Salí derrapando por el pasillo, ¿sería que ella también se había dormido? Le dije sus horarios…

Mi hijo seguía en el sofá, como si fuera domingo y no el infierno personal de su padre.

Y ahí, justo antes de que llegara a su habitación para aporrear la puerta, Sky apareció y casi me dio un infarto, no por motivos médicos.

Estaba algo pálida, con ojeras marcadas que no auguraban una buena noche. Pelo recogido en un moño deshecho que le caía por la mejilla. Una manta rosa a modo de capa que no tapaba la maldita nube de seda en la que iba envuelta, por llamarla de algún modo. Un pijama que le quedaba tan corto que mis neuronas entraron en modo «error de sistema operativo» mientras mis ojos se empeñaban en querer apretar los dos botones que se marcaban bajo esa minicamiseta de tirantes rosa.

Muy marcados, muy definidos. Firmes y listos para…

«¡Mierda! Mierda y doble mierda. Cállate, puto degenerado. ¿Qué cojones crees que haces?», me reproché.

«No. No se miran las tetas de tu prima. Prohibidas. Zona nuclear. Mal. Muy mal».

Me aclaré la garganta, como si quisiera desalojar al demonio que me había poseído. ¿Desde cuándo pensaba así en ella?

«Desde que se ha convertido en una chica preciosa y con edad de follar».

«¡Me cago en la hostia! ¡Sal de dentro de mí, Marcus!», estaba seguro de que el espíritu de mi compañero de equipo me había poseído la noche anterior.

Intenté centrarme.

—¿Qué hacías durmiendo? Pensé que… —Mi tono era más brusco de lo normal, pero la imagen era demasiado—. ¿No te dije que empezabas a las…?

Y entonces, la miré bien.

Más allá de su cuerpo listo para el pecado. Más allá de sus curvas. Más allá de mis impulsos homicidas contra mí mismo.

Tenía mala cara, muy mala, y algo se apretó en mi pecho por no haberme dado cuenta, más allá de creer que había dormido como el culo.

—Skyler…, ¿qué diablos te pasa? Tienes un aspecto horrible.

—Gracias —balbuceó ella—. El tuyo es increíble, cabreado, pero increíble.

Mi entrepierna dio un sobresalto. ¿Ella creía que yo estaba increíble?

«No pienses en eso, solo trata de ser amable, viejo verde».

—No pretendía… —Resoplé, pasándome la mano por la cara—. Solo digo que estás… mal. ¿Qué tienes?

Me acerqué sin pensar.

Le puse la mano en la frente para comprobar si tenía fiebre, y ahí sí: *KO* técnico. No por la fiebre —no tenía—, sino por la descarga que me recorrió de la palma a las pelotas en una línea recta y humillante.

Di un salto atrás involuntario; no podía reaccionar así con ella.

«¿Qué coño te pasa, Levi? Está enferma. En-fer-ma. No te pongas palote ahora, por el amor de Dios, que es familia».

A mi polla no parecía importarle.

—No estás caliente —dije, intentando que la voz no sonara rota.

«Aquí el único que está caliente eres tú, cabrón».

Puta voz interior.

—¿Tienes que ir al médico? ¿Necesitas que lo llame?

Mi cerebro era un enemigo al que me estaba costando controlar.

—No estoy enferma —dijo ella, llevándose una mano al vientre—. Solo fue algo que me sentó mal ayer y he pasado prácticamente toda la noche en el baño. Se me pasará con una infusión.

—¿Estás segura? —Fruncí el ceño—. Igual es un virus, y si se lo contagias a Evan…

—Qué va, fue algo que comí. Las galletas que hice.

—¿Qué galletas?

—Las dejé sobre la encimera…, ¿no las viste?

Entreabrió un poco los ojos, como si repasara en su mente el recorrido de la bandeja.

—En la encimera no había nada, solo tu nota de que la cena estaba en el horno.

Puso cara de sorpresa y después una ligera expresión que no me gustó nada.

—Em…, imagino que alguien las tiraría —tragó saliva— para que no enfermara nadie más. Al fin y al cabo, solo las comí yo.

Podía haberme llevado muchos balonazos en la cabeza y golpes contra el suelo, pero no era un tío tonto. Habitualmente mi pensamiento era intuitivo y rápido, por eso leía bien las jugadas del contrario y no me costó demasiado encajar sus palabras.

Mis ojos se abrieron como puertas automáticas.

—No estarás sugiriendo que… —Me giré hacia el salón—. ¡Evander Carter, ven aquí de inmediato!

—Yo no he dicho que fuera él —intentó mediar Skyler.

Sin embargo, ya era tarde.

El radar paternal se activó, el del *quarterback* estrella también. Los dos marcaban lo mismo: mi hijo era el enemigo a batir.

Este apareció con paso lento, arrastrando la manta como si fuera un fantasma deprimido.

—¿Qué pasa? —preguntó muy ofendido.

—¿Qué le hiciste a las galletas que dejó Sky en la encimera? —Crucé los brazos.

—Las tiré. Los niños no debemos comer mucho azúcar, lo dijo Lila, sobre todo, después de las 17:00, y a los deportistas tampoco les va bien.

—No me refiero a eso, Skyler se ha puesto muy mala por comerlas.

—Yo no se las puse en la boca —respondió dignísimo—. Ella se las comió solita y aseguró que no estaban envenenadas.

Skyler lo miró con horror porque había llegado a la misma conclusión que yo. Al fin y al cabo, era nieto de la mujer que bañó coles de Bruselas en chocolate y las envolvió como si fueran bombones… La maldad se heredaba.

—Las tiré porque no me fiaba.

Me froté las sienes.

—Pero de la cena sí te fiabas, ¿no? —preguntó ella.

—La sacó de un envase y la metió en el horno —replicó él—, la estuve observando todo el tiempo mientras la preparaba. No podía estar mala.

Madre de Dios.

Me incliné hacia él.

—Escúchame bien, pequeño demonio en prácticas, no puedes ir por ahí envenenando gente. A las canguros no se les preparan sándwiches con comida para perros y tampoco se echan cosas a lo que nos preparan con cariño. ¿Qué le pusiste a las malditas galletas? ¡Podrías haberla matado! ¿Y si tuviera alergia?

Sus labios temblaron.

Yo estaba muy cabreado, no obstante, tampoco me gustaba ver a mi hijo al borde del llanto por mucho que se lo mereciera, sobre todo, después de haber perdido a Nova.

Skyler saltó como un parachoques humano.

—Igual fue algún ingrediente que estaba pasado y no me fijé en la fecha, tal vez no tenga la culpa. Ya estoy mejor, no te enfades con él.

Yo exhalé fuerte.

Tenía diez minutos para estar en el coche y, por supuesto, me tocaría entrenar habiéndome saltado el maldito desayuno con los chicos. Ese día lo empezaba con muy mal pie; mi vida era un desastre con patas.

Evander salió corriendo como alma que llevaba el diablo y se metió en su cuarto, dando un portazo.

—Voy tarde —dije, mirando a Skyler otra vez—. Oye, esto no va a quedarse así, te lo prometo. Intentaré llegar antes y, si no puedo, al menos hoy juro que no me duermo y luego hablamos. ¿Seguro que estás bien?

—Sí —mintió—. Vete. En serio. Pero… cámbiate antes. No creo que dé buena imagen llegar con la misma ropa de ayer.

Miré mi camiseta. Estaba arrugada, manchada de algo pegajoso (con toda probabilidad era baba demoníaca de mi hijo).

—Esos tíos me han visto llegar mucho peor. —Me encogí de hombros—. Me llevo ropa de recambio para cuando termine de entrenar.

Nos quedamos un momento en silencio.

La tensión subió entre nosotros sin que entendiera muy bien por qué.

«Quizá porque has vuelto a mirarle las tetas y sigue con los pezones en alerta».

Su respiración era algo errática y mis ojos se iban donde no debían. Ese pijama de seda debería estar prohibido. Mi cerebro suplicó que me largara ya mismo.

—Sky… —dije, casi rozándole el brazo—. Date un baño caliente. En el gimnasio hay un *jacuzzi*, te sentará bien.

Ella se mojó los labios. Mal. Terrible. Pésimo para mi salud mental y testicular, porque ahora la imaginaba en ese baño humeante, empapada y con el tejido pegándose a sus curvas.

«Ni se te ocurra imaginarla sin el pijama», me reñí.

«Tarde».

Me obligué a girarme hacia la habitación de Evander para hablar con la suficiente fuerza y claridad.

—Y tú, pequeño demonio, ni se te ocurra joderla más o te mandaré a un reformatorio.

Debía estar pegado a la puerta porque esta se abrió de manera inminente y él asomó su naricilla.

—¿Qué es un *refrobatorio*? —preguntó, arrugando la nariz.

—Un lugar al que van los niños que no se merecen niñeras que dan la cara cuando ellos la cagan, ¿estamos?

Abrió los ojos y volvió a cerrar con fuerza.

—Mierda. Soy un padre pésimo.

—No lo eres, solo estás sobrepasado y tu hijo no te lo está poniendo fácil.

—Tú no eras así de pequeña, a mí me pusiste las cosas muy fáciles.

—No todos somos iguales ni gestionamos la pérdida del mismo modo, además, yo tenía a mami Phil casi todo el tiempo y a ti…, sin embargo, tú estás fuera casi todo el día y soy una extraña para él.

—Gracias por recordármelo —gruñí.

—No pretendía… —Bajó un poco la voz—. Me refiero a que necesita tiempo para acostumbrarse a mí. Estaremos bien, danos algo de margen y a ti también, no seas duro.

Alargó el brazo y me acarició con suavidad la muñeca. Apreté los labios e intenté ser fuerte frente a lo que le pasaba a mi cuerpo por

su contacto.

—Gracias. Tengo que irme.

Ella asintió, ajustándose la manta.

Me di cuenta de algo peligroso: no sabía cómo estar en la misma casa que ella sin sentir o pensar cosas que no debería. Sky estaba demasiado cerca, era demasiado suave, bonita y condescendiente. Era demasiado todo.

Cogí las llaves, me acerqué a la nevera y pillé un yogur líquido con proteína. Tendría que bastar. Me colgué la mochila y miré hacia el punto en el que ella seguía.

—Prometo volver pronto.

Ella me dedicó una media sonrisa cansada y yo me metí en el ascensor.

Estaba jodido, muy jodido, necesitaba una forma de desalojar de mi cabeza los pensamientos impuros que me taladraban. Ni los *sprints* ni el *playbook* ni los gritos de Bishop iban a servirme de cortafuegos.

Había una chispa encendida en mí que no tenía nada que ver con el fútbol… y todo que ver con la chica que dormía al otro lado del pasillo.

CAPÍTULO 18



En cuanto Levi desapareció, hice lo que cualquier persona sensata haría después de casi morir de vergüenza en un estadio, vomitar a mi compañera y descubrir que un niño de cinco años podía ser aspirante oficial a Jack el Destripador versión repostería.

Le preparé el desayuno a la criatura. Por una vez hizo caso, se comió las tortitas y el zumo de naranja sin rechistar. En cuanto estuvo alimentado, le avisé con toda la seriedad del mundo de que iba a darme un baño largo y que, salvo incendio, invasión alienígena o dinosaurios en el salón, no pensaba salir.

Estaba convencida de que arrugaba la naricilla cada vez que pasaba por mi lado por el hedor a vómito, sudor, galleta mortal y agonía existencial.

Con el estómago todavía hecho trizas, obedecí a Levi y me fui a la zona del gimnasio.

Ahora que la miraba con calma, reparé en una puerta doble acristalada en el rincón. Daba acceso a un *jacuzzi*, una sauna para cuatro y una zona de ducha con albornoces y zapatillas perfectamente doblados.

Aquello parecía sacado de una revista de decoración para millonarios: mármol negro con vetas doradas, luces regulables y, como joya de la corona, un *jacuzzi* enorme donde podría meter a medio equipo de las DCC, junto a todos mis traumas, sentados en corro.

Abrí el grifo y dejé que el agua caliente empezara a llenar la bañera. Me quité el pijama, la goma del moño y me miré en el espejo, deshaciéndome de la poca dignidad que me quedaba.

Ojeras. Piel con un tono entre verde y grisáceo. Ojos rojizos. Bajo vientre del tamaño de un melón pequeño. El aliento…, mejor no hablar del aliento. Seguro que ese fue el verdadero motivo por el que Levi dio un salto atrás, como si hubiera visto al demonio y no mis tetas marcándose bajo la tela.

Sexy nivel «pollo medio crudo o Shrek chapoteando en la ciénaga».

«Fantástico, Wallace, estás para portada de Sports Illustrated… edición *troll*».

Intenté ignorar mi aspecto lamentable y me metí despacio en el agua. El calor me abrazó las piernas, el vientre, la espalda. Toda la musculatura protestó durante un segundo antes de rendirse al vapor.

Solté un suspiro muy poco glamuroso cuando el agua caliente me llegó al estómago. Este respondió con un retortijón leve.

—Tranquilo —murmuré—. No hay más galletas asesinas, compañero, solo líquido. No te pongas dramático.

Cerré los ojos un segundo.

Evander, con su cara inocente de Gizmo y el espíritu del gremlin verde de la cresta, reapareció en mi mente:

«Eso es lo que diría alguien que quiere envenenarme, igual que ocurrió con la bruja y Blancanieves».

El niño los tenía como un campanario. Si yo no fuese la víctima, con toda probabilidad estaría descojonada con su jugada maestra.

Decidí que necesitaba refuerzos. Tácticos y emocionales. Alguien con experiencia demostrada en niños rotos por dentro que, con el tiempo, habían salido adelante.

Traducción: tenía que llamar a mami Phil.

Alargué el brazo húmedo, pesqué el móvil de la repisa con cuidado de cirujana y marqué su número. Activé el altavoz y lo dejé en una zona segura, lejos de salpicaduras. No quería comprobar en directo la compatibilidad entre electricidad y agua.

Sonó dos veces.

—Dime que llamas para contarme lo feliz que eres y lo bien que te está yendo —contestó sin saludar.

Sonreí sin querer.

—Ojalá. ¿Tienes cinco minutos para hablar de un niño emparentado con Jack el Destripador?

Se produjo una pausa de justo un segundo.

—¿Te refieres a Calamity Jane? Te sugiero que mi cuñada no te escuche llamándola así… ¿O hablamos de Travis?

—Me refiero a que ese niño parece dispuesto a acabar con mi vida a la menor oportunidad.

—¿Evander ha intentado matarte? Porque, si es así, dime dónde está ese pequeño terrorista y luego hablamos de la disciplina que le vamos a aplicar.

Se me escapó una carcajada, aunque el estómago protestara.

—No ha matado a nadie… técnicamente. Solo ha intentado envenenarme.

Encadenó varias palabrotas dignas de manual.

—Empieza por el principio, soldado.

Le conté lo básico: cómo me recibió; que intenté no presionarlo; que quise hacer algo divertido para ganármelo. Las galletas. La intoxicación. El vómito-pirotecnia en el estadio. Darah convertida en figurante de película gore. El efecto dominó y la conversación matutina con Levi al descubrir que su hijo podía ser el culpable.

Cuando terminé, hubo unos segundos de silencio. Después, ella estalló en una carcajada tan fuerte que todo reverberó.

—No me río de ti, lo juro —consiguió articular—, pero me estoy imaginando la escena del vómito en cadena y no puedo evitarlo. Perdón. Pobrecita mía… y pobre la chica que recibió tu ráfaga, aunque pobre tú primero. Siempre tú primero.

—Esa chica es una idiota —protesté con media sonrisa.

—Entonces, me alegro, que se fastidie.

—Lo que no me alegra es haberla liado delante de las cámaras. —Resoplé—. Fue como un exorcismo y la directora no tenía cara de entusiasmo, aunque lo que más me preocupa no es eso, sino que no consigo conectar con Evander y no tengo muy claro qué hacer. ¿Cómo lo hiciste tú conmigo?

—¿Para que no quisieras asesinarme cuando se me ocurrió la brillante idea de convertirte en niño? —Bufó—. Lo cierto es que me lo pusiste muy fácil, siempre has sido una niña despierta y adorable. Lo de las galletas es feo, sí. Yo diría que no calibró bien y solo quiso llamar la atención de su padre, ya sabes, eliminando a todo el que no sea de su entorno.

—Entonces…, ¿esa cosa ha nacido para aniquilarme? —pregunté, hundiendo un poco más los hombros en el agua.

—No exactamente. Cree que, si acaba contigo, Levi estará todo el tiempo con él. Lo que no entiende es que, con el trabajo de tu primo, eso no es viable. Cuando estás de duelo pasas por fases muy raras, no todo el mundo reacciona igual. Ese crío muerde a todo lo que se mueve y tú eres lo que se mueve. Te has instalado en su casa, en su espacio, en su rutina. Su madre ya no está, su canguro de confianza tampoco, su padre está fuera muchas horas. ¿A quién le toca poner a prueba? A la recién llegada. A la que, en el fondo, más falta le hace, porque te aseguro que ese niño necesita a alguien como respirar.

Al parecer, tía Jane la había puesto al corriente de lo sucedido con las otras canguros.

Las burbujas subían alrededor de mi vientre, que se encogió al pensar en lo solo que debía sentirse.

—Pues va fuerte si intenta cargarse a la única que tiene cerca —murmuré.

—Evander te ha dado el papel protagonista de su película —resumió—. Ahora hay que conseguir que sea un papel que le guste lo suficiente como para dejar que te quedes. Cuando yo me vi con una niña de seis años que no era mía, huyendo de un padre que sí era suyo y no la merecía tampoco, fue sencillo. ¿Sabes cómo eras entonces?

Sonreí, aunque se me hiciera un nudo en la garganta.

—¿Tranquila como un buda en miniatura? ¿Una niña modelo?

—Eras buena, sí —me corrigió—. Buenísima, tanto que me daban ganas de envolverte en plástico de burbujas para que nadie pudiera romperte más. No dabas guerra, no protestabas por descabelladas

que fueran mis ideas…, pero llevabas una tristeza callada que me hacía querer prender fuego al mundo.

Noté el pecho apretarse.

—Solo querías ponerte tus vestidos, tus tutús, tus moños, jugar con tus muñecas, ir a *ballet* y, sin embargo, yo tenía que prohibirte todas esas cosas que te encantaban por miedo a que él pudiera encontrarnos. Por las noches llorabas, no solo porque te faltara tu madre o la abuela, también porque tenías prohibido ser tú misma. Fue muy duro verte sufrir así. Los primeros meses dormías hecha un ovillo, agarrada a mí como si fuese tu escudo personal.

Cerré los ojos. Esa imagen siempre me lanzaba directa al pasado y me reconocí en sus palabras.

—Nunca fuiste una niña difícil, Sky —su voz salió firme—, pero también estabas rota por dentro. La diferencia entre Evander y tú es que él es un niño que quiere quemar la casa mientras que tú te abrasabas por dentro, sin embargo, los dos estabais en el mismo infierno.

Tragué saliva despacio.

—Aun así, lo hiciste todo bien —susurré.

—Hice lo que pude —replicó—. Tu abuelo me enseñó supervivencia, pero no a levantar a una niña que no sabía si tenía permiso para ser quien era. Eso no te lo enseña ningún militar. ¿Y sabes quién te vio realmente sin saberlo?

—Travis.

—Exacto. Ese cabezota no se rindió hasta que entendió toda la verdad, hasta que vio a la niña preciosa que llevabas escondida y se convirtió en tu lugar seguro sin proponérselo. No tiró la toalla. A ver si ahora vas a decirme que no quieres a ese hombre hosco con corazón de oro.

El agua del *jacuzzi* rodeó mi estómago, que volvió a encogerse.

—Lo adoro.

—Exacto, pues deja que te diga una cosa, Evander terminará adorándote a ti —sentenció—. La diferencia entre vosotros es que él no sabe esconder lo que siente. Tú te hacías pequeña. Él se agranda. Es la misma herida con dos armaduras distintas.

Me quedé callada un rato. Porque sí. Esa era la puñetera clave que yo no había visto.

—Sky, escúchame —remató—, solo te está poniendo a prueba porque le da pánico necesitarte. Ha aprendido que, cuando necesita a alguien, las personas mueren o se van. No puede soportar la idea de que alguien desaparezca otra vez. No quiere más roturas, así que hace lo único que sabe: empujarte antes de que te acerques demasiado. Llevas solo un día en esa casa y un intento de homicidio, tampoco vas tan mal.

Solté el aire en un suspiro largo.

—No te lo tomes como algo personal —añadió—. Tómatelo como una prueba de acceso, igual que con las DCC. Ahí tienes muchísima experiencia. Si sobrevives a la fase final, estarás dentro.

—Me encanta este sistema de selección —ironicé—. ¿La siguiente fase qué es, cianuro en el puré?

—No le des ideas, por si acaso. —Se rio—. Y otra cosa, ¿ese burbujeo son tus tripas o la olla en la que pensabas hervir al niño?

—Estoy dándome un baño caliente en el *jacuzzi*.

—Pues mantén los ojos bien abiertos y no toques enchufes. No quiero tener que ir a Dallas porque mi niña se ha frito en la bañera.

Miré por instinto alrededor. No había enchufes cerca, solo mármol, toallas y un par de velas sin encender. Respiré un poco más tranquila.

—Nada que parezca un intento de homicidio eléctrico —dije.

—Me vale. Ahora, cambiando de tema. ¿Cómo se tomó Levi que fueras una DCC? Jane me dijo que estabas preocupada con eso.

El agua dejó de parecer tan relajante.

Me removí incómoda, notando calor en las mejillas a pesar de las burbujas.

—Bueno…, ahí está el problema —admití—. Todavía no se lo he dicho.

—¿Cómo que no se lo has dicho? —preguntó despacio.

—Quise hacerlo. Se complicó todo: el niño, la cena, el agotamiento… Hoy lo haré sin falta.

—No puedes ocultárselo, Skyler. Lo sabes.

—Lo sé. —Hundí la barbilla en el agua—. Te prometo que hablaremos esta noche. Mientras tanto, estoy tomando medidas: tengo fichado a un Uber como chófer fijo y salgo del edificio camuflada; en eso soy licenciada. Nadie sabe que vivo aquí.

«Todavía», murmuró una voz puñetera en mi cabeza.

—¿Levi se está portando bien contigo?

Sonreí. No pude evitarlo.

—Claro. Es genial, siempre lo ha sido, ya sabes que nos llevamos bien desde que nos conocimos…

—Ajá. —Su tono cambió a ese «ajá» que daba más miedo que una inspección de Hacienda—. Y tú siempre lo miraste como si la fuente de Cupido os hubiera atado para siempre.

—Mami Phil, somos primos.

—No, no lo sois —replicó sin dudar—. Solo adoptivos y de rebote. Y te voy a decir algo porque te quiero demasiado para callarme: me preocupa que quieras algo de él que él no esté dispuesto a darte. Yo he visto esa mirada tuya desde el primer día. No quiero que conviertas un amor platónico de infancia en algo que pueda hacerte daño ahora que vivís juntos.

El corazón me dio un vuelco raro. Una mezcla de vergüenza y… miedo.

—Lo has adorado desde que apenas le llegabas a la cintura —continuó—. Levi te saca diez años, tiene una vida, un hijo y un trabajo que no perdona. No quiero que te fastidies por esperar algo que quizá no pueda darte.

—Eso no va a pasar —me defendí rápido—. Entre él y yo hay buen rollo. Punto. Nunca he pensado que pudiera haber nada más… Ya te he dicho que es mi primo.

—¿Y quién se supone que debe creerse esa trola, jovencita? Porque yo no. Eres adulta, haz lo que quieras, con quien quieras y siempre con protección. Sin embargo, hay algo que no puedes olvidar: al corazón no se le pone un condón. Cuando se queda preñado de sentimientos, no hay pastilla del día después que valga. ¿Estamos?

Me tapé los ojos con la mano.

—Creo que ha llegado el momento de colgar —mascullé—. Gracias por tus consejos. Serás recordada como la madre adoptiva más sutil del país.

—Por lo que quiero que me recuerdes es por la receta que va a salvarte el estómago —replicó—. Infusión de manzanilla con limón, un poco de miel si tienes. Durante el día, arroz blanco y galletas saladas. Nada de lácteos, nada de fritos. Hidratación, reposo y paciencia.

—Lo haré. Gracias, mami Phil.

—Estaré siempre que me necesites, para lo que necesites. Y no pierdas de vista a Evander mucho tiempo.

—Prometo no hacerlo, lo que significa que debo salir ya del agua.

—Te quiero, Sky.

—Yo también.

Colgué antes de que soltara otra frase lapidaria y el gremlin pasara a la fase dos del plan exterminar a la canguro.

Mientras me secaba, sacudí la cabeza, llena de preguntas incómodas.

«¿Estoy haciéndolo bien con Levi?».

«¿De verdad sigue siendo solo un *crush* absurdo de niña que se cayó a la fuente de Cupido con la Sky del pasado?».

«Al corazón no se le puede poner un condón».

La frase rebotó por mi cerebro como una pelota de goma.

Quizá mami Phil tuviera razón. Tal vez lo más sensato sería empezar a ilusionarme con alguien que sí estuviera disponible, aunque solo fuera para romper la maldita maldición Carter.

Si él había tenido un hijo con Nova, no pasaba nada porque yo me morreara con alguien que me gustara, ¿no?

Próxima parada: bajarme una *app* de ligue, deslizar hacia la derecha, conocer a un chico que no fuese el *quarterback* estrella de los Cowboys ni estuviera conectado a mi familia de ningún modo y besarlo para ver qué demonios pasaba.

—Operación desenamorarme del primo no primo en marcha —murmuré—. El plan es sencillo: Primero, conquistar al gremlin; después, conquistar mi vida sexual.

Me corregí a mí misma mientras salía del *jacuzzi*:

—Operación ganarte al gremlin primero. *App* de ligue después.

El calor me había puesto la piel roja y el cuerpo algo más relajado. Me puse uno de los albornoces y me miré en el espejo.

Seguía con mala cara, aunque ya no parecía un zombi recién salido de una fosa común.

Lista para afrontar el día sin morirme en el intento ni ser envenenada por segunda vez.

CAPÍTULO 19



Los viernes de entreno de los Cowboys tenían una cosa buena: en teoría, eran días suaves. En teoría.

En la práctica, eran una sucesión de pequeñas torturas envueltas en sonrisas profesionales: reunión táctica con Bishop; *walk-through* sin margen de error; correcciones de vídeo que podrían herir el ego de un santo; dos preguntas de prensa sobre el partido del domingo… y Mac siguiéndome con esa mirada que se traducía en «te noto en otra parte».

Tenía razón.

Mi cabeza no había estado en el estadio ni un solo minuto seguido.

Cada pausa que tenía, sacaba el móvil y le escribía a Sky. Siempre yo, siempre primero. Mensajes breves, casi impulsivos:

«¿Cómo va?».

«¿Ha comido?».

«¿Y tú?».

«¿Ha intentado envenenarte de nuevo?».

«Dime que sigues respirando».

«¿Cómo estás?».

Las respuestas llegaban rápido, correctas, tranquilizadoras, demasiado tranquilizadoras para mi gusto.

Sabía leer defensas, sabía leer a mis receptores. Con mi hijo me costaba…, pero con ella…, con ella era como volver a montar en bici, aunque en una distinta, muy nueva y reluciente.

Bueno, a ella no la montaba…

«Pero te mueres de ganas, cabrón».

«¡Calla!».

Me refería a que…, bueno…, que la conocía. Por lo menos, a la Skyler de antes, que no podía ser tan distinta a la de ahora.

Salvo por sus piernas largas y ese par de… razones. Razones por las cuales no podía llegar tarde.

Salí del estadio contra reloj, como si fuera a marcar un *touchdown* en el último segundo.

Aun así, cuando abrí la puerta del ático, el reloj marcaba las 17:28.

Por lo menos no llegaba tarde.

Sky estaba lista para irse: sudadera negra, coleta alta, ojos vivos, más vivos que esa mañana, y algo cansados.

Tenía el bolso colgado del hombro y el olor de la cena recién hecha flotaba en el aire.

El salón estaba impecable y Evander me esperaba, recién bañado, sentado en el sofá, con los brazos cruzados y el ceño fruncido en modo «castor cabreado».

—He intentado llegar antes, disculpa.

—Llegas… —Sky miró la hora— casi a tiempo.

—Mi especialidad —murmuré, agitando las cejas.

Su sonrisa ladeada hizo que parte del ruido del día desapareciera.

No supe si fui yo, si fue ella o si simplemente necesitaba un punto de anclaje, pero mi mano subió sola y rocé su mejilla.

Una caricia mínima, suave, peligrosa. Sus pupilas se dilataron y soltó una pequeña exhalación contenida.

—¿Estás mejor? —pregunté bajo.

Las pestañas temblaron apenas.

—Sí, por undécima vez en el día, estoy mucho mejor, darme un baño en tu *jacuzzi* me sentó fenomenal, de verdad, gracias por prestármelo y por preocuparte por mí.

¿Cómo no iba a preocuparme por ella?

—Hoy te espero despierto y puedes volver a meterte en él si eso te hace sentir mejor —añadí. «¡¿En qué cojones estás pensando, Carter?»—. No me refiero a juntos, sino a ti, bueno, en fin…

—Nos hemos bañado muchas veces juntos en el lago, no creo que pasara nada porque lo hiciéramos en tu *jacuzzi*.

«¿Hacer qué?».

«Cerebro llamando a polla, ¡reconecta, joder!».

—Esta noche tenemos que hablar —carraspeé.

Asintió despacio y algo en sus ojos dijo que ella también lo necesitaba.

Quizá mi hijo la había liado de nuevo y no quería soltármelo en ese momento, justo antes de irse a currar.

¿De qué trabajaría?

Tres horas fuera… Había margen para muy pocas opciones y todas me parecían peligrosas.

¿Estilista en un salón de esos que parecían inocentes, pero cobraban setenta dólares por un secado?

En la mayoría de esos sitios debían cortar más que pelo: una erección.

¿Camarera en un bar donde los clientes creían que un guiño era una propuesta de matrimonio?

Fruncí el ceño solo de imaginarlo.

¿Entrenadora privada de baile contemporáneo?

Ahí se me tensó hasta la nuca; solo visualizarla moviéndose así me ponía duro.

«Perfecto, Carter, sigue por ahí, campeón».

¿Quizá era ayudante en una *boutique* exclusiva con probadores diminutos?

Me morí directamente al imaginar sus manos tomando medidas mientras se alejaba hacia el ascensor.

Tres horas eran suficientes para odiar cualquiera de esas posibilidades.

Sky se recolocó la mochila justo al meterse en el ascensor y una de las cremalleras se abrió a medias. Algo cayó al suelo con un golpecito suave. Ella no se dio ni cuenta. El ascensor comenzó a descender y yo me apresuré por si era algo imprescindible para su trabajo.

—Sky, se te ha caído… —alcancé a decir, acelerando.

Pero ya no estaba.

Me agaché para recoger lo que fuera y, entonces, el día dio un giro indecente.

Un tanga, rojo, diminuto, transparente, con mini fresas de encaje que gritaban ñam. Diseñado en exclusiva para arruinarme la paz mental y escrotal.

Lo levanté con dos dedos, paralizado.

¿Para qué demonios llevaba un tanga de repuesto si solo iba a estar fuera tres horas? ¿Y desde cuándo llevaba esa maldita ropa interior? Eso, desde luego, no lo había comprado en Saint Valentine Falls.

El universo sonrió canalla porque sabía que era justo el tipo de detalle que podría quebrar a un hombre en plena negación.

La tela me rozó los nudillos: latigazo directo a la ingle. Mi cuerpo hizo lo que nunca debería hacer sin permiso: actuar solo.

Acerqué la prenda a la nariz. A. La. Puta. Nariz.

Y aspiré como un demente, intentando detectar aroma a suavizante floral.

«Dirás a su coño, anormal».

Juraría que vi la cara del mismísimo Valentino diciéndomelo.

«¡Mierda! ¿Qué cojones haces, Carter?!».

No podía estar pensando en esa prenda apenas cubriendo calor y piel. No podía estar imaginando su…

—¿Qué hueles?

El alma se me salió del cuerpo.

Evander estaba a mi espalda, brazos cruzados, expresión de *sheriff* Wallace en miniatura.

Me enderecé como si me hubieran hecho una revisión de próstata sin avisar.

—Nada.

Me guardé el tanga en el bolsillo del pantalón a la velocidad de la luz.

Demasiado rápido, demasiado evidente.

Mi hijo me miró fijo. Cuando hacía ese tipo de cosas, pensaba que mi madre tenía la capacidad de hacer viajes astrales y meterse en su cuerpo.

—Parecía algo de Sky.

«¿Cómo se las apaña para estar en todas partes? Es como un minisatélite espía».

—Es un vendaje elástico nuevo para deportistas, le pedí que me comprara uno.

—¿Cuándo? Si no ha salido de casa.

—Ha llegado por Amazon y lo han dejado en el ascensor, me lo ha tirado cuando se ha metido.

—Pues parecía uno de esos triángulos que se ponía mamá en lugar de calzoncillos.

Menuda excusa de mierda le había dado, con lo que le gustaba a Nova la lencería.

—Porque es… experimental —dije al borde del colapso.

—¿Puedo verlo?

—Mejor vamos a cenar.

—Vale, pero ¿por qué estás rojo?

—Es un reflejo de…

—Del mármol, ya, esa me la sé.

Perfecto.

No necesitaba enemigos porque el mío tenía cinco años y compartía mi grupo sanguíneo.

Sentí la prenda quemándome en el bolsillo mientras lo seguía a la cocina.

Necesitaba un poco de normalidad y de charla padre e hijo, así que hice lo que mejor se me daba: calentar la cena mientras él me esperaba sentado en la isla. Se las ingeniaba bien para trepar y subirse solo.

—Bueno, socio —dije mientras llenaba un par de vasos de agua—. Tenemos que hablar tú y yo.

Él bufó. Se notaba a la legua que sabía que no le iba a dejar pasar la trastada de la galleta.

—… Ya sé.

Me giré.

—Ah, ¿sí? ¿Qué sabes?

Tragó saliva.

—Busqué lo que era un *refrobatorio* y no me gustaría ir a uno, gracias.

Se me cayó el alma al suelo.

Me acerqué despacio, como si un movimiento brusco pudiera fastidiarlo aún más.

—Ey, ey…, ven aquí. —Me senté a su lado—. Nadie te va a mandar a ningún reformatorio.

—Pero esta mañana… —sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no lloró— dijiste que, si seguía así…

—Esta mañana estaba asustado, enfadado y preocupado por lo que le hiciste a Sky. No dije las palabras correctas y me equivoqué. Pero debes entender que hacer daño a las personas que nos cuidan está mal. Skyler es familia.

Bajó la cabeza; parecía arrepentido por primera vez.

—Yo no pensaba que… Bueno, solo busqué en internet para que le diera un dolor de tripa. Creía que, si le dolía, tú volverías…

«¿Pero qué narices cuelga la gente en internet?».

Mi hijo tenía un teléfono porque Nova creyó que era buena idea por el tema de sus viajes y los míos, sin embargo, en ese momento ya no lo tenía tan claro, era demasiado pequeño.

—Para empezar, me darás el móvil.

Su expresión de terror hizo que me diera cuenta de que no me equivocaba al pedírselo.

—¡¿Qué?! ¿Por qué? ¿Es un castigo?

—Es por tu bien.

—¿Y cómo te avisaré si Skyler quiere matarme?

—No va a querer matarte porque no le vas a dar motivos, ¿estamos?

—Prefieres el fútbol antes que a mí.

Eso me atravesó más que cualquier golpe en el campo.

—Evander —toqué su nuca—, quiero que entiendas algo: el fútbol es mi trabajo. Tú… eres mi vida. Nunca voy a preferirlo antes que a ti.

Se le escapó un sollozo chiquitito, casi imperceptible.

—Pero siempre te vas. Antes, cuando mamá estaba viva, y también ahora… Nunca estás.

—Porque tengo que… Porque es parte de lo que hago, no significa que no quiera estar contigo… Necesito trabajar para que tengamos

un techo, comida, ropa y regalos de cumpleaños.

—Prefiero que tú estés, antes que los regalos.

Lo levanté un poco para que pudiera apoyarse en mí y sentarlo sobre mis piernas.

Él no dudó, se pegó a mi costado, rodeándome con los brazos.

—Dime una cosa: ¿Sky es mala contigo? ¿Te riñe? ¿Te pega?

Él negó.

—¿Sabes por qué no lo hace, aunque te portes mal?

—¿Porque tú eres más fuerte y gritas más alto?

Eso me hizo reír. En su idioma significaba que sentía que yo lo protegía, y no se equivocaba.

—Puede que en parte, pero no. No lo hace porque yo jamás te dejaría al cuidado de alguien que pudiera hacerte daño. Confío al cien por cien en ella. Cuando tenía un año más que tú, también perdió a su mamá y le pasaron cosas feas. Yo fui su canguro.

—¿Tú eras papá canguro?

—Entonces, todavía no era papá, pero sí, y llegó a mi pueblo vestida de niño.

Él arrugó la frente.

—¿Y yo dónde estaba? ¿Por qué vestía como un niño? ¿Porque los niños molan más?

—A ti no te habíamos fabricado, ni siquiera conocía a mamá, y lo hizo porque tenía que ocultarse de un hombre malo.

—¿De quién?

Sabía que, con lo curioso que era, la historia de Skyler le volaría la cabeza.

—¿Por qué no se lo preguntas mañana? Le corresponde a ella contártelo y puede ser un buen inicio.

—Igual no quiere. Me porté mal —murmuró contra mi camiseta.

Menos mal que lo reconocía. No estaba todo perdido.

—Sí, te pasaste. Por eso estamos hablando, para que los dos entendamos por qué lo hiciste y podamos solucionarlo.

—Porque… —respiró hondo— si ella está aquí, tú estás menos conmigo.

Ahí estaba de nuevo. La verdad al desnudo, la que había pedido, lista y servida para digerirla.

—Cariño, escucha. Es verdad que entre los entrenamientos, los viajes y los partidos no tengo demasiado tiempo, pero te juro que cuando esté contigo, lo aprovecharemos al máximo. Y estar con Skyler te va a encantar. Sabe muchísimas cosas, es divertida, le gustan los animales y tiene anécdotas increíbles.

«La primera: por qué lleva un tanga de encaje en la mochila para su otro trabajo».

Se separó un centímetro.

—¿De verdad?

—De verdad, y necesito que me prometas algo. —Asintió, pequeño, vulnerable, valiente—. Para que esto funcione, tienes que prometerme que vas a tratar bien a Sky. No tienes que quererla ni abrazarla ni hacerle dibujos…, solo respetarla, portarte bien y no tratar de envenenarla.

—Y tú…, ¿vas a portarte bien conmigo?

Casi me reí de lo jodidamente inteligente que era para tener cinco años.

—Voy a hacer todo lo posible para ser el padre que mereces. Puede que no me haya salido muy bien hasta ahora, así que prometo mejorar. Lo intentaré con todas mis fuerzas, y si no me sale muy bien al principio, me lo puedes decir. Voy a darte tiempo de calidad, y eso significa que, cuando estemos juntos, tú eliges qué hacemos, siempre que no esté penado por la ley.

Sus ojos se iluminaron.

—¿Podemos… construir una pista de coches? Grande, de dos pisos. Mamá siempre decía que no había espacio suficiente en su casa con sus vestidos.

—Eso suena a un proyecto serio.

—Como tú.

Me reí, por fin en un punto de entendimiento.

—Trato hecho. Solo si…

—Si me porto bien con Sky. Vale, lo haré, pero voy a seguir queriendo a mamá.

Le revolví el pelo.

—Yo también quiero que sigas queriendo a tu mamá. Esta ha sido tu mejor decisión del día, socio.

Se acurrucó contra mí otra vez. Le hice una sesión de cosquillas, y cuando ya no pudo más, lo senté de nuevo en la banqueta y serví la cena.

Respiré hondo. Por fin la relación con mi hijo comenzaba a encajar, en mi mano estaba que funcionara. Lo iba a conseguir.

CAPÍTULO 20



Mi Uber habitual estaba aparcado justo donde había dicho. El conductor levantó la barbilla al ver que me acercaba con la mochila, sin necesidad de comprobar el nombre. Desde que lo contraté el día anterior, él sabía perfectamente que recogía a Aria.

Aria Stark, para ser exactos.

Había puesto ese alias porque necesitaba cubrirme las espaldas.

El nombre real no podía aparecer en ninguna parte, y si alguien sabía lo que valía un disfraz, era una Stark. Además, me hacía gracia. Las pequeñas alegrías eran necesarias cuando te movías entre un ático lleno de secretos, un equipo de animadoras que te miraba con lupa y un pasado que te seguía como sombra en carretera secundaria.

Me senté en el asiento trasero, respiré hondo y abrí la mochila por décima vez.

Nada, ni rastro, mi tanga de fresas había desaparecido del universo.

¿Me lo habría dejado en casa o fue una jugarreta de Darah para que me clavara la costura del *short* vaquero?

Mientras rebuscaba en mi mochila tras la ducha, me pregunté en qué preciso instante de mi vida perdí la dignidad, la estabilidad y la ropa interior al mismo tiempo.

Perfecto, la Skyler adulta era un éxito rotundo.

—Mucho tráfico hoy —comentó el conductor, como si yo fuera capaz de sostener una conversación humana sin tanga.

—Sí —respondí, rezando para que no se diera cuenta.

Apoyé la cabeza en el asiento y repasé en mi mente mi maravilloso día:

Uno: Kayla casi me arrancó el brazo al verme entrar por la puerta.

—Estás muy pálida. ¿Te mareas? ¿Quieres sentarte? Tu primo lejano, el raro, ¿te ha preñado?

—No, estoy bien —mentí con la típica sonrisa de «estoy a un empujón de morir»—, y no digas cosas absurdas, ni es raro ni estoy embarazada.

Dos: Darah me lanzó su mirada de «depredador listo para el ataque».

—Como vuelvas a vomitarme encima, te tiro la ropa por el váter.

Yo apreté los dientes. Si no me desmayé el día anterior, no lo haría por ella.

Tres: Al final del ensayo, Evelyn y Jude me llamaron como si estuviera en el instituto y fuera convocada al despacho del director. Charlotte estaba ahí, lo cual nunca era buena señal.

Me sentaron delante de las tres y casi pude escuchar la música de interrogatorio de fondo.

Evelyn, con voz suave solo por fuera:

—Ayer estuviste inestable. ¿Qué comiste?

Jude, con una ceja arqueada a la perfección:

—Hoy tampoco estás en tu nivel habitual.

Charlotte, reina del apocalipsis estético:

—Lo que sucedió ayer en el vídeo fue letal para la imagen de la marca. No solo no pudiste salir tú, sino que otras de las chicas sufrieron las consecuencias. Si no te sientes bien, debes avisar. No puede volver a pasar.

Yo puse cara de «no vomité a propósito, fue culpa del niño psicópata al que cuido. Lo juro por Dios, por Dallas y por mis bragas desaparecidas».

—Creo que comí algo en mal estado, lo lamento muchísimo, señora, le prometo que no volverá a ocurrir —respondí con la voz más convincente que pude.

Ellas intercambiaron miradas de triangulación.

—Pide cita con el nutricionista —sugirió Charlotte.

—Y vamos a darte hora para una analítica —se sumó Evelyn—, para descartar posibles contagios o TCA.

—No sufro ningún TCA.

—Nos alegra oír eso —comentó Charlotte—, igualmente, te lo harás.

—Sí, señora.

—Puedes irte, y recuerda, siempre estamos aquí para escucharte —concluyó Evelyn.

«Seguro».

Otro día más en el infierno corporativo con lentejuelas.

Al salir, Kayla intentó rescatarme, pero solo pudimos hablar segundos.

—¿Seguro que te encuentras mejor hoy? —susurró—. Te veo apagada.

—Todo bajo control —mentí—. Ya hablaremos este finde.

—Podríamos quedar y llevar al niño que cuidas al parque.

Ahora que lo pensaba, Evander no podía estar encerrado todo el tiempo en el ático, necesitaba que le diera el sol y el aire, que jugara con otros críos, aunque no estaba segura de que quedar con ella fuera la mejor idea del mundo.

—Te aviso si podemos.

Levi tenía partido fuera, lo sabía por el calendario, porque cuando ellos no jugaban en casa, nosotras no teníamos que animar, salvo que hubiera algún compromiso corporativo para hacer alguna actuación o cualquier tipo de cosa que se les ocurriera.

Aunque igual sí que podíamos quedar porque no tenía idea de cómo iba a salir la conversación de esa noche y quizá tuviera que pedirle a Kayla asilo político.

El Uber se detuvo frente al *parking* del edificio.

—Llegamos —dijo el conductor.

—Gracias, nos vemos el lunes.

Me escurrí por la zona lateral en la que estaba el *parking,* envuelta en mi pañuelo y las gafas de sol, aunque fuera de noche. Más valía prevenir que curar; no quería que ningún *paparazzi* me la jugara.

Entré al ascensor, pulsé al ático y sentí el goteo lento del nervio en mi estómago.

La puerta se abrió directamente a la sala principal, como siempre. Y entonces, lo vi.

Levi.

Apoyado en la barra, copa de vino en la mano.

Camiseta gris gastada, pantalones cómodos, descalzo, pelo ligeramente revuelto y algo de vello en sus mejillas que auguraba un afeitado próximo.

La luz cálida le caía encima como si la casa misma quisiera que yo lo observara.

Y estaba sonando *Tennessee Whiskey* de fondo.

Chris Stapleton tenía una de esas voces que te hacían mojar las bragas —si las llevara, por supuesto—, y si lo acompañaba de la imagen de Levi Carter, el impacto era tremendo.

—Estás despierto… —murmuré.

—Te dije que te esperaría —respondió, mirándome de arriba abajo; parecía que intentaba adivinar algo escondido.

«Que no sea que no llevo bragas…».

—¿Quieres una copa?

Negué; no era por respetar el mandamiento de que las DCC no podían consumir alcohol. Decía yo que no se referirían a dentro de sus casas.

—Mi estómago todavía está sensible.

Asintió, pero no dejó de observarme con ese tipo de mirada que te desnudaba el alma… y otras cosas si lo dejaras.

—No te hacía escuchando *country* —dije, intentando rebajar la tensión que me recorría por dentro.

Sonrió.

—¿No tengo pinta?

—De adolescente escuchabas *metal* —le recordé— del que parecía grabado dentro de un microondas.

Se rio; hubiera jurado que esa risa me calentó más que el vino.

—¿Todavía te acuerdas?

—Me acuerdo de muchas cosas, algunas no se olvidan.

Me acerqué a la barra. Él se incorporó, atento.

—Sigo escuchándolo para entrenar en el gimnasio, cada estilo musical tiene su momento, ¿no crees? —Moví la cabeza afirmativamente—. ¿Has comido? —preguntó.

—Me dejé preparado arroz blanco del mediodía para cuando volviera.

—Puedo calentártelo.

Lo dijo con una naturalidad que me anudó un poco el pecho. Como si eso —él, yo, la cocina, el vino, Chris Stapleton cantando de fondo— fuera normal, cotidiano.

Ojalá.

Se acercó a la nevera, buscó el *tupper* y lo puso en el microondas. Aproveché para colocarme un cubierto y servirme un vaso de agua. Noté su mirada otra vez.

—Casi no te reconozco —dijo de repente.

Tragué.

—¿Para bien o para mal?

—Tú nunca vas para mal.

Mi piel ardió. No sabía si era fiebre emocional o que llevaba todo el día sin un elogio que no fuera pasivo-agresivo.

—Tienes el pelo húmedo —añadió, tomándome un mechón entre los dedos.

—Me ducho al terminar de trabajar —respondí.

—¿Te obligan?

—No, es que sudo mucho cuando bailo y no me gusta oler mal.

Asintió muy despacio, como si aquello encajara con una teoría que estaba barajando.

—Entonces, bailas…

—Sí.

«Díselo. Aprovecha ahora».

El microondas pitó y lo tomé como un «salvada por la campana»; todavía no.

Llevé el plato a la encimera, me senté y metí la cuchara en el arroz para no morirme en directo.

Levi dio un trago largo a su copa, mirándome desde el otro lado de la isla.

—¿Y te gusta lo que haces? —preguntó él, despacio, como si necesitara saberlo por motivos que no entendía del todo.

—La mayor parte del tiempo —respondí—. Siempre me ha gustado bailar y… animar al personal, ya me entiendes…

Quizá pudiera soltárselo despacio.

Él asintió, pero algo en su cara cambió. No sabría decir qué. No era desaprobación, tampoco sorpresa, era… raro. Como si estuviera intentando montar un puzle con piezas que no encajaban del todo bien.

—Ya… —dijo al fin, con una voz difícil de leer—. Entonces, te gusta levantar la moral de quien te mira.

Asentí, tranquila.

—Supongo que sí, para eso estamos las chicas y yo.

La mandíbula se le tensó, el ceño se le apretó y parecía no saber dónde poner la copa cuando aquella expresión de pieza encajada, por fin, le atravesó la cara.

—Podríamos catalogar tu otro trabajo de… levantamiento de ánimos —dijo él, como si le doliera pronunciarlo.

Y entonces, lo entendí, ya había deducido que era una DCC, o tal vez su madre se lo había dicho y solo me había estado tanteando para ver si se lo contaba.

«¡Mierda!».

Casi me atraganté con el arroz.

—Sí, me gusta animar.

—¿Tío Travis sabe a lo que te dedicas? —preguntó.

—Por supuesto —respondí.

¿Hasta cuándo iba a alargarlo? Él apretó los labios.

—¿Y le parece bien?

Todo lo bien que podía sentarle a un padre adoptivo que su hija bailara delante de ochenta mil personas con un top diminuto; podía impresionar a cualquiera.

—A ver…, no se mete mientras yo sea feliz. Si fuera por él, llevaría otro tipo de vestuario que muestre menos piel, pero… ya sabes cómo funciona, debo ponerme lo que me dan. ¿A ti te parece bien?

Frunció el ceño, incómodo. Por el modo en que apretaba los puños, tenía clarísimo que estábamos hablando de lo mismo.

Sabía que era una DCC.

Apoyó las manos sobre la encimera, dejando la copa, y me miró.

—Antes que nada, quiero que sepas que no te juzgo por lo que haces —dijo—, pero vales para más que mover el culo con poca ropa.

Casi dejé caer la cuchara.

Él continuó, torpe, sincero, herido:

—No esperaba que, tras la universidad, hubieras optado por algo así, la verdad, y me gustaría decirte que tienes muchas más opciones. Si lo haces por dinero, puedo pagarte más de lo que ellos te dan, podrías dejarlo y así solo cuidarías de Evander. No quiero que… —no terminó la frase—, que te veas forzada a… a levantar los ánimos de un puñado de tíos, si no es lo que quieres.

Tuve que respirar hondo para no reírme y llorar a la vez.

—¡Pero es que quiero! Siempre ha sido mi sueño.

Él abrió los ojos, desconcertado.

—¿Tu sueño? ¿Bailar… —carraspeó incómodo— alzando a la tropa? —repitió, empleando nuevas palabras, como si no diera crédito a mi respuesta.

Asentí.

—Desde que me regalaste aquel disfraz de animadora, fue como una profecía; siempre quise moverme y que me admiraran con uno puesto.

El color subió por su cuello hasta las orejas, parecía mortificado.

—Oh —dijo él, tragando saliva como si acabara de recibir la sentencia que lo declaraba culpable.

—Sé que debí decírtelo antes de empezar, pero no tuvimos tiempo apenas de hablar y…, sinceramente, tuve miedo de que me juzgaras y me quisieras fuera del piso. Tu madre me dijo que lo entenderías.

—¿Se lo contaste a mi madre?

—Por supuesto, ella me dijo que sabrías cómo lidiar con mi otro empleo, aunque si piensas que va a ser demasiado, estoy dispuesta a irme y buscar otro trabajo para compatibilizar… Sé que te estoy pidiendo mucho. —Su expresión era para enmarcar—. Lo que puedo prometerte, si decides que me quede, es que cuidaré a tu hijo mejor que cualquiera. Y te juro que nadie se va a enterar de lo que hago

fuera de estas paredes. Entiendo que debo ser muy discreta para que no te afecte en los Cowboys, así que…, si a ti no te importa…, me gustaría quedarme, y, si te importa, pues hago las maletas…

Se bebió la copa entera. Podía entender su debate interno, lo que no esperaba era su respuesta, estaba lista para que me largara en cuanto se enterara.

—He hablado con Evander, ha entendido que lo que hizo estuvo mal, que eres importante para mí y no creo que le convenga ahora mismo que haya más cambios. —Mi corazón dio un vuelco—. No me gusta tu trabajo, respecto a eso no voy a mentirte, pero debo respetar tu decisión si es lo que has elegido. Este fin de semana juego fuera, así que lo pasaréis juntos, espero que eso os una un poco más.

—Nos las apañaremos, gracias por ser tan comprensivo y no poner el grito en el cielo.

Él se acercó y me tocó la mejilla con los dedos.

Mi corazón decidió que ahora sí era el momento adecuado para dejar de funcionar.

—Nunca te echaría de mi casa por tu otro trabajo, aunque piense que vales mucho más que para bailar delante de un montón de gilipollas descerebrados que van a imaginar cosas que no deberían mientras te contemplan —dijo en voz baja.

Yo miré su boca.

Él observó la mía.

Por un instante creí que iba a cumplir mi fantasía más secreta y besarme como si siempre hubiera sabido que yo era la chica perfecta.

Se apartó y carraspeó.

Ya no me entraba ni un grano de arroz más, así que tragué el cúmulo de babas que había generado por tenerlo tan cerca y me levanté para recoger el plato.

—Es tarde —murmuré.

—Sí, ya recojo yo.

—¿Seguro?

—Aunque tenga pasta, por dentro sigo siendo el hijo de la *sheriff* que siempre ayudaba en casa. Mañana me ofrezco voluntario a

preparar el desayuno antes de irme.

—¿Cocinas?

Torció el cuello un segundo. Estaba tan guapo que dolía.

—Puedo hacer tostadas con mantequilla.

—¿Carbonizadas? —pregunté sonriente.

—Tengo un nivel avanzado en el uso de la tostadora, resulta que la mía tiene sistema de detección anticarbón.

Solté una carcajada.

—Es bueno saberlo. —Me humedecí los labios antes de mirar lo bien que se le ajustaban los pantalones al trasero—. Buenas noches, Levi, y gracias por ser tan amable. Confieso que me daba un poco de miedo decirte a lo que me dedicaba, pero tú lo has hecho todo muy fácil.

—Para eso estoy, para facilitarte la vida y ayudarte tanto como tú lo estás haciendo con nosotros. Gracias por no largarte. —Hizo una pausa—. Buenas noches, Sky.

Me fui a mi habitación con el estómago todavía extraño, pero no por la comida, era otra cosa, algo que no sabía clasificar.

Me lavé los dientes, me apliqué mi rutina de *skincare*, me puse el pijama y me cubrí con la sábana, intentando que mi mente dejara de correr maratones.

No tenía ni idea de si esa noche meditaría nuestra conversación con la almohada y decidiría que vivir con una DCC era demasiado arriesgado. Por el momento no me había apartado, no me había tratado diferente; bueno, quizá la conversación había sido un poco rara, pero… no había cambiado nada esencial, y eso me bastaba.

CAPÍTULO 21



El sábado arrancó sin pedir perdón ni permiso y con un dolor de pelotas descomunal.

Sospechaba que el punto clave estaba entre «buenos días, papá» y «tu prima mueve el culo para un puñado de tíos babosos que se la cascan en un bar».

Porque claro, al universo le pareció divertido que yo empezara la mañana viendo a Evander y a Sky limando asperezas frente a mis tostadas, como si fueran sacadas de un anuncio de cereales, mientras yo intentaba actuar como si no tuviera un tanga de fresas escondido en el bolsillo del pantalón.

No me miréis raro, no sabía dónde dejarlo. Ese día venía la chica que me limpiaba el piso y no quería que lo encontrara en el fondo de un cajón, o peor, que lo viera Evander, o mucho peor: Skyler.

El tanga maldito. El tanga que no debía oler. El tanga que no debía tocar. El tanga que no debería haber tocado mientras la noche anterior me daba alivio con una mano.

Porque sí, era un puto cerdo degenerado que, al parecer, se ponía palote con su maldita prima, al imaginarla bailando solo cubierta por ese triángulo.

Dios me iba a castigar, y con toda la razón del mundo.

Podría habérselo devuelto, decirle que se le había caído de la bolsa, meterlo en su habitación mientras ella compartía tostada sin discutir con mi hijo. Sin embargo, me quedé embelesado con esa tregua rara, pero… joder, bonita y tan bonita… Sky resplandecía.

Y cada vez que lo tocaba en el fondo del bolsillo de mi pantalón, me venía a la cabeza la imagen equivocada: Sky agachándose; Sky bailando; Sky sudando; Sky levantando el ánimo de un puñado de tíos que no eran yo.

Así que decidí posponerlo a otro día, al fin y al cabo, quien se lo encontraba se lo quedaba, ¿no?

Total, ¿qué podía salir mal?

Spoiler: todo.

Después de marcharme, dejándoles a ambos instrucciones claras de convivencia y números de teléfono de emergencias, solo por si acaso…, subí al avión del equipo con la mochila al hombro, la chaqueta medio abierta y la mano en el bolsillo, asegurándome de que el encaje seguía ahí, como un detonador que esperaba el momento adecuado para estallar.

Quién sabía, quizá me daba suerte en el partido y lo convertía en mi amuleto.

—Carter, avanza, joder —gruñó alguien detrás.

El pasillo estaba lleno de jugadores gigantes empujándose como si no hubieran visto un asiento en su vida. Busqué el mío, esquivando cascos, mochilas y brazos del tamaño de troncos de secuoya.

Y entonces, pasó.

Una maleta salió disparada desde un compartimento superior, me golpeó en la cadera y me empujó hacia adelante. La mano abandonó el bolsillo y no lo hizo sola, el tanga se escapó con ella, directo al suelo.

En pleno pasillo, a la vista de todos, como si fuera la bandera nacional de mi vergüenza.

Me agaché, pero alguien fue más rápido.

—Joder, Carter… —la voz de Dalton sonó demasiado cerca—, ¿qué coñito te zumbaste anoche, cabrón? Qué calladito te lo tenías, ¿te lo has traído de recuerdo o para pajearte?

Sostuvo el tanga entre dos dedos, agitándolo como si bendijera al avión.

—Devuélveme eso —solté, medio muerto por dentro.

—Solo si me cuentas lo buena que estaba la adicta a las fresas —replicó él, sin quitar los ojos de la prenda—. ¿Cómo lo tenía? ¿Rasurado? ¿Frondoso? ¿Húmedo? ¿Jugoso?

—Puedes hacer el favor —gruñí—, no lo tenía de ningún modo porque no me tiré a nadie.

Intenté cogerlo, pero el muy cabrito tenía unos reflejos de la hostia cuando quería.

Dalton entrecerró los ojos.

—No me jodas que eres de esos tíos que se ponen tanga de encaje los sábados. ¿Algún fetiche que no sepamos?

—Te voy a reventar esas malas ideas que tienes —bufé.

Me lancé hacia él, pero volvió a esquivarme con la ligereza de un idiota profesional y, en vez de dármelo, lo catapultó un poco más adelante a modo de tirachinas.

—¡Eh, Knight! —gritó—. Al capi le van las fresas, ¡píllalo!

Marcus lo interceptó como si fuera un balón.

Los jugadores que venían detrás empezaron a reír.

Perfecto. Faltaba que el piloto bajara a pedir uno igual para la azafata.

—¿Están usadas? —preguntó Marcus, oliéndolo con sospecha.

—Knight —escupí—, devuélveme las putas bragas.

Las lanzó más abajo por el pasillo.

—Buena recepción, Shawn. ¿Tú qué opinas?

Shawn las atrapó al vuelo. Y, como era obvio, las pasó por la puta nariz de sabueso que tenía.

—¿Las huelo? —preguntó de manera retórica, con ellas pegadas a las fosas nasales.

—¡Ni se te ocurra! —rugí.

—No huelo a nada… Mal asunto, ¿tanto te cuesta dejar a una tía empapada? Quizá necesites clases.

—Son de mi prima, pedazo de anormal.

Silencio. Luego una tormenta de carcajadas.

Devin olió la sangre y fue directo a la yugular.

—Al final, va a resultar que sí te follas a tu prima.

—No —solté molesto. Aunque no tenía muy claro qué era lo que me irritaba, que lo sugiriera o que no lo hiciera.

—Ah, vale. Entonces, ¿por qué llevas su ropa interior en el bolsillo? —Agitó el tanga—. ¿Es tu coñito de la suerte? ¿O le has estado marcando *touchdowns* en la cama y por eso no has venido al bar en toda la semana?

Antes de que me diera un ictus, una mano enorme salió de la nada y le arrancó el tanga de los dedos.

EJ.

Mi salvador. Mi roca. Mi hermano. Suspiré aliviado.

Hasta que también se lo llevó a la nariz.

—Definitivamente, no están usadas —dictaminó.

Y me las lanzó de vuelta. Esa vez logré atraparlas y guardarlas de un manotazo.

—¡Sois unos cerdos y os voy a reventar esas tochas tan feas que tenéis en cuanto os despistéis! —gruñí.

—Y tú un puto abuelo *follaprimas* —replicó Dalton en mi oído.

Me di la vuelta y le aticé una buena colleja.

Las risas retumbaron en el fuselaje hasta que el entrenador gritó desde primera fila:

—¡Sentad vuestros culos ya! ¡Esto no es el puto recreo!

El tapón se deshizo.

Avancé como pude y llegué a mi fila: ventanilla para mí, asiento del medio para Ty, pasillo para Dalton, quien, por fortuna, se puso los cascos en cuanto su culo aterrizó para ver una peli de *Star Wars*.

Ty, mi mejor amigo, se me quedó mirando con esa expresión de «escupe ya la mierda que estás guardando».

—¿Algo que contarme? —preguntó.

—No —mentí.

—¿Algo que contarme? —repitió sin variar el tono.

Suspiré, miré hacia delante, dejé caer la frente sobre el asiento delantero y me rendí.

—Tío…, creo que mi prima es estríper.

—No jodas, ¿cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho? ¿Te ha bailado?

—No, gilipollas. Ayer, cuando se iba a su trabajo, se le cayó ese tanga de la bolsa, y cuando volvió, lo hizo recién duchada.

—Sospechoso, sí.

—Cuando le pregunté me dijo que bailaba, que sudaba mucho y que le flipaba levantar el ánimo de los que la miraban.

Ty se llevó una mano a la cara.

—Hostia puta, te ha tocado la lotería, cabronazo.

—No es gracioso —gruñí.

—¿Está buena? —Le lancé una mirada que decía «te mato»—. Vale, es una pregunta estúpida tratándose de una tía que enseña las domingas. —Le di un puñetazo en el hombro—. Lo pregunto solo para documentarme.

Puse cara de dolor existencial.

—Precisamente no entiendo que se dedique a eso porque es lista, guapa, dulce y… —Ty explotó en una carcajada—. ¿Qué? —Bufé.

—Que solo hay que verte dándome sus referencias —dijo—. Te la pone tiesa y te jode que también se la ponga dura a un montón de tíos que no son tú.

—Pero ¿qué dices? —me defendí demasiado rápido.

Ty arqueó las cejas. Sus ojos tenían un doctorado en detectarme las mentiras.

—Bueno —cedí—, vale…, no me gusta. Pero no por eso, sino porque nos criamos juntos. Joder, es de mi familia.

Ty se recostó, cruzándose de brazos.

—Tu familia la adoptó y tú le enseñaste la polla. No compartís sangre. Tú mismo me lo contaste.

No tendría que haberle dicho esas cosas, el muy cabrito se quedaba con todo.

—Eso no significa que…

—Significa que estás más inquieto que tu hijo en un Toys "R" Us —sentenció—. Tu polla quiere campo para correr y tú no quieres dejarla salir por tu moral de pacotilla.

—Ty —gruñí.

—Mira, tío —dijo, encogiéndose de hombros—, si es estríper, pues bien. Que te haga un dos por uno, que cuide a tu crío y baile solo para ti.

—No quiere.

—¿Se lo has pedido? Esto mejora por segundos.

—No exactamente… —confesé—. Le dije que podía pagarle más para que dejara ese trabajo, pero dice que le encanta su profesión.

Ty resopló.

—Tío, ese ángel te ha caído del puto cielo y no le estás ofreciendo la cama adecuada. Dale otra oferta a la que no se pueda resistir.

—¿Cuál?

—Conviértete en su único cliente.

Gruñí tan fuerte que Dalton se giró con una sonrisa idiota.

—Si no quiere tu cama, yo me ofrezco voluntario.

—¡Sube el volumen, idiota! —Él rio y volvió a la peli.

—Tus ideas dan asco —farfullé.

Ty sonrió, satisfecho.

—A juzgar por la cara que has puesto, mis ideas te gustan, otra cosa es que quieras reconocerlo. Por cierto, ¿en qué bar trabaja? Es para un amigo.

—Tu puto amigo está muerto y sus ojos arrancados como vaya a ese bar.

Él se carcajeó.

El altavoz anunció el despegue, las luces se atenuaron y el avión comenzó a moverse hacia la pista.

Cerré los ojos un instante, me masajeé las sienes.

Tenía un partido clave en menos de veinticuatro horas, un equipo al que dirigir, un hijo esperando en casa y una mujer en mi piso que me estaba reescribiendo el cerebro a base de miradas dulces, tostadas compartidas y un trabajo que no sabía cómo encajar sin volverme loco.

Joder.

Si eso era un partido, estaba en cuarta y *goal*… Ni siquiera sabía por qué coño quería anotar, pero quería. Ese era el puto problema: Skyler Wallace y sus bragas de fresas no podían ser el enemigo a batir en mi *end zone*.

CAPÍTULO 22



Cuando Levi nos dejó solos, el ático se quedó raro.

No silencioso del todo, más bien… como si la casa entera contuviera la respiración para ver qué hacíamos el niño y yo sin adulto de seguridad.

Evander estaba sentado en la banqueta con las piernas colgando y los brazos cruzados, inspeccionándome igual que su padre analizaba una defensa rival. Conocía bien esa mirada.

—Hoy no voy a intentar envenenarte —dijo al fin.

—Me parece un buen plan y un avance importantísimo, muchas gracias —respondí.

Un lado de su boca se movió apenas, la versión mini de una sonrisa; decidí aprovechar la tregua.

—¿Qué te parece si nos lavamos los dientes y jugamos a un juego?

—¿Con pasta de dientes?

—No…, aunque si te gusta eso, puedo mirar en internet. Mientras no rellenemos galletas...

Arrugó la nariz.

—¿A qué juego entonces?

—Al de las preguntas valientes. Tú me preguntas algo de mí y yo algo de ti, y si alguna pregunta da cosquillas en la tripa, puedes decir: «Paso…, por ahora». Así nos conocemos mejor.

Asintió con una seriedad que ni en un debate presidencial en año electoral.

—Empiezo yo.

—Dispara.

—Papá dijo que tú, cuando tenías mi edad, te vestías de niño. ¿Por qué?

Ahí estaba. El anzuelo de Levi. Tocaba nadar entre explosivos con la mejor sonrisa posible para atrapar al pez. Respiré hondo.

—Es una pregunta complicada...

—¿Te da cosquillas en la tripa?

Tenía las antenas muy afinadas.

—Un poco, pero puedo responder. Mira: cuando mi mamá murió, hubo una persona que no era muy buena que quiso llevarme con él. Yo estaba muy triste y mi tía Pippa pensó en un plan para protegerme. Me disfrazó de niño para que no pudiera encontrarme.

Evander bajó la mirada hacia sus manos.

—¿Era un dragón?

—No. —Sonreí—. Era… mi padre.

Levantó la vista, sorprendido.

—¿Tu padre era malo?

—Que te den el título de padre no significa que lo merezcas.

—Pe-pero… ¿tu papá no es el tío Travis?

—Él me adoptó. Él y la tía Pippa me salvaron del otro.

—¿Y ahora ya no puede venir?

—No —aseguré—. Ya no puede.

Su cuerpo se relajó un poco.

—Vale, me gusta que te protegieran.

—A mí también. Mi turno: ¿qué es lo que más te gusta en el mundo? Y no vale decir «las pantallas».

Ni medio segundo tardó.

—Los peces. Los azules, como el de *Buscando a Nemo*.

—¿Dory? Es mi favorita —dije, imitando la voz—. «¿Tú has visto una barca? ¿Una barca? ¡He visto una barca!».

Lo ataqué con cosquillas y Evander se desternilló como si le hubieran puesto helio en los pulmones.

—¿Túúú hablaaaas ballenoooo? —rematé, siguiendo con la batalla de los dedos sobre su cuerpo.

—No puedo más…

—Vale, ya paro.

—Tengo un peluche igual a Dory. Se llama Blue. Mamá me lo compró y también me leía sus cuentos.

La tristeza se le coló en los ojos.

—Me encantaría que un día me lo enseñaras —le dije suave—. Yo tengo un unicornio con tutú que me regaló papá Travis; cuando tenía once años, se hizo pirata, perdió un ojo y mami Phil le puso un parche que ella misma construyó, se llama Piraticornio.

Su rostro se iluminó.

—¿Yo también podré ver tu peluche?

—Claro, seguro que se caen bien, el mío es muy sociable. ¿Qué más te gusta? —quise tirar del hilo bueno.

—Los coches de carreras. Quiero una pista grande, con curvas. Nunca tuve una y papá me prometió que, si me porto bien contigo, podré tenerla.

—Ajá…, así que te han chantajeado. —Se puso rojo—. Tranquilo, yo también soy *chantajeable*.

«Bien. Vamos fluyendo».

—Cuando yo tenía tu edad hacía mucho *ballet*, me flipaba dar vueltas sin parar.

—¿No te caías?

—Montones de veces. También hacía vestidos con servilletas del restaurante del tío Travis. Alta costura en papel, edición limitada.

—¿Dónde vivías? —preguntó.

—Hasta los seis años, en Sacramento. Luego en un pueblito muy pequeño de Missouri: Saint Valentine Falls, ¿te suena?

—Papá dijo que yo estuve allí cuando era bebé, pero no me acuerdo.

—Normal. Yo te cogí en brazos y eras del tamaño de un burrito adorable.

Sonrió, orgulloso de haber sido un burrito.

—¿Te gusta ese pueblo?

—Es precioso. Tiene un lago con forma de corazón y una fuente de Cupido. Si bebes a la vez con alguien, dicen que os volvéis inseparables o Cupido puede atravesaros con sus flechas para que os enamoréis.

—¿Tú bebiste con alguien?

—No exactamente. Yo me caí.

—¿Y os volvisteis inseparables?

—Mientras él estuvo allí, sí. Y para que lo sepas, Cupido atravesó a tus abuelos… y a mis padres adoptivos.

—¿Y tú con quién te caíste?

—Con tu padre, error de cálculo, o salto muy efusivo. Terminamos empapados como patos frente a todo el pueblo.

Carcajada limpia. Oro puro.

—Pe-pero… papá se enamoró de mamá, no de ti.

Directa al pecho, la sinceridad infantil.

—Ya, Cupido hace lo que quiere, además, nosotros solo nos caímos.

—¿Y qué más hacías cuando no te caías?

—Montaba a caballo en el rancho. Aunque al principio me daban miedo porque eran muy grandes, pensé que iban a comerme, pero pronto descubrí que preferían las zanahorias a las niñas pelirrojas.

—Yo quiero montar —susurró.

—Cuando vayamos al pueblo, lo hacemos. Y comerás churros.

—¿Qué es eso?

—¿Nunca has comido churros? —Negó—. Pues te van a encantar. Son largos, crujientes, azucarados y se untan en chocolate caliente.

Aprobó con la cabeza como un ejecutivo firmando un acuerdo millonario.

—Yo pensaba que la tía Pippa era tu mamá —dijo.

—Lo es, mi mamá de corazón. La que me dio la vida está en el cielo y le he pedido que vaya a buscar a la tuya para que le cuente cómo funcionan las cosas ahí arriba y se convierta en tu ángel guardián.

Evander parpadeó despacio.

—¿Eso se puede?

—Claro que sí, estoy segura de que se llevarán tan bien como nuestros peluches.

Se quedó muy quieto, como guardándose la idea en un bolsillo secreto.

—Gracias —murmuró flojito.

—No hay de qué.

En dos segundos, cambió de tema.

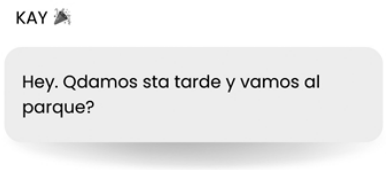
—Entonces…, si te adoptaron…, tú y papá sois…

—Primos por adopción.

—¡Qué lío!

—Las familias a veces lo son, y la nuestra es un lío bonito.

Mi móvil vibró y vi el nombre de Kayla en la pantalla.



Miré a Evander. Un tramo del día pedía parque, luz, columpios. El otro tramo gritaba «paparazzi, periodistas, cámaras». No podía sacarlo tal cual: hijo del *quarterback* titular con la canguro que nadie tenía por qué conocer y que era una DCC infiltrada.

—Evander —dije, volviendo a colocarme frente a él—, tengo una propuesta seria, una que implica una misión peligrosa. ¿Te apuntas?

—¿Misión peligrosa?

Dos palabras irresistibles para el nieto de Jane Wallace.

—Misión indetectable.

Sus ojos brillaron.

—¿Qué hay que hacer?

—Vamos a ir al parque sin que nadie sepa quién eres tú ni quién soy yo.

—Como cuando te disfrazaste de niño.

—Exacto.

—Vale. ¿Es porque volvió tu papá malo?

—No, peor, *paparazzi*.

Puso los ojos en blanco.

—Mamá decía que eran la peste.

—Sabia mujer, así que necesitaremos reglas y disfraces, si te apuntas, claro.

Automáticamente, se colocó firme.

—Cuéntame.

—Uno: nadie puede saber quién es tu padre. Si te preguntan, dices que trabaja en una funeraria.

—Pero trabaja en un estadio.

—Ya, pero nadie tiene por qué saberlo. Además, entierra las esperanzas del equipo contrario y a la gente no le gusta hablar de muertos.

—Ah…, vale.

—Dos: esto no es un ático de lujo. Es «el apartamento». Nada de hablar de lujos, a la gente no suele gustarle. Tres, necesitas otro nombre, así que serás Evan.

Evander entrecerró los ojos.

—No me gusta, ¿puedo llamarme Rayo? —decidió—. Como un coche de carreras muy rápido, ¿crees que podrías llamarme así?

Ahí estaba la pista de coches que nunca tuvo y una posibilidad de caerle mejor, no la iba a desperdiciar.

—Me gusta, te da personalidad.

—Y tú serás… prima Nube.

—¿Prima Nube?

—Las nubes están en el cielo y tú te llamas Sky.

Sus conexiones neuronales merecían aplausos.

—Perfecto. Deja que conteste al mensaje y vamos a buscar un disfraz, eso es lo más divertido.

—Te espero en mi cuarto, prima Nube.

—Pero hay un cartel de «no pasar».

—Tranquila, que yo te invito.

—Vale, genial, ve buscando cosas que nos puedan servir.

Mientras, le respondí a Kayla: «Parque a las cinco. Ubicación, porfa».

Luego a mi conductor de confianza: «Trabajo esta tarde. Dos pasajeros. Bajo perfil».

Cuando golpeé la puerta del cuarto de Evander, él ya me esperaba con un montón de cosas encima de la cama.

Era una estancia bastante impersonal para pertenecer a un niño de cinco años, así que me anoté comprar cosas para su habitación

que le dieran algo más de personalidad; podía ser un buen plan ir a escogerlas con él.

Pasamos un buen rato eligiendo prendas y probándonos cosas. El resultado fue una mezcla absurda y gloriosa.

Entre la ropa había una camiseta de Levi, una que yo le había visto llevar de adolescente, a su hijo le llegaba casi hasta las rodillas. Le añadí unas bermudas anchas, unas zapatillas que alguien había decorado con rotulador, una cadena dorada y una bandana negra para cubrirle el pelo. Para rematar, le dibujé en el brazo una serpiente enroscada en un rayo con *eyeliner waterproof* en el brazo, un *tattoo* que le daba mucho rollo y personalidad. Él se miró al espejo con seriedad.

—Soy Rayo Snake —declaró.

Casi me muero.

—Indetectable —aseguré—. Pareces un líder de banda latina.

El tono de piel bronceada que heredó de Nova ayudaba.

—¿Eso es bueno?

—Para nuestra misión, muchísimo, no te apellidas Carter, recuérdalo.

—Me apellido Snake.

—Exacto.

Para mí elegimos una sudadera gigante con capucha, gorra de béisbol en la que ocultar mi pelo y gafas grandes; cero *glamour* DCC.

Justo cuando terminé de ajustar la capucha, Levi llamó para asegurarse de que seguíamos respirando. Le dije que sí y le pasé a su hijo para que charlaran un rato.

Al colgar, Evander me miró con la seriedad de un comandante en plena operación clandestina, se tocó la bandana como si activara un superpoder y declaró:

—Prima Nube…, estoy listo para la misión.

Me quedé mirándolo, mitad ternura, mitad pánico.

Rayo Snake, cinco años, nombre falso, tatuaje de *eyeliner* y un disfraz que gritaba delincuencia adorable.

—Antes, toca comer. ¿Quieres pasta, *nuggets* con arroz o algo creativo?

—Arroz y salchichas —dijo con solemnidad.

—Hecho.

Comimos sentados frente a frente, él con las mejillas infladas, yo vigilando que no se atragantara.

Todo fluyó genial.

Después de recoger, me aseguré de repasar con él las reglas, aunque ya se las sabía de pe a pa.

—Pues vámonos —dije, ajustándome la gorra.

Él asintió despacio, metido hasta las cejas en su papel.

—¡Que empiece la Operación Indetectables!

Y emprendimos camino hacia el ascensor.

CAPÍTULO 23



—Repasemos las reglas por última vez —murmuré, sentada en el asiento trasero del Uber.

—Uno: no digo quién es papá. Dos: no digo dónde vivimos. Tres: tú eres prima Nube y yo soy Rayo Snake. Cuatro: si alguna niña llena de gérmenes quiere besarme o hacerme comer tierra, me voy al columpio.

Esa última se la había inventado él solo.

—Aprobado con matrícula —dije.

Kayla nos esperaba en el parque, sentada en un banco, mirando el móvil. Cuando levantó la vista, casi se cayó de espaldas frente a nuestra imagen.

—¡Dios santísimo! —Se levantó de golpe, persignándose—. Dime que tu primo no es el jefe de una banda de Latin Kings —farfulló lo bastante bajo como para que Evander no la oyera.

—Le va la ropa alternativa —aclaré, alzando las manos.

El niño se plantó delante de ella, con la cadena brillando al sol.

—Soy Rayo Snake y mi padre se dedica a los muertos —informó, extendiéndole la mano.

Kayla se llevó la izquierda al corazón y con la derecha lo estrechó como pudo.

—Vale, espero que no los mate —susurró.

—Solo los entierra —añadió él muy serio—. Me voy a los columpios.

—¡Diviértete! —exclamé.

—Y no sigas los pasos de tu padre, por mucha arena que haya, a las mamás no les gusta que entierren vivos a sus hijos —proclamó Kayla, todavía con el susto en el cuerpo.

Yo casi estallé en carcajadas. Ella se giró hacia mí en cuanto él estuvo lo bastante lejos.

—En serio, cariño, me tienes preocupada. ¿Estás segura de que no quieres volver a mi casa? ¿Qué tipo de gente hay en tu familia lejana?

—Segurísima, no me seas antigua y te dejes llevar por el aspecto, ya te he dicho que les va lo alternativo.

—¿Y qué me dices de ti? Si te viera Charlotte, le daría un síncope.

Me recorrió de cabeza a pies. Ella parecía una muñeca sacada de una serie: pelo perfecto, uñas perfectas, ropa perfecta.

—Bueno, se llama mimetizarme con el entorno. El niño no va acorde a una DCC, así que he decidido ir rollo incógnito, que nadie me relacione con la franquicia, no vaya a ser que me salte alguna cláusula y me expulsen.

—Bien visto, sí, de hecho, es lo mejor. Si lo llego a saber, yo también me camuflo.

—Bueno, siempre podemos sentarnos en un banco y fingir que somos desconocidas.

—¿En plan… yo en un extremo y tú en el otro?

—*Sip,* por lo menos, cuando estemos con… Ev… Rayo.

—¿De verdad que su padre le puso Rayo?

—No, pero lo que pasa es que tiene una crisis de identidad, me parece que no le gusta llamarse Evandro, a todos nos pide que le llamemos así.

—No me extraña, suena a tío que recolecta reptiles muertos. Con esa cadena de oro al cuello parece el nieto blanco de M. A. Mi marido se hizo militar porque en su casa solo ponían *El Equipo A,* ¿te lo he contado?

Negué. Las dos fuimos hacia la zona de columpios. Los demás niños se quedaron mirando a Evander como si hubiera salido de un videoclip.

Una niña rubia se acercó con una pala de plástico.

—¿Por qué vas vestido así?

Él se irguió.

—Voy de misión. Y tú, ¿por qué llevas una pala?

—Me gusta la arena.

—Yo paso de comerla.

—Puaj, menudo asco… Ten, toma. —Le tendió una piedra brillante —. Para ti.

Él la cogió como si fuera un diamante y no diera crédito. Se giró hacia mí.

—¿Qué hago con esto?

—Le das las gracias, es un regalo.

—¿Y si ahora quiere besarme?

Me tapé la cara para no soltar una carcajada y que la pequeña se ofendiera.

—Pues le dices que todavía tienes que terminar el cole y que el intercambio de fluidos no está permitido hasta los dieciocho, aunque apunte maneras para el negocio de tu padre —terminó Kayla por mí.

Me estaba doblando de la risa. Evander se dio media vuelta y decidió que prefería los columpios a la niña de la pala.

Pasamos casi dos horas allí. Él jugó al pillapilla con otros niños, se subió al tobogán, se cayó en la arena, y en lugar de enfadarse, se levantó y siguió. Cada vez que alguien le preguntaba «¿cómo te llamas?», respondía con orgullo: «Rayo Snake, y esa es mi prima Nube».

Volvimos al ático, cargando piedras que supuestamente eran tesoros que podríamos usar en un futuro acuario en el que albergar muchos peces cirujano.

Todo olía a superlimpio, lo cual quería decir que la chica que adecentaba el piso de Levi ya había estado y se había ido.

Cada uno se fue a su ducha y agradecí que Lila hubiera sido una canguro que criara a un niño superautosuficiente. Salimos los dos con el pijama ya puesto y sonrientes. Por fin se tumbó en el sofá y yo preparé la cena con algo de verdura camuflada que Evander no detectó de milagro.

Mientras cenábamos, le pregunté:

—Si pudieras pedir ahora mismo un deseo, uno solo, ¿cuál sería?

Masticó un trozo de macarrón con sofrito y se quedó pensando.

—Que mamá pudiera volver, y la tuya también.

Se me metió una astilla en la garganta.

—Eso sería muy guay, aunque ellas nunca se van a ir de nosotros.

—Ya lo sé, papá me dijo que ella formaba parte de mis huesos, de mi piel y de mi corazón, eso nadie puede cambiarlo.

—Exacto. ¿Sabes qué? Estoy convencida de que hoy se sentiría muy orgullosa de ti —respondí.

—¿Por qué?

—Porque a las mamás les gusta que sus hijos sean felices, y hoy…, no sé…, parecías un poco feliz.

Él solo encogió los hombros y siguió comiendo, como si hubiera dicho algo normal.

Después de cenar vimos una peli. Le dejé elegir; como era obvio, escogió *Buscando a Dory*. Preparé un bol gigante de palomitas y se acurrucó a mi lado en el sofá, con una mantita y nuestros peluches, que habían hecho buenas migas, entre los dos.

Vi cómo sus ojos fueron cayendo de manera gradual; había sido un día demasiado intenso y el cansancio hizo mella en él antes de que mi móvil vibrara.

Me levanté para no molestarlo. Era su padre, deseoso de que le pasara el informe diario. Se me erizó el vello de la nuca al escuchar su voz nada más descolgar.

—Hola, ¿todo bien? —preguntó.

Una imagen valía más que mil palabras, así que me mantuve en silencio mientras le tomaba una foto a Evander.

Estaba plácidamente dormido con el pelo revuelto.

—Hola, ¿hola? ¿Quién cojones eres y que has hecho con Skyler? Te juro que, si le has hecho algo a ella o a mi hijo, te reviento.

Casi me partí de la risa, mis dedos volaban en modo tecleo supersónico.



Enviar.

Lo oí soltar muchísimos exabruptos hasta que le llegó el wasap.

—Joder, Sky. Creo que he envejecido diez años por tu culpa —proclamó, lleno de algo parecido al alivio.

—Buenas noches a ti también, papi Carter. Espera, que te mando algunas pruebas de vida de esta tarde.

Le mandé algunas fotos, esa vez del *outfit* del parque, que había guardado por si acaso.

—¿Por qué mi hijo parece que esté a punto de dar un concierto de reguetón o de atracar una licorería? ¿Quién es ese y qué has hecho con Evander?

—Te dije que nadie iba a saber que cuidaba de tu niño y no quise que los *paparazzi* nos molestaran, así que hemos jugado a los disfraces y nos hemos creado un alter ego. Te presento a Rayo Snake.

Lo escuché reír al otro lado, *sexy*, cálido.

«¡Mierda! Los pezones otra vez».

—Te juro que voy a enmarcar esto y se lo enseñaré cuando sea mayor. ¿Eso del brazo es un tatuaje?

—Tranqui, era de los que se iban con la ducha, no como el mío.

—¿Tú tienes un tatuaje? ¿Dónde?

—No está a la vista.

Me pareció oírlo tragar con dificultad. O eso quise pensar.

—Entonces…, ¿ha ido bien el día?

—Mejor que bien, no tienes que preocuparte. Mañana vamos a hacer pancartas con rotuladores de colores y mucha purpurina. Te animaremos desde el sofá, viendo la tele, así que ya puedes jugar bien porque necesito que impresiones a un niño de cinco años que quiere mucho a su padre.

—No sé qué decir.

—Di que lo bordarás, Carter, y cuando la cámara te enfoque, porque te enfocará, apáñatelas para hacer una letra E con los dedos y dedicarle la victoria.

Se oyeron tíos gritando de fondo.

—No chilléis, estoy hablando con mi prima.

Y entonces, otra voz masculina, clara, lejana:

—¿Es la tía de las bragaaaas del avión?

Me atraganté con mi propia saliva. ¿Quién era esa?

—Dalton, cállate ya, joder —bramó Levi.

Otra voz, entre carcajadas:

—Dile que si tiene más que nos las mande, se las devolveremos dedicadas y las puede revender.

—¡O quedárselas!

Se oyó un golpe, miles de amenazas e imprecaciones y Levi farfullando al final:

—Perdona, mis compañeros son unos gilipollas de manual.

—Veo que os lo pasáis bien en los viajes.

Mi voz había cambiado, era más hosca y seca. Yo cuidando de su hijo y él dejando sin bragas a mujeres en el avión.

«¿Qué esperas de un tío que tiene la pared llena de coños?».

—No te haces una idea.

Ya lo creía que me la hacía, a base de bien. En cuanto colgara, no me iba a temblar el dedo eligiendo a uno de esos tíos de la *app*; iba a morrearme hasta desgastar mis glándulas salivales.

—Oye, tengo que colgar. Millones de gracias por el día que le has dado a mi hijo y por cuidarlo tan bien. Voy a ganar el partido por vosotros.

—¿Y por la de las bragas también?

Hubo un silencio y una risita.

—Sí, bueno, creo que sí.

«¡Capullo!».

—Tengo que colgar, que te diviertas, picha brava.

—¿Cómo dices?

—Que te diviertas con dicha eslava.

—¿Qué es eso?

—Un refrán de universitarias patrióticas, no lo entenderías. Buenas noches, Levi.

—Buenas noches, Sky.

Estuve tentada a tirar el móvil por el balcón, si no hubiera sido porque Evander bostezó, se removió y, sin abrir los ojos, preguntó un: «¿Es papá?».

Juro que lo habría hecho.

—Sí. Está en el hotel con sus amigos —respondí.

«Y en un rato, dándole dicha a su picha».

—Dile que me he portado bien y no me mande al ref… refff… refffff…

Cada vez le costaba más articular la palabra. Yo me senté a su lado y le acaricié el pelo.

—No va a mandarte a ningún sitio, no le dejaré.

—Gracias.

Se me suavizó todo por dentro.

Cuando volvió a conciliar el sueño, lo cogí en brazos y lo llevé a su cama. Me aseguré de arroparlo y ponerle a Blue entre los suyos para que lo acompañara.

Cuando ya iba a salir de la habitación, me llamó:

—Sky…

—¿Sí?

—Cuando tú te disfrazaste de niño, ¿llorabas mucho por tu mamá?

La pregunta me pilló descolocada, deshice los pasos que había dado y fui hasta el borde de la cama.

—Al principio, sí —admití—. No entendía por qué tenía que vestirme de ese modo, cortarme el pelo y, además, estaba muy triste porque ella se había muerto. Sé que mami Phil lo hizo todo por mi bien, el problema era que me llevó a un sitio en el que no podía

ser yo misma y al principio eso lo empeoró todo. Por suerte, poco a poco se me fue pasando gracias a las personas que me rodeaban.

Evander abrió los ojos y me miró de un modo que me partió el alma.

—¿Y a mí? ¿Se me pasará?

—Sí, campeón. Además, estoy aquí contigo, te voy a ayudar y toda la gente que te quiere, como tus abuelos, tus tíos, papá… Cada vez dolerá menos, te lo prometo. Ahora, descansa.

Volvió a cerrar los ojos y se acurrucó con Blue.

—¿Pu-puedes leerme un rato? ¿Hasta que me duerma otra vez?

Me estaba dando una oportunidad que no iba a desperdiciar.

—Si me haces un hueco en la cama, lo haré.

Se movió para dejarme sitio y yo cogí uno de sus cuentos. Me puse a leer, intentando modular la voz para que se relajara, mientras le tocaba el pelo despacio.

Debió gustarle, a los dos minutos ya dormía. Le di un beso chiquitito en la sien.

—Buenas noches, Rayo.

—Buenas noches, prima Nube.

CAPÍTULO 24



No necesité alarma para despertar el domingo. Había dormido a trompicones, con esa sensación de estar cayendo por dentro, antes incluso de poner los pies en el suelo.

Día de partido, primero para mí esa temporada, y después de ver el anterior desde la puta banda…, no era poca cosa.

El hotel estaba demasiado silencioso para ser una ciudad llena de aficionados que te odiaban solo por existir. Me incorporé despacio. El hombro derecho protestó, nada nuevo. Un recordatorio constante de que ese día no podía fallar.

No después de la mierda de últimas semanas que llevaba.

Cogí el móvil. Sin mensajes de Sky, era demasiado pronto, seguro que ella y Evander seguían durmiendo. De quien sí tenía un mensaje era de papá.

Cole Carter no era solo una leyenda del fútbol. Era el tipo que, desde que supo que tenía un hijo de quince años al otro lado del país, había intentado hacer justo lo contrario de lo que el mundo esperaba de él: no presionarme, no compararme, no exigirme ser nadie más que yo.

Desde que me fui de casa, siempre hacía lo mismo. Un mensaje antes de cada partido. A veces una frase corta, otras una anécdota absurda, otras un simple «disfruta».

Su forma de recordarme que, por encima de todo, eso seguía siendo un juego. Uno muy serio, muy violento, muy expuesto…, pero

un juego en el que nada servía si perdías el prisma y no te divertías con responsabilidad.

Aunque me lo recordara un millar de veces, no siempre era fácil verlo así.

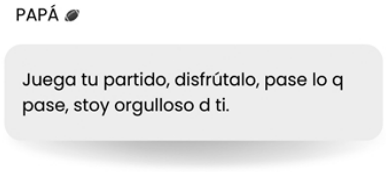
Porque ser el hijo de Cole Carter significaba cargar con un apellido que pesaba más que cualquier defensa y un legado que proteger con uñas y dientes.

La prensa siempre estaba comparando, los aficionados dudando por muchos *touchdowns* que acumulara; bastaba un fallo para que dijeran un: «nunca será tan bueno como su padre». Y de verdad que eso no me importaba porque mi padre era una maldita leyenda, pero tampoco me gustaba que los entrenadores me midieran dos veces, los compañeros dudaran de si merecía el puesto o no y yo mismo me exigiera más que a nadie.

No porque mi padre lo hiciera.

Sino porque cuando eras hijo del mejor, todo el mundo esperaba dos cosas a la vez: que fueras peor… o que fueras imposible. Que estuvieras ahí por enchufe o que superaras a alguien que ya formaba parte de la historia. Y entre esas dos expectativas, no había espacio para el error.

Abrí su mensaje.



Nada más, nunca hacía falta.



Apreté los emoticonos y le di a enviar; con eso era suficiente.

No quería demostrar nada a mi padre, él ya estaba de mi lado desde hacía años, desde que se enteró de que estaba en su vida.

Quería demostrárselo al ruido, a las miradas, al apellido escrito en mi espalda y, sobre todo, a mí mismo.

Ese día no se trataba de ser el hijo de Cole Carter, se trataba de ser Levi Carter…, el QB1 de los Cowboys, y disfrutarlo, aunque el mundo se empeñara en hacerlo difícil.

Me levanté, me lavé la cara, me puse la sudadera oficial y bajé al comedor del hotel. Ty había bajado hacía diez minutos porque siempre le gustaba ser de los primeros en el bufé. Olor a café, a nervios, a hombres que habían venido a dejarse la piel como yo.

Marcus me recibió con una sonrisa de tiburón.

—Maestro Carter, ¿cara de entierro hoy? —soltó Marcus—. Guárdatela para los Steelers, que el funeral se juega fuera de casa.

—Que traigan flores —respondí—. Hoy vamos a cavarles la tumba.

—Así se habla. —Jace dio una palmada en el asiento vacío entre él y Dalton, invitándome a sentarme.

Valentino levantó la cabeza, sonrisa de cachorro ladronzuelo.

—¿Dormiste algo o vienes ya en modo guerra? —preguntó Dalton sin quitar la vista del móvil.

—Lo justo para no matarte si sigues hablando —respondí.

Marcus soltó una risa breve.

—Perfecto —dijo—. Entonces, los Steelers están jodidos.

—Come mientras yo voy a por algo que me llene la tripa y que no sean tus vísceras —añadí—. Si te portas bien, te daré clases de cómo hacer bien tu función de QB2 para que no se note mi ausencia.

—¿Es que piensas faltar?

—No, pero a alguien tendré que joder por deporte hasta que me jubile.

Fui a por el desayuno y volví con la bandeja repleta de comida de alto valor nutricional. Era importante alimentarse bien para rendir.

Me senté, revisé el móvil otra vez. Nada.

«Duerme, es domingo y tu hijo tuvo que dejarla agotada, es normal».

Y entonces, vibró.

Vídeo de Sky.

Lo abrí, bajando el brillo; menos mal que tenía uno de esos cristales que los que estaban a tu lado no veían nada.

Salía Evander, despeinado, con una camiseta enorme con mi número, bostezando como si fuera un león en miniatura.

—Di algo, Rayo Snake —pronunciaba Sky detrás de la cámara.

Al escuchar su voz e imaginarla solo con una camiseta mía a modo de pijama, casi atravesé la mesa con la erección.

—Suerte en el partido, papá…, y no me mandes al refo… refro… refor…

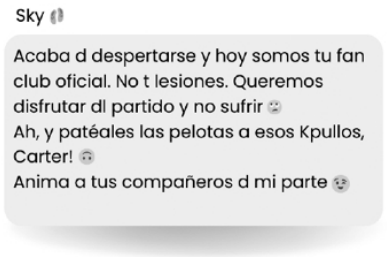
Un golpecito de ella.

—No te va a llevar a ninguna parte, campeón.

—Eso. Que no me mandes porque prima Nube no te dejará.

Sky se echó a reír y mi entrepierna reverberó. El vídeo terminó. Tragué, no podía seguir así.

Otro mensaje:



Sonreí como un idiota.

—¿Por qué parece que, de repente, alguien haya plantado flores en tu ojete? —soltó Devin.

—Seguro que le ha escrito la prima buenorra… —añadió Dalton.

Valentino alargó la mano para intentar cogerme el móvil. Esta vez fui más rápido y lo aparté, aunque no lo suficiente para que Marcus, que volvía con café, lo pillara al vuelo sin pensárselo.

—¡Me cago en la puta! ¡¿Queréis dejar de tocar mis cosas?!

Marcus frunció el ceño y leyó en voz alta, sin mala intención.

—Aquí pone: «Pateadles el culo a esos capullos, Carter, y anima a tus compañeros de mi parte».

Valentino soltó una carcajada.

—Mmm, me cae bien quien sea que te escriba. Dile que puede venir cuando quiera a animarnos, que somos muy agradecidos.

Marcus sonrió torcido.

—Eso, que se venga. Seguro que el vestuario la recibe con los brazos abiertos.

El mal humor me subió de golpe. Me levanté tan rápido que la silla cayó hacia atrás y lo agarré por la camiseta.

—Retira eso ahora mismo, Knight —dije entre dientes—, o el único que va a salir pateado hoy eres tú.

—Eh, era una broma…

El entrenador apareció a nuestra espalda.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Carter? ¿Knight?

Lo solté y recuperé el móvil de un tirón.

—Nada, señor —intervino Marcus—, una broma sobre lo que pensamos hacerle a los Steelers.

El míster nos miró a los dos un segundo más de la cuenta.

—Pues dejad las bromas para el campo y terminad de desayunar, que tenemos reunión en quince minutos.

Se dio la vuelta. Knight volvió a su sitio sin mirarme. Yo hice lo mismo, con la mandíbula tensa.

Jace me palmeó el brazo.

—Tranqui, colega. No le des más vueltas. A veces no sabe cuándo callarse. ¿Todo bien en el frente familiar?

—Eso parece.

—Entonces, a comer. Hoy te necesitamos al cien por cien, capi.

La mesa recuperó poco a poco el ruido de siempre. Ese era el ritmo habitual: primero chistes, luego tensión. Normalmente me resbalaban las idas de olla del equipo, pero que otra vez todo apuntara a Skyler, eso me ponía de los putos nervios.

Cuando terminamos, fuimos directos a una de las salas del hotel. Por suerte, la reunión táctica fue breve. Repasamos coberturas, *blitz* por el lado ciego y la jodida manía de los Steelers de rotar *safeties* en el último segundo. No había margen para errores.

Mac me llamó antes de que saliera.

—¿Cabeza?

—Funcionando.

—¿Y el hombro?

—Conectado al resto del cuerpo.

Se me quedó mirando con esa cara de «no me jodas».

Suspiré.

—Puedo lanzar.

—Quiero que me lo digas si no puedes, ¿estamos?

—Estamos —respondí—. Hoy no soy padre ni viudo. Hoy soy el tío que el equipo necesita para machacar a nuestros rivales. Hoy soy tu QB1 y el capitán.

Mac asintió despacio.

—Eso quería escuchar.

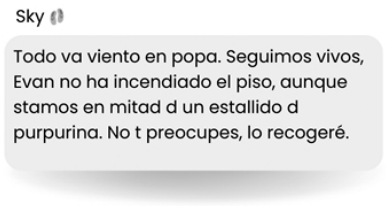
Salí de la sala con la cabeza llena de esquemas y el cuerpo pidiendo una pausa.

Era hora del tiempo libre obligatorio, así que opté por subir a la habitación y cerrar la puerta tras de mí.

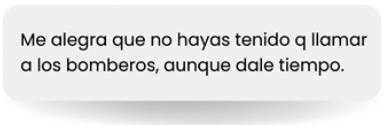
Me tumbé bocarriba en la cama sin quitarme la sudadera. Ojos cerrados, respiración lenta, visualicé el primer *drive*, la lectura del *safety*, la protección de EJ, la ruta de Ty. Todo en orden, todo limpio.

Duré justo doce minutos así; el móvil vibró sobre la mesilla: Sky.

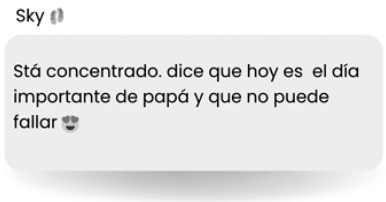
Me incorporé, apoyé los codos en las rodillas y desbloqueé la pantalla como si no me importara que fuera suyo el mensaje…, aunque sí.



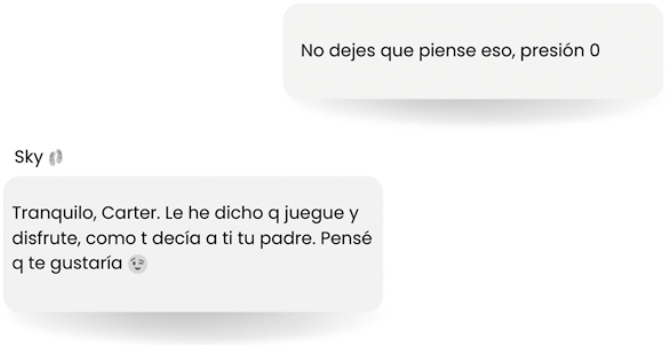
Sonreí sin darme cuenta.



La respuesta llegó casi al instante.

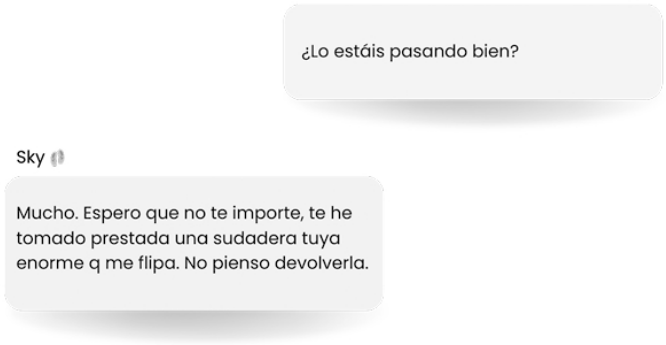


Tragué saliva.

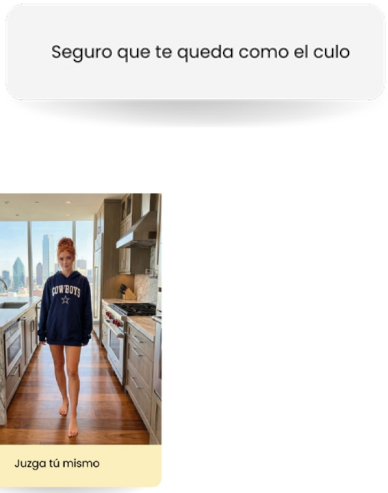


Me recosté otra vez en la cama, esta vez con el móvil apoyado en el pecho. No se hacía una idea de lo que significaba para mí que se acordara de eso. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo sabía qué decirle a Evander en cada maldito momento?

Tecleé, con el pecho burbujeándome y unos nervios nuevos arremolinándose en mi tripa.



Me hubiera caído de culo si no hubiese estado tumbado en la cama solo de imaginarla así vestida. Daría lo que fuera por verla en ese momento, y mi polla también, a juzgar por lo dura que se me estaba poniendo. Era un viejo verde salido, aun así, tecleé:



Cerré los ojos un segundo.

«Estás jugando sucio, Carter».

El «escribiendo» apareció y desapareció.

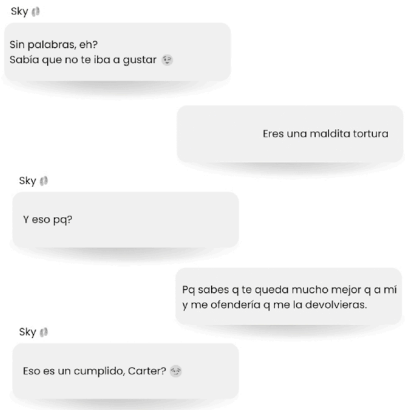
Después…

¡Hos-tia pu-ta!

No hizo falta que dijera más, había hecho suficiente y yo estaba jodido.

Juraba que me estaba lagrimeando el rabo ante esa joya.

«No puedo cascarte con Skyler, es amoral».



«Ni te lo imaginas…».

¿Era yo o estaba tonteando conmigo?

Entonces, me mandó otra foto muy distinta.

Abrí el adjunto.

Evander sentado en el suelo del salón, rodeado de rotuladores y purpurina, lengua fuera de concentración absoluta. A su lado, Sky de

rodillas, ayudándole a pegar letras torcidas sobre una cartulina azul, con esas impresionantes piernas desnudas.

La siguiente foto era peor.

Ella señalando la palabra Cowboys de mi sudadera, como si fuera un vestido improvisado, sonrisa ladeada, mirada directa a la cámara. Evander al fondo, levantando la pancarta a medio hacer.

«Estamos contigo, papi Carter», todavía sin la erre final.

Me pasé la mano por la cara y por otro sitio…

«¡Joder, Sky!».

Me llegó un: «te dejo, que tenemos que seguir trabajando y tú tienes que concentrarte».

No tenía ni puñetera idea del efecto que causaba en mí.

O quizá sí, y yo era el idiota que no sabía cómo manejarlo.

Estaba demasiado tenso. Demasiado cargado. La presión en el bajo vientre era insoportable, sabía que no debía hacerlo y, aun así…

Dejé el móvil sobre la mesilla. En la pantalla seguía el *selfie* de Skyler en mi cocina, con esa maldita sudadera que no debería existir sobre su cuerpo, o mejor sí…

Me bajé los pantalones y los calzoncillos. La erección saltó libre, dura, pesada.

—Que Dios me perdone por lo que voy a hacer, pero es que lo necesito, joder —murmuré.

Escupí en la mano y empecé a moverla. Lento al principio, luego más firme.

Solo ella en mi cabeza. Su risa, su voz, esa mirada verde que me desarmaba.

No podía imaginar otra cosa que no fuera cogerla en volandas, sentarla sobre la encimera, encajarme entre sus muslos y descubrir que no llevaba bragas porque las tenía yo. Quería besar esa boca, follarla a lo bestia, salvaje, porque estaba tan húmeda y deseosa como yo.

Mi respiración se volvió irregular. La mano subía y bajaba sin pausa, no había culpa, no había lógica, solo necesidad cruda.

El líquido preseminal se acumuló en la punta, anunciando lo inevitable, estaba demasiado listo, le tenía demasiadas ganas.

Me quité la camiseta de un tirón para no mancharla. El corazón me golpeaba el pecho con violencia. Acerqué el móvil con la mano libre para ponerlo sobre mi pecho, la pantalla brilló contra mi piel, y aceleré al fijarme en su maldita cara.

Estaba al límite. Las pelotas tensas. El cuerpo entero a punto de romperse.

En mi cabeza, ella me clavaba las uñas en la espalda. Yo le decía que no había dejado de pensar en sus piernas rodeándome la cintura desde que entró por primera vez al piso.

El orgasmo subió sin pedir permiso.

Justo cuando la puerta se abrió.

Todo ocurrió a la vez.

El rugido me salió disparado del pecho mientras estallaba sin control. El móvil se me escapó de la mano. Un chorro lo alcanzó antes de que cayera a la moqueta, bocarriba.

—¡Me cago en la puta! ¡Cerrad la puerta! —bramé al darme cuenta que Ty y Valentino se quedaron congelados en el marco, mirándome como si hubieran entrado en una peli porno en directo.

Cerraron…, pero no se quedaron fuera, entraron.

—¡Pero ¿qué cojones hacéis?!

Me giré, buscando algo de intimidad, algo inútil, mientras mi polla seguía chorreando.

—Has dicho que cerráramos —protestó mi mejor amigo.

—¡Pero quedándoos en el pasillo!

—Este también es mi cuarto, así que, si quieres intimidad, haber puesto el cartel de «paja a bordo».

—Joder, Carter —soltó Dalton desde atrás—. No veía tanta lluvia de semen desde aquel camión cisterna que explotó en plena autopista en las noticias. ¿Quién ha sido la afortunada de ordeñarte?

Lo vi ponerse de cuclillas para…

—¡Ni se te ocurra!

Me di la vuelta en el instante exacto que él inspeccionaba la pantalla. ¿Por qué no se había puesto negra?

—Pedazo de lechazo y de… —Se quedó pálido—. ¡Joder! ¡Es ella!

Seguro que había llegado a la conclusión de que se trataba de mi prima. Dalton se había bebido varias cervezas en mi cocina.

—¡Que no la mires, cabrón!

Me subí los calzoncillos y los pantalones a toda prisa. Ty estaba doblado de risa, sin aire. No sabía dónde meterme o qué hacer para que Dalton dejara de pasear su sucia mirada sobre Sky bañada en mi corrida.

—Tío… —jadeó—. Esto supera cualquier vídeo de Porn Hub. ¿De dónde has sacado la foto? —insistió Valentino—. ¿La *stalkeas*? ¿Puedes darme su IG para que yo me haga otra en su honor? Las pajas con tías prohibidas son las mejores. Qué calladito te lo tenías…

—O lo sacas de aquí, o lo reviento yo.

Dije, mirando a Ty mientras me hacía con el móvil.

—Arriba, Dalton —añadió entre carcajadas—. Hoy no estás para recibir *pollazos* del capi, que con todo lo que tiene acumulado, seguro que te hace un hijo.

—¡Largo!

—Vale, vale. —Valentino levantó las manos—. Pero escucha, Carter… —Se giró antes de salir—. Si juegas hoy con la mitad de concentración que tenías hace cinco minutos…, los Steelers no llegan vivos al descanso.

Hawkins lo sacó del cuarto todavía riéndose, avisándome de que limpiara cualquier resto biológico que hubiera tocado su cama.

Yo bufé una última vez y me fui directo a la ducha.

Agua fría, cabeza fría y que el fútbol me salvara de mí mismo.

CAPÍTULO 25



El bus avanzaba escoltado, como si lleváramos dentro algo más que a un grupo de tíos grandes con demasiadas horas de gimnasio encima. Sirenas delante y detrás, luces rebotando en los cristales y una ciudad entera gritándonos desde la acera cosas que no saldrían en ningún anuncio institucional.

Tradición local.

Apoyé la frente contra la ventana y dejé que el cristal frío me despejara un poco la cabeza mientras sonaba *Mantra* de Bring Me The Horizon; me gustaba escucharlos para no perder el foco y aislarme. Fuera: pancartas; camisetas rivales; caras borrosas por la velocidad. Intenté no pensar en Skyler sentada en mi sofá, con Evander dando saltos, aguardando que apareciera mi nombre en la pantalla. Traté de no imaginar la manta torcida, mi sudadera enroscándose en sus muslos; bastantes estragos había causado esa maldita foto ese día.

Valentino quiso sacar el tema en la comida, y creo que Ty le dio una patada tan bestia en la espinilla que la mandíbula se le desencajó; esos *rookies* solo aprendían a hostias.

Hablando del rey de Roma…

Dalton me dio un par de golpecitos en el hombro, ligero, como si estuviéramos de camino a una fiesta y no a que intentaran arrancarnos la cabeza durante tres horas. Desplacé un poco el auricular y lo miré con el ceño fruncido.

—¿Qué narices quieres ahora?

—Si te interceptan, diré que fue culpa mía por cortarte en plena paja.

—Si me interceptan —respondí—, acabarás enterrado bajo un pajar y yo juraré que fue un accidente agrícola. Así que deja de gafarlo, Dalton.

Valentino sonrió, encantado consigo mismo. Sabía que no iba en serio.

—Siempre tan protector, capi.

Me lanzó un beso y sonrió; siempre sonreía, como si el mundo no pesara. Creo que a mí me pasaba lo mismo a su edad.

La llegada al estadio fue automática. Seguridad, pasillos interminables, el eco de nuestras botas contra el suelo pulido. Olor a linimento, a metal, a algo que siempre me recordaba que eso no iba de postureo, sino de resistencia. Vestuario visitante, taquillas alineadas. La mía abierta, esperándome.

Mi uniforme me aguardaba doblado con exactitud. Botas limpias, casco brillante. Todo en su sitio.

Yo también tenía que estarlo.

Mac apareció a mi lado, como si hubiera estado ahí todo el tiempo. Me dio un toque breve en el casco, su ritual de siempre.

—Hoy jugamos limpio, Carter.

—Siempre.

No era del todo verdad. Mac no hablaba de reglas ni de golpes ilegales, hablaba de no perder la cabeza antes de salir al campo y mantenerla despejada.

El calentamiento pasó rápido, como sucedían siempre las cosas importantes. Carreras cortas, pases largos. Ty y yo encontrándonos sin mirarnos. La línea cerrando huecos como un muro vivo. Las cámaras siguiéndome a cada paso, demasiado cerca, demasiado pendientes de cualquier gesto.

Antes de volver al vestuario, saqué el móvil.

Un audio.

—¡Eeeeeeeee! —gritó Evander con entusiasmo. Hacía días que no lo escuchaba hablar así y el corazón se me calentó de golpe—. ¡Papá, haz la E grande, no te hagas un nudo con los dedos, practica!

Noté cómo se me cerraba la garganta. Tragué saliva y apreté el móvil un segundo de más. Sabía que eso era todo obra de Sky y no podía sentirme más agradecido.

«No puedes fallarles, no hoy, que te están mirando».

A Nova no le gustaba ver los partidos, así que, si Evander me había visto en alguna ocasión, desde luego que jamás fue con una pancarta hecha a mano y una camiseta mía.

El vestuario estaba en silencio cuando Mitch Harlow entró. No tuvo que pedirlo. Se lo dimos sin pensar. Su voz no era alta, pero llenaba el espacio.

—Hoy no gana el más fuerte —dijo, caminando despacio frente a nosotros—. Gana el que aguanta. El que no se distrae. El que no negocia con el cansancio.

Se detuvo y nos miró uno a uno.

—Vais a fallar. Todos. La diferencia está en lo que hagáis después. No bajéis la cabeza. No busquéis culpables. Corregid y seguid.

Pausa.

—No juguéis para el marcador. Jugad para el tipo que tenéis al lado. Si hacéis eso, el resultado llegará solo.

Miró el reloj.

—Primeras quince jugadas. Ejecutadlas sin florituras. No quiero héroes, solo un equipo sólido. Hemos venido a ganar en tierra hostil y solo lo lograremos si conseguís ser uno. ¿Estamos?

—¡Sí, entrenador!

Me senté y repasé el *script*. Lecturas claras, opciones seguras, salidas de emergencia.

Respiré hondo.

«Hazlo simple, pero hazlo».

—Eh, Carter.

Levanté la vista. EJ estaba apoyado en la taquilla de enfrente, ajustándose los guantes.

—Si dudas, búscame. Hoy te cubro yo.

Asentí despacio.

—Aguanta medio segundo más y te prometo que el balón sale limpio.

EJ inclinó la cabeza, serio.

—Eso está hecho, capi.

El himno sonó con nosotros ya alineados. El abucheo cayó de golpe, espeso, como una presión constante contra el pecho. Normal. Al salir del túnel, una cámara se me cruzó demasiado cerca y tuve que esquivarla sin frenar. Ni pestañeé.

Huddle inicial. Cascos juntos. Manos cerrando el círculo.

—No van a darnos nada —dije—. Cada yarda la vamos a arrancar.

Marcus flexionó las piernas, impaciente.

—Mejor. Así duele más.

Jace chocó su casco con el mío.

—Rápido y sucio. Que se cansen antes.

EJ dio un paso al frente, ocupando espacio.

—Y si se acercan demasiado, los muevo.

Devin bajó el casco, sonrisa torcida.

—Y si hablan de más, también.

Asentí.

—Vamos.

El *snap* llegó firme y la línea se plantó delante de mí como una pared viva. EJ ancló los pies a mi izquierda y sentí ese margen justo que te permitía pensar sin pánico.

—¡Ahora! —grité.

Marcus salió disparado, bajo, compacto, el balón pegado al cuerpo. Se coló entre dos defensas, rebotó contra un tercero y cayó rodando. Se levantó, señalando el suelo con el dedo.

—¡Aquí mando yo!

Uno de los rivales se inclinó sobre él.

—¿Eso es todo lo que tienes?

Marcus sonrió despacio.

—Pregúntaselo a tu madre.

—¿Qué has dicho, soplapollas?

Primer *down*.

El estadio empujaba desde fuera, como si quisiera meterse dentro del casco. El sudor empezó a deslizarse por la frente y la espuma interior ya no absorbía nada.

Siguiente jugada. Ty abrió por la derecha y Nate corrió profundo por el lado contrario, llevándose a su marca. Lancé rápido. El balón

llegó limpio a Ty y dos cuerpos se le echaron encima al mismo tiempo. El golpe sonó seco. Cayó, apretando el balón contra el pecho.

—¡Otra! —me gritó sin soltarlo.

Al volver al *huddle*, Jace me chocó el casco.

—Están entrando con hambre.

—Pues que se atraganten, voy a meterles la polla hasta los huevos.

Rio.

—Me gusta como suena eso.

Tercera oportunidad. Miré a Devin alineado por dentro, quieto, provocando sin moverse.

—Ahora tú.

El balón salió fuerte. Devin lo atrapó con el cuerpo, sin espacio para lucirse. Dos defensas se le echaron encima y, aun así, avanzó un par de yardas más a base de empujar con las piernas.

Cayó de espaldas, pero no soltó el balón.

—¿Eso es todo? —les gruñó desde el suelo.

El árbitro marcó el avance y el murmullo del estadio subió de tono.

Avanzábamos a base de choques cortos, carreras que arañaban el césped y pases seguros. Sin brillo. Sin tregua. Hasta que dejaron de darnos margen.

No vi venir la presión. Llegó antes de que terminara de girar el cuerpo. El impacto me dobló el costado y me mandó al suelo. Todo dio una vuelta de más.

—¡Joder!

Rodé sobre mí mismo, intentando recomponerme. Manos, voces, cascos alrededor. De pronto, dos manos enormes me agarraron del antebrazo y tiraron.

—Arriba —dijo EJ—. Hoy no te quedas aquí.

Me incorporé sin discutir.

—Ha sido mía —les dije—. Seguimos.

Y no debería haber forzado la siguiente.

Vi a Ty ganar un paso, pero también a Devin cerrar por dentro, arrastrando a su defensor. Confié en el hábito. Solté el pase una

fracción después de lo debido y un poco más alto de lo que tocaba.

El *safety* apareció como un relámpago y atrapó el balón antes que nadie. Intercepción.

El estadio explotó.

El tipo pasó corriendo a mi lado, camino de su banda.

—Te falta brazo, *quarterback*.

—Y a ti los dientes cuando te los salte al final del partido.

Me hizo una peineta.

Me quedé quieto un segundo, con las manos en las caderas. El ruido lo llenaba todo, pero lo que pesaba era el hueco en el estómago.

Caminé hacia la banda, midiendo cada paso para no acelerar. Me senté con el casco entre las manos. El sudor ya estaba frío en la espalda y el hombro protestaba con cada movimiento.

No estaba roto, pero lo notaba.

—Eh.

Devin se sentó a mi lado antes de que Ty llegara.

—La próxima es mía —dijo—. Dámela alta si hace falta.

Asentí.

—Cuenta con ello.

Ty pasó frente a mí y me dio un toque breve en el casco.

—Me la debías —añadió—. Luego me la pagas.

Volví al campo con menos prisa y más control. Ellos empataron con un *field goal* y el marcador quedó clavado, incómodo, apretado. El estadio no aflojaba.

La siguiente serie fue puro desgaste.

Marcus encontró un hueco mínimo y sacó tres yardas que supieron a victoria pequeña. Jace bloqueó a dos a la vez y me regaló el segundo justo para lanzar en carrera. Nate volvió a estirar el campo, obligándolos a abrirse.

El balón salió con el cuerpo torcido. Ty se estiró hasta el límite y cayó, arrastrando a un defensa.

Seguíamos vivos.

—Eso es —dijo Jace, dándome una palmada—. Así se juega aquí.

El físico empezó a pasar factura, pero el ritmo volvió a encajar.

Al descanso llegamos igualados.

No era bonito. No era cómodo, pero ya no parecíamos cinco contra once.

El vestuario nos engulló como una boca caliente. Vapor, golpes sordos, botellas rodando por el suelo. Cascos dejados caer sin ceremonia. Nadie celebraba nada y nadie estaba hundido. Empate, ese terreno incómodo donde aún podía pasar cualquier cosa.

Me senté con la toalla colgándome del cuello, la cabeza baja, dejando que el pulso encontrara su sitio. El error seguía ahí, pero ya no gritaba. Solo pesaba.

Marcus se dejó caer en el banco de enfrente.

—Están cerrándonos por fuera —dijo sin alzar la voz—. Van a ir a por ti cada vez que dudes medio segundo.

Jace asintió mientras se secaba la cara.

—Porque creen que te tienen leído y que pueden resentirte la lesión.

Levanté la vista.

—Entonces, vamos a dejar de darles lo que esperan.

EJ se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en las rodillas.

—No empieces a correr cuando te aprieten —dijo—. Quédate. Nosotros aguantamos.

Devin, sentado un poco más allá, giró la cabeza.

—Y dámela cuando haga falta —añadió—. No cuando quede bien ante las cámaras.

Eso era justo lo que necesitaba, una certeza compartida.

Mitch habló poco. Ajustes claros. Dos nombres señalados. Una mirada directa cuando hizo referencia a la paciencia y otra cuando mencionó la disciplina. Nada de discursos largos. No hacía falta.

Me puse el casco despacio. El hombro protestó un poco, pero respondió.

—Una mitad —murmuré para mí mismo—. Solo una mitad bien hecha.

Salimos con el cuerpo más cargado y la cabeza más fría. El estadio seguía empujando, pero ya no buscaba imponerse, solo desgastarnos.

La primera serie fue fea. Marcus arañó yardas donde no parecía haber espacio. Dos, luego tres más. Nada vistoso, pero suficiente para obligarlos a cerrarse.

Eso nos abrió una rendija.

En la siguiente jugada vi a Jace cruzar por dentro, justo donde lo habíamos hablado. Lancé corto, seguro. Cayó de inmediato, pero el avance estaba hecho.

—Sigue así —me dijo al volver—. Se están partiendo.

No tardaron en demostrar que no iban a aflojar. Llegaron tarde en una jugada y me empujaron cuando el balón ya no estaba. No miré al árbitro. Me limité a levantarme y recolocarme.

—Otra.

El *drive* acabó en puntos. Los justos. Nada para presumir, pero suficientes para ponernos por delante por primera vez.

Ellos respondieron rápido. Empataron otra vez y el partido volvió a ese filo incómodo donde cualquier decisión pesaba el doble.

Ahí tocó pensar.

Variamos rutas. Amagué el pase dos veces seguidas y solté la tercera. Marcus se quedó bloqueando y me dio el segundo que necesitaba para lanzar sin prisas. Devin cerró por dentro, llevándose el golpe que no me llegó a mí.

El cuerpo iba solo. La cabeza, también.

Avanzábamos así, a base de oficio y lectura, hasta ponernos en posición. El *field goal* entró limpio.

Por delante.

Cuando tocó defender la última posesión, nadie habló. Jace cerró su zona como un muro. EJ empujó hasta que el silbato se lo permitió. Marcus se dejó caer sobre el césped para detener el reloj sin preocuparse de cómo aterrizaba.

Cuarta oportunidad. El balón voló… y cayó incompleto.

Se acabó.

Levanté los brazos por inercia, buscando una cámara que ya me estaba apuntando. Formé la E con los dedos, grande, clara.

Por él.

No sentí euforia.

Sentí alivio. Ese que te aflojaba algo por dentro cuando sabías que, ese día, habías hecho lo que tocaba.

Victoria.

La ducha fue rápida. Hielo en el hombro. Preguntas de prensa. Respuestas medidas. La sonrisa justa. El traje volviendo a pesarme sobre un cuerpo que ya no tenía nada más que dar.

En el bus hacia el aeropuerto, las luces iban bajas. Valentino se dejó caer a mi lado.

—Si necesitas que te eche una mano con la pelirroja, no con tu polla, pásale mi número.

—Cierra la puta bocaza, Dalton —respondí.

—Vale, pero solo porque hoy has estado de la hostia. De mayor quiero ser como tú, en los partidos, no en las gayolas.

—Vuelve a tu asiento o te lanzo por la ventana a modo de pelota. —Se me escapó una sonrisa.

Lo hizo y yo me quedé pensando en que ese chico prometía.

En el avión reinaba ese silencio de los vuelos nocturnos. *Tablets* encendidas. Alguna risa apagada. Había mirado el móvil antes de despegar y ahora tenía esa imagen que no me cansaba de mirar.

Evander dormido, abrazado a Blue, con nuestro apellido pintado en su frente.

Parecía relajado, feliz, y eso era un avance tras la pérdida de su madre.

Podía imaginar a Skyler vencida en el sofá, mi sudadera cubriendo parte de su cuerpo y la pancarta caída a un lado.

Tenía que dejar de pensarla si no quería tener un serio problema en mis pelotas.

Me gustó el audio que me mandaron con *We Are The Champions* de fondo y Evander proclamándome el mejor *quarterback* de la historia.

Cerré los ojos un segundo, no por el marcador, sino por ellos; necesitaba imaginarlos abrazándome.



Llegué a casa pasadas las dos. Dejé las llaves despacio, para no hacer ruido. Me quité los zapatos. Silencio.

Skyler estaba medio hundida en el sofá, la pancarta torcida en el suelo y mi sudadera subida más de lo debido sobre su muslo.

«No mires, no mires, no m… Mierda».

El recuerdo de cómo me había tocado horas antes volvió sin pedir permiso. Mis manos. Su cuerpo. La pérdida de control en aquella habitación de hotel y la culpa en la ducha.

Me odié un poco. No por desearla, sino por haber cruzado una línea que sabía que no debía ni rozar.

«No puedes permitirte esto».

La tapé con una manta para no ver sus piernas y le aparté un mechón de su preciosa cara. No la desperté. No me atreví.

Vivir bajo el mismo techo que ella iba a ser una prueba constante. Cada gesto cotidiano, cada roce accidental, cada noche en la que el cansancio no bastara para apagar lo que me despertaba por dentro.

Fui hasta el cuarto de mi hijo. Miré a Evander dormido y sentí el golpe definitivo, enroscado en la cama, abrazado a Blue y a una foto de su madre. No podía fallarle. No así.

Respiré despacio, del mismo modo que cuando lanzaba un pase que no admitía error.

Control, rutina, disciplina. Siempre había sabido jugar a eso y no iba a ser distinto.

Le coloqué la sábana con cuidado y lo besé en la mejilla.

Ganar partidos era una cosa.

Controlarme con Sky iba a ser otra muy distinta.

Fui a mi cuarto, me puse el pijama y apagué la luz, deseoso de encontrarme con ella en sueños, el único lugar donde podía permitirme que fuera mía.

CAPÍTULO 26



Desperté antes de que sonara nada. No fue el ruido lo que me sacó del sueño, sino esa sensación extraña de estar… cuidada. Abrí los ojos y tardé un segundo en entender por qué no tenía frío.

Una manta.

No recordaba haberla cogido.

Sonreí como una idiota mirando al techo, con el cuerpo aún medio atrapado entre el sueño y la realidad. Levi había llegado de madrugada. Lo sabía porque el apartamento ya no olía a vacío, porque había una presencia distinta, porque el silencio tenía peso, porque estaba tapada.

Me giré un poco en el sofá y la sudadera azul se me subió por el muslo. La suya. O la mía. Ya no sabía muy bien de quién era tras mi declaración formal de secuestro voluntario y apropiación muy debida de la prenda.

Era difícil establecer dónde empezaban unos límites que, en teoría, debían ser de hormigón armado…, y toda la culpa la tenía el hecho de volver a sentirme como una maldita cría pillada haciendo algo indebido por Levi Carter.

«No empieces».

Cerré los ojos un segundo y pensé en Evander. En lo bien que lo pasamos elaborando la pancarta. En cómo me había llamado «prima Nube» sin darse cuenta de que acababa de firmar un contrato vitalicio conmigo. En sus ojitos cuando me explicó que en ese jarrón

bonito del salón estaba su mamá y si podía ver con nosotros el partido.

Algo hizo crac en mi pecho. Por él… y por entender que Nova seguía muy presente en la vida de Levi.

Demasiado.

Quizá la chica de las bragas del avión solo fue un polvo rápido, sin nombre ni importancia, para mitigar que el amor de su vida se hubiera convertido en polvo literal en mitad del salón.

Era una maldita ingenua por pensar lo contrario.

Levi jugaba en otra liga y jamás iba a verme como yo a él. Tenía que poner fin a la maldición cuanto antes. Maldito Cupido y sus flechas torcidas, que solo habían acertado conmigo. De ese día no pasaba que deslizara el dedo en la aplicación y me buscara un problema distinto.

Me incorporé despacio y fui al baño. Me miré al espejo con el pelo hecho un desastre y los ojos todavía hinchados de sueño. No me duché. Me recogí como pude el desastre pelirrojo en un moño alto y decidí que desayunar era más urgente que cualquier otra cosa; pasar por agua iría después.

La cocina estaba en silencio, bañada por una luz suave de lunes perezoso. Saqué huevos, fruta, pan integral. Café. Mucho café. A Levi le encantaba, a ser posible un par de tazas en lugar de una. Eso lo había heredado de tía Jane. Solo, triste y sin azúcar.

Me movía con demasiada comodidad, como si ese espacio también fuera mío. En parte lo era; al fin y al cabo, ya llevaba varios días en el ático. Debería haberme dado miedo lo fácil que resultaba encajar ahí. En vez de eso, me sentí… peligrosamente en casa.

Cuando el olor empezó a llenar la cocina, lo noté antes de oírlo.

Pasos. Firmes, arrastrados. El sonido de alguien que no había dormido demasiado bien.

No me giré enseguida.

—Podrías haberte cambiado de ropa —gruñó a mi espalda.

Sonreí, lenta, a propósito; sabía que le molestaba que llevara su ropa.

—Perdón por haber priorizado llenar tus tripas y las de tu hijo a mi ducha matinal. Además, mi sudadera nueva es muy cómoda. No

vas a recuperarla por mucho que me la pidas.

Me giré lo justo para verlo apoyado en la encimera, con el pelo revuelto, la camiseta arrugada y esa cara de lunes que parecía pedir clemencia. Se pasó los dedos por la nuca, intentando disolver cierta tensión acumulada en el cuello. La barba de dos días que nunca terminaba de afeitarse le sentaba peligrosamente bien, lo cual me molestó más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Perdona —murmuró—. No he descansado como debería.

—¿Pesadillas? —pregunté, volviendo a la sartén—. ¿Mucho *jet lag*? Por cierto, enhorabuena. Anoche estuviste… espectacular.

No respondió. Solo emitió un sonido bajo, contenido. Noté su mirada recorriéndome la espalda, la sudadera larga, las piernas desnudas. Mi piel reaccionó como si alguien hubiera subido la temperatura de golpe.

Genial. Fantástico. Justo lo que necesitaba para empezar el lunes. ¿Estaría estropeado el termostato?

Fui a por unos vasos al armario alto. Me estiré de puntillas y, entonces, lo escuché.

Un quejido hondo, torturado.

¿Por qué demonios tenía esos vasos tan arriba? Seguro que Levi estaba temiendo que le rompiera toda la vajilla.

En cero coma estaba detrás de mí.

—Yo me ocupo.

Su mano se apoyó en mi cintura. No fue un roce casual, podía abarcarla casi sin esfuerzo. Y yo era demasiado consciente. Mi cuerpo respondió antes que mi cerebro, lo cual me cabreó bastante.

Su pecho se pegó a mi espalda. El calor, el peso, su brazo enorme alcanzando el estante. Su respiración rozándome la sien y… algo más.

Algo duro. Muy duro. Me mordí el interior del carrillo con fuerza.

«Tranquila».

«Todos los tíos se ponen duros por la mañana. Todos. No significa nada, es biología de manual. Mecánica pura».

«Mentira».

Lo sabía porque mi estómago dio un vuelco. Porque no quería que se apartara, y un recuerdo, de esos que surgían de sopetón,

apareció igual que él, en mi espalda.

Tenía ocho años cuando pillé a papá Travis en calzoncillos en la cocina, susurrándole algo al oído a mami Phil mientras ella se reía. Interrumpí el momento sin filtro alguno.

—Buenos días.

Él se dio la vuelta de golpe y yo me quedé mirando «aquello» *como si fuera un misterio de National Geographic.*

—¡Uala! Papá Travis, creo que te ha picado una abeja en tu cosa para hacer pis.

Mami Phil se descojonó viva.

—Em…, no, princesa —dijo él, rojo como un tomate—. Es algo que nos pasa a los chicos por la mañana.

—¿Os crece la cosa para apuntar mejor?

—Algo así. Voy a darme una ducha.

Me dio un beso en el pelo y salió huyendo.

Volví al presente con un escalofrío. Esa vez, la abeja parecía haberse cebado con Levi.

—Aquí tienes —murmuró, dejando los vasos en la encimera sin despegar los labios de mi oreja.

—G-gracias.

No se apartó enseguida. Noté cómo su nariz se deslizaba por mi pelo, despacio, tomándose su tiempo.

«Genial. Ahora también me olisquea para aseverar mi grado de pestilencia».

—¿A qué huele? —preguntó con un tono hosco.

—Creo que se te están quemando los huevos, papá —anunció una vocecita somnolienta a nuestra espalda.

«¿Sus huevos? No. Los míos. Definitivamente, los míos».

—¡Aparta!

Lo empujé.

Levi se hizo a un lado de golpe y yo corrí hacia la sartén. Evander estaba en el umbral de la cocina, despeinado, con el pijama torcido y los ojos medio cerrados.

Levi se frotó la cara, como si acabara de salir de una guerra, y se agachó delante de su hijo, en cuclillas, fingiendo una normalidad digna de un Óscar.

—Eh, campeón —dijo—. ¿Qué tal lo has pasado el finde?

Evander corrió a sus brazos y se activó como una ametralladora humana.

—Fuimos al parque y había una niña con una pala y yo corrí más rápido porque ahora me llamo Rayo Snake y no quería que me besara con gérmenes, me lo advirtió la amiga de prima Nube, nada de besos hasta los dieciocho. Y ayer fue increíble, hicimos tu pancarta y vimos el partido desde el sofá, y comimos perritos calientes, y ganaste, y levantaste los brazos, y vi mi letra, aunque la hicieras algo regular, supe que era la E. Mamá también lo supo, te vio desde su urna y creo que te dio suerte, por eso ganaste, ella te protege.

Tragué saliva mientras apartaba la sartén del fuego y volcaba los huevos en el plato.

Levi sonrió. Esa sonrisa que le ablandaba la cara y hacía que todo lo demás dejara de importar, incluida yo.

No deberían afectarme las palabras de su hijo, era lo normal, aun así, algo muy parecido a los celos —una sensación fea, punzante, innecesaria— se instaló en mi pecho.

Serví los platos, puse tres vasos de zumo y encendí la cafetera.

—A la encimera, señores —anuncié—. Antes de que Rayo Snake se la coma a bocados.

Evander obedeció. Levi se sentó a su lado y me miró mientras repartía el desayuno. No fue una mirada larga ni descarada.

Fue breve, cargada.

Levi me observaba por encima de la taza mientras bebía café. Yo fingí no darme cuenta.

—No deberías acostumbrarte a ir así por casa —dijo de repente.

Levanté la vista, pillada a medias.

—Así, ¿cómo?

Apretó la mandíbula un segundo antes de responder.

—Como si fuera… normal llevar una sudadera como vestido —añadió—. No es buena idea.

Asentí despacio, como si no acabara de clavarme algo justo debajo de las costillas.

—Tranquilo —dije—. Si tanto te disgusta que me apropiara la sudadera, después te la devuelvo.

—Pues a mí me gusta cómo te queda, deberías regalársela, papá.

—No importa, ya me compraré una.

Nos sentamos los tres. El ruido de los cubiertos llenó la cocina durante unos segundos un tanto tensos. Mis pensamientos revoloteaban sin permiso; estaba un poco enfadada por lo de la prenda.

Levi me observaba por encima del vaso mientras bebía zumo. Yo fingí no darme cuenta.

«No le gustas. Solo quiere lo que es suyo».

Eso me repetía.

No podía haber nada entre nosotros, por contrato, por lógica, por supervivencia y, sobre todo, porque él no sentía lo mismo, nunca lo había hecho. Y, aun así, cuando nuestras pupilas se cruzaron y ninguno apartó la mirada de inmediato, sentí ese runrún traicionero que me decía justo lo contrario, que me deseaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Evander ya llevaba comido medio plato de huevos revueltos y sonrió satisfecho.

—Prima Nube —dijo—, ¿qué haremos hoy?

Tragué saliva.

—Tengo que pensarlo, pero si os parece bien a los dos, me gustaría visitar algunas tiendas contigo. Creo que hay que darle personalidad a tu habitación. ¿Qué decís?

Levi bajó la mirada a su plato.

—Yo tengo que ir al estadio en un par de horas —dijo—. Pero volveré pronto esta tarde. Puedo dejaros donde queráis. Tienes una tarjeta en ese cajón para que compres lo que haga falta.

—¡Yuju! ¡Sí! —exclamó Evander—. Voy a cambiarme.

—Antes tienes que terminarte el zumo, jovencito.

Se lo bebió casi sin respirar y salió disparado.

Me quedé a solas con Levi, otra vez.

—Oye…, creo que es mejor que vayamos nosotros por nuestra cuenta —dije—. Ya sabes, los *paparazzi* podrían vernos y es mejor que no nos relacionen.

Él apretó los dientes.

—La parte trasera de mi coche tiene los cristales tintados.

—Ya, pero cuando bajemos…

—La prensa ya sabe que tengo un hijo.

—Sí, pero dudo que a ninguno de los dos nos convenga que sepan cuál es el otro empleo de su niñera.

Apartó la mirada, molesto.

—Está bien. Tú ganas.

Se levantó para servirse café y no pude evitar sonreír al darme cuenta de que también me preparaba uno a mí, con extra de leche, sirope de caramelo y un toque de canela.

El silencio volvió a caer, pero ya no era incómodo, por mucho que me molestara que no quisiera regalarme la sudadera.

Estaba cargado de otra cosa. Era el tipo de silencio que sabía cosas. Como que Levi Carter conocía a la perfección cómo tomaba el café por las mañanas.

Cuando dejó la taza frente a mí y volvió a mirarme con aquella expresión indescifrable, tuve la inquietante sensación de que, si seguíamos desayunando juntos muchos lunes más, alguien iba a perder el control de forma inevitable.

Y no estaba segura de quién sería el primero.

—Me voy a la ducha.

«Sí, yo también necesitaba una, y con urgencia».

CAPÍTULO 27



En cuanto Levi se marchó al estadio, decidí que era buen momento para irnos nosotros también. Seguía con la maldita frase clavada en el cerebro sobre lo de llevar su sudadera: «No es buena idea».

Seguro que eso no se lo habría dicho nunca a Nova. Claro que yo no era la mujer a la que le había hecho un altar improvisado para su urna, solo la que cuidaba de su hijo, le preparaba el desayuno y le fregaba su maldita taza de café, como una ama de casa en prácticas, mientras rezaba por no colapsar bajo una de sus miradas.

¿Por qué tenía que afectarme tanto si yo a él no le afectaba nada?

Y no iba a ser porque no hubiera ejecutado bien la ley de la atracción. Me pasé años con solo dos cosas en mi *visionboard*: mi cara recortada con un vestido de las DCC y la de Levi Carter enmarcada con un corazón. Quizá no lo hice del todo bien. O, tal vez, simplemente el universo no quería que fuera él.

Evander estaba en el salón, bocabajo en la alfombra, construyendo algo con piezas que no combinaban con nada y, aun así, funcionaban. Como él, al igual que todo lo que hacía.

Me acerqué al cesto de la ropa sucia del lavadero y solté la sudadera azul con un gesto dramático, como si me despidiera de un amante condenado.

—Ahí te quedas. —La señalé—. Pórtate bien y regresa a tu dueño sin mi olor, si puedes.

No había suficiente ropa sucia, así que tendría que esperar a que pudiera hacer la colada.

Evander levantó la cabeza en cuanto me vio aparecer.

—¿Podemos ir ya a las tiendas?

Me alegraba que le emocionara mi propuesta.

—Podemos —miré el reloj—, y tengo una idea que creo que te va a gustar.

Sus ojos se abrieron.

—¿Cuál?

—¿Has ido alguna vez en transporte público?

—Explícate mejor.

Ahí tenía la respuesta que esperaba.

—En bus.

—¿Un bus? ¿De esos largos y grandes?

Asentí. Él sonrió como si le hubiera dicho que íbamos a pilotar un cohete.

—¿De los que tienen gente? —insistió.

—*Sip*, de los que llevan pasajeros y asientos que a veces se pegan a tus muslos, porque Dallas también tiene su lado salvaje.

Se llevó una mano a la boca, fascinado.

—¿Me puedo sentar al lado de la ventana?

—Si me prometes que no chupas el cristal, sí.

—Puaj, qué asco.

—Perfecto. Entonces, preparémonos para una nueva misión encubierta de primo Rayo y prima Nube. Vamos a desatar la tormenta perfecta.

Nos preparamos para salir con nuestro ritual de la clandestinidad, porque siempre había alguien dispuesto a ponerte una cámara a tres metros.

Primero, Evander.

Le puse una gorra azul marino encajada hasta las cejas, unas gafas de sol ridículamente grandes, que le quedaban como a un miniespía, y una sudadera con capucha gris. En la mochila le metí una braga de cuello con dibujos de dinosaurios que encontré en un cajón. Era excesivo, sí, aunque necesario.

—Pareces un agente secreto —le dije.

Se miró en el espejo del recibidor y asintió, orgulloso.

—Hoy soy Rayo Sombra.

—¿Qué le ha pasado a Rayo Snake?

—Tiene el día libre. Hoy no me apetece que me tatúes, todavía me pica la piel.

—Perfecto. Rayo Sombra, bienvenido al equipo.

Luego fue mi turno.

Me hice una coleta baja, la escondí bajo una gorra negra sin logo, me puse unas gafas de sol y una chaqueta ancha con capucha. El objetivo era sencillo: nadie debía reconocer a una DCC y al hijo del *quarterback* estrella comprando cojines con forma de pez.

—¿Estoy guapa? —pregunté.

Él me observó con seriedad absoluta.

—Parece que vas a robar una gasolinera.

—Gracias. Esa era la idea.

Salimos del edificio por el *parking*. Los *paparazzi* siempre estaban apostados en la entrada principal o en la rampa de salida de los coches, pasaban de la puerta lateral. Evander iba saltando de losa en losa, evitando «el suelo de lava» con una disciplina que ya me gustaría tener a mí para las patadas frontales.

Cuando llegó el bus, su cara se iluminó tanto que supe que había acertado.

Subimos, pagamos y nos sentamos. Ventana, como había exigido el señorito.

Durante los primeros minutos solo hubo «uau», «mira ese perro» y «ese señor va a estornudar»; lo narraba todo como si estuviera retransmitiendo un documental y yo me limité a dejar que su entusiasmo me colonizara el cerebro. Hasta que, de pronto, me miró de lado.

—Sky…, digo, prima Nube.

—Dime, Rayo Sombra.

—¿Tú tienes novio?

Casi me atraganté con mi propio desconcierto.

—No.

—¿Por qué?

Recordé que, para un niño, los veintidós son la edad de la gente que ya debería tener hipoteca, tres hijos y una foto en blanco y negro colgada en el salón.

—No sé. —Me encogí de hombros—. Supongo que nunca me ha gustado nadie lo suficiente…, o yo no le he gustado al correcto.

Frunció el ceño.

—¿No le gustaba tu pelo?

Parpadeé, desarmada.

—¿A ti no te gusta?

—A mí me da igual. —Se encogió de hombros con la sabiduría de alguien que solo se preocupaba por peces y coches—. Supongo que le queda bien a tus pecas.

La risa me salió por la nariz. En su lenguaje, eso debía de ser un cumplido.

—Gracias.

Asintió y siguió con su interrogatorio, como si fuera el fiscal de mis decisiones.

—Entonces, ¿por qué no tienes hijos?

Mi cerebro hizo un ruido raro, como una impresora atascada.

—Bueno… —busqué la forma de explicárselo sin traumatizarlo—, en algún momento supongo que sí que querré, lo que ocurre es que, para tener hijos, normalmente necesitas a alguien con quien… tenerlos. No quiero ser madre soltera, a poder ser.

—Lila decía que es mejor no esperar mucho para tener bebés —dijo muy serio—, porque luego te cansas y estás cerca de la muerte.

Me quedé en blanco.

—¿Cerca de…?

—Sí. —Me miró como si fuera obvio—. Tú tienes veintidós. Eso es… mayor.

Noté que un señor de pie, agarrado a la barra, nos miraba con el ceño fruncido. Yo seguí hablando con naturalidad, como si no estuviera a punto de ser denunciada por «conversaciones raras con menores».

—Evander, cielo, a los veintidós no estás cerca de la muerte. A no ser que enfermes.

Se lo pensó.

—Bueno. Estás más cerca que yo, pe-pero no quiero decir que quiero que te mueras, ¿me entiendes?

No pude discutir esa lógica sin meterme en un agujero filosófico. Tras la pérdida de su madre, la muerte era algo demasiado presente en su vida. Yo me pasé un tiempo obsesionada por si le pasaba cualquier cosa a mami Phil.

—Sí, bueno, el tiempo es el que es, eso no te lo discuto.

Él siguió, imparable.

—Lila me contó que los hijos vienen cuando dos personas se quieren mucho. Así que, si tú no tienes quien te quiera…

Me dolió más de lo que debería. Una frase pequeña, soltada sin maldad, con la inocencia de un niño.

—Lo pillo. Entonces, tendré que buscar. —Forcé una sonrisa—. Lila es una mujer muy sabia.

Asintió y, de repente, su entusiasmo se apagó un poco.

—Y muy buena.

Ahí lo vi. Ese borde de tristeza, la nostalgia metida en un cuerpo demasiado inocente. Se me apretó el pecho.

—Oye… —bajé la voz—, si quieres, cuando paremos para comer, podríamos llamarla.

Su cabeza se giró hacia mí como si le hubiera prometido el mejor regalo del mundo.

—¿Podemos?

—Ajá. Seguro que ella también te extraña. Se va a poner muy contenta de verte y de oír lo que ha pasado en estos días.

Apretó los labios, intentando hacerse el duro, lo cual le quedó tan mal que me dieron ganas de abrazarlo ahí mismo.

—Vale —dijo—. Me gusta ir en bus y… —miró por la ventana— creo que tú también me gustas.

Me reí bajito.

—Tú me gustaste desde el primer día que te vi, campeón.

Me miró, desconfiado.

—¿Aunque tratara de envenenarte?

—Bueno…, algunas de las mejores historias de amor incluyen veneno, y esa fue la segunda, no la primera.

—Oye, que yo no te quiero —dijo de golpe, alto— ni quiero bebés contigo, eres muy vieja.

Se me escapó una carcajada tan fuerte que el señor de pie me fulminó con la mirada; parecía que acabara de confesar un delito.

Negué con la cabeza, aún riéndome.

—Yo tampoco te quiero de esa manera, tesoro. Está bien que tengas las ideas claras. Uno de los dos debe mantener la cabeza fría.

Señalé la pantalla del bus.

—Esta es nuestra parada.

Alguien había pulsado el botón, así que me limité a ponerme en pie. Bajamos.

Fuimos directos a una tienda enorme de cosas de hogar que tenía más pasillos que un aeropuerto. Cogimos un carrito, que Evander se empeñó en empujar, con la misión decoración pegada a la cara.

—¿Alguna idea de lo que quieres? —le pregunté.

—Mi habitación tiene que ser como el fondo del mar —anunció—. Con Blue como protagonista.

—¿Con Blue y tiburones grandes?

—Mejor uno que no dé miedo, también un pulpo y una anémona.

—Anotado: tiburón bueno, pulpo y anémona.

Encontramos cortinas azules con dibujos sutiles de olas, una alfombra redonda que parecía una burbuja gigante, cojines en forma de pez amarillo y una colcha con estrellas marinas. Él se empeñó en comprar un póster con un océano iluminado y yo lo dejé ganar porque verlo tan emocionado era como darle color a una casa que había vivido en escala de grises.

También compramos una lámpara pequeña con forma de submarino y unas pegatinas para la pared: peces, algas, un pulpo y un tiburón que Evander aseguró que se llamaría Señor Dientes.

Cuando llegamos a caja, teníamos tantas bolsas que parecía que acabábamos de mudarnos al mar.

—¿Puedo llevar una? —pidió.

—Puedes llevar la más ligera. La de las pegatinas, que pesa lo mismo que una galleta.

—Soy fuerte —protestó.

—Eres fuerte y yo soy mayor, así que gano por experiencia.

Salimos de la tienda cargados y fuimos a una hamburguesería cercana, de esas con olor a patatas y mesas pegajosas que te recordaban que la felicidad a veces era sencilla e iba envuelta en kétchup.

Pedimos y, mientras esperábamos, saqué el móvil.

—Voy a llamar a tu padre para que nos dé el número de Lila.

—No hace falta, me lo sé. Hizo que me lo aprendiera por si alguna vez me perdía.

Lo recitó sin respirar. Se me encogió algo en el pecho.

—Genial. Vamos a hacer una videollamada para que pueda verte la cara.

Coloqué el móvil apoyado en el vaso de refresco mientras él ponía carita de nervios.

Cuando la pantalla se iluminó y apareció Lila, con el pelo recogido, una camiseta vieja y una sonrisa inmensa, él se llevó las manos a la boca y luego se lanzó hacia el móvil como si pudiera atravesarlo.

—¡Lila!

—¡Mi bebé! —Ella casi gritó, con esa voz de madre que abrazaba incluso a través de una pantalla. Debía rondar los cuarenta y tantos. Era una mujer de color con un aspecto amable—. ¡Mira qué guapo estás con esa gorra y esas gafas!

Evander se las deslizó por el puente de la nariz. Se acercó tanto que solo se le veía un ojo.

—Estoy de misión para que no me descubran. Hoy me he montado en bus y fui a una tienda y compré muchas cosas para mi habitación nueva, va a ser del mar. Y ayer vi el partido y papá ganó y mamá estaba en su urna y…

Su excanguro se llevó una mano al corazón. Sus ojos brillaron.

—Despacio, cielo, despacio… que, si no, me da algo.

En un segundo apareció a su lado un chico grande, con mirada dulce y sonrisa lenta. Tenía el cuerpo de adulto y la expresión de un niño.

—¿Evan-der? —preguntó, emocionado.

El niño se quedó quieto un instante.

—¡Noah!

—¡Evan-der! —Noah agitó la mano, feliz—. ¿Vienes a jugar?

Rayo Sombra se mordió el labio, como si esa pregunta le rompiera algo.

—Estoy muy lejos. No… no puedo.

Lila le pasó un brazo por los hombros a su hijo y lo apretó.

—Cariño, ya te lo he explicado. Ahora Evander vive en Dallas con su papá y no podemos quedar como antes con él —dijo, mirándolo con cariño—. Aunque en algún momento iremos a veros.

—¿Cuándo? —preguntaron los dos al mismo tiempo, removiéndome por dentro.

—En cuanto podamos —respondió Lila, paciente—. Te echamos mucho de menos —confesó, mirando al frente.

Vi cómo tragaba saliva y bajaba la voz para responder.

—Yo también.

Noté humedad en mis ojos. Una lágrima estúpida, traicionera, que no tenía derecho a existir.

Yo me había mantenido en un segundo plano y solo se me veía un brazo. Lila estiró el cuello, como si pudiera verme si lo hacía. Por fin se dio cuenta de que no estaba solo.

—Hola —dijo, suave—. ¿Tú eres la nueva canguro?

Me tensé de golpe, parecía que me hubieran pillado robando, y acerqué un poco la silla para entrar en el plano.

—Sí. —Levanté la mano, torpe—. Hola, Lila. Soy Skyler, la prima de Levi. He oído hablar mucho de ti estos días, todas cosas maravillosas. Hola, Noah.

La sonrisa de Lila fue cálida, real.

—Evander acaba de hablarme de ti —dijo—. Parece que os lleváis bien.

—Sí. Es un niño increíble.

Ella rio y se le humedecieron los ojos.

—Lo es. —Me miró de una forma que me atravesó—. Gracias por cuidarlo así.

No supe qué contestar. Me ardió la garganta.

—Es muy fácil de querer —logré decir.

Lila asintió despacio, como si esa frase le doliera y la consolara a la vez.

—Lo sé. —Sonrió—. ¿Te está dando guerra?

—No demasiada —respondí, intentando bromear—. Me ha dicho que con veintidós estoy cerca de la muerte y que no piensa ser el padre de mis hijos.

Ella soltó una carcajada. Noah también, aunque no sabía por qué.

—Pues escúchame, Skyler —dijo ella, con la risa aún en la voz—. Si a los veintidós estás cerca de la muerte, yo ya debo estar en el más allá…, y dudo que con esa cara te falten candidatos.

Evander se inclinó hacia la cámara.

—Lila, ¿puedo llamarte más?

Ella cambió la expresión, enternecida.

—Siempre que quieras, cariño. Siempre.

Él asintió, satisfecho. Luego miró a Noah.

—Cuando vuelva o vengas de visita, jugamos.

—Sí —dijo Noah, feliz—. Jugamos.

La llamada se fue apagando con promesas pequeñas y sonrisas grandes. Cuando colgamos, Evander se quedó mirándome unos segundos, con las mejillas un poco húmedas.

Yo también estaba a punto de llorar, la pequeña conversación había sido muy intensa.

Se levantó de la silla y me abrazó sin avisar, con todo el cuerpo. Como si me diera las gracias con el único idioma que sabía usar bien.

—Ha sido muy guay —murmuró contra mi chaqueta.

Me rompí un poco por dentro.

—Lo ha sido —le dije, acariciándole la espalda—. Podemos llamarla siempre que quieras.

Se apartó un poco y me miró.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. —Extendí el meñique para sellarlo.

Le limpié con el pulgar una mejilla húmeda y sonreí.

—¿Qué te parece si hacemos una última parada y nos tomamos un helado?

Sus ojos se iluminaron de nuevo.

Miré las bolsas, su cara manchada de lágrimas y ese vacío extraño que se me había llenado un poco sin pedir permiso. Él también me

miró y sonrió.

—Hoy está siendo un buen día.

—Sí, lo está siendo —confirmé.

Y, por un instante, solo por un instante, pensé que quizá lo peligroso no era acostumbrarse a ir por casa con una sudadera robada. Lo peligroso de verdad era empezar a sentir que pertenecía, un poco, a los habitantes de esa casa.

CAPÍTULO 28



Skyler no llevaba nada más que mi maldita sudadera en mi jodida cocina.

Eso fue lo primero que pensé al cruzar las puertas del AT&T Stadium.

Ni el partido del domingo. Ni la sesión de vídeo que nos esperaba. Ni el hielo que acabaría mordiéndome las piernas por la tarde.

La cocina y ella pululando como si fuera suya, descalza, con el pelo recogido de cualquier manera y mi sudadera cayéndole por los muslos sin normas.

La imagen volvía una y otra vez para sacudirme las pelotas.

Sky poniéndose de puntillas para alcanzar los vasos del armario, la tela subiéndole apenas un par de centímetros, lo justo para que se me secara la boca y mi polla brincara, pidiendo encajarse en algún sitio.

No supe si llevaba uno de esos tangas ridículos como el que yo guardaba o si directamente no llevaba nada. Mi cabeza eligió la opción que más daño hacía.

«Puto demente».

La culpa era de mi paja del sábado. Viéndola en ese mismo lugar, con la misma ropa, imaginándola sobre la encimera mientras yo empujaba entre las piernas abiertas contra el mármol, sin quitársela, solo levantándola lo justo.

Y ahora tenía que convivir con eso.

«Brillante, Carter».

Mi cuerpo no distinguió entre fantasía y realidad, sobre todo, viendo la parte baja de sus nalgas.

No recordaba haber decidido ayudarla. Solo rememoraba estar, de repente, detrás de ella, demasiado cerca, con una mano apoyada en su tripa para alcanzar los vasos mientras mi rabo le daba los buenos días desesperado.

Necesitaba tocar algo para no perder la cabeza, o para perderla del todo, no estaba muy seguro.

El contacto fue inmediato, su calor, la presión y ese maldito olor suyo que no sabía a perfume caro, solo a algo dulce y azucarado, como un pastelito recién horneado servido frente a un ramo de flores frescas: Skyler.

Mi cuerpo reaccionó como un traidor, duro, sin pedir permiso, sin importar que fuera lunes por la mañana, que mi hijo estuviera en casa o que ella fuera mi prima adoptiva. Oliéndola, queriendo imprimir su aroma en mi cerebro. Por eso me aparté, por eso gruñí, por eso le dije que no era buena idea que fuera vestida así, como si me molestara y fuera una orden, no una súplica mal formulada.

Porque si Evander no nos hubiera interrumpido y yo me hubiese quedado un segundo más allí, la habría subido a la encimera como deseaba y la habría follado hasta que en sus labios se formulara mi nombre. Y eso sí que no tendría vuelta atrás.

Atravesé los pasillos del estadio malhumorado, con la escena ardiéndome en la cabeza. Aire frío, suelo brillante, olor a café y desinfectante. Todo demasiado pulcro para el puto caos que llevaba dentro.

La sala de visionado estaba llena. Sillas negras, *tablets* encendidas, el *staff* ya preparado. Nos sentamos y el partido empezó a correr en la pantalla gigante.

—Aquí —dijo el coordinador ofensivo—. Buena lectura, Levi, pero fíjate en el *safety*.

Asentí, ese día tocaba asumir los errores para mejorarlos y, aun así, mientras la jugada avanzaba en cámara lenta y el entrenador hablaba, mi cabeza volvió a ella.

Sudadera, encimera, boca abierta gimiendo mi nombre.

—Carter.

—¿Sí?

Respondí sin dudar.

—Ruta secundaria, *checkdown*, protección correcta.

Mi boca decía lo que tenía que verbalizar, aunque mi cabeza estuviera en otra parte.

Si el entrenador se dio cuenta, no dijo nada.

La sesión duró casi una hora. Los lunes después de un partido, a pesar de que hubiéramos ganado, no eran para aplaudirse, eran para asumir qué podríamos haber hecho mejor y no cagarla en el siguiente. Cuando salimos, Ty me dio un golpe en el hombro.

—Buen partido —dijo—. Aunque tienes cara de haber dormido como el culo.

—Algo así.

—¿El crío?

—El crío… y preocupaciones varias. Se me pasará.

—Tú lo que necesitas es pasar de las pajas y hundirte en un coño de verdad.

«No te haces una idea».

Marcus apareció por detrás.

—¿Coño? ¿Alguien ha pronunciado la palabra «coño»?

—Estás enfermo, Knigth —farfullé.

La comida fue en el comedor del equipo. Proteína, arroz, conversaciones cruzadas. El ambiente era bueno, de victoria sufrida, pero limpia. Risas, alguna coña, comentarios sobre el siguiente rival.

—Eh, Carter —dijo uno de los *linebackers*—. En el tercer cuarto, en la segunda y larga…, ¿viste tarde el *blitz* o estabas improvisando?

Levanté la mirada despacio. Demasiado lento. Como si no hubiera estado allí del todo.

—Lo vi —respondí—. Elegí no regalar el *sack*.

—Claro —añadió Devin—. Porque saliste como si te persiguiera el diablo.

—O como si necesitara correr —repliqué.

Risas alrededor de la mesa. Demasiadas. Yo apenas sonreí.

Valentino alzó el vaso desde la otra punta, mirándome como si supiera algo que yo no quería confirmar.

—Inspiración pura. Nuestro QB1, cuando improvisa, es otro hombre.

Lo miré un segundo más de lo necesario.

—Tú no dices nada —lo corté—. Comes y masticas, Dalton.

—Vaya. —Sonrió—. Hoy estás sensible.

Claro que lo estaba.

Comí rápido y me levanté antes de tiempo. Necesitaba cansar el cuerpo para acallar la cabeza. Por eso, después de la comida, fui directo al fisio.

La sala estaba en penumbra. Camillas alineadas, olor a crema y a hielo. Me tumbé bocabajo mientras el fisio trabajaba hombros y espalda.

—Estás más cargado de lo normal —comentó—. Para ser lunes.

—Semana larga.

Cada presión me llevaba a otra imagen. No del partido. De su espalda cuando se estiró, de mi mano en su tripa, de cómo se me tensó todo por debajo del ombligo.

McKena seguía trabajando sin decir nada y agradecí que no me mirara, porque si levantaba la vista, iba a notar que la mayor tensión no estaba en el hombro.

—Métete en el hielo —dijo al rato.

«Mejor congelar las pelotas un rato, sí».

El frío me mordió la piel; inspiré hondo. Dolor físico para desplazar el mental. Funcionó… cinco segundos, porque cuando llegó el sexto, una voz me interrumpió.

—No te lo vas a creer.

Reconocí su voz antes de abrir los ojos.

Dalton tenía el don de aparecer siempre cuando menos paciencia me quedaba.

—Si vienes a decirme que tu polla se levanta al verme, aunque no sea tu tipo, te creeré —solté—. Tu fijación por mí empieza a ser preocupante.

Lo dije en broma.

Demasiado rápido.

Como si necesitara marcar territorio.

—Confieso que, si te pusieras un vestidito de DCC y solo viera tu culo en bandeja, igual miraba hacia otro lado —respondió—. Pero no va de eso.

Gruñí.

—Valentino…

—Ahora en serio, tío… —bajó la voz—. Me ha deslizado.

Abrí un ojo.

—¿Qué?

—La animadora, joder. La que te dije del primer partido.

Entrecerré los ojos.

—¿Qué quiere decir que te ha deslizado?

—Bueno, a ver, estoy en una *app* de esas, ya sabes, sexo fácil y sin compromiso. No me mires así, me apunté cuando estaba en la uni y ni recordaba estar ahí, pero ella me ha encontrado y… —hizo un movimiento con el dedo—, *touchdown*, colega.

—Ya te dije que las DCC están prohibidas.

—Sí, bueno. —Se encogió de hombros—. Nadie tiene por qué enterarse. Además, ya sabes lo buena que está. Ni siquiera tú pudiste resistirte, «co-le-ga» —murmuró con una complicidad que no entendí.

El hielo dejó de doler.

—En serio, chaval. —Me incorporé—. Lo tuyo es preocupante. Juegas un partido y ya te quedas gilipollas perdido. ¿Por qué no pides un encefalograma? Yo jamás estaría ni haría nada con una DCC.

—Y una polla —bufó—. ¿Crees que soy imbécil? Reconocí tu puta cocina.

El mundo se paró.

—¿De qué cojones hablas?

—De la pelirroja de la paja —dijo sin rodeos—. La reconocí en la foto.

El hielo dejó de doler. No porque me acostumbrara, sino porque todo se me subió al pecho.

—¿Qué has dicho? —pregunté.

—Que si tú te la has tirado, me la suda —continuó—, pero no vayas de digno. Yo también quiero entrar en esa madriguera.

Ahí ya no oí nada más. Salí del hielo de golpe, agarré la toalla que llevaba al cuello y tiré de él hacia un rincón del vestuario.

—Esa tía no es tu puta animadora.

—Ya lo creo que sí —replicó—. Jamás olvidaría esa cara y esas piernas. Por muy cubiertas de *lefa* que estuvieran.

Lo estampé contra la pared.

—Esa tía no es tu animadora —repetí, con ganas de molerlo a hostias.

—Te digo que sí. Tengo memoria fotográfica y era ella.

—Lo que tú tienes es memoria pornográfica.

Él sonrió, provocador.

—Eso también. ¿Qué pasa, príncipe de los Cowboys? ¿La quieres solo para ti? ¿Te jode que haya deslizado el dedo por mí? Pues lo siento, pero te aguantas, hemos hecho *match*, así que…

No podía más ante tanta gilipollez, la cabeza me daba vueltas y estallé.

—¡La de la foto es mi puta prima!

Silencio, el aire se me quedó corto.

—Nah…

Me acerqué más, nuestras narices casi se rozaban.

—Sí.

—¿La estríper de las bragas?

Lo miré sin dar crédito.

—¿Y tú cómo sabes eso? —pregunté despacio—. Cuando tuve esa conversación con Ty en el avión, tú llevabas los cascos puestos y estabas viendo una peli de *Star Wars.*

—Puede que solo fingiera. —Se encogió de hombros—. ¿Qué? Me excluyes de las cosas divertidas, así que me busco mis propios medios.

—Eres imposible.

—Eso dice mi hermana… Haríais buenas migas, es tan estrictamente insoportable como tú. —Sonrió—. Para que yo me aclare, entonces…, tu prima y tú …

—¡Mi prima y yo nada!

Lo dije demasiado rápido, él arqueó una ceja.

—Vale, vale. Igual tiene una doble en la ciudad a la que le gusta menear las caderas y agitar los pompones… Ya sabes… Levantar el ánimo del personal.

Y entonces, algo hizo clic en mi cerebro y se me retorció por dentro.

La mochila colgada en su hombro, ella volviendo con el pelo húmedo y nuestra conversación:

—Entonces, te gusta levantar la moral de quien te mira.

—Supongo que sí, para eso estamos las chicas y yo.

—¿Podríamos catalogar tu otro trabajo de… levantamiento de ánimos?

—Sí, me gusta animar.

«¡Mierda! No puede ser que la haya malinterpretado, ¿verdad? Está prohibidísimo respirar el maldito aire de una DCC, y mucho menos convivir con ella bajo el mismo techo. Eso podría significar el fin de mi carrera y de la suya».

—Necesito ver la foto —dije.

—¿Qué?

—La foto de la chica con la que has quedado, necesito verla. Andando.

Lo agarré del brazo y empecé a arrastrarlo hacia el vestuario.

Porque si Dalton tenía razón…, prefería no pensar en las consecuencias.

CAPÍTULO 29



La habitación de Evander había quedado… adorable.

No en plan «catálogo de muebles suecos con niños felices que comen zanahorias», sino en ese punto exacto en el que sabías que alguien había puesto cariño de verdad. Las paredes seguían siendo claras, pero ahora había un toque de azul en las cortinas nuevas, una alfombra mullida que amortiguaba pasos y una colcha tan suave que daban ganas de pedirle perdón antes de sentarse encima.

Evander se había quedado frito mientras yo terminaba de poner las pegatinas en el punto exacto que pidió.

Boca entreabierta, respiración profunda, Blue entre sus brazos. Una pierna fuera de la colcha, el pelo revuelto y esa calma absoluta que solo tenían los niños cuando por fin se rendían al cansancio.

Me quedé quieta, con la última pegatina de un pez de colores, observándolo.

«Vale. Esto debería estar prohibido. Nadie tendría que ser tan mono y provocar un instinto maternal que, se supone, llega bastante después de perder la virginidad».

Despegué la parte protectora y coloqué el pececillo con cuidado, al lado de la anémona gigante, sin hacer ruido. Luego retrocedí despacio, eché un último vistazo, dándome por satisfecha, y cerré la puerta para apoyar la espalda en la pared del pasillo.

Sonreí.

Había sido un día largo. De esos que empezaban con compras, risas nerviosas y terminaban con una sensación de hogar prestado.

Un hogar que no era mío, pero en el que empezaba a encajar demasiado bien.

Demasiado sola y sin nada que hacer, decidí que tenía un rato para mimarme; me lo merecía.

«Un ratito para ti. No pasa nada», eso fue lo que me dije antes de ir a mi cuarto, ponerme uno de mis bikinis y servirme una copa de vino.

«Eres una DCC fuera de horario laboral, puedes permitírtela».

Hacía siglos que no bebía nada. Entre ensayos, turnos extra y sobrevivir con dignidad al zulo de Kayla, el alcohol había quedado relegado a la categoría de «lujos que no me permitía». Pero ese día…, ese día me lo había ganado.

Cogí el móvil, la copa y me encaminé hacia la zona de *spa* del gimnasio; quería relajarme un poco antes del entrenamiento de la tarde.

El *jacuzzi* me recibió como una promesa indecente.

Esa vez sí que encendí las velas, que olían a algo muy rico y especiado, y le pedí a Alexa que pusiera algo de música suave, nada estridente o demasiado evocador. Sonó Sade. Perfecto. Entré en el agua y gemí bajito cuando el calor me envolvió.

«¡Joder! Cuando sea millonaria voy a pedirme uno».

Apoyé la cabeza en el respaldo y dejé la copa en el borde.

«Relájate, te lo mereces, nena».

Cerré los ojos unos segundos. Las burbujas me masajeaban la espalda, los hombros, la cabeza. Sentía el cuerpo suelto, la mente flotando y esa peligrosa sensación de que todo estaba bien.

Demasiado bien. Entonces, pensé en el desayuno, en mi mal humor y en lo que llevaba días postergando.

Suspiré, tenía que dar un paso al frente, era ahora o nunca.

—Vale, Sky —murmuré—. Vamos a ser adultas y entender que no puedes seguir viviendo en un cuento prestado que jamás sucederá.

Cogí el móvil y abrí la *app* de *ligoteo*. Kayla se sentiría orgullosa de verme; si conseguía una cita con alguien decente, después se lo contaría.

Crear mi perfil fue rápido. Elegí una foto de mí sonriendo cerca del lago, en Saint Valentine. Me gustaba: sonrisa natural, nada de

morritos, nada de escotes estratégicos. Bío breve, por si a los de la franquicia les daba por buscar, no tuvieran nada que reprocharme.

«Animadora profesional. Amante del café con sirope de caramelo, los dulces ocasionales, el color rosa, las *playlists* bien hechas y los planes improvisados. Busco risas, química y alguien al que le gusten las cosas sencillas y no juzgue mi necesidad de que todo brille. Si te gusta el *ballet* tienes puntos extra».

Difícil que le gustara el *ballet*, pero bueno.

Una vez lo tuve creado, empecé a deslizar.

Perfil uno: selfi con gafas de sol dentro del coche, morro fruncido y una nariz tan grande que parecía tener código postal propio.

—Uf. Con solo respirar, podría perderme por uno de tus orificios y quedarme atrapada en un moco. *Next*.

Perfil dos: camiseta sin mangas, foto en el espejo del baño, bíceps en primer plano.

Bío: «Coleccionista de pelusas del ombligo. No preguntes».

—Ni se me ocurriría preguntar. Corriendo en sentido contrario. Mira que hay gente con aficiones raras —murmuré, deslizando—. *Next*.

Perfil tres: sonrisa pálida, ojos intensos. ¿Eso era *eyeliner*?

Bío: «No reflejo en los espejos. Aficionado a la sangre. Busco una compañera de vida eterna que no le guste el ajo».

—Cariño, tú estás predestinado para una fan de *Crepúsculo*. Yo no me siento muy Bella hoy —susurré—. *Next*.

Perfil cuatro: veinte fotos con motos, ninguna sonriendo, cazadora de cuero abierta y más pelo en el pecho que yo en mis piernas.

—¿Eres un Ángel del infierno o buscas un centro de depilación? —Resoplé—. *Next*.

Pasaron unos cuantos más que no había por dónde cogerlos, me reí sola, bebiendo un sorbo de vino, hundiéndome un poco más en el agua.

«Nadie va a ser como Levi». El pensamiento me golpeó sin avisar. Fruncí el ceño, molesta conmigo misma.

—Pues claro que no, porque no estás buscando a Levi, sino justo lo contrario —me dije—. No vamos a sabotearnos, así que, en cuanto aparezca uno con el que no te dé asco besarte y que tenga

un perfil que te haga sonreír, de cabeza que vamos. No tienes que casarte con él, solo pasar un buen rato y romper esa barrera que tú misma te has autoimpuesto.

Seguía deslizando hacia la izquierda cuando apareció él.

Rubio, ojos azules, aunque la sonrisa fue en lo primero que me fijé. Bonita, abierta, de esas que no parecían ensayadas y gritaban «voy a pasármelo bien». Llevaba el pelo ligeramente despeinado, guapo sin ser insultante.

Bío: «Ciencias del Deporte. Máster en proceso. Última actualización, hace un año. Busco alguien que se ría fácil, que no tenga miedo a improvisar y que entienda que en cualquier plan puede surgir la llama».

Nada más. Nada de postureo. Nada de promesas.

«Mono y con chispa».

La cosa era que el nombre me sonaba, Valentino Dalton…, pero ¿de qué?

Fruncí el ceño, intentando ubicarlo. ¿Hermano de alguna de las chicas de la uni? ¿Algún evento? No lo tenía claro.

Me encogí de hombros.

—Vamos, Sky. Es ahora o nunca, dijiste que lo harías y no tiene pinta de asesino en serie. —Deslicé a la derecha—. La suerte está echada. Si tiene que ser, será —murmuré.

Dejé el móvil bocabajo y volví a recostarme con el pecho burbujeando. No quería mirar más; buscar candidatos me agotaba.

El vino, el calor, la música… todo conspiró contra mí.

El asiento con cabezal era un grave error.

Lo último que recordaba era pensar que me encontraba bien. Que, por una vez, no estaba huyendo, solo… siendo.

Luego, voces.

Gruñidos.

«¿Estaba en mitad de una pesadilla?».

—¡Skyler!

Parpadeé, desorientada, me costó darme cuenta de que me había quedado traspuesta hasta que lo vi entre la bruma.

—¿Qué…? —murmuré adormilada.

—¡Sky!

Abrí los ojos de golpe.

Levi.

De pie frente al *jacuzzi*, mandíbula tensa, ceño fruncido. Manos en las caderas, pelo húmedo y cara de muy pocos amigos.

Mi corazón se detuvo.

—¿Evander? —balbuceé, incorporándome de golpe—. ¿Qué ha pasado? ¿Está bien? Lo siento, yo… ¿El niño está bien? Me-me he quedado frita.

No pensé, no calculé.

Las burbujas habían aflojado uno de los lazos de la braguita. Y la gravedad hizo el resto.

Levi soltó una palabrota.

Yo bajé la mirada. Y ahí estaba. Parte de mi monte de Venus al aire, completamente depilado, con el tatuaje brillando bajo la luz del *jacuzzi*. El casco fucsia, la estrella azul y plata, el balón. Mi maldita piel reaccionando al frío y a su mirada como si no supiera comportarse.

El corazón me dio un golpe seco contra las costillas.

—¡Ay, mierda! ¡No mires! —grité avergonzada.

Me giré de golpe, con las manos torpes, el pulso descontrolado, y me até el lateral como pude.

—¡Lo siento! ¡Lo siento mucho!

Demasiado tarde, por detrás, el bikini era tanga y parecía disgustarlo tanto como la visión de mi anatomía por delante.

Lo vi reflejado en el ventanal. Levi se había quedado quieto, demasiado quieto. La mandíbula tensa, los ojos clavados donde no debía, como si su cuerpo fuera más rápido que su cabeza y eso lo cabreara todavía más. Parecía una maldita gárgola lista para gruñir.

Noté su mirada como un roce físico, me ardió la piel. Agarró una toalla y me la lanzó casi con violencia.

—¡Tápate, joder! ¿Cómo te vistes así? ¡Mi hijo podría verte!

Me di la vuelta, atrapando la toalla con manos que ya no me obedecían del todo. El enfado empezaba a mezclarse con otra cosa más peligrosa que me hacía descontrolarme.

—Verme, ¿cómo? —dije, incrédula—. ¿En bikini?

—Eso no es un bikini —espetó—. Llevas todo el culo fuera, eso es…

Se calló. Yo esperé. Noté cómo algo me subía desde el estómago hasta la garganta, caliente y afilado. Vergüenza, sí, pero también rabia. Y una punzada absurda de querer que dejara de mirarme… y de que no lo hiciera.

—… mejor me callo.

Me incorporé del todo. El agua chorreándome por las piernas, la piel sensible, el cuerpo traicionero reaccionando a su presencia como si no supiera que eso era una mala idea.

—Mejor, sí.

Salí del *jacuzzi* con pasos firmes, aunque por dentro me temblaba todo. Me planté frente a él, la toalla apenas sujeta, el corazón latiendo demasiado fuerte para algo que no era miedo.

—¿A ti qué demonios te pasa con mi ropa? —le solté, anudándola a mis caderas—. No te gusta que me ponga tu sudadera, no te gusta mi bikini… Dime una cosa, Carter, ¿hay algo que te guste de mí?

Se petrificó, entrecerró los ojos.

—Antes creía que sí —dijo—. Ahora, ya no estoy tan seguro. Odio las mentiras, y resulta que tú eres una mentirosa diplomada.

La frase me atravesó.

Noté cómo algo se me encogía por dentro, rápido, doloroso. El cuerpo reaccionó antes que la cabeza: un nudo en el estómago; la garganta cerrándose; la necesidad absurda de tragar saliva para no mostrar demasiado.

—¿Perdona? —dije—. Ilumíname. ¿En qué te he mentido?

—¡No eres estríper!

El mundo se detuvo y se abrió bajo mis pies. ¿En qué maldita realidad paralela había caído?

—¡¿Qué?!

La palabra me golpeó como una bofetada. Estríper. ¿Eso era lo que había visto cuando me miraba? ¿Eso era lo que pensaba de mí mientras me dejaba a cargo de su hijo?

—¿Estríper? —repetí—. ¿Por quién me tomas? ¿De verdad acabas de decir eso?

—Cuando se te cayó el tanga de fresas de la mochila y volviste con el pelo húmedo del trabajo —continuó, cada vez más tenso—, te pregunté… y tú… tú…

Las piezas empezaron a encajar a martillazos.

«Joder».

—Yo, ¿qué? —Me crucé de brazos.

—Interpreté tus palabras, incluso te ofrecí dinero para que no te vieras forzada a levantar los ánimos de un puñado de tíos —escupió —. Te dije que podía pagarte más y tú contestaste que era el sueño de tu vida porque yo te regalé un disfraz.

Me reí. Una risa corta, sin humor, más cerca de romperme que de divertirme.

—¡El disfraz era de animadora! —Di un paso hacia él, el pulso disparado—. ¿De verdad me ves capaz de enseñar las tetas delante de una manada de gilipollas?

Su mirada volvió a recorrerme sin permiso hasta ese mismo lugar. Lenta, involuntaria, igual que el agua que se desplazaba por mi escote.

Mi cuerpo reaccionó; lo odié por eso, por endurecerse bajo el filo de sus ojos.

—¡Te pregunté si tío Travis lo veía bien! ¿Es que no te dio una idea de lo que pensaba?

—¡Creí que tu madre te había puesto al día! —le solté—. Que lo sabías, que me estabas tanteando para que confesara, y, con lo que dijiste, di por hecho que hablábamos de lo mismo.

—Pues ya ves que no. No tenía ni puta idea —gruñó—. Eres una DCC. ¿Sabes lo que eso significa?

—¡Claro que lo sé! —El pulso me iba a mil.

Sus ojos volvieron a quedarse atrapados en mi escote. Lo vi, lo sentí, el aire se tensó entre nosotros.

—¡Tápate de una maldita vez!

Mis pezones estaban duros y él los veía. ¿Era eso lo que le incomodaba? ¿Que pudiera sentirme atraída por él? Su mandíbula volvió a tensarse, como si odiara que mi cuerpo reaccionara. Me dieron ganas de decirle que era lo que había, que llevaba así años,

aunque nunca me hubiera echado cuentas. Saqué valor de donde no sabía que lo guardaba.

—Si te molestan mis pezones, no es mi problema —le espeté—. Tú también los tienes y no eres precisamente un santo. Si no te gusta lo que ves, no mires.

Di otro paso.

—Y, por otro lado, no es mi culpa que los dos hayamos entendido mal la misma conversación —seguí, con la voz ya temblándome—. Confié en ti. Pensé que este lugar era seguro para mí, pensé que no te importaba, que Evander y tú me necesitabais. —Tragué saliva—. Pero está claro que me confundí y que hay líneas que no estás dispuesto a cruzar por mí.

Di media vuelta.

—Recogeré mis cosas, no he pasado el periodo de prueba. Sé dónde queda la salida, gracias.

El labio me tembló. No lo pude evitar. Sentí su mano en mi brazo antes de poder alejarme.

—¿Qué narices estás haciendo?

Su voz se había vuelto algo más áspera.

—Largarme —dije—. ¿No es lo que quieres?

—Yo no he dicho eso.

—Claro que sí.

Estaba demasiado cerca. Su mano quemaba sobre mi piel. Mi corazón latía como un idiota, traicionándome.

—Todo esto ha sido un error —continué—. No debí aceptar. Tu madre me convenció, yo necesitaba un techo, vosotros ayuda… Quise contártelo, pero no tuvimos tiempo, y cuando volví aquella noche, pensé que tú… —la voz se me quebró—. Pensé que lo habías entendido.

—He entendido que los dos nos malinterpretamos. Yo debí preguntar y no presuponer, no solo ha sido culpa tuya.

Silencio. Entonces, algo absurdo se me cruzó por la cabeza.

—Disculpas aceptadas. Oye, ¿dónde están mis bragas?

Parpadeó, desconcertado.

—¿Qué?

—Las que se me cayeron de la mochila —dije, más cansada que enfadada—. Las he estado buscando y no he dado con ellas.

—No… no sé dónde las dejé. Igual, la chica que viene a limpiar las ha encontrado y guardado.

Asentí.

—Cuando aparezcan, me las mandas por correo —murmuré—. Ya sabes. No puedes respirar el mismo aire que una DCC.

Intenté irme otra vez. No me soltó. Esta vez su agarre era distinto. Menos rabia, más peso. Su pulgar se desplazó pausado por mi piel.

—Perdona —dijo al fin—. No debí gritarte, es que me pilló de sopetón y esto es un puto problema.

—Lo sé —susurré—. Por eso me voy, no quiero causaros ninguno.

—Si te vas, también lo es —añadió—. Mi hijo ha empezado a cogerte cariño y no necesita más cambios o canguros nuevas. —Calló—. Necesito pensar y encontrar una solución.

Lo miré un pelín esperanzada.

—Entonces…, ¿no quieres que me vaya?

—Por ahora no. Pero tienes prohibido quedar con Valentino Dalton.

Me quedé helada, miré hacia el techo por si había cámaras espía; mis mejillas se llenaron de calor.

—¿Cómo sabes eso?

—Es mi QB2 —gruñó—. Y ya sabe demasiado. Vio la foto que me mandaste el finde, en la que ibas con mi sudadera y estabas en mi cocina. Él te vio en la pantalla del partido y creyó que me estaba tirando a una DCC. Esta tarde me ha dicho que una le había hecho *match* y tuve que aclararle que eres mi prima y estás cuidando de mi hijo, que ha sido un asunto de fuerza mayor.

Todo encajó.

—Mierda…

—Exacto, hasta el cuello.

—¿Va a delatarnos?

—Dudo que quiera perder los testículos, lo tengo amenazado y me admira demasiado.

—Lo siento muchísimo, yo…

Me señaló el pasillo.

—Ahora dúchate, necesito beber algo fuerte antes de hacer algo de lo que me arrepienta.

Lo miré con el pecho apretado.

—De verdad que lamento profundamente haberte complicado la vida tanto.

Suspiró.

—Es lo que hay. Toca apechugar, haz lo que te he pedido, Sky.

Asentí y me fui, con el cuerpo aún reaccionando a él y la certeza incómoda de que ninguno de los dos iba a salir ileso de esa situación.

CAPÍTULO 30



Durante el ensayo estuve más nerviosa de lo que me habría gustado admitir, y todo por culpa de lo que había pasado en el *jacuzzi*.

No solo por las miradas de Levi, que también, sino por la conversación entera, por la sensación de haber estado viviendo bajo el mismo techo que él mientras ignoraba por completo quién era yo en realidad.

¿En qué cabeza cabía que yo fuera estríper?

Lo peor no era el error en sí, sino pensar que había pasado días mirándome sin saber que era una DCC por un maldito malentendido, colocándome en una categoría sospechosa.

Jude entró al vestuario mientras me ajustaba el calzado.

Moño perfecto. Camiseta negra. Carpeta contra el pecho. Mirada que atravesaba carne y ego por igual.

—Chicas —dijo sin levantar la voz—, atención.

El murmullo murió al instante.

Evelyn estaba apoyada en la pared del fondo, brazos cruzados, sonrisa contenida. Nos observaba como quien evaluaba una inversión antes de firmar el cheque. Cuando Jude le cedió el espacio, su presencia se volvió aún más pesada.

—Tenemos un evento —anunció—. Benéfico, para veteranos de guerra. Será el primer gran *show* oficial de la temporada fuera de los partidos.

Un murmullo volvió a surgir, esta vez cargado de electricidad.

—No acudiréis todas —añadió—. Solo las quince mejores.

Las quince mejores, y éramos más de treinta, la cosa se iba a poner difícil.

La rivalidad siempre estaba ahí, latente, envuelta en sonrisas de vestuario y abrazos de postureo, pero aquello era gasolina directa al fuego porque muchas utilizaban las DCC como catapulta personal; nunca sabías quién podía verte en esos eventos.

Noté cómo algo me apretaba el estómago.

—Este evento no es un escaparate —continuó Jude—. Es un homenaje. Vamos a bailar para hombres y mujeres que han servido a este país y que merecen respeto. Han sacrificado más de lo que jamás imaginaremos. Cada paso tiene que ser consciente y honesto. No quiero sonrisas vacías ni patadas bonitas sin intención. Quiero cuerpo, musicalidad y limpieza.

Hizo una pausa breve.

—Las que no seáis seleccionadas haréis turnos para recaudar fondos durante la semana en el centro comercial. Todas nos implicamos. Todas.

«No puedo permitirme no estar entre esas quince, tengo que cuidar de Evander entre semana».

Sus ojos recorrieron la sala como un escáner.

—Así que, venga, a ensayar.

Fuimos directas a la sala. El espacio no era como el del campo, por lo que nos dividieron en dos grupos. Yo estaba en el grupo uno con Kayla, Darah, Tina y Vicky.

Grupo fuerte y peligroso.

—Empezamos desde el *top* —ordenó Jude—. Cinco, seis, siete, ocho.

El primer pase fue correcto. El segundo, no.

Jude cortó la música con un gesto seco y el silencio cayó como una losa.

—No estamos haciendo aeróbic —dijo, caminando despacio frente a la formación—. Quizá esto le habría servido a Jane Fonda en los ochenta, pero para una DCC no. Esto es sincronía, intención y líneas.

Se detuvo frente a Virginia, una de las *rookies*, la miró de arriba abajo y señaló su cadera con un dedo.

—Tu pelvis está contando otra coreografía —dijo—. Neutral. Control. No bailes para gustar, baila para dominar el escenario y ser la mejor. Si no lo sentís así de manera individual, es imposible hacerlo bien en grupo. ¿Entendido?

—Sí, señora —respondió Virginia, tensa.

—Otra vez desde el ocho.

Volvimos a empezar. Esa vez se escuchaban las botas contra el suelo, el roce del tejido, nuestra respiración contenida. Nadie quería destacar por el motivo equivocado.

Me tocó corrección en el siguiente bloque.

Jude se colocó detrás de mí, demasiado cerca. Ajustó mi hombro con dos dedos y habló sin suavidad.

—Skyler, tu brazo derecho está pidiendo perdón —dijo—. No pidas perdón por ocupar espacio. Alarga, entra en la música, proyecta tu presencia, haz que funcione.

La piel se me erizó, no por miedo, sino por esa sensación brutal de estar siendo vista de verdad. De fondo, Darah me lanzó una de sus sonrisas envenenadas. A ella todavía no le había dicho nada.

—Sí, señora —murmuré.

—Y tu sonrisa —añadió—. Es uno de tus mejores atributos, no la regales, úsala a tu favor.

—Sí, señora. Gracias, señora.

Puede que no fuéramos veteranas de guerra, pero en ese momento me sentí parte de un maldito ejército.

Repetí sus frases en mi cabeza mientras bailaba.

Me concentré en el peso del cuerpo, en cómo el suelo me devolvía la fuerza, en la respiración entrando por la nariz y saliendo por la boca para no temblar. Cuello largo. Pecho abierto. Mirada fija. Cuando marqué el golpe, lo hice con intención, no con nervios.

Jude no dijo nada, siguió caminando.

Ella no era de las que aplaudían. Era de las que te dejaban vivir cuando lo habías hecho bien.

A mitad del ensayo, Evelyn se acercó al borde del suelo, *tablet* en mano. Su expresión era dura.

—Esto no es una prueba del campamento —dijo—. Es para representar nuestras creencias y dar apoyo a quienes realmente lo

merecen. Si alguien piensa que va a venir a improvisar, puede ir ahorrándose el esfuerzo y volver a su casa.

Darah soltó una risita mínima a mi espalda.

—Algunas bailan como si estuvieran a punto de vomitar.

Noté el pinchazo y lo ignoré. No iba a entrarle delante de Evelyn. Tampoco hizo falta.

—Pues vigila no vayan a vomitarte encima otra vez —le respondió Kayla sin pestañear—. Tu ropa no aguantaría una nueva ráfaga de ácido.

Sonreí por lo bajo. Kay era oro puro.

—Cinco minutos para beber agua —ordenó Evelyn—. Luego quiero ver compromiso.

Nuestra líder de grupo, Tina, hizo una señal para que nos juntáramos.

—Escuchad —dijo—. Hoy os van a mirar más que nunca. Si os corrigen, lo aceptáis y no os caéis por dentro. Si os ignoran, no os vengáis arriba. Manteneos en vuestro centro. Cero improvisación, brillad con lo que el Señor y vuestro esfuerzo os han dado.

—Amén —respondió Vicky, santiguándose.

Tina me miró un segundo. No con amenaza, sino con evaluación.

—Wallace, el giro final —dijo—. Mantén el punto de anclaje, no lo pierdas por emoción.

—Sí.

—Y respira antes del *drop*, si no, la tensión se te sube al cuello y haces cosas raras.

—Gracias.

«Dios bendiga a la gente que te corrige sin hacerte sentir una idiota».

El último pase fue el que mejor se me dio.

Cuando terminamos, jadeantes y con las piernas temblando, levanté la vista sin querer.

Jude y Evelyn se estaban mirando y a mí también.

No sonreían, pero había algo ahí. Una aprobación silenciosa.

En el vestuario, el ambiente cambió. Más ruido. Risas. Comentarios cruzados. El sonido de las duchas y los secadores tapaban los nervios.

Kayla se dejó caer a mi lado, radiante.

—En la última vuelta lo has clavado.

—Estoy contenta.

—Mi marido viene este fin de semana —susurró—. Le han dado permiso.

Entonces, me di cuenta de su expresión chispeante.

—¿Cómo no me he dado cuenta de que supuras felicidad?

—Porque estabas demasiado nerviosa para fijarte. —Rio—. Se me nota, ¿verdad?

—A kilómetros.

—Voy a cocinarle algo increíble y no vamos a salir de la cama hasta que tenga que irse.

Las dos reímos.

—Me voy a la ducha.

—Ahora te alcanzo.

Me estaba quitando la ropa cuando Darah se acercó.

—¿Te has fijado en cómo te miraban Jude y Evelyn? —susurró—. Ten cuidado, cuando lo hacen es porque te tienen el ojo echado para eliminarte.

—Mejor preocúpate de tu continuidad —respondí, tranquila—. A ti no te han mirado ni un segundo.

Su sonrisa se tensó.

—No hace falta que me observen para saber que soy la mejor.

—Suerte con eso y con no morderte la lengua, dicen que el veneno de víbora es mortal.

Se fue.

Me quedé quieta unos segundos.

«¿Y si Jude y Evelyn se han enterado de lo de Levi?».

El pensamiento me atravesó rápido. Lo aparté, había sido muy cuidadosa, era imposible.

No iba a dejar que la serpiente de Darah ni nadie me robara eso.

Me duché rápido, me cambié y salí hacia el Uber con el cuerpo cansado, la cabeza en guerra y la certeza de que, para seguir ahí dentro, no bastaba con bailar bien. Tenía que resistir.

CAPÍTULO 31



«Joder».

Eso fue lo primero que pensé cuando la vi en el *jacuzzi*, con un cabreo de tres pares de cojones, hacía unas horas.

¡Joder, joder y joder!

No porque estuviera en bikini, había visto miles de tías en playas, en fiestas, en yates y en ese mismo lugar con algunos de mis compañeros.

El problema era que se trataba de Skyler, una Sky evolucionada, con curvas, que elevaba mi deseo de cero a un millón con solo un vistazo.

Estaba en mi casa, en mi *jacuzzi*, totalmente relajada, con mi hijo durmiendo a unos metros y mi cuerpo reaccionando como si fuera un imbécil, sin importarle el descubrimiento que había hecho; solo gritaba «entra ahí y fóllala».

El agua le resbalaba por la piel, las burbujas le cubrían lo justo para no tapar nada, y cuando se movió… cuando se levantó y tenía la puñetera braga desabrochada, mostrando más que carne depilada, lo vi.

El tatuaje, el puto tatuaje.

Se me tensó la mandíbula al instante. Porque no era un tatuaje cualquiera. Era ese.

El casco de fútbol americano fucsia con la estrella azul y plata y el balón a juego, el mismo puto dibujo, el que me hizo cuando yo tenía dieciocho e iba a largarme del pueblo para estudiar en la uni. Hecho

con pintura de diamante, lleno de brillos. Lo recordaba porque lo había tenido guardado años en una caja, junto a sus otros dibujos. Nova me dijo en alguna ocasión que los tirara, pero nunca lo hice, ahí estaba puesto su cariño y no iba a deshacerme de ellos porque ocuparan espacio.

Todavía recordaba su carita cubierta de lágrimas cuando me lo dio, diciéndome que iba a ser el mejor *quarterback* de la historia y que era para que nunca me olvidara de ella.

Me dio tan fuerte que tuve que apretar los dientes porque no entendía qué significaba, o porque deseaba que significara algo, no lo tenía claro.

Estaba ahí, justo ahí, como una marca de pertenencia o como si la vida se estuviera riendo de mí a carcajadas.

Mi cuerpo reaccionó sin preguntar. Calor bajo el estómago, pulso acelerado, la sangre yéndose donde no debía y el golpe de gracia, el motivo por el cual había irrumpido en mi propio ático como un toro de rodeo. La hostia de realidad.

Mi contrato. La prensa. Los Cowboys. El hecho de que no podía permitirme ni medio error más y mi hijo siendo cuidado no por mi prima, sino por una maldita DCC, la criatura más prohibida del universo para cualquier tío del equipo.

Así que hice lo único que sabía hacer cuando todo se me iba de las manos. Cabrearme. Gritar. Echar mierda. Agarrarme a cualquier excusa para no aceptar lo evidente.

Pensé en las putas bragas de fresas. En cómo me había convencido de que era estríper porque eso era más fácil de digerir que la verdad, presuponer antes que preguntar; «una medalla de oro para tu rabo, chaval».

En lo mal que me sentaba admitir que llevaba días deseándola como no debía y tocándome para no gangrenar.

Skyler Wallace no era una buena idea, era una bomba de relojería que amenazaba mi futuro y la integridad de mis pelotas. Y, aun así, la sola idea de que se fuera del ático me ponía de mal humor.

Discutimos, hablamos las cosas y que me dijera que iba a marcharse todavía me sentó peor. No quería que lo hiciera, ni por Evander ni por mí, aunque fuera una mala idea.

«Estoy jodido de la hostia».

Le dije que se fuera a la ducha y yo me di otra para rebajar el alzamiento de polla. Cuando se ofreció a hacer la cena antes de irse al entrenamiento, le dije que no.

Necesitaba control, no verla paseando en mi cocina.

Sushi, *catering*, rutina.

Desde que se subió al ascensor con ese pañuelo ridículo ocultándole el pelo, con mi hijo deseándole «Buena misión, prima Nube» y esas gafas enormes tapándole los ojos, lo único que quería era que volviera a entrar, quitárselas de un tirón y besarla hasta que se me olvidara pensar.

—Joder, Carter —me dije—. Espabila.

«Treinta y dos años. Un hijo. Un vestuario lleno de críos empujando fuerte por tu puesto y pillado por una cría que encima ha hecho *match* con Dalton».

Dalton…

Ni de coña iba a permitir que ese cabrón se acercara a ella y pusiera su boca en ese tatuaje.

Gruñí justo cuando las puertas del ascensor se abrieron, anunciando su regreso.

Pelo húmedo, sonrisa incómoda, mochila colgada al hombro y yo con unas ganas jodidamente inadecuadas de comerme esa boca.

—Hola.

La miré al decirlo. Intenté que mi tono sonara normal, más calmado, menos tenso. No como el de un tipo que llevaba todo el día pensando en un tatuaje en un sitio que no debía y en cómo demonios iba a convivir con eso.

—Hola.

—¿Qué tal el ensayo?

La observé soltar la mochila y dejarla a un lado.

—Bien, intenso, tenemos que hacer un espectáculo para los veteranos y solo elegirán a las quince mejores, así que ha sido como *Los Juegos del Hambre* versión pompones.

Asentí despacio, sabía que iba a estar ahí dentro, entre las elegidas. Sky no sabía pasar desapercibida ni aunque lo intentara.

—Seguro que te cogen. Venga, siéntate. Come algo, deben rugirte las tripas después de hacer tanto ejercicio físico.

La vi ocupar una de las banquetas e intentar hacerse con los palillos. Jamás había aprendido a usarlos. Apretó demasiado el *nigiri* y terminó desparramado.

Se me escapó una risa por lo bajo.

La observé respirar hondo, parecía que se estuviera conteniendo para no reaccionar como una cría.

Joder, si supiera lo poco que yo estaba actuando como un adulto.

—Lo siento, nunca he podido dominar estas cosas…

—Bueno, puedo enseñarte, darte un tenedor o…

—Puedo comerlo con los dedos —terminó por mí.

La vi cogerlo, llevarlo al bol de soja, untarlo y metérselo en la boca. Cerró los ojos y gimió.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza, creo que las pelotas se me subieron al nivel de las amígdalas.

«¡Hostia puta!».

Cuando abrió los ojos, me pilló mirándola, no horrorizado, no juzgándola. Mirándola como no debería al pensar en otra parte entre sus labios.

—Lo siento, es que está tremendo.

—No te disculpes por disfrutar, a mí también me gusta más la comida con los dedos, soy más de piel que de metal.

«¡¿Qué cojones dices, imbécil?!».

En cuanto lo solté, supe que no debí pronunciarlo en voz alta.

Le guiñé un ojo y bebí para callarme.

«Bebe y ahoga tus pensamientos, Carter».

Me recosté en la banqueta, una mano en el borde de la encimera y la otra rodeando la copa, intentando parecer relajado. No lo estaba.

Cogió otro *nigiri*, esta vez de atún rojo en lugar de salmón. Lo untó en exceso. Lo supe cuando la soja le cayó en el labio al morder.

Me removí inquieto y traté de mantener a raya mis pensamientos impuros. No lo logré.

Se limpió con el pulgar y se lo llevó a la boca sin pensar.

Se me tensó hasta el alma.

Mi mirada bajó un instante a su boca y luego subió a sus ojos, como si me odiara por haber mirado, porque me estaba odiando.

«No mires así. No ahora. No a ella. No aquí».

—¿Te gusta?

«¿Por qué mi voz suena tan ronca?».

—Sí. Está muy bueno.

«Como tú. No, tú estás más buena».

—Evander no quiso ni probarlo.

—Imagino que, después de decorar su habitación como el océano, no quiso alimentarse de sus habitantes.

—¡¿Cómo no se me ocurrió eso?!

Se encogió de hombros y limpió sus labios con la servilleta.

—Tu hijo es fiel a lo básico. *Nuggets*, *mac and cheese* y peces en sus paredes, no en sus tripas.

Solté una risa breve, sincera.

—Tomaré nota, prima Nube. ¿Sabes? Se ha pasado toda la tarde hablando de ti.

«Y yo pensando en ti de una manera totalmente indebida».

Dio un sorbo al vino.

—¿Cosas buenas?

«Para mí, de la puta hostia».

«Para, Carter, que te está hablando de tu hijo, fiera».

—Ya lo creo. Me parece que lo has hechizado, aunque eso no me cuesta nada creerlo. Me dijo que convertiste su cuarto en un acuario de verdad, que Blue ahora duerme mejor y que le enseñaste a poner las pegatinas rectas.

Noté cómo se me suavizaba la voz al final, a pesar de no quererlo. Me emocionaba lo que hacía por él.

—Ah, y que hueles bien, muy bien…

No lo decía solo por mi hijo, eso también lo pensaba yo.

La vi atragantarse.

—¿Qué?

—Eso ha dicho.

Se sonrojó.

—Bueno… Me alegra que esté contento y que mi olor no le repela, es un buen paso para una relación cliente-canguro.

—¿A ti te gustaba mi olor de pequeña?

La pregunta salió sola. Mala idea.

«¿Qué cojones estás haciendo, Levi?».

—Em… Jamás me lo planteé, pe-pero imagino que no me molestaba, si no, no habría querido estar entre tus brazos.

«Mis brazos te quieren de vuelta, pequeña, y ya no hablemos de tus piernas».

—Oh, sí, siempre querías que te abrazara, incluso cuando venías a los entrenos y yo estaba todo sudado…

Recordé demasiado, y pensar en ella, rodeándome así el cuerpo, me hizo imaginar cosas muy sucias.

Me miró un segundo más de la cuenta y bajó los párpados.

—Sí, bueno, te quería muchísimo, supongo que tú también me tenías hechizada, tanto que no olía la peste de tus sobacos.

Solté una carcajada y el ambiente perdió densidad.

—Cuéntame más sobre lo del evento y el ensayo de hoy.

Me gustó decirlo porque me importaba de verdad y, además, así me relajaba.

La dejé hablar. De Jude, la coreógrafa despiadada. De Evelyn, la directora devota e intransigente. De Tina, su líder de grupo, y de Darah, la abominable animadora del vómito. La escuché sin interrumpir y me enfadé porque hubiera alguien que quisiera joderla desde dentro; conocía demasiado bien esa sensación.

—Si alguien te toca las narices…

—No puedes pegar a una animadora, Carter.

—No he dicho pegar, puede sufrir un accidente, ahogada por sus propios pompones.

Se rio, y esa risa nos aflojó a los dos.

—Me ha costado años entrar —añadió—. No ha sido fácil, puede parecerte que ser una animadora no cuesta tanto como ser *quarterback*, pero te aseguro que ser una de las *cheerleaders* de los Cowboys sí lo es.

—Por supuesto que lo sé. Estoy al corriente de todo lo que tienen que pasar esas chicas y tienes mi admiración más absoluta por lograrlo.

Iba en serio.

—Cuando me cogieron quería gritárselo al mundo, no veas la que se lio en el restaurante de papá Travis, estaba todo el mundo. Pedí a mi familia que me guardara el secreto porque quería decírtelo yo misma. Desde que me regalaste aquel vestido cuando era pequeña, convertí lo de poder animarte en el campo en mi objetivo. La cosa se complicó porque nos llevábamos bastantes años, así que…

La escuché como si la viera por primera vez.

—Así que pusiste todo tu esfuerzo en que coincidiéramos en espacio y tiempo… —Me oí decirlo—. ¿Por qué?

—Porque, en el fondo, siempre fui tu animadora secreta.

El pecho me dio un golpe seco.

—Y entonces, pasó lo de Nova, no me pareció el momento de contarte algo que a mí me ilusionaba a lo bestia cuando tú estabas destrozado.

La realidad hizo que me viniera un poco abajo. Miré la urna de refilón.

—Nadie esperaba que sucediera eso.

—Ni siquiera te he preguntado cómo estás, debes pensar que soy una egoísta.

Apoyé los codos en la encimera.

—Jamás pensaría eso de ti. Todavía no me he hecho a la idea, pienso que va a aparecer en cualquier momento para recoger al niño, ¿sabes? Es difícil asumir que nunca más va a volver.

Se me apretó el pecho al oírme decirlo.

—Han tenido que ser semanas durísimas. La presión, la lesión, pasar a una paternidad completa, la pérdida del amor de tu vida…

El amor de mi vida, ¿eso fue Nova para mí? No estaba seguro de la respuesta.

La quise, sí, pero el amor se fue apagando y a los dos años ya no quedaba nada. Lo que sí me preocupaba y me llenaba de incertidumbre era mi futuro.

—Todo apunta a que esta es mi última temporada.

Le di un trago al vino.

—No eres mayor.

—Es gracioso que diga eso una polluela de veintidós. —Nos sonreímos—. Soy consciente de que algunos QB1 alargan, y hay

casos de jugadores profesionales con más edad, el problema es que mi hombro se resiente y que últimamente pienso más en mi papel como padre que como *quarterback*. Quiero estar al cien por cien, pero ni mi cabeza ni mi cuerpo me lo permiten y siento que le estoy fallando al equipo.

No le había dicho eso a nadie, ni a Ty ni al entrenador, sin embargo, con Skyler era sencillo ponerles palabras a mis miedos.

Se inclinó hacia mí.

—Es normal, ahora tienes aquí a Evander y te aterroriza decepcionar a los demás, pero deja que te diga una cosa, Levi Carter: lo estás haciendo fenomenal, tanto en el campo como en casa. Siempre se te dieron genial los niños.

Que me dedicara esas palabras me emocionó más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

—¿Lo dices por experiencia propia?

—Fuiste un canguro fantástico. —Se llevó otra pieza de *sushi* a los labios.

—Sobre todo, cuando quise enseñarte a hacer pis.

Soltó una carcajada tan fuerte que la pieza salió íntegra de su boca. La atrapé al vuelo y me la comí. Ella me miró descompuesta.

—¡¿Qué haces?!

—La comida no se desperdicia, primera norma de un hijo de madre soltera.

Ella volvió a reír y me encantó escuchar su risa.

—Eso ha sido una guarrada.

«Ni te imaginas las que querría hacerte».

—¿Te traumatizó mucho que te la enseñara?

—No, me diste un punto de partida desde el cual medir.

La respuesta casi me descompone.

—¿Y has medido mucho?

Se sonrojó.

—¿Me estás preguntando sobre mi vida sexual, Levi Carter?

—Ha estado fuera de lugar, disculpa, a veces me cuesta hablar con las personas y comprender que no estoy en el vestuario. Por cierto, te he visto bailar.

Eso pareció llamar su atención.

—¿Cómo?

—Visioné el partido entero cuando te fuiste y Evander se durmió, solo había visto los fragmentos de las correcciones que nos pusieron en los entrenos, así que no había podido verte en acción.

Estaba expectante.

—¿Y?

—No se te da mal, Wallace, mueves muy bien esas bolas de discoteca con brillos.

—Idiota. Sabes tan bien como yo que se llaman pompones y que bailo de maravilla.

—Eso no lo discuto.

—¿Crees que sirvo para levantar el ánimo de ese puñado de gilipollas? Te advierto que, tras mi actuación, perdimos…

Mi voz bajó sin querer.

—Creo que levantas mucho más que el ánimo de todos esos imbéciles, preciosa, y yo no habría perdido.

El aire cambió.

Noté cómo se le aceleraba el pulso igual que a mí. El modo en que mi mirada se quedaba demasiado tiempo en su boca. El esfuerzo consciente por no cruzar una línea.

«No cruces. No ahora. No con Evander durmiendo aquí».

—¿Has pensado algo sobre mi continuidad como trabajadora en tu casa?

Parpadeé, volviendo al mundo real.

—Lo único que he pensado por ahora es lo que te comenté, no creo que sea bueno otro cambio más para mi hijo, así que tendremos que ser cautos para que no nos pillen —admití—. Y ver qué hacemos con él cuando coincida que tengamos partido en casa.

—No lo había pensado.

—Algo se me ocurrirá. —Me callé un segundo—. No quiero que te vayas, Sky. Sería un palo muy grande para Evander.

«Y para mí».

—Yo tampoco quiero irme —susurró—. Le estoy cogiendo cariño, aunque si crees que es lo mejor, aceptaré tu decisión.

—Lo mejor es que él sea feliz, y tú lo consigues.

La vi comer un par de piezas más. Yo me levanté, tenía que poner paredes de por medio si no quería cometer una estupidez.

—Tengo que madrugar, así que es mejor que me vaya a dormir.

—Sí, em… Yo no voy a comer mucho más.

—Llena ese estómago, Wallace, estás en tu casa, así que puedes quedarte en la cocina todo el tiempo que necesites. Buenas noches.

—Buenas noches.

Me fui hacia el pasillo, pero antes de doblar la esquina, me detuve.

Volví medio paso.

—Sky.

—¿Sí?

La miré a la cara, no al cuerpo, a la cara.

—Vas a estar entre esas quince.

Vi cómo sus ojos se agrandaban y brillaban.

—Gracias.

Asentí una vez, como si eso fuera todo lo que podía permitirme, y me marché con el cuerpo en tensión, la cabeza hecha un puto lío, la certeza de que, cuanto mejor iba todo…, más peligroso se volvía y, aun así, no quería que se acabara.

CAPÍTULO 32



Llevaba toda la semana dándole vueltas a la misma mierda.

No al *playbook*, no al hombro, no a los Giants. A mi casa.

A que tenía una DCC moviéndose por mi ático como si fuera normal que viviera en el piso del QB1. Como si no existieran cláusulas, cámaras, prensa y un ejército de gente deseando verme tropezar, o caer. Parecía que mi cuerpo reaccionaba como un puto adolescente cada vez que ella se reía, me rozaba el antebrazo al pasar o se ataba el pelo sin darse cuenta de la porción de piel de la tripa que enseñaba.

La solución perfecta no existía, pero, además, necesitaba una con urgencia para ese fin de semana porque al día siguiente jugábamos en casa contra los Giants; Sky tenía que animar y yo no iba a dejar a Evander con cualquiera. Ni con una mujer del *staff*, ni con un guarda de seguridad ni con una niñera de emergencia que viniera recomendada por una *app*.

Necesitaba un plan de acción sólido. Era bueno en esas cosas y, si la cagaba, el ático se iba a quedar vacío de una forma que me daba ansiedad física, tanto por mi hijo como por mí. Y si se quedaba, a mí se me iba a terminar la sangre en la cabeza y me iba a bajar toda a la polla; parecía que mi cuerpo hubiera decidido que mi carrera, mi contrato y mi reputación podían irse a tomar por culo.

Me avergonzaba reconocer que recuperé la sudadera del cesto de la ropa sucia, y sí, me acosté con ella y la olí como un enfermo mientras me tocaba.

No era romanticismo, era pura necesidad animal, era querer tenerla cerca, aunque fuera de la forma más patética posible.

El QB1 de los Cowboys, pajillero de manual, oliendo tela.

Si alguien del vestuario se enteraba, me colgaban de la estrella del estadio.

Por eso estaba en el Blue Moon, sentado con los chicos, cerveza delante, música alta y la sensación de que el bar entero era un escaparate de testosterona y estupidez. Sábado de la tercera semana de septiembre. Prepartido en casa. Los ricos, guapos y bendecidos por la genética y el dinero haciendo lo que mejor sabían: beber, reír y fingir que al día siguiente no había riesgo porque jugábamos en Dallas.

Jace estaba contando algo con las manos; Marcus se partía el culo; Ty y Devin se habían levantado a bailar con un par de chicas; EJ discutía con Wilkes sobre quién se iba a llevar la peor multa por decir algo indebido en una de las entrevistas a cámara.

Yo asentía de vez en cuando, como si estuviera presente en alguna de las conversaciones, pero por dentro estaba en otro sitio.

En el *jacuzzi*, en el tatuaje, en el puto casco fucsia con la estrella azul y plata y el balón.

En ese dibujo que yo recordaba porque lo había guardado durante años, enterrado entre papeles y que nunca tiré, ya que eso habría sido admitir que aquella niña que me adoraba, como si fuera un puto dios, había dejado de existir.

Y ahora ese dibujo estaba tatuado donde no debía. En un sitio que me hacía querer arrodillarme y ofrecerle un altar.

Pedí otra cerveza, no para emborracharme, sino para ahogar mis puñeteros pensamientos impuros.

Las risas se mezclaban con la música, me habría reído también si mi plan de mierda no pasara por meter al enemigo en casa.

Porque el único que podía ayudarme era el mismo cabrón que había hecho *match* con Sky: el jodido Valentino Dalton.

Estaba a unos metros, de pie, en la barra, tonteando con una chica que llevaba un top diminuto y una sonrisa de «me ha tocado la lotería». Él estaba en su papel, esa mezcla de encanto y descaro que funcionaba con todo el mundo…

Apreté la mandíbula, tenía la decisión tomada, así que… Me levanté, cerveza en mano, y caminé hacia ellos. Necesitaba que al día siguiente estuviera en mi piso, con mi hijo, sin abrir la boca y sin mirar en el cajón de las bragas de Sky como si fuera un premio.

Me planté a su lado.

—¿Interrumpo?

La chica me miró, obnubilada. Sabía a la perfección quién era, se le notaba por la forma en que se enderezó, como si el top pudiera crecer a voluntad.

—Para nada..., Príncipe.

Era el sobrenombre que utilizaban las chicas para referirse a mí. Valentino me dedicó una mirada que ya venía con insulto incluido.

—¿Has venido a joderme el polvo, Carter?

La chica se alteró, intentando encajar en la escena como si pudiera ofrecer una solución que nos encantara a los tres.

—No-no pasa nada..., si queréis, os puedo hacer un dos por uno... No soy celosa y me encanta compartir.

Lo que me faltaba, no estaba de humor para busconas.

—Anda, mira, has dado con la cajera del supermercado. ¿Por qué no vas a por otro dispuesto a llenarte el carrito de ofertas? Gracias...

Agarré a Valentino por el cuello y me lo llevé a un rincón apartado. Sentí su cuerpo resistirse, no por fuerza, sino por orgullo, como un cachorro mordiendo una correa.

—¡Pero ¿qué haces?! ¿Estás agilipollado? ¡La tenía a huevo!

—Lo que tenías a huevo era una venérea, un embarazo no deseado y una pensión vitalicia de unos cuantos ceros, chaval, ya sabes: 3x1.

Me miró enfurruñado, acomodándose la camiseta como si eso le devolviera dignidad.

—Sé cuidarme, abuelo, para algo están los condones.

—Muy fáciles de manipular.

Su ceño se frunció más. Se acercó lo justo para que yo oliera su cerveza.

—¿Quién eres ahora? ¿El de planificación familiar? ¡¿Qué cojones te pasa?! ¿Como tú no mojas con la prima de los pompones no folla nadie?

Me subió el calor al cuello. Valentino llevaba unos cuantos botellines y yo también. Me entraron ganas de estamparlo contra la pared y explicarle con mi puño lo que significaba «respeto». Lo cogí por la camiseta y lo levanté apenas del suelo. Lo justo.

—Ni se te ocurra llamar así a Sky.

—Bájame, idiota. —Intentó deshacerse de mi agarre—. Estaba bromeando. ¿Puedes decirme qué te he hecho? Sabes que, si hubiera querido fastidiarte, a ti o a los dos, habría podido. Y no lo hice. Soy un tío legal.

Lo bajé. Me obligué a no reaccionar. A no darle el gusto de saber que podía habernos jodido y que esa era la única razón por la que aún conservaba los dientes.

—Considéralo un puto favor, lo creas o no, y ahora tú me debes uno —gruñí.

—¿En qué momento te debo yo nada?

Inspiré por la nariz. Me pasé la mano por el pelo. Me odié por estar negociando con él, pero era eso o dejar a mi hijo con un desconocido y arriesgarme a que todo saltara por los aires.

—¿Quieres ser mejor que yo, Daniel San? Pues se empieza dando cera y puliendo cera.

Él entrecerró esos ojos azules casi translúcidos y me miró con repugnancia.

—Tío, no pienso darle cera a tu manubrio.

—Que no se trata de eso, anormal, necesito que te pongas enfermo. Mañana, en lugar de ir al estadio, irás al ático y cuidarás de mi hijo. Sky tiene que animar y yo ganar el partido.

Vi cómo su cara cambiaba. Primero incredulidad, luego indignación, después ese brillo cabrón de «esto es divertido».

—Aunque quisiera, no puedo hacer eso, no tengo ni idea de niños, solo de cómo engendrarlos, y estoy en periodo de prácticas.

—¿Te has mirado en el espejo? No hace mucho eras uno de ellos, de hecho, creo que lo sigues siendo...

—Muy gracioso, ¿y qué pasa si te lesionas? Soy el QB2, debo estar ahí.

—No voy a lesionarme, qué puta manía tenéis todos con esa mierda. Y si sucediera, para eso está el QB3, que tú ya jugaste el

primero.

—¡Y un cojón!

—Mejor dos. Ya te he dicho que me debes un favor.

—Lo de haberte deshecho de mi polvo de esta noche no lo es.

—Lo será si te doy toda mi sabiduría de veterano de la NFL. ¿Quieres ser el nuevo Levi Carter? Muy bien, yo te ayudaré a que me desbanques.

Me miró de lado, como si estuviera calibrando cuánto le convenía ceder.

—No quiero ser tú, quiero ser mejor que tú y tener mi propia personalidad en el terreno de juego. Tú eres el príncipe y yo quiero ser el puto rey, aunque te admire y eso.

Me salió una sonrisa breve. Porque, joder, al menos era honesto en su ambición.

—Es una buena decisión, como también lo es ayudarme. Vamos, Dalton, igualmente estarás calentando banquillo.

—Y mirando a tu prima agitando sus...

Le clavé la mirada. Lo vi corregirse con una rapidez que me confirmó que entendía a la perfección dónde estaba la línea.

—Pompones, iba a decir pompones.

—Más te vale.

—A ver, confieso que el intercambio no está mal, pero...

—¿Pero?

—Me jodiste el plan con Sky, te recuerdo que hicimos *match* y no hemos quedado por tu culpa.

Esa palabra me dio un golpe en el estómago. *Match*. Skyler no era ningún puto juego.

—No vas a quedar con ella.

—¿Por qué no? Nos gustamos.

Noté el pulso en la sien. Los celos, la posesión irracional. Todo lo que no debía sentir y, sin embargo, estaba ahí, en formato «tócala y despídete de tu familia».

—Porque es una DCC y no tenía ni puta idea de que tú eras un Cowboy.

—Mmm, entonces, ¿te habló de mí? Interesante.

—No vayas por ahí, cabrón.

—Eso es un sí, por eso estás tan jodido que parece que te haya violado un cactus. El alumno ya ha superado al maestro, y sin clases particulares.

—Tú no has superado nada.

—Ya lo creo que sí, y me parece muy indecente que pongas palos al amor.

—¿De qué amor me estás hablando? El palo te lo voy a meter yo por el culo como intentes algo con ella. No puedes hablar de amor, no la conoces.

—Porque nos lo has impedido, yo quiero y ella también.

—Ella no quiere nada contigo.

—¿Te lo ha dicho?

Casi pude sentir el estallido de mis dientes.

—Más o menos.

—¿Qué es «más o menos»?

—Que te tiene prohibido por contrato.

Sus ojos volvieron a la carga con ese alzamiento de comisura de labio.

—¿De las DCC o uno tuyo?

—¿Y eso qué más da? No vas a joder a Sky, ni figurada ni físicamente.

—Hostia puta, Carter, tu prima no solo es una paja para ti, ¿eh?

Sentí el puño cerrarse y tuve que contar hasta diez para no golpear.

—Como le digas algo de eso, o de las bragas, te programo una visita al dentista.

Sonrió, satisfecho de haber tocado donde dolía.

—Muy bien, mis labios están sellados y mis piños protegidos, pero solo si me dejas que tenga una cita con ella, los dos, a solas.

Mi cerebro gritó «no». Mi cuerpo gritó «no». Mi mundo entero gritó «no». Y, aun así, mi hijo existía. Mi hijo necesitaba estabilidad y Sky precisaba hacer su trabajo.

—Solo una y, si no le gusto, se acabó.

Insistió.

—No pueden veros.

—Ya, por eso nos dejarás tu ático.

Mi interior hirvió con deseos nada amistosos.

—Ni de puta coña.

—Oh, venga ya... Si ella no quiere, no habrá metida de polla. Un no es un no, soy un caballero, tienes mi palabra.

Me reí por dentro de una forma nada alegre. «¿Caballero? Claro, del alto plumero, y yo el santo patrón de la paciencia».

—¿Y qué se supone que debo hacer con mi hijo si os dejo el piso?

—Fijo que se te ocurre algo, existen los cines y los hoteles. ¿Hay trato?

Me extendió la mano.

Me quedé mirándola un segundo, como si esa palma fuera una sentencia.

Pensé en Evander durmiendo abrazado a Blue. Imaginé a Sky entrando al día siguiente al estadio con las botas blancas y la sonrisa ensayada, tranquila y cumpliendo su sueño de animarme. Visualicé a Dalton en mi sofá, en mi cama y en mi propia locura.

Apreté los dientes.

—Hay trato, pero solo si ella quiere, y nada de quedarte a dormir o follar en uno de mis cuartos, ¿estamos?

Se la estreché y sentí la derrota como un clic.

—Tranqui, puedo hacérselo de pie.

Se apartó justo antes de que lo pulverizara contra cualquier superficie.

—¿Qué cojones hacéis ahí parados, tortolitos? —preguntó Ty—. Venid a beber de una puta vez.

Volví hacia la mesa con la certeza de que, en lugar de haber sellado un trato con un ángel, lo había hecho con el diablo vestido de *quarterback*.

CAPÍTULO 33



Cuando Levi dijo que iba a tomarse algo con los chicos después de la reunión táctica previa al partido, asentí sin pensarlo demasiado.

Antes de Nova, aquello había sido casi una rutina. Cerveza, risas, comentarios de vestuario y seguramente algún ligue ocasional. Levi no era un monje. Me había quedado claro con lo de la chica del avión. Y, aunque sabía que era lógico, esa parte me fastidiaba. Mucho, porque habría dado lo que fuera por haber sido yo.

Mi vida había cambiado de manera radical.

La llegada de Evander lo había puesto todo patas arriba. El ático, los horarios imposibles, mis entrenamientos… y Levi formando parte de una normalidad nueva en la que yo todavía daba mis primeros pasos, intentando no tropezar demasiado.

Por eso, aunque por dentro me arañara la duda de qué estaría haciendo esa noche, asentí. Me parecía justo.

Necesitaba su espacio, algo que no fuera entrenar o ser padre.

Evander y yo nos instalamos en el sofá para una maratón improvisada de pelis marinas. Metimos todos los títulos en una urna y establecimos una norma clara: peces simpáticos, peces con traumas, peces parlanchines…, pero nada de tiburones. Ni siquiera de los buenos.

—Los tiburones dan miedo cuando apagas la luz —le expliqué por quinta vez—. Y ni tú ni yo necesitamos heredar un trauma generacional, gracias.

—Pero este no —replicó muy serio—. Este es bueno. Mira su carita…

Se refería a *Megalodón*; desde luego que la belleza y la bondad estaban en los ojos del que miraba.

—Eso parecen todos antes de morder.

Gané yo. Siempre ganaba en cuestiones de pesadillas nocturnas. A cambio, pactamos que él metería la mano en la urna en cada ronda.

Estábamos felices. Fue mi pinche a la hora de preparar un bol de palomitas de especialidad chef Skyler: mantequilla, beicon crujiente y una cantidad obscena de queso fundido.

Mientras él masticaba con entusiasmo, el móvil vibró.

Evelyn.

El cuerpo se me tensó entero.

—¿Es papá? —preguntó Evander, alzando las cejas.

—No.

—Entonces, apárcalo. Nada de móviles si hay peli.

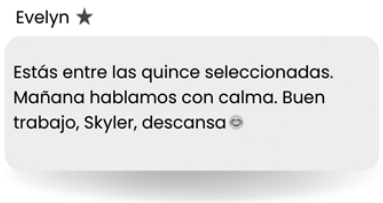
—Solo lo leo y lo apago. Es importante, del otro trabajo.

Arrugó la nariz.

—Vale, pero rápido.

—Lo juro.

Lo abrí y tuve que leer el mensaje dos veces para asegurarme de que no estaba imaginándolo. Por poco le pedí a Evander que me pellizcara si no hubiera sabido que corría el riesgo de terminar con un moretón.



Tuve que contener la emoción. No grité, pero me mordí la lengua con fuerza para no hacerlo.

—¿Qué pasa? —preguntó mi compañero de sofá, ladeando la cabeza, con esa forma suya de hacerme notar cuándo se me

escapaba algo.

—Nada, campeón. —Le sonreí, inclinándome hacia él—. Ya estoy contigo. Todo lo demás puede esperar.

Me ofreció palomitas, como si fueran un soborno silencioso, y acepté el trato. Me metí un puñado en la boca, más por tener algo que hacer con las manos que por hambre.

Si actuaba para los veteranos, significaba que Levi tendría que quedarse con el niño y todavía no sabía si iba a poder hacerlo al día siguiente. Me había dicho que buscaría una solución y, de momento, no la tenía. Esa parte me removía por dentro más de lo que quería admitir.

«Relájate, Sky. Te pidió que lo dejaras en sus manos. Algo se le ocurrirá».

Intenté volver a la película y, de paso, a mi cita del sábado. Diecisiete años menor que yo. Si tuviéramos treinta más, probablemente estaría encantada con tener un buen chute de colágeno. Así, en cambio, solo conseguía que pensara cosas indebidas sobre su padre.

Decidí ignorar a la Skyler cuya libido llevaba varios días desatada y me obligué a seguir la trama hasta que aparecieron los créditos.

Después de acostarlo, inventarle un cuento sobre un pez que soñaba con ser astronauta y quedarme un rato más de la cuenta observando cómo se dormía con la mano cerrada alrededor de mi dedo, me puse el pijama y volví al salón.

Me acurruqué en el sofá.

Esperar al dueño del ático, con el que tenía una conversación pendiente, me pareció buena idea. Quería contarle lo del mensaje de Evelyn mirándolo a la cara.

Me dije que lo hacía por eso y por lo del día siguiente porque, si no, no pegaría ojo. No por comprobar si olía a perfume femenino, el que se quedaba pegado en la ropa tras un restregón intenso.

—Qué patética eres, Wallace —murmuré para mí, dejándome caer un poco más entre los cojines después de hacerme con una tarrina gigante de helado.

Llamé a mami Phil, charlamos, me preguntó por mis avances con Evander y se alegró de que la cosa fuera por buen camino. También

se interesó por cómo estaba gestionando eso de no tener ni un día libre, y aunque le aseguré que me encantaba pasar tiempo con Evander, escuché la voz de papá Travis de fondo, avisando de que, si algo iba mal, le patearía el culo a su sobrino sin miramientos. Sonreí.

Después mandé mensajes rápidos a mis hermanos. A Hunter le envié un vídeo de algunas *rookies* mandándole besos y asegurando que se morían por conocerlo. Se lo iba a pasar en grande mostrándolo a sus amigos para fardar.

Mis primas respondieron con audios que casi me reventaron los tímpanos y tía Jane quiso saber qué tal estaban sus chicos bajo mi custodia.

Cuando me di cuenta, había puesto una de esas películas que te dejaban blanda y reflexiva, preguntándome en qué momento todo el mundo parecía encontrar pareja menos yo.

Y entonces, como si alguien hubiera decidido que ya estaba bien de tanta introspección, las puertas del ascensor se abrieron.

Lo hicieron despacio, o quizá era yo, con el pulso demasiado acelerado para medir el tiempo con normalidad.

Levi Carter entró en el ático como si la noche lo hubiera diseñado expresamente para él. Vaqueros negros, camiseta blanca, americana oscura. Barba de dos días y esa mirada peligrosa que te hacía pensar en malas decisiones.

Si aquello fuera una película de sobremesa, el título sería: *Guapo y letal*; si fuera porno, mejor me lo reservaba para después.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza. Me puse en pie casi al mismo tiempo que él avanzaba hacia el salón. Al verle el pelo algo revuelto, una punzada de celos me atravesó.

—Alguien lo ha pasado en grande, al parecer…

Sus ojos estaban ensombrecidos por la poca luz, apenas lo iluminaba el reflejo del televisor. Parecía un depredador cansado. Emitió un sonido bajo y lo vi ladearse en el último paso.

Estaba bebido, seguro, había visto demasiados tíos ebrios en las fiestas de Saint Valentine Falls.

—¿Qué haces despierta?

—Esperarte.

Me arrepentí de la palabra nada más soltarla.

«¿He sonado desesperada? Sí. Bastante».

—No ha sido buena idea —dijo.

No se detuvo hasta quedar a pocos centímetros de mí.

«¿Por qué dice eso? ¿Porque no quiere que lo vea así?».

Levantó la mano y pasó un dedo por el tirante del pijama, que se me había escurrido por el hombro. Lo recolocó con una lentitud innecesaria que me dejó sin aire durante un segundo de más.

Hablaba despacio, olía a cerveza y a él, a nada más.

Aquella constatación me provocó una sonrisa interior que no estaba dispuesta a analizar.

Tragué saliva. No era un olor desagradable. En la familia Wallace se bebía bastante más. Aun así, se me secó la boca, como si el hecho de tenerlo delante me diera sed.

—¿Por qué siempre duermes así? —preguntó.

—Así, ¿cómo? ¿Vestida?

Se aclaró la garganta.

—Con prendas tan… suaves. Y tan pequeñas.

—Hace calor. —Bufé porque era verdad—. Es complicado acertar contigo en cuanto a mis atuendos. ¿Preferirías que fuera desnuda?

Nada más decirlo, supe que había metido la pata.

«Mal, Sky. Muy mal».

Sus ojos se oscurecieron.

—No sería buena idea —respondió—. Con Evander y conmigo en casa.

«A mí, contigo, no me parece una mala idea».

—Eso creía. —Me encogí de hombros—. Entonces, tendrás que soportar mi mal gusto con este tipo de prendas. —Hice una pausa—. ¿Cuánto has bebido?

—No lo suficiente.

—¿Eso significa que mañana recordarás esta conversación?

—Es muy probable. —Me observó con atención—. ¿Hay algo que no quieras que recuerde?

«No te haces una idea de lo que querría hacerte si mañana no te acordaras».

—Al contrario. —Sonreí—. Tengo que contarte una cosa.

—Yo también, tú primero.

—Me han elegido.

Frunció el ceño.

—¿Cómo?

—¡Para la gala de los veteranos! ¡Tienes frente a ti a una de las quince!

Di una vuelta. La alegría me pudo. Hice lo primero que se me pasó por la cabeza: apoyé las manos en sus hombros y di un salto, encajándome en su cintura.

No pensé en nada más, ni siquiera en el lugar tan poco apropiado en el que se colocaron sus manos o en que no las moviera.

—Gracias por creer en mí.

No me bajó.

Me apreté todavía más y él me estrechó con fuerza, de esa forma que no dejaba espacio ni siquiera a las dudas. Todo mi cuerpo reaccionó como si hubiera recibido una descarga. Sentí sus palmas firmes a través de la seda y odié lo mucho que me gustaba.

Me sacaba una cabeza, pero así, tan cerca, estábamos a la misma altura. Apoyó la mejilla junto a la mía y habló en voz baja junto a mi oído:

—Nunca lo dudé. Eres jodidamente espectacular, Sky. —Respiró hondo, pesado—. Y preciosa. Tendrían que estar ciegos para no elegirte.

El pulso se me desbocó.

«¿Y tú? ¿Por qué no me ves? ¿Por qué no me eliges?».

Me tembló todo por dentro. Le acaricié la nuca, deseosa de más. Mis pezones rozaron su pecho y tuve que cerrar los ojos un segundo para no marearme.

—¿Tú lo has pasado bien? —pregunté sin separarme.

—Tengo la sensación de que lo habría pasado mejor contigo.

Parpadeé. Dos veces.

«No ha podido decir eso con la misma intención que yo lo pienso. ¿Es la cerveza? ¿Soy yo? ¿O estoy escuchando lo que quiero? Probablemente».

Me separé un poco para mirarlo a los ojos. Él seguía observándome con esa intensidad cruda, sin disimulo.

Mis manos bajaron por sus hombros y noté que su expresión se tensaba, parecía que le doliera.

—¿Levi?

—¿Sí?

—¿Qué vamos a hacer?

Ni yo misma sabía si preguntaba por nosotros, por la situación o por el desastre inminente del partido.

Me bajó despacio, arrastrándome por su cuerpo. Apoyé las palmas en su pecho. Su corazón iba tan rápido como el mío.

Alzó la mano y me acarició la mejilla. Luego, el labio inferior.

Me quedé completamente en blanco.

«¿Va a besarme?».

«Idiota, seguro que tienes una mancha de helado de la película».

—Mierda, tengo chocolate, ¿verdad? —Lo solté de golpe—. Perdón…

«Genial. Magistral».

Me aparté y fui directa a la cocina en busca de una servilleta. Me apoyé en la encimera para alcanzarlas y no dar toda la vuelta, apoyando todo el torso en ella. Lo escuché gruñir detrás de mí.

Cuando me giré, limpiándome la boca, lo tenía otra vez demasiado cerca. Parecía agotado y tenso.

Cerró los ojos un instante y exhaló despacio, como si algo pesara más de lo que quería admitir.

Quizá lo del día siguiente no iba tan bien como parecía y yo estaba añadiendo presión innecesaria. Era mejor ir al grano.

—¿Has podido solucionar nuestro problema para el partido?

Se quedó rígido.

—Más o menos.

—Eso suena bastante a no.

—He tenido que llegar a un acuerdo con Valentino Dalton. —El estómago me dio un vuelco—. ¿Lo recuerdas?

«Demasiado bien. El chico mono de la *app*», no iba a decir eso en voz alta.

—Sí…, tu QB2. El del…

—Del *match* —terminó él en un gruñido.

El agobio me subió a la cara.

—Si es por lo de la cita, ya entendí que no podía quedar con él.

Se acercó de nuevo, más alterado. Me sujetó la barbilla, como si buscara una respuesta que yo aún no sabía formular porque desconocía la pregunta.

—¿Por qué?

—Porque tú me lo dijiste, que no era buena idea, él también es un Cowboy.

—¿Y si no te hubiera dicho nada? —insistió—. ¿Qué habría pasado?

Me faltó el aire.

—Supongo que habríamos quedado.

Su expresión se oscureció. ¿Por qué, de repente, parecía tan peligroso?

—Oye…, ¿a qué viene esto? Ya te he dicho que…

—Estás de suerte —me interrumpió, apartándose como si quemara—. Vais a quedar.

—¿Qué?

—Mañana se va a ocupar de Evander. Y lo único que ha pedido, siendo conocedor de nuestro pequeño secreto, es tener una cita contigo aquí, cuando cuadréis horarios y solo si tú estás de acuerdo.

Me miró una última vez. El suelo pareció moverse bajo mis pies.

Una cita con Dalton. Todo daba vueltas.

¿Quería? La verdad era que solo había aceptado la idea porque Levi no estaba dentro de mis posibilidades. Y seguía sin estarlo. A Valentino no parecía importarle que fuera una DCC, además, iba a ser en el ático y, si aceptaba, el fin de semana quedaba resuelto. Era un buen acuerdo.

—Vale —dije al final—. Dile que sí.

—No te ha costado nada, ¿eh? Perfecto, ahora descansa, los dos tenemos que estar frescos para el partido. Buenas noches, Skyler.

Se dio la vuelta y se marchó hacia su habitación, cerrando la puerta más fuerte de lo necesario.

Me quedé allí, sola, intentando encontrar una explicación a lo que acababa de pasar. ¿Había hecho bien o no? Tenía el cuello agarrotado y la sensación clara de que alguien acababa de empujar

la primera ficha de un dominó enorme y yo no estaba preparada para lo que venía detrás.

CAPÍTULO 34



No estaba de buen humor, no era el hombro, no era por enfrentarme al exequipo de mi padre, ni siquiera por el partido.

El problema era lo que sucedió la noche anterior, o lo que no sucedió, ya no estaba seguro, solo que la puta noche me jodió.

Sky despierta esperándome en el sofá, como si fuera un hábito normal recibirme con ese pijama suave que se me quedó tatuado en las palmas de las manos cuando me saltó encima, cuando se ancló a mi cuerpo reclamando su sitio. Pegada a mi pecho, a mis dedos, a mi polla. Con las piernas rodeándome la cintura, parecía que encajaba ahí por pura memoria. Mis manos sujetándole el trasero por puro reflejo, por instinto animal.

Fue como si el cielo se abriera de golpe, y justo cuando estaba a punto de cruzar esa línea que cada día se hacía más fina, más invisible, más hija de puta…, el infierno envuelto en realidad volvió a morder.

Sky confesando que no había quedado con el cafre de la *app* solo por mi culpa, por mi prohibición, por mi puto veto, no porque ella lo quisiera.

«¡¿Y qué esperabas, idiota?! ¡Fue ella quien le hizo *match*!».

Dalton se encargó de recalcármelo la noche anterior Y yo, en lugar de sentirme tranquilo, me porté como un celoso de manual y jodidamente expuesto.

Cuando le mencioné la condición que puso Valentino para cuidar a Evander y dijo que sí sin dudarlo, supe que estaba deseándolo y yo

solo estaba haciendo el cafre. Por eso me fui a la cama antes de hacer o decir cualquier cosa de la que hoy me pudiera arrepentir.

Necesitaba concentrarme y no podía.

Porque lo único que tenía en la cabeza era que Valentino iba a estar con ella esa mañana y con mi hijo. Anoche me dijo, con toda la cara del mundo, que necesitaría un periodo de prácticas tuteladas y Evander de adaptación.

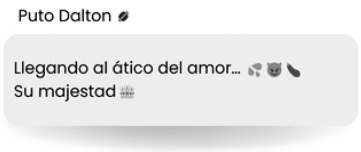
Me hubiera negado si no hubiese tenido lógica, una aplastante, una que se enroscaba en mis tripas como una maldita serpiente lista para envenenarme.

No se podía soltar a un crío de cinco años con alguien nuevo sin más; eso lo hice con las canguros y fue como el culo. Así que Sky pasaría un par de horas con ambos para que Evander se adaptara y no la liara: Manual de crianza básico. Y, aun así, me estaba matando.

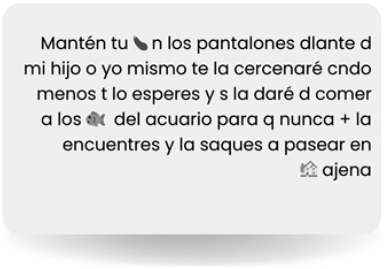
El entrenamiento ligero se me pasó sin pena ni gloria. Algo de movilidad, lanzamientos suaves, ajustes finos. Luego tocó la sesión de vídeo. Los dos últimos partidos de los Giants. *Playbook* defensivo, coberturas, tendencias. Todo lo que debíamos memorizar estaba ahí. Todo menos mi concentración.

Estaba guardando el iPad cuando el móvil vibró justo antes de la reunión con Mac.

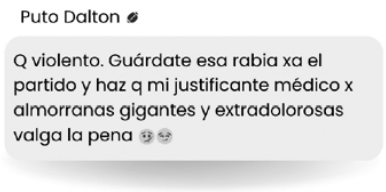
Mensaje.



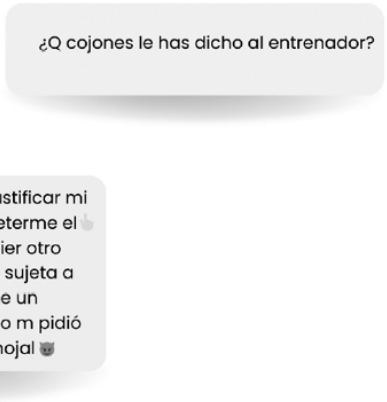
Se me tensó la mandíbula. La tentación de lanzar el móvil contra el suelo fue real. Palpable. Física. No lo hice. Respiré. Conté hasta tres. Y escribí.



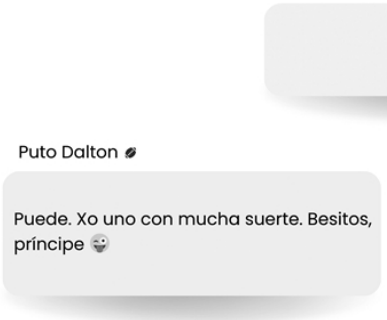
Tardó dos segundos en responder.



Parpadeé.



Apreté los labios.



Cerré el WhatsApp. Iba a guardarme el móvil en el bolsillo como si fuera una granada, pero marqué el número de Sky antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Levi?

Su voz… Joder. Mi polla se tensó, iba tan salido que hasta me ponía escuchar mi nombre sobre su lengua. Me aclaré la garganta.

—Solo… quería asegurarme de que entiendes que esto no es tu cita con el tío de la *app* —dije—. Es el canguro, el sustituto, el relevo.

—¿Por quién me tomas? —respondió sin rastro de ofensa—. Sé lo que tengo que hacer, Levi, esto va de la seguridad y comodidad de tu hijo, no de mí.

Sentí un poco de alivio al escucharla.

—Oye —añadió—, sé que estás nervioso por dejar a Evander con alguien nuevo.

—Alguien nuevo con la mente de un adolescente de catorce.

—Bueno, algunos adolescentes de catorce cuidan niños estupendamente, mira tus hermanas —dijo, conciliadora.

—Esto no es Saint Valentine Falls.

—Ya, pero yo lo aleccionaré para que lo haga genial y también le dejaré claro que, si comete alguna imprudencia, tu madre es *sheriff* y somos un montón para que nunca encuentren el cadáver. —Eso me hizo sonreír—. No sufras. Esto va de que ambos podamos hacer nuestro trabajo bien, sin estar preocupados. Ya lo verás, funcionará.

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Que mis problemas parezcan fáciles de solucionar.

—Alguien muy sabio me dijo una vez que tendemos a preocuparnos por cosas que nunca sucederán, así que intento hacer una mejor gestión de mis dolores de cabeza y que solo lo sean si son reales.

—Es un buen consejo.

Sonó un timbre al fondo.

—Han llamado, el canguro está en el horno, digo, en el ascensor, tengo que colgar.

—Sky…

—¿Sí?

—No hagas nada que no quieras hacer.

Se rio. Una risa suave que me gustó más de lo que debería.

—Si esto va por lo de la coliflor de la nevera que querías que cocinara a mediodía, no sufras. Me la comeré. Nos vemos en el partido, Carter.

Y colgó.

Yo me quedé mirando el móvil con cara de imbécil, antes de guardarlo, justo cuando Mac Donovan gritó mi nombre.

—Carter, vamos.

No podía negarme, aunque me hubiera encantado largarme a casa con Evander y Sky en lugar de mantener esa reunión.

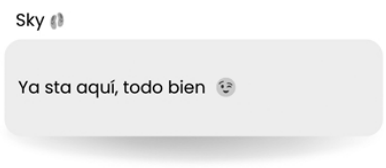
¿Qué narices me pasaba? Me encantaba jugar al fútbol y ni en mis mejores tiempos con Nova se me ocurrió hacer algo así. Tal vez ella tenía razón y siempre antepuse mi sueño a nuestra relación, en cambio, ahora… Ahora no estaba seguro de qué me pasaba.

🏈💔🏈💔🏈

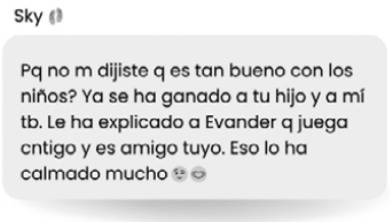
La mañana avanzó a trompicones. Tras la reunión con el entrenador de QB, con un montón de comentarios técnicos sobre cómo enfocar el partido de hoy, tuve un rato de descanso; solíamos emplearlos para relajarnos, escuchar música, reflexionar, repasar jugadas o, simplemente, mantener la mente en blanco.

En mi caso no lo hice, porque estaba más pendiente del móvil que de otra cosa.

Había un mensaje de Sky de hacía una hora.



No me tranquilizó. Me tensó, había otro muy seguido.



Claro que sí. Maldito encanto natural. ¿Qué significaba esa sonrisa y ese guiño final? Tenía ganas de sacudir al maldito Dalton como a un sonajero; no lo descartaba.

Después, vino una foto.

Mi hijo sujetaba un pez en una bolsa de plástico con agua, azul, con la cola de colores, y no solo eso, Sky también aparecía posando en la imagen con un *cupcake* de la pastelería más famosa de la ciudad, cargadito de glaseado rosa. Era imposible que supiera eso a menos que la hubiera *stalkeado* en redes sociales para ganar puntos.

¡Maldito idiota! Había ido con munición: un pez y azúcar. Eso era jugar muy sucio, cabrón. Ganarse a la chica y al niño al mismo tiempo.

La siguiente imagen me golpeó directo en el estómago, no la mandaba Sky, sino el perro traidor.

Un selfi de los cuatro. Mi hijo sujetando la bolsa con Blue, sonriendo a Dalton con adoración. Sky mordiendo el dulce con una cantidad obscena de crema sobre los labios y guiñando un ojo a cámara. El brazo de Valentino alrededor de su hombro. De. Su. Puto. Hombro.

«¿Y esas confianzas?».

Se me tensaron los trapecios con mayor violencia que antes de un *snap*.

Pie de foto:

«Soy irresistible para niños y mujeres. Los tengo nadando en la palma de mi mano».

Un *emoji* lanzando un beso y otro de un pastelito.

«¡Hijo de su madre! Me voy a hacer un rosario con sus dientes».

No tuve tiempo de escribir nada más porque Mac volvió a llamarnos para la siguiente sesión y yo necesitaba desahogar mi rabia, aunque fuera entrenando.



El mediodía llegó con hambre de vestuario. Comimos todos juntos en el comedor del complejo. Pollo a la plancha, arroz, verduras salteadas y algo de pasta medida para los que necesitaban cargar. Para beber, agua, nada emocionante.

Knight fue el primero en soltar el chisme.

—Eh, ¿os habéis enterado? —dijo con una sonrisa torcida—. Hoy el suplente de Carter es Merrick.

Shawn, el QB3, levantó la cabeza.

—¿Qué le ha pasado a Dalton? —se interesó EJ.

—Merrick dice que tiene unas hemorroides tan grandes como dos pelotas de tenis, empujándose desde dentro como si quisieran salir a saludar.

Las carcajadas estallaron.

—Eso no es una lesión, es un parto —añadió Ty.

—O una mala noche con juguetes equivocados —remató Jace.

—O que la tía de anoche al final venía con sorpresa —dijo alguien al fondo.

—Yo solo digo —añadió Marcus— que nadie desarrolla eso solo. Ahí ha habido fricción, compromiso y dedicación.

Las risas siguieron. Yo mastiqué sin sabor porque así sabían las mentiras, insípidas.

Ty me observó. Demasiado atento.

—¿Te duele el hombro o qué? —preguntó—. Estás raro.

—Estoy concentrado —mentí.

—Tío, tú y yo nos conocemos desde que entramos en los Warriors —insistió—. ¿Es por tu hijo? ¿Por tu prima la estríper? Sea lo que sea, puedes contármelo.

Tenía gracia que no pudiera contárselo a mi mejor amigo y, sin embargo, lo supiera Valentino y fuera quien me estuviera ayudando,

aunque el precio fuese muy alto.

—Si tuviera algo de qué preocuparme, te lo diría. Solo quiero patearle el culo a esos engreídos de los Giants y que mi padre vea que no me equivoqué de equipo —corté—. Vamos, comamos.

Me obligué a reír cuando tocaba. A asentir, a mantener un perfil bajo para que no sospecharan. No podía dejar que notaran que por dentro estaba afilándose algo muy primitivo.

Cuando me levanté de la mesa, el móvil vibró de nuevo. Llamada de Sky.

—Hola, Levi, aquí canguro real informando sobre canguro suplente. —Su voz sonaba como si hubiera pasado una mañana increíble—. Solo quería decirte que puedes respirar. Valentino ha superado la prueba con nota —dijo la mar de efusiva—. Ha conectado con Evander de manera inmediata. Tiene un don genuino para los niños.

—Sobre todo, para engendrarlos —solté.

Se rio.

—Eso no lo sé, pero con esa cara y ese cuerpo no es difícil imaginar que le van a salir muy guapos, además, es muy divertido. —«Me cago en la puta, estoy jodido»—. Oye, ya estoy en el ascensor, en nada estaré en el Uber. Solo quería tranquilizarte y que supieras que esta noche voy a bailar y animar por y para ti. Por fin voy a cumplir mi sueño, Carter, y tú vas a estar ahí.

Eso me removió más de lo que debería permitirme. Me apretó el pecho, me tensó la espalda y las pelotas. Me recordó por qué estaba ahí y en ese momento.

—Muy bien, preciosa, porque yo voy a ganar este maldito partido para ti.

—¿Vas a hacerme una ese con los dedos?

«Te haría cosas mejores que una simple ese, y mucho más placenteras, si pudiera».

—Te haré el abecedario completo si me lo pides.

—Teniendo en cuenta cómo te salió la E, con la S me conformo. ¡Arriba, Carter!

Colgué antes de sugerirle que arriba se pusiera ella.

Me quedé quieto un segundo. Respiré, sentí que algo se colocaba en su sitio.

Supe que esa noche no iba a lanzar pases bonitos, iba a hacer morder el polvo a mis rivales y demostrarle a Skyler por qué llevaba ese maldito tatuaje en la piel.

CAPÍTULO 35



Cuando Valentino salió del ascensor y apareció en el ático con una sonrisa canalla, una bolsa de papel marrón y una pecera improvisada colgándole de la mano, sentí que algo se me aflojaba por dentro.

No era un «este tío es un puto diez», sino más bien la desaparición súbita de una tensión que no sabía que llevaba clavada en los hombros.

Tras la presentación de rigor, que él hizo bastante fácil porque estaba claro que era bastante sinvergüenza y que la palabra timidez no entraba en su vocabulario, fue directo a Evander.

—Hola, chaval, un pajarito me ha chivado que te flipan los peces y que en este espacio tan grande todavía no hay un animal, más allá de tu bendito padre, así que… —anunció, levantando la bolsa transparente donde nadaba un pez azul eléctrico—, este es Blue, tu nueva mascota de carne y agallas.

Evander se quedó mirándolo con la boca entreabierta, inmóvil, como si hubiera aparecido un superhéroe en mitad del salón.

No era un pez cirujano, pero sí uno muy bonito, pequeño y colorido. Él alargó las manos y Valentino lo depositó en ellas.

—¡Hala, nada de verdad! —exclamó sin quitarle la mirada de encima.

—*Sip*, es lo que tiene ser un pez, todo el día meneando las aletas… A falta de un acuario, por el momento, ¿qué te parece si buscas un recipiente transparente en el que meterlo?

Evander se giró hacia mí con los ojos brillantes, yo también sonreí y ahí se evaporaron los nervios.

—Un *tupper* servirá —le comenté al niño, que salió disparado con su nuevo amigo hacia los cajones de la cocina.

Valentino alzó la otra bolsa y elevó las comisuras de los labios.

—Y para ti… Esto es munición de la rica.

No hubo incomodidad ni ese silencio raro que aparecía cuando dos personas no sabían qué hacer o qué decir, ni esas mariposas que se desataban frente a un espécimen tan atractivo como él.

Fue fácil.

Como lo había sido con Kayla el primer día de audiciones, cuando conectamos sin saber por qué. Esa misma complicidad limpia se instaló en el salón mientras Valentino se agachaba frente a Evander para explicarle cómo se cuidaba un pez, por qué no podía meterlo de inmediato en el *tupper* y por qué, aunque él insistiera mucho, las galletas no eran buena idea para Blue, pero sí el botecito de comida que traía en el bolsillo.

Nos hicimos algunas fotos, Valentino me aseguró que le iba a mandar una a Levi para que se tranquilizara.

—Ya sabes cómo es el capi, una imagen vale más que mil palabras, así que… ¡Evander, ven, que vamos a hacernos una foto para el gruñón de tu padre!

Las dos horas que pasamos juntos se me hicieron cortas. Teníamos la misma edad y más cosas en común de las que podía esperar, también nos reímos bastante. Muchísimo, en realidad.

Valentino tenía un humor rápido, absurdo cuando tocaba, y una forma de contar historias que hacía que Evander no parpadeara. Le habló de su época en la universidad, de los viajes con el equipo, de las fiestas en la playa y luego, sin que yo se lo pidiera, empezó a hablar de su familia.

De su padre militar, de su hermana, que estudiaba en la misma uni de élite para deportistas como él. De cómo ella casi llegó a ser atleta olímpica, hasta que todo se rompió por el fallecimiento de su madre y Avery lo pasó fatal. Él también, pero ellas dos estaban muy unidas.

No lo dijo buscando pena, no lo contó para empatizar, solo lo hizo de manera natural y la conexión entre los tres fue instantánea, era el vértice que faltaba a nuestro triángulo de pérdidas maternales.

Por nervioso que fuera Valentino, me transmitía una extraña calma porque no ocupaba un espacio que no le correspondía ni iba de adulto responsable impostado o de colega excesivamente confiado. Se adaptó al ritmo que Evander necesitaba para sentirse cómodo con una naturalidad que me desarmó. Escuchándolo. Siguiéndole el juego. Dejándole ganar cuando tocaba y marcándole límites sin levantar la voz.

—Tu padre tiene normas muy claras en este ático —le dijo en un momento dado, cuando yo estaba preparando la comida—. Y cuando vuelva, quiero que siga pensando que soy un tipo fiable.

El niño asintió con una seriedad que me enterneció.

—Papá confía poco en la gente, y si tú estás aquí es porque cree en ti.

—Sí, yo también lo creo, aunque los primeros síntomas de la vejez lo confundan algunas veces con respecto a mí.

Valentino levantó su mirada en mi dirección y sonrió de lado.

Ahí entendí algo importante.

Levi no solo había elegido a Valentino porque supiera la verdad o fuera su compañero de equipo, lo había escogido porque sabía leer a las personas, y Dalton era uno de los buenos.

Aunque, con toda probabilidad, Levi jamás lo admitiría en voz alta.

Cuando llegó la hora de irme, lo hice tranquila. De verdad. Sin ese nudo en el estómago que había esperado sentir. Sabía que Evander iba a estar bien cuidado, que se iban a llevar genial y que su padre necesitaba esa certeza más que nadie ese día.

Por eso, lo llamé en cuanto me metí en el ascensor.

Sabía a la perfección a qué se enfrentaba.

El de ese día no era un partido normal, jugaba contra los Giants, el exequipo de su padre. El mismo del que había sido fan cuando era niño, antes de saber quién era Cole Carter y por qué su apellido pesaba tanto.

Ganarles no significaba ganar y estar más cerca de la Superbowl.

Era decirle al público y a la prensa que no estaba ahí por herencia ni por apellido. Que nadie le había regalado nada y que era capaz de brillar siendo Levi Carter.

Cerré la conversación con Levi diciéndole que ese día iba a cumplir mi sueño de animarlo y él me respondió con una afirmación que no esperaba, que iba a ganar el partido para mí.

Me pasé el resto de la tarde sonriendo como una idiota.

Cuando llegué a Frisco, donde debía pasar el resto de la tarde junto a mis compañeras repasando las coreos, maquillándome y peinándome hasta que llegara el momento de coger el bus hacia el estadio, Kayla dio por hecho que mi estado anímico era debido a lo de los veteranos.

Ella no había sido seleccionada y, aun así, estaba radiante. Su marido había obrado maravillas en su humor y estaría en las gradas, dispuesto a verla brillar como si fuera la única animadora del estadio. Debía ser bonito que alguien te observara así.

El trayecto hasta AT&T Stadium fue una mezcla de nervios eléctricos y concentración forzada. Apenas hablábamos, cada una estaba metida en su cabeza, repasando coreografías, marcas, sonrisas...

Yo me buscaba en el reflejo de la ventana sin verme del todo, porque me veía sin encontrarme. ¿De verdad esa realidad era la que había perseguido siempre? No estaba segura de ello, solo que en ese momento tocaba vivirla sin hacer demasiadas preguntas.

Cuando bajamos del bus, el ruido del estadio nos envolvió como una ola y supe que, a partir de que pusiera un pie en el suelo, ya no había vuelta atrás; Skyler desaparecería para convertirse en una de las DCC.

Aquel lugar tenía perfume propio, como si las luces, las pantallas y las ochenta mil gargantas calentándose compartieran el mismo aliento. No sabía explicarlo mejor.

Fuimos al vestuario y después al túnel, donde nos colocamos en fila con esa sonrisa entrenada, aunque por dentro estuviéramos temblando. Jude y Evelyn caminaban delante de nosotras como un par de generales con rímel, revisando detalles invisibles.

—Hombros atrás. Mentón arriba. Sonrisa viva —dijo la directora sin mirarnos una por una porque no hacía falta—. Sois la imagen, sois el sueño de muchas niñas, no podéis fracasar ante ellas porque, lo queráis o no, sois un referente.

A mi derecha, Kayla respiró hondo y se colocó un mechón suelto detrás de la oreja. Estaba preciosa, radiante y nerviosa.

—Respira, estoy segura de que tu marido va a mirarte como si fueses la única mujer sobre la tierra.

—Gracias. —Me abrazó.

Yo también iba a ser vista, y que fuera Levi quien me observara hizo que se me apretara el estómago con una fuerza absurda. No era solo ilusión. Era la mezcla rara de cumplir un sueño propio y, al mismo tiempo, sentir que formaba parte del de alguien más. Aquel estadio era un corazón gigante que latía por los dos; aunque tuviéramos prohibido acercarnos el uno al otro, estábamos juntos.

Cuando la música estalló y nos anunciaron, salimos, agitando los pompones como si no hubiera un mañana.

El césped me recibió como una alfombra sagrada. El aire estaba cargado de la energía de todas esas miles de personas que nos admiraban y me golpeó la piel expuesta. El uniforme apenas pesaba, pero la responsabilidad sí, la sentí en las rodillas, en los tobillos, en el cuello.

Los focos me cegaron un segundo. Luego, el mundo se ordenó. Gradas, pantallas, gente, ruido.

Nos colocamos para la canción estrella y yo me repetí que era como en el estudio, que era lo mismo que llevaba ensayando desde el verano.

Mentira. No era lo mismo porque él estaba ahí, además de un estadio entero esperando que no fallaras y una franquicia que medía tu valor en segundos de cámara.

Cuando llegó el momento de las patadas, me agarré a las chicas a ambos lados. Ese tramo siempre era el peor, no por el dolor, sino porque cargabas con tu peso y con el de ellas; porque si una rompía la línea, nos rompíamos todas; porque la energía tenía que ser perfecta y la altura máxima, aunque te ardieran los muslos.

La primera patada me cortó el aire, la segunda me quemó y la tercera me hizo sentir viva. Y, justo entonces, la vi, la cámara, mi momento.

Tuve esa sensación de ojo enorme clavándose en mi cara. Me enfocó y salí en la pantalla gigante. Ahí estaba yo, amplificada, perfecta o a punto de ser un meme, dependiendo de que no la cagara.

Y ahí supe con exactitud lo que debía hacer. No lo dudé.

Guiñé un ojo y moví los labios formando un «*For you*» que no fue para el estadio ni para las niñas ni para los patrocinadores, sino para el hombre que no podía tocar y que, aun así, me tenía agarrada por dentro.

Cuando acabamos, el mundo pareció inclinarse un segundo. La adrenalina me subió en oleadas, me reí sin querer, abracé a Kayla y a Tina, luego respiré hondo porque el baile no era lo que iba a romper hoy, era el partido si perdíamos.

CAPÍTULO 36



Los Cowboys salieron como si alguien les hubiera encendido una mecha en el pecho. Desde el primer *snap*, la ofensiva tenía una velocidad distinta. No era solo rapidez, era una sensación de urgencia contenida, como si cada jugador supiera que ese partido no admitía medias tintas. Levi parecía más grande incluso desde la banda, más compacto, más letal, como si en lugar de sangre le corriera decisión por las venas.

Vi su primer *drive* entero con los dedos apretando el pompón hasta deformarlo, notando cómo el plástico se clavaba en la palma de mi mano sin que me importara.

El *huddle* se cerró como un secreto y Levi les habló a sus compañeros. No escuché las palabras, pero vi los gestos, las cabezas asintiendo, la forma en la que los once cuerpos se alinearon después, como piezas encajadas a presión. Luego, el balón voló.

Un pase rápido al exterior, yardas limpias, gritos. La línea aguantó el primer envite como un muro humano, cascos chocando con un sonido seco que llegaba hasta la banda. Knight corrió como una bala por un hueco que ni yo vi abrirse, protegido por bloqueos que parecían coreografiados al milímetro. Rivera atrapó un balón con dos manos como si fuera la cosa más fácil del mundo, luego se llevó dos cuerpos encima y siguió avanzando un paso más antes de caer.

Me dolió el golpe desde aquí.

No el impacto en sí, sino la violencia con la que cayó, el sonido sordo del cuerpo contra el césped.

Touchdown.

El estadio rugió y yo salté con las demás, sentí la vibración bajo las botas, el eco en el pecho, pero no la euforia completa, no todavía. Era demasiado pronto para confiarse. Los Giants contestaron como si no les importara el ruido. Fríos y metódicos, no iban a regalarles nada. Una carrera interior que nos hizo retroceder varios pasos y un pase medio suicida que, de alguna forma, les salió. Su ataque avanzó despacio, castigando el centro, obligando a la defensa a trabajar cada centímetro.

Empataron y nos vinimos un poco abajo, aunque todavía quedaban muchos minutos por delante.

El juego se volvió áspero, incómodo, como si cada *snap* arrastrara resistencia. La defensa de los Giants presionaba a Levi con hambre, cerrándole el bolsillo, obligándolo a mover los pies, a reajustar sobre la marcha, a improvisar bajo una lluvia de brazos y cascos. Y él improvisaba como el mejor.

Eso era lo que más me erizaba la piel. Era eficiente, puro instinto envuelto en experiencia. Decisiones tomadas en décimas de segundo, lanzamientos soltados justo antes del golpe, lecturas hechas con el cuerpo ya en movimiento.

A mitad del segundo cuarto, los Cowboys consiguieron ponerse por delante otra vez tras una serie larga, trabajada a base de bloqueos sucios, recepciones cortas y carreras que parecían no avanzar y, aun así, lo hacían. Cuando llegó el descanso, el marcador daba una ventaja mínima, de esas que no te permitían relajarte ni aunque te prometieran el cielo.

Demasiado ajustado, demasiado.

Salimos de nuevo en la media parte a levantar los ánimos; desde el arranque de la segunda, el partido cambió de tono.

Más golpes, más errores, más tensión de la que te hacía temer un revés inesperado.

En el tercer cuarto, un pase de Levi llegó a las manos de Hawkins, pero el balón rebotó como si le hubiera dado un calambrazo. Un *drop*. Un maldito *drop* en un momento que pedía manos de hierro. El murmullo del estadio fue inmediato, un sonido bajo y peligroso que se coló hasta la banda.

Yo apreté los dientes.

Los Giants aprovecharon el fallo como si olieran el miedo y avanzaron, avanzaron y avanzaron hasta que el empate volvió a clavarse en el marcador como una aguja.

—Dios mío —murmuró Kayla, pálida pese al maquillaje—. Creo que voy a echar el hígado de los nervios.

—No te preocupes —dije sin apartar la vista del campo—. Levi va a dejarles las cosas claras.

—¿Levi?

Me sonrojé tan fuerte que sentí el calor subir por el cuello.

—Me-me refiero a Carter. Bueno, es que en mi casa son muy fanes y lo llaman por su nombre de pila, me he criado escuchándolo así, es casi como de la familia... Ya me entiendes.

Kayla sonrió con esa expresión suya de «¿en serio?».

—¿Y no será que es el *quarterback* de tus sueños? Ese tío es un *mojabragas* profesional y te aseguro que, si fuera de tu familia, el término incesto no estaría penado, está demasiado bueno.

—¡Pero ¿qué dices?!

—Lo que oyes. ¿No te parece guapo? Venga ya, no me fastidies, está que cruje, media América está enamorada de él y se hacen apuestas sobre quién será la mujer a quien por fin le ponga un anillo después de lo que le pasó a su ex. No llegaron a casarse, ¿lo sabes?

—Sí, claro, soy una DCC, nos hicieron aprendernos la vida y milagros de todos esos tíos...

Señalé con el pulgar, aunque a la vista estaba que fue durante el campamento y ya se me habían olvidado la gran mayoría, menos él.

—Por un tío como ese, yo cuelgo mañana mis pompones y pongo toda mi energía en animarlo en la cama.

Solté una carcajada con más nervio que gracia.

—Te recuerdo que estás casada y tu marido está en las gradas.

—Ya, bueno, en el hipotético caso de que fuera soltera y ese espécimen hubiera puesto los ojos en mí, ni me lo pensaba.

—¿En serio dejarías a las DCC por un Cowboy?

—¡Despierta! —Chasqueó los dedos frente a mi nariz—. Esto está genial, es un sueño, sí, pero muy caduco. Ninguna está más de cinco años aquí, y eso con muchísima suerte... Mientras que Levi

Carter podría ser un pase directo al amor de tu vida... ¿Quieres una respuesta? Pues te la voy a dar: claro que sí.

No tuve tiempo de darle réplica porque, en el campo, Knight sufrió un golpe seco, uno de esos que se escuchaban incluso por encima del ruido, el balón se soltó y el mundo se congeló un segundo.

Fumble.

El estadio hizo ese sonido horrible de «*oooh*» que parecía una ola rompiéndote encima. Los Giants recuperaron, avanzaron y, por un instante, pensé que iba a vomitar de verdad, con el estómago encogido y la garganta cerrada.

Levi no perdió la cabeza ni siquiera cuando la tormenta parecía empujarlos lejos de la victoria.

Eso fue lo que más me impresionó, incluso más que el brazo, incluso más que el liderazgo. No se rompió, no se descompuso. Reunió a los suyos, gritó dos órdenes que no escuché y volvió a salir como si el error fuera combustible, como si lo alimentara en lugar de hundirlo.

Aun así, el reloj corrió, los minutos se consumieron y el empate se hizo definitivo al final del último cuarto, ese empate que te dejaba con el corazón colgando porque no se sentía como una tregua, se sentía como estar al borde de un precipicio.

Jude nos pegó un grito que nos sacudió las costillas.

—¡Vamos, chicas, que toca sacar toda vuestra energía para que nuestros jugadores ganen en la prórroga!

—¡Sí, señora! —coreamos al unísono.

—¡A darlo todo y elevad el espíritu de los Cowboys para que Dios los bendiga con su gloria y su poder!

Volvimos al campo y yo me repetí lo que siempre nos decían en el vestuario: «una DCC no solo baila. Una DCC inspira, es un ejemplo, una ilusión con botas blancas. Doctoras, economistas, veterinarias, bailarinas profesionales, todas sonriendo como si no doliera nada, como si el cuerpo no pesara».

Si Barbie tuviera una representación humana, sería una DCC.

Me dejé la piel, igual que mis compañeras, y cuando volví a la banda recé para que esos diez minutos pasaran muy rápido y con un

resultado óptimo.

«Vamos, Carter, demuéstrales lo que vales».

La prórroga fue un infierno lento en el que sentí cada maldita llama.

Diez minutos que no eran diez, eran, como mínimo, cuarenta canas de las que te salían antes de tiempo y sin pedirlo.

El sonido de los cascos chocando se volvió más claro, más brutal, como si el estadio entero se hubiera acercado a escuchar mejor. Las entradas crujían. Los jugadores se levantaban con una lentitud que daba miedo, manos en las rodillas, respiraciones pesadas. El balón pasaba de mano en mano como si fuera un corazón latiendo a la intemperie.

Los Giants atacaron primero, pero la defensa de los Cowboys los frenó con rabia, cerrando espacios, golpeando bajo, obligándolos a jugarse pases forzados. Hubo un placaje tan duro que yo me llevé una mano a la boca. Hubo un pase incompleto que me devolvió el aire a los pulmones. Hubo un tercer *down* eterno que, cuando por fin lo pararon, me hizo temblar las piernas.

Le tocó a Levi.

Lo vi entrar al *huddle* y, aunque estaba lejos, juraría que respiró hondo. Knight se colocó a su lado. Hawkins se abrió por fuera. Rivera ajustó la posición. La línea se recolocó, hombro con hombro, lista para aguantar lo que viniera.

Snap.

Levi retrocedió, la línea aguantó lo justo y lanzó un pase corto que avanzó unas pocas yardas, pero esas yardas se sintieron como oro. Luego otra jugada, otra. El *drive* avanzaba a empujones, el campo parecía ir en contra y entonces los Giants mandaron presión.

Se les vino encima una estampida a los nuestros.

Levi dio un paso atrás, otro, el bolsillo se rompió y, en lugar de forzar un pase loco, hizo lo que hacían los que tenían instinto y orgullo.

Corrió, lo hizo como corría alguien que se negaba a perder, como si cada yarda estuviera cargada de una promesa que solo él podía cumplir. Se lanzó hacia delante, le golpearon, cayó y el estadio gritó como un animal.

Siguiente jugada.

Los segundos bajaban, yo no respiraba.

Última oportunidad en la *red zone*. El balón estaba cerca, demasiado como para fallar, pero demasiado lejos como para sentirse seguro.

Levi retrocedió, miró a la derecha, amagó, la defensa mordió y luego todo se rompió otra vez. Un defensor se coló, otro. El sonido del golpe inminente me atravesó el pecho.

Levi giró, improvisó y lanzó un pase que no vi claro hasta que fue tarde. Un pase rápido, casi desesperado, a la zona de anotación.

Y entonces, cayó la montaña humana.

Cuerpos encima de cuerpos. Cascos contra cascos. Brazos, piernas, el balón desaparecido, engullido por una tonelada de tíos cabreados.

Silencio.

—Ay, Dios… —susurró Evelyn a mi lado—. ¿Lo han conseguido o no?

Yo me quedé congelada. Kayla estiraba el cuello, tratando de ver.

Hasta que los jugadores se apartaron y el árbitro levantó los brazos.

—¡Touchdown! —rugió el comentarista—. ¡Y fin del partido! ¡Los Cowboys se alzan con una victoria merecidísima, pero muy ajustada!

El estadio explotó.

Yo salté, abracé a las chicas, grité tan fuerte que me dolió la garganta y, en mitad del caos, la cámara encontró a su capitán.

Levi se quitó el casco con la cara empapada en sudor y el pelo pegado a la frente. Lo colocó bajo el brazo, como si pesara menos que el mundo entero, y encajó los dedos formando la letra S.

Fue como si me la metiera en el pecho con un hierro caliente.

Yo me llevé una mano a la boca, reí y casi lloré, luego volví a saltar con las demás mientras el campo se llenaba de jugadores celebrando, arrasándolo a palmadas y abrazos, devorándolo de felicidad y de alivio.

CAPÍTULO 37



El niño cayó.

No de golpe.

Primero el bostezo traicionero. Luego el parpadeo lento. Después la cabeza ladeada, como si estuviera fingiendo…, hasta que dejó de disimular y soltó una respiración fuerte que me recordó a mi hermana Avery cuando se quedaba frita tras una sesión de gimnasia, cuando vivíamos con nuestros padres y éramos pequeños.

Evander Carter. Cinco años, diagnosticado de sufrir un partido entero animando a su padre. Gritos, repeticiones, *snacks* dudosos… ¿Quién, en su sano juicio, tenía vegetales desecados en lugar de patatas fritas? ¡De locos!

Normal que estuviera *KO*.

En cuanto lo metí en la cama, lo arropé con cuidado. El peluche azul estaba debajo del brazo, estrategia defensiva perfecta. El crío apuntaba maneras, aunque no era raro viniendo de una estirpe de Carters. Le coloqué la sábana por encima y apagué la luz.

—Buenas noches, campeón —murmuré, imitando a mi padre.

Ni se movió. Buena señal.

Cerré la puerta despacio y volví al salón, no sin antes pillarme otra cerveza fría de la nevera, esa vez con alcohol. Mis horas de servicio como canguro habían finalizado.

Me dejé caer en el sofá. El partido había concluido hacía rato. En la tele estaban con los resúmenes: jugadas ralentizadas hasta el

infinito; comentaristas diseccionando cada decisión como si Levi no llevara media vida haciendo eso.

El capitán en pantalla. Brazo limpio, lectura rápida, cara de póker.

Joder, lo bordaba.

Ojalá yo pudiera empaparme un poco de esa actitud de granito que todos respetaban.

Estiré las piernas. El ático estaba tranquilo.

A cualquiera que le preguntaras te diría que en unas horas aquello se convertiría en una zona de lujuria y descontrol. No se esperaba otra cosa de un QB1 de la NFL. Yo mismo no paraba de liarla cuando ganaba con los Warriors, aunque eso ya era agua pasada.

La tarde había ido… bien.

El crío no me había odiado ni me había intentado morder, lo cual ya era bueno con su currículo. Me fue mucho mejor que mi primer partido.

¿A cuántos QB2 se les daba la oportunidad de abrir la liga?

A ninguno.

¿Y qué hice yo, en lugar de sentar precedentes? Cagarla a lo bestia contra un rival que, encima, era de los fáciles. El gran puto debut de la estrella que nunca llegó a brillar: Valentino Dalton.

Si me echaban, podría optar a montar una guardería para los padres solteros de la liga, porque ser QB1 de la NFL se me había dado como el culo.

Tuvo que regresar Carter para sacarnos las castañas del fuego. Dos partidos, dos victorias. Cojonudo.

No me molestaba que ganáramos.

Me fastidiaba que yo hubiera dejado que los nervios me dominaran y que todo el equipo pagara las consecuencias de mi falta de profesionalidad.

No me servía el consuelo de: cuando gana el equipo, ganamos todos, y cuando pierde también.

Estaba claro que había sido mi culpa y que con el capitán eso no ocurría.

Vi el partido junto a su hijo. Él medio tumbado, con una camiseta de los Cowboys y un cartel con toneladas de purpurina plantado frente a la tele, en plan ritual. Yo medio atento, explicándole lo

básico cuando preguntaba y cambiando de tema cuando se tapaba los ojos porque le entraban demasiado duro a papá.

Cuando por fin terminó y Levi hizo una letra con los dedos, Evander dijo que había hecho la S de Superman o de superhéroe.

Yo no lo tenía tan claro.

Porque conocía a una pelirroja hacia la que estaba mirando cuyo nombre empezaba por la misma inicial.

No dije nada y me llené la boca de cerveza.

Mi primer año en la liga profesional no estaba siendo como esperaba.

En la SSU todo era más sencillo, cuando era el *quarterback* estrella, en lugar del estrellado, y las chicas me buscaban porque era una promesa.

Vinieron a buscarme. Me ficharon porque vieron en mí mucho potencial, me endulzaron el ego con las palabras «futuro del equipo», que tendría mi momento, que a Levi no le quedaba mucho y confiaban en que pudiera ser su sucesor. Y cuando me dieron la oportunidad, la desperdicié.

Puse los ojos en la pantalla. En la repetición, Levi salía del *pocket* como si nada, lanzaba en carrera y el balón caía donde tenía que caer. Limpio, fácil.

¿Cómo cojones era capaz de lidiar tan bien con la presión?

Los Giants habían sido la hostia de duros y lo llevaron a la puñetera prórroga; aun así, les ganó.

Cambié el canal.

No porque me jodiera verlo, me molestaba compararme. Lo admiraba, mucho, y había aterrizado en ese equipo para aprender del mejor y superarlo. Ese era mi sueño: dejar huella con mi nombre y no vivir de prestado en el suyo. El hambre normal de cualquier *rookie*.

Lo de Sky ni siquiera fue intencionado. A ver, sí, me fijé en ella, pero al principio solo buscaba algo de conversación para entrarle al capitán y acercar posiciones. Nada más. Nunca había ido de buscarla. Ni de planear nada. Ni siquiera de querer algo con una tía que tenía prohibida por contrato. Estaba un poco loco, sin embargo, no era un suicida.

No obstante, los hechos se fueron encadenando solos: las bragas, la foto, la paja, darme cuenta de que la prima y la DCC eran la misma persona.

Al principio fue una coña, una forma fácil de romper el hielo con Levi sin quedar como el típico *rookie* pelota. Luego vi cómo se tensaba cada vez que yo bromeaba sobre ella y entendí que ahí había una grieta por la que colarme para que me tuviera en cuenta.

Sobre todo, cuando ella me hizo *match*.

¡Ni siquiera fui yo el que la buscó!

De repente, me vi metido en una especie de novela de enredos con un trato algo indecente que, juraba por lo más sagrado, no era maldad, sino necesidad. Necesidad de estar cerca de él, de aprender más, de ganarme un sitio, una oportunidad. Y vale, puede que un poco de diversión también, no iba a engañarme.

Apoyé la nuca en el respaldo y solté el aire.

—Dalton, respira. Sabes cómo se hace.

Las puertas del ascensor se abrieron.

Si alguna vez tenía un piso como ese, jamás de los jamases querría algo así. Intimidad cero, ¿a quién se le ocurrió que el ascensor *ninja* subiera sin hacer ruido y abriera sus puertas casi en el salón? ¿Y si me pillaban mientras estaba echando un polvo en el sofá? Yo quería una puerta, un puto cortafuegos era primordial.

Me incorporé.

Skyler entró sonriente. Llevaba puesta una sudadera grande que le cubría medio cuerpo, tenía esa cara que se nos quedaba a todos cuando el pico de adrenalina pasaba y te sentías feliz. Esa energía de triunfo después del estadio, como si todavía le vibraran los pompones por dentro.

—Ey —susurró—, ¿todo bien con el gremlin?

—Seguí tus consejos, no le di de comer después de medianoche ni lo mojé —dije—. Nivel experto desbloqueado, aunque podríais ofrecerle para picar unas patatas normales en lugar de tubérculos radioactivos. ¿Qué clase de infancia le queréis dar?

Su sonrisa se hizo todavía más amplia.

—Una lo más saludable posible. Gracias por ayudarnos, sin ti habría sido imposible.

—Me han pagado bien —contesté—. Sofá prémium, acceso ilimitado a la nevera y una cita con una chica preciosa cuando acordemos día y hora.

Se rio mientras se acercaba y dejaba la bolsa sobre una mesita.

—Ahora en serio, ¿se ha portado bien?

—Me ha hecho un interrogatorio digno del FBI, pero creo que lo he superado y ha caído por *KO* técnico al terminar el partido.

—Ha sido un buen partido. —Suspiró.

—Sí —dije—. No ha estado mal. Levi siendo Levi.

—Siempre se le ha dado increíble. Desde que llegué a Saint Valentine Falls, la gente hablaba de su gran habilidad, heredada de su padre.

—Carter no es el único que tiene una —le dije—. Tú te mueves a un nivel superior.

Me miró un segundo más de la cuenta, como si quisiera decir algo y se lo guardara. Yo aproveché, porque si no pinchaba, me oxidaba.

—Oye —solté sin anestesia—, ¿no crees que el partido de hoy merece un beso de la victoria?

Me lanzó una mirada fulminante.

—Tú vas muy rápido, ¿no?

—Un pico —me defendí, alzando las manos—. Nada serio.

—Valentino…

—Vale, vale, era simple felicidad llevada a los labios. Dime, ¿es porque todavía no hemos tenido una cita oficial?

Agitó el pelo, todavía húmedo.

—Es muy pronto, apenas nos conocemos.

—Te he pedido un pico, no que nos casemos, ni siquiera he pedido lengua en el contrato. —Puse cara de tragedia griega—. Se trataba de un beso sin importancia, seguro que has dado más de uno —insistí.

Negó.

—Yo nunca doy nada sin importancia.

Eso me hizo dudar.

—¿Nunca? No te creo.

—Jamás.

—¿Ni el primero? El mío fue de puta pena, pero te aseguro que he mejorado con el tiempo.

—Yo sí te creo.

—¿Con quién fue tu primero?

Dudó y se mantuvo callada.

—Venga, dime lugar, ubicación y nombre. Ah, y cómo te sentiste. No te juzgaré, te lo prometo.

Pensó unos segundos.

—Vale… Saint Valentine Falls, mi habitación y con sir Bartholomew Fluffington III. Me supo a plástico.

—¡Joder! ¿Tu primer beso con un tío con nombre ridículo y sabor a plástico? No me extraña que, después de eso, prefieras olvidarlo. ¿Metió lengua?

Suspiró.

—No pudo, era mi muñeco.

Parpadeé, bizqueé y solté una carcajada.

—¡No fastidies! ¿Tu primer rollo fue un muñeco hinchable?

—¡No! —Me pegó un manotazo—. Un príncipe grande que me regalaron en mi octavo cumpleaños.

Me eché a reír.

—Vale, vale. Y después de lord Fluffi…, dime cuál fue, el primero de verdad, no me engañes.

Se sonrojó.

—¿Podemos cambiar de tema? No creo que te interese demasiado.

—Ya lo creo que sí. Me flipan los temas que incluyen bocas y babas. No se lo voy a decir a nadie y te prometo que yo también te lo contaré. El mío no tuvo desperdicio, te partirás el culo. Además, ¿qué piensas que haré con esa información? Probablemente, nunca conoceré a ese tío.

Tragó saliva.

—Yo tampoco, porque no lo he conocido.

Me quedé quieto, interpretando su respuesta.

—¿Me estás tomando el pelo otra vez? Es imposible que tú nunca…, que jamás…

—No lo es, y me está dando mucha vergüenza contártelo. Nadie lo sabe, así que es nuestro secreto.

—Lo flipo. Con esa cara y ese cuerpo…, ¿los tíos de tu pueblo son gilipollas o qué?

Miró al suelo.

—Quise esperar al correcto y el correcto nunca me vio del mismo modo que yo a él. Los demás nunca me interesaron. Él y yo nos llevábamos muchos años por aquel entonces, así que se fue a estudiar fuera, conoció a una chica y, en fin… Da igual, que nos reencontramos siendo ya mayores de edad, él nunca quiso nada conmigo, para él sigo siendo aquella estúpida niña que una vez se vistió de niño. ¿Lo entiendes?

¿Si lo entendía?

No era tan lumbreras como Carter, pero también se me daba bien leer las jugadas y esa era cristalina.

Todo encajaba; aunque no dijera el nombre, supe de quién hablaba. Sonreí despacio. Levi y Sky eran un par de ciegos que no veían lo que tenían delante.

—Bueno —dije—, si algún día cambias de opinión, estaré encantado de ponerle remedio.

Le guiñé el ojo.

Las puertas del ascensor se abrieron de nuevo y menos mal que no me había pillado metiendo lengua.

Levi entró y, por cómo frunció el ceño, juraría que el material con el que estaban hechas debía ser hojalata. Lo primero que preguntó, con un gruñido hosco, fue:

—¿A qué quieres ponerle remedio, Dalton?

Sonreí como el cabrón profesional que era. Le dediqué una última mirada a Skyler y le susurré al oído, encendiendo más la hoguera:

—Si te decides, puedo ser tu punto de partida para comparar. Te mando un mensaje y concretamos la cita.

Luego recorté distancias con mi capitán, que ya estaba de los putos nervios al ver mi acercamiento táctico.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella, Príncipe? —comenté al llegar hasta él y, cuando estuve lo suficientemente cerca, le susurré, rápido

—: Enhorabuena por el resultado, aunque si no la besas tú para celebrarlo, la próxima vez que la vea, lo haré yo. Avisado quedas.

Y me metí en el ascensor antes de que pudiera decir nada o partirme la cara.

Me gustaba picar a Levi Carter, punto, y ese era su turno de entrar en el juego o salir de él.

CAPÍTULO 38



Entré al ascensor, todavía con el ruido del estadio metido en los huesos.

Había corrido para llegar.

No físicamente —eso ya lo había hecho durante cuatro cuartos—, sino por dentro. Saltándome el hielo, el fisio, las palmadas en la espalda y las bromas del vestuario. Contestando a la prensa como pude mientras todos querían saber lo mismo.

«¿Qué significaba la ese? ¿Por qué la ese? ¿Para quién era? ¿Ha entrado una mujer nueva en tu vida?».

Sonreí, esquivé y mentí sin mentir.

—Ya sabéis que vengo de Saint Valentine Falls, no creo que deba decir nada más al respecto, llegad a la conclusión vosotros mismos.

Hubo risas, guiños y algún que otro periodista que no terminó de creerse que le dedicara la victoria a mi pueblo.

Mis neuronas habían entrado en bucle y se reproducía la misma secuencia: el rostro de Sky mirando a cámara y diciendo «*For you*» en la serie de patadas altas, como si no hubiera nadie más en el mundo.

El ascensor se detuvo y escuché con claridad:

—Si algún día cambias de opinión, estaré encantado de ponerle remedio.

La frase, soltada por el putísimo Valentino con aquella voz seductora, fue como si me lanzaran a la otra punta del estadio por una entrada brutal. Lo vi todo rojo y después a ellos.

Demasiado cerca, no tocándose, pero casi… No me gustaba una mierda.

—¿A qué quieres ponerle remedio, Dalton?

Escupí iracundo. Estaba seguro de por dónde iban los tiros. Ni siquiera se dio la vuelta, se inclinó sobre ella, invadiendo un espacio que no le pertenecía, y le dijo algo en el oído que no alcancé a escuchar. Y deseé con todas mis fuerzas tener el libro creativo de torturas Wallace para aplicárselo hasta la última página y hacerlo confesar.

Sentí algo romperse despacio dentro del pecho, sobre todo, porque Sky no se apartó, y ese gesto suyo, mínimo, casi imperceptible, le añadió fuego a lo que ya me ardía en la cabeza.

Valentino se separó y pasó por mi lado con su aire chulesco.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella, Príncipe?

«Juro por Dios que voy a arrancarle su estúpida cabeza».

Llegó a mi lado y se detuvo una fracción de segundo para murmurar:

—Enhorabuena por el resultado, aunque si no la besas tú para celebrarlo, la próxima vez que la vea, lo haré yo. Avisado quedas.

Siguió andando como si nada para montarse en el ascensor del que todos mis demonios acababan de salir, para meterse dentro y desaparecer.

¿De qué iba eso? ¿Y por qué coño había soltado algo así?

Esa vez el que avancé fui yo, sin despegar la mirada de la mujer que estaba en el salón. Noté sus pupilas dilatadas enmarcadas por un halo verde, no se retiró ante mi avance, solo se quedó ahí parada, aguardando, sin tener idea de que era presa y yo un puto bestia que solo quería devorarla, sonsacarle qué narices pasaba con Dalton y demostrarle que jamás podría darle lo mismo que yo, que era un puto niñato y que no tenía ni idea de cómo cubrir sus necesidades o por dónde empezar.

—Pensaba que tardarías más —dijo, plantada frente a mí.

Adoraba su pelo húmedo y las pecas sobre las mejillas y el puente de la nariz.

—He ido lo más rápido que he podido, aunque ya sabes cómo va, la prensa no te deja con facilidad.

Me miró el hombro, como siempre.

—Pensaba que irías al fisio, te darías un baño de hielo al terminar o saldrías a celebrar la victoria con los chicos.

—Hoy no me apetecía ninguna de esas cosas, quería estar aquí, contigo.

Parpadeó. Apenas.

—Tienes que cuidarte.

—¿Porque estoy mayor?

Negó enseguida.

—Nunca te he considerado mayor, puede que nos llevemos unos años, y eso es evidente, pero no en el plan que sueles decirlo tú. Bajo mi punto de vista, estás en tu *prime*. —Eso me hizo sonreír—. Lo digo en serio, y si te he dicho que debes cuidarte es porque queremos Levi Carter para rato. Ha sido un partido duro y deberías relajar la musculatura.

Relajarla. Sí. Justo eso era lo que quería hacer…

Mis ojos bajaron a su boca sin permiso, luego subieron, después volvieron a bajar. Me ardían las yemas de los dedos por mi ansia de tocarla y enseñarle maneras mucho más creativas y placenteras para relajarse…

—Hoy lo has dado todo —añadió.

—Tú también. Y creo que a los dos nos vendría bien lo que has sugerido.

Silencio.

—A no ser que prefieras que nos vayamos a la cama.

Me contempló boquiabierta.

«¡Joder! Seguro que me ha malinterpretado».

—Me refiero —me apresuré— a tú a la tuya y yo a la mía.

Desvió la mirada, no sabía si divertida o molesta.

—Imagino… Bueno. Yo… En fin. Me voy a dormir, si es lo que deseas.

«No tienes ni idea de lo que deseo».

Me maldije por dentro, ¿cómo podía ser tan cafre con ella? Y entonces, como un maldito eco, la voz de Valentino volvió a colarse en mi cabeza con la amenaza de hacerse con su boca.

Ella se dio la vuelta para irse y yo la frené.

—Sky.

Se giró, dudé y lo solté.

—Quería celebrar la victoria contigo. No con los chicos del equipo, por eso vine directo y me salté el cuidado de mi cuerpo. Creo que a los dos nos sentaría bien algo para la fatiga muscular. ¿Te apetece vino, música y *jacuzzi*?

No se lo esperaba, su expresión era de perplejidad absoluta.

—Si prefieres dormir… —añadí rápido.

—No —dijo—. Me parece genial, todavía siento la adrenalina del partido y me va a costar conciliar el sueño, me parece un plan perfecto. Lleno el *jacuzzi* y me cambio. ¿Nos vemos en el agua?

Asentí.

—Sí, yo serviré el vino y elegiré la banda sonora.

—Por favor, que no sea *Thunderstruck* o cualquier canción de las DCC, estoy harta de repetirlas en los ensayos hasta la saciedad.

—¿Por quién me tomas? Tengo buen gusto musical.

«Elije la canción *Kiss the girl*», me dijo la voz de Valentino en la cabeza. Puto Dalton de los cojones.

—Nos vemos ahora —añadió mientras se alejaba por el pasillo.

Tenía ganas de alcanzarla, hacerle un placaje contra una pared y comérmela.

«Ni ella es Caperucita ni tú el lobo feroz. Mueve el culo a la cocina, Carter».

Cogí las copas, serví el vino y respiré hondo.

Me dirigí a la escena del polvo —del crimen, quería decir—.

Encendí las velas, puse una de mis selecciones musicales favoritas y dejé las copas al borde.

Me quité la camiseta despacio, escuchando el gorgoteo del agua mientras me desprendía del resto de la ropa y cogía uno de los bañadores que tenía allí mismo.

El verdadero peligro no era el *jacuzzi*, sino todo lo que iba a intentar no hacer cuando ella se metiera.

La puerta se abrió. No levanté la vista al principio. Error, porque cuando lo hice, el bañador se me quedó pequeño de golpe, como si me hubieran envasado al vacío por pura maldad.

Sky entró con la seguridad de una maldita diosa. Nada de envolverse en una bata, ni albornoz ni esa falsa modestia que uno esperaba por educación. ¿Para qué? Su cuerpo quedó expuesto a mi mirada poco ética, deliberadamente poco ética, y solo llevaba el microbikini del otro día. El mismo. El que ya entonces me pareció una mala idea, incluso desde lejos, y en ese momento, de cerca, era directamente una provocación criminal.

El pelo recogido en lo alto de la cabeza no ayudaba. Nada ayudaba.

Le dejaba el cuello al descubierto, vulnerable, perfecto. El tipo de cuello que te pedía a gritos que hicieras algo indebido con la boca o con los dientes. O peor: que tiraras del lazo con demasiada suavidad. Recordé cómo se le desató la braguita aquella vez, el segundo exacto en el que el nudo cedió y el destello mínimo del tatuaje, que apareció como un secreto mal guardado.

Se me secó la boca, y algo más abajo todo lo contrario. Menos mal que me cubrían las burbujas.

Sentí ese tirón incómodo, inevitable, el cuerpo reaccionando antes de que el cerebro pudiera emitir ninguna orden civilizada. Las pelotas se me recogieron solas y tuve que apretar la mandíbula para no soltar ninguna estupidez en voz alta.

«Genial, Carter. *Jacuzzi*, velas y la mujer que no puedes tocar. Plan impecable».

Fire Away empezó a deslizarse por el aire, la voz grave de Stapleton arrastrando cada sílaba, sabiendo justo dónde apretar. No era una canción para follar. Era una melodía para aguantar las ganas sin salir vivo.

Sky avanzó un par de pasos y el vapor le lamió la piel. La luz de las velas le dibujó sombras suaves en los hombros y un brillo caníbal en los ojos. No me miraba como quien pedía permiso, me observaba como quien medía las consecuencias.

—¿Pasa algo? —preguntó, ladeando la cabeza—. Te has quedado muy callado.

Demasiado aturdido para contestar, dejé que el silencio hiciera el trabajo sucio por mí. Noté cómo mi expresión se tensaba y luego

cedía, como si el rostro contuviera las ganas de sonreír y no terminara de decidirse.

Se acercó al borde y metió primero un pie. El agua le rodeó el tobillo y yo sentí el golpe en el estómago, seco. Cuando entró del todo, el agua se alzó en una ola mínima que me rozó el pecho y me recordó que estaba respirando de milagro.

Se sentó frente a mí. Demasiado cerca para fingir que aquello era un plan inocente. El vapor empañó el aire entre los dos y, aun así, sus ojos se clavaron en los míos con una claridad insultante.

—¿Por qué me miras así?

—Así, ¿cómo?

—Como si tuvieras hambre… y yo fuera el postre.

Una risa baja, casi un gruñido, se me escapó sin permiso.

—Quizá lo seas con todas esas toneladas de azúcar que has comido durante siglos.

—Idiota.

Me salpicó. Sus labios se curvaron, no del todo, con una media sonrisa destinada a desarmar.

Le ofrecí la copa. Al cogerla, sus dedos rozaron los míos. El contacto fue breve, pero suficiente para que me recorriera una descarga lenta, de las que no hacían ruido y, aun así, dejaban huella.

—Por la mejor animadora de las DCC —dije.

—Por el mejor *quarterback* de la historia —corrigió.

Bebimos. El vino sabía denso, cálido. Sus palabras, mejor.

—Me encanta cómo exageras, pequeña mentirosa.

—No exagero —respondió—. Contra los Eagles, hace dos años, cambiaste la jugada en el último segundo. Nadie lo vio venir. Y contra los Saints… —se inclinó un poco hacia delante—, ganaste tú solo el partido con esa carrera final. Yo estaba en la grada.

—¿En la grada?

Sentí el pecho apretarse de una forma extraña. No incómoda, peligrosa.

—Conseguí unos pases y vine con una compañera de la universidad.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—No quería molestar.

—Tú nunca molestas.

—Sí, ya… Eso díselo a tus admiradoras, que formaban cola. Aunque dudo que ellas se supieran tus mejores jugadas, en lo único que se fijan esas es en el buen culo que te hacen los pantalones.

—¿Piensas que tengo un buen culo?

—No pienso adularte, Carter, además, ya lo sabes, tienes espejo. Yo voy más allá de tu físico impactante, me sé tu vida en verso.

—Veo que mi tío te ha hecho estudiar.

—Nunca me ha obligado a mirarte —dijo, sin apartar los ojos—. Siempre lo he hecho por voluntad propia. Me encanta verte jugar desde pequeña. Eres magnético.

Cada frase me empujaba un centímetro más cerca del borde. Y mi cabeza, traidora, ya no pensaba en tácticas ni en frenos.

—¿Lo has pasado bien con Valentino? —solté, arrancándome la astilla.

Asintió, tranquila.

—Sí, es majo, hemos congeniado.

La palabra «congeniado» me raspó por dentro.

—¿Lo bastante como para imaginarte un futuro con él?

La pregunta me quemó por dentro.

«¿Eres masoquista o qué, Carter?».

Se echó a reír, franca, sonora.

—Solo hemos estado juntos unas horas.

—A veces, basta un segundo —dije— para imaginarte el resto de tu vida.

Me miró con una curiosidad renovada.

—¿Eso te pasó con Nova?

El nombre cayó al agua y se hundió.

—Con ella fue atracción y ruido —admití—. Y titulares. Me cegaron la idea y su físico…, no la persona.

—No suena muy romántico.

—No lo fue, no de verdad. A ver, me enamoré de ella, pero creo que no fue de la manera correcta. Siempre antepusimos nuestras profesiones a nosotros, estábamos enamorados de nuestras carreras más que de nuestra relación.

Hubo un silencio cómodo, raro, de los que se sostenían solos.

—¿Y tú? —pregunté—. Nunca me hablas de tus amores.

Desvió la mirada un instante. Lo justo para que yo lo notara.

—No he salido con nadie.

Sentí algo anudarse bajo las costillas.

—¿Hace cuánto? —Ella clavó los ojos en el agua, incómoda—. No me refiero a algo serio —aclaré—. Tranquila, no voy a contárselo a tus padres.

—No es eso —dijo—. Es que nunca… —Se detuvo—. Nunca me he sentido lo suficientemente atraída por los chicos que he conocido como para querer estar con alguno.

La miré como si acabara de cambiar las reglas del juego.

—Espera. ¿Me estás diciendo que…?

«Eso es imposible. ¡Joder!».

—Valentino tampoco se lo creía —añadió

—¿Has hablado de esto con Dalton?

Los celos me comían vivos. ¿Por qué con él y no conmigo?

—Sí, bueno, surgió y quiso…

Me levanté de golpe, el agua se deslizó por mi pecho.

—Ni se te ocurra terminar esa frase.

Ella me miró entonces de arriba abajo. Sin disimulo. Sus pupilas se oscurecieron y yo sentí el golpe bajo, directo, inevitable y muy poco apropiado en la entrepierna.

—¿Qué miras? —pregunté, aunque sabía la respuesta.

—Wow… —murmuró—. No te recordaba así.

Sabía a lo que se refería.

—Ya veo. —Se lamió los labios sin saber lo que provocaba.

Me acerqué un paso, solo uno. El aire entre los dos se volvió espeso, casi tangible.

—Sky —dije más bajo—. Esto no debería estar pasando… y, aun así, me está costando la vida frenarlo.

Alzó la cara.

—¿El qué?

—Mi cuerpo reaccionando a ti como si no supiera obedecer las órdenes que le doy a diario cuando te tengo delante.

Formó una pequeña o con los labios.

—Entonces, ¿eso es… por mí?

—Eso es una putada —admití—. Y me da miedo cometer una estupidez de la que nos arrepintamos porque no podemos dejar de convivir o de vernos. ¿Lo entiendes? Es mejor que me vaya ahora que estoy a tiempo.

Se puso en pie. El agua recorrió sus curvas despacio, sin prisa. Me miró a los ojos.

—Lo entiendo, pero si no te parece mal… —dijo—, prefiero que me beses en lugar de irte a tu cuarto. —Todo se fue al carajo—. Si no quieres hacerlo, lo respetaré —añadió—, aunque preferiría que mi primer beso me lo dieses tú… y no Valentino.

—Ni muerto —la corté—. Ese no va a tocarte ni con un palo.

Parpadeó.

—¿Entonces…?

Dios sabía que iba a irme derechito al infierno, ya podía oler el azufre; notaba mi rabo temblando.

Me incliné lo justo para que mi voz la envolviera.

—Ven aquí, Skyler. Puede que en su momento no pudiera enseñarte a mear… —sonreí, ronco—, pero a besar sí puedo hacerlo.

CAPÍTULO 39



El agua estaba caliente, pero no tanto como yo.

Sí, lo admitía. Lo estaba, porque tener a Levi Carter empalmado, mojado, frente a ti, demasiado cerca como para fingir su erección o hacer como si aquello fuera solo un plan relajante…, derretía hasta los casquetes polares.

El vapor se enredaba en nuestros cuerpos y se me pegaba a la piel como si quisiera quedarse a vivir. La música había decidido poner banda sonora a nuestro beso, incluso antes de que ocurriera, baja, densa, envolvente. Levi me miraba como si estuviera haciendo un esfuerzo consciente por no dar el paso, como si cada músculo de su cuerpo estuviera negociando consigo mismo.

Y eso…, eso me dio alas. Si había una cosa que quisiera en mi vida, más allá de las DCC, era a él. Siempre lo supe. Ser consciente de ello me provocaba un vértigo delicioso, de los que apretaban el estómago y te hacían sonreír al mismo tiempo.

Cuando dijo que había vuelto antes para estar conmigo, dejando a un lado la celebración del equipo, tuve una sacudida directa al pecho. No fue romántico, sino real, sincero. Me hizo sentir elegida y, de repente, muy valiente.

Yo no sabía demasiado de chicos. Nunca había tenido que saberlo. Eso no significaba que fuera ciega ni ingenua. Había visto y escuchado lo suficiente como para reconocer aquella reacción física y entender, con una alegría casi infantil, que no le era indiferente.

¡Levi reaccionaba así por mí! ¡Por mí!

Y si pensaba que iba a quedarme quieta, esperando a que el momento se evaporara entre burbujas y miedo, es que no tenía ni idea de quién era cuando dejaba de esconderme.

Desde pequeña había tenido claros mis objetivos. Algunos eran visibles: bailar, entrar en las DCC, superarme. Otros no tanto. Él estaba en ese apartado. No como una fantasía lejana, sino como algo constante, presente, inevitable, una idea que había crecido conmigo sin control.

Así que reuní el coraje que me quedaba —que no era poco— y lo miré a los ojos.

—Si no te parece mal… —pronuncié con el corazón desbocado—, prefiero que me beses.

Lo solté antes de que huyera y perdiera mi oportunidad de oro.

No soné insegura, más bien decidida. Aunque por dentro me preguntaba si sabría hacerlo bien, si se notaría demasiado que era mi primera vez o si acabaría soltando baba como un caracol nervioso. Esperaba que no. Mucho.

Levi tardó un segundo en procesarlo. Luego sonrió de lado y aceptó el reto de la mejor manera posible: dijo que iba a enseñarme a besar antes de que lo hiciera Valentino Dalton.

Le debía una muy gorda a ese chaval.

Me humedecí los labios por pura inercia. Nadie quería una boca con textura de esparto cuando iba a hacer algo tan importante como besar.

Se acercó despacio. Muy despacio. Dándome margen, espacio, la opción de desdecirme; no lo habría hecho ni bajo amenaza. Su mano izquierda buscó mi cintura y se posó allí con una suavidad firme que me hizo olvidar cualquier duda. No me apretó. No me empujó. Se quedó, contrayendo mi carne lo justo para recordarme que aquello no se trataba de un sueño.

La derecha ascendió y recorrió con el pulgar mi pómulo, la comisura de mis labios, separándolos apenas al llegar a la barbilla. Tenía ganas de cerrar los ojos, de ronronear como una idiota, pero no quería perderme nada, así que intenté no parpadear.

—Dime que quieres esto conmigo, Sky —murmuró—, porque una vez empiece, necesitaré una patada en los huevos para frenar.

No era una declaración de amor, aun así, me supo a gloria.

—Sí, quiero.

—¿El beso o patearme las pelotas?

Tenía una sonrisa genuina que me alimentaba por dentro.

—El beso, de tus pelotas ya hablaremos.

Seguramente nunca más volvería a pronunciar esas palabras con Levi frente a mí, así que las disfruté. Él gruñó, un sonido bajo, grave, y no necesitó más.

Sus labios bajaron a los míos. El primer contacto fue intenso y breve, una comprobación, un tanteo cargado de electricidad. Como si quisiera asegurarse de que no iba a salir huyendo.

No lo hice.

Me acerqué más, apreté mi cuerpo contra el suyo y saqué la lengua para lamerle el labio inferior, sin pensar demasiado en si aquello era correcto o no.

—¡Hostia puta!

No me dio tiempo a preguntar si su imprecación era buena o mala señal. Se ocupó de demostrármelo al instante. Alcé las manos para apoyarlas en su pectoral; necesitaba agarrarme a algo sólido mientras me recorría el interior de la boca; parecía que su lengua quisiera robarme hasta el último aliento. Levi besaba con la misma determinación con la que jugaba al fútbol: concentrado, seguro, implacable.

Llegué a plantearme si seguía viva porque se me olvidó respirar. Toda mi atención estaba puesta en su lengua deslizándose contra la mía, reclamándome sin prisa y sin tregua, marcando un ritmo que mi cuerpo entendía mejor que mi cabeza.

Feroz, dulce, intenso.

Gemí.

La piel me hormigueaba, al principio por su barba, después por algo mucho más duro que se apretaba contra mi tripa. Quería más, mucho más, el cuerpo me exigía frotarme, perder la cabeza, dejar de pensar y sentirlo todo.

Si un beso me hacía ponerme así, ¿qué ocurriría si dábamos un paso más?

La mano anclada a mi cintura descendió y tomó la nalga que le quedaba más próxima. No me aparté y él no dudó. Se quedó ahí, recordándome que él tampoco estaba bien.

«Sí. Sí. Joder, sí».

Puse todo mi cuerpo y mi alma en ese beso. Me arqueé invitante, no debía estar haciéndolo tan mal porque, cuando me atreví a marcar yo el ritmo, a recorrer su boca y succionar su labio con atrevimiento, Levi soltó un sonido estrangulado, casi agónico, que me atravesó de arriba abajo.

Se separó un poco, apoyó su frente en la mía y me miró como si me viera por primera vez. O, al menos, eso me hizo sentir.

«¿Me habré pasado?».

—¿Qué ocurre? —pregunté—. ¿He cruzado algún límite? ¿No te gusta?

—¿Lo preguntas en serio? —Presionó su erección contra mi tripa, lento, deliberado—. Me gusta más de lo que debería, por si no te has percatado.

Se me escapó una sonrisa contra sus labios.

—Bien, entonces…, ¿podemos seguir con la clase? Mi cuerpo me pide sentarse encima del tuyo, si no te importa.

Su expresión fue la definición exacta de tortura.

Su respiración cambió. Su mano en mi culo apretó un poco más. El mundo se redujo a ese punto exacto entre nosotros: húmedo, caliente, cargado.

—No tienes ni idea de lo que me pides.

—Oh, sí. Sí lo sé… —Enredé mis dedos en su nuca—. No me he besado con un chico nunca, pero tengo un Satisfyer en el cajón de la ropa interior. Me encantaría convertirte en el mío ahora mismo.

—¡Me cago en la hostia, Sky! —gruñó—. No puedes soltarme esas cosas y esperar que no reaccione.

—¿Y quién ha dicho que no reacciones?

Su mirada se enturbió. Lo vi tragar un aluvión de palabrotas hasta que lo último fue un:

—Tú lo has querido.

Me arrastró de nuevo al agua y yo me monté en la mejor atracción de feria a la que me había subido nunca.

La posición me permitió esa fricción que tanto anhelaba mientras él volvía a reclamar mis labios, esta vez con ambas manos en mi cintura. El impulso fue inmediato. Me froté contra él justo donde necesitaba, con hambre, con sed, con Levi Carter siendo justo aquello que más quería.

Estaba tan duro, tan caliente… y besaba tan bien.

Temblé. Todo lo que había reprimido durante años estaba allí, desbordándose con la persona correcta. No era una pieza frágil y manipulable, sino una mujer adulta que sabía lo que quería con exactitud, cada segundo lo tenía más claro.

Se separó un instante y resopló.

—Por todos los cielos, Skyler…, ¿estás segura de que no has besado a nadie antes?

Me envalentoné.

—A decir verdad, a ti, muchas veces. En mis sueños. —Sonreí—. ¿Lo estoy haciendo bien?

Soltó una risa baja.

—Peligrosamente bien, vas directa a por la matrícula.

Me encantaba lo excitado que estaba.

—Y si quiero más, ¿también me lo darás?

Acompañé la pregunta con una embestida lenta de mi pelvis. El agua se agitó alrededor, salpicándonos.

—Esa línea no la podemos cruzar, preciosa.

—¿Por qué?

Intenté repetirlo, pero me frenó sin soltarme del todo.

—Porque, si seguimos por ahí, tarde o temprano te arrepentirás. Entiendo que quieras explorar. Que yo te genere… confianza.

«Confianza» no era la palabra que habría seleccionado justo ahora.

—No quiero ser eternamente virgen y esperar a que venga a visitarme una paloma.

Rio ronco y me acarició la mejilla con una ternura que contrastaba de manera peligrosa con su cuerpo tenso.

—Como mucho, te visitará un palomo, pero solo debes dejar anidar a quien tú quieras.

—Acabas de sonar como mi padre, y no es a él a quien quiero en este momento. ¿Qué pasa si quiero que el palomo seas tú?

—No soy yo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te saco unos cuantos años de experiencia.

—Quiero correrme, Levi Carter, y si no me ayudas, sé perfectamente a quién llamar.

Directa y a la yugular. Fui a levantarme, indignada. ¿Quién se creía para decidir por mí?

No me dejó.

—Espera. Que no quiera tomar tu virginidad, porque si no has besado a nadie sobreentiendo que lo eres…, no significa que no pueda ayudarte con el calentón. No tienes que llamar a nadie. Intento que comprendas que ese paso lo darás con la persona adecuada y, mientras tanto, yo puedo darte algo más orgánico y menos plástico que lo que tienes en el cajón.

Quise entender su proposición.

—¿Quieres masturbarme?

Me levantó y me sentó en el borde exterior del *jacuzzi*.

—Quiero que lo hagas tú, por ahora. Muéstrame cómo te gusta, cómo te tocas.

El aire se me quedó corto.

—¿Bromeas?

—Con esto y contigo, jamás. Me has pedido alivio y te lo voy a dar. Orgasmo cien por cien garantizado. Hazlo como si yo no estuviera.

Se apartó y se sentó frente a mí, con su copa de vino en la mano, sumergido al otro lado, observándome como si aquello fuera el mayor acto de provocación del mundo.

Quizá tuviera razón, pero lo que no sabía era que a las DCC se nos enseñaba a provocar el deseo, a convertirnos en un trofeo que querer ganar.

«¿No vas a follarme? Perfecto, Carter. Voy a asegurarme de que tus pelotas y tú no os olvidéis de esta imagen jamás».

CAPÍTULO 40



No me moví.

Ni un centímetro.

Me acomodé dentro del *jacuzzi* con el cuerpo en guerra y la cabeza convertida en un puto campo minado, observándola como si acabara de provocarme a propósito. Skyler, sentada en el borde frontal, con el vapor rodeándole las piernas, la piel encendida, los labios inflamados por mis besos y por todo lo que nos habíamos hecho sin llegar a cruzar la *end zone*.

Estaba preciosa. Y jodidamente peligrosa.

No esperaba eso.

Ni que no la hubieran besado nunca. Ni verme a mí mismo proponiéndole un orgasmo mientras me contenía como un novato.

Una cosa era besarla, tocarla, perderme en su boca como un idiota.

Y otra muy distinta era quitarle algo que había guardado para alguien especial.

Yo no era ese alguien.

Por mucho que mi polla reclamara el trono.

Lo que sí tenía claro era que Dalton no iba a ponerle las manos encima. Ni ahora ni nunca.

Ese cabrón era peor que un dolor de muelas y no se iba a andar con remilgos en tomar lo que se le ofrecía o embaucarla hasta lograrlo. Tenía que ofrecerle a Skyler lo suficiente como para que no cayera en sus garras y, por suerte, la experiencia me había dado

muchos recursos que poder utilizar con ella sin terminar con su virginidad.

«Un buen dolor de huevos que te vas a llevar, campeón».

Eso era lo de menos. Estaba decidido, no iba a ser yo quien la jodiera.

Estaba dispuesto a lanzarme de cabeza al infierno que me estaba recorriendo por dentro.

La miré a esos ardientes ojos que resplandecían de anticipación.

—Quiero dejar claro, antes de nada, que si en algún instante te sientes incómoda, paramos. —Asintió—. No te toques como si tuvieras prisa —aclaré—. Quiero que lo disfrutes tanto como yo, hazlo por encima de la ropa, como querrías que yo lo hiciera, muéstrame cómo darte placer.

Tragó saliva mientras movía la mano derecha y un leve temblor la recorría.

Agarré el tallo de la copa con fuerza innecesaria, podía imaginarme desplazando las yemas por la lycra empapada. Al principio no me miró, estaba demasiado concentrada deslizándose por la zona central de la minúscula prenda, incrustándola en el contorno de sus labios vaginales.

La boca se me hacía agua al imaginarla en el punto que calentaba una y otra vez. Inflamando su clítoris, paladeando su sabor.

Tenía los pezones duros, los labios abiertos. El pecho subía y bajaba, incapaz de absorber el oxígeno suficiente para satisfacerla. Mi respiración se acompasó al ritmo de *Addict* de Don Louis, que sonaba de fondo.

Quizá Skyler no había tenido experiencia con hombres, pero a la vista estaba que dominaba el arte digital del uno contra uno a las mil maravillas.

—Así —murmuré—. Despacio, preciosa, presta atención a lo que te provoca más placer y muéstramelo.

Los nudillos de su mano izquierda, aferrada al canto, se pusieron blancos. Su espalda se curvó hacia atrás, ofreciéndome unas vistas exquisitas.

Verla así era una tortura difícil de desechar. Cada pequeño gesto suyo me atravesaba. Cada cambio en su respiración, cada mínimo

temblor, cada vez que levantaba la mirada para comprobar si la mía seguía anclada a su cuerpo.

Por supuesto que lo estaba. Daba igual que mi polla estuviera al borde del colapso.

Lo que no me dio igual fue que improvisara, que la mano aferrada al mármol se alzara para alcanzar el cordón de la braguita y tirara de él.

Casi me ahogué al ver el tatuaje y su mano colándose por el interior de la prenda.

La visión del casco, la pelota y sus dedos tomando las riendas del placer me golpearon más fuerte que cualquier defensa de los Giants. Dejé de pensar con claridad. Por dentro estaba al límite, ese puto bikini combinado con el símbolo me ponía a mil.

Reconocí el movimiento, no se limitaba a pasar por encima de la hendidura, por lo menos estaba metiéndose un dedo, llegando al límite de «no pasar».

Jadeó con fuerza, por su forma de moverse, supe que la situación la estaba llevando demasiado rápido, y no quería eso.

—No apartes la mano ahora —añadí cuando dudó—. Quédate dentro, no la muevas y mírame, quieta, sé que lo sientes cerca, respira y déjalo pasar, todavía no es el momento.

Su expresión estaba cargada de frustración, una deliciosa que le hizo morder el labio inferior.

¿De dónde cojones sacaba la fuerza de voluntad para no cruzar el *jacuzzi* a nado y hundirme en ella?

Sus labios se entreabrieron. Presionó los párpados un segundo y luego los abrió de nuevo, buscándome.

—Mírame —le pedí.

Lo hizo, y la sensación fue todavía peor.

Alzó la mano libre y volvió a sorprenderme, tirando de la otra cuerdecilla, exponiéndose a mí.

—Yo también quiero que mires.

«¡Me cago en…!».

Sky era tan dulce como ardiente, hacía cosas que me volvían loco, como en ese momento, ofreciéndome la visión completa de su dedo enterrado en ella.

—Eres preciosa, perfecta, el sueño de cualquier hombre.

—De cualquiera menos el tuyo.

Me provocaba abiertamente, dejándome sin palabras porque «sueño» se quedaba muy corto ante lo que pensaba.

Al segundo se puso a mover la mano de manera untuosa, estaba cada vez más mojada, y no me refería al agua del *jacuzzi*.

Era pura provocación y ganas. Llevé mi mano al bañador y apreté el bulto engrosado, que me estaba dando mucha guerra.

Estiré el cuello hacia la derecha para tener un mejor ángulo de visión y di un trago al vino, que ya no estaba frío.

—¿Por qué no te acercas? Me da la impresión de que la presbicia no te deja ver bien.

Si no hubiera estado tan cachondo, habría soltado una carcajada. Presbicia decía la muy hija de Saint Valentine Falls.

Podría haberme resistido a su petición. No lo hice.

Me acerqué como un tiburón oliendo sangre, aunque en esa ocasión prefería su coño.

La parte delantera del tejido flotaba entre las burbujas, la otra estaba sellada por su culo.

Estaba tan cerca que podía escuchar el sonido de la carne contra la carne, era pura fantasía.

—¿Puedo? —cuestioné.

Ella detuvo el movimiento. Sus ojos estaban cargados de algo parecido al triunfo.

—¿Tocarme o probarme?

Skyler Wallace iba a terminar con mi cordura.

Me aproximé todavía más y pasé la lengua sobre la tinta; sin apartar las pupilas de las suyas, comencé a mordisquear hasta que su piel se erizó.

—Me moría de ganas de hacer esto desde el otro día —confesé.

—¡Dios! —proclamó, sacando los dedos de golpe. No iba a desperdiciar ese manjar.

Gruñí, le tomé la mano y succioné con fuerza el dedo, con sus iris conectados a los míos.

La onda expansiva de placer fue de mi lengua a mi polla. Había acertado de lleno, era más dulce que cualquier postre. Un sonido

sensual escapó de sus cuerdas vocales. Tenía justo debajo de mí aquel lugar de culto, rosado y completamente abierto.

«¡A la mierda!».

Aparté el dedo y me lancé de cabeza a por esa delicia, pasé mi lengua de abajo arriba, notando el temblor que la recorría y cómo su sabor impregnaba mis papilas. Estaba vulnerable, preciosa.

Me volqué al cien por cien en su placer, hundí mi lengua sin descanso, memoricé cómo se engrosaban sus labios fruto de la excitación. Recorrerla con la boca era adictivo.

Le hice subir los pies al mármol para tener un mejor acceso, y lo único que hizo fue clavar sus dedos en mi cuero cabelludo y balancearse contra mi cara, repitiendo mi nombre una y otra vez.

No sabía cómo iba a sobrevivir a eso.

Aumenté el ritmo, añadí los dedos para pellizcar el clítoris con suavidad y balancearlos sobre él a un ritmo constante. Cuando la sentí rígida y al borde, con la respiración rota, supe que había dado con el tempo exacto.

—Sigue, preciosa, acaba en mi boca.

Toda la tensión que se había ido acumulando en aquel pequeño punto estalló, atravesando su columna, los músculos de su vagina, atrapando mi lengua en su interior.

Una cosa era tocarla y otra muy distinta sostenerla en ese punto exacto donde todo empezaba a romperse por dentro.

Cedí al tirón de su pelo. Me incliné un poco hacia delante, lo justo para que supiera que seguía allí. Dejé que alcanzara el cielo y la saboreé hasta que dejó de tirar.

—Madre mía, Levi.

Sonreí y la atraje de nuevo al agua, sentándola sobre mis caderas. Su cuerpo todavía temblaba, caliente, confiado, y encajó contra el mío como si no supiera hacer otra cosa. Me quedé ahí, sosteniéndola, respirando su piel, dejando que el momento se asentara sin palabras.

Había conseguido darle su orgasmo y besarla, como me pidió, sin arrebatarle nada que no estuviera preparada para dar. Y juré que pensaba seguir haciéndolo así. Aunque cada vez me costara más recordar por qué debía parar.

CAPÍTULO 41



Me desperté sonriendo.

No fui consciente al principio. Fue una de esas sonrisas traicioneras que se te colaban en la cara, antes incluso de abrir los ojos, cuando el cuerpo recordaba algo que la cabeza todavía no había procesado del todo.

Luego llegó el olor. Pan tostado, no quemado. Nunca quemado. Las famosas tostadas de Levi.

Y, de fondo, risas. La voz de Evander, rápida, emocionada, mezclándose con la de su padre. El sonido cotidiano de una cocina viva, de una mañana que no parecía tener derecho a ser tan normal después de lo sucedido la noche anterior.

Me desperecé despacio, estirándome bajo las sábanas. El recuerdo volvió como una descarga suave y peligrosa a la vez.

La lengua de Levi, sus manos firmes.

Su voz grave diciendo que no, que no íbamos a ir más allá, que yo debía entregar mi virginidad a otro. Que lo único que importaba era darme el orgasmo que yo había pedido.

No estaba segura de cómo me atreví a tanto: a masturbarme frente a sus ojos mientras bebía vino; a jugar con la prenda inferior del bikini; a exponerme hasta hacerle perder la cordura, la suya y la poca que tenía yo.

Su erección se volvió imposible de ignorar justo después de que yo me corriera y él me sentara sobre sus muslos, desnuda de cintura para abajo, con la braguita flotando entre las burbujas como si no

tuviera nada que ver conmigo. Sentí su cuerpo completamente tenso bajo el mío, el esfuerzo que estaba haciendo por no cruzar una línea que él mismo había trazado, aun así, no me dejó hacer nada para aliviarlo. Intenté arreglarlo, moviéndome contra aquella cima enorme. Me frenó, agarrándome de la cintura con una suavidad férrea que no dejaba espacio a dudas, sacándome del agua sin decir una palabra más que «a la cama». Así de claro. «A dormir, Sky».

Me devolvió la escurridiza prenda y la acompañó de una toalla a la par que él también salía. Era su manera de decir: «No hay más que hablar».

No podía apretarle más las tuercas después de lo ocurrido, así que obedecí. Supuse que se habría aliviado en soledad, o se dio una ducha de agua helada.

Hundí mi cara contra la almohada. Ambas opciones me parecían… educativas, y me hubiera encantado estar ahí para corroborarlo.

Saqué los pies de la cama y el suelo frío terminó de despertarme cuando di un par de pasos. Llevaba puesto mi pijama diminuto como objeto de tortura —demasiado corto, demasiado fino, demasiado provocador para un tío de treinta y dos. Inocente para uno de cinco que no le echaría cuentas— y seguí el olor hasta la cocina.

—Le dije que era una ese —insistía Evander— de Superman. Valentino no tenía ni idea.

—Claro que sí, campeón —respondió Levi—. Mi chico siempre tiene razón.

Entré con el pulso acelerado, sabiendo que esa letra me pertenecía, al igual que el orgasmo de la noche anterior.

El sonido de mis pasos hizo que Evander se girara primero. Sus ojos se iluminaron de inmediato.

—¡Dormilona! —me acusó con la boca llena de tostada.

Luego se giró Levi y ahí fue cuando el aire cambió.

Su hijo me miraba como siempre: con confianza, con cariño sencillo, como si cada día que pasara mereciera más estar en aquel espacio.

Levi no.

Él me contempló como si todavía me tuviera contra el borde del *jacuzzi*, como si mi dedo siguiera dentro, como si la osadía de la

noche anterior siguiera vibrando entre nosotros.

Me estremecí y mis pezones se endurecieron contra la seda.

Recordé lo atrevida que había sido. El instante en que tiré de la lazada para mostrar el tatuaje y tenté a aquellos ojos incapaces de apartarse de esa porción de piel. Recordé cómo aquel acto temerario salió maravillosamente bien.

Su lengua ofreciéndome un orgasmo de ensueño, saboreándome a placer mientras yo estallaba en su boca, tirando de su pelo.

—Buenos días —dije, intentando sonar normal—. ¿Por qué no me habéis despertado? —añadí, acercándome para ocupar la banqueta que ya parecía tener mi nombre.

—Necesitabas descansar después de lo de anoche —respondió Levi sin pensarlo.

Me sonrojé de inmediato.

El niño no notó nada. Siguió comiendo con total inmunidad. Yo sí.

Ocupé mi asiento y él puso el plato frente a mí. El ambiente era extraño y perfecto. Familiar y peligroso.

—Evander y yo hemos pensado que el sábado que juegue en casa podríamos hacer algo —dijo Levi, sirviendo el zumo—. Los tres.

—¿Sí? —respondí, ilusionada de manera genuina—. Me encanta la idea, puede ser muy divertido, solo que por la noche yo tengo lo de los veteranos —añadí, tomando el vaso entre los dedos—. Recuérdalo.

—Sin problema. Yo me ocupo de mi hijo, ya te he dicho que será un plan de tarde, hasta que te tengas que ir.

Mientras hablaba, no pude evitar comérmelo con los ojos.

Estaba más guapo que la noche anterior. Mucho más. Con los pantalones de pijama bajos de cadera y esa camiseta gris ajustada que le marcaba los hombros. Descalzo, tranquilo, ñam.

En ese mismo momento me habría encantado convertirlo en mi desayuno, darle la vuelta a su asiento y, aunque no tuviera ni idea, apresarlo con mi lengua como hizo conmigo anoche. Cogí la tostada y le di un bocado inmenso, como si eso pudiera calmar mi apetito de él.

—¿Por qué miras así a mi padre? —preguntó Evander de repente.

Me sobresalté, tenía la boca llena de pan con mantequilla y mermelada, como para responder

—¿Cómo me mira? —cuestionó Levi, interesado.

—Raro —dijo él con la cara manchada—. Como si se estuviera imaginando que eres un plato de tortitas.

Casi me atraganté; tragué con dificultad y bebí un poco para poder contestar. El poder de observación de ese niño era la leche, de mayor podría dedicarse a atrapar asesinos en serie y estudiar sus conductas.

—Puede que tenga demasiada hambre —admití—. Y puede que tú, pequeño diablo, tengas razón. Tu padre, por la mañana, tiene aspecto de tortitas bañadas en sirope de leche, muy dulce y abundante…, ¿no crees?

En ese momento fue Levi el que por poco se atragantó. Había escogido las palabras exactas para devolverle el golpe de la pregunta.

Sabía a la perfección lo que estaba haciendo al usar esa expresión y la imagen que su pecaminoso cerebro estaría produciendo para él.

—Puaj, no —protestó Evander—. Papá es todo músculo, nada blando. Si tuviera que ser comida, sería… —frunció el ceño—… un filete gigante de *T. rex*.

Los dos nos reímos y se rompió un poco el desasosiego.

—Eso sería, ¿eh, enano? —Levi lo atrapó para darle una propina a modo de cosquillas.

El pequeño se retorció, chillando de risa, mientras su padre lo atacaba sin piedad. Yo los miré con una ternura que me apretó el pecho. Y, aun así, sentí los ojos azules sobre mí.

Esa vez era él quien me miraba como si yo fuera las tortitas y quisiera llenarlas justo de lo que había sugerido.

Terminamos de desayunar con calma.

—A lavarse los dientes —ordené—. Y pon el temporizador, ya sabes que, para eliminar las bacterias, hace falta…

—Dos minutos —cantó Evander, saliendo disparado.

Cuando desapareció por el pasillo, el silencio cayó de golpe.

Levi empezó a recoger. Yo di la vuelta a la isla y, sin pedir permiso, me senté sobre la encimera.

—¿Anoche lo pasaste bien? —pregunté sin rodeos.

Levi exhaló con fuerza y me miró de soslayo.

—No juegues con fuego, pequeña.

Sonreí y mi lengua asomó entre mis labios.

Enjuagando los platos, con el pelo revuelto y esa ropa estaba para hincarle el diente por todo el cuerpo y no parar.

—Mira mi pelo —dije—. Estoy hecha de fuego. Las llamas no me queman. Ardo en ellas y desato incendios.

Gruñó, se dio la vuelta con las manos chorreando y se colocó entre mis muslos para apoyar las manos en ellos, empapándolos.

—Esto es muy peligroso, Sky —murmuró—. No podemos seguir jugando.

Gemí ante el contacto, me gustaba el contraste de los callos de sus palmas con la suavidad de mis piernas.

—Yo creo que sí, me prometiste que me enseñarías a besar.

—Eso ya lo hice anoche y te concedí matrícula.

—También dijiste que podrías darme placer sin… ya sabes…

Tomé su mano y la presioné contra mi pantalón; me daba igual si me mojaba, por dentro ya lo estaba.

Me había dado cuenta de que, si quería algo con él, debía erradicar la palabra «vergüenza» de mi vocabulario.

El sonido que se le escapó fue puro instinto animal.

—Evander está en el baño.

—Nos queda un minuto y medio, lo tengo controlado.

Su pulgar rozó mi clítoris, que se irguió de la alegría.

—Soy bueno —dijo entre dientes—, pero no tan rápido.

Lo movió lo justo para recordarme lo bien que se le daba.

—No quiero que seas rápido —susurré, pasando las manos por su pecho. Su respiración había cambiado al ritmo de la mía, mucho más superficial—. Solo prométeme que seguiremos con esto. Quiero aprender del mejor… —Levi necesitaba que lo provocara para ceder, y no iba a temblarme el pulso hasta conseguir acostarme con él—. Ya sabes…, para cuando encuentre a alguien que merezca mi… flor.

Casi me partí de la risa al usar ese término y al ver cómo su expresión mutaba de golpe. Sus dedos hicieron más presión, yo

clavé los míos en sus hombros y moví las caderas para sentirlo en plenitud. Estaba ardiendo de necesidad.

—Escúchame bien —dijo, masticando cada palabra—. Esto no se lo puedes dar a cualquiera. Hay muchos que matan flores a la primera, hay que tener mano verde para saber cuidarlas, regarlas y abonarlas para que florezcan.

Cada frase fue acompañada por un movimiento preciso que me hizo derretir.

—Por eso necesito un buen jardinero —susurré contra su oído—. ¿Quieres cuidar de mi flor, Levi? ¿Quieres enseñarme bien cómo saber elegir esa mano verde?

Mordí su lóbulo.

—No deberíamos estar haciendo ni hablando de esto.

—Hay tantas cosas que no deberíamos… y, sin embargo, me encanta hacerlas contigo.

Me apreté más contra su mano, rodeándolo con mis piernas, y jadeé; estaba segura de que notaba mi húmeda necesidad por él.

—Me cago en…

—Shhh.

Busqué su labio inferior, lo lamí y después lo empujé.

—Fin del tiempo muerto, capitán. —Cabeceé hacia el pasillo.

Entonces, se oyó el correteo.

Se apartó con una maldición ahogada y volvió a los vasos justo cuando su hijo apareció.

—¡Ya! Los tengo superlimpios. ¿Por qué estás sentada encima de la encimera, Sky?

Alcé las cejas.

—Estoy supervisando a tu padre —respondí—. A veces se hace un poco de lío cuando tiene que meter los dedos en un recipiente y frotar.

Levi tosió. Yo sonreí y Evander tiró de mí porque había llegado la hora de dar de comer a Blue.

Mi *quarterback* favorito nos dijo que tenía que irse, como cada lunes después de un partido, aunque esa vez lo hizo dedicándome una mirada cargada de promesas y de castigo.

CAPÍTULO 42



Tuve que largarme del ático antes de que se me fuera la cabeza del todo.

No porque no confiara en ella, más bien porque no lo hacía en mí.

Salí de casa con el cuerpo tenso, los huevos doliéndome como si hubiera corrido una maratón cuesta arriba y la imagen de Skyler sentada sobre la encimera repitiéndose en bucle. Ese pijama mínimo. Esa sonrisa; esa lengua juguetona; llevando mi mano al punto que más codiciaba.

Y mi hijo en el baño, cantando lo de los dos minutos; parecía que no hubiera estado a punto de prender fuego a toda mi puta vida.

La noche anterior tampoco había ayudado.

El *jacuzzi*, el beso para que Valentino no lo hiciera, una cosa llevando a la otra… y yo con su placer en la boca, controlándome como un condenado porque una cosa era perder la cabeza y otra muy distinta cruzar la *end zone*. La mandé a dormir con el pulso desbocado, me metí en la ducha y descargué como un animal contra el mármol, furioso conmigo mismo por necesitarla así y por no rematar como deseaba en realidad. Pero sabía que, si lo hubiera hecho, no me habría perdonado en la vida.

Y hacía media hora, encima, le preparé el desayuno como si nada.

Ella me lo pagó sentándose sobre la isla, provocándome con una naturalidad que me dejó sin defensas. Había creado un monstruo y necesité salir por patas antes de que me devorara.

Con mi hijo en casa y mi cabeza hecha un puto nudo, lo único sensato era volver a ser Levi Carter, el *quarterback* estrella, aunque fuera durante unas horas.

Nada te bajaba los humos y te devolvía a la realidad como el lunes después de un partido, aunque hubieses ganado.

Porque el resultado fue *rascadísimo* y eso penalizaba de la hostia ante Harlow.

Fui directo a la sala de vídeo con un vaso cargado hasta los topes de café malo; no lo era, sino que sabía así cuando veías tus errores proyectados en pantalla gigante para que no se te olvidara ni una décima de segundo quién eras y cuánto podías cagarla, incluso cuando ganabas.

Había jugado bien, por eso dolía más.

Los baños de realidades eran buenos, no solo para mejorar, también para asentar los pies en el suelo, recuperar la cordura… y dejar de pensar en una animadora pidiéndome que la tocara como si me perteneciera. Aunque no lo hiciera.

Valentino llegó algo tarde, renqueante, y se dejó caer con cuidado, como si sentarse fuera una decisión estratégica. Tenía la mandíbula apretada y esa sonrisa forzada que usaba cuando estaba a punto de morder a alguien. Qué bien se le daba fingir al cabrón, aunque cometió un error de novato: no miró al resto, y eso solo atraía a los buitres con hambre de carnaza.

—¿Eso es…? —Marcus señaló algo azul fosforito sobre la mesa de atrás. No me había fijado—. Hostia. ¿Un flotador?

Valentino ni giró la cabeza.

—Para el niño anal —añadió Devin con voz inocente—, tenemos que cuidarlo. Es para que pueda ver el partido que no ha jugado o para cuando empiece el parto.

Se oyó un carraspeo ahogado. Un par de risas cortadas. Dalton cerró los ojos un segundo, apenas un parpadeo largo, como si contara hasta diez.

—¿Cuándo esperas al bebé? —añadió Ty, apoyando las botas en la silla de delante—. Porque yo diría que ya asoma la cabecita.

—Vete a la mierda, Hawkins —escupió, con su mala leche proyectada hacia mi mejor amigo.

Alguien hizo el gesto con los dedos. Más risas. Valentino hizo un parpadeo largo, de los que pesaban.

Yo aguanté… hasta que Devin apareció por detrás y dejó el flotador en su regazo como si fuera una ofrenda.

—Empuja, campeón, que a mí se me da de puta madre traer vida a este mundo.

—Y a mí se me da de puta madre acabar con un puñado de bocazas como vosotros.

Se oyeron sonidos temerarios tipo «Uuuh».

Me reí, me salió sola. Una carcajada breve, traicionera, que propició que el objeto de las burlas girara la cabeza muy despacio y me atravesara. Me sentí un adolescente pillado copiando.

—Calma, chicos —dijo el *coach* con voz de resaca de celebración de partido.

Silencio, dos segundos exactos.

—Cuando Dalton traiga a este mundo ese melón, hará prácticas con Mac para aprender a lanzar mejor.

La sala explotó. Risas abiertas, golpes en las mesas, alguien aplaudiendo. Valentino se levantó despacio. No tiró nada, no dijo nada. Salió con ese andar tenso de quien estaba contando hasta cien.

Mac Donovan, el entrenador de *quarterbacks*, salió en pos de él.

El vídeo empezó, y aunque me sentí un poco culpable por la huida de Dalton por la retaguardia, intenté centrarme; ya hablaría después con él.

Cuando terminó el visionado y nos dieron un rato para relajarnos, sentí su mano cerrarse sobre mi antebrazo. Firme, sin margen para el diálogo. Me llevó a rastras hasta un rincón del pasillo, lejos del ruido y de las risas. Tenía la mandíbula dura y los ojos demasiado quietos. Eso ya no era su humor habitual, se trataba de otra cosa.

—Me has jodido la vida.

No levantó la voz, no le hizo falta.

—Buenos días a ti también —dije, apoyando la espalda en la pared—. Vale, confieso que el momento me pudo y me reí, pero no creo que sea para tanto. Siento si he herido tu delicadísimo equilibrio emocional.

—Tres partidos, Carter. Tres putos partidos. Sin entrenar por tu culpa. Por cuidar a tu hijo y fingir una hemorroide.

Me tomé un segundo antes de responder. Lo miré con la calma del capitán. Tenía una capa de sudor fino en la sien. El cuello rígido, la vena marcándole el pulso como un metrónomo.

—¿Cómo?

—Que la excusa que usé me deja fuera —escupió—. Dicen que no es una lesión heroica, pero sí jodidamente incapacitante, y que, mal gestionada, se cronifica. Así que no arriesgan. Mac me dijo que me esperan catorce días de baja, catorce. Eso son entrenamientos a la mierda y tres partidos desde la grada. Me has jodido a lo grande.

Eso sí me cabreó.

—No —dije, bajando la voz—. Te has jodido tú solito. Yo no te dije que alegaras una almorrana del tamaño de Canadá. Con una diarrea ibas sobrado, lo del huevo de pato fue idea tuya. —Incliné la cabeza, despacio—. Deberías haberte informado, planear las consecuencias. Como en los partidos, te anticipas, y eso suele costarte caro. Si hubieras dicho clamidia, a nadie le habría sorprendido que pillaras algo así en el rabo.

Apretó los dientes. La mandíbula se le tensó como un cable a punto de partirse.

—Eres un cabrón.

—No lo soy —respondí—. Piénsalo en frío: tampoco es que fueras a jugar. Estarías chupando banquillo como siempre, no cambia demasiado tu realidad.

El silencio cayó pesado. Lo vi tragar saliva, los nudillos se le pusieron blancos.

En otra ocasión no habría sido tan directo, hubiese tenido más mano izquierda, pero entre su cabreo y la imagen persistente de Sky aceptando esa cita con Dalton, no iba sobrado de diplomacia con él.

—Eres un…

—No te ofendas ni te repitas —lo corté, más bajo—. Los dos sabemos que es verdad, cachorro, y ese descanso no te va a venir mal.

Me acerqué un palmo.

—¿Que no me va a venir mal? Mis cojones —saltó—. ¡Voy a perder toda la puñetera forma física!

—No —dije calmado—. Porque pactamos que iba a entrenarte. Y cuando vuelvas, no va a reconocerte ni tu madre.

Resopló, parpadeó una vez. Claramente, no había contado con esa parte.

—¿Y cuándo va a ser eso? —preguntó—. Te pasas el día aquí y por las noches tienes que cuidar a tu hijo. Y no me digas que vamos a encontrarnos en mis sueños porque no estoy para hostias hoy.

—¿Has oído el término «madrugar»?

—¡Y una polla! —soltó—. Adoro dormir.

—Pues te jodes —respondí—. Ese es mi horario, o lo tomas o lo dejas.

Me sostuvo la mirada, rabioso.

—No te haces una idea de lo mucho que te odio ahora mismo.

—Y más me odiarás —añadí—. No vas a acostarte una sola noche sin pensar en mí, y no precisamente para soñar conmigo o tocarte.

—Si tengo que tocarme, pienso en otra persona de tu familia.

No fue premeditado, o tal vez sí. Lo estampé contra la pared, la camiseta crujió bajo mis manos.

—Ni se te ocurra pensar en ella así —dije entre dientes—. Y, para tu información, ya la he besado, no hace falta que lo hagas tú.

Alzó una ceja, luego se rio. No de nervios, de tocarme donde sabía.

—¿Qué?

—Que eres previsible y territorial —dijo—. Pero escucha: quien besa el último besa mejor.

Le sostuve la mirada sin apartarme.

—No confundas paciencia con permiso —le solté—. Porque ahí sí te equivocas conmigo.

—En lo que tú te equivocas, capitán, es que eso lo decidirá ella —respondió, impasible.

Asentí una sola vez.

—Exacto —dije—. Sky es más lista de lo que crees, sabe lo que quiere, y no es a ti.

Solté la camiseta.

—Entonces, no tienes por qué tener miedo, ¿no? Sky aceptó tener conmigo una cita, y te guste o no, vas a dejarme el ático para nosotros dos solos. Ve buscando la fecha, porque yo sí tengo intención de darle cualquier cosa que me pida... —Su declaración me dio ganas de arrancarle la cabeza y el rabo—. Ahora tengo que darme un chapuzón. El médico dijo que, con un melón en el culo, lo único que puedo hacer es darme pomada, ejercicios de movilidad suave en el agua y sesiones de vídeo en flotador o de pie.

Me dio un toque en el pecho con el dedo.

—Por salvarte el culo, me jodí el mío. Y si no te gusta la idea de que tu prima vea en mí justo lo que necesita, apechuga y mete la directa, Carter, porque te voy a adelantar tanto con ella como en el terreno de juego después de tus clases particulares.

Se fue cojeando lo justo para provocar, con esa seguridad insolente que solo tenían los que eran conocedores de que habían dejado una bomba detrás.

Me quedé allí, con la risa atravesada en la garganta y una certeza incómoda en el estómago: cuando el cachorro volviera, iba a morder de verdad.

CAPÍTULO 43



No pensaba darle tregua.

No porque Levi necesitara presión respecto a mí —que también—, sino porque yo tenía muy claro lo que quería y, por una vez en mi vida, no iba a fingir lo contrario. Quería que se convirtiera en mi jardinero, y los jardines no se cuidaban solos. Si no los regabas, se secaban. Si no los trabajabas, se llenaban de malas hierbas. Y yo quería sus manos verdes para cultivar mi flor.

Me reí sola al pensarlo y al recordar la cara que puso cuando le sugerí ese nombre. Para enmarcar. Esa mezcla exacta de sorpresa y escepticismo, de alarma y ganas de salir corriendo…, o de lanzarse de cabeza por un acantilado que no teníamos.

En ese momento era consciente de cómo le afectaba, cosa que antes no sabía. De la forma intensa en la que fijaba aquellos ojos en mí a la menor oportunidad. De cómo tensaba la mandíbula cuando me acercaba demasiado o lo rozaba intencionadamente. De la manera precisa en la que apartaba sus ganas de tocarme siempre un segundo antes, como si creyera que no era merecedor de cruzar la meta.

Pues sí lo era.

De hecho, planeaba llevarlo al límite para que lo hiciera después de lo que habíamos compartido…, o eso creía.

Porque cuando regresó del entrenamiento, más tarde que de costumbre, y me pidió que habláramos, entendí que Levi Carter también estaba moviendo ficha, aunque en sentido opuesto al mío.

Evander pululaba por el ático, su tono serio no podía ser una invitación encubierta a nada interesante. Dudaba mucho de que fuera su forma de decirme que se lo había pensado mejor y estaba listo para convertirse en mi señor manos verdes… o en mi regadera fertilizadora, que para el caso era prácticamente lo mismo.

—¿Tienes un minuto? —preguntó, mirando de refilón a su hijo, que correteaba alrededor de un montón de legos.

—¿Para ti? Los que quieras —respondí—, aunque tendría algo más de tiempo si hubieras llegado antes.

—Ya…, la sesión de fisio se ha alargado.

Eso me preocupó al instante.

—¿Problemas con el hombro?

—Nada que no se pueda mejorar siguiendo las pautas.

—Evander —intervine—, papá necesita que le explique una cosa. ¿Puedes construir mientras algo chulo para sorprendernos?

—¡Por supuesto, prima Nube!

Le sonreí y Levi me llevó directa a la lavandería. Buen lugar para airear los trapos sucios.

Se apoyó contra la secadora y yo lo miré con las cejas alzadas.

—¿Y bien? ¿Me has traído aquí porque quieres que centrifuguemos un rato juntos?

No sonrió. Ahí supe que venían nubarrones. No estaba relajado.

—He hablado con Valentino. A partir de mañana, entrenaremos juntos antes de que yo vaya al estadio con el equipo.

Eso no me sorprendió. Sabía que parte del acuerdo al que habían llegado implicaba que Levi tenía que convertirlo en un *superquarterback*. Lo que vino después, sí.

—Te lo traduzco para que no hayan malentendidos: a partir de esta noche voy a tener que irme a dormir pronto. Muy pronto. No voy a estar despierto cuando vuelvas. Cenaré con mi hijo y nos iremos a la cama. Ya no podremos… charlar cuando llegues.

La forma en que lo dijo dolió. El silencio se estiró entre nosotros.

—¿Seguro que es por eso y no tiene nada que ver con lo ocurrido anoche? —pregunté sin reproche, pero sin tragarme la versión oficial a la primera.

Levi me sostuvo la mirada.

—Skyler, por si no te has dado cuenta, soy un deportista de élite. Necesito dormir para rendir, a ser posible, cuando se segrega la hormona de crecimiento y se repara la musculatura, que es de noche. También necesito que Dalton siga guardando nuestro secreto. Le di mi palabra de entrenarlo para que nos salvara el culo, y yo siempre cumplo. No ayuda que esté cabreadísimo porque la excusa que empleó lo ha sacado del campo tres partidos.

Vale. Eso no lo habíamos calculado ninguno y entendí a la primera lo fastidiado que debía sentirse Valentino.

—Joder…, pobre.

Un músculo tembló en su mejilla. Hizo una pausa.

—No tengo opción. Por mucho que me fastidie, debo cumplir. ¿Lo entiendes?

¿Que si lo entendía? ¿Cómo no iba a hacerlo? Y eso era, precisamente, lo que más me dolía.

—¿Por quién me tomas? —repliqué—. Lo asumo a la perfección, quizá pueda hablar con él para que no esté tan cabreado. Después le mandaré un mensaje.

—Tampoco es necesario, yo me ocupo.

—Sí lo es. —Levi apretó los dientes—. No quiero que tengas problemas por mi culpa, lo que me lleva a la siguiente pregunta…, ¿qué va a pasar con tu hombro?

—¿A qué te refieres?

—Fácil. Entrenar más va a suponer un mayor desgaste, y no sé si te va a sentar muy bien a la musculatura y la articulación.

—Podré con ello —respondió sin dudar—. Pero necesito que colabores. Por favor, no me pongas las cosas difíciles.

Por la forma en la que me observaba, supe que mi proximidad ya se la estaba poniendo.

Ahí fue donde cedí, pero solo lo justo para coger impulso. Porque sabía que, en parte, ese sobreesfuerzo era para protegerme, por protegernos, y no me gustó sentir que le estaba costando más de lo que debía.

—Vale —dije al final—. Colaboro.

Sonrió un poco…, y el gesto se le apagó en cuanto me acerqué y le eché las manos al cuello.

—Sellemos el trato…

Me impulsé y, como de costumbre, salté para anclarme a su cintura. Desde pequeña me gustaba eso. Aunque ahora era su polla la que me daba la bienvenida bien dispuesta. Me encantaba que lo hiciera, incluso cuando estaba cabreado.

—Skyler… —farfulló con las palmas en mi cintura.

—Solo un besito, profe. Es simple, yo acepto el trato y lo firmamos con lengua.

Le di un lametazo en el lateral del cuello. Sabía a piel limpia, a enfado y a deseo contenido.

—Contigo no hay nada simple.

Pero no me bajó.

Aproveché. Fui directa a por su boca, que me recibió con reticencia… y terminó saqueándome de ese modo que me hacía querer un completo. Me encantaba ese Levi que tomaba el control y me encajaba contra la puerta. Gemí contra su garganta y él me clavó más la erección.

Necesitaba menos ropa, más piel y mucho más tiempo.

—¿Habéis terminado de explicar las cosas? ¡Ya tengo la construcción!

Levi me bajó de golpe y masculló unas cuantas palabrotas mientras yo reía, con los labios hormigueando ante el asedio. Se sacó la sudadera y se la anudó a la cintura para que las mangas disimularan su entrepierna traicionera.

—Sí, ya estamos, campeón. Ahora salimos —confirmó.

En lugar de abrir y avanzar, di un paso atrás y restregué mi trasero contra aquella enormidad.

Levi me apresó.

—Te la estás jugando, Wallace. —Me dio una palmada que rebotó contra mi carne necesitada.

—Eso es justo lo que quiero, Carter.

Y entonces, abrí la puerta con una sonrisa radiante.

Fue mi última sonrisa. Porque la semana se convirtió en eso: un no coincidir.

Mis entrenamientos se alargaron por la gala de los veteranos. Una hora extra cada noche. Coreografías nuevas, ajustes, sonrisas

ensayadas hasta que te dolían los pómulos y Jude sugiriendo que nos pusiéramos algo de ácido hialurónico en los surcos nasogenianos para compensar.

Llegaba tardísimo, agotada y, tal y como prometió mi casero, él y su hijo ya dormían. Ni una sola vez me esperó. Echaba de menos nuestras charlas nocturnas, no solo los roces o los besos, era algo más: la complicidad; el contarnos cómo había ido el día. No era lo mismo sin él y esa copa de vino a medias.

Por las mañanas me levantaba temprano, ya no me despertaba el aroma a tostadas. Levi volvía a no estar, y aunque sabía que no debía cabrearme…, lo hacía por dentro.

Llegó el sábado y se marchó de madrugada porque jugaba fuera, así que Evander y yo repetimos nuestro plan con Kayla. Parque, bancos al sol y Rayo Snake corriendo detrás de la niña de la pala. Ella le dejó su bici sin ruedines y él intentó montarla con la ayuda de Kay sujetándole el asiento. Al principio fue un desastre, pero poco a poco le fue cogiendo el truco y terminó pedaleando un tramo sin caerse, aunque se llevó bastantes raspones.

Lo celebramos como un triunfo épico con un batido enorme de chocolate con galletas.

El domingo vimos el partido juntos en el piso. Fue reñido, muy reñido.

Levi parecía descentrado. El resultado no fue solo culpa suya —la defensa falló en el último cuarto y los rivales aprovecharon la debilidad—, pero la derrota dolió más que nunca. Habían dominado casi todo el partido y, aun así, perdieron 21 a 24.

Evander se quedó serio.

—Papá no estaba contento. Hoy no ha hecho la E ni la S de Superman.

Su pequeño cerebro trataba de procesar la derrota.

—A veces pasa, campeón —le expliqué—. Incluso cuando haces las cosas bien, puede que otros las hagan mejor.

—Pero papá perdió —insistió, muy serio, como si eso fuera algo grave de verdad.

Agarré uno de los cojines y apoyé los codos para enfrentarme a su mirada decepcionada.

—Sí, campeón, perdió.

—Entonces…, ¿ya no es tan bueno?

Negué despacio.

—Claro que lo es. Perder no te quita lo bueno.

Frunció el ceño.

—Pero a él no le gusta perder.

—A nadie le gusta —admití—. ¿Te acuerdas cuando intentaste montar en bici sin ruedines ayer?

Asintió enseguida.

—Me caí.

—Muchas veces. —Sonreí conciliadora y le toqué la manita por encima del cojín—. Lloraste, te enfadaste y dijiste que no querías volver a intentarlo.

—Pero luego sí quise…, y lo conseguí.

—Exacto. Y si no te hubieras caído, nunca habrías aprendido a mantener el equilibrio. Perder es un poco como caerse. Hay que hacerlo para saber cómo ganar después y darles valor a las victorias.

Se quedó pensativo.

—Entonces, ¿papá se ha caído en su partido?

—Un poquito —le dije—. Y también sus compañeros, eso no significa que sea malo, significa que ahora sabe mejor qué tiene que hacer para no hacerlo la próxima vez.

—¿Y si vuelve a perder?

—Entonces, se volverá a levantar y volverá a intentarlo, eso es lo importante.

Evander bajó la mirada a su pez, que estaba plantado sobre la mesita como un fiel espectador.

—¿Y si ocurre muchas veces?

—Entonces —comenté, agarrándole la mano—, las victorias le sabrán muchísimo mejor cuando lleguen, porque cuando pasa mucho tiempo hasta que consigues algo, le das mucho más valor.

«Y si no, que me lo digan a mí».

Sonrió levemente.

—¿Como cuando espero que me regalen la pista de coches para mi cumpleaños y todavía no?

—Justo así.

Se incorporó en el sofá.

—Lo entiendo, ¿podemos ayudarlo a que no esté triste cuando vuelva?

—Seguro que sí —respondí—. Mañana pensamos algo, que ahora es tarde y toca dormir.

Sus ojos se iluminaron.

—Porque cuando te caes…, mola que alguien te espere para levantarte. Como Kayla y tú cuando yo me subí a la bici, ¿no?

Sentí un nudo cálido en el pecho.

—Sí, campeón, justo así.

—Tú y yo levantaremos a papá.

—Ya lo creo. Ahora, a la cama.

—Vamos, Blue, que prima Nube nos va a contar un cuento.

Agarró la pecera y se la llevó a su habitación.

Al día siguiente tampoco hubo tostadas. Supe que Levi regresó de madrugada porque una taza de café vacía descansaba en la zona de los platos. Fui consciente de que, aunque apenas hubiera dormido, tuvo que cumplir con Valentino. Seguro que estaba *fastidiadísimo*.

Evander y yo desayunamos solos y trazamos el plan para levantarle el ánimo a su padre cuando volviera esa tarde. Se me ocurrió usar las piedras que solía recoger del parque y darles una utilidad. En cada una pondríamos dibujos y mensajes de ánimo con los rotuladores acrílicos que pedimos la semana anterior.

A él le encantaba dibujar y, aunque todavía se le resistieran muchas letras, yo le ayudaría con las más difíciles.

Cuando Levi regresó, encontró un camino repleto de cantos rodados desde la puerta hasta el salón.

No protestó. Se agachó y los fue recogiendo uno a uno; exhaló fuerte al leerlos.

Evander lo observaba desde el sofá. Yo me hice a un lado, sin querer perderme nada e incomodar.

Al llegar a la última, a los pies de su hijo, él alzó la vista, visiblemente emocionado.

—¿Las has pintado para mí, campeón?

El niño asintió, ilusionado.

—¿Te gustan? Me ha ayudado Sky. Queríamos que te sintieras mejor. Ella me explicó que las derrotas son importantes porque, si no existieran, no apreciaríamos las victorias. No queríamos que estuvieras triste.

Levi me miró con un agradecimiento que me hizo temblar por dentro. Después abrazó a su hijo con fuerza. Me habría encantado unirme, pero no lo hice.

—Me flipan, colega. Escoge la que más te guste. La llevaré de amuleto para el próximo partido y seguro que ganamos.

—¿De verdad?

—Te lo prometo. El resto ponlas en un recipiente y busca un lugar importante para ellas. Así, si algún día estoy desanimado, las miraré para que me carguen de energía. Estas piedras son especiales y mágicas porque están hechas con amor.

Casi me derretí, hecha un charquito de babas.

Evander salió corriendo, eufórico. Me guiñó un ojo y yo se lo devolví.

Levi se acercó despacio; se encontraba agotado, aun así, estaba guapísimo.

—Gracias.

—No tienes que dármelas —respondí, sonriendo—. Forma parte de mi trabajo como canguro.

Negó con la cabeza.

—No. No forma parte, por eso te las doy. Perdona si he estado como el culo y no he tenido tiempo para vosotros. Hay mucha presión y la temporada no está saliendo como esperábamos.

—Mira la parte buena. —Suspiré—. Ahora solo puede ir a mejor y tú sabes que puedes lograrlo.

Cogí mi bolsa.

—Tengo que irme, os he dejado la cena hecha.

Pasé por su lado y sus dedos rozaron los míos. No fue inconsciente, lo hizo de manera intencionada. Duró un segundo, bastó para encender de nuevo esa chispa que siempre estaba ahí y se prendía solo por él.

—Que te vaya bien el ensayo.

—Y a ti con el brócoli.

Hizo rodar los ojos. Era la verdura que menos le gustaba, y a Evander también.

—No fastidies…

—Comida sana, capitán.

Le lancé un beso y me metí en el ascensor con una certeza clara: había aceptado la nueva realidad, pero no había renunciado a nada, y mucho menos a Levi Carter. Se terminaría enterando tarde o temprano.

Llevaba dieciséis años acostumbrada a la derrota, nadie iba a quitarme esa victoria. A paciente no me ganaba nadie.

CAPÍTULO 44



Desde lo del *jacuzzi* no me había vuelto a saltar mis propias normas.

Vale, quizá la hubiera besado en la lavandería, pero eso fue sellar un pacto inevitable.

Me besó con su cuerpo pegado al mío, como si la única norma fuera respirar; yo no había dejado de pensar en ella.

Me la había machacado como un puto adolescente. Oliendo mi sudadera, que ya apenas tenía su aroma. Tocando sus bragas, como si fueran una prueba de que ella existía en mi casa, en mi cabeza y en mi cuerpo. Sabía lo asqueroso que sonaba, incluso dentro de mi propia mente.

Sabía que había preguntado a la chica de la limpieza si las había visto. Y era conocedor de que ella no había dado señales de saber su localización. Dios, era un puto pervertido.

Necesitaba apartar el pensamiento como fuera, por eso interpuse distancias forzadas. No era que me hubiese vuelto mejor persona de repente, sino lo que ocurría cuando aflojaba un milímetro. Mi autocontrol no era una virtud, era una estructura de acero montada a base de miedo, disciplina y años tragándome cosas. Si quitabas un tornillo, el edificio entero se venía abajo y yo no tenía tiempo para escombros.

El problema era que no había dejado de pensar en ello. Ni de sentirlo. Ni de reaccionar como un puto enfermo los pocos instantes que me permitía verla moverse por el ático con esas prendas que

parecían diseñadas para torturarme. Me bastaba un segundo de verla en la cocina, en el pasillo o recogerse el pelo para que el cuerpo me respondiera como si tuviera quince años y un cerebro recién estrenado.

Y a eso se sumaba lo demás. El hombro.

Esa semana había sido una tortura por partida doble. Harlow y Mac nos habían exprimido hasta el final por la cagada contra los Commanders. Tres cuartos dominando y en el último nos deshicimos. Un error mío y varios de la defensa y el partido se fue al infierno con una sonrisa de su puta madre.

De cuatro partidos habíamos ganado dos, lo que me mordía por dentro de la forma más sucia posible. En Dallas no se perdonaba eso. Ahí, la palabra «*playoffs*» no era un objetivo, sino una obligación disfrazada de sueño. Y el dueño del equipo estaba cabreado. Mucho.

Si no mejorábamos, habría cambios; si al día siguiente contra los Cardinals, en casa, no salíamos a destrozar el campo como si fuera personal, alguien iba a intentar mover el tablero. En medio de ese caos, yo había hecho una cosa que no estaba bien: intimar con una DCC, lo que me llevó a tener que dar clases particulares al tío que pretendía destronarme de un momento a otro y, además, tirarse a Skyler.

El chaval no era un mal tío, tenía hambre —como yo a su edad— de éxito y de mujeres, solo que miraba a la equivocada, y mi trato con él me pasaba factura tras cada sesión extra.

El hombro no gritaba todavía, pero susurraba como un demonio paciente. Me lo recordaba a través de un dolor sordo cada vez que repetía una mecánica de lanzamiento, cada vez que ajustaba el codo, cada vez que apretaba el agarre para darle más velocidad al balón. Por lo que estaba necesitando minutos extras de fisio, hielo, crema antiinflamatoria, luces infrarrojas y tiras de *tapping* para fingir que todo iba bien.

Mi hombro susurraba un: «A la mínima, te jodes. A la mínima, te vuelves a romper».

Y esa noche, la anterior al partido, además de lidiar con eso, debía cumplir las órdenes del de arriba.

Esa misma semana, con el ambiente tan removido, Joneson quiso que hubiera representación significativa de los Cowboys en la fiesta benéfica de veteranos. No jugadores jóvenes para la foto, sino nombres que calmaran al público y a los donantes.

Valentino era uno de ellos porque su padre, general del Ejército del Aire, iba a estar presente, además de por ser el QB2, la futura promesa, aunque la cagara. Y luego llegó la trampa. Querían que el capitán también estuviera.

Eso significaba que iba a coincidir con Skyler porque las DCC actuarían. Implicaba cámaras, gente con dinero, conversaciones que podían acabar en titulares si alguien tenía la mala suerte de grabar el segundo equivocado, por lo que no podía ni acercarme. Y también significaba que conmigo, Dalton y Sky fuera de la ecuación, alguien tenía que quedarse con mi hijo; dejarlo solo no era una opción.

La solución salió de la boca de Sky cuando le comenté el problema que me alcanzó el mismo viernes en la reunión con el *coach*. Ella la asumió con una naturalidad que me hizo desconfiar por pura supervivencia.

—Kayla, ella nos echará una mano. Hemos estado yendo juntos al parque y no fue seleccionada para la gala de los veteranos. Si le pido el favor de que se quede con Evander en su piso, porque está claro que no puede pisar este ático, aceptará.

—Es demasiado peligroso…

—Evander puede hacerlo, para él es un juego y sabe que, ante ella, se llama Rayo Snake. Kay cree que es hijo de un *latin king* que trabaja en una funeraria, o algo peor. Seguro que, en su mente, su padre tiene tatuajes secretos, una moto y una vida nocturna que incluye peleas en azoteas. La conozco y no preguntará, le pondrá una peli al crío, le dará de cenar bien y harán manualidades. Tiene el ADN de madre circulando por sus venas desde que nació.

—Es un riesgo alto. Evander podría soltar cualquier cosa.

—Confía en él. Si dice algo raro, siempre podré alegar que el niño tiene una imaginación desbordante o que le estaba tomando el pelo para medirla. Como cuando en el cole te decían que tu padre era bombero, policía o la *sheriff* del pueblo.

—Mi madre era la *sheriff*.

—Era un ejemplo. Déjalo en mis manos, de verdad, saldrá bien. Respira.

Como si fuera tan fácil.

No tenía otro remedio, así que hoy Sky se había marchado antes para dejar a Rayo Snake en casa de su mejor amiga; yo no podía ser quien lo llevara porque era el que no debía aparecer en esa película.

Llevaba el traje de gala puesto; la corbata me estaba asfixiando, o quizá fueran mis problemas. El *dress code* era claro. No me habían dicho nada sobre acercarme a las animadoras, solo que les hiciera la pelota a las personas adecuadas y que mostrara mi cara más amable. Estaba implícito lo de mirar y no tocar, nada muy distinto a lo que había ocurrido en los últimos días.

Me monté en el coche y conduje hasta llegar al Omni Dallas, el lugar donde se desarrollaría la gala.

Un hotel de lujo con un salón de eventos enorme: escenario preparado, pista de baile y suficiente espacio para que las cámaras no parecieran cámaras. Perfecto para discursos patrióticos, donaciones gordas y actuaciones.

Al entrar, lo vi todo con claridad.

Hombres y mujeres vestidos con trajes que costaban varios miles. Uniformes de gala con condecoraciones, peinados perfectos, sonrisas ensayadas. No era solo una fiesta, se trataba de un escaparate benéfico. Había veteranos, familias, viudas, altos mandos, empresarios, políticos locales, gente de fundaciones y donantes con apellidos que sonaban a edificio.

Camareros con bandejas, copas llenas, un murmullo constante de conversaciones medidas y música suave de fondo.

Valentino ya estaba allí; no hacía falta buscarlo mucho porque ocupaba espacio como si el mundo le debiera un hueco.

Me vio y vino directo.

—Capitán —dijo, exagerando lo justo para que sonara a broma—. Venga, que te presento a gente seria y a mi padre. Tranquilo, no sabe lo nuestro, para él solo somos compañeros de equipo, no esos dos que quedan de madrugada, en secreto, y tú el que me llenas de sudor haciéndome jadear.

—¡Cállate, idiota!

—Relájate, que estás muy tenso y no le sienta bien a tu bruxismo.

Me llevó hacia un grupo de militares influyentes, donde destacaba un hombre con presencia de hierro y ojos de halcón. El general Dalton, su padre.

Vivía en Washington. No era de Dallas y se notaba en la forma en que su expresión cambiaba cuando miraba el escudo de los Cowboys, como si estuviera evaluando una bandera enemiga.

—Levi Carter —dijo, estrechándome la mano—. Así que usted es el que hace sufrir a medio país cada domingo.

—Lo intento constantemente, señor, aunque a veces me pongan las cosas difíciles.

—Mi hijo habla muy bien de usted, y eso es difícil. Valentino es muy exigente.

Una risa contenida. Un par de miradas de reconocimiento.

La conversación no tardó en derivar al fútbol como si fuera inevitable, sin embargo, con un tono distinto, más estratégico y menos de barra de bar.

—Tenéis talento —comentó uno, un coronel con voz de «yo he visto cosas»—, pero os falta cerrar partidos. Se os escapa el último cuarto.

Lo dijo con la tranquilidad de quien había analizado guerras, y a mí solo se me formuló la palabra «gilipollas» en el cerebro; había sido un machetazo en toda regla.

—Y esa defensa de los Lions os hará sufrir —añadió otro—. Este año están presionando por dentro como si hubieran nacido para eso. Si os toca cruzaros con ellos, os lo van a poner difícil.

—Los Packers no se caen nunca —dijo alguien más—. Da igual cómo empiecen, siempre acaban siendo los mismos cabrones eficientes.

Valentino se encendió.

—Bueno, pues que vengan —soltó—. Con todo respeto, esto es la NFL, no una misa. Si nos dan por muertos antes de tiempo, luego pasa lo que pasa, que resucitamos como zombis y les comemos el cerebro.

—Habla en futuro —intervino su padre con esa ironía seca que debió marcarle la infancia—. Por ahora te toca aprender desde el

banquillo, recluta.

Valentino soltó una carcajada y yo mantuve la cara amable, aunque por dentro se me tensó algo. No eran celos, sino instinto. Era sentir el peso de que todo el mundo tenía una opinión sobre mi inminente caída.

Yo era el presente y él era el futuro con sonrisa bonita.

La charla seguía, tensa pero educada, hasta que una mujer del grupo, con vestido largo y un brillo divertido en los ojos, levantó su copa.

—Serán mejores o peores —dijo—, pero no me negaréis que los Cowboys son los más guapos de la liga.

Guiñó un ojo en mi dirección. Por suerte, su marido no estaba en el grupo ni en ese momento llevaba su arma encima.

Valentino y yo nos miramos y él no perdió el momento.

—Eso siempre —respondió—. ¿Qué le parece si baila con el futuro de los Cowboys? Mi compañero ya es un veterano y necesita reposar.

Risas. Un par de «ay, por favor» y la mujer ofreciéndole su mano para que la llevara a la pista con un «señores» teatral, como si acabara de ganar un duelo.

Los hombres retomaron la conversación y yo me disculpé.

—Tengo que ir a saludar a una persona —dije, aunque fuera mentira.

No me apetecía seguir allí. La conversación me había puesto de mal humor porque me había recordado que no importaba cuánto trabajara, siempre estaba a un mal cuarto de distancia de que alguien quisiera mi sitio.

Fui a por una copa.

Camareros pasando con bandejas, hielo tintineando, perfume caro mezclado con colonia y con el olor metálico de uniformes impecables. Caminé despacio, con la postura de capitán que no se permitía parecer cansado, mientras pensaba dónde estaría Skyler.

Sabía que aparecería con las DCC cuando tocara. Sabía que me lo iba a comer por dentro.

Y entonces, el dueño del equipo subió al escenario.

El salón se fue callando, parecía que alguien hubiera bajado el volumen del mundo. El discurso empezó con patriotismo medido, agradecimiento real, mención a los que cayeron, a los que volvieron y a los que seguían peleando con cosas que nadie veía. Hizo un símil con el fútbol, con el equipo, con el sacrificio, con jugar con dolor y, aun así, salir al campo para hacerse con la guerra o, en su caso, con la Superbowl.

Sonaba bien porque estaba diseñado para sonar bien.

—Esta noche —dijo— no celebramos solo una tradición, celebramos la fuerza de quienes sostienen este país con sus manos y con sus cicatrices. Brindemos por nuestros veteranos y por sus familias. Brindemos por Estados Unidos.

Copas al aire. Aplausos.

Dio la cifra de lo recaudado hasta el momento y aseguró que esperaba que fuera mucho más porque la necesidad era real y el compromiso también debía serlo; entonces, soltó la frase que me clavó una espina en el pecho.

—Los mayores donativos tendrán como recompensa pasar una hora con una de las mujeres más hermosas del planeta.

Una hora, con ellas.

Noté cómo me crujía algo por dentro. No porque creyera que fueran mercancía, sino porque sabía lo que ciertos hombres con dinero entendían cuando escuchaban ese tipo de premio.

Yo había visto a las DCC bailar, sus calendarios, sabía qué tipo de pensamientos obscenos provocaban. Y no estaba listo para imaginar a un imbécil con traje caro creyendo que podía comprar su cuerpo con una puja.

Fue entonces cuando escuché la risa cerca de mí.

Dos empresarios, copa en mano, postureo de macho alfa con cartera grande y pasados los cincuenta años.

—Me da igual quedarme a cero en el banco —dijo uno—. Esta noche me llevo a una de esas conejitas a la habitación. Qué buena idea hacer esta fiesta en un hotel y que a uno puedan levantarle el ánimo.

El otro rio como si fuera el comentario más brillante del mundo.

Me giré despacio, sintiendo mis puños hervir.

No levanté la voz, no monté un escándalo, no podía, pero los miré como se observaba a alguien que había confundido el mundo con un burdel.

—No son prostitutas —dije firme—, y su dinero no es para tratar de llevarse a la cama a ninguna mujer. Es para ayudar a hombres y mujeres que han dado su vida por este país. Si van a donar, donen por eso. Si no, cállense y aprendan a comportarse en un salón donde hay familias; esas mujeres podrían ser sus hijas.

Silencio incómodo.

Él abrió la boca y luego la cerró al reconocerme; no esperé a escuchar la respuesta porque no me importaba lo más mínimo. Me largué de allí.

Apuré la copa de un trago, alejándome con la respiración dura, con las manos queriendo hacer lo que no debía, con el hombro palpitando como si también se hubiera indignado.

Volví la vista hacia el escenario justo cuando Joneson remataba.

—Y para muestra, un botón —anunció—. Elevando el ánimo de nuestros gloriosos asistentes y aumentando las pujas, una actuación de las mejores *cheerleaders* de América. Dios salve a Estados Unidos y a nuestras DCC.

La música arrancó, las luces cambiaron y entonces aparecieron, como una ola de precisión y pompones agitados. Con sus movimientos estudiados para elevar mucho más que el patriotismo. El público se encendió, los aplausos subieron y yo me quedé quieto porque el aire se me escapó de los pulmones en cuanto la vi.

Ahí estaba Sky.

Sonrisa perfecta, postura impecable. Fuerza en cada movimiento, contoneos sensuales que mi polla recordaba con precisión. Patadas altas que pretendían rozar el cielo. El pelo rojo moviéndose con el ritmo y el uniforme haciendo lo que hacían esas prendas: convertir el cuerpo en un mensaje.

Yo la miré y sentí que me deshacía por dentro.

La atracción creciendo a lo bestia, como una mala idea que se convertía en batalla, y lo peor fue darme cuenta de que, por mucho que repitiera mis normas, por mucho que fingiera que podía con eso, verla bailar era una forma distinta de perder el control.

Me quedé mirando hasta el final de la actuación y supe que estaba jodido, aunque no quisiera.

CAPÍTULO 45



Entre giro y giro, entre una patada y la siguiente, barrí el salón con los ojos. Mesas redondas, copas alzadas, trajes oscuros, vestidos largos. Donantes. Militares. Empresarios y Valentino.

En primera fila, imposible no verlo, con una mujer madura colgada de su brazo como si fuera parte del atuendo, guapísimo. Cuando nuestras miradas se cruzaron, me guiñó un ojo con descaro absoluto. Me salió una sonrisa más grande sin querer. De esas que no podías frenar, aunque supieras que no deberías ante alguien prohibido por contrato. Y entonces, sentí el pisotón.

Fue seco, punzante, justo donde dolía. El tacón de Darah clavándose con saña en el empeine y parte de mis dedos, con la seguridad de quien sabía a la perfección lo que estaba haciendo. No fue un error de cálculo, fue a mala leche.

El dolor me subió tan rápido que tuve ganas de gritar. Me tragué el chillido, no me permití ni un microgesto ni una mueca. Tragué aire, ajusté el peso y seguí bailando como si nada hubiera ocurrido.

«¡Puta zorra con lentejuelas!».

Si quería sacarme de línea, iba a tener que esforzarse más.

Seguí buscando y, entonces, lo encontré. Levi, con sus ojos azules recorriéndome al completo, era justo lo que necesitaba para olvidar el dolor.

Estaba un poco más atrás que el resto, cerca de una columna, con una copa en la mano y rodeado de hombres con traje. No

sonreía. Tenía el ceño fruncido y sus pupilas clavadas en mí, ofreciéndome la ilusión de que no había nadie más en el salón.

No era una mirada tranquila, era tensión en estado Carter.

Algo en su expresión me descolocó en mitad de la coreografía. ¿Ocurría algo? ¿Por qué parecía tan serio? ¿Kayla lo habría llamado? ¿Le habría pasado algo a Evander?

La duda me atravesó justo cuando aterrizaba una patada, me obligué a centrarme y a no salirme o podría salirnos caro. Recordé lo que nos habían dicho antes de salir.

Evelyn nos reunió en círculo con esa sonrisa suya que siempre venía acompañada de normas claras.

—Esta noche hay dos jugadores entre los asistentes —comentó— y no vais a acercaros a ellos. Nada de fotos, nada de charlas, nada que pueda parecer una invitación. Sabéis cómo debéis comportaros, solo os lo recuerdo por si alguna tiene memoria a corto plazo.

Yo agobiándome por dentro.

—Cero alcohol. Si os veo con algo que no sea agua o un cóctel a base de zumo de frutas, os aseguro que no volvéis a pisar un evento así. Os quiero todo sonrisas y amabilidad. Sois la imagen de la franquicia. No quiero malas caras ni respuestas fuera de lugar; hay gente muy importante y debemos quedar como lo que somos: mujeres diez.

Respiré hondo cuando añadió lo que todas sabíamos que iba a decir, porque nos lo comentó mientras nos estábamos cambiando en el vestuario improvisado.

—Hoy pasaréis una hora con los mayores donantes de la gala. Es parte del trabajo. Educación, límites claros y elegancia. Si alguien cruza una línea, nos pedís ayuda a Jud o a mí, que para eso estamos; no montéis un espectáculo.

Todas asentimos.

—Sí, señora.

El número terminó con una ovación que me recorrió el cuerpo como una descarga breve. Sonido de aplausos, focos, sonrisas finales y enseguida nos hicieron salir del escenario.

Carrera por el pasillo y de vuelta al vestuario para asearnos y prepararnos.

El aire cambió en cuanto entramos. Duchas rápidas, laca, perfume, nervios contenidos. La franquicia se había encargado de los vestidos: blancos, azules, rojos o combinación patriótica de esos tres colores sin resultar exagerado.

El mío era azul, largo, de seda suave. Escote corazón con un ribete en pedrería que empujaba mis pechos hacia arriba y unas tiras pequeñas cayendo sobre los brazos a modo de mangas joya. Me recogí el pelo alto, dejando el cuello despejado.

Mientras me retocaba los labios, una *rookie* murmuró:

—¿Y si me toca uno al que le apesta el aliento?

Vicky levantó la vista del espejo con calma absoluta.

—Respiras hacia otro lado, cielo. A mí el año pasado me tocó uno decrépito, pensé que se me momificaba delante de los ojos.

Me reí, no pude evitarlo, y me masajeé el pie antes de calzarme los tacones.

Darah pasó a mi lado con prisas y mala energía. Me rozó el hombro al pasar, la agarré del antebrazo antes de que siguiera.

—La próxima vez que me claves la bota bailando, te meto la puntera en un ojo, ¿estamos?

Me miró como si no fuera con ella.

—¿Te he pisado? No me he dado ni cuenta. Debes tener los dedos blandos.

—Aquí la única que tiene algo blando eres tú, y son las neuronas —le respondí—. Ten cuidado conmigo, idiota.

—¿Es una amenaza?

—No, es una afirmación. Estoy harta de tus idas de olla.

—Provinciana, no tienes educación.

Evelyn nos llamó a todas, Darah se soltó y se fue, pero me dedicó una última mirada cargada de veneno.

—Pasa de ella —me susurró Vicky—. Solo quiere que la cagues.

«Como si fuera tan fácil obviarla», pensé.

Salimos del vestuario ya asignadas. Mi acompañante era Richard Halvorsen, empresario farmacéutico. Cuarenta y tantos, traje de los caros, seguridad de quien no estaba acostumbrado a que le dijeran que no.

Fue correcto al principio. Amable, me ofreció su brazo para que saliéramos juntos al salón principal. Me dijo que había sido espectacular, que bailaba increíble, que tenía una sonrisa preciosa y que desde que salí no había conseguido desviar su atención ni un milímetro. Me invitó a tomar algo y, por supuesto, accedí.

—Solo un cóctel sin alcohol, gracias.

—Por supuesto —respondió enseguida.

Noté la mirada de Levi desde el otro lado de la estancia. Atenta, vigilante, estaba rodeado de hombres y mujeres y parecía molesto por las atenciones de mi acompañante. Por un momento pensé que quizá no era mala idea coquetear un poco. Sonreí más en su dirección, para que supiera que lo había visto. En cuanto Richard regresó, cogí la copa, me incliné hacia él y reí sus comentarios.

Los ojos azules que más me interesaban del planeta no dejaron de mirarnos.

Richard me invitó a bailar una balada. Demasiado cerca, demasiado pegados, y cuando su mano empezó a apretar más de lo que debía, sentí calor, incomodidad, sin embargo, no podía largarme sin más.

—Necesito tomar un poco el aire —murmuré, poniendo distancia.

—Por supuesto, te acompaño —me propuso—. Parece que hace calor aquí.

Por el modo en que su mirada me recorría, supe que no hablábamos del mismo calor.

—Puedo ir sola.

—Soy un caballero y no ha pasado nuestra hora.

Asentí porque era lo que debía hacer en lugar de darle un rodillazo en los huevos.

La terraza del hotel estaba tranquila. Aire fresco, luces suaves, apenas dos o tres personas y bastante alejadas las unas de las otras. Me apoyé en la barandilla, intentando mantener distancia. Él se puso a mi lado.

Alardeó sobre los beneficios de su empresa; me habló de su divorcio, de lo solo que se sentía, sobre todo, en las noches de invierno, y volvió a acercarse más de lo debido.

—Eres preciosa. Creo que tú también has sentido que ha surgido algo entre nosotros.

No sonrió cuando lo dijo, eso fue lo primero que me puso en alerta, eso y el brillo alcohólico de su mirada.

Alzó la mano y deslizó la yema del dedo por mi antebrazo sin permiso, despacio, como si probara un material antes de comprarlo. La piel se me erizó de asco.

—Disculpa… —murmuré, retirando el brazo con cuidado, conteniendo la arcada—. Me parece que has confundido amabilidad con interés.

Él ladeó la cabeza. Los ojos se le oscurecieron un poco, evaluándome.

—Al contrario —replicó—. He interpretado perfectamente las señales. No te hagas la estrecha ahora, no hace falta que lo hagas conmigo. He pagado una fortuna para esto y ambos podemos pasarlo muy bien. Si eres buena…, quién sabe lo que podría llegar a suceder.

Dio un paso más, invadió mi espacio.

Si estuviera en Saint Valentine ya le habría dado un rodillazo, pero ahora era una DCC, me había saltado muchas normas y estaba en un lugar público… Nos dijeron «cero escándalos».

Mi cabeza iba a cien.

Intentó besarme.

—Lo siento —insistí—, te equivocas conmigo, no quiero esto —dije, empujándolo con las dos manos—. Suéltame.

No lo hizo.

Bajó la boca hacia mi cuello, aspiró y otra arcada me subió desde el estómago. El pulso se me disparó, no para bien. Pensé en Jude, en Evelyn, en el protocolo. En cómo desembarazarme de ese hombre que me duplicaba el tamaño sin montar un espectáculo.

Necesitaba apartarme. Ya.

—¡Basta! ¡Apártate! ¡Suéltame! —incidí.

—Te ha pedido que la sueltes.

La voz tronó detrás de nosotros. Grave, oscura, inapelable.

Richard se giró a medias, protestando, pero no llegó a terminar la frase. Unas manos enormes lo agarraron del traje y lo separaron de

un tirón seco. Hubo un forcejeo breve, contenido, violento, en silencio. Un zarandeo que pocos vieron y, los que lo hicieron, miraron a otro lado.

—¿A ti qué te pasa? —escupió—. He pagado por ella.

Levi no levantó la voz, eso fue lo que dio más miedo.

—No —respondió con una calma que me heló la sangre—. Has pagado porque eres un patriota que quiere ayudar a los veteranos. Y ahora te vas a ir por donde has venido antes de que te parta la cara y ella te denuncie por no saber tener las manos en los bolsillos cuando una mujer te dice que pares.

Richard abrió la boca.

Levi se inclinó lo justo para que solo él lo oyera.

—Después del *Me Too* no creo que te apetezca leer tu nombre en la prensa mañana. Hay titulares que hunden empresas en Wall Street en una sola hora. Piensa bien tu respuesta, antes de que te haga visitar al dentista. A las DCC no se las toca, y a ella menos que a ninguna.

El silencio se volvió espeso.

Richard apretó la mandíbula. Maldijo por lo bajo y miró alrededor, calibrando riesgos, pérdidas. Luego se dio la vuelta y se largó, farfullando sobre jugadores de fútbol descerebrados.

Yo seguía con el corazón desbocado, las manos frías, el vestido demasiado ajustado al pecho.

Nos quedamos solos.

—No deberías estar aquí —susurré—. Nos podrían ver.

Levi escaneaba la terraza, los accesos, los reflejos en los cristales.

—Prefiero que me vean y perder todo lo que tengo a que te fuercen a algo que no deseas. Vamos.

Me agarró de la muñeca, firme pero cuidadoso, y tiró de mí hacia una zona protegida por un grupo de plantas altas que nos ocultaban de las miradas indiscretas.

Mi pulso seguía acelerado y su mano no me soltó, porque Levi Carter podía ser muchas cosas, no obstante, ante todo, era mi lugar seguro.

CAPÍTULO 46



No aparté la mano de su muñeca hasta que la tuve a buen recaudo, con las plantas ejerciendo de biombo entre nosotros y la realidad. Sentí que su respiración bajaba un poco. Lo suficiente para que fuera consciente de que estaba ahí. Cuando por fin la solté, me quedé delante de ella, demasiado cerca, ocupando espacio, porque necesitaba que lo tuviera claro, que no iba a volver a estar sola ni un segundo más esa noche. Me importaban una mierda las normas, los contratos o la madre que los parió a todos juntos; lo único que importaba, más allá de su carrera o de la mía, era que se sintiera a salvo.

Le subí la mano a la cara despacio. Con los nudillos primero, luego la palma entera. La piel estaba caliente.

—¿Cómo estás?

La pregunta salió ronca, suave. No pretendía una respuesta larga, solo saber que estaba bien.

Sky tragó saliva, el temblor leve seguía ahí, recorriéndola en silencio.

—Bien… —musitó—. Es que no sabía cómo proceder, si no hubiera firmado con las DCC habría actuado de un modo distinto y… No sé, estas reglas absurdas me están matando y ese tipo…

La frase se le quedó atascada en la garganta, y eso me jodió más que cualquier otra cosa porque esa chica atemorizada no era ella.

La abracé. No con cuidado, con necesidad. La pegué a mi pecho y noté cómo soltaba aire de golpe, parecía que lo llevara atrapado

desde hacía minutos. Pasé la mano por su espalda, firme, bajando, subiendo, marcando un ritmo que no era sexual, se trataba de ancla.

—Shhh —murmuré—. Ahora estás conmigo. No hace falta que te diga que no has hecho nada mal, ¿lo sabes? Ese cabrón no debió presuponer que te había comprado, y te juro por mi vida que se ha librado porque me preocupaba que, si le atizaba, pudiera dañarte de algún modo irreversible.

Apoyé la barbilla en su cabeza sin mirarla.

—No voy a dejar que nada malo te ocurra —seguí—. Ni que nadie que no desees te ponga un dedo encima. Antes iba en serio, Sky, haré lo que sea por ti.

Su cuerpo cedió un poco más.

Alzó la cara despacio y me miró. Tenía los ojos brillantes, las pupilas dilatadas, el pulso todavía desacompasado.

—Te estás arriesgando demasiado —susurró—. Y yo no quiero que lo sacrifiques todo por mí.

—No tienes ni idea de lo que llegaría a hacer, me vuelves jodidamente loco.

No fue una declaración, más bien una realidad desnuda.

Me miró la boca, y que Dios me cogiera confesado porque no pude más y la besé.

Directo, agónico. Recorrí su boca con desesperación mientras ella se aferraba a mi espalda, separaba los labios y salía a mi encuentro. Me encantaba lo bien que encajábamos, cómo sus músculos se alargaban y torcía el cuello para darme un mejor ángulo. Besarla era el puto cielo y yo solo anhelaba sumergirme en él.

Ninguno de los dos quiso ser el primero en parar, o quizá ninguno deseaba detenerse nunca. Sky se agarró a mi traje con ambas manos y yo sentí que su cuerpo respondía sin pedir permiso, cómo se acercaba, buscando algo que llevaba días negándonos.

—Por favor, Levi, te necesito… —jadeó.

Mi cabeza gritó «¡no!».

Mi cuerpo ya iba tarde.

La pegué un poco más contra la pared, cubriéndola con mi cuerpo, reduciendo el espacio, no para acorralarla, sino para que no existiera nada más a su alrededor que no fuera yo. Su respiración

chocó contra mi cuello y tuve que apretar la mandíbula para no perder el control.

—Levi… —susurró, bajando una mano hacia mi entrepierna endurecida. Me tocó por encima del pantalón—. Quiero sentirte.

Esparcí un reguero de besos donde la luna iluminaba su clavícula, pasé la lengua por aquel punto sensible que le volvió la respiración superficial. Mordisqueé la piel de su escote y logré colar una mano por dentro del vestido para apresar un pezón.

Ahogó un jadeo, sus dedos tampoco me estaban dando tregua y necesitaba que se detuviera o me correría.

—Date la vuelta —ordené.

—¿Qué?

—Si quieres que siga, obedece, manos contra la pared y no me toques.

—¿Por qué no quieres que lo haga? —Parecía insegura, así que merecía una respuesta que la tranquilizara.

—Porque si sigues haciendo eso, voy a manchar los pantalones y no es plan de que vuelva a la gala marcado.

—Oh…

—Exacto, ahora deja que te dé lo que tanto querías. ¿Confías en mí? Te prometo que te gustará.

Asintió y se giró. Yo le subí la falda, dejando a la vista su culo perfecto enmarcado por encaje negro, solo quedaba media nalga provocadora al aire. Le di un cachete, su carne rebotó, deliciosa.

—Esto por lo de la lavandería… Y esto… —le bajé las bragas hasta los tobillos, me desabroché el pantalón, arrastré con él los calzoncillos y mecí mi polla contra su humedad, buscando el clítoris con los dedos—, esto por mí.

Skyler exhaló con fuerza ante la sorpresa de sentir su carne envolviendo la mía. Nada de penetración, solo una caricia íntima y gloriosa que iba a matarme lentamente.

Mis dedos se desplazaron por el nudo de nervios. Si las vistas eran impresionantes, el contacto lo era más. Me gustaba cómo se sentía en mis dedos y sobre mi erección. Resbaladiza, cachonda, abierta.

Mis manos se movían solas. Me estaba costando contenerme porque lo que el cuerpo me pedía era enterrarme de un empellón, escuchar mi nombre mientras rebotaba contra su carne, ahondando en su interior sin tregua, poseyéndola por completo hasta hacerla mía. Pero debía conformarme con rozar el cielo sin alcanzar las estrellas.

Cada vez estaba más tensa, más empapada, mi erección protestaba y Sky reaccionaba arqueando el cuerpo, buscando que la penetrara sin darse cuenta.

Acerqué los dedos a la entrada e introduje solo una falange.

—Sí, por favor, sí… No pares…

Empujé solo un poco más y ella balanceó su cuerpo para que ganara profundidad. Me aproximé a su espalda para darle unos cuantos besos en el cuello.

—Despacio, princesa, no quiero atravesarte con un puto dedo, mucho menos con mi polla.

—¿Por qué no? Te quiero dentro…

«No te haces una idea de lo mucho que querría estar en este coñito apretado».

—Voy a respetarte como te prometí, lo que no quita que vaya a darte mucho placer, solo déjate llevar y disfruta.

Volví a masturbarla lento, buscando de nuevo la diminuta protuberancia. Su carne se erizaba, la mía ardía, friccionándola con mayor intensidad. Mis dedos clavados en su cadera, los otros llenándola de placer absoluto. Cada vez estábamos más cerca, mi glande lloraba, deseoso de liberación.

Entonces, una voz se filtró en la terraza.

—¿Skyler?

Me quedé completamente quieto.

Gracewood.

Sky se tensó de golpe. Le tapé la boca con la mano libre, solo presión firme y una intención clara: tranquilizarla, no podía vernos. En lugar de detenerse, Sky lamió mi palma, lo que llevó una descarga directa a mis pelotas, sobre todo, cuando se balanceó contra mi rabo.

«Joder, su osadía va a matarnos».

Le di un diminuto azote en el clítoris que premió con un mordisco en mis durezas.

La pelirroja iba a acabar conmigo y con la poca cordura que me quedaba.

—¿Estás aquí? —insistió Evelyn, más cerca.

«Ya lo creo, la tengo contra la pared y frotándose sobre mi erección», me dieron ganas de responder.

Mi dedo volvió a su interior y ella buscó con la lengua uno de mis dedos para succionarlo. Jamás había estado tan empalmado. La alumna iba a superar al maestro, pero a lo bestia, ¿qué les daban a estas nuevas generaciones?

Si Evelyn nos pillaba era el fin de todo, sin embargo, no quería detenerme.

Otra voz entró como un salvavidas.

—¿Señora Gracewood? —Hablando de nuevas generaciones: Dalton—. ¿Tiene un minuto?

¿Desde cuándo estaba en la terraza?

Como me hubiera seguido y nos estuviera espiando entre las plantas, lo iba a ahogar.

Puto cabrón.

—¿Sí, señor Dalton? —Evelyn sabía de sobra quiénes éramos cada uno de nosotros.

Sky se movió arriba y abajo para que no me detuviera y mi polla se envaró. Era su forma de advertirme que no bajara el ritmo.

«¡Me cago en la hostia!».

Aumenté la presión, metiendo el dedo hasta que sentí el límite en las yemas. Con la base de la mano friccioné el nudo de nervios y ella abrió todavía más los muslos.

—¿Tiene un minuto?

—Estaba buscando a una de mis chicas —respondió la directora de las DCC, tajante.

—¿Cuál de ellas? —preguntó él como si nada—. Quizá pueda ayudarla, tengo una memoria fotográfica de la hostia. Por cierto, sus animadoras han estado magníficas, muy patrióticas, con esas patadas podrían ganar una guerra.

—Gracias, buscaba a la señorita Wallace, la pelirroja. Debería estar con su acompañante, pero… lo he visto entrar solo y juraría que estaban juntos en la terraza.

Sky se estremeció. Abarqué su sexo con la mano para trabajarlo con mayor ahínco. Hice que se incorporara y la acerqué a mi torso, bajándole la mano a la cintura, firme, recordándole dónde estaba y quién la tenía en su poder.

Moví los dedos dentro y fuera, ella temblaba de necesidad, mis caderas no daban tregua. Busqué su boca con la mía mientras se aferraba a mi cuello sin dejar de disfrutar de mis atenciones.

—¿Vestido azul? —preguntó Valentino.

—La misma —dijo Evelyn con ese tono que no prometía nada bueno.

—Pues me la he cruzado hace un rato —respondió él—. Tenía una mano en la tripa que auguraba menstruación o retortijón, tengo serias dudas. —Si la sangre estuviera en mi cerebro, se me habría escapado una carcajada—. Tengo una hermana, ¿sabe? —aclaró—. Igual algo le sentó mal, ya sabe lo que ocurre en estas fiestas, a veces a uno se le indigesta alguien, digo, algo. Le habría preguntado, pero ya sabe…, a nosotros nos tienen prohibido hasta respirar el mismo aire que sus ángeles.

Por dentro sonreí porque en ese momento yo estaba haciendo mucho más que respirar el mismo aire que Sky.

—Gracias por la información. ¿Usted qué quería? —preguntó Gracewood.

—Hace tiempo que vengo observando la energía de sus chicas y quería preguntarle por la suplementación. Me vendría bien algo así, que me diera un *punch* en el campo.

—Vosotros ya tenéis nutricionista.

—Lo sé, pero esas patadas… son la leche, podría dejar a más de un contrincante fuera de juego.

Evelyn suspiró, claramente cansada.

Sky hizo lo mismo por un motivo muy distinto, estaba lista para correrse y yo también. Aumenté un poco el ritmo para darle el extra de rozamiento que necesitaba. Sus uñas se clavaron en mi carne, sus caderas se agitaron sin control.

—Eso es, cariño, dámelo…

—Te pasaré el contacto, pero lo mejor sería que hablaras con tu entrenador —insistió Evelyn.

—Sabio consejo, gracias de todas formas, y suerte con la búsqueda.

El cuerpo de Sky reaccionó contra el mío. Un sonido mínimo se le escapó antes de poder evitarlo. Cubrí su boca de inmediato, notando cómo su musculatura interna se contraía contra mis dedos, empapándolos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Evelyn, alerta.

Valentino no dudó ni medio segundo.

—Un gato.

—¿Un gato? ¿Cómo que un gato?

—Esos buscavidas se cuelan por todas partes. Acabo de ver uno en la cornisa del fondo. Aunque creo que no ha sido su noche: por muchas vidas que tengan, ha pisado mal y se ha venido abajo, dedicándonos su último maullido. Mejor no se asome…, no creo que sea agradable ver vísceras sobre el asfalto.

—¡Por Dios! —exclamó Evelyn, visiblemente disgustada—. Buenas noches, Dalton.

Los pasos se alejaron, y al compás de los tacones, me agarré la erección y descargué contra el trasero de Skyler.

Joder.

Me quedé un segundo quieto, asimilando lo que había hecho. No tenía pañuelos a mano, así que me aflojé la corbata y me ocupé de limpiarla. Luego le subí las bragas y la giré hacia mí.

Las pulsaciones nos bajaban a la fuerza. Sky sonrió al ver lo que tenía en las manos y yo respiré hondo, porque si no lo hacía, aquello se me iba de las manos.

Valentino carraspeó entre las plantas.

—Bueno —murmuró—. El michi ha muerto, la directora está traumatizada y el farmacéutico camino del infierno. Diría que podéis salir. Eso sí, de uno en uno, no vaya a cazaros y darse cuenta de que, en lugar de gato, era gata y que la caída sonaba más a… corrida.

Salí el primero, intentando disimular la erección. Lo miré ceñudo.

—¿Cuánto tiempo llevas en la terraza?

—El suficiente. Te vi salir como aquel defensa de los Commanders el domingo pasado, con ganas de placar al enemigo, y pensé que igual necesitabas a tu QB2 cubriéndote las espaldas para que no lanzaras por la cornisa a ese inepto. La palabra «asesinato» no quedaría muy bien en tu currículo deportivo ni en los titulares de mañana.

—¿Nos has espiado?

Estrelló el puño sobre la palma de su mano.

—Mierda, sabía que debería haber preguntado si podía hacerlo…

—Por tu bien, mejor que no lo hicieras.

—Vale, pero Sky debería largarse antes de que Gracewood se dé cuenta de que no está en el baño y tenga que inventar otra desgracia animal, como el atragantamiento de una anaconda solitaria.

—Eres lo peor.

—Yo también te quiero, capi. Por cierto, ¿lo de la corbata es arte impresionista o una corrida? Podrías subastarla; seguro que alguna friki te da una pasta para ver si rasca algún esperma vivo que la fecunde.

—Como no cierres tu sucia bocaza, te la meto por donde no te da el sol.

—Si debo tomar leche, que sea de un buen par de tetas y no de tu pitón.

Skyler asomó la cabeza, sonrojada.

—Gracias por ayudarnos, Dalton.

—Ya me las darás en nuestra cita. Y espero que sea tan divertida como esta; no soy celoso, seguro que se nos ocurre algo.

—Tú lo que eres es gilipollas —gruñí, imaginándolos juntos.

—Pues este gilipollas os ha salvado el culo unas cuantas veces, así que vas a tener que entrenarme en los próximos… —se puso a contar mentalmente—, hasta que vayas en tacataca.

Ella rio, pasó por su lado, le dio un beso inesperado en la mejilla y se fue como una exhalación. Yo me quedé un segundo más, ajustándome el traje, bajando el calentón y maldiciéndola por el gesto que había dejado a Dalton embobado.

—¿Planeando ir de acampada? —preguntó Dalton, inquisidor.

—¿De qué cojones hablas?

—De la tienda de campaña que hay montada en tus pantalones. ¿Te traigo un vaso con hielo?

—Mejor un barreño y te ahogas.

—Lo tuyo sí que es amor del bueno. Venga, capi, volvamos a la fiesta y busquemos un sitio donde depositar tus restos biológicos sin consecuencias.

Dalton podía ser un imbécil la mayor parte del tiempo, pero estaba resultando útil de la hostia. Y un buen amigo… si no fuera porque también quería tirarse a Sky. Cosa que solo pasaría por encima de mi cadáver. Y no pensaba morirme ahora.

CAPÍTULO 47



Evander estaba sentado en el suelo del salón, con la lengua asomándole por un lado de la boca mientras dibujaba algo que parecía un dinosaurio con casco de fútbol americano. O un casco con patas. Nunca estaba del todo claro.

—¿Eso es un *T. rex* o un señor enfadado? —le pregunté desde el sofá, con las piernas recogidas y una manta fina sobre los muslos.

—Es un *T. rex* que juega al fútbol y gana siempre —respondió sin levantar la vista—. Tiene superpoderes.

Claro que sí. Como su padre, que podía hacer que me corriera en la terraza del Omni con un montón de gente en la fiesta; de eso ya hacía tres días.

Le dibujó una ese en la camiseta y una E en el casco; mientras, Blue nadaba en su pecera, revisando la ejecución de la obra.

Me apoyé en el respaldo y lo observé un segundo más de la cuenta. Ese silencio doméstico, tan normal, tan poco épico me seguía pareciendo un milagro después de la semana que llevaba encima.

La gala de veteranos había sido un antes y un después.

Y no solo por lo que pasó detrás de aquellas plantas altas, que había sido… increíble, desbordante, tórrido de una forma que todavía me hacía apretar los muslos cuando lo recordaba. No.

Lo que de verdad me había cambiado fue otra cosa.

Por primera vez, Levi me hizo sentir que era más importante para él de lo que yo misma creía ser, y eso me dejó descolocada por

completo.

No sabía cómo gestionarlo o qué debía hacer, más allá de que volviera a acercarse.

Suspiré, dejando que el recuerdo volviera, no el de su boca ni sus manos, sino el de sus palabras: «Prefiero que me vean y perder todo lo que tengo a que te fuercen a algo que no deseas»; «No voy a dejar que nada malo te ocurra. Ni que nadie que no desees te ponga un dedo encima. Antes iba en serio, Sky, haré lo que sea por ti».

Mi romántica interior, la que creía en leyendas de fuentes y Cupido, se activó de golpe, ¿y si a él también lo atravesaron sus flechas y lo que pasaba era que su cabezonería por no verlo era más Wallace que Carter?

Llevaba dándole vueltas a eso desde entonces, y al modo en que Valentino nos salvó el culo con Evelyn, a la cual fui directa a buscar en cuanto puse un pie en el interior del salón principal. Disimulé, colocándome de manera estratégica en un punto ciego donde ella podría no haberme visto.

—Skyler.

Su voz me hizo respirar varias veces en cuanto la vi aparecer con su mirada glacial y esa calma peligrosa suya.

—Señora.

—¿Qué haces aquí en lugar de con el señor Halvorsen? —preguntó, como si ya supiera la respuesta.

—Me sentí mal.

—¿Y ya te sientes mejor?

—No, porque lo que me hizo sentir mal fue él. —Se puso rígida de inmediato—. ¿Podríamos hablar en algún lugar más privado, señora?

Aceptó y fuimos a la sala habilitada como camerino, donde nos cambiamos para la actuación.

Allí no había cámaras ni donantes, solo un silencio espeso.

—¿Y bien? ¿Qué ha ocurrido con el señor Halvorsen? —preguntó sin rodeos.

Tragué saliva.

—Intentó propasarse —solté. Directo, sin adornos—. Y no supe cómo manejarlo sin montar un escándalo porque los que estaban en la terraza miraron hacia otro lado.

Por primera vez, Evelyn perdió el control de su expresión durante una fracción de segundo. Fue mínimo, pero lo vi. Sorpresa genuina y algo más debajo.

—¿Estás segura de eso, Skyler?

—Completamente. Le pedí que se detuviera y no lo hizo, después insinuó que había pagado por ello. Trató de besarme, de tocarme, y le repetí que no.

Asintió despacio.

—Sabes que, si deseas denunciar, puedes hacerlo —dijo entonces, con voz suave—. Haremos lo que tú decidas.

Esperé el «pero» y llegó.

—Solo debes tener en cuenta que sería tu palabra contra la suya. El señor Halvorsen es una persona muy influyente, y si las personas que dices que estaban no se encontraban escuchando o muy cerca, será difícil que quieran testificar. Si les preguntan, dirán que solo vieron una pareja, no hubo gritos ni pelea ni nada que evidenciara lo que ocurría. Lo comprendes, ¿verdad?

El silencio se volvió incómodo.

—Sé a lo que se refiere, señora, pero pasó.

—¿Hubo alguien que pudiera aseverar y dar soporte a tus palabras?

Claro que sí, el problema era que no podía meter a Levi en eso sin que lo salpicara.

—No —mentí.

Evelyn sostuvo mi mirada.

—Un escándalo de este calibre, en una gala como esta y con un benefactor tan poderoso… tendría consecuencias —añadió—. No solo para él, también para ti, para el equipo, para la franquicia; por supuesto, no te estoy diciendo que no denuncies, puedes hacer lo que desees, simplemente te lo explico porque me preocupo por ti, tienes una carrera brillante y sería una lástima que se truncara antes de tiempo.

Lo decía como advertencia, no como amenaza. Aun así, me dolió.

—Tranquila —le dije—. No voy a abrir la boca. Pero tampoco voy a pasar un minuto más en esta fiesta y mucho menos en su compañía, señora.

Nos medimos en silencio. Dos mujeres en extremos distintos del sistema, sabiendo exactamente cómo funcionaba.

Al final, suspiró.

—Te pediré un taxi. Diré que no te encuentras bien. Yo hablaré con Charlotte y el señor Joneson.

—Gracias —«por nada»—, señora.

Salí de allí con el corazón encogido y una certeza clavada en el pecho: había hecho lo que creía correcto, no obstante, eso no lo hacía justo. No podía hablar con Levi, así que me limité a mandarle un mensaje advirtiéndole de que me marchaba a casa de Kayla; necesitaba alejarme un poco y un hombro amigo a quien contarle lo ocurrido sin poner en peligro su carrera o que quisiera cometer un homicidio.

A ella la llamé incluso antes de subir al taxi.

—¿Te importa si me quedo a dormir y te cuento la peor gala de la historia?

Su respuesta fue inmediata.

—Por supuesto que sí. Rayo Snake ya duerme y tengo helado. Vente.

Sonreí a pesar de todo.

Kayla me recibió en pijama, con el pelo recogido en una especie de cilindros moldeables que le dejaban su precioso pelo lleno de ondas naturales y cara de estar a punto de decir «cuéntamelo todo» incluso antes de cerrar la puerta.

—Vale —expresó completamente indignada, llevándose las manos a la cara en cuanto terminé—. Mi marido lo habría aniquilado. Menudo cerdo. ¿Qué hiciste?

—Pude desembarazarme de él —respondí—. Aunque eso no fue lo peor. Lo peor fue darme cuenta de que Evelyn no quería escándalos. Decía que estaba de mi lado, pero…

—Pero no lo estaba del todo —terminó ella por mí—. No les interesan los líos con los benefactores —continuó Kay—. Dicen que estamos protegidas, sin embargo, nos tratan como monedas de cambio.

Se sentó a mi lado en el sofá.

—Linda me contó que el año pasado una chica denunció a un amigo del dueño por acoso en una de sus fiestas —entrecomilló los dedos.

—¿Y qué pasó?

Kayla soltó una risa sin humor.

—Lo cubrieron, nada de testigos, nada de pruebas. La chica sufrió un ataque de ansiedad, así que alegaron estrés. Nadie volvió a hablar del tema y ella no volvió al equipo.

—Menuda mierda…

—Sí. Debajo de esta alfombra tan cara y brillante hay mucha mierda. Y cada día me doy más cuenta de que el sueño no es tan bonito como nos lo venden.

Nos quedamos en silencio. Rayo Snake roncaba en mi exhabitación, así que tras unas cuantas horas más de quejarnos sobre las injusticias de la franquicia y sin poderles dar solución, Kayla me ofreció la parte de colchón en la que debería dormir su marido.

Al día siguiente tocó partido en casa.

Como era a mediodía y Valentino seguía de «baja por hemorroides», volvió a quedarse con Evander. Solo que, esa vez, al tratarse de una hora prudencial, le pidió a Levi si podía llevarlo a la zona reservada para familias del estadio, una especie de sala VIP donde ambos podrían disfrutar del partido. Levi aceptó, aleccionando a su hijo sobre que no podía hablar de su actual canguro, aunque la viera bailar, porque estaba de misión secreta.

Evander cumplió y lo flipó.

Me describió cada detalle como si hubiera estado en Disneylandia cuando ambos llegamos a casa. Yo sonreía y asentía, contenta por verlo tan feliz.

El lunes todo volvió a su lugar y en los ensayos nos comentaron que debíamos empezar a preparar la coreografía para la gala de Acción de Gracias, una de las más importantes, y nos sorprendieron alegando que la semana siguiente, durante la *Bye Week*, íbamos a irnos todas de concentración, descanso y hermanamiento patrocinado por una famosa cadena hotelera. Lo que significaba que no podíamos tener contacto con nadie fuera de la organización ni

subir a nadie ajeno a las habitaciones; teníamos muchas actividades para hacer con las chicas, cuya finalidad era patrocinar las virtudes del hotel, enmascarado de hermandad y familia.

La *Bye Week* de las DCC coincidía con la de los Warriors, así que Levi tendría que cuidar esa semana de su hijo mientras yo estuviera fuera con las chicas.

El día anterior no nos vimos, por lo que contaba con poder comentárselo ese día.

La puerta del ascensor se abrió antes de lo habitual, Levi llegó una hora y media antes de que yo me fuera a ensayar. Perfecto para que pudiéramos hablar.

Evander lo celebró como si fuera Navidad.

—¡Papá! ¡Estás aquí ya! ¡Tiempo extra de calidad! —gritó—. ¡Como dijiste!

Su padre nos observó, divertido.

—Esa es la idea, campeón.

Los martes era el día libre de los jugadores, solo que Levi, como tenía mucho en juego ese año, y después de lo ocurrido con Nova, entrenaba igual; además, en ese momento también estaba ayudando a Dalton por su trato.

—¿Y si jugamos al Twister? —propuso Evander. Llevaba días pidiéndolo, desde que le conté que yo lo pasaba genial con mis hermanos y mis primas.

Nos miramos.

Hubo algo ahí, una chispa, una advertencia silenciosa.

—Vale —aceptó Levi al final—, pero sin trampas.

Duramos cinco minutos antes de acabar en el suelo, enredados, Evander pidiendo tiempo muerto porque tenía caca y nosotros riéndonos como idiotas.

Levi cayó sobre mí en un movimiento torpe, más placaje que caída. Su peso, su risa, su mano apoyada en el suelo junto a mi cabeza.

Nos quedamos quietos un segundo de más.

—Esto creo que es una falta grave —murmuré, acercándome a su boca.

—Totalmente ilegal —respondió él sin apartarse; nuestras respiraciones estaban muy cerca, demasiado.

Separé los muslos y dejé que se encajara entre ellos, como si fuera su lugar. Pasé los pies descalzos por sus pantorrillas y él gruñó.

—No puedes hacerme esto ahora, Wallace.

Algo empezó a tomar forma y rigidez en el punto justo.

—¿Y cuándo podré? Porque pareces muy ocupado últimamente… y yo tengo ganas de seguir con las clases, capi.

Él me miró, torturado.

—Esta semana jugamos fuera, puede que la semana que viene podamos reanudar algo…

—Lo siento. La semana que viene tengo planes, de hecho, vas a tener que quedarte con Evander a tiempo completo. Me voy con mis compañeras a un resort. —Él frunció el ceño—. No me mires así, no he tenido día libre desde que empecé a trabajar para ti, así que son como unas minivacaciones, pero laborales para la franquicia, ya me entiendes…

Se apartó y cayó a mi lado.

—Soy un imbécil, ni siquiera me planteé que necesitaras un día libre sin nosotros.

Me puse de lado y acaricié el perfecto lateral de su cara, girándole la barbilla hacia mí.

—No tenías que plantearte nada porque no lo necesito. Ya te dije que cuidar de tu hijo está siendo maravilloso, pero tengo que ir, no puedo fallar. Aunque también me gustaría pasar ese tiempo haciendo cosas sucias contigo, por mucho que me esquives.

Le di un mordisco diminuto en el labio y él besó mi boca de manera salvaje, regresando encima de mi cuerpo. Me quedé sin aliento.

Se oyó la cadena del baño y, antes de que pudiera salir de encima, Evander apareció con la velocidad de un rayo.

—¡Tiempo muerto terminado! ¡Qué desastre! ¡Os habéis caído! ¡Sabía que no aguantaríais! —Se lanzó en plancha sobre nosotros—. Papá, eres un flojo.

—Un flojo, ¿eh?

Levi cambió las tornas y se puso a atacar a su hijo con cosquillas mientras yo los miraba, deseosa de aquella normalidad familiar.

Algo había cambiado en mi interior y cada vez estaba más convencida de lo que era.

Deseaba algo así, mi propia familia, y que fueran ellos.

Después de la gala, después del miedo, después de las decisiones difíciles… Levi ya no era solo un riesgo, era un lugar al que quería volver siempre, y eso me dejaba sin aire, mucho más que cualquier donante con traje caro.

CAPÍTULO 48



Cuando te decían *Bye Week*, te imaginabas descanso en algún hotel con las demás *cheerleaders* de la franquicia y bueno, lo que eso conllevaba; no nos habían dicho el destino, solo que haría calor y que deberíamos hacernos algunas sesiones fotográficas para agradecer a nuestro patrocinador la estancia.

Lo que no te imaginabas era aterrizar en St. Thomas, en plenas Islas Vírgenes, con la sensación de que te habían metido dentro de un anuncio de bronceador de marca.

Apenas bajé del avión, el calor me abrazó como un novio pegajoso. Agua turquesa a un lado, palmeras al otro y un aeropuerto pequeño que ya olía a gente que no sabía lo que era mirar el precio de un café.

—Esto tendría que ser ilegal —murmuró Kayla a mi lado, ajustándose las gafas—. Si me quedo a vivir aquí, dile a mi marido que lo siento, que me ha ganado la isla.

—No te emociones tanto. Esto no son vacaciones, me da a mí que es un escaparate y nosotras somos el producto.

Kayla soltó una risita, pero me miró a sabiendas de que no exageraba.

El resort era una barbaridad. Blanco impecable, madera clara, cristal, luces cálidas incluso a plena luz del día, piscinas infinitas colocadas justo para que el horizonte pareciera parte del decorado. Camas balinesas alineadas a la perfección, música suave y un ejército de personal que sonreía tan bien como nosotras.

Todo estaba diseñado para que, si pestañeabas, tu cara saliera en una *story* ajena.

Nos reunieron bajo una pérgola gigante abierta al mar. Evelyn Gracewood apareció con esa cara que te hacía desear confesar un crimen perfecto mientras Jude Markham se plantaba al lado con su moño inmaculado y su rictus serio.

Debería estar pensando en divertirme y, sin embargo, mi mente estaba a miles de kilómetros, con un par de chicos que decidieron que su *Bye Week* sería en el pueblo.

—Chicas —comenzó Evelyn—, esta semana es un regalo. Un agradecimiento de la organización y una oportunidad para fortalecer los lazos de la hermandad.

Qué bonito, qué falso y qué útil. Porque si bien era cierto que fortalecías lazos con algunas, otras usaban ese mismo lazo para querer ahogarte.

Las normas llegaron envueltas en palabras por si a alguna se le olvidaban:

Cero alcohol; cero visitas en habitaciones si no pertenecían a la organización; cero contacto libre con huéspedes, salvo eventos supervisados, firmas, fotos, autógrafos y lo que fuese «apto para la marca».

¿Disponíamos de tiempo libre?

Por supuesto, pero también se nos pedía que subiéramos contenido, etiquetando las bondades del hotel, y tuviéramos algunas actividades «voluntarias» en las que seríamos grabadas disfrutando.

Asentimos todas en modo «sí, señora» mientras por dentro traducíamos el mensaje real: «si la lías, te mandan de patitas a la calle, o, mejor dicho, fuera de las DCC».

El primer día fue una cadena de actividades hechas para que parecieran espontáneas. Yoga frente al mar con una instructora preciosa; desayuno détox con frutas exóticas. Le mandé unas cuantas fotos a Evander y le prometí que, si había alguna actividad con *snorkel*, me apuntaría y le mandaría el vídeo de los peces.

A la mañana siguiente teníamos programado *paddle surf* al amanecer para que alguien hiciera fotos desde una lancha y pudiera decir «mirad qué naturales somos».

En general, era divertido, sobre todo, porque algunas chicas me caían genial, la que más, Kayla, y prácticamente no había presión, salvo la de posar y no cruzar la línea de lo indebido.

Kay era mi base segura y Darah Mitchell la que habría querido dejar olvidada en cualquier islote remoto y sin cobertura. Llamadme malvada. Nos observaba nuestra forma de andar, respirar, reír y existir, como si quisiera descubrir qué truco escondíamos.

Por fortuna, allí no debía temer nada.

Por la noche bajamos a cenar. Vestidos blancos, luces cálidas, música suave, nos llevaron a una playa privada y encendieron un fuego a tierra al que apodaron: Hoguera de hermandad.

Qué nombre tan precioso para un interrogatorio emocional con banda sonora. Iba en serio, una de las chicas tocaba la guitarra.

Nos sentamos en círculo. Evelyn sonreía en plan madre superiora y Jude se acoplaba siendo su sombra.

—Este es un espacio seguro —pronunció Evelyn—. Aquí podéis compartir inseguridades, miedos, lo que os pese; las DCC somos una familia y las familias están para dar apoyo y sostener. Dejad fluir vuestras preocupaciones o aquello que queráis compartir con el resto, estamos aquí por y para vosotras.

Varias chicas hablaron. Ariel confesó que aún sentía el pánico del año anterior, cuando la eliminaron del Training Camp, y que esa inseguridad todavía le pesaba por si no estaba a la misma altura que el resto, que era difícil ser hija de una ex DCC que estuvo cinco años en sus filas. Vicky bromeó sobre sus dificultades para conciliar el sueño, que a veces era complicado conciliar la vida laboral, lo que se esperaba de ellas públicamente y dar siempre el cien por cien. Tina habló de responsabilidad y de no fallar al grupo, era líder y sabía que estaba en su quinto año, pocas duraban más que eso.

Yo me quedé callada. Kayla expresó que su mayor miedo era que su marido no volviera de alguna misión, lo que hizo derramar algunas lágrimas.

No estábamos obligadas a hablar si no queríamos.

Miré el fuego y pensé que aquello no era solo para «unirnos». Era para saber dónde apretar si alguien se descolgaba. Si conocías la debilidad del rival, sabías cómo controlarlo.

«No te desarmes», me dije, y aguanté hasta la hora de retirarnos a la cama.

Al día siguiente, tras el *paddle surf* y el desayuno, decidí apuntarme con Kay a una actividad de motos de agua.

—Por fin algo que no sea respirar y agradecer —dijo Vicky Maddox, enroscando el pelo en un moño improvisado para guiñarme un ojo. Sonreí.

—Oh, sí, necesito algo cargadito de adrenalina —afirmé.

Yo me subí con Kayla. Ella se colocó detrás, me rodeó la cintura y respiró hondo.

—¿Estás segura de saber conducir esto? —cuestionó en voz baja.

—No creo que sea mucho más difícil que montar a caballo, y llevamos chaleco salvavidas. ¿Estás bien? —le pregunté también en voz baja.

—Sí. Es que… mi tripa lleva unos días algo revuelta, será el viaje o el agua.

—Esperemos que no te dé diarrea y, si te la da, avisa, me pondré delante de Darah para premiarla con una lluvia de mierda.

Ella rio.

—Mira que eres animal.

No me costó demasiado dominar el vehículo. El sol pegaba, teníamos la piel ungida en crema solar factor cincuenta, el agua salpicaba, el cuerpo se movía con golpes cortos y repetidos, como si alguien te sacudiera por dentro; era muy divertido.

Al principio, Kayla reía, hasta que dejó de hacerlo y se tensó.

—Sky —susurró, pegada a mi espalda—, para.

Me giré un poco.

—¿Qué pasa?

—Me mareo. Mucho, me cuesta cogerte de la cintura, no… no puedo seguir.

—Vale, tranquila.

Frené, levanté una mano y el monitor se acercó en una moto distinta, hizo que ella se montara con él y yo los seguí. Kay bajó con torpeza, se agachó en el muelle y se llevó una mano al estómago para vomitar.

—¿Quieres que llame a un médico? —preguntó el monitor.

—No —dijo Kayla demasiado rápido—. Se me pasará, solo… agua, por favor.

Le trajeron una botella fría y yo me senté a su lado, pegándole mi hombro al suyo, como si mi cuerpo pudiera prestarle estabilidad.

—Puede haber sido un golpe de calor o un corte de digestión. Lo mejor sería que descansaras un rato en la habitación, avisaré al servicio de limpieza.

Le di las gracias al monitor y, cuando Kay recuperó algo de fuerza, acepté el consejo, fuimos a la villa y la tumbé en su cama, poniéndole un paño fresco en la frente.

—Esto no es normal —le dije bajito—. No tiene pinta de calor, no estás caliente, oye…, em, ¿desde cuándo te mareas? Dijiste que llevabas unos días así.

—Es que… —se mordió el labio—, creo que pasa algo —musitó prudente.

—¿El qué?

—Bueno, ya sabes… El finde que vino mi marido no paramos, y la semana que tú vomitaste, yo fui una de las que me contagié del vómito en masa…, quizá mi anticonceptiva perdió efectividad.

—Ay, Dios… ¡¿Un bebé?! —Le di un abrazo de esos que te estrujaban el alma.

—No grites, bueno, debería haberme bajado y tengo un retraso, así que… Podría ser.

Se notaba en su voz, en su cara y en el miedo que intentaba esconder con normalidad.

—Voy a comprar un test —solté—. No es negociable.

Kayla levantó la mirada. Tenía los ojos brillantes.

—¿Y si es verdad?

—Tú siempre has querido ser madre.

—Sí, pero… las DCC…

—Entonces, respiramos —dije— y luego decidimos. Una cosa cada vez. Eres creyente, y si Dios ha querido que seas madre ahora, debe ser por algo.

Ella me sonrió con suavidad.

—No se lo cuentes a nadie —suplicó.

—Ni se me ocurriría, pero voy a ir a por la prueba. Me llevo el móvil, cualquier cosa, llámame.

—No podemos salir del resort, y Evelyn y Jude no pueden enterarse.

—Me las ingeniaré. Ahora, descansa.

Asintió, agarrándose a mi mano como si fuera un salvavidas. Me dolió que, una noticia que debería haberle generado tantísima felicidad, en ese momento le provocara incertidumbre.

Se quedó mirando el techo cuando salí.

CAPÍTULO 49



Saint Valentine Falls parecía anclado en el tiempo, y eso era lo que te golpeaba al volver.

Las casas rosas, con ventanales blancos y tejados rojos. Corazones por todas partes, haciendo referencia al amor, al igual que las farolas o las guirnaldas y, sobre todo, la fuente de Cupido en mitad de la plaza, sonriendo como si supiera algo que tú ignorarías toda la vida.

Evander se quedó mirándolo con la boca medio abierta.

—Wow, prima Nube no exageraba —dijo—. ¿Por qué todo es rosa?

—Porque aquí la gente cree en el amor.

—Ah, ¿y si no crees?

—Pues te aguantas —comentó mamá, acercándose a nuestras espaldas.

—Todo el mundo cree en el amor —la corrigió mi padre— porque todo el mundo ama a alguien. Por ejemplo, nosotros te queremos muchísimo a ti, campeón.

Le complació la respuesta de su abuelo y luego tiró de mi mano.

—¿Podemos ver al Cupido de cerca? ¿Esa es la fuente en la que te caíste con la prima Sky?

No me perdí la forma en que se miraron mis padres y no me quedó otro remedio que asentir.

Me agaché a su altura.

—Así es, podemos verlo, pero no vamos a beber o tirarnos a esa fuente.

—¿Por qué?

—Porque no hace calor suficiente, venga.

Evander frunció el ceño, como si no le gustara mi respuesta, pero me dejó pasar.

Fue agradable enseñarle el pueblo con mis padres. Comimos en el restaurante de tío Travis, nos recibió con un abrazo que casi me rompió una costilla, dándome las gracias por cuidar de su pequeña...

Si él supiera mi manera de cuidarla, ya me habría amputado los dedos con uno de sus cuchillos para despiezar terneros. El lago brillaba detrás, tranquilo, con esa forma de corazón que en el pueblo era religión.

—¡Mira, papá, la tirolina! —exclamó, señalándola—. Sky se ha tirado por ella.

—Y tu padre, y tus tías, y prácticamente toda la familia. Cuando seas un poco más mayor y la temperatura acompañe, tú también lo harás —aseveró tío Travis.

Pippa apareció con una caja del Cupi Dough y el niño se quedó clavado, mirando los churros como si hubiera descubierto el sentido de la vida.

—Skyler me pidió que, en cuanto te viera, te trajera una caja.

Mi hijo la abrió de manera reverencial.

—Sky dice que son los mejores del mundo —soltó Evander.

—Lo son, pero primero toca comer, estos los guardamos para el postre —comenté, apartándole la manita.

—Solo uno, papá, por favor.

—De postre —repetí.

Travis me miró con una ceja levantada y una sonrisa que me dieron ganas de borrar a mano.

—Cómo cambian las tornas cuando uno es padre, ¿eh?

Lo decía porque yo le daba muchísima guerra a mamá con los postres del restaurante antes de comer. Miré a mi hijo de soslayo.

—Solo uno, y tendrás que comer todo el plato después.

—Te lo juro, hazme una foto para Skyler.

Lo hice y, en cuanto le di a enviar, el corazón se me estrujó por dentro.

Mi hijo se integraba con una facilidad insultante, sobre todo, cuando tras la comilona fuimos a la casa de mis padres, y mamá junto con mis hermanas se pusieron a enseñarle a Evander, como marcaba la tradición Wallace, a tirar con arco en el jardín. Evander reía a carcajadas cuando las flechas salían disparadas por todas partes, aunque lo que más le gustó fue trepar a la casa del árbol y decir que era de su propiedad porque sus tías le dijeron que le pertenecía por herencia.

Seguía ahí, intacta, como si el tiempo tuviera miedo de tocarla.

Harper y Reese lo llevaban arriba y abajo como hice yo en su tiempo con Sky. Lo quisiera o no, era imposible pasar más de cinco minutos sin que ocurriera algo que me hiciera pensar en ella, sobre todo, porque en respuesta a la foto de Evander con el churro, ella había correspondido con una en bikini y montada en moto acuática, con la que iba a caer más de una paja.

Estaba demasiado buena como para ignorarla.

Papá salió al porche con un par de cervezas mientras yo contemplaba la estampa familiar con una punzada rara en el pecho. No era tristeza, no era alegría, era vértigo y ganas. Pero ¿de qué?

Mi hijo intentaba acertar al centro de la diana otra vez y mi madre lo animaba, dándole los mismos trucos que nos había enseñado a todos. Mi padre se apoyó en la barandilla, observando con esa calma de exjugador que ya había vivido todos los golpes.

Al principio no dijo nada; mientras, el viento soplaba entre las hojas que estaban perdiendo el verde para dar paso al inicio de los colores otoñales. El silencio no era incómodo, era un espacio para la reflexión personal.

Di un trago a mi botellín y por fin habló.

—Estás raro.

—Estoy cansado, esta temporada hay mucha presión y ser padre a tiempo completo, aunque tenga ayuda, me está llevando a tener un periodo de adaptación que no esperaba.

—No es eso.

Me giré un poco. Él no me miraba, tenía los ojos clavados al frente, como si esperara que soltara mi verdad sin que él la sostuviera con los ojos.

—Gané contra los Saints —dije, porque era lo más lógico que podía ofrecer.

—Eso es un resultado, no una respuesta.

Y entonces sí me miró; vi mi cara dentro de unos años y pensé: «ojalá tenga esas pequeñas arrugas de felicidad en el lateral de los ojos».

Tragué un sorbo. Me supo a madera y a cosas que no quería pensar.

—¿Qué quieres que te diga?

Papá exhaló despacio.

—Cuando volví aquí para recuperarme de mi lesión —empezó—, creí que mi vida se había acabado. El fútbol era todo lo que tenía y en lo único que podía pensar era en rehabilitarme lo antes posible para volver.

No lo interrumpí. Con mi padre había aprendido que las frases importantes llegaban con pausas.

—Y entonces me encontré con una nueva realidad desconocida para mí. Un hijo de quince años del que no sabía nada, con el que no había aprendido a ser padre, y la única mujer a la que siempre había querido de verdad.

Una sonrisa suave le tocó la boca, algo que no se veía en televisión cuando jugaba, pero que ahí existía.

—Cuando entendí lo que había aquí, la lesión dejó de importar, y también el fútbol en cierta medida, porque comprendí que erais todo lo que en ese instante necesitaba y no supe ver hasta que regresé. No me arrepiento ni un segundo del cambio que hice, de dejar de ser jugador profesional para tener una vida plena como padre junto a la mujer que sigo amando como el primer día —continuó—. Dejarlo no fue una tragedia, fue un paso hacia el después. La vida no termina cuando cuelgas las botas y el casco, simplemente empieza una nueva etapa que puede llegar a ser tan plena como la anterior.

Me tensé.

—¿Me estás diciendo que me retire?

Él negó.

—No he dicho eso —respondió—. Te estoy diciendo que los cambios asustan, aunque no tengan forma de tragedia. A veces llegan tras la muerte de un ser querido, otras tras una lesión compleja o con la llegada de un niño que ha permanecido demasiado tiempo alejado de su padre. —Los dos contemplamos a Evander—. La vida te da distintos desvíos y en tu mano está que ordenes cuál quieres coger o si deseas continuar en el mismo camino.

—¿Y cuál es el bueno?

—Eso es imposible saberlo, pero te diré una cosa: suele ser el que da más vértigo. Acomodarse es dejar de vivir aquello que llena de emoción tu camino.

Seguí con los ojos puestos en Evander. Estaba concentrado, lengua entre los dientes, intentando apuntar con la seriedad de un veterano. Su abuela lo animaba con una mezcla de orgullo y amenaza cariñosa.

La mano de papá cayó pesada sobre mi hombro.

—Puedes hacer con tu vida lo que desees, hijo, aquí no eres el *quarterback* estrella de los Cowboy, aquí eres Levi Carter —dijo Cole — y solo quiero que sepas que en Saint Valentine Falls tienes una familia, un hogar, y que siempre que lo necesites estará aquí, aguardándote con los brazos abiertos, tomes la decisión que tomes.

Noté algo apretándome por dentro. Me quedé callado porque, si abría la boca en ese momento, podía soltar cualquier cosa que no estaba preparado para escuchar saliendo de mis labios.

—Además, si algún día dejas el fútbol, seguro que se nos ocurre algo, ¿qué tal se te da hacer churros? —Me guiñó un ojo.

—De puta pena.

Solté una exhalación que casi fue una risa. Casi.

Esa noche, cuando todos se fueron a dormir, me quedé sentado un rato con el móvil en la mano. No llamé a nadie, no escribí a nadie. Solo miré la pantalla apagada, como si ahí estuviera la respuesta.

Pensé en Skyler.

En que estaba lejos, sonriendo para fotos, obedeciendo reglas y fingiendo que no existía nada fuera de ese mundo que era tan falso como un billete de seiscientos.

La imaginé en bikini bajo el sol, tostándose con la diminuta tela verde y se me tensó la mandíbula sin permiso al imaginarme ahí, deshaciéndole el lazo, fijándome en ese tatuaje torturador para hacerla mía de una maldita vez.

Estaba siendo territorial, ridículo y jodidamente real.

Me levanté, fui al cuarto del niño y lo miré dormir. Tenía una mano fuera de la manta y la cara tranquila. Me quedé ahí, quieto, con el pecho apretado.

Había ganado el partido. Debería sentirme enfocado y no lo estaba.

Algo estaba cambiando en mi vida y no era el *playbook* ni el hombro ni la prensa, ni siquiera mi hijo.

Era esa sensación de echar de menos a alguien que no debía importarme así.

Volví al porche, miré el pueblo rosa, el Cupido en la plaza a lo lejos y pensé que, si esa fuente funcionaba, yo estaba jodido desde antes de caer, y lo peor era que una parte de mí no quería salvarse, solo beber de esa mujer hasta los restos de mis días.

CAPÍTULO 50



El rancho Wallace olía a tierra húmeda, a heno recién movido y a esa mezcla de cuero y animal vivo que te metía los recuerdos por la nariz sin pedir permiso. Ahí todo era más simple. O eso parecía, porque debajo siempre estaba lo mismo: sangre, raíces y una familia que, si te quería, te quería a lo bruto.

Sunny caminaba junto a Minerva con la cuerda floja en la mano y esa calma profesional de quien no se impresionaba por nada. Minerva era una poni pequeña, testaruda, con orejas inquietas y un flequillo ridículo que a Evander le parecía la cosa más graciosa del planeta.

—No tires de la rienda, campeón —le decía Sunny, agachándose para quedar a su altura—. Piensa en tu respiración, suave, ella te nota.

Mi hijo asintió con una seriedad que en Dallas no le duraba ni diez segundos. Ahí, en cambio, estaba… presente, con el cuerpo dentro del momento y la cabeza llena de ilusiones.

Yo lo observaba desde la valla, con los antebrazos apoyados en la madera, el sol cayéndome en la nuca y una punzada incómoda bajo las costillas.

No debería estremecerme verlo feliz. Debería darme orgullo.

Pero me jodía que en Dallas su felicidad viniera por capas: horarios, *paparazzi*, salidas camuflado de Rayo Snake, un padre a horas. Ahí, en Saint Valentine Falls, era un crío sin más. Con barro en las botas y una risa que le salía fácil, como debería ser.

—Eso es —celebró Sunny cuando Minerva avanzó—. Muy bien. Ahora, si algo te da miedo, no lo escondas. Se lo dices a ella y respiras.

Evander soltó una risita.

—No me da miedo. Solo… no quiero caerme, además, no hablo el idioma de los caballos, no me entiende.

—Ya lo creo que sí, se llama instinto. —Sunny le guiñó un ojo—. Los caballos ayudan a eso, a decir lo que pasa dentro. Cuando todo parece ir demasiado rápido, ellos lo notan. Cuando te calmas, lo interpretan. Y eso te enseña a hacerlo de verdad.

Se enderezó y me miró por encima del hombro del pequeño, que vestía camisa de cuadros, vaqueros, botas y un sombrero heredado de la ropa que mi madre guardaba de cuando yo era crío. Evander se lo había puesto con orgullo porque había sido mío.

—Deberías traerlo más —dijo Sunny—. Le vendría bien para…, ya sabes, mejorar.

No hablaba de montar a caballo. Ella se especializaba en otra cosa. En terapia a través de animales, y con mi hijo parecía que funcionaba. Asentí.

Mi prima segunda me explicó que los niños procesaban el duelo con el cuerpo. Que, a veces, no sabían poner palabras y que, montando, podían soltar sin hablar. La conexión con el animal, la rutina, la sensación de control. Terapia sin tener que sentarlo en un sofá a mirarte con cara de «no me jodas más».

Evander levantó una mano, orgulloso.

—¡Mira, papá, soy un vaquero!

—Ya lo veo, campeón —murmuré.

—¡Hazme una foto para Sky, quiero que me vea!

Se echó a reír, agarrándose al pomo de la silla como si fuera el rey del mundo.

La escena era preciosa. Y era un puñetazo directo.

Porque mi hijo no necesitaba que yo fuera el *quarterback* estrella de los Cowboys. Le bastaba un rancho, un pueblo rosa, una fuente estúpida con un Cupido sonriendo y personas a las que llamar «familia».

Mientras que yo necesitaba que Skyler estuviera ahí, con él, con nosotros.

Y esa necesidad crecía dentro de mí como una mala idea que, cuanto más intentabas ignorar, más espacio ocupaba.

Evander no dejaba de nombrarla. Preguntaba si Skyler hacía esto o lo otro. Su nombre siempre en su boca.

En Dallas podía fingir, a ratos, que era una parte separada de mi vida. Aquí era imposible. Sky estaba en cada rincón sin estar. En la cuerda de la tirolina, en el churro que Pippa le había dado a Evander, en las historias que el tío Travis le contaba cuando mi hijo le sonsacaba qué hacía ella cuando se disfrazaba de niño.

El zumbido en el muslo me sacó del bucle.

Saqué el móvil.

Puto Dalton.

La vena del cuello me latió como si alguien la hubiera enchufado a un amplificador al ver su nombre.

No quería responder. El chaval era pesado de cojones y ni en la *Bye Week* me dejaba en paz.

Contesté o no pararía hasta lograrlo.

—¿Nadie te enseñó a respetar los periodos vacacionales? Sirven para desconectar de las moscas cojoneras como tú, por si no lo sabías.

La cámara se activó y lo primero que vi fue sol, piel demasiado bronceada y su sonrisa de anuncio. Si fuera una tía, igual suspiraba. Como no lo era, solo me dieron ganas de colgar.

—Capitán —canturreó—. ¿Qué tal tu viaje de abuelito? ¿Te estás arrugando al sol de Missouri tocando la armónica? Ponte protector, te veo más arrugas desde aquí.

—Te juro que, como no vayas al grano, atravieso la pantalla y te hago tragar tu propia lengua. ¿Qué cojones quieres? Y no me digas que preocuparte por mi piel.

Él se rio. Todo era parte de su entretenimiento.

—Qué carácter. Así te van a salir más canas, y no me refiero a esas que no echas, sino a las que te salen en la cabeza. Te llamo porque estoy trabajando, aunque no lo parezca.

—¿Trabajando? ¿De qué? ¿De actor porno?

—Podría, si alguna de esas preciosidades de ahí abajo quisiera… De momento, me hago fotos para una campaña de bañadores con Speedo. Con suerte, igual me los quitan con los dientes.

Noté el tirón en la sien.

—¿Qué quieres?

Ladeó la cabeza; niño bueno por fuera, hijo de puta por dentro.

—He firmado un contrato publicitario muy suculento. La campaña incluye un finde pagado en un resort de las Islas Vírgenes para la nueva línea de verano. Y no sabes a quién estoy viendo ahora mismo desde mi villa con vistas a la piscina…

«¿Las Islas Vírgenes? No. No es posible».

La garganta se me secó. El pulso me subió como cuando te quedaba un segundo para lanzar y sabías que el golpe venía y no había forma de frenarlo.

—St. Thomas es la puta hostia —continuó—. Te lo recomiendo para cuando te jubiles, y como siempre dices que somos un equipo, pues comparto contigo...

—Eso nunca va por ti.

—No te enfades, capi. Hay unas chicas de escándalo en la piscina. No sé cuál elegir para que me la chupe. Deja que las enfoque para enseñarte la que me ha llamado la atención. Creo que te va a gustar.

La cámara cambió de plano con una lentitud insultante. Hamacas blancas. Cuerpos dorados. DCC dispersas como parte del decorado, y en mitad del paraíso: Skyler.

Tumbada de lado, pierna flexionada, pelo recogido en un moño alto. Enfundada en un bikini blanco diminuto, ridículo, criminal. Hilos tensados donde no deberían estar.

No tapaba ni la dignidad. El aire se me quedó clavado.

—Hijo de puta…

—¿Te gusta? —Rio Valentino—. A mí me encanta. Creo que voy a elegirla a ella, o a la morena, aunque esa pelirroja tiene una boca que…

—¡Jodido cabrón, ni se te ocurra! —rugí, olvidándome del rancho, de Sunny, de mi hijo—. ¡No bajes a esa piscina! ¡No la mires! ¡No la toques! ¡No la pongas en un compromiso!

El *zoom* bajó despacio. Pecho. Abdomen. Cadera. La boca seca. La cabeza llena de recuerdos. La polla reaccionando sin permiso.

—¡Corta la llamada ahora mismo! ¡Corta! —Apreté el móvil hasta que me dolieron los dedos—. ¡Cómo te acerques, te reviento la boca!

—Qué agresivo y territorial —se burló—. ¿Quieres reclamarla después de lo de la terraza? ¿Es tu chica?

—¡Te juro que, como no pares de provocarme, voy allí solo para ahogarte con mis propias manos!

—Relájate. Se nota que lo estás pasando bien entre sementales… ¿Eso de ahí es un poni?

La cámara seguía bajando.

Vi rojo.

—¡Hijo de puta! ¡Te voy a matar!

Pasos sobre la grava. Una carcajada grave.

—Si sigues ladrando, vas a asustar a Minerva —dijo alguien a mi espalda.

Mount y River, los hermanos de Sunny, venían con varias cervezas. Una para mí.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Mount me tendió la extra, divertido—. Parece que vayas a convertirte en gárgola en cualquier momento.

—Nada.

River, su hermano mayor, que antes era *bull ryder* profesional y ahora se dedicaba a lanzar la carrera de otros a quienes echaba el ojo, patrocinándolos y entrenándolos, alzó una ceja.

—Tus gritos no han sonado a nada, primito. ¿Con quién hablas?

—Con alguien que quiere pasar a mejor vida antes de cumplir los veintitrés.

Mount me cazó el móvil.

—Quiero ver al asesinado en potencia.

Demasiado tarde, en lugar de la fea cara de mi cachorro, vio la de Skyler. La risa se le congeló.

—Hostias.

River se inclinó.

—¿Qué cojones hace Sky ahí?

—Aquí, Valentino Dalton, encantado de conoceros, aunque las vistas sean otras.

—¡Ese tío es hombre muerto como no deje de enfocarla!

Recuperé el móvil.

—Dalton —dije bajo—, o paras, o vas a tener problemas, y no solo conmigo. En este pueblo van con pistola.

La cámara regresó a su rostro y esa sonrisa de «me la pela».

—¿Has pedido refuerzos? La pantalla del iPhone es muy realista, pero, por fortuna, la asociación del rifle no ha logrado que pueda lanzar disparos, es a prueba de balas, capitán.

—Se están rifando varias papeletas, chaval, y te ha tocado la tómbola de los puñetazos —ladró River, cuya paciencia era peor que la mía; la única que lo domaba era su mujer, Lola.

Mount se acercó.

—Madre mía, ¿y tú de qué cielo te has escapado?

—Como te oiga Jim, al cielo subes a hostias —le cortó River.

—Encantado. —Rio Valentino—. Soy el fantasma del futuro de Carter, dicho de otro modo: el que lo jubilará.

River me dio un golpe en la espalda.

—¿Este no es al que le patearon el culo en el primer partido y desde entonces ha chupado banquillo?

—Ese mismo.

—¿Y calentando banqueta pretendes ligarte a nuestra otra prima segunda? —le preguntó Mount a cámara.

—No solo caliento banquetas…

Mount soltó una carcajada y a mí me entraron los siete males.

—Para jugar en la liga Wallace, aprende primero a que no se te escurra un balón, chaval —contraatacó River.

—He oído cosas peores, mi padre es militar. —Valentino no era de los que se amedrentaban—. Además, tengo un buen profesor particular y esa pelirroja me debe una cita.

—Por encima de mi cadáver —escupí.

—Ya he oído esa frase demasiadas veces, a tu cadáver le falta poco, ¿eres más de entierros o esparcimos tus cenizas por algún lado?

—Ni te acerques o te aseguro que mis cenizas te perseguirán y lograré que no se te levante en tu puñetera vida.

—Como no puedes echarlos, te conviertes en polvo y jodes el de los demás, ¿eh, capitán?

—Pero ¿qué dice este atolondrado? —Estaba acabando con la paciencia de River y con la mía.

—Dalton, haz el favor de irte de esa isla.

—Uy…, creo que falla la cobertura. No te preocupes, buscaré unos buenos matorrales que me camuflen.

Colgó.

La pantalla quedó negra.

—Me cago en su…

—Te has puesto como una tetera —dijo Mount divertido, dando un trago al botellín.

Su hermano no reía.

—¿De qué cojones va ese niñato? Es de los de «si te follo no me acuerdo». No queremos eso para nuestra Sky. Levi, tienes que irte a St. Thomas y partirle las pelotas.

—¿Qué? —Estaba desorientado.

—Que vayas. —Mount se encogió de hombros—. Que la protejas, pero no te lleves la escopeta.

—Está mi hijo.

River miró al corral.

—Nosotros nos ocupamos del chaval. Está en casa, tú ocúpate de que ese tío no toque lo que no le pertenece, esa Wallace no es suya.

Miré a Evander, feliz, trotando sobre el poni.

—¿Estáis seguros? —quise cerciorarme, porque el cuerpo y los puños me pedían actuar.

—Del todo —corroboró Mount.

—Vale.

No era duda, era decisión. Me alejé sin escuchar nada más.

Detrás, River le clavó un codazo a Mount que ni vi ni escuché, aunque sucedió.

—¿Y a ti qué te pasa?

—Te lo contaré en la próxima boda —dijo River con un alzamiento de comisuras labiales que pocas veces se veía en esos lares—. Levi

llevaba cara de monta y el puto Cupido de los cojones no perdona a nadie que cae en su fuente, ¿o no recuerdas lo que ocurrió en la boda de Travis y Pippa?

—Demasiado bien, creo que ha llegado la hora que todos esperábamos.

Yo no los oí, pero rieron con fuerza.

Solo pensaba en una hamaca blanca, en un bikini criminal y en un niñato jugando con algo que no era suyo. Skyler Wallace no era un juego y yo iba a recordárselo.

CAPÍTULO 51



El test solo vino a confirmar lo que su cuerpo llevaba días gritándole a pleno pulmón cada mañana, justo después de vomitar con una precisión que ni el reloj suizo de Jude. Aun así, cuando apareció el positivo, Kayla se quedó mirándolo como si hubiera salido solo para ella, parecía que fuera un mensaje privado de Dios.

—Estoy embarazada —susurró, llevándose una mano al pecho.

—Sí —murmuré, aguardando la emoción que sabía que estallaría como los fuegos artificiales del cuatro de julio de un momento a otro —. Bastante.

Rio y lloró al mismo tiempo, que era una habilidad que solo se desarrollaba cuando la vida te cambiaba el guion sin pedir permiso. Estaba agradecida, de verdad. Decía que era una bendición, que siempre había querido ser madre joven, que su marido se iba a morir de felicidad cuando se lo contara. Y, al minuto siguiente, se miraba las piernas, el vientre plano que ya no iba a serlo tanto y murmuraba que en unos meses no iba a entrarle el pantalón del uniforme.

—Me van a echar —decía entre risas y lágrimas—. No hoy ni mañana…, pero me van a echar.

—No te van a echar —le repetía yo, irónica—. Te van a «cuidar por la seguridad de la criatura», que suena mucho más bonito a «no queremos una *cheerleader* con barriga, aunque sea la Virgen María».

Eso era lo que más la aterraba: que la decisión de marcharse no fuera suya, sino que la obligaran a hacerlo escudándose en su salud, cuando estaba más que comprobado que, si el embarazo no era de riesgo, una embarazada podía seguir haciendo su vida con normalidad.

Por el momento tomábamos la decisión nosotras. Boca cerrada y nada de actividades que le removieran en exceso las tripas con el tema de las náuseas.

Hamaca, piscina, sombra y agua fría. Mucha.

Solo cumplimos con las sesiones fotográficas de rigor programadas por la organización y con la hoguera nocturna, ese momento de «supuesta hermandad» que yo ya había bautizado como «la hoguera de las confesiones» —o de las debilidades, según se mirara—.

Porque aquello no era terapia.

Se trataba de recolección.

Evelyn se sentaba con esa sonrisa de madre superiora, dulce y peligrosa a partes iguales, esperando cosechar pecados con hambre. Jude, a su lado, asentía despacio, observando, absorbiendo. Entre las dos parecían una especie de Wendigo moderno, una criatura mítica que se alimentaba de culpa y debilidad y que nunca se saciaba del todo.

—Paso de confesar —me dijo Kayla en voz baja—. Si lo hago, mi paso por las DCC habrá terminado antes de volver a Dallas.

Y tenía razón.

Cuando llegó mi turno —porque no podía pasar todas las noches callada—, solté una gilipollez.

—Yo lo que más temo son las depilaciones anales con láser. Nunca sé si van a darme con la pistola en todo el portal de Belén y va a salirme la burra interior. Una coz a la chica de las gafas de sol podría llegar a ser letal, con tantas patadas altas que damos.

Evelyn carraspeó, incómoda. Alguna se rio por lo bajo. Darah soltó algo así como que de mi boca no podía salir nada menos vulgar que aquello.

Mi hoguera de las confesiones había pasado a ser la de las depilaciones.

Kayla por poco se atragantó; por suerte, logró aguantar.

Cuando terminamos, regresamos a la villa.

Mi compañera extrañaba a su marido con una intensidad que dolía verla. Se moría de ganas de contárselo, pero quería hacerlo frente a frente, como en uno de esos vídeos lacrimógenos de militares que rulaban por TikTok y que resultaban peligrosamente adictivos; en cuanto veías uno, no podías parar, puro vicio.

Yo también extrañaba a mi *pack* de chicos más de lo que se consideraría sano, y parte de la culpa la tenía Saint Valentine Falls y su puto complot colectivo.

No paraban de llegarme fotos. No solo de mi familia, que también. Del pueblo entero, al parecer.

Lucía, la novia de mi prima segunda Sunny y socia de papá Travis en el Cupi Dough, me llenaba el móvil de instantáneas adorables: churros nuevos, chocolate espeso, especialidades del día y la cara de Evander *manchurreteada* hasta las orejas. Sonreía tanto que me dolían las mejillas solo de verlo en una pantalla.

Esa misma mañana, Sunny me había mandado una especialmente bonita del niño montando a caballo. Concentrado, con las mejillas enrojecidas, vestido de vaquero y feliz. Y la noche anterior recibí «esa».

La que me había torturado con sueños indebidos.

Fue tomada con mala leche y en La Guarida, la única taberna del pueblo donde la gente iba a divertirse sin postureo. El famoso trasero de Levi Carter ocupaba medio encuadre. En el otro medio se apreciaba que intentaba ganar una partida de billar, Carter contra Wallace, con esa concentración absurda que ponía para todo.

El plano era espectacular. Criminal, o a mí me inspiraba cometer un delito.

Por si no fuera suficiente, en una esquina asomaba una mano femenina que conocía a la perfección, con la clara intención de arrojarle un dardo directamente en la nalga.

Sí, esa foto la hizo la misma mujer del objeto punzante: su madre.

Si Jane supiera lo que ese culo despertaba en mí, no habría sido tan generosa.

Al día siguiente era viernes. Eso significaba que en dos días regresábamos a Dallas. Y, siendo sincera, me moría de ganas. Me estaba costando dormir una barbaridad. Hacía calor, estaba inquieta, tenía un runrún en el pecho que no se iba ni aunque cerrara los ojos con fuerza.

Kayla tampoco estaba del todo bien, así que cuando empezó a mostrar malestar justo antes de acostarnos, decidí acompañarla al médico del resort. Por suerte, tenían consulta de guardia; los ricos contaban con privilegios que los pobres no soñaríamos jamás. La atendieron rápido, la hidrataron con suero y, al saber que estaba embarazada, decidieron dejarla en observación por si se descompensaba o debían trasladarla al hospital.

—¿Quieres que me quede contigo? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Qué va. No va a ser nada. Lo hacen porque aquí una demanda es millonaria y se curan en salud. Será mejor que descanses. Estoy bien cuidada y mañana iré a la villa antes de que te despiertes y las demás se levanten.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. No me perdería ir a ver la zona de protección y recuperación de tortugas marinas por nada del mundo. Me hace especial ilusión.

—Vale. —Suspiré—. Pero cualquier cosa, me llamas.

—Sí, mami.

—Eso debería decírtelo yo a ti.

Le guiñé un ojo y salí.

Era pasada la medianoche. St. Thomas estaba precioso. La luna brillaba sobre el reflejo del agua, la brisa me agitaba el pelo y el calor ya no resultaba tan pegajoso. Decidí dar un paseo. Me gustaba la sensación de la arena bajo los pies, el sonido de las olas, la calma.

Me senté en la orilla y pensé en cómo sería estar en un lugar así con Levi. Aunque jamás sucedería. Estaba demasiado empeñado en que fuera de otro en lugar de suya.

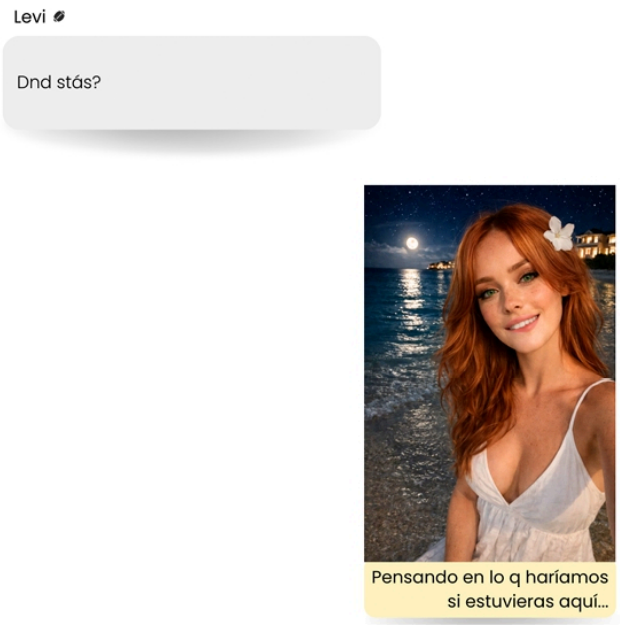
Mi móvil vibró.

Pensé que sería Kayla y por poco me pongo de pie.

Por suerte, miré la pantalla antes de hacerlo y el nombre resultó ser el de la persona en la que estaba pensando.

Sonreí como una tonta al leer el mensaje. Se notaba que no había caído en la diferencia horaria y que allí era dos horas antes.

Solo decía una cosa:



Decidí premiarlo con una imagen que esperaba le causara el mismo efecto que a mí me había provocado la del billar.

Estaba sola en la playa, justo frente a mi villa, así que aparté un poco el móvil para que no lo alcanzaran las olas y me dejé caer sobre la arena húmeda. Me tumbé despacio, estirando las piernas, permitiendo que el agua me rozara la piel y empapara parte del vestido, con ese frescor que te devolvía al cuerpo cuando la cabeza iba demasiado deprisa. Durante unos segundos, todo pareció quedarse en pausa. No hubo sonido de respuesta, nada.

Porque Levi era así. Una de cal y otra de arena. Nunca mejor dicho. Cerré los ojos solo un instante, lo justo para que mi mente me traicionara evocando su voz, grave, segura, pronunciando la frase que llevaba días deseando oír.

—Tú ganas. Hagámoslo.

CAPÍTULO 52



Era una jodida visión.

Me importaba una mierda haber salido de Darkwood Canyon a las diez de la mañana y que en ese momento pasara de largo la medianoche si la recompensa era Skyler tendida entre la espuma de las olas.

No aguantaba más. Había hecho todo lo posible por no sucumbir a la tentación; Dios lo sabía y mi polla también.

Tenía los ojos cerrados y esa sonrisa leve dibujada en la boca que me moría por borrar a besos.

Una de las olas subió más de la cuenta y la empapó por completo, convirtiendo aquel vestido de lino en una tortura visual. Ella abrió los ojos de golpe y un sonido áspero, casi agónico, me tronó en la garganta al ver cómo se le marcaban los pezones, cómo la tela húmeda se rendía y se amoldaba a su cuerpo pecaminoso.

—¿Levi? ¡¿Qué narices haces aquí?!

Parpadeé, tan incrédulo como decidido.

—¿A quién pensabas que le contestabas? —Di un paso hacia ella —. ¿No sería a Valentino?

Rio. De esa forma tan suya que me endurecía hasta el pensamiento.

—Eres idiota.

—Bastante —admití—, si tenemos en cuenta que he hecho miles de kilómetros para estar aquí, saltándome todas las putas normas.

Se balanceó un poco y dio un puntapié al agua, que me salpicó. Me importó bien poco porque esa noche pensaba acabar chorreando, y no precisamente de agua salada.

—¿Y a qué has venido? —jugueteó.

«Es ahora o nunca, Carter».

Estaba hasta las narices de ser el Levi correcto, así que mi parte Wallace —la que ella despertaba con cada gesto y cada mirada— tomó las riendas de la situación.

—A follarte y hacerte mía de una vez por todas.

Si mi respuesta la asustó, no dio muestras de ello. Sonrió, se agachó para coger el móvil y caminó directa hacia mí, sin titubeos, sin bajar la mirada.

—Ya era hora.

No le di tiempo a saltar sobre mis caderas como solía hacer. Esta vez la cargué al hombro.

—¿Qué haces?

—Llevarte a mi villa —dije—. Es de las más apartadas. No tenían otra y doy las zancadas más largas.

—¿Y si vamos a la mía, don prisas? —replicó—. Es justo la de enfrente y mi compañera pasará la noche fuera.

Por poco se me salieron las pelotas por la boca.

—¿Bromeas?

«No puedo tener tanta suerte».

—Jamás bromearía para acabar en la cama contigo. Llevo demasiado tiempo esperándote, Carter…

Ni siquiera quise plantearme lo mal que sonaba eso en mi cabeza.

Entré en tromba; aunque debería haber sido un puto caballero, estaba demasiado cachondo para intentarlo siquiera.

La bajé al suelo, y sin ningún tipo de delicadeza, el vestido voló y las bragas desaparecieron. La dejé desnuda. Solo con la flor en el pelo, blanca, intacta, como si se burlara de mí.

—Hostia puta, Sky… Necesito darme una ducha.

—No quiero que se te baje.

—Hoy no se me baja ni aunque quiera, y es para quitarme el sudor del viaje…

—Espera —dijo—. Antes quiero verte y desnudarte, es lo justo.

Contuve a mi bestia interior y dejé que lo hiciera a su ritmo. Cada segundo me excitaba más. Verla moverse como Dios la trajo al mundo, paseándose a mi alrededor mientras las yemas de sus dedos recorrían mi musculatura, desabrochando botones, exponiendo piel y entreteniéndose con la hebilla del cinturón, me hizo temer por mis muelas.

Cuando la camisa estuvo abierta por completo, hizo algo que casi consiguió que me corriese allí mismo. Pasó la lengua desde la goma del calzoncillo hasta el punto en el que latía ferozmente mi corazón.

—Me gusta tu sabor…

—Y a mí me gustas tú entera, joder.

Mi confesión la hizo sonreír de nuevo.

—Quiero lavarte…

—Si me tocas en esa puta ducha, no voy a aguantar ni medio segundo.

—Lo harás —replicó—. Estás acostumbrado a partidos de más de tres horas y yo soy una simple animadora.

—Cariño, tú no tienes nada de simple, y con las ganas que te tengo no duro ni tres segundos.

—Venga, Carter, no me seas blando y vamos a jugar…

No daba crédito a que ni un solo tío la hubiera tocado antes. A su actitud, a su cara, a lo buena que estaba y a lo bonita que era por dentro.

—¿Qué cojones les pasa a los tíos contigo? ¿Cómo es que no has hecho estas cosas antes?

—Porque yo elijo —dijo sin titubeos—. Y ninguno de ellos eras tú.

Lo soltó y se dio la vuelta para meterse en el baño.

Nunca me había quitado el resto de la ropa tan rápido. Miré a mi polla, dura como una condena.

—Por todos los polvos del infierno…, compórtate.

Pero resultaba que esas palabras habían sido mejor que una garganta profunda.

Cuando entré en la ducha, el agua ya caía desde el techo. Ninguno de los dos llevaba una sola prenda encima. Solo deseo. Hambre. Piel.

Le había dado tiempo a encender el hilo musical y *Wild Side* empezó a sonar para acompañarnos.

Sky se mordió la comisura del labio y yo me demoré en su imagen empapada mientras hacía espuma con la pastilla de jabón.

—Ven aquí, Levi…

Nunca había respirado tan hondo intentando serenarme. Conocía perfectamente lo que tenía entre manos, aunque ella no lo supiera todavía. Yo era su primera vez, su primer *touchdown*, y no iba a permitir nada que no rozara lo memorable.

Volví a dejar que marcara el ritmo. Que conociera mi cuerpo, que lo memorizara en un puto baile de palmas cremosas. Se movió a su antojo, recorriendo mi torso, el cuello, los hombros, la espalda y los costados mientras yo hacía un ejercicio de auténtica contención.

Bajó la mirada.

—Eres mucho más grande que cuando…

—No vuelvas a repetirme esa mierda.

—Bueno…, ahora no puedes enseñarme a hacer pis, pero sí quiero que me digas cómo te gusta que te toque. ¿Quieres hacerlo para mí como yo lo hice para ti?

—Ni de puta broma…

Sus manos volvieron a estar cubiertas de jabón mientras me repasaba.

—¿No? Vale. Me encanta ser autodidacta…

Antes de que pudiera reaccionar, sus manos me envolvieron la erección y cantó el *Aleluya*.

—¡Jesús!

—¿Has visto a Dios? —preguntó, moviéndolas arriba y abajo sin pudor.

—Más bien a una puta diosa —gruñí cuando descendió un poco más, abarcando mis pelotas—. Lo siento, preciosa. Tiempo muerto o acabamos el puto partido antes de tiempo.

La empujé contra las baldosas en un placaje directo para devorarle la boca como ansiaba desde hacía días. Cada vez nuestras lenguas se llevaban mejor. O quizá era yo el que estaba dejando de poner freno a lo que quería desde hacía demasiado tiempo.

Deslicé la mano entre nuestros cuerpos y me recibieron unos muslos abiertos y expectantes.

—Me encanta que te mojes, y no me refiero a la ducha.

—Y a mí que me toques —respondió con la respiración deshecha mientras mis dedos la preparaban.

—No quiero joderla contigo, Sky.

—No lo harás. Concédeme el deseo de que seas tú.

Avancé despacio y me topé con la resistencia que sabía que guardaba. Se retorcía, clavándome las uñas en los trapecios, mientras mi boca descendía para aferrarse a sus pechos con hambre contenida.

Los sonidos se escapaban sin freno de nuestras gargantas a la vez que la llevaba al límite. Necesitaba que lo estuviera, necesitaba que me recibiera así.

—Baja esa preciosa manita y acompáñame —le pedí—. Tócate, Sky. Mírame mientras lo haces, quiero que sepas de quién vas a ser esta noche.

Obedeció al segundo y, mientras trabajaba el interior de su vagina, que cada vez me daba mayor cabida, ella temblaba ante los estímulos recibidos. La quería anhelante.

Succioné con avaricia los pezones enrojecidos por el roce de mi barba. Los labios inferiores estaban tan inflamados como los de la boca y las paredes de su sexo se constreñían contra mis falanges derretidas.

—Levi, por favor, yo… yo…

—Shhh. Lo sé, cariño.

Volví a subir. Saqué los dedos de su interior y los llevé a su boca para que entendiera lo buena que estaba. En cuanto los rodeó con los labios, los cambié por mi lengua y la saqué de la ducha, dejando que subiera sus infinitas piernas en mi cintura. Me importaba una mierda si empapábamos la cama o el suelo; en ese momento eso era lo último que tenía en la cabeza.

La dejé caer sobre el colchón, separé sus muslos y me di un festín hasta hacerla temblar con más intensidad, hasta que se movía desesperada contra mi cara, buscando más. No dejé de explorarla con los dedos, con la boca y con los ojos hasta estar seguro de que

había alcanzado el punto de no retorno. Solo entonces me aparté, cogí el condón con rapidez, me lo enfundé y volví a la cama con ella.

Sus piernas me rodearon al instante, como si tuviera miedo de que pudiera esfumarme. Balanceé las caderas contra su clítoris sin dejar de besarla.

—No puedo… no puedo… —jadeó, rota.

—Solo un poco más —le murmuré—. Tendrías que verte con mis ojos. Tan bonita, tan perfecta, tan caliente, tan deseable, tan…

Callé.

—Tuya, dilo.

Y en cuanto lo pronunció, supe que ya no había vuelta atrás.

—Mía.

Solo entonces llevé el glande a la entrada y empujé despacio, obligándome a contener las ganas para que se acostumbrara a mi tamaño, aunque fuera una maldita tortura.

—Quiero ser tuya, aunque tú no lo hayas querido nunca...

Cogió una de mis muñecas y la llevó hasta su tatuaje. Ese gesto, simple y cargado de intención, fue suficiente para desatar algo todavía más posesivo y feroz dentro de mí.

—Fóllame, Levi Carter, quiero que seas tú.

Quise darle más margen, de verdad que quise, pero sus palabras, su tono, la urgencia y el movimiento ascendente de su cuerpo hicieron que me enterrara por completo.

Me encajé con firmeza. Sentí cómo cedía, cómo se abría y me daba paso, convirtiéndose en parte de mí con un grito que rebotó en el techo. Me quedé muy quieto al ver su expresión sorprendida, los ojos brillantes.

La había fastidiado, estaba seguro.

—Mierda…, soy un animal —susurré, pasando el pulgar por la lágrima que se le escapaba—. Lo siento, ¿estás bien?

Ella sonrió de un modo luminoso.

—No lo sientas —respondió—. Mis lágrimas son de felicidad. Contigo me siento completa.

Buscó mi boca y nos besamos, no solo con los labios, sino con algo mucho más profundo que ninguno de los dos se atrevía a pronunciar.

Empecé a moverme solo cuando estuve seguro de que el dolor inicial había quedado atrás. La cadencia pasó de lenta a casi salvaje cuando Skyler exigió un ritmo mayor, también quería profundidad, fuerza.

—No voy a querer que dejes de follarme jamás —confesó sin filtro —. Házmelo duro…

—Pero…

—Sin peros… Dios, necesito más…

En ese momento el que estaba al límite era yo. No iba a aguantar mucho viéndola tan entregada. Era demasiado estrecha, demasiado húmeda, una jodida delicia cargada de exigencia.

El sudor se mezclaba con la humedad que aún nos envolvía desde la ducha.

—Creo que sé lo que necesitas, pequeña —murmuré—. Dime si algo de lo que haga te molesta.

Subí sus piernas hasta mis hombros. Jadeó con violencia cuando la acometida llegó donde pocas mujeres resistían. Atrapé sus dedos, los llevé a mi boca, los humedecí y guie su mano hasta el nudo de nervios.

—Date placer mientras te hago jodidamente mía.

No necesitó más. Sus yemas siguieron el mismo ritmo atronador que mis embestidas, el entrechocar de nuestra carne era hipnótico.

Noté el instante exacto en que comenzó a cerrarse, a latir alrededor de mi polla, hasta que gritó mi nombre, vaciando los pulmones. Apenas necesité cinco movimientos más antes de descargar por completo.

Dudaba mucho de que las vírgenes follaran así su primera vez, tampoco era que hubiera estado con muchas, así que cuando fuéramos a por la segunda —porque íbamos a volver a hacerlo—, que Dios nos cogiera confesados.

Como asomara el pico el espíritu santo de Dalton, iba a retorcerle el pescuezo hasta hacerlo renacer sin paloma blanca y sin plumas.

Bajé las pantorrillas con cuidado, y sin salir todavía de su interior, me permití el lujo de respirar por los dos y quedarme allí, anclado, pasando la nariz por su cuello.

Su aroma mezclado con el del sexo debería ser embotellado.

Besó el punto exacto donde mi corazón amenazaba con abrirme el pecho.

—¿Levi?

—¿Ajá?

—Creo que me gusta mucho follar. —Bendito fuera el Señor. Se me escapó una risa ronca—. ¿Siempre es así?

La idea absurda de que en ese instante quisiera convertirse en una folladora compulsiva me sacudió por dentro. No por nada…, sino porque no soportaba imaginarla con nadie que no fuera yo. Y eso era un problema.

—Te aseguro que con Dalton no lo sería.

—Mmm… ¿Lo sabes porque te lo has tirado?

La giré contra el colchón y la miré con el ceño fruncido.

—No, ¿por quién me has tomado? Tengo mejor gusto, ¿o no te has fijado en la pelirroja que me he tirado? Además, tú tampoco lo vas a hacer.

—¿Y si resulta que hacerlo con él me gusta?

Me estaba provocando y funcionaba de la hostia.

—Hay cosas que no son necesarias que se prueben para saber que son asquerosas, como comer mierda.

Ella rio suave.

—Papá Travis se la tragó camuflada en un pastel.

Puse los ojos en blanco porque era cierto. Otra de esas historias familiares que era mejor no remover.

—Y por eso doy fe. Muchas tías hablan mal de Dalton.

A ver, ninguna me lo había dicho directamente, pero con lo bocachancla que era, alguna insatisfecha habría dejado por el camino.

—Entonces…, ¿qué voy a hacer a partir de ahora si quiero más?

—De momento, pequeña ninfómana en potencia…, tienes a un profesor particular. Después, ya veremos.

—¿Piensas que podrás con más carga física de la que ya llevas? —preguntó divertida.

—No te haces una idea de lo que soy capaz de hacer con la motivación adecuada.

Mi cuerpo ya celebraba el triunfo en la *Superfoll* antes incluso de que yo pudiera pararlo.

—Y… ¿cuánto tardas en remontar? —insistió, pícara.

«¡La hostia! ¡He creado una monstrua y no de las galletas, esta prefiere que le coma las tetas!».

—Dame unos minutos, cariño, y vamos a por el segundo cuarto. Mientras tanto, deja que haga una de las cosas que más me gustan.

—¿Ver cómo me toco? —Su dedo serpenteó por mi pecho.

—Eso también, pero ahora toca una clase de rodeo, ¿no decías que te gustaba montar?

Me tumbé en la cama y flexioné el dedo para que se subiera a mi cara.

—Sube y galopa, pequeña. Voy a llenar tu noche de estrellas.

Y en tres segundos tenía el cielo entero en mi boca.

CAPÍTULO 53



Me desperté con esa sensación placentera y peligrosísima de no saber en qué día vivía, ni dónde estaba ni por qué me dolía absolutamente todo… en el buen sentido. El muy buen sentido. El de «me han pasado cosas y no hay *visionboard* que me prepare para esto».

Calor.

Sábanas revueltas, como si alguien hubiera intentado huir de ellas y hubiese fracasado de forma miserable.

Un cuerpo enorme cruzado a mi lado, pesado, masculino, peligrosamente real. Mi pierna sobre la suya. Un brazo rodeándome la cintura como si contemplara la posibilidad de que yo me evaporara.

«Ni de puta broma, vamos. Con lo a gustito que estoy».

Y entonces, lo vi.

Un culo. Redondo. Perfecto. Muy desnudo. Y con la marca de mis dientes en él.

No sabía en qué momento exacto de la noche sucedió, pero sí recordaba el mordisco, su gruñido y mi succión. Puede que Levi no llevara un tatuaje como el mío, pero tenía mi marca y se la iba a refrescar muy a menudo.

Parpadeé una vez. Parpadeé dos. El culo seguía ahí y mi sonrisa de boba también.

No era una alucinación postorgásmica ni el espíritu de Cupido vengándose de mí.

La ropa estaba desperdigada por el suelo y la papelera cargadita de restos orgánicos.

—Skyler, ¿sigues durmiendo?

La pregunta me pilló por sorpresa, sobre todo, porque no fue formulada por un hombre. A no ser que mi compañero de cama hubiera adquirido durante la noche una habilidad pasmosa de ventriloquía para imitar la voz de mi compañera.

La voz de Kayla me atravesó el cerebro como un misil tierra-aire, sin previo aviso y sin misericordia.

Sobre todo, cuando la puerta se abrió.

Y supe de inmediato el plano que se estaba llevando de regalo.

—¿Sky? ¿No dijiste anoche que te habían hecho el láser hasta en el ojete? ¿Y desde cuándo tienes cuatro piernas en lugar de dos?

Me incorporé de golpe.

—¡¿Qué narices…?!

Solté un gritito de los de «ay, madre; ay, madre; ¡ay, madre!». Tanto orgasmo me había fundido la placa base.

El movimiento hizo que el culo se tensara. El culo respiró —no, no fue un pedo—. El culo se movió y el hombre se dio la vuelta en todo su glorioso esplendor matutino.

—¡Por Dios!

Kayla estaba plantada en mitad de la habitación, bolso colgado del hombro, una mano en la cadera y esa expresión suya tan concreta, suspendida entre el *shock*, la incredulidad y el deseo irrefrenable de cotillear hasta quedarse a gusto.

—Está claro que, donde hay pelo, hay alegría. —Señaló la cama con dos dedos—. Sobre todo, cuando se trata de un espécimen como ese, porque tu amigo dudo mucho que sea una DCC.

Mi cerebro intentó procesar la frase mientras el universo decidía rematarme.

El cuerpo a mi lado se movió.

—¡Hostia puta!

Sus manazas cubrieron de golpe la oleada de «buenos días» que se alzaba en su entrepierna.

—¡Ay, Dios! —fue lo único que atiné a decir mientras buscaba la sábana a tientas.

Puro instinto de supervivencia porque Kay me había visto más veces en bolas, en la ducha, que Levi en toda esa noche.

Nos giramos los dos a la vez, como si el cosmos hubiera decidido castigarnos por coordinación excesiva.

Él me miró, después a Kayla y volvió a mirarme.

Yo lo miré a él, a mi amiga y otra vez a él. Y me premió con un tirón de sábana.

—¡Es mía! —grité, tirando con fuerza.

—¡Cúbreme, joder! —bramó él, arrasando en sentido contrario.

Lo hicimos los dos a la vez; la sábana perdió. Se oyó el chasquido de desgarro. «Menuda calidad…».

Levi acabó con una mano tapándose lo imprescindible y la otra buscando con desesperación algo —lo que fuera— para no aparecer desnudo en una hipotética investigación interna de las DCC. Agarró la almohada y se la plantó delante en plan escudo romano a punto de entrar en combate, aunque la lanza la llevara por detrás.

Kayla parpadeó.

—Confieso que el espectáculo ha estado entretenido, pero… —Entrecerró los ojos—. ¿Tú no eres…?

Silencio.

—Este es…

Más silencio. Mis neuronas procesando a la desesperada.

—Ay, Dios.

Se llevó una mano al pecho, como si acabara de descubrir que el Apocalipsis había empezado sin avisar.

—¿Esto es un efecto secundario del embarazo o es que el *quarterback* de los Cowboys tiene un hermano gemelo perdido y tú has dado con él en el resort?

—Yo… —empecé.

—Ella… —dijo Levi al mismo tiempo.

Y ante el desconcierto general, él ganó.

—Tú debes de ser Kayla, ¿no? —dijo de pronto, con la voz ronca y la dignidad colgándole de un hilo.

Ella parpadeó otra vez.

—¿Me conoces? Porque, desde luego, yo a ti no.

—Bueno… —Se aclaró la garganta—. Tú conoces a mi hijo. Pasó la otra noche en tu piso. Te estrecharía la mano o algo, pero no creo que sea el momento más adecuado.

«Ay, madre. ¿Por qué no ha seguido con la teoría del doble santomasiano? O como quiera que sea el gentilicio de los habitantes de este sitio».

Kayla giró la cabeza muy despacio hacia mí.

—No. Me. Jodas.

Abrí la boca. La cerré. Intenté respirar. Me fallaba el aire.

—¿Este es tu primo el enterrador? —continuó—. ¡Pero si no tiene pinta de *latin king*! Más bien de… —lo recorrió de arriba abajo sin pudor—… montador de caballos. O de yeguas, visto el éxito.

Levi gruñó algo ininteligible detrás de la almohada. Sonó a amenaza lejana.

Mi amiga chasqueó los dedos. Podía tener las capacidades cognitivas algo mermadas por las hormonas, pero no tanto.

—Un momento…

Sus ojos se agrandaron.

—¿No nos dijeron en el campamento que Cole Carter era de Missouri?

Y acababa de cantar bingo.

Tragué saliva.

—Tú también eres de Missouri —hiló.

Lo único que pude hacer fue mover la cabeza.

—Su ex falleció y se quedó a cargo de su hijo… ¡Ay, la virgen!

La hostia me la estaba llevando yo. O me la iba a llevar. Y virgen fui hasta la noche anterior; en ese momento iría derechita al infierno por pecadora.

Me contempló como si acabara de descubrir América, pero con menos entusiasmo y muchas más ganas de matarme.

—¡Que tu primo no entierra muertos! —sentenció—. ¡Entierra jugadores de fútbol americano! ¡Y se entierra en ti!

—Kay…

—Y a nosotras nos mete bajo tierra como nos pille Evelyn —siguió —. ¿Verdad?

La vergüenza me cayó encima como un jarro de agua fría.

—Lo siento —solté de golpe—. No quería ponerte en un compromiso, pero es que Nova falleció sin avisar, él necesitaba una canguro a tiempo completo, yo un curro y…

—Y alguien que le calentara la cama y le ayudara a pasar el duelo de forma divertida, ¿no? —remató ella sin piedad.

—¡No! Eso ha sido ahora… Bueno…, quizá antes hubo tocamientos…, pero nada serio…

Kayla cruzó los brazos.

Levi mantenía la boca cerrada y nos miraba como si estuviera en mitad de un partido de tenis.

—Entonces, recapitulando… —musitó pensativa.

Inspiré hondo. Venía sentencia.

—Vives con tu primo —enumeró—, que no trabaja en ninguna funeraria. Cuidas a su hijo, que ya te digo yo que de Rayo Snake tiene poco. Y mantenéis una «relación incestuosa» —hizo comillas en el aire— que, por si fuera poco, tienes prohibida por contrato por ser una DCC y él un jugador de los Cowboys. ¿Me dejo algo?

—Por favor, Kay —le supliqué—. No me odies.

Alzó las cejas como si acabara de decir la mayor estupidez del planeta.

—¿Yo? ¿Por qué debería hacerlo? ¿Por no contarme una puñetera verdad en todo este tiempo?

—Es que no quería que te afectara…

—Sky —dijo más suave—, me afecta porque me importas, porque las amigas se cuentan este tipo de cosas y se cubren las espaldas.

—Yo mejor me voy vistiendo… y os dejo para que aclaréis las cosas. —Levi se levantó de la cama y fue recogiendo su ropa como quien cosechaba mazorcas—. Un placer, Kayla. Y… gracias por lo del otro día, Rayo Snake habla maravillas de ti.

Ella hizo rodar los ojos.

Se dio la vuelta para tirarme la almohada a la cara, justo frente a la puerta del baño, y nos regaló la visión de su precioso tributo a la luna llena antes de encerrarse.

En cuanto se oyó el clic, Kay suspiró.

—Creo que en pelotas todavía está mejor. —Solté un sonido de bochorno absoluto y me dejé caer en el colchón—. Y que conste que

sigo cabreada porque tengo un papel en tu serie personal de Netflix y no me has invitado al estreno.

Y justo entonces, porque el universo tenía un sentido del humor digno de estudio clínico, se oyeron voces desde fuera de la villa.

A las dos se nos pusieron las orejas en modo *rottweiler*.

—¿Has oído eso? —preguntó alterada.

Desde el exterior, clara como una sentencia judicial, se oyó la voz de Darah:

—¡Le digo que escuché gemidos, señora! ¡Y vi a un hombre entrando en la villa! Juraría que cargaba en su hombro a Skyler Wallace.

«Puta arpía». Se me heló la sangre.

Kayla me miró. Yo la miré.

Estaba visto que ese día era el campeonato anual de anclaje de pupilas.

—La buena noticia es que no te odio y que incluso puedo entenderte un poco.

—¿La mala?

—Que no pinta bien. Vístete. Vamos a tener que mentir como si nos fuera la vida en ello. Además —añadió en voz baja, señalando el baño mientras yo me ponía en pie en busca de una camiseta a modo de camisón—, hay un hombre medio en bolas ahí dentro y las dos sabemos que, como descubran que es el *quarterback* estrella, podemos ir olvidándonos de nuestros uniformes.

Kay dio un salto en su cama para desordenarla.

Llamaron a la puerta.

Tres golpes secos. Autoritarios.

Me puse la camiseta como pude, sin comprobar siquiera si estaba del derecho o del revés.

—Ya voy —canturreó Kayla, inexplicablemente tranquila. Cómo se notaba que era la esposa de un marine.

«Tú también puedes hacerlo, Wallace», me animé.

Cuando abrió, entraron Evelyn y Darah en modo inspección de cuartel.

La directora, con esa calma peligrosa de las mujeres que mandaban sin levantar la voz.

Darah, con la nariz arrugada y los ojos brillándole de triunfo.

Evelyn dio dos pasos dentro. Observó el caos: mi ropa por el suelo, las sábanas revueltas…

Alzó una ceja.

—Vaya.

Darah aspiró el aire con exageración.

—Apesta a sexo… y a hombre.

—¿Ahora eres un sabueso? —Bastante perra sí que era—. Deja que te diga que tienes el olfato atrofiado. ¿Tú de qué vas? —salté—. Es mi desodorante. Los de tío son los que aguantan más.

—Seguro… Yo no soy la que se trae a extraños a la villa y se salta las normas —replicó encantada.

Kayla dio un paso al frente.

—Sky no se ha saltado nada.

Evelyn ladeó la cabeza.

—Ah, ¿no?

Avanzó un poco más, abrió el armario, miró bajo la cama y, por último…

La papelera, y entonces, los vio.

Los envoltorios, los condones usados. Cuatro. Brillando como pruebas forenses.

Mi cerebro entró en pánico absoluto.

«Piensa, Skyler».

«¿Guerra de globos de agua?».

«¿Un reto estúpido de TikTok?».

«¿Manualidades marinas para pescar peces con profilácticos?».

—¿De quién son esos condones? —preguntó Evelyn sin levantar la voz—. ¿Y con quién los has usado?

Me señaló directamente.

—Yo lo explicaré —saltó Kayla—. Anoche sí estuvo un hombre aquí.

«Mierda. Estoy vendida».

—Yo se lo explicaré, señora —intervine con cara de culpabilidad.

—No hace falta, lo haré yo. —Kayla al ataque—. Fue… —Cerré los ojos—. Mi marido.

—¿Tu marido? —repitió Evelyn, incrédula.

—Imposible. Yo vi al tipo cargar a Skyler. Llevaba su vestido…

—Porque ella me lo prestó. Me dieron una sorpresa entre los dos. Y todas sabemos que, de lejos y a oscuras, te falla la vista porque no quieres ponerte gafas.

—¡No las necesito!

Darah fue directa al baño. Abrió la puerta.

Mi corazón dio un brinco.

Vacío.

Seguro que Levi había salido por la ventana porque en el techo, rollo Spiderman, no estaba.

El aire volvió a mis pulmones.

—Se fue a primera hora —añadió Kayla sin titubear—. Asumiré el castigo por haberlo invitado, pero estamos casados y se encontraba tocando puerto aquí al lado. Necesitaba verlo y… aprovechar. —Miró de reojo a la papelera.

Evelyn suspiró.

—Las normas son claras. Habrá consecuencias. La *Bye Week* no es una luna de miel improvisada, sino un acto de hermandad. Y tú también recibirás un castigo por encubridora.

—Sí, señora —respondimos a la vez.

Cuando se fueron, el silencio fue atronador.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunté.

—Porque somos amigas —respondió Kayla—, aunque hayas hecho que me plantee seriamente si lo éramos. Y porque estoy embarazada. Aquí la que tiene los días contados soy yo. Además, tú me has cubierto con eso y te has portado genial cuidando de mí.

No pude evitarlo. La abracé. Ella me devolvió el gesto.

Sonrió.

—Eso sí, ahora me lo cuentas todo. Con pelos y señales.

—Estoy de acuerdo, pero tendrá que ser después de que me duche y mientras nos vestimos para ir a ver las tortugas. Por cierto, ¿cómo estás?

—Lo suficientemente bien como para ser toda oídos.

La *Bye Week* acababa de convertirse en una guerra abierta con Darah, un episodio de telenovela…, y lo peor de todo era que me moría por ver cómo seguía.

CAPÍTULO 54



Cada vez que Sky y yo recordábamos cómo escapé por aquella mini ventana en St. Thomas, nos descojonábamos de la risa, aunque, si era sincero, creía que fue el cague monumental de enfrentarme a la señora Gracewood lo que me obligó a dislocarme medio cuerpo para poder salir. No fue valentía, sino supervivencia pura.

Murphy debía de haberse levantado torcido tras la mejor puta noche de mi vida, porque justo después de dejarme media dignidad en aquella fuga vergonzosa, me topé de frente con el peor de mis males: Valentino Dalton.

Pantalón corto. Camiseta empapada. Auriculares colgándole del cuello y esa sonrisa de cabrón feliz, de quien había salido a hacer *footing* mientras el resto del mundo cometía errores vitales. Yo, vestido de vaquero, escondido entre unos setos, intentando respirar sin que se me notara demasiado que acababa de saltar y escabullirme de un modo muy poco glamuroso.

—¡Pero ¿qué ven mis ojos?! —me soltó sin frenar—. Tu predilección por la decoración vegetal hace que me plantee si en otra vida fuiste un ficus, uno bastante grande, por cierto. No pensaba que una de mis videollamadas tuviera tanto peso como para hacerte venir a por mí, capi. ¿Sentiste celos de que otra belleza pudiera conquistarme? ¿Dónde has dejado el corcel y mis flores?

Apreté la mandíbula.

—Será mejor que te apartes de mi camino si no quieres que convierta tu trasero en un jarrón, y te aseguro que no le metería flores…, más bien la punta de mi bota.

—Siempre supe que eras de emociones fuertes, capitán.

Di un paso hacia él.

—Aparta —le advertí, empujándolo con el hombro—. No estoy de humor para tus gilipolleces… ni para que te acerques a Skyler. Bórrala de tu lista de contactos y hasta de la del supermercado. El médico ha determinado que es nociva para tu salud. Mis puños también.

Valentino levantó las manos en señal de rendición, sin perder la sonrisa.

—Tranquilo, Carter. Solo estaba quemando algunas calorías para mi sesión en bañador, aunque, por las pintas que me traes, el método que tú has empleado es mucho más interesante. —Se giró y retomó el trote—. Buena elección de matorrales… y de compañía.

Se alejó silbando, dejándome con el pulso alto y la certeza de que no tenía ni idea de por dónde cojones iba a saltarme Dalton.

Había pasado casi un mes desde que me subí al avión. Veintisiete días exactos desde que decidí cruzar el océano… y una línea de no retorno, porque probar el cuerpo y la resistencia sexual de Sky había sido justo eso: un no parar de follar.

Me repetí que todo era logística. Protección. Cabeza fría.

Que mantener a los buitres —Dalton el primero— lejos de mi suculento trozo de carne era lo responsable. Y que, desde luego, lo quería solo para mí.

Eso sí, tuve que recluirme en el resort para que la zorra de Darah no intuyera mi presencia y, por supuesto, advertí a Valentino, por segunda vez, a través de un mensaje que ni la oliera. No podíamos joder a Skyler ni a Kayla. No era responsable, no necesitábamos más ruido alrededor, ni miradas ni problemas añadidos.

En el fondo, lo que buscaba era que no la acechara ni un poco. Aunque eso, el muy cabrón, ya se lo imaginaba tras nuestro encuentro fortuito.

Cuando llamé a mi madre para decirle que compraría un billete para que Sky fuera a recoger a Evander la siguiente semana y así

tener siete días de margen para cubrir el partido que ambos teníamos en casa, me respondió que no hacía falta. Que el niño le había pedido expresamente quedarse más tiempo porque se lo estaba pasando de miedo en el pueblo y que, si no me parecía mal, preferían quedárselo hasta Acción de Gracias; así aprovecharían, vendrían en masa al partido y harían una fiesta en el ático.

La idea era jodidamente tentadora. No tendría solo una semana para gozarla a lo bestia, dispondría de un mes entero.

¿Me hacía eso un mal padre? Probablemente.

Sentí miedo.

—Mamá, no creo que sea lo mejor… Evander querrá estar en el piso y…

—¡Yo quiero quedarme! —se escuchó de fondo su voz aguda.

Correteó hasta ponerse a su lado y salir en pantalla.

—Porfa, papi. Quiero vacaciones con la abu, mis tías y Sunny. Quiero montar en poni, jugar en la cabaña del árbol, que se me dé mejor disparar con las flechas y comer toneladas de churros.

Mi padre rio a sus espaldas ante tanto entusiasmo infantil e intercedió.

—Hijo, ¿por qué no nos dejas ejercer unas semanas de abuelos? Nos encantaría consentirlo un poco. Además, está encantado y tenemos Wallace-Carter suficientes como para turnarnos con él. Así, Sky y tú podéis…

—Centraros en lo vuestro —interrumpió mi madre con un tono que me hizo dudar de a qué se refería. Mi padre la miró de soslayo y le tomó el relevo.

—Tú tienes mucha presión con los entrenos y ella con los ensayos. El partido de Acción de Gracias es importante, y también su actuación. Así no tendréis que hacer malabares y el niño estará protegido de la prensa.

—¡Sí, papi, por favor! Hazles caso, tú siempre dices que hay que obedecer a los mayores y ellos son más grandes que tú.

Mis hermanas se unieron al asalto.

—¡Porfi, Levi! Queremos que se quede e ir todos a Dallas para ver el partido y celebrar Acción de Gracias en el ático.

—Así que se trata de eso, par de granujas…

Ellas rieron encantadas y yo terminé aceptando. Al fin y al cabo, ¿quién podía resistirse a tener a Skyler desnuda, durmiendo y follando en mi cama? Y en la encimera… Joder, necesitaba tirármela ahí con la sudadera puesta.

—Muy bien, mi hijo es todo vuestro —cedí—, pero quiero videollamadas, fotos y… campeón… —llamé a mi hijo.

—¿Sí, papi?

—Que no me entere yo de que te conviertes en un terrorista como tu abuela.

—Tranquilo. —Suspiró mi padre—. Los mantendré controlados.

La llamada se cortó y me llené de algo parecido a la nostalgia.

Me tocaba reconocer que fui capaz de sustituirla pronto. Mi vuelo llegó un par de horas después que el de mi inquilina. En cuanto puse los pies en el ático, se disiparon todas mis dudas al ver el recibimiento.

Sky sentada sobre la barra de la cocina, enfundada en mi sudadera, sin bragas y deseosa de recibirme entre sus muslos.

—Bienvenido a casa, capi…

—Si vas a recibirme siempre así, no voy a parar de entrar y salir del piso…

Ella rio.

—Pensaba que no querías verme más con esta sudadera…

—Eso era porque no podía follarte con ella puesta —murmuré—. Ahora que puedo, no quiero que te la quites.

No perdí el tiempo, me bajé los pantalones y la premié con una acometida directa, como había descubierto que le gustaba.

—Házmelo duro, Carter.

—Sí, princesa.

El temor a no ser un buen padre mutó a otro muy distinto: a lo fácil que me resultaba habituarme a ella; a lo rápido que mi cuerpo se relajaba cuando estaba cerca; a lo sencillo que era olvidarme de todo lo demás cuando Skyler Wallace me miraba como si no fuera el *quarterback* titular de los Cowboys, sino solo un tipo cansado al que le dolían el hombro, el alma y la polla.

El fútbol volvió a ocupar gran parte de mi tiempo: alarmas a las cinco, entrenos de madrugada con Dalton —que mejoraba a un

ritmo sorprendente— y cafés demasiado cargados. El cuerpo reaprendiendo el idioma del dolor: el hombro tirante, la espalda rígida, las manos tardando más en entrar en calor. El calendario avanzaba sin preguntar y yo me agarraba a la rutina como a un salvavidas.

Ganar ayudaba.

27-16 en casa contra los Commanders en el partido de vuelta.

Perder pesaba.

17-23 contra los Packers, fuera.

Green Bay fue frío antes de tiempo. De ese que se metía en los dedos y te recordaba cada error. Perdimos. El vuelo de vuelta fue largo y silencioso, con la frustración clavada entre las costillas, además de la mirada mosqueada del entrenador.

Por fortuna, ella me estaba esperando. No preguntó por estadísticas. No analizó el partido.

Solo estaba ahí, descalza, con esa sudadera que compartíamos. Me rodeó con los brazos y dijo:

—Ven, sé lo que te hace falta.

Eso fue todo.

Me llevó a la cocina, me ofreció una copa de vino y, de un salto, se subió a la encimera. Mi puto sueño cumplido.

El hombro protestó cuando le cogí la cara para besarla, la espalda también, pero su mano colándose bajo mi ropa para recorrerme la piel fue una orden directa al sistema nervioso: baja el volumen.

—No ha sido tu culpa —susurró.

—Siempre lo es.

—Pues hoy no.

Se puso a frotarme la polla y, con la mano libre, buscó la mía para mostrarme el premio que me esperaba: su coño dispuesto, muy mojado, como a mí me gustaba.

Rugí. Me la follé allí mismo, a lo bruto, sin necesidad de preliminares porque ya los había ejercido por mí.

Sky tenía la capacidad de adelantarse a cualquier situación, a dármelo todo en cualquier instante, ya estuviera cargado de ira, de frustración o de lo que fuese.

En cuanto me corrí a los pocos minutos, farfullé un «lo siento».

Mi frente estaba hundida en su pecho. Ella puso un dedo bajo mi barbilla e hizo que la mirara a los ojos.

—¿Por qué? Yo también me he corrido.

Eso me arrancó una risa.

—Te pido perdón por traerme la frustración a casa.

Ella me acarició la cara y me besó.

—No mereces sentirte mal por un resultado que no era el que esperabas —dijo—, porque no eres solo un resultado. Eres la suma de muchas cosas. Cargas con demasiadas responsabilidades y, aun así, intentas sobrellevarlas todas. Da igual si hay días mejores o peores porque pienso seguir aquí, recordándote lo mucho que me gusta cada una de tus versiones. Como jugador, como amigo, como padre, como amante y lo bien que logras que me sienta siempre, ya sea a tu lado…, encima…, debajo o con la polla entre mis labios. —Lamió mi labio inferior—. Si no tienes un día bueno, te aseguro que encontraremos la forma de mejorarlo. Fin del debate. Y ahora, deja que te la chupe.

—Tú sí qué sabes cómo mejorar el día de un hombre.

La cargué hasta la que ya consideraba nuestra habitación y dejé que besara mi frente, mi boca, mi pecho y, por supuesto, mi polla.

Después de aquella noche, no volví a perder en los siguientes partidos por mucho que mi rabo me lo suplicara. Pero las victorias no fueron lo que marcó el resto del mes. Fue ella.

Empezó a colarse en todo. En los martes libres, cuando la casa dejaba de ser silencio y se convertía en espera. En las noches de hotel, cuando jugábamos fuera y no podía dejar de mensajearla o llamarla a escondidas para que nadie nos viera. En los trayectos largos de vuelta, con la cabeza llena de jugadas —algunas mal ejecutadas— y el cuerpo pidiendo parar, aunque no pudiera.

Solía meterme en el baño del aeropuerto o en el del avión para mandarle cosas bonitas… y otras muy cerdas. Algunas estúpidas, que no debería escribir un *quarterback* titular de la NFL a una *rookie* de las DCC.

¿Has comido?

Estoy esperando a comerte la polla.



Los de Twitter son unos mierdas.

No mires Twitter, son gilipollas,
no tienen ni idea de lo bien que se te da
alcanzar mi *end zone*.



Te he visto en la pantalla, durante el partido.
Has sonreído como si me miraras a mí.

Eso es porque lo hacía.



¡No ronques!

No lo hago fuera de casa, y en mi cama
respiro con fuerza para captar el aroma a
ese coñito goloso que tienes.

Mientes.

Y tú estás demasiado buena.

Mi móvil aprendió a vibrar en otro idioma y yo empecé a dormirme con una sonrisa que no tocaba. Y en las mejores noches, junto a un cuerpo que no me pertenecía…, aunque mi interior lo gritara.

Ty fue el primero en notar que me pasaba algo, porque para Valentino ya era un secreto a voces.

—Estás raro —me dijo un jueves, después de entrenar, mientras nos quitábamos las coderas—. Más de lo habitual, quiero decir.

—Gracias.

—No era un cumplido. —Sonrió—. ¿Sales con alguien? Porque últimamente tienes una especie de tic en las comisuras. Sonríes, aunque Mac te pegue la bronca, y eso es jodidamente extraño en ti.

Negué demasiado rápido.

—No.

—Ajá. —Me sostuvo la mirada un segundo más de la cuenta—. Vale —dijo al final—. Cuando quieras mentir mejor, avisa. Me preparo.

No insistió. Eso fue peor.

Me hizo pensar en Kayla y en Sky. No estaba siendo justo con Ty, pero tampoco lo sería si hablaba. Cuanta más gente supiera lo nuestro, peor. Una filtración y estaríamos jodidos.

Las semanas pasaron así.

Partidos en casa con el estadio rugiendo y el cuerpo respondiendo a medias. Viajes cortos. Hoteles impersonales. Victorias que daban oxígeno. Partidos que se sentían distintos.

El físico siempre lo notaba antes que la cabeza.

Las fotos y las llamadas de mi hijo me aliviaban tanto como me hacían sentir culpable. Evander, con casco de montar, sonriendo como si acabara de conquistar el mundo. Otra con el arco en la mano, postura torcida, orgulloso como si hubiera cazado un dragón. Un vídeo corto acertando su primera diana.

Las repasaba una y otra vez con esa sensación incómoda de que volvía a no estar haciendo lo suficiente.

Valentino pasó por el pasillo y me dio un golpecito en el respaldo. En el entrenamiento no había estado todo lo fino que se esperaba de mí, y eso siempre pesaba.

—Ey, capi —susurró—. Mañana lo arreglamos.

Sonrió con esa seguridad suya que no era arrogancia. Era hambre limpia y trabajo bien hecho. Asentí. Me recordó a mí con diez años menos… y otros objetivos en la cabeza.

Tanto en casa como en East Rutherford regresamos vencedores. Aun así, mi verdadera victoria era tener a Sky en el sofá, esperándome con una copa de vino, como a mí me gustaba, para sentarse sobre mis piernas. Y cuando la necesidad pedía algo más físico que palabras, me lo daba sin dramatismos, sin promesas, sin

pedir nada a cambio. Solo me empujaba despacio hacia la cama o a cualquier rincón del ático para saciarnos sin exigir explicaciones.

No era sexo para olvidar, era del que se quedaba, del que querías para volver, para recordar que todavía sabía sentir sin pensar en el futuro…, no solo en el personal, también en mi continuidad en el equipo, en las cámaras o en las estadísticas.

La cuenta atrás para disfrutar de Skyler Wallace a lo bestia estaba llegando a su fin, y eso me llenaba de una congoja extraña.

Solo quedaban tres días y todo volvería a su lugar.

Suspiré al entrar en el cuarto y verla con una camiseta de manga corta sustraída de mi cajón, plantada frente al mural que decoraba el cabecero de mi cama, para preguntarme sin tapujos y sin apartar los ojos de la obra de arte:

—¿Cuándo vas a pedírmelo?

Por un instante se me cruzaron mil planteamientos por la cabeza. ¿Quería ser mi chica? ¿Que le pidiera dejar de ser la canguro de mi hijo para convertirla en algo más? ¿Que se mudara definitivamente a mi cuarto? Las posibilidades eran infinitas, aunque en mi pecho todas significaban lo mismo: reclamaba su lugar.

El pulso me golpeaba en la sien y, como buen cobarde cuando se trataba de ella, pregunté:

—¿El qué?

—Que me abra de piernas para que fotografíes mi coño y lo pongas en tu pared. —Señaló el lugar en cuestión—. Esos son los trofeos de tus conquistas, ¿no?

Lo que menos hubiera esperado era aquello.

—¿Qué?

Casi me dio un síncope.



—Coños —insistió, mirándome—. Son coños, ¿no?

Y entonces, me dio el ataque de risa más brutal que había sufrido en años cuando caí en la cuenta de lo que su mirada interpretaba.

—¿Por qué te descojonas? —Se indignó—. ¿No piensas que merezco un lugar en el muro de las *coñomentaciones*? El mío debería ir en grande y dorado. El rosa ya está pillado y yo merezco la *goldencoño*.

—¡Dios…!

Juraba que estaba llorando a lágrima viva. Me dio un empujón.

—¡¿Qué te hace tanta gracia?! ¿En serio ni siquiera te lo habías planteado?

—¡No! —la respuesta se me atascó en la garganta.

—¡¿Por qué?!

—Porque no son vaginas —logré decir al fin—. Son ostras marinas. Fotografías macro. Diferentes tipos, diferentes colores. De un artista al que le gusta jugar con la percepción sensorial de los alimentos. Lo llama «arte suculento».

Me miró incrédula. Luego a la pared. Después a mí.

—¡Me has tenido semanas viviendo aquí, creyendo que tenías un museo vaginal privado…, y ahora resulta que son moluscos!

Esa vez la carcajada fue suya.

—Yo no pensaba que creyeras eso —admití—, pero si quieres que haga una oda a mi manjar favorito, estoy más que dispuesto. Eso sí, no voy a enmarcarlo en la pared. Prefiero apuntalarlo aquí…, al natural.

Empecé a tocarme despacio, sin prisa, mirándola a los ojos, con restos de humor que se negaban a desaparecer.

Crucé la habitación en dos pasos, le agarré la cintura y la pegué a mí.

Su risa se perdió entre mi piel y la suya. Y mientras todo eso pasaba, empecé a notar algo peligroso. Algo que me asustó más que cualquier derrota.

Que quizá lo que más deseaba… ya no estaba en el campo, sino en mi vida o, al menos, en la que quería.

CAPÍTULO 55



En el vestuario ya se olía el nerviosismo, no solo por el partido del domingo, para el que ya no quedaba nada, también porque tocaba la prueba de vestuario para la gala de Navidad.

Los trajes colgaban alineados en cada uno de nuestros cubículos como si fueran soldados listos para el desfile: rojo perfecto, cubiertos de cristales preparados para deslumbrar, ni un centímetro fuera de lugar. En las DCC no existía el error. Ni para las coreografías y mucho menos para los centímetros de más.

—Vale… —murmuró Kay desde la cabina contigua—. Esto me está raro.

Asomé la cabeza mientras la modista subía una cremallera que parecía a punto de pellizcar. Mi amiga tenía los hombros tensos y esa sonrisa forzada que usaba cuando intentaba convencerse de que todo iba bien.

—Raro, ¿cómo? —pregunté, apoyada en el lateral y con el top colgándome del brazo.

—La falda pantalón está… justa —dijo, bajando la voz—. Y el top me aplasta un poco el pecho. Igual… —tragó saliva— igual está cambiado con el traje de otra.

La modista levantó la vista despacio. Jude Markham apareció a su lado como si la hubieran invocado con un silbato silencioso.

—Imposible —dijo la modista, seca—. A todas las demás les va clavado.

—Bu-bueno, la falda… yo… —Kay titubeó.

Jude ladeó la cabeza, evaluándome primero a mí y después a Kay como si fuera una cifra mal escrita.

—Tu parte de abajo te queda clavada —dijo—, sin embargo, a ella… —se inclinó y pellizcó el costado— le marca aquí. Antes no tenías esto.

La palabra implícita flotó en el aire: «lorzas».

Y no era verdad. Kay no las tenía. Solo tenía un cuerpo real, precioso y, en ese momento, embarazado.

—Yo… —Se llevó una mano al vientre, gesto automático que me partió algo por dentro—. Quizá he cogido un poco de peso, po-porque como no estuve en las últimas actuaciones y…

—Más bien, quizá te has pasado con la comida.

La voz de Darah llegó antes que su reflejo. Estaba perfecta, como siempre. A ella sí que le quedaba clavado, y las ondas castaño oscuro contrastaban de maravilla con el traje.

—Últimamente se te ven más tetas —añadió con una sonrisa afilada—. Y todo el mundo sabe que eso es exceso de grasa. Seguro que no paras de zampar hamburguesas.

Sentí cómo algo me subía por la garganta. Ácido. Rápido.

—Aquí la única que tiene excesos eres tú —dije, girándome—. Y no hablo de grasa, sino de malos pensamientos. ¿Nunca te han dicho que del cuerpo de las demás no se opina?

Darah arqueó una ceja, divertida.

—Aquí se opina —intervino Evelyn Gracewood, acercándose con esa sonrisa que nunca le llegaba a los ojos—. Está por contrato.

Se plantó frente a Kay, bajó un poco la voz y, aun así, logró hacer más daño.

—Pásate por el nutricionista. Que ajuste tu dieta. No quiero ni un gramo de más en esa báscula —hizo una pausa exacta— o los dos partidos que quedaste suspendida por el incidente de tu marido en St. Thomas se convertirán en indefinidos, ¿estamos?

Kay asintió. Pequeña. Derrotada. Y yo sentí la culpa clavándose, porque si ella estaba pagando, era por cubrirme a mí.

—Sí, señora.

Intenté abrir la boca, pero Jude me lanzó una mirada que cortaba alas. Evelyn debió notarlo, con ese tercer ojo siempre activo, porque se giró hacia mí.

—Y tú, Wallace. Una advertencia. No vuelvas a cruzar esa línea por tu compañera.

Asentí. Porque ahí se sobrevivía así, mordiéndote la lengua, aunque doliera, y porque Kay me miró con esos ojos de «no empeores las cosas, por favor».

Mi amiga no bailó contra los Commanders. Tampoco contra los Raiders. Dos partidos suspendida de actuación y de sueldo. Eso me hizo sentir fatal, con ganas de confesarlo todo, pero ella me lo impidió. Y cuando se lo conté a Levi, le envió un mensajero a su casa con un cheque que cuadruplicaba lo que habría generado, además de una carta de disculpas.

Yo sabía que no iba de dinero, aunque Kay fuera justa. No se trataba de eso. Era saber que se había quedado sin bailar. Y que su embarazo, en nada, sería lo bastante evidente como para no volver a hacerlo.

Me necesitaba. Estaba sola y disgustada. Ese día querría un hombro donde llorar. Así que hice lo que me gustaría que alguien hiciera por mí.

Me probé el top para que me dieran el visto bueno y fingí que debía ir con urgencia al baño, llevándome el móvil conmigo.

Me encerré y llamé al hombre con el que había aprendido a saborear la palabra «felicidad» de muchas maneras distintas. Sabía que estaría en el ático.

—Hola, preciosa —respondió al segundo—. ¿Ocurre algo?

Apoyé la frente contra la puerta.

—Hoy no voy a ir al piso cuando termine el ensayo. Kay me necesita, y como mañana es sábado… —respiré hondo—, he pensado quedarme en el suyo. Noche de chicas. Imagino que tú también necesitarás despejarte un poco de mí. Llevamos un mes sin despegarnos y tus amigos… también echarán en falta tu presencia más allá del campo. ¿No te ha preguntado Ty por qué no has quedado ni una sola noche con ellos si Evander está con tus padres?

Hubo un gruñido. Una exhalación lenta.

—Sí, lo ha hecho —admitió—. Lleva tiempo acosándome con preguntas a las que no doy respuesta. Piensa que tengo un ligue y que no quiero hablar del tema.

—No quiero que fastidies la relación con tus amigos por mí. Han estado para ti desde el principio. Eres su capitán. ¿Por qué no te unes? Seguro que ya estás harto de que acapare todo tu tiempo libre.

—Te aseguro que mi polla no opina igual —dijo, grave.

Me reí, bajito.

—A tu polla la compensaré mañana, exprimiéndola al máximo hasta el fondo de mi garganta.

Otro gruñido, más oscuro.

—No puedo quedar con ellos con esta erección que acabas de provocarnos.

—Os las apañaréis —susurré—. Tienes suficientes imágenes de archivo en la hemeroteca como para darle el alivio que necesita pensando en mis tetas.

—Dios —rio—, eres terrible. He creado a una pequeña depravada.

—Ya lo era antes. Solo que nunca quisiste darte cuenta de mis pensamientos impuros. Diviértete sin mí.

Colgué. Abrí la puerta sin tirar de la cadena. Solo buscaba intimidad. Y allí estaba la sombra.

—Vaya, vaya… —Darah me miró de arriba abajo—. Así que sí sales con alguien. Y, por lo visto, eres bastante cerda. ¿El mismo tío con el que te vi en St. Thomas? Puede que se la colarais a Evelyn, pero a mí no.

No retrocedí.

—Aquí la única cerda eres tú. —Le sonreí—. Y, además de eso, chivata. Tu colección de virtudes seguro que te acerca a las puertas del cielo.

Sus ojos se oscurecieron.

—No soy tu amiga como para guardarte secretos. Las chicas como tú o Kayla sois carne de que os hinchen la barriga y os hagan hijos. Yo, en cambio, llegaré lejos. Este es mi sueño. Y las únicas puertas que se van a abrir son para que te largues de este sitio.

Me incliné un poco hacia ella.

—La lealtad a tus amigas no te hace débil, Darah. Te hace alguien a quien querer después de que esto termine, porque el sueño de ser una DCC no es eterno. Tú jamás tendrás un hombro en el que

apoyarte porque siempre eliges pisar en lugar de querer. Y eso no es ambición —me aparté—, es soledad embutida en botas blancas.

Me fui sin mirar atrás.

Porque había batallas que se ganaban andando.



LEVI

El The Blue Moon seguía siendo lo que siempre había sido: un bar clásico de Dallas para jugadores que necesitaban apagar la cabeza durante un par de horas, antes de volver a ser alguien importante o de romperse.

Cuando entré, ya me llevaban ventaja, para variar últimamente.

Ty estaba recostado en el banco con una rubia subida medio encima. Devin reía con una copa en la mano mientras dos mujeres se turnaban para hablarle demasiado cerca y una de ellas le reclamaba el cuello como si fuera territorio conquistado. EJ ocupaba media mesa con su cerveza, observando el espectáculo con esa expresión suya de «yo solo he venido a beber». Marcus Knight estaba en una esquina oscura, directamente perdido, besando a una conejita de rodeos y fan de los Cowboys con la coordinación de alguien que ya había olvidado en qué día vivía.

Jace… Jace no debería estar ahí con esa chica estando prometido, pero ahí estaba.

Valentino no. En el último entrenamiento de hoy había sentido un tirón seco, una microrrotura sin épica ni dramatismo, de las que no te rompían la temporada, pero sí los planes. El diagnóstico fue claro: reposo, mínimo semana y media, nada del partido de Acción de Gracias. Dalton se quedó sin estar sentado en el banquillo y no discutió. Dijo que no iba a tomárselo a la tremenda, pillaría un vuelo a Los Ángeles para pasar el festivo con su padre y su hermana; parecía que no acabara de quedarse fuera del partido que cualquier

rookie soñaría jugar. Yo solo pensé que el grupo se sentía un poco más incompleto sin su sombra rubia pegada a mis talones.

Cuando me vieron, hubo un segundo de silencio. Luego, el caos.

—¿Esto es un milagro prenavideño o es que llevo demasiado alcohol en las venas? —preguntó Devin sin apartar la boca de la chica de su cuello.

—Cállate, Shaw —gruñí, dejándome caer en el único asiento libre.

Ty me miró despacio, sonrisa ladeada.

—Vaya, vaya…, dichosos los ojos, Carter. ¿Qué pasa, te has quedado esta noche sin mamada y buscas una boca sustituta? Porque tenemos material de sobra.

Las chicas rieron, encantadas ante el comentario de mi mejor amigo. Siendo realistas, era a lo máximo que iban a aspirar.

—Esta es Mindy, a su lado, Cindy, esta… —Ty hizo un gesto vago —, la de la derecha de Devin, Lindy...

—Eh —protestó la que tenía encima—, tenemos nombre y no es ninguno de esos.

Ty se inclinó hacia su oído y susurró algo muy poco apropiado que hizo que la chica dejara de protestar en menos de un segundo.

EJ puso los ojos en blanco.

—Sois agotadores.

Miré a Jace, que ya se estaba levantando con la chica de su lado.

—¿Y a ese qué le pasa? —le murmuré a EJ.

—Problemas en el paraíso —respondió sin mirarlos—. Mejor no preguntes, pero creo que se cancelan los planes de boda.

Desaparecieron camino del baño y preferí no saber nada más.

Ty volvió a centrarse en mí.

—Y bien, capi. ¿Te gusta alguna para que te dé suerte antes del partido?

—Solo he venido a echar un rato con vosotros.

—Claro —dijo—. Porque de lo otro ya vas servido, ¿no?

Sabía que le debía una conversación, y no iba a ser rodeados de tías cuyos planes eran otros. No así.

—¿Tienes un minuto?

Mi mejor amigo miró a la rubia.

—¿Se lo concedemos?

—Si luego vuelves y cumples con lo que me has dicho… —respondió ella, arrastrando la voz.

Él se levantó y le dio uno de esos besos que sellaban pactos.

—Ahora vuelvo.

Nos apartamos hacia una esquina, en la barra, lejos del centro del ruido. Ty pidió dos chupitos que nos sirvieron al instante.

—Tú dirás —dijo, apoyándose con el antebrazo en la madera.

Fui directo, que es lo que llevaba pidiéndome semanas.

—Estoy con alguien.

—¿No jodas? —lo soltó con ironía.

—Tío…, no es fácil para mí. Después de lo de Nova, con mi hijo en el piso…

—No me vengas con chorradas, Carter —me cortó—. Nova y tú no teníais nada desde hacía años. Nos hemos follado a media ciudad en el mismo sofá, así que las moralidades sobran.

Exhalé despacio.

—Ya, pero no me estoy tirando a cualquiera.

Ty me miró fijo.

—Ah, ¿no? Espera…, deja que adivine, porque tu exsuegra no tiene pinta. —Puse los ojos en blanco—. ¿Tu prima la estríper?

Ni siquiera se sorprendió.

—¿Lo sabías? —No podía sacarlo de su error en cuanto a la profesión de Sky.

—Soy tu puto mejor amigo —respondió—. O lo era hasta que decidiste empezar a esconder cosas, como tangas rojos en los bolsillos.

Me pasé la mano por la cara.

—Joder…

—Relájate —añadió—. Te estás zumbando a una tía que baila para otros y les enseña el cuerpo para que se maten a pajas, sí. Que está un poco emparentada contigo, vale. Y que cuida a tu hijo. No es ideal, pero tampoco es el apocalipsis zombi como para que te comas el cerebro. Aquí lo único grave es que no me lo contaras y que prefirieras compartir secretos con Dalton.

—No quería mezclar las cosas.

—Para no mezclar, el *rookie* está mejorando de la hostia, y ya te digo yo que no es gracias a Mac. La forma en la que lo está haciendo no es normal. Algo pasa.

—Todo me ha superado —admití—. ¿Puedo serte franco?

—¿Con quién ibas a serlo, si no?

—Estoy cansado. Daré el máximo esta temporada, pero… no sé si quiero seguir. Mi hombro no es el mismo, cada vez me cuesta más que no duela. Y cuando mi madre me manda fotos de Evander, de lo bien que se está integrando en el pueblo…

Ty exhaló.

—Te apetece estar allí con tu familia.

—Sí, y es una mierda porque pensaba que esto era mi vida. Ahora parece que solo fue un sueño largo.

—En parte, lo fue —dijo—. No vas a ser eterno, Carter, nadie lo es en este deporte y, siendo honestos, ya estás sembrando el terreno para tu sucesor, ¿no?

—¿No te mosquea? —pregunté—. Dijimos que nos retiraríamos juntos.

Ty se encogió de hombros.

—A los veinte se dicen muchas cosas, de las cuales no se cumplen ni la mitad. Lo único que me jode es que pensaras que no iba a entenderlo. Me da igual con quién te acuestes. Me da igual dónde quieras vivir. Si tu felicidad está en ese pueblo del puto Cupido rosa, criando a tu hijo y rehaciendo tu vida con una bailarina exótica, adelante. Somos el puto tiempo que nos queda, y si algo nos enseñó Nova con su muerte, es que no hay que posponerla.

Lo abracé, fuerte, sin palabras.

—Gracias, tío, eres la polla —murmuré—. No sabía cuánto necesitaba esto.

—Vale, yo también te quiero —respondió—, pero ahora necesito volver con la rubia para que esta noche le dé vida a mi rabo. Y tú elige: puedes pillarte a otra o un buen ciego. Nadie se va a meter, para eso eres el puto Carter y nuestro capitán hasta que decidas dejar de serlo.

Brindamos y tragamos el chupito.

Volvimos a la mesa, yo con un *whisky* extra. Me lo bebí, aliviado, sin pensar en el partido o algo más que no fuera el presente, al fin y al cabo, era lo único que teníamos.

—Va por ti, Nova.

CAPÍTULO 56



Había pisado muchos estadios a lo largo de mi vida, pero ver a mi hijo jugar en el de los Cowboys, el día de Acción de Gracias, pesaba distinto a todo lo anterior.

No era el partido ni el orgullo de padre, porque estaba igual de orgulloso de cualquiera de mis tres hijos. Era el día en sí, en cómo se respiraba.

Por la mañana aterrizamos en el ático, como si fuéramos una expedición organizada por alguien con demasiado optimismo y cero respeto por los espacios ajenos. Levi no quiso ni oír hablar de hoteles, así que tocaba amoldarse y repartir cuartos. Evander ejerció de maestro de ceremonias, aunque mi hijo ya había previsto camas supletorias para todos, por lo que el cuarto de Skyler se convirtió en la habitación de las primas; quedó clarísimo al ver cuatro colchones cubiertos con sábanas rosas y cestas cargaditas de mascarillas, cremas y objetos varios que les flipaban a las chicas.

Mi nieto compartiría la suya con Hunter. Levi dormiría en la suya y las otras dos serían: una para Jane y para mí; otra para Travis y Pippa.

Hasta la noche cada uno estaría en su esquina del cuadrilátero. Mi hijo con el equipo, concentrados en esa burbuja previa al partido que yo conocía demasiado bien: reuniones cortas, repaso mental y ese silencio interno que parecía calma, pero era un cuchillo afilado si lo hacías mal. Ella, en la otra esquina, con las DCC: maquillaje,

peluquería, ensayos previos, sonrisa medida y el cuerpo recordando coreografías que todo el mundo querría replicar en redes sociales.

Jane lo dijo en cuanto dejó el bolso sobre una mesa, como si el ático fuera una comisaría.

—Me hubiera encantado que estuviesen aquí.

—No tienen que estarlo —respondí, quitándome el abrigo.

—Eso lo dices porque eres de los que creen que el fútbol es una religión —replicó—. Para mí son mi hijo y mi sobrina. Y hoy va a ser un día complicado.

Evander salió disparado hacia su pez, para asegurarse de que seguía vivito y coleando.

—Familia, os presento a Blue. Blue, mi familia.

Después correteó hacia otra zona mientras Travis evaluaba la cocina y lo que necesitaría para la cena. Sonrió al ver la despensa a rebosar y la nevera hasta los topes. Miró a Pippa de reojo.

—Hemos hecho un buen trabajo con nuestra hija. Cuando se canse de mover pompones, la quiero de directora en el restaurante.

Ella rio.

—Hará lo que quiera hacer, como su madre.

—No la veo yo apretando tornillos.

—Eso nunca se sabe…

Tras dejar todas las cosas y que las chicas ocuparan el sofá para intentar hacerse una maratón de *The Bachelor*, Travis dio varias palmadas.

—¡Eh! Wallace-Carter, si esta noche queréis cenar caliente, os quiero a todos aquí. Tengo trabajo para cada uno de vosotros, no pienso mancharme las manos mientras vosotros vivís la vida de telenovela.

—¡Jo! Papá, hoy es un episodio muy importante —replicó Lainey.

—Que vuestras tripas no rujan también lo es; además, quiero dos equipos: uno cocina y el otro le da a esa mesa decoración y calidez. Jane… —Mi mujer miró a su hermano—, tus manos fuera de mi cocina o tendremos que pedir *pizzas*. Mejor te ocupas de que todo el mundo tenga algo que hacer y no se relajen.

—Tranquilo, en cuanto te vea con las manos quietas, te doy un puntapié.

Todos reímos.



A las tres de la tarde estábamos en el campo. Levi se había ocupado de enviarnos a un espacio con unas vistas alucinantes.

—¡Se ve el campo! —gritó Evander—. ¡Venid, que yo aquí ya he estado!

—No te pegues tanto al cristal —lo cortó Jane—. Que como esta cosa ceda, nos quedamos sin pavo.

Travis entró el último, cargado con bolsas térmicas llenas de cosas para picar y, sobre todo, cervezas. Le dio igual que le dijera que ahí te daban de todo lo que quisieras, tanto para comer como para beber. Decía que no se fiaba de pillar la salmonela.

—No te habrás dejado el horno encendido, ¿verdad? —preguntó Pippa.

—¿Por quién me tomas, mujer? Lo tengo todo medio listo —anunció—. Luego, cuando volvamos, solo queda rematar.

Ella lo miró como si no diera crédito.

—¿Solo?

—Confía en el proceso.

—Esa frase, en tu boca, es un delito.

—Hoy no se quema nada —prometió él.

Jane giró la cabeza hacia su hermano con calma peligrosa.

—Como se te queme el pavo, le digo a Stacey que lo saque en la radio.

—No va a ser necesario.

Mis hijas —las hermanas de Levi— se instalaron sin montar drama, como si hubieran nacido en la grada VIP; estaban casi tan ansiosas de ver a Sky en directo, como Hunter de ver aparecer a las DCC para enseñárselas a sus amigos.

Travis se acercó a mí mientras los demás se entretenían a lo suyo.

—No te haces una idea de lo que me habría gustado jugar un *Thanksgiving* aquí —murmuró como si me confesara un pecado.

—Lo sé —le respondí—. Y lo siento, colega.

Él se encogió de hombros.

—La lesión decidió por mí. Ya está, tú fuiste la estrella de los balones y yo de los fogones.

Jane apareció de golpe a nuestro lado, con Evander pegado a ella como un satélite.

—¿Cuánto vamos a estar aquí?

Miré el reloj.

—Unas tres horas. Es mejor para nuestro nieto vivirlo desde aquí que con el gentío.

Jane asintió, aunque sus ojos ya estaban en modo «si alguien le hace daño a mi hijo hoy, le muerdo».

Evander tiró de mi mano.

—Abu, ¿papá sabe que ya estamos aquí?

—Claro —le dije—. Le mandé la foto que nos hicimos a la entrada del estadio para desearle suerte. Solo que, ahora mismo, tiene que pensar en otra cosa.

—¿En ganar?

—En ejecutar lo aprendido correctamente —corregí—. Ganar es el resultado. Ejecutar es lo que hace, y para eso necesita la mente fría.

Jane soltó un bufido.

—Hablas como un entrenador.

—Soy un entrenador —le devolví.

—Pues hoy eres abuelo y punto. —Jane agarró la mano del peque más fuerte—. ¿Listo para ver a tu padre?

—Sí, pero antes toca el baile de prima Nube.

Todos nos miramos y sonreímos porque conocíamos la historia.

Las chicas Carter-Wallace ya estaban preparadas, tomando posiciones para ejecutar la coreo al mismo tiempo que su prima y hermana. Pippa con el móvil en la mano para grabarlas.

Cuando las DCC salieron, el estadio cambió de frecuencia.

Ellas chillaron como si la vida dependiera de ello y empezaron a marcar el baile con una entrega que habría hecho llorar a cualquier *coach*.

—¡Está ahí! —gritó Harper.

—¡Mira cómo se mueve! —la secundó Reese.

—¡Sky, eres la mejor! —se sumó Lainey.

Mi cuñada no dejaba de enfocar con esa felicidad limpia que solo tenían las mujeres que habían decidido estar orgullosas de su familia.

—Esto lo pondré en bucle en casa en Navidad —dijo—. Para que hagamos el *trend* toda la familia, con los abuelos y los que hoy no han podido venir.

Se refería al resto de Wallace.

Hunter se pegó al cristal con la boca abierta y su propio teléfono con el *zoom* ampliado.

—Joder… Mis amigos van a fliparlo.

Travis lo vio y negó con la cabeza, divertido.

—De tal palo, tal astilla. Di que sí, hijo. Siempre nos han flipado las tías con pompones. —Pippa se acercó y le soltó un codazo—. Auch.

—¿Pompones? —repitió ella.

—Las que manejan taladros y destornilladores, como tú, todavía más.

Me reí por lo bajo.

—Te tiene pillado por los huevos, Trav.

Él me apuntó con el dedo, como si eso fuera una amenaza.

—Pues anda que la tuya… —Cabeceó hacia Jane.

Jane giró la cabeza despacio, con esa calma que todos sabíamos que era impostada porque la conocíamos demasiado bien.

—Dile algo malo a mi marido y este año, en lugar de apuntar a la diana en el concurso de tiro con arco, le doy a tus pelotas.

—Mira cómo tiemblo —respondió Travis, abriendo y cerrando las rodillas.

Evander frunció el ceño.

—¿A qué pelotas, abu?

—A las de fútbol, campeón —me adelanté.

Jane ni pestañeó.

—Sí, porque las otras las tiene deshinchadas desde hace tiempo.

Pippa se descojonó y mi mejor amigo se llevó la mano al pecho, como si lo hubieran apuñalado.

—¿A que no te atreves a preguntarle eso a mi mujer?

Las DCC terminaron el número y el estadio rugió con ganas. Yo levanté la mano.

—Callaos —pedí—, que ya empiezan.

El partido arrancó físico, rápido y con esa tensión que se te metía en el estómago, aunque llevaras años fuera del campo. Los Dolphins venían a poner las cosas complicadas, les importaba una mierda no estar jugando en casa. Eran conscientes de que la temporada de los Cowboys no estaba siendo tan limpia como debería y tenían opciones. Nosotros debíamos aguantar, responder y alzarnos con el triunfo antes de que los seguidores se comieran a los jugadores con patatas.

Yo no miraba tanto la pantalla como el césped. Buscaba a Levi constantemente. Su postura. El ángulo del hombro. La forma en que se levantaba después de cada golpe. Esas cosas decían más que cualquier estadística.

Jane no se sentó.

—Ese cabrón ha ido alto —soltó cuando vio una entrada dura.

Sip, con los años, mi mujer era toda una especialista.

—Están probando límites —dije—. Si el árbitro lo permite, lo van a repetir.

—Pues que no lo permita, joder —gruñó ella.

—¡Abu, has soltado un taco!

—Perdona, cariño, luego pongo un billete en la hucha.

Travis se inclinó hacia mí, con los ojos clavados en el campo.

—Mira cómo ajusta la protección. Está cuidando el hombro con disimulo.

—Porque, si no disimula, lo huelen y atacan —respondí.

—¿Quién? —preguntó mi nieto.

—Todos, cariño, tu padre es el rey de los mares y el resto de peces se lo quieren quitar de encima.

—¡Hala! ¡No los dejes, papá!

En el primer tramo, los Cowboys dominaron el ritmo. No fue un baile perfecto, pero sí un control claro. Levi movía la ofensiva con autoridad, como quien ordenaba una habitación sin levantar la voz. Los Dolphins respondían con agresividad, buscando sacarlo de su sitio.

—Está leyendo rápido —comenté más para mí que para nadie.

—Porque está cabreado —dijo Jane—. Cuando lo veo jugar, me parece estar viéndote a ti.

—Me ha superado con creces, y eso también ayuda —admití.

El público era una ola. Subía, bajaba, se encendía y se apagaba. Mis hijas gritaban por cualquier cosa, aunque no supieran con exactitud qué estaba pasando. Y, sinceramente, eso tenía su encanto.

Cuando los Dolphins apretaron, el estadio se tensó. Un par de jugadas seguidas y, de pronto, el margen desapareció. Yo noté a Jane tensa por el rabillo del ojo: apretaba la mandíbula como si pudiera sostener a Levi desde allí.

—No me gusta esto —dijo Travis más serio.

—A nadie —respondí.

En el segundo cuarto, Levi cayó mal.

Lo vi antes de que el estadio reaccionara, porque había cosas que reconocías de inmediato cuando habías vivido dentro: el segundo extra en el suelo; el gesto que intentaba ser normal y no lo era; la mano que iba al hombro como si fuera un reflejo.

Evander se quedó quieto.

—¿Papá…?

Jane dio un paso hacia delante y, por un instante, creí que iba a atravesar el cristal para ir a por el cabrón que había hecho daño a su cachorro.

—Como no se levante, juro que…

—Como no se levante, la que va a bajar con una radial soy yo, y os advierto que no podréis detenerme en el arte del cercenamiento —insistió Pippa.

—Esperad —les dije, con voz baja pero firme.

Mi hijo se llevó la mano al hombro, respiró y se incorporó despacio.

Reese se agarró a mi brazo.

—¿Está bien, papá?

—Mientras se levante solo, sí —respondí sin apartar la vista del campo.

Levi sacudió el brazo, hizo un gesto mínimo hacia la banda, como diciendo «estoy», y volvió a colocarse.

Todos soltamos el aire al mismo tiempo.

—Vamos, hijo —murmuré—, demuéstrales de qué pasta estás hecho.

Jane se pasó una mano por la frente y con la otra me dio un apretón en los dedos.

—Si tuviera el revólver aquí…

—Por suerte, lo dejaste en el pueblo —le recordé.

—Por desgracia.

Travis soltó una risa corta.

—Menos mal que no te dejan pasar con eso, *sheriff*.

El partido se convirtió en una pelea de dientes apretados. Un intercambio constante. Cuando los Cowboys anotaban, el estadio explotaba; cuando los Dolphins respondían, dolía. No era un partido bonito, era un partido de aguante.

—Esto se gana con cabeza —dije.

Travis asintió.

—Y huevos. Por fortuna, tu hijo ha sacado los mejores, la fusión de las dos casas.

—También ayudan los ajustes del coordinador —añadí.

—No lo estropees con técnica —protestó él.

Yo sonreí.

—Perdón.

Los minutos finales fueron una cuerda floja. El marcador apretado, el público en pie y mi corazón comportándose como si tuviera veinte años otra vez.

Mi mujer maldecía en voz baja. Pippa no grababa ya, tenía las manos juntas. Evander miraba sin parpadear, como si eso fuera a ayudar a su padre.

—Vamos, papá.

Levi se colocó, ordenó, respiró y ejecutó.

Cuando el marcador se cerró en 31–28 a nuestro favor, el estadio explotó como si la ciudad entera hubiera estado conteniendo el aliento.

Gritos, abrazos, manos al cielo. Las primas se besaron entre ellas como si fueran a desmayarse. Travis levantó los brazos, parecía que hubiera ganado él, alzando a mi nieto y tirándolo por los aires.

Jane me abrazó fuerte.

—Si no me he muerto hoy, no pienso hacerlo —dijo.

—Ni yo voy a dejar que lo hagas —respondí.

Hunter se puso a hacer una videollamada para fardar con sus amigos.

—¡Papá ha ganado! ¡Papá ha ganado!

—Sí, campeón —le dijo Pippa, alborotándole el pelo—. Ha ganado.

—Necesito un *whisky* —comentó mi mujer, pasándose una mano por la cara.

—Dos —añadió Travis, con una sonrisa que le temblaba un poco.

Evander tiró de mi manga.

—¿Papá vendrá ahora?

Negué despacio.

—No, campeón. Ahora tiene que trabajar un poco más: prensa; entrenador; que le miren el hombro; darse una ducha… Cosas de mayores.

El niño frunció el ceño.

—Pero yo quiero verlo.

—Lo verás —le prometí—. Solo que no aquí, en casa.

—¿En Saint Valentine? —Que considerara ya el pueblo como su casa me dijo mucho.

—No, al ático, aunque allí también tienes tu casa, nunca lo olvides —le recordé—. Así, a Travis le da tiempo a terminar la cena y que no se le queme el pavo.

—¿Qué os ha dado a todos hoy con lo de que calcine la comida? Ya os he dicho que sería la primera vez en mi vida.

Pippa soltó una risa.

—No me hagas recordarte la vez que engendramos a…

—¡Puaj! —gritó Hunter, tapándose los oídos—. ¡Qué ascazo! No volváis a contar esa historia ni por encima. Además, hay ropa tendida.

Apuntó con la barbilla a mi nieto.

Evander miró a su alrededor, confuso, escaneando el aire como si las prendas fueran invisibles.

—Pues yo no veo la ropa.

Nos reímos todos y, por un segundo, el estadio dejó de ser un monstruo hambriento de sangre y volvió a ser lo que debía: un sitio al que habías ido a ver a tu hijo hacer lo que mejor se le daba.

—Venga. —Di un par de palmadas con las manos—. Al piso.

Y nos fuimos, con la victoria todavía vibrándonos por dentro y Travis hablando de tiempos de horneado, como si la cena fuera en ese momento la verdadera misión nacional.

CAPÍTULO 57



El ascensor se abrió directo en el ático y tuve ese segundo de pánico absurdo, como si fuera a salir desnuda, despeinada y con el rímel corrido, cuando en realidad llevaba una sudadera *oversize*, el pelo escondido bajo la capucha y unas zapatillas que gritaban «he sobrevivido a un estadio entero, no me pidas *glamour* ahora».

La puerta terminó de abrirse y me recibieron como si fuera una estrella del pop que llevaba meses desaparecida.

Había pompones. Había carteles con purpurina. Y había un chillido colectivo que me arrancó la risa antes incluso de procesar nada.

—¡Skyyyy! —exclamó Reese, lanzándose a abrazarme—. La has clavado.

—La pierna —añadió Lainey, señalándome como si acabara de descubrir la rueda—. La pierna, por Dios.

—Eras la más guapa —dijo Harper, atropellándose—. Pero no en plan guapa normal, en plan imposible.

Me rodearon tantas manos que durante un segundo no supe si me estaban abrazando o intentando desmontar para ver qué había dentro.

—Parecías… —Reese se quedó sin aire, literalmente—. Parecías una diosa. Una diosa con el pelo de fuego.

Mi hermana me cogió de las muñecas como si fuera a examinarme.

—¿Cómo haces eso con las piernas? Es imposible llegar tan alto.

—No es imposible —respondí riéndome—. Solo doloroso. No te lo recomiendo.

Harper me besó las dos mejillas.

—Te lo juro, Sky, cuando te enfocaron en esa pantalla gigante creí que me daba algo, solo tenía ganas de gritar un: ¡Esa es mi prima!

—¿A ti? —saltó Hunter, empujándola suave con el hombro—. Si yo estaba pegado al cristal como un caracol.

—Tú babeabas —comentó papá Travis desde la cocina—. Pero no precisamente por tu hermana.

—Papá —protestó Hunter.

—Te lo digo con cariño —añadió nuestro padre.

—¿Quién ha hecho los carteles? —pregunté, señalando uno enorme en el que ponía **«*Welcome home, Sky*»** cubierto de purpurina.

Mami Phil alzó la mano con orgullo.

—Evander, las chicas y yo.

—Os habéis pasado tres pueblos —dije con una sonrisa que me apretó el pecho—, pero me flipa.

—¡Nunca hay demasiada purpurina! —proclamamos todas al unísono.

Todavía no había alcanzado a ver al campeón.

Mi madre vino directa a mí y me envolvió en un abrazo que me apretó hasta el alma.

—Te he echado tanto de menos —murmuró.

—Yo también —le confesé—. Muchísimo.

Noté un tirón en el pantalón.

—Prima Nube… —dijo Evander con la voz contenida, y el pecho se me encogió al instante. Ahí estaba.

Me agaché sin pensarlo.

—¿Has visto mis vídeos? —preguntó sin respirar—. ¿Y las fotos? ¿Las de los churros? ¿Y la del caballo? He aprendido con Sunny.

—Claro que sí, campeón. Estabas guapísimo de vaquero —le dije, arreglándole el flequillo—. Te vi comiendo churros como si fueran el alimento oficial de los superhéroes, y lo del caballo me dio una envidia…

Sus ojos brillaron.

—En Navidad vienes, ¿verdad?

—Sí —le prometí—. Y cuando vaya, hacemos una competición: a ver a quién le caben más churros en la boca, o quién consigue que el caballo llegue antes mostrándole una zanahoria. Lo que tú elijas, pero con reglas.

—¡Lo elegiré yo! —gritó Hunter desde el sofá.

—Tú no —respondí sin mirarlo.

Evander me abrazó con una fuerza que no correspondía a su tamaño y luego, como si fuera lo más natural del mundo, me dio un beso en la mejilla.

Juraría que vi fuegos artificiales. No de los que me provocaba su padre, otros distintos. Más profundos.

«Voy a morir de amor», pensé.

—Hunter —dije, girándome hacia mi hermano—, cuando vaya en Navidad, te llevaré un regalo que te va a flipar.

—¿Vendrás con alguna de tus amigas? —preguntó al instante—. Así podré decir que fue un flechazo.

—Flechazo el que te dio Evander el otro día en el trasero —intervino mi hermana, divertida. Todas rieron.

—Fue un accidente —musitó el niño, arrepentido.

—No te preocupes, chaval. —Se carcajeó nuestro padre desde la cocina, guiñándonos un ojo—. Ahí ya tiene el agujero hecho.

—¡Papá!

Jane se acercó por fin, con ese paso de *sheriff* que parecía que iba a multarte incluso cuando te abrazaba.

—Ven aquí.

Me estrechó contra ella y Cole se nos sumó.

—Buen trabajo —añadió Jane—. Con el baile y con mi nieto. Eres impresionante.

—Evander me ha robado el corazón —respondí.

Jane me sostuvo la mirada un segundo más y luego asintió.

—Lo sé, pequeña.

—Has estado brillante —insistió Cole—. Y gracias por cuidar de nuestros chicos tan bien.

Asentí, incapaz de contestar sin que se me notara demasiado la emoción.

Fui directa a la cocina, que era un caos organizado. Papá Travis iba y venía con un delantal, feliz en su elemento.

—Que nadie toque nada —avisó al ver a Lainey acercarse por la retaguardia—. Si veo una mano en una bandeja, muerdo.

Me acerqué a la encimera y solté, husmeando sin pensar:

—Ay, Dios…, qué bien huele todo esto.

Él giró la cabeza con una sonrisa ladeada.

—¿Acaso lo dudabas, ratita?

Me abrazó rápido. Aquella calidez siempre me devolvía a casa.

—Estoy orgulloso de ti. —Besó mi frente—. No tanto de esos babosos que te miraban desde sus asientos, pero de ti, mucho.

—Voy a cambiarme —dije, señalándome la sudadera—. Parezco una universitaria con resaca y vosotros estáis todos guapísimos.

—¿Quién va arreglado? —protestó Hunter—. Yo voy normal.

—Tú vas como para comprar cereales —le respondí—. En tu línea.

Mis primas me siguieron.

—Queremos ver el vestido —pidió Reese.

—Dadme cinco minutos.

—Ni de broma —replicó Harper.

—Entonces, cuatro —negocié.

—Vamos contigo —dictaminó mi hermana, y no admitía réplica.

Me miré en el espejo antes de cambiarme, mientras ellas parloteaban tumbadas en la cama, y pensé en Levi. No porque fuera lógico, sino porque últimamente mi cabeza lo hacía sola.

Me arreglé lo más rápido que pude, imaginando su cara al verme. Daba igual que ya me hubiera visto de mil maneras distintas: cuando sus ojos se posaban sobre mí, el mundo se abría bajo mis pies.

Hubo un «*wow*» sostenido cuando las chicas vieron el resultado final.

Salí empujada por mis primas y, en cuanto llegamos al salón, lo vi. Ya estaba ahí. Llevaba un jersey oscuro precioso y pantalones de traje. El pelo húmedo. Una copa de vino en la mano. Evander pegado a su pierna.

El corazón se me aceleró sin permiso.

No lo diría en voz alta jamás, pero cada día que pasaba estaba más enamorada de él, y lo peor de todo era que también lo estaba

de su hijo. Y cuando decidiera poner fin a mi aprendizaje con Levi, iba a doler muchísimo.

Él levantó la mirada y me vio.

Me comió con los ojos sin disimulo. El vestido era de los que le gustaban, de esos que no te permitían llevar sujetador, y recé para que mis pezones no me traicionaran delante de toda la familia. Por suerte, el pelo ayudó a disimular.

Sus hermanas se lanzaron a abrazarlo, rompiendo el hechizo.

—Casi me da algo cuando te tumbaron —dijo Reese, preocupada.

—Estoy bien —respondió él.

Siguió mirándome por encima del hombro de Harper y, aunque no pronunció nada, lo dijo todo.

—A la mesa —anunció papá Travis, dando palmadas—. Ahora mismo.

Nos sentamos. Levi quedó justo frente a mí.

Intenté no mirarlo. Fracasé. El calor se me extendió por el cuerpo.

—Buen partido, hijo —dijo Cole desde su derecha.

—Esos cabrones fueron directos al hombro —añadió Travis.

—Es fútbol, ya sabes cómo va… Huelen la debilidad y van a por ella.

Jane lanzó una mirada de advertencia.

—No vamos a estar toda la cena hablando de deporte. Aunque…, ¿te duele?

—Nada que un poco de hielo —respondió Levi— y un buen masaje no curen.

Lo dijo mirándome. Tuve que apretar los muslos.

Agarré la copa y di un trago largo.

Bajo la mesa, su pie rozó el mío. Nadie lo notó. O fingieron muy bien.

—Sky viene a Saint Valentine Falls en Navidad —anunció Evander, orgulloso.

—¿En serio? —preguntó Levi—. Entonces, lo vamos a pasar genial.

¿Lo notaba solo yo, o hablaba más ronco de lo normal?

—Competiremos a caballo y a más cosas —añadió Evander.

—Quizá yo también pueda hacerlo en alguna —bromeó Levi.

—Cosas reglamentadas —aclaré.

—Podríamos hacer una competición de… Twister.

Mis mejillas se encendieron. La última partida no fue precisamente inocente, con Evander en el pueblo y nosotros follando sobre el plástico de lunares.

Las risas llenaron la mesa y los más jóvenes se entusiasmaron sin saber por qué.

Nos miramos otra vez. Él tenía las pupilas dilatadas. Sin querer, había apartado el pelo y mis pezones estaban pidiendo atención. Me recoloqué de inmediato los mechones. Aunque ese día no pudiéramos hacer nada, el deseo estaba ahí. Latente. Constante.

Me bebí otro sorbo de vino, fingiendo que era por el brindis y no por él.

La cena fue genial. A Evander le entró sueño y, la verdad, todos parecían bastante cansados del viaje, así que decidimos que tocaba ir a dormir. Las chicas fueron directas a mi cuarto a por sus tratamientos faciales.

Los adultos volaron a sus habitaciones tras recoger la cocina y Evander nos pidió a Levi y a mí si podíamos contarle el cuento de Blue a dos voces.

No nos negamos, y mientras a él se le cerraban los ojos, los nuestros se encendían cada vez más.

Cuando su respiración se volvió profunda, Levi se puso en pie, lo arropó, le dio un beso en la frente y me tendió la mano para que lo siguiera.

En cuanto pusimos un pie en el pasillo, me arrinconó contra la pared y me besó como un loco.

—No he podido dejar de pensar en follarte toda la puta cena.

Una de sus manos ascendió a mi pecho y me apretó uno de los pezones entre los dedos. Me tragué el gemido. La otra tiró del bajo del vestido para tocarme sobre la braguita, completamente empapada.

—No podemos hacer esto ahora —susurré—, no con toda nuestra familia en este piso.

—Claro que podemos. He ganado el partido, tú has bailado de la hostia y merecemos un premio de Acción de Gracias.

Reí por lo bajo ante el juego de palabras antes de que volviera a tirar de mí hasta su cuarto, cerrara la puerta y me aplastara contra ella.

—Mi hermana y las tuyas están al otro lado del pasillo —protesté sin demasiada convicción.

—Por eso mismo vamos a poner solución a tus gemidos.

Me bajó las bragas —un mini tanga de encaje de los que tanto le gustaban—, me agarró la cara y ordenó:

—Separa los labios.

Lo hice, excitada, y metió la prenda mojada por mis fluidos en mi boca. Después, deslizó el vestido hasta dejarlo caer al suelo en un charco verde, me dio la vuelta contra la puerta e hizo que apoyara las manos en la madera antes de separarme los muslos, como si se tratara de un cacheo profundo.

—Me vuelves loco, Skyler —afirmó, áspero.

Estaba desnuda, con los tacones puestos y mis bragas sofocando los sonidos, mordiéndolas, mientras comenzaba a masturbarme, recorriendo mi coño con la habilidad de quien ya sabía lo que me gustaba.

La situación me estimulaba todavía más. Él lo sabía y, conociéndolo, debía estar terriblemente duro. Metía y sacaba los dedos con fuerza.

—Chorreas…

Y era literal, notaba el fluido en mis piernas. Estaba más que lista y él no dejaba de torturarme, alternando los dedos que entraban y salían con los que se clavaban en mi cadera.

Mi jadeo quedó ahogado en encaje cuando encontró aquel maldito punto que me hacía perder la cabeza.

—Me encantaría que te vieras con mis ojos ahora mismo. Tan hermosa, entregada y cachonda. Mía. Jodidamente mía para hacer contigo lo que quiera. Voy a follarte duro, Sky, por tenerme así toda la puta cena… y por ese pie tuyo en mi entrepierna.

Vale, era posible que en algún momento se me fuera la cabeza e hiciera justo eso.

Sentí la pérdida en cuanto apartó la mano para bajarse los pantalones, enfundarse el condón y penetrarme sin miramientos.

Sus palmas volaron a mis pechos para amasarlos, sus dientes se hundieron en mi cuello y el vaivén de su cadera me abrasaba por dentro.

Más. Quería más. Lo quería todo. Siempre lo había querido.

Tenía ganas de gritar, llorar, que se diera cuenta de que nada volvería a ser lo mismo después de ese mes. Para mí ya no había un antes y un después. Solo existía él en todas sus formas.

—Follarte es el puto cielo, Sky. Mi cielo más oscuro y perverso.

Aumentó la intensidad. Mis uñas se clavaron en la pared, la respiración se volvió insostenible y el placer también. Estallé, incapaz de aguantar un segundo más. Ahogué el gemido sin dejar de sentir sus embestidas. Estaba tan cerca y yo lo quería tan dentro que, de un modo que escapaba a toda lógica, lo paré.

Me giré. Me quité las bragas de la boca y se las metí entre los labios. Me puse de rodillas, le quité el condón, agarré su erección y la metí hasta el fondo de mi garganta hasta casi atragantarme.

Sentí todo su grosor y su envergadura. Sus yemas se clavaron en mi cráneo y juraría que dijo «joder», aunque con el bozal improvisado no se entendía.

Dejé que empujara, que su glande alcanzara mi campanilla mientras mis uñas se hundían en sus nalgas y, cuando noté que el orgasmo iba a sacudirlo con las últimas acometidas más duras y rápidas, me hundí todavía más, hasta notar la descarga directa deslizándose por mi esófago.

No me separé hasta que dejó de temblar y pasé la lengua hasta que quedó limpio.

Me subió, poniendo las manos bajo mis axilas, y me aplastó de nuevo contra la puerta, con la frente apoyada en la mía, el azul de sus ojos convertido en medianoche. Se arrancó el encaje y me besó con una ferocidad renovada.

Era posible que nunca escuchara de su boca que me quería, pero su cuerpo me hacía sentir la única mujer de su vida.

CAPÍTULO 58



El partido ya estaba perdido cuando me di cuenta de que el hombro no iba a aguantar.

No fue un golpe concreto. No hubo un momento épico. Fue una suma. Una acumulación de impactos, de malas decisiones, de no saber parar cuando tenías que hacerlo. Los Lions olieron la sangre desde el primer cuarto y no mostraron piedad. Detroit no perdonaba a los que dudaban, y yo dudé demasiado.

Cuando el médico me habló en el vestuario, tras el trágico 27-30, no levanté la vista.

—Baja —dijo—. Mínimo, una semana de descanso. Luego valoraremos.

¿Valoraremos qué? Tuve ganas de preguntar.

Si aún servía. Si todavía quedaba algo que salvar.

La temporada apestaba y el entrenador estaba cabreadísimo, como todos los demás. De poco me sirvió que, en el vestuario, EJ me dijera que no era mi culpa, porque yo era el puto capitán y la responsabilidad sí que era mía, lo sentía así en cada respiración.

Lo único que hice fue asentir al médico como si me estuviera hablando del tiempo.

En el último tiempo muerto no quise que el QB3 entrara, íbamos cuesta abajo y sin frenos 27 a 27 y pensé que podía remontar. No quise parar, por mucho que doliera, porque me creía el salvador, no el problema. Con Valentino terminando de recuperarse, era demasiado arriesgado, y Merrick no contaba con el nivel suficiente

para un partido así. A la vista estaba que yo tampoco lo tuve, aunque esa parte nadie la dijera en voz alta.

La derrota pesaba más que el dolor físico.

Pesaba saber que les había fallado a todos. Por mucho que los errores no fuesen todos míos, la responsabilidad sí que lo era, la visión era mía. Y, sobre todo, me jodía haber fastidiado a Ty.

Lo conocía lo suficiente para interpretar su cara cuando me miró al final. No era decepción, sino algo peor: preocupación. La de alguien que empezaba a preguntarse si su capitán y mejor amigo ya no estaba donde debería estar. Si la cabeza se le había ido a otro sitio, porque yo mismo se lo había confesado.

«Mierda».

Daba igual que le hubiera dicho entre chupitos que estaba pensando en una retirada, en una vida tranquila, en un pueblo, en mi hijo y una mujer que no debería querer en mi vida.

Lo que importaba era que ese deseo estaba pasando factura al equipo. Y eso sí que no podía permitírmelo.

Cuando el ascensor se abrió directo en el ático eran casi las tres de la madrugada. Arrastré la maleta fuera como si pesara una tonelada y, entonces, la vi.

Sky estaba despierta, esperándome en la penumbra, con las luces devolviéndome la visión justa.

Sudadera azul ancha —la que ya tenía catalogada como la de las derrotas—. Piernas desnudas, con total seguridad sin bragas. Una copa de vino en la mano. Sentada en la encimera. Mi hijo durmiendo en su cuarto. El silencio espeso envolviéndolo todo. A ella.

Todo lo que normalmente me habría calmado y hubiese querido tras un partido pésimo.

Esa vez, no.

No iba a funcionar. Lo notaba en las tripas, en los huesos, en las ganas de pelea. En la necesidad urgente de descargar contra algo, contra alguien, porque lo que me carcomía por dentro no podía expresarlo en voz alta.

Sabía que había visto el partido. Los mensajes en mi móvil lo dejaban claro. Ánimos. Corazones. Un «te espero… Tranquilo».

Uf. Tranquilo era lo peor que podías decirle a alguien tan jodido.

Y encontrarla así, tan disponible, tan abierta, tan segura de que lo único que necesitaba era hundirme en ella para volver a remontar, como si fuera un dispensador de fuel, me sentó mal, porque eso no era lo que Sky representaba para mí; lo que sí representaba no era fácil de digerir.

Solté la maleta.

—¿Qué haces? —pregunté con una voz más seca de lo habitual.

—Ya lo sabes. —Se mojó los labios—. Ven aquí. Lo siento mucho, Levi. Deja que te mime y te ayude a…

«Consolarte. A que, aunque seas un QB1 pésimo, me puedes follar y yo decirte que eres un campeón de los orgasmos», pensé.

Separó un poco más las piernas, dejándome ver lo que ya sabía que me aguardaba, y ahí fue cuando algo dentro de mí se rompió.

«¿Quién cojones soy y qué estoy haciendo con ella? ¿En qué la estoy convirtiendo?».

No fue alivio lo que sentí. Fue rabia. Fue cansancio. Fue miedo. Fue desprecio. Fue esa sensación asquerosa de no saber qué cojones estaba haciendo con mi vida y descargarlo contra lo primero que tenía delante. Fue como si alguien accionara un detonante a distancia para que me lo cargara todo, que arrasara como debería haber hecho en el campo.

Me acerqué como un toro listo para embestir, pero no con el cuerpo. Con palabras.

—¿Qué. Cojones. Haces? —repetí más alto—. ¿Piensas que todas mis mierdas se solucionan contigo ofreciéndome los muslos de par en par sobre mi encimera? Pues no, Skyler, esto no sirve.

En cuanto lo pronuncié, supe que me había pasado, pero ya era tarde y, en lugar de recular, seguí escupiendo mierda que no iba a ninguna parte, solo a herir.

—No todo en esta vida se arregla metiendo la polla en un coño dispuesto. Estoy harto de no estar centrado. De que lo que ocurre en este ático me afecte en el terreno de juego. Porque no solo me afecta a mí, ¿sabes? —Me llevé la mano al pecho, al hombro—. También a mi puto equipo. Estoy harto de pensar con el rabo. De que, haga lo que haga, gane o pierda, siempre tenga premio, y las

cosas no funcionan así. No eres el polvo de la victoria o el de consolación.

Respiré mal. Demasiado rápido. Le quité la copa de la mano y me la bebí de un trago. No la estampé contra el suelo porque me dio miedo despertar a mi hijo.

—Esta solución es una mierda.

Le cerré las piernas. Me odié en el mismo segundo en que lo hice.

Silencio. Denso. Cortante.

Sky no bajó la mirada. Le tembló el labio apenas un instante antes de recomponerse. No era de las que se rompían ante cuatro palabras mal dichas por un imbécil, y en ese mismo momento yo lo era. Y mucho.

Alzó la barbilla.

—¿Perdona?

Bajó de un salto de la encimera. No tenía mi estatura, pero sí algo que yo había perdido hacía rato. Dignidad.

—Si estoy así, aquí, esperándote, es porque las otras veces te ha ayudado —dijo contenida—. Porque el sexo descarga tu frustración y te alivia. Porque me preocupo por ti. No para que me trates como a una zorra, o como tú mismo has dicho, un premio, sea de consolación o no. Para que lo sepas, no soy ninguna de esas dos cosas. A mí siempre me ha dado igual que ganes o pierdas, imbécil. Y no, no pienso que todo se solucione abriéndome de piernas para ti.

Jamás había pensado eso de ella, pero estaba sangrando y había querido que sangrara conmigo, cosa que no debería haber hecho bajo ningún concepto. No se dañaba gratuitamente a las personas que te importaban.

Ahí reculé. No físicamente, sino por dentro.

—Perdona —murmuré, pinzándome el puente de la nariz—. No eres tú, soy yo perdiendo el control y llevándote por delante.

«Menuda frase de mierda, chaval. Pareces la letra de una puta canción».

—Perdona, nada —me cortó—. Todo esto ha ido demasiado lejos, y en parte es culpa mía por no haberlo atajado antes.

Su mirada se volvió fría.

—He tenido suficientes clases. A partir de hoy se terminaron los besos, las mamadas o tus lecciones de cómo follar o de lo que sea que creas que estamos haciendo. He aprendido bastante del maestro y te doy las gracias. No necesito tu nota ni un diploma para saber que he aprobado el curso con méritos.

Me atravesó.

—Sky…

Se dio la vuelta para irse.

La seguí y le cogí la muñeca por puro instinto.

—Espera…

Se giró con los ojos encendidos y me empujó.

—¿A qué? No. Ya no espero. Estoy hasta las narices de esperar algo que jamás va a ser. Los dos sabíamos que esto tenía un principio y un final. Está claro que ha llegado y a mí ya no me apetece seguir con las tutorías. Cuidaré lo que queda de la temporada de Evander y listo, fin.

—Esto no es un fin —dije—. Es solo que estoy jodido y… No quiero convertirte en la solución a mis problemas o echarte la culpa cuando no la tienes.

—Mira tú por donde, yo tampoco quiero que me conviertas en nada —respondió sin dudar—. No eres tú quien decide. Soy yo la que elige no continuar. Y como me dijiste una vez, si había algo que no me gustaba, podía parar en cualquier momento, ¿no? Pues aquí lo tienes. Esto no me gusta y se acabó.

—Escúchame… —dije desesperado—. Estoy atravesando unos momentos muy difíciles, no soy capaz de entenderme. No sé qué quiero. No me encuentro en el campo y en lo único que pienso es…

Me callé. Nos miramos. Y ahí estaba la verdad, poco hecha y atragantada en la garganta.

«En lo único que pienso es que te quiero. Que te quiero más allá de la cama. Que te quiero en mi vida. Que quiero a mi hijo aceptándote sin darse cuenta. Que quiero largarme de aquí y volver al pueblo contigo, formar una familia, y que me importa una mierda lo que opinen los demás o que el mundo arda si es contigo».

Pero no podía decirlo. No tenía derecho a pedírselo. Nos llevábamos diez años. Éramos familia. Ella tenía una carrera por

delante y un mundo entero por comerse. ¿Quién querría renunciar a todo eso por un *quarterback* lesionado, probablemente no renovado, con un hijo y ganas de desaparecer?

Así que no dije nada. Y el silencio fue peor que cualquier verdad. Sky tragó saliva.

—Será mejor que nos vayamos a la cama. Tú a la tuya y yo a la mía, por si no te ha quedado claro.

Asentí.

—Desde luego.

Pasó de largo sin mirarme.

—Buenas noches, Levi.

Fue lo último que pronunció antes de que la puerta se cerrara detrás de ella; por primera vez en mucho tiempo, el ático me pareció enorme. Vacío y jodidamente silencioso.

CAPÍTULO 59



Me desperté con la sensación incómoda de haber dormido mal, incluso cuando había dormido suficiente. Vale, lo confieso, igual lloré un poco, pero de rabia y decepción. Y tenía una de esas resacas emocionales que no se quitaban con café ni con una ducha larga.

Me levanté con uno de mis pijamas provocativos —no por nadie, por mí; eran los que tenía y si a Levi le jodían, más me fastidiaba a mí su diatriba de la noche anterior—. Fui directa a la cocina.

Evander estaba sentado en la barra con una tostada en la mano y la nariz arrugada, como si aquello fuera radioactivo.

—Esto está malo —sentenció muy serio.

Me asomé a su plato. El pan estaba negro por los bordes.

—Eso lo raspas un poco y sale, campeón —soltó su padre sin mirarme.

—Papá está raro —añadió Evander—. ¿Ha echado fuego la tostadora?

La que echaba fuego era yo, pero me callé. Y, sí, me alegré de que su humor fuera tan malo que ni la comida le saliera.

El centro de mis desdichas estaba de espaldas, terminando de hacer café con movimientos torpes, el hombro rígido. No me había dicho nada. Ni una palabra.

—Capi, ¿sigues ahí? —preguntó una voz desde el móvil—. Te he preguntado por lo de la lesión, los chicos dicen que el médico te dio la baja.

Eso sí me sorprendió.

¿Baja? Levi no me dijo nada sobre ello, ¿por eso estaba tan ofuscado? ¿Qué le pasaba? ¿Cuánto tiempo iba a estar fuera del terreno de juego?

«Caca, Skyler. La nueva Sky no se preocupa por lo que le pase a ese neandertal».

El teléfono estaba apoyado en un minitrípode portátil sobre la encimera.

—Habla flojito —me susurró Evander, que seguía sin atreverse a comer aquella atrocidad—. Papá está en videollamada con su amigo.

Levi bufó.

—Sigo aquí.

—Pues tienes voz de baja médica para toda la temporada, así que me va a tocar brillar a mí.

Alcé la mirada.

—¡Para toda la temporada, mis cojones! —voceó.

—¡Papá, cinco dólares! —El niño había vuelto de Saint Valentine Falls con una hucha enorme y una misión contra las palabrotas.

—Será una semana, no más. Rehabilitación, visionado de la cagada de Detroit y poco más. En siete días vuelvo, así que espero que lo aprendido conmigo estas semanas te sirva contra los Bears y no la fastidies.

—A los osos les flipa la miel y yo sé zumbar muy bien para distraer y terminar clavándoles mi aguijón; lo tengo enorme. No sufras, capi.

—Si tú lo dices… —murmuró Levi mientras terminaba de hacer el café.

—Ya lo verás. Y Skyler va a animarme a mí con sus pompones.

La espalda de mi casero barra jefe barra primo barra examante se tensó, y juraría que le vi palpitar algo en la mejilla.

Ahí fue cuando algo se recolocó en mi interior. Solo, con un clic seco.

A Valentino le contaba sus problemas. A mí me había soltado un «cierra las piernas» sumado a un «no eres tú, soy yo». Y ahora se alteraba porque yo pudiera animar a Dalton… Pues que se jodiera.

Me aparté el pelo del hombro y sonreí. De esas sonrisas que no traían nada bueno.

Agarré el móvil del trípode y lo giré para que la cámara me enfocara de lleno.

—Buenos días, Dalton.

Valentino parpadeó. Luego sonrió con esa cara de «el diablo ha bajado al ángel más guapo del cielo, listo para tentar».

—Hostias. Menudas vistas, cabrón —dijo en voz alta para que Levi lo oyera con claridad—. Esto es mejor que todo Dallas. No me extraña que no quieras salir del ático y se te hayan quemado las tostadas. Buenos días, preciosidad.

Levi dio un respingo. El café se le volcó encima. Y no me refería a la camiseta. Más bien a media jarra hirviendo directa a la entrepierna.

—¡Joder!

—¡Papá! —gritó Evander, alarmado—. ¡Te has quemado los huevos! Y me debes cinco más.

—Así van a juego con el pan —farfullé con maldad—, y tú te vas a forrar gracias a la boca sucia de tu padre.

Valentino soltó una carcajada al otro lado.

—¡Me estoy perdiendo cosas!

—¡¿Qué demonios haces?! —rugió Levi, intentando evitar que le hirvieran las pelotas con un trapo, yendo directo hacia mí—. Dame eso y cámbiate.

Aparté el móvil justo a tiempo.

—Se mira, pero no se toca. El que debería cambiarse eres tú, y no hago nada que te incumba —comenté, saboreando la venganza—. Saludo a un amigo.

Eso le hizo apretar hasta las muelas.

—¿Amigo? —repitió Valentino—. Me gusta cómo suena eso.

—Más te va a gustar mi propuesta. —Miré directa a cámara—. Mañana, tú y yo: cita en el ático.

Levi y Valentino exclamaron a la vez:

—¡¿Qué?!

Aunque, si lo pensaba, sonaron bastante distintos.

—Mañana libras, ¿no? —le pregunté a Valentino—. Es martes y me parece que teníamos una cita pendiente tú y yo. Ya sabes, aquí, en privado…

Soné sugerente. Levi se quedó helado.

—Como mi primo va a estar de baja —continué—, seguro que encuentra un sitio chulo para llevar a Evander a comer algo más apetitoso que este desayuno y luego al cine. Así tenemos más rato para profundizar tú y yo.

—¡Sí! —gritó el niño, emocionado—. Comida y cine con papi.

Valentino rio.

—No jodas que es uno de abril y no me he enterado.

Levi gruñó.

—No lo es, solo día uno y mi propuesta no es por el *April Fool's Day* —aclaré sin apartar la mirada de él, sintiendo otra planeando sobre mi escote—. Quiero una cita contigo, Dalton. ¿Te apetece?

—¿Tú qué crees?

—Ha dicho que no —espetó Levi.

Me dieron ganas de reír a boca llena.

—Ha dicho que sí —replicó Evander—. El dolor de huevos no te deja pensar, papi. A mí me pasó una vez con un balón.

Me mordí el labio para no soltar una carcajada.

—Tráete bañador —añadí—. Aquí hay un *jacuzzi* en el que se está de muerte.

—¡No te traigas nada! —saltó Levi.

Lo miré despacio. Retadora.

—Sí. Creo que «nada» será mucho mejor. —Le lancé un beso a la cámara, sumado a un guiño—. Hasta mañana, Dalton.

Colgué.

El silencio se quedó plantado en mitad de la cocina, como un mueble nuevo.

—¿Valentino es tu novio? —preguntó Evander, curioso.

—No —contestó Levi demasiado rápido.

—Pues sonaba a que sí. Te miraba mucho y sonreía. —Evander me contempló—. Debería serlo. Me gusta, es divertido y, si te enamoras de él, te dará bebés, como dijo Lila. ¿Quieres bebés?

Levi casi se atragantó.

—En algún momento, ya te lo dije, aunque no ahora —comenté, ladeando la cabeza—. Pero es bueno que me lo recuerdes; a veces,

a una se le olvidan este tipo de cosas. Nos saldrían unos hijos guapísimos, ¿no crees?

Evander se encogió de hombros.

—Supongo.

Miró su tostada con tristeza.

—Papá, este desayuno está muy malo. ¿Es por el hombro?

A Levi parecía que el café hirviendo también le había afectado al habla.

—No te preocupes, campeón —intervine—. ¿Qué te parece si nos cambiamos y te llevo a desayunar fuera?

Evander dio un salto.

—¡Sí! ¡Bien! Nada de tostadas raspadas. ¿Papá viene? —preguntó.

Miré a su padre de reojo.

—No. Papi Carter tiene demasiado que hacer y que pensar… —Le guiñé un ojo al niño—. A ver quién se cambia antes. Y no te olvides de lavarte la cara y los dientes.

—¡Pero si aún no he comido!

—Pero el aliento a dinosaurio lo tienes.

Evander salió riendo, disparado.

Yo me fui a mi cuarto sin dirigirle una sola palabra más al gruñón de su padre.

Nada más cerrar la puerta, empecé a quitarme la camiseta cuando esta se abrió de golpe.

Me cubrí el pecho por puro reflejo.

—Pero ¿qué…?

Levi estaba ahí. Echando humo por la nariz. Hambriento de pelea.

—¿Qué narices crees que haces? —escupió cabreado, pero bajo para que su hijo no lo oyera.

—Cambiarme —repliqué—. Y por si lo de la lesión te ha afectado también a la educación: se debe llamar antes de entrar en habitaciones ajenas.

—Esta es mi casa.

—Sí, pero resulta que ahora vivo en ella y tú y yo ya no compartimos un máster en sexo.

—Te dije que no saldrías con Dalton.

Me reí. Sin humor.

—Y yo que, desde anoche, solo soy la niñera. Y voy a hacer lo que me dé la real gana. No he tenido un día libre, eres un negrero, así que, te guste o no, mañana lo tendré, aunque no salga de aquí. Y te recuerdo que con él llegaste a un trato. Por lo que ahora asumes y te aguantas: toca cumplir.

Se acercó demasiado. Invadió mi espacio; la vena del cuello parecía lista para explosionar.

—¿Eso es lo que quieres? —escupió—. ¿Darle a Dalton lo que has aprendido de mí?

Lo miré de arriba abajo.

—¿Y a ti qué más te da? Quizá no seas el único que pueda ofrecerme clases particulares. La alumna ha superado al maestro, por si no te acuerdas.

Se acercó un paso más. No estaba segura de lo que pretendía: tenía las mismas ganas de besarme que de azotarme o atarme a la cama.

«No pienses cosas guarras, Skyler», me reñí.

—Sky…

—No hay un Sky ni un motivo por el que puedas o debas oponerte. Ahora lárgate, antes de que entre tu hijo y tengas que explicarle por qué me estás ladrando mientras estoy en tetas. Y te lo advierto: quiero quedar con Valentino y lo haré.

Maldijo por lo bajo. Soltó cosas que ni yo misma entendí. Dio media vuelta y se fue.

Me quedé allí, con el pulso acelerado y una sonrisa orgullosa.

—Chúpate esa, Carter.

CAPÍTULO 60



Me vestí despacio.

No por vanidad. Por estrategia.

El vestido era corto sin ser obsceno, ceñido donde tenía que serlo y con una espalda que hacía innecesario cualquier comentario de «bájame la cremallera». Tacones cómodos —pero con intención— y el pelo suelto, brillante, sin nada de *frizz* que lo cargara de decepción.

Cuando salí al salón, Evander fue el primero en levantar la vista.

—Guau —dijo con absoluta sinceridad—. Estás muy guapa, prima Nube.

Sonreí de verdad porque un cumplido suyo valía por mil de su padre.

—Gracias, campeón.

Levi no dijo nada.

Se quedó quieto, con una mano apoyada en la encimera y la otra colgando, como si le pesara demasiado. Parpadeó una vez. Luego otra. Juraría que algo en su ojo izquierdo hizo un tic y yo me alegré.

—¿Vas así… por casa? —soltó con una voz demasiado neutra para ser inocente.

—Era esto o el pijama —respondí con dulzura venenosa—. Preferí ir así.

—A mí me gusta —afirmó Evander—. No está bien comer en pijama con las visitas.

Levi apretó la mandíbula.

—Exacto. Además, si luego nos apetece…, nos daremos un baño.

—Ten cuidado —añadió él, mirando a un punto indeterminado de la pared—. Hay gente muy peligrosa suelta por ahí.

—Sobre todo, los que se muerden la lengua para no decir lo que piensan.

Justo entonces sonó el timbre.

El portero habló por el telefonillo.

—Señor Carter, tengo aquí al… eh… señor Dalton. Solicita acceso.

Levi cerró los ojos un segundo, como quien contaba hasta diez para no cometer un homicidio muy voluntario.

—Dale paso —murmuró.

Mientras el ascensor subía, Evander decidió romper la tensión como solo él sabía hacerlo.

—¿Sabes, prima Nube? Papá me va a llevar a The Magic Time Machine. Es un restaurante donde los camareros se disfrazan y te hablan como si estuvieras en otro planeta. Puedes comer macarrones con queso hasta que te salgan por las orejas y nadie te mira raro.

—Seguro que lo pasáis de miedo —le dije, sincera.

—Y luego vamos al cine —añadió—. A ver *Vaiana 2*. Porque hay océanos, monstruos y canciones de esas que hacen que te muevas sin querer.

—Planazo —aprobé—. Vaiana es genial y Maui superdivertido.

Levi carraspeó.

—La que va a pasarlo de miedo eres tú, pero de peli de terror —soltó, torcido—. Vigila que nuestro invitado no te persiga con algo corto y afilado.

Las puertas del ascensor se abrieron. Yo me mordí la parte interior del carrillo para no reír.

—Valentino no va a perseguirla con un cuchillo —dijo Evander muy serio—. ¿A que no? —Su carita se giró hacia el invitado.

Él apareció como si lo hubiera ensayado: guapo sin esfuerzo, sonrisa amplia y un ramo de flores cargado de rosas rojas, que parecía excesivo, solo para provocar.

—Claro que no, campeón —respondió con soltura—. Aquí, lo único corto y afilado es la lengua de tu padre, que es muy bromista.

Se acercó y me tendió las flores, recorriéndome con la mirada sin prisa, sin disimulo.

Levi parecía debatirse entre masticar las rosas o metérselas por donde no brilla el sol.

—Gracias —dije, aceptándolas. Olí el perfume intenso, acercando mi nariz a ellas.

—No tenemos jarrones tan grandes —masculló Levi.

—No hay problema —respondí—. No les dará tiempo a marchitarse, seguro que a Valentino le parece bien el uso que quiero darles a los pétalos en el *jacuzzi*. Dicen que van genial por sus aceites esenciales.

Le devolví la sonrisa a Valentino y luego miré a Levi. Juraba que parecía que fuera a atragantarse con su propia lengua; en ese momento, seguro que lo del jarrón no le parecía tan mala idea.

«¡Que te den, Carter!».

—Venga, marchaos o llegaréis tarde —los espoleé.

Me agaché frente a Evander.

—Pásalo bien, campeón.

—Y vosotros… —Bajó la voz, conspirador—. Queremos bebés bonitos.

Levi miró a Valentino como si estuviera valorando un sacrificio ritual antes de montarse en el ascensor.

—Tomo nota —respondió él, encantado.

Levi gruñó algo ininteligible, cogió a su hijo de la mano y se fueron.

Las puertas se cerraron.

Valentino y yo nos miramos.

«5, 4, 3, 2, 1». Y estallamos en carcajadas.

—¿Has visto la cara del capitán? —dijo él—. Parecía que hubiera vuelto a desayunar tostadas quemadas con paté de ortigas.

—*Sip* —asentí—. Gracias por aceptar esto. —Nos señalé, refiriéndome a la cita.

—¿Bromeas? —Fue hasta el salón y se dejó caer en el sofá—. Me flipan estas cosas. Y no es la primera vez que una tía me pide algo parecido para sacar a la palestra al gilipollas que le importa. Porque lo de quedar va de eso, ¿verdad?

Solté el aire despacio. Lo cierto era que no estaba muy segura de cómo enfocarlo o qué decirle, porque la verdad era que no quería nada con Valentino Dalton, más allá de una amistad y… Vale, era posible que también demostrarle a Levi lo que se estaba perdiendo. Me senté a su lado.

—Digamos que me he cansado de esperar.

—Entonces… —Alzó una ceja, extrañado—. ¿Quieres follar?

Le di con el ramo en el pecho.

—No, tonto.

—Vale, vale, es lo que creía. —Rio por lo bajo—. A ver, no es que no me pongas y eso, solo lo he preguntado por si acaso tengo que esforzarme un poquito…

Se acercó provocador a mi cuello, más para hacer el bobo que de verdad.

—No es necesario. —Recuperó la postura y enfoqué mi mirada en él—. Es solo que… Llevo demasiado tiempo esperándolo, siempre soy yo la que va a por él y le da muestras… Después de lo que ocurrió la otra noche, me he hartado.

—Te escucho, cuéntamelo todo desde el principio, que tenemos muchas horas que rellenar —dijo, serio en ese momento.

Y me vacié por completo. Desde el flechazo infantil hasta el reencuentro. Lo sucedido en esos meses. Lo que pensé que podía ser y al final se quedó en un «cierra las piernas y vete a tu cuarto…».

—Si te soy franca, en parte pienso que es porque el verdadero amor de su vida fue Nova, aunque no quiera reconocerlo, y yo he sido una especie de parche emocio-sexual.

—¿Estás de puta coña? —preguntó al final—. Ni de puta broma, vamos.

—Tú no lo conocías antes.

—No, pero esas cosas se hablan en el bar cuando el capi no está. Todo dios cree que Levi tiene algo con alguien ahora mismo. La prima de las bragas rojas del avión.

Me quedé helada.

—¿Cómo dices?

—Tus bragas. —Sonrió—. Se te cayeron en el ático. Él las cogió. Pensaba que eras… Bueno.

—Estríper.

—Exacto.

—¿Y os lo contó a todos? —Mis mejillas debían de estar del color de esas bragas en ese instante.

—*Nah*, solo a Ty, yo fingía estar viendo una peli con los cascos porque lo bueno nunca se lo sueltan al *rookie*.

Estaba alucinando.

—Las ha tenido todo este tiempo… —No era una pregunta, más bien una constatación.

—Si no te las ha devuelto, ya te digo yo que sí. Y, además, lo pillé pajeándose con ellas y con una foto tuya que le mandaste, en la cocina… Con la sudadera azul.

—¡¿Cómo?!

Mi pulso derrapó y me dio una sacudida en todo el organismo. Él se partió de risa.

—¿Cómo crees que me gané esta cita? —Se inclinó hacia mí—. Sky, ese hombre está más loco por ti que tú por él, te lo garantizo. Lo que pasa es que no sabe gestionar su vida ni con ChatGPT.

Tragué saliva.

—¿De verdad lo crees?

—Oh, sí. Me apostaría mi carrera, solo hace falta que te fijes un poco en cómo te mira.

—¿Cómo lo hace? —pregunté, prudente.

—Como si fuera a arrancarle la cabeza a cualquier otro que lo hiciese. ¿Por qué crees que se presentó en St. Thomas? Alguien le mandó un vídeo tuyo tomando el sol en la piscina, alegando que, si no daba un paso, lo daría él… —Abrí los ojos de par en par—. Y antes de que lo preguntes, sí, ese ángel cabrón era yo. El problema de los tíos es que, en los asuntos del corazón, somos bastante memos.

Suspiré.

—El domingo discutimos a lo bestia cuando volvió del partido.

—Normal. —Se encogió de hombros—. Lleva una presión cojonuda encima, a veces es difícil entenderlo. No te confundas, no

lo disculpo, seguro que, si no la hubiera liado tanto, ahora tú y yo no estaríamos sentados en este sofá. ¿Me equivoco?

—No es fácil ser una DCC tampoco.

—Imagino que vosotras también tenéis lo vuestro, sí.

—Además, este viernes empieza la época de espectáculos navideños en The Star, todos los viernes y sábados, los ensayos están siendo de la hostia.

—Te propongo algo. —Sonrió—. ¿Y si le damos motivos para pensar que entre nosotros sí va a haber bebés preciosos?

Reí.

—¿Recuerdas la amenaza hacia tus pelotas? Igual te deja sin poder engendrarlos.

—Tranquila. —Guiñó un ojo—. Regateo bien y Carter ya está algo mayor.

—Eres un kamikaze, Dalton.

—No te lo negaré. Entonces…, ¿jugamos al gato y al condón?

Sonreí.

—¡¿Qué?!

—Tú confía.

—Vale, juguemos.

Y, por primera vez en días, sentí que estaba justo con quien tenía que estar.

CAPÍTULO 61



Llevaba una semana de perros.

De esas que no se arreglaban durmiendo más, ni corriendo más fuerte ni apretando los dientes hasta que crujían. Una semana que se te quedaba incrustada bajo la piel como una astilla que no veías, pero que sangraba cada vez que te movías.

El martes anterior seguía ahí. Clavado.

Sobre todo, porque había pasado toda la maldita semana viendo a Sky con una sonrisa espléndida. De esas que no pedían permiso y que no miraban atrás. Sonrisa de mujer que estaba bien, empoderada, mejor que bien.

Cuando mi hijo y yo volvimos al ático aquel primer día, Valentino no estaba. No había rastro de él, salvo lo que no se veía, pero se olía. No había señales de Sky, sin embargo, sonaba la ducha en su habitación. Mala señal.

Fui a la cocina a tirar un folleto de propaganda que alguien me dio. Los tallos de las rosas asomaban en la basura de la cocina, verdes y cortados a traición. Y yo, que era un *masoca* de manual, fui directo a la zona del *spa*.

No sabía qué esperaba encontrar. Algún pétalo olvidado. El *jacuzzi* todavía húmedo. El eco de algo que no me pertenecía. Pues sí, todo eso estaba allí y, como no tuve suficiente, rebusqué. Literalmente rebusqué entre esas mierdas rojas y perfumadas que se pegaban a los dedos. La papelera del baño, el cubo pequeño rebosaba. El rincón que nadie miraba porque no quería saber y yo con las manos

dentro en busca de… Sí, justo de eso: de un condón. Un maldito condón.

No había nada, lo cual no estaba seguro de si me llenaba de alivio o me terminaba de joder.

«No lo habrán hecho a pelo, ¿no?».

Ese pensamiento me carcomió durante días. No como una imagen clara, sino como una presión constante en el pecho. Parecía que me hubieran puesto un peso encima y se hubieran ido sin avisar con el cartelito de «en cinco minutos vuelvo» y sin dar señal.

Sky, ni corta ni perezosa, me dijo esa misma noche —cuando Evander la puso al día y le preguntó: «¿qué tal?»— que necesitaba el ático para el martes siguiente y así evaluar. Su tono fue normal, tranquilo, educado.

—No tendrás problema, ¿verdad? —cuestionó, melosa.

¿Qué jodido problema iba a tener?

—Al contrario, si tan bien lo habéis pasado, tendréis que repetir, ¿no?

Eso no era lo que quería decir y, sin embargo, lo hice; acepté. Acepté porque era un necio y no iba a dar mi brazo a torcer. Porque no iba a admitir que me estaba matando en vida. Porque prefería romperme la mandíbula, apretando los dientes cada maldita noche, antes que decir: «esto me duele».

Si no tenía bruxismo hasta ese momento, lo iba a tener. Porque Sky no solo parecía más feliz que nunca, lo era.

El domingo, el puto Dalton se marcó un partidazo de los que salían en los resúmenes.

Los Cowboys ganaron a los Bears 24–10 sin mí. El mejor resultado de la temporada. Y la puta maldita cara de Skyler lo miraba a él. Lo animaba a él agitando los pompones, como Valentino predijo.

Mientras mi hijo y yo nos tragábamos el puñetero partido, porque era a las doce de la mañana, según dijo Evander, Valentino y Sky iban a tener muchos hijos.

«¡Me cago en la hostia! Muchos», había dicho.

Plural. Convencido.

Estaba que me subía por las paredes. Tentado a embestir esa puerta al otro lado del pasillo cientos de veces. De noche me había acercado. Había apoyado la frente en ella como un perro apaleado. Quieto. Respirando despacio. Buscando algo que yo mismo había destruido.

¿Y ahora qué? ¿Quería el hueso? Pues no me daban ni las sobras.

Pensar en ellos me estaba matando, no porque fueran ellos dos, sino porque era lo que yo había despreciado. Y que mi regreso no fuera hasta el miércoles, como dijo el doctor tras la revisión del lunes, no ayudaba. Sabía que, con tan poco margen, jugaría el siguiente partido con tiempo compartido y sería entre Dalton y yo. Eso me tenía aplastando las muelas.



«¿Cómo coño es posible que, al final, esa puta *app* tuviera razón y yo solo haya abonado el camino al *match*?».

Así que volvía a ser martes y de nuevo llevé a mi hijo a comer fuera con un humor de mierda. Luego, teatro navideño. Después, acuario, porque hacían no sé qué de una experiencia inmersiva… Así que, nada... Dándole prórroga a la feliz pareja, tiempo extra. Justo lo que les faltaba.

Cuando volvimos a casa era hora de cenar. Sky lo había dejado todo listo. Ella se había ido a entrenar.

Comimos lo que nos dejó sobre la encimera, cubierto con un protector y un pósit con una carita guiñando un ojo.

Mi mal humor se prendió como una antorcha. Sobre todo, cuando Evander me dijo que el corazón significaba que iba viento en popa.

Seguí la rutina de mi hijo. Cuento. Luz apagada. Beso en la frente. Luego, cocina. Recoger. Servirme una segunda copa de vino.

Y cuando fui a tirar las sobras…, lo vi.

En la puta zona de reciclaje. Asomando. Un papel brillante con unas letras que reconocería hasta en China: Durex.

Sabía que no debía volver a hacerlo. Pero también lo hice. Levanté la tapa y cerré los ojos en cuanto me topé con la evidencia.

«Si no quieres ver, ¿para qué miras, cabrón?».

Un condón. Anudado. Ahí. Como si fuera su sitio. A saber dónde le había metido el rabo el maldito Dalton.

Me giré de golpe.

«No habrá sido en mi puta encimera, ¿no?».

La paranoia me golpeó fuerte. La desesperación, también.

La estaba perdiendo por imbécil y por cabrón. Porque cualquiera estaría deseando estar con alguien como Sky, y yo no solo la había alejado, la desprecié, la reduje a una función, a un papel que no le correspondía. A algo que no era.

«¿Instructor? ¡Y una mierda!». Nunca fui eso con ella, solo que eso era lo que le hice creer.

Quería destrozarlo todo. Arrasar, porque dolía. Jodía de verdad. Al día siguiente tenía que entrenar. Dormir. Rendir. Y lo que hice fue arrancar un trozo de papel de cocina, sacar esa cosa de ahí y dejarla sobre la encimera. Para no olvidarlo. Para mirarlo. Para recordarme lo mierda que había sido.

Abrí una botella de whisky, de esas que se reservaban para las grandes celebraciones, y me serví un trago. Brindé con el puto condón.

Uno. Otro. Otro más.

Hasta que las puertas del ascensor se abrieron y ella entró.

CAPÍTULO 62



La semana me había dejado los muslos hechos una promesa rota y la sonrisa pegada con cinta adhesiva.

Los ensayos navideños eran una trituradora con brillos: entradas y salidas milimétricas; patadas más altas de lo humano; brazos que ardían, sosteniendo pompones como si fueran plomo.

Yo había llegado a casa cada noche con el moño deshecho y el alma con agujetas. Aun así, cuando cruzaba el umbral del ático, intentaba ser la versión mejorada de mí misma porque Evander no tenía la culpa de nada y Levi… Levi llevaba días mirándome como si yo fuera una herida con piernas.

Desde la cita con Valentino, su humor había empeorado. Más silencio, más gruñidos, más mandíbula tensa. Levi Carter en modo «si abres la boca y hablas de él, te muerdo». ¿No era eso lo que quería? ¿Llevarlo al límite?

Dalton disfrutaba de cada segundo del caos que generaba.

—Una patada donde más duele —me dijo esa misma mañana, mostrándome un maldito envoltorio de una marca muy reconocida.

—Dijimos que no haríamos eso.

—Una cosa es hacerlo y otra muy distinta que él crea que lo hemos hecho —admitió con esa sonrisa suya de cabrón adorable—. Lo necesita. A veces, los tíos tenemos que ver la hostia para asumirla.

El plan era sencillo. Un golpe teatral. Un empujón. Yo aporté la utilería: leche condensada. Por textura, era lo más similar. No me

enorgullecía, pero tampoco me parecía un crimen de guerra. Era un truco, como los magos que hacían aparecer el conejo en la chistera donde antes no había nada.

Como dijo Dalton, riéndose: «No hay mal que cien años dure y un condón con *lefa* falsa no cure».

No estaba segura de que Levi se percatara de él, y mucho menos encontrarlo en la cocina, como un trofeo macabro, sobre un papel de cocina y hundido en su propio infierno.

No estaba solo, lo acompañaba una botella de *whisky*, un vaso a medias y el aire cargado de alcohol y rabia contenida.

Tenía la camisa abierta en el cuello, el pelo revuelto y esa expresión… que no era de enfado, sino de derrota, y la conocía demasiado bien.

Me quedé quieta. Noté la culpa como un pinchazo, corto y sucio. Me dio por pensar en cuánto podía soportar un hombre antes de romperse del todo. Levi no era de los que se quejaban, él era de los que se tragaban el dolor desde pequeños y luego lo convertían en rendimiento.

—¿Qué haces despierto? —Me salió más suave de lo que pretendía.

Tenía los ojos vidriosos, no de llorar, de alcohol, de cansancio, de todo.

—¿En serio, Sky? —dijo con la voz rota, áspera—. ¿Qué cojones estás haciendo con tu vida?

La pregunta me atravesó porque no era solo una acusación, se podía palpar el miedo disfrazado de crueldad.

Dejé la bolsa en la silla, despacio. Tiré de la cremallera de la sudadera y me acerqué sin invadirlo del todo.

—Lo que me da la gana.

Él soltó una risa que no tenía gracia y señaló a su compi de borrachera con un gesto brusco.

—¿Eso también entra en «lo que te da la gana»?

Arqueé una ceja. Me obligué a no mirar el condón como si fuera dinamita.

—¿Hubieras preferido que lo hiciéramos sin?

Levi se levantó como si le hubieran dado un bofetón con la mano abierta. El vaso tintineó contra la piedra. En un segundo, estaba encima de mí.

Me agarró y me apretó contra la encimera. No con violencia, con desesperación. Parecía que su cuerpo buscara anclarse, perdiéndome en una marea cargada de oscuridad.

Su respiración era errática. Le temblaba una vena en el cuello.

—Hubiera preferido que nunca sucediera —escupió sin apartar la mirada—. ¡Soy un puto gilipollas, Sky!

Me sostuvo contra él y noté el calor de su pecho, el peso de su culpa. Me di cuenta de que se resquebrajaba de una forma que no había visto nunca.

—Sí, no seré yo quien te quite el título —dije con una sonrisa mínima, casi triste—. Digamos que últimamente estás en racha. Pero era lo que querías, ¿no?

Él apretó la mandíbula.

—¿Lo que yo quería?

—Tú por tu lado y yo por el mío.

—No te haces una jodida idea de lo que quiero, Sky.

Me reí sin humor.

—Ya lo creo que sí. Me lo dejaste claro la otra noche.

Su cara cambió. Parecía que esas palabras se las hubiera repetido él más veces que yo.

—La otra noche dije muchas cosas que ni pensaba ni sentía.

No lo dejé huir por la rendija.

—¿Y qué sientes? —Le clavé la mirada—. ¿Que estás jodido porque has encontrado un condón de otro tío en la basura? ¿Que tu equipo ha ganado sin ti? ¿Que no soportas la idea de que la lesión no te deje terminar la temporada? ¡Habla de una maldita vez, por Dios, y hazlo de verdad! ¡Desde el corazón! Estoy harta de ver cómo callas y huyes, que no sueltes lo que te oprime. ¡Joder, Levi, que soy yo!

Él cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, tenía esa mirada de hombre que ya no podía mantener el muro.

—¡¿Eso es lo que quieres?!

—¡Sí, maldito seas!

Me dolían las piernas, los hombros y la cara de sonreír todo el día, pero en ese instante solo me dolía él.

Levi soltó el aire como si se rindiera.

—Tú lo has querido. Pues lo que quiero, maldita necia, es a ti. A ti, joder. A ti en cada segundo, minuto, hora o lo que sea de mi existencia.

Se le quebró la voz y no apartó la mirada.

—A ti y a tu pelo rojo, a tus pecas sobre el puente de la nariz. A ti en sudadera, sin bragas y sobre mi encimera. A ti corriéndote en mi boca o encima de mi polla. A ti con tus sonrisas y tus neuras, con tu purpurina y tu cabeza encima de mi pecho, satisfecha, sobre el latido de mi corazón, que únicamente golpea por ti.

Tragué saliva. Sentí el golpe en el estómago, parecía que me hubieran quitado el aire.

Levi se rio sin alegría.

—Sé que no está bien lo que te voy a decir, pero eres lo único, junto a mi hijo, que ahora mismo deseo, más que al puto fútbol, al estadio, a las ovaciones o a los titulares llamándome «Príncipe». Me da igual que todo se vaya a la mierda o que no deba sentir lo que siento, porque lo más importante eres tú y es a ti a quien quiero ahora y para los restos. Y no puedo decírtelo, no puedo pedírtelo porque no querría que renunciaras a nada por mí, porque yo ya lo he hecho todo y tú estás empezando a vivir. ¡¿Lo entiendes ahora?!

Me quedé un segundo quieta, mirándolo, asimilándolo. La cocina parecía más pequeña. Más íntima. Como si el mundo entero se hubiera reducido a su pecho subiendo y bajando y a mis manos temblando.

¿Si lo entendía? ¿Me había apartado de él por mí? Yo jamás pedí un salvador.

Entonces, me salió lo único que podía librarnos de tanto dramatismo.

—Ven aquí, idiota.

Tiré de su camisa y lo besé. Con hambre y con rabia, con esa alegría violenta que te daba cuando te confirmaban que no estabas loca. Levi respondió como si hubiera estado conteniéndose años. Me subió a la encimera y yo enredé las piernas en su cintura, notando

cómo se le cortaba la respiración y nuestra vieja conocida se ponía dura.

Él se separó un segundo, miró de reojo el condón con cara torturada y soltó un quejido lastimero, frenando.

—Oye… —dijo, tragando duro—. Si me dices que lo vuestro es más importante que mis sentimientos, lo entenderé…

Lo miré, incrédula.

—¿En serio?

—No —admitió—, pero lo respetaré por imbécil.

Me dio una ternura feroz. También me dieron ganas de estrangularlo.

—Vale —dije, fingiendo paciencia—. En ese caso…

Alargué el brazo, cogí el condón, lo rasgué con los dientes y tragué.

Levi se quedó petrificado.

—¡Pero ¿qué cojones?!

No lo dejé reaccionar. Lo agarré por la nuca y lo besé con lengua, aprovechando su parálisis facial. Noté el segundo exacto en el que entendió que algo no cuadraba. El sabor dulce. La textura.

Se apartó, parecía que le hubiera mordido una serpiente. Dio un paso atrás y empezó a escupir como un loco.

—Por aquí sí que no paso, ¿eh? ¡Me cago en la puta!

Me dio un ataque de risa tan brutal que me doblé sobre mí misma. Lágrimas. Hipo. Dolor en el abdomen.

—¡Joder! La corrida de Dalton sabe a leche condensada —soltó, y yo me ahogaba entre carcajadas—. Hasta eso le sabe bien al puto cabrón.

Levi seguía escupiendo, furioso.

—No pienso compartirte con él —dijo por fin, respirando fuerte—. ¿Me oyes?

—Empezamos a entendernos. Yo tampoco quiero que lo hagas. —Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano—. Valentino creyó que, si encontrabas una goma usada, sería suficiente motivo como para asumir lo que sientes por mí, a lo primitivo, ya sabes… «Ese coño es mío. Unga, unga». Así que recreó una ilusión óptica, como

los magos o los buenos cocineros. Lo que había ahí dentro no era su corrida, sino justo lo que has dicho.

Levi cerró los ojos y apoyó la frente en mi hombro, como si quisiera arrancarse el orgullo a mordiscos.

—¿Cómo puede ser tan tonto y tan listo? En cuanto lo pille, lo inflo a hostias.

—Los dos sabemos que no lo harás.

Levi me miró dos segundos y luego me cargó en brazos como si no pesara nada. Me bajó y me besó con más ímpetu. Más decidido. Más real.

—Te quiero, Sky.

El mundo se me acomodó dentro del pecho. Como si por fin encajara.

—Y yo a ti, maldito cabezota.

Levi respiró contra mi boca, aún con ese brillo de *whisky*, ruina y amor.

—Más te vale —murmuró, pegando su frente a la mía—. Porque no pienso dejar de follarte nunca más.

Le di un golpecito en el pecho, riéndome otra vez.

—Eres tan romántico cuando quieres, Carter.

Él soltó una carcajada baja, ronca. De esas que me flipaban. Por fin vi algo en sus ojos que no era rabia ni miedo, se trataba de paz.

Y yo, que llevaba días sobreviviendo a patadas imposibles y ensayos que no me llenaban, entendí que ese era el verdadero espectáculo y el único que importaba.

CAPÍTULO 63



Me quedé sentado en el banco cuando el vestuario empezó a vaciarse a base de golpes secos y mala leche. Taquillas cerrándose a lo bestia, cascos lanzados contra el suelo de goma, cintas arrancadas de muñecas que aún temblaban. El sudor me pegaba la camiseta al pecho y respiraba como si todavía estuviera en el último *drive*, con el ruido del estadio clavado en los oídos, aunque ya no quedara nadie gritando mi nombre o insultándome.

Cinco derrotas. Eagles, Commanders, Packers, Lions y ahora se sumaban los 49ers. No estábamos fuera de los *playoffs*, pero a ese ritmo necesitábamos ganar los tres que quedaban o empezaría a hablar de enero desde el sofá. «Qué bien suena eso», pensé con un nudo atravesándome el esternón, porque tampoco era que quisiese eso para los demás o que me estuviera entregando poco en el terreno de juego; eso jamás.

Por una vez, no fue culpa mía. Ni de Valentino. El plan fue claro desde el viernes: él abría el primer y tercer cuarto, yo tomaba el segundo y el último. Repartir *snaps*, cuidar cuerpos, mantener ritmo. No era improvisación, se trataba de cálculo. Funcionó… hasta que dejó de hacerlo.

Los 49ers jugaron en casa y se notó desde el primer segundo en que el balón se puso en juego. Su defensa era un bloque de hormigón armado, de esos que no cedían ni aunque los embistieras con todo. Los siete hombres de delante cerraban cualquier hueco por el que intentábamos avanzar, como si supieran de antemano por

dónde íbamos a intentarlo, y los *linebackers* me leían la mirada, antes incluso de que yo terminara de cantar la jugada. Detrás, la secundaria jugó todo el partido al límite del reglamento: manos sobre los receptores, empujones disimulados, contacto constante…, lo justo para descolocarte sin que los árbitros sacaran el pañuelo. No fue sucio. Fue inteligente. Y muy efectivo.

Nuestra línea ofensiva aguantó todo lo que pudo, pero el espacio que tenían para protegerme se venía abajo medio segundo antes de lo normal. Medio segundo no parecía nada, pero en mi posición lo era todo. Era el tiempo exacto que separaba un pase limpio de que te tiraran al suelo. Era lanzar forzado cuando todavía no estabas cómodo. Era acabar soltando el balón corto porque no te daba la vida para algo más ambicioso, y quedarte lejos de avanzar lo que necesitabas. Hicimos muchas cosas bien: jugadas rápidas para no darles tiempo a llegar, engaños para congelar a los defensores y pases laterales para frenar su agresividad. Ellos ajustaron mejor. Nos cerraron el área donde se decidían los partidos y nos obligaron a conformarnos con chutar a palos cuando lo que necesitábamos era cruzar la línea de anotación. Así se perdían los partidos que, en realidad, se luchaban hasta el final.

—Eh —dijo Ty, sentándose a mi lado con una toalla al cuello—. Deja de mirarte las manos como si fueran a confesar algo.

Le sonreí sin ganas.

—Os he fallado de nuevo —murmuré.

—No hoy —me cortó—. Hoy nos leyeron. Punto, lo estás haciendo bien, cabrón, y Dalton también. No fue cosa vuestra.

Jace apareció detrás, apoyó un antebrazo en la taquilla y asintió.

—Nos hicieron masticar césped —dijo—, pero no nos rompieron y todavía no estamos fuera.

El entrenador entró entonces. Mitch Harlow no gritó. Eso fue peor. Repasó errores sin nombres propios, habló de disciplina, de ejecución, de cómo se ganaba perdiendo y de cómo se perdía perdiendo mal. Nos miró uno a uno, clavó la vista en mí un segundo más largo de lo cómodo.

—Esto no va de héroes —cerró—. Va de equipo.

Cuando se fue, el núcleo duro se acercó. Marcus soltó una broma a destiempo que nadie rio. Valentino cayó a mi lado, se notaba a la legua que estaba tan cabreado como yo, aunque lo disimuló con una de sus frases de guerra.

—La próxima, los enviamos nosotros a otra galaxia —dijo—. Te lo juro.

—Menos promesas y más trabajo —le contesté—. Seguimos.

La prensa esperaba como siempre. Caminé junto a Mitch hasta el atril: luces, *flashes*, preguntas con filo.

—¿Es un problema de rotación en la posición de *quarterback*? —preguntó alguien.

—No —respondí—. Es fútbol. Ellos ejecutaron mejor en los momentos clave. Nosotros también jugamos, pero no basta cuando el rival acierta más para que pierdas.

—¿Preocupa el récord? —le lanzaron a Mitch, refiriéndose a las derrotas.

—Pesa —admitió—, pero no nos hunde. Solo nos obliga a ganar el siguiente. Todavía quedan tres y esto es fútbol, señores, nada se da por hecho hasta que finalice el último. No hay más declaraciones.

Salimos. El ruido quedó atrás. Me quedé un segundo solo, respirando ya normal. No estábamos muertos. Estábamos heridos, y eso, en esa liga, todavía nos daba opciones.

Cuando llegué a casa, Sky me esperaba dormida en el sofá. Sí, llevaba puesta la sudadera azul, pero esa vez no se ofrecía como el premio de consolación, simplemente estaba allí.

Me acerqué y besé sus labios con ternura. Ella abrió los ojos despacio.

—Mmm… ¿Estoy soñando o ya has llegado?

—Estoy aquí y es muy tarde, cariño…

La alcé en mis brazos, olvidando la maleta a un lado; ella se acurrucó de inmediato contra mi pecho.

—Jugasteis bien…

—Lo sé, tranquila, aunque esté mosqueado, no es contigo ni con mi rendimiento.

Ella asintió contra mi cuello. Podría haberla llevado a su habitación, pero no lo hice, fui directo a la mía.

—Evander… —comentó en cuanto sintió la diferencia de colchón.

—Pondré el despertador, necesito abrazarte y dormir contigo. ¿Te parece mal?

—Me parece genial.

Mientras ella volvía a acurrucarse, yo me quité la ropa, me puse el pantalón que usaba para dormir y la camiseta. No quería otra cosa que no fuera pegarme a su cuerpo y dormir sintiéndola contra mí. Estaba agotado, y abrazarla en esas circunstancias iba mucho más allá que el sexo.

Cuando sonó la alarma, estuve tentado de apagarla. Habían pasado pocas horas y su culo desnudo estaba en contacto directo con mi entrepierna, que parecía tener un radar antibragas.

Había puesto el despertador unos quince minutos antes.

Me moví apenas, lo justo para acomodarme, y Sky suspiró, removiéndose contra mí. Su mano buscó mi cadera a ciegas, perezosa, consciente.

—¿Ya…? —murmuró medio dormida.

—Todavía no —le susurré contra el cuello—, pero estás despertando ideas peligrosas.

Ella sonrió, arqueándose un poco más contra mí. Ahí sí. Ahí ya no había duda.

Deslicé la mano entre sus muslos y la toqué despacio. Sky jadeó, despertándose del todo, empujándose hacia atrás para pedirme más.

—Levi… —gimió—. Fóllame.

—Deja que me ponga un condón…

—No hace falta —me cortó, girándose para mirarme—. Llevo un DIU de cobre, el ginecólogo me dijo que era lo más efectivo e inmediato. Podemos hacerlo sin miedo, y me muero por hacerlo sin nada contigo.

Me quedé quieto un segundo.

—¿Que has hecho qué?

—Decidir —dijo con esa sonrisa suya, enorme y soñolienta—. Y quiero que te corras ahí...

No la dejé seguir hablando. Le di la vuelta y me encajé a la primera. Sus ojos se abrieron de par en par, brillantes.

—Joder… —susurré—. Te juro que estoy limpio. No he estado con nadie más desde hace meses.

—Lo sé.

Buscó mis labios y, entonces, me moví. Vamos si lo hice.

La follé como a ella le gustaba, con embestidas profundas que le arrancaban el aliento. Le tapé la boca con la mía para que mi hijo no nos oyera. Lenguas, jadeos contenidos, uñas clavándose bajo mi camiseta, fricciones que nos llevaron al límite hasta que estallamos juntos, mirándonos a los ojos, y la inundé por primera vez.

Supe lo que había visto en ellos: el cielo, mi maldito paraíso, y no pensaba renunciar a él.

CAPÍTULO 64



Me desperté porque tenía pis. Había bebido mucha agua antes de irme a dormir.

Mamá decía que no pasaba nada, que el cuerpo avisaba cuando quería y que lo importante era no hacérselo encima.

Escuché un ruido en el salón. Como pasos. Pensé que papá había vuelto y que, como había perdido, necesitaría un achuchón.

Me bajé de la cama despacio, con cuidado de no pisar el coche rojo que siempre se escapaba. Hice pis lo más rápido que pude y caminé por el pasillo con los ojos medio cerrados. El suelo estaba frío. Me froté un ojo con la manga del pijama.

Y entonces, los vi. Papá estaba inclinado sobre el sofá, besando a prima Sky.

No era un beso normal. No de los que se daban en la mejilla ni en la cabeza ni antes de dormir. Era un beso largo. De los que salían en la tele cuando dos personas eran novios y juntaban la boca.

Papá la llamó «cariño». No dijo «Skyler». No dijo «prima Nube». Dijo «cariño». A mamá tampoco la llamó nunca así, por lo menos, delante de mí.

Luego la levantó en brazos, igual que hacía conmigo cuando me quedaba dormido, y ella se apretó contra su cuello.

Me quedé quieto. Muy quieto.

El corazón me empezó a hacer pum, pum, pum muy fuerte, como cuando corría mucho en el parque.

No sabía qué hacer, así que me escondí.

Me metí detrás de una butaca porque sabía que, si no lo hacía, me verían. Y yo no quería que me vieran. Porque cuando los adultos te veían, te hacían preguntas y yo no sabía qué contestar.

Escuché pasos, la puerta del cuarto de papá, solo la suya, ninguna más. No la llevó a su habitación. Eso me dio un pellizco raro por dentro.

Salí de detrás de la butaca y corrí otra vez. Fui hasta la puerta y me agaché. Pegué la oreja al suelo, en la rendija de abajo. Desde ahí se oía mejor. Hunter me lo enseñó una vez, jugando a los espías en Saint Valentine Falls.

Entonces, escuché mi nombre.

—Evander…

Era la voz de Skyler. Luego, habló papá.

—Pondré el despertador. Necesito abrazarte y dormir contigo. ¿Te parece mal?

—Me parece genial.

Después, ya no se oyó nada más.

Me quedé allí un rato, sin moverme. No entendía todo, pero sí entendía algo, si se besaban en la boca, si se llamaban «cariño», si dormían juntos, entonces, Sky no era la novia de Valentino, sino la de mi papá. Eso me dolió. Mucho, porque eso no estaba bien, ella era familia, pero no así. Y cuando las personas se besaban y dormían juntas, venían bebés, como me explicó Lila, y yo… Yo no quería bebés. Yo no quería que papá quisiera a prima Nube así.

Volví a mi cuarto y me tiré encima de la cama. Le di golpes al cojín. No muy fuerte. Pero con rabia, no podía dejar de llorar. Ella me había mentido. Me dijo que su mamá cuidaría de la mía, que las dos nos protegerían. Y ahora ella besaba a mi padre y mamá estaba en la urna. Papá la había cambiado por ella. Buscaban bebés nuevos para sustituirme también. Por eso no me lo habían contado.

Noté que me faltaba el aire. Las lágrimas quemaban mucho, como cuando te entraba champú en los ojos.

Querían cambiarme, por eso se daban besos y dormían juntos a escondidas. Por eso ponían una alarma.

Pensé en Lila, en ella diciendo que siempre sería de su familia, que su casa también sería la mía cuando quisiera y, entonces, lo

supe. Debía irme, tenía que volver.

Abrí el armario y saqué la mochila pequeña. Metí solo cosas importantes. Un pantalón. Dos camisetas. El cuento de mamá. Mi peluche, aunque costó meterlo. Vacié la hucha de las palabrotas. Había bastantes billetes y los aplasté en el bolsillo pequeño.

Necesitaba las manos libres. Una para mamá. La otra para Blue y su pecera.

Cogí el móvil y busqué cómo llegar a la estación de autobuses. La traidora de prima Nube me dijo que en bus se podía ir a casi cualquier parte de Estados Unidos. Solo tenía que comprar un billete, parecía fácil.

Lila no me cambiaría porque no quería más hijos y yo me llevaba bien con ellos; ya eran grandes.

No podía irme de noche. Eso daba miedo. Así que esperaría a que hubiera luz.

Miré el reloj. Faltaba poco para que saliera el sol. Lo había visto en la tele, en uno de esos programas que contaban curiosidades sobre Dallas.

No me dormí. Me costó mucho, pero lo logré a base de pellizcos.

Cuando sonó la alarma en el cuarto de al lado, supe que era el momento.

Cogí la mochila y salí despacio. Al pasar por la puerta de papá, se oyeron ruidos. Voces. Sky hablaba bajito y soltó una palabra que me dijeron que era una palabrota. Me tapé un poco los oídos y seguí.

Fui al salón. Tenía que irme ya, pero primero tenía que hacer pis otra vez y coger algo de comer. Todo muy rápido. El corazón me latía tan fuerte que me sonaba dentro de las orejas. Las manos me sudaban y la tripa me hacía ruidos raros.

Miré la repisa. La urna estaba arriba. La pecera justo en la de abajo. No llegaba ni de puntillas. Arrastré una silla despacio. Cojeaba un poco. Me subí con cuidado.

Primero bajé la pecera.

Pesaba mucho y el agua se movía. Salpicó. Blue nadó rápido, asustado. La dejé en el suelo y le susurré que estuviera tranquilo, que el peligro ya había pasado.

Volví a subirme. Ahora venía lo más difícil.

Estiré los brazos para coger a mamá, pero no llegaba. La rocé con la yema de los dedos. Me estiré un poco más. La silla se movió.

Un poco más. Bufé. Otro poco. Entonces, oí un clic. Una puerta. El pánico me subió hasta la garganta.

Me quedé quieto. Temblando. Tenía que intentarlo. Una vez más. No iba a dejarla atrás y, de nuevo, volví a estirarme.

CAPÍTULO 65



Salí de la habitación de Levi descalza, con la sudadera aún puesta y el corazón extrañamente tranquilo. Cerré la puerta despacio, con dos dedos, conteniendo incluso la respiración. Era igual que cuando, de niña, intentaba comprobar si Santa Claus había pasado por el árbol sin despertar a mami Phil o a papá Travis.

Esa vez era a Evander.

Miré por instinto hacia su puerta y algo me hizo frenar en seco.

No estaba cerrada del todo.

Arrugué el ceño. Tal vez se había levantado a por agua. ¿Tan temprano? Agucé el oído, intentando asegurarme de que estaba en la cama.

Entonces, lo oí.

Un ruido seco, torpe, procedente del salón.

Lo imaginé de inmediato encaramado a esa maldita silla que cojeaba, intentando alcanzar algo que no debía. Ya lo había hecho antes, buscando el tarro de las galletas. Yo misma le había advertido que podía hacerse daño y que me avisara.

No pensé más. El cuerpo se adelantó a mi cabeza, con ese instinto que te decía que algo no iba bien.

Avancé por el pasillo con el estómago encogido, el pulso acelerándose a cada paso. El ruido volvió a repetirse, atropellado. Aceleré. La claridad del amanecer entraba por los ventanales. Miré hacia la cocina, pero no estaba allí. Giré la cabeza y lo vi.

Estaba subido a la silla del salón, de puntillas, con los brazos estirados hacia la repisa. La pecera estaba en el suelo, torcida. El agua vibraba. Blue nadaba en círculos, desesperado.

La urna, ese era su objetivo. ¿Por qué quería cogerla? ¿Habría tenido una pesadilla nocturna?

La silla se tambaleó de nuevo y yo vi el futuro en un segundo.

Si caía, se golpearía la cabeza contra el saliente de la chimenea y podría ser fatal.

—¡Evander! —dije demasiado alto. Justo lo que no debía hacer, asustarlo.

Todo ocurrió a la vez, muy rápido.

El niño se giró, sobresaltado. Sus ojos enormes, abiertos por el pánico. La urna se desplazó cuando la rozó con las yemas de los dedos. Yo corrí hacia él. Tropecé con una mochila tirada en el suelo y perdí el equilibrio, lanzándome como pude para llegar a tiempo antes de que se desnucara.

La silla venció. Él cayó. Lo atrapé en el aire, estirándome al máximo, girando el cuerpo para protegerlo. Logré que cayera sobre mí. El golpe seco me sacó todo el aire de los pulmones. La espalda chocó contra el suelo y me hinqué el saliente en un costado; me saldría un moretón feo, aunque lo importante era que el niño estaba a salvo.

El ruido de la silla contra el mármol fue brutal, pero no fue lo peor. El estallido de la porcelana al hacerse añicos resultó insoportable.

Las cenizas salieron disparadas por todas partes. En el suelo. En mi ropa. En el pelo de Evander. En el aire. En el agua de la pecera, tiñéndola de gris.

—¡Suéltame! —gritó, fuera de sí—. ¡Mira lo que has hecho!

Se debatía contra mí, golpeándome con sus pequeños puños, el cuerpo rígido de pánico.

—Evander, mírame…, mírame… —intenté, sin aire—. Estás bien, no te has hecho daño…

—¡La has tirado! —chilló—. ¡La has roto! —me culpó.

Sus ojos me atravesaron.

—¡Lo has hecho a propósito, para que papá se olvide de ella para siempre!

Las cenizas seguían cayendo. El pez nadaba entre ellas. Oí pasos atropellados.

—¿Qué ha pasado? —la voz de Levi sonó alarmada al entrar en el salón.

Se detuvo al verlo todo. La silla en el suelo. La urna hecha pedazos. El manto gris cubriéndolo todo. Su hijo llorando desconsolado, como si le hubieran arrancado algo de dentro.

—¡La ha vuelto a matar, papá! —sollozó Evander—. ¡Skyler ha matado a mi mamá para que desaparezca para siempre!

El dolor y la acusación me atravesaron de lado a lado.

—Yo no…, yo… —balbuceé sin voz—. Levi, yo solo…

—¡Fuera! —me gritó el pequeño, empujándome—. ¡Márchate! ¡No te quiero más!

Se soltó de mí de golpe.

—Lo has estropeado todo —sollozaba—. Todo. Te odio.

—Cariño, cálmate —intentó Levi—. Ha sido un accidente, Skyler no…

—No me llames cariño. No como a ella…

Lo dijo con una ferocidad, una acusación tan limpia, tan cargada de rabia, que lo entendí todo de golpe. Nos escuchó la noche anterior.

«¡Mierda!».

Levi se quedó helado. Yo también. Nos miramos un segundo, culpables bajo el juicio de un niño demasiado pequeño para comprender lo que había pasado entre nosotros.

¿Cómo íbamos a explicárselo?

La verdad me cayó encima como una losa. En quien menos había pensado fue en él. Creí que me aceptaría con naturalidad, como me ocurrió a mí, pero estaba claro que no era así. Las circunstancias no eran las mismas que las mías cuando me quedé sin mi madre.

«¡Qué estúpida!».

Evander se dejó caer al suelo, arrastrando las cenizas con las manos mientras las lágrimas le surcaban la cara sucia.

—Mamá…, mamá… Yo te salvo…

Apoyó la palma sin mirar.

—¡Ah!

Había sangre. Un corte en la mano.

—Deja que te vea —dije, acercándome—. No toques, podrías cortarte más…

—¡No me toques, tú! —chilló—. Vete. Fuera. Díselo, papá. No la queremos en esta casa nunca más.

La sangre goteaba por su manita.

—Evander —dijo Levi, avanzando hacia él, ya en pánico—, no te muevas, mírame. Déjame ver tu mano…, joder. Ven, vamos a curarte.

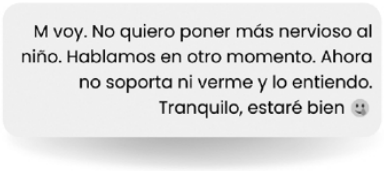
Estaba sobrepasado. Yo me quedé paralizada.

Las manos temblando, manchadas de ceniza. La boca entreabierta. Ningún sonido saliendo de ella. Ni siquiera me dolía el golpe físico, solo el moral.

El salón parecía un campo de batalla y supe que no debía quedarme. No en ese momento. Ni así. Ni siquiera sabía cómo recoger las cenizas de su madre de una forma que no fuera una falta de respeto. No iba a usar la Dyson.

Escuché las voces en el baño. Los sollozos de Evander. Levi intentando calmarlo. Les di espacio.

Me puse unos pantalones cortos, cogí lo justo y salí del edificio sin pensar demasiado. Le escribí a Levi.



Luego escribí a Kayla. Necesitaba a alguien con quien vaciar mi cagada, y ella era la única persona que se me ocurría y que estaría despierta.

Fue la primera y única vez que salí por la puerta principal en lugar del garaje. Sin gorra. Sin gafas. Sin nada que me protegiera. Estaba demasiado ofuscada para darme cuenta.

Alargué el brazo y paré el primer taxi que vi. Me metí dentro y apoyé la frente en el cristal.

Con una certeza devastadora, aunque hubiera salvado la vida de Evander, acababa de romper algo que no sabía si tendría arreglo, y no era la urna de Nova.

CAPÍTULO 66



El agua del grifo salía templada, constante, un ruido pequeño que llenaba el silencio demasiado grande del baño.

Senté a mi hijo en el borde de la bañera y me arrodillé delante de él. Me temblaban un poco las manos, pero intenté que no se notara. Cogí la toalla, la empapé y la escurrí despacio.

—Déjame ver —pronuncié en voz baja.

Tenía la cabeza agachada. Las lágrimas caían sin sonido, gordas, desordenadas. En los puños apretados llevaba las cenizas. Grises. Pegadas a la piel húmeda, a la sangre seca que empezaba a asomar entre los dedos.

—No las tires —susurró con la voz rota—. No tires a mamá, por favor.

—No voy a tirarla —respondí enseguida—. Te lo prometo. Nadie va a tirar nada.

Negó con la cabeza, cada vez más rápido, como si no me creyera.

—La ha roto —sollozó—. La ha roto y ahora mamá está… está por todas partes. Ya no está. Ya no puedo cuidarla.

Tragué saliva. Me costó un segundo responder.

—Tu mamá sigue siendo tu mamá —dije despacio—. No se rompe por caerse. Ni desaparece porque una urna se haga añicos y sus cenizas vuelen.

Soltó un sollozo largo, pero ya no gritó. Apoyé la frente en la suya.

—Escucha —continué—. Cuando quieres mucho a alguien, esa persona se te queda dentro para siempre. Como cuando te manchas de pintura y, aunque te laves, un poquito se queda en la piel. Pues con las personas pasa algo parecido… Se quedan, pero para siempre.

Me miró, dudando.

—¿El polvo va a entrar en mí por la herida? —preguntó, señalándose la mano.

—Un poco sí, pero no me refería a eso. —Sonreí, triste—. Más bien como cuando aprendes una canción y ya no se te olvida nunca. Tu mamá está en ti. En cómo sonríes, en cómo te enfadas, en cómo me miras cuando tienes miedo. Nadie puede llevársela de ahí, de cada latido de tu corazón. Nadie.

Respiró hondo, temblando.

—Entonces…, ¿no se va a ir?

—Jamás. Aunque el viento esparza algunas de sus cenizas, aunque no estén todas en ese recipiente, ella se queda contigo, conmigo… y hasta con Blue, que ahora nada rodeado de ella. Siempre. Te prometo encontrarle otra urna bonita e irrompible.

Alzó la vista por primera vez. Los ojos rojos, brillantes, acusadores.

—No digas eso. Tú la quieres menos porque ahora la quieres a ella.

Cerré los ojos un instante. Solo uno. Demasiado largo.

—No —respondí más firme—. Eso no es verdad.

—La besaste en la boca —espetó—. La llamaste «cariño», os oí. Con mamá no hacías eso. Y esta mañana ella ha dicho una palabra fea, de las que no me dejas repetir. Ha dormido contigo. Vais a tener bebés…, me vais a cambiar.

El golpe fue limpio. Me acerqué un poco más y bajé aún más la voz.

—A mamá la quería de un modo distinto, lo que de verdad importa es que te quiero a ti —dije—. No te estoy cambiando. No voy a tener otro hijo para que tú sobres. Nunca. Necesito que entiendas eso, eres y serás mi campeón.

Respiraba a trompicones. El llanto ya no era rabia. Era miedo puro.

—Pero antes no estabas —dijo.

Eso dolió.

—Ahora sí, y es lo que importa.

—Entonces, dime que no se va a quedar —pidió—. Dime que se va a ir. Dime que solo seremos tú y yo.

Dudé. Me dio miedo herirlo, de fastidiarlo más. Callé más tiempo del que debía.

—¿Ves? —susurró—. Mamá se cae de la urna y ella se queda contigo.

Apretó los puños y gritó. Un grito pequeño, agudo, que le salió del pecho sin control. Las cenizas cayeron al suelo, mezclándose con el agua. Miró sus manos vacías y entró en pánico.

—¡Mamá! —Lloró—. ¡Mamá, lo siento!

Lo abracé sin pensarlo. Fuerte. Desesperado. Por muy listo que fuera, no podía exigirle la madurez emocional de un adulto. Necesitaba tiempo, y yo tenía que dárselo.

—Eh…, campeón —murmuré, pegando la frente a la suya—. Estoy aquí, contigo. No me apartes, respira conmigo, vamos a arreglarlo.

Se resistió un segundo, luego se derrumbó. El cuerpo entero sacudiéndose contra el mío; me destrozaba verlo así.

—Me duele —susurró por fin—. Me duele mucho.

Miré su mano con atención. El corte seguía sangrando. Era profundo.

—Vale —dije, con la voz ya distinta—. Vamos al hospital. Ahora mismo. Esto tiene que verlo un médico.

Alzó la cara, asustado.

—¿Te vas a ir? —preguntó—. ¿Me vas a dejar solo?

Negué con fuerza.

—Nunca. Hoy no voy a ninguna parte sin ti.

Limpié lo que pude de su manita, la envolví con cuidado en la toalla y lo bajé al suelo con más delicadeza de la que jamás había tenido con nada. No protestó. Tampoco habló. Se dejó hacer, agotado, con los ojos hinchados y el cuerpo aún tenso contra el mío; parecía exhausto.

Bajamos al coche en silencio, pasando por alto el destrozo del salón.

Lo senté detrás, le ajusté el cinturón y me aseguré dos veces de que estaba bien. Cerré la puerta sin sobresaltos. Cuando me senté al volante, respiré hondo y me dije que, en ese momento, más que nunca, cada decisión contaba.

Lo primero que hice fue arrancar. Lo segundo, llamar al entrenador.

Activé el manos libres y esperé. Evité mirar por el retrovisor, pero, aun así, sentía su presencia detrás, quieta, frágil; los ojos se le cerraban. El teléfono sonó dos veces antes de que contestara.

—Carter.

—Buenos días, señor —saludé—. Siento llamar tan temprano.

Hubo un silencio corto, medido.

—Son casi las ocho.

—Lo sé. No voy a llegar hoy.

Otra pausa. Más larga.

—Explícate.

Apreté el volante.

—Mi hijo está herido. Ha sido un accidente doméstico, no es muy grave, pero creo que necesitará puntos y a su padre. Tengo que llevarlo a urgencias ahora mismo.

—Levi —dijo, y por primera vez usó mi nombre—. Ya faltaste la primera semana, ¿no puede ocuparse la canguro?

Tragué saliva.

—Lo sé, y lo siento, pero de esto debo ocuparme yo.

—Sabes que te aprecio, chico, pero no estamos en un buen momento —añadió—. Ni el equipo ni tú. Hay muchas presiones desde arriba.

—También lo sé.

El coche avanzaba por calles aún medio vacías. El sol empezaba a subir, indiferente a todo.

—Señor —continué antes de que pudiera decir algo más—, entiendo lo que significa esta liga. Entiendo lo que significan los Cowboys. Sabe que siempre lo he dado todo por ellos. Créame, no me lo tomo a la ligera, es solo que hoy no puedo estar allí. —No iba

a andarme con rodeos—. Hoy tengo que ser padre. Mi hijo necesita que lo vea un médico y no voy a delegarlo. No ahora. Intentaré ir mañana, en mi día libre, y hacer los deberes que me correspondan. —Volví a mirar por el espejo interior. Evander dormía.

Silencio. Demasiado.

—¿Es grave? —preguntó, al fin un rastro de humanidad. Exhaló despacio al otro lado de la línea—. Bien —dijo—. Ocúpate del crío, pero, Levi…, esto cuenta, aunque no quiera.

—Lo sé —afirmé—. Y asumo las consecuencias.

—Llámame cuando sepas algo.

—Sí, señor. Gracias.

Colgué.

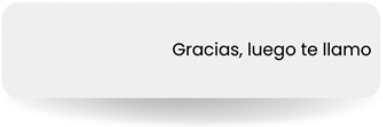
El coche volvió a llenarse de silencio. Uno distinto que no podía describir.

Seguí conduciendo con la sensación incómoda de estar fallando en tres frentes al mismo tiempo y no poder permitirme arreglar ninguno deprisa. El fútbol sabía esperar. Los niños y las mujeres, no.

Giré hacia el hospital y, por primera vez desde que había salido de casa, me permití pensar en todo lo demás. En Sky. En lo que había roto sin querer. En cómo demonios se recomponía una familia cuando cada decisión parecía dejar a alguien atrás.

No tenía respuestas. Solo sabía una cosa: en el asiento trasero había alguien con el corazón más roto que la urna y no había ningún partido más importante que protegerlo como se merecía.

Tecleé un mensaje rápido a Sky, tras leer el suyo, porque entendía que no merecía mi silencio, sobre todo, en un momento como este.



Antes de bajar, hice otra llamada rápida a la chica que me limpiaba el piso. Le comenté por encima la situación, le pedí que fuera lo más respetuosa posible y que buscara algún recipiente en el

que dejar a Nova mientras tanto, para que, cuando llegáramos, todo estuviera en su sitio.

Después, salí del coche, cargué a mi hijo en brazos y entré al hospital. No había peor herida que el alma de tu hijo hecha añicos, sin saber cómo curarla.

CAPÍTULO 67



En cuanto me planté frente a la puerta del piso de Kayla, tras llamar al telefonillo, ya me estaba esperando.

—Joder, Sky…

No hizo falta nada más. Me abrazó fuerte, sin preguntas, sin medir. Me dejé caer contra ella, como si llevara horas conteniendo la respiración y por fin pudiera soltarla. Lloré sin pudor. Olía a infusiones para templar los nervios y a algo dulce, canela quizá.

—Pasa —dijo—. Siéntate. Estás blanca.

Me tendió un paquete de pañuelos.

Me quité las zapatillas por pura costumbre y crucé el salón del mismo modo que haría un fantasma con cadena. Me senté en el sofá y me encogí sobre mí misma, con las manos entrelazadas, incapaz de dejar de ver la urna rompiéndose una y otra vez, de oír la voz de Evander acusándome de haber matado a su madre por segunda vez.

Ni siquiera me di cuenta de que lo estaba soltando todo hasta que me escuché decir:

—Ha sido un desastre. Todo. No solo lo de la urna…, todo.

Kayla se sentó a mi lado, despacio, sin invadir.

—Bebe un poco. Te hará bien.

Me puso la taza entre los dedos y lo hice.

Volví a contarle lo ocurrido a trompicones, como si necesitara escucharlo en voz alta, en estéreo y por segunda vez para creerlo. El grito. La silla. El golpe seco. Las cenizas en el aire. La mirada de

Evander; parecía que yo hubiera empujado el mundo entero fuera de su lugar seguro.

—Lo entiendo —dije con la voz tomada—. De verdad que lo entiendo. Nos oyó anoche y esta mañana. Nos vio besarnos. Para él fue demasiado, todo a la vez. Yo grité su nombre porque tenía miedo de que se cayera. En su cabeza, ese fue el motivo por el que se le escapó la urna. Eso me convierte en la culpable de todo. De que Nova volviera a morir en el suelo del ático. De que desaparezca. De que su padre me quiera.

Kayla negó despacio.

—No eres la culpable de nada.

—Sí —insistí—. O, al menos, así lo ve él, y lo peor no es eso. —Levanté la vista hacia ella—. La mochila.

—¿Qué mochila?

—La suya. Con la que tropecé. —Tragué saliva—. Estoy convencida de que, si bajó primero la pecera, tenía la mochila preparada e iba a por la urna, su pretensión era escaparse. Solo tiene cinco años y ha perdido lo que más quería. Ahora me ve como una intrusa que quiere arrebatarle también a su padre, y quería quitarse de en medio…

Kayla cerró los ojos un segundo.

—Joder…

—Si hubiera pasado, me muero. Tendría que haber esperado más —seguí—. No ser tan impulsiva. Llevar lo mío con Levi más despacio. Él está pasando por un momento horrible con el equipo… —Me llevé las manos a la cara—. Necesita ayuda, no más problemas.

—No te hagas esto —me cortó—. Las decisiones fueron de ambos. Lo vuestro no ha ido mal. Ha ido como ha podido, con normas rotas y silencios mal puestos, pero no has fallado tú sola.

Volvió a empujar la taza hacia mis labios.

—Bebe.

Le di un sorbo, sin notar el sabor, y ella se aclaró la voz.

—El sábado me quedé yo con Evander —dijo entonces—. Te acuerdas, ¿no?

Asentí.

—¿Cómo iba a olvidarlo? Si no, no habría podido actuar. Gracias. De verdad.

—No fue un favor —me corrigió—. Fue lo que tocaba. Y, además, el dinero me viene de perlas ahora que estoy fuera.

La miré. Suspiró y apoyó una mano en su vientre, apenas abultado.

Recordamos juntas lo del desmayo del miércoles, el ensayo, el médico, las analíticas del jueves. El positivo. La rapidez de la organización. La cláusula de protección al embarazo. Kay fuera, por su seguridad y la del bebé. El uniforme imposible de modificar. Todo impecable. Todo frío, muy DCC, demasiado corporativo.

—Menudas dos patas para un banco…

—Tal cual —dijo, mordiéndole un trocito a un rollo de canela—. Al menos, ahora puedo comer lo que quiera. Hay que ver la parte buena.

—Lo siento, Kay…

—No lo sientas. —Me miró con los ojos brillantes—. Duele, claro, pero esto estaba pasando mientras yo intentaba entrar en un uniforme que ya no era para mí.

Guardé silencio.

—¿Se lo has contado ya a tu marido?

Negó.

—Viene para Navidad. La semana que viene. Este bebé va a ser su regalo.

Sonreí.

—Desde luego que lo será, uno magnífico.

Me tomó de las manos.

—Oye…, mientras las aguas se calman con Evander, puedes quedarte aquí.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Que te quedes conmigo. Ibas al pueblo por Navidad, así que este tiempo les vendrá bien. Necesitan aclararlo solos, y ahora tu presencia podría empeorar las cosas respecto a Evander. —Alzó la mano—. Quiero ayudaros, te juro que no es oportunismo, pero con lo mal que lleva Rayo Snake el tema de las canguros… Me postulo.

Quizá pueda ayudarle a entender las cosas sin que duelan tanto, siempre y cuando a vosotros os parezca bien. Al fin y al cabo, ahora estoy libre y ya no soy una DCC.

Me quedé pensativa. El nudo en mi pecho se aflojó un poco.

—Me parece bien —dije—. Una distancia prudente es lo mejor, y alguien con mano izquierda como tú, más. Se lo comentaré a Levi. Gracias.

—Para eso estamos las amigas. Los enfados de los niños no son eternos y Evander te adora, aunque se le haya podido olvidar un poco tras lo ocurrido. Solo está confundido. Hay que darle tiempo, el que necesite, sin forzar.

Asentí despacio.

Querer a Levi nunca había sido el problema.

Lo difícil era encontrar el lugar correcto cuando todo se había movido demasiado deprisa y nadie había tenido tiempo de explicarle nada a un niño que no pasaba por su mejor momento.

Cupido había disparado como siempre, sin preguntar ni preocuparse por los tempos.

Esa vez, al menos, no estaba sola intentando recomponerlo todo.

CAPÍTULO 68



El ático olía a limpio.

Todo estaba recogido, como le había pedido a la asistenta que venía los sábados. Las cenizas de Nova ya no estaban en el suelo ni pegadas a una silla coja. Estaban dentro de un envase bonito y sobrio, sin restos de porcelana.

La pecera brillaba. El agua estaba clara. Blue nadaba tranquilo. Todo en orden por fuera.

Mi hijo dormía entre mis brazos por agotamiento, con tres tiritas, de esas que parecían puntos dibujados, cruzándole la palma. La mano vendada descansaba sobre mi pecho. Su respiración era irregular, pero profunda. No era calma. Se trataba de cansancio.

Lo arropé en su cama. La penumbra era agradable. Coloqué su peluche a su lado y me incliné para besarle la sien. Cuando soltó un suspiro, se me apretó algo en el estómago. Le aparté el pelo de la frente.

—Eso es, campeón…, descansa —murmuré más para mí que para él.

Me quedé un segundo observándolo, como si fuera una jugada que no podía fallar. Ya había decidido que mi vida no podía ser solo fútbol.

Durante el trayecto de vuelta, con él dormido en el asiento y la cabeza apoyada en el cinturón, llamé a Lila. Necesitaba que viniera. Evander había hablado de escaparse con ella porque quería seguir siendo parte de su familia. La echaba de menos. Yo lo había

apartado de todo lo que conocía y lo había metido en un mundo demasiado grande.

Era lunes, el domingo perdimos. Y el cuerpo de mi hijo decía más que cualquier marcador.

Le pedí al manos libres que la llamara.

—Lila, soy Levi.

—Lo sé, ¿pasa algo? —sonó alarmada—. ¿Está bien Evander?

—Está… —Me costó elegir una palabra—. Está vivo. Está conmigo. Pero necesito que vengas. Es urgente.

La puse al día y le dije que la necesitaba nueve días, que se quedara hasta el día antes de Navidad.

—¿Cuándo debería estar ahí?

—Hoy. Esta noche, si puedes. Mañana entreno.

—No puedo dejar a Noah con mi marido.

—Tráetelo. A Evander le gustará.

La oí respirar. Esa pausa de quien ya estaba organizándolo todo.

—Vale, quiero que sepas que no es por el dinero, sino por vosotros.

—Aun así, me hago cargo de todo. Dime a qué hora llegáis y alguien estará con un cartel en el aeropuerto.

—Lo solucionaremos, ahora, relájate un poco.

Volví a mirar a mi campeón, el recuerdo de la llamada me sostuvo lo justo para salir de puntillas, cerrar la puerta y apoyarme un instante en el pasillo, respirando como haría después de un partido largo.

El silencio del ático pesaba.

Fui a la cocina, saqué una copa y me serví vino sin pensar. Tembló un poco cuando la dejé en la encimera.

Entonces, noté lo que me faltaba. No era una cosa concreta, sino alguien. Su risa. Su sudadera. El pelo rojo balanceándose.

Sky.

Me reproché haberlo gestionado tan mal. Haber creído que el silencio protegía. Haber pensado que un niño de cinco años no entendería nada, cuando lo entendía todo… a su manera.

Di un sorbo. Había quedado en llamarla, pero no tenía fuerzas.

El teléfono sonó y el corazón me dio un golpe seco. Su nombre iluminando la pantalla, siempre se adelantaba.

—Hola —la saludé.

—Levi… —su respiración llegó tensa—, ¿cómo está?

Cerré los ojos un instante. La mano vendada. La sangre. El grito de «la has vuelto a matar».

—Está dormido. Le han puesto puntos, no es grave. Es más lo que ha pasado antes.

—¿Está… muy mal conmigo?

Tragué saliva.

—No te autoculpes. Está confundido, asustado. Tiene cinco años y no tiene la madurez para asumir lo ocurrido.

Silencio. Un sollozo contenido.

—Si no hubiera gritado su nombre… Creí que iba a desnucarse.

—No te hagas eso. Lo hiciste para salvarlo.

—Lo sé…, pero…

—¿Dónde estás? —Necesitaba asegurarme de que ella también estaba bien.

Bajé el tono.

—Estoy con Kay, voy a quedarme hasta que las cosas vuelvan a su lugar —añadió—. Dice que podría ayudarte con Evander, sustituirme, quedarse con él…

La idea era buena, sin embargo, ya había decidido.

—Gracias, pero ya lo he solucionado. He llamado a Lila. Viene esta noche con Noah. Se quedarán hasta el día antes de Navidad.

El silencio al otro lado fue distinto.

—Ah…, vale.

No sonaba enfadada. Se escuchaba dolida.

—Es lo mejor —le aclaré—. Ahora necesita estabilidad. Y Lila es eso para él, es familia.

—Lo entiendo, lo importante es que esté bien.

Apreté la copa entre los dedos, no la quería lejos. Tampoco podía tenerla cerca.

—Necesito un poco de tiempo, Sky. No para alejarme, sino para que mi hijo no sienta que lo estoy sustituyendo.

—Lo entiendo —contestó ella sin discutir—. Tranquilo, necesito algunas cosas que he dejado en el ático, podría pasarme cuando Lila lo saque al parque o…

—Hazme una lista y mándame un mensaje, yo me ocupo de que te llegue, será lo más fácil.

Hubo un silencio largo. A ambos nos pesaban cosas distintas.

—Vale, te la mandaré por WhatsApp —respondió, suave—. Cuida de él. Y tú… cuídate un poco también.

—Lo intentaré.

Colgó antes de que yo pudiera decir lo que de verdad se me estaba acumulando detrás de la lengua. Que me sentía perdido sin ella.

Dejé el móvil en la encimera y volví a beber.

Por la noche, cuando el ascensor subió y se abrieron las puertas del ático, mi hijo corrió a los brazos de Lila, que entraba con su energía tranquila de siempre, el abrigo puesto y el pelo recogido. Detrás iba Noah, con su mochila y esa sonrisa que parecía encender habitaciones.

—¡Lila! ¡Noah! ¡Habéis venido!

—Claro que sí, mi chico.

Mientras Evander los llenaba de arrumacos y él y Noah se apretujaban el uno al otro, ella me saludó.

—Hola, Levi.

—Gracias por venir.

—Deja de dármelas.

Noah alzó la mano.

—¡Este sitio es increíble! Está muy alto y se ven las luces de toda la ciudad.

—Y tengo un pez, uno de verdad —dijo Evander—. Se llama Blue, deja que te lo enseñe…

Tiró de él con la mano que no estaba vendada y soltó una risita pequeña, real. Me supo a gloria. Sentí un alivio tan fuerte que casi me mareé.

Lila me miró por encima del hombro. No hizo falta hablar.

«Déjamelo a mí».

—En serio, gracias…

—Van a ser como unas vacaciones para mi hijo. Vamos a solucionarlo, estate tranquilo. ¿Cuál es mi cuarto?

—El de la derecha de Evander. Hay dos camas.

—Perfecto. Vete a la cama, yo me ocupo, se te ve agotado. Ya nos ponemos al día mañana. Ahora, descansa.

Asentí, derrotado.

Dormí mal, a trozos. Aun así, a la mañana siguiente fui a entrenar como si no hubiera pasado la noche peleándome con fantasmas. Parecía que mi temporada no colgaba de un hilo.

Vídeo. Errores. Más físico. Más repeticiones. Más castigo. No era disciplina, sino culpa. Mac apenas me dejaba respirar. «Si tú caes yo caigo, capitán». Entre sesión y sesión, el móvil vibraba.

«Ha desayunado».

«Está más tranquilo».

«Céntrate en lo tuyo».

Cada mensaje me aflojaba el pecho y, a la vez, lo apretaba más.

Porque si todo empezaba a encajar en casa, yo solo podía pensar en lo que faltaba, y eso era Sky.

Todavía no tenía su lista, tampoco había vuelto a escribirme. Supuse que estaba haciendo lo que le pedí, darnos espacio.

Terminé tarde. Me duché, pasé por fisio, aguanté a Mac con su cara de «no me debes explicaciones, pero sí resultados o nos van a crujir a ambos» y salí cuando ya no quedaba casi nadie. La noche había caído y The Star seguía encendido, brillante y frío, como un escaparate.

Debería haberme ido directo al ático. Era lo lógico. Era lo responsable.

Pero no lo hice, porque sabía quién estaba a punto de llegar a las instalaciones y porque, por una vez, lo lógico me importó una mierda.

Necesitaba verla.

No un mensaje. No una llamada. Tenerla delante. Un minuto. Asegurarme con mis propios ojos de que seguía ahí, de que no la había perdido por hacer lo correcto, aunque en ese momento estuviera haciendo justo lo contrario.

Me quedé cerca, en una zona donde supuse que nadie repararía en mí, con la gorra calada y la capucha subida, como si eso pudiera borrarme del mapa en Frisco. Como si no fuera quien era.

Cuando bajó del Uber, mi cuerpo reaccionó. Avancé un paso sin pensarlo, luego dos.

Llevaba el pelo recogido en una coleta alta, la bolsa colgada del hombro y esa forma suya de moverse, segura y ligera, como si el suelo le pesara menos. Levantó la vista y me localizó enseguida.

Se acercó deprisa, echando un vistazo alrededor, preocupada.

—¿Qué haces aquí? —murmuró—. ¿Evander está bien?

—Un poco más tranquilo —respondí—. Y yo necesitaba verte, no aguantaba un minuto más sin ti.

Durante un instante, algo se le aflojó en la expresión. Después volvió la realidad, dura y afilada.

—Es peligroso, Levi. Aquí, cualquiera puede pillarnos.

—Lo sé.

—Si nos descubren, nos hunden —añadió—. A ti te pueden destrozar y mi carrera en las DCC se puede ir al infierno.

«En el infierno ya estoy».

Tragué saliva. Tenía razón. La había tenido siempre. Y, aun así, estaba allí, poniéndola en peligro.

—Yo… —empecé, pero no encontré la frase adecuada.

Ella inspiró hondo, como si se obligara a no venirse abajo. Como si, otra vez, fuera quien tuviera que sostener la situación. Y eso me golpeó de lleno.

Tenía que decirle las cosas. Ya había sido ella demasiadas veces.

—Te he esperado porque necesito que lo sepas, que te quede claro —dije bajo, directo—. Todo lo que quiero en esta vida es permanecer a tu lado. Y ahora mismo no puedo prometerte soluciones rápidas, pero sí que no voy a rendirme ni a fallarte. Solo… espérame un poco más, ¿vale? Por favor.

La vi quebrarse por dentro.

Me acerqué sin pensar y le sujeté la cara entre las manos. La besé.

No fue un beso impulsivo. Fue un beso de hombre agotado aferrándose a lo único que seguía pareciéndole un hogar cuando su

mundo se caía a pedazos. La amaba con todo mi ser, mi corazón estaba dividido: en ella, en mi hijo.

Tenía que hacer que funcionara, joder. No podía permitirme otra cosa. Era en lo único que quería un puto triunfo.

La solté un segundo demasiado tarde, cuando el jadeo escapó de sus labios y percibí pasos aproximándose.

—Mierda —susurró—. Tengo que irme.

—Solo dime que me esperarás.

Me sostuvo la mirada con esa mezcla de cansancio y amor que dolía más que cualquier derrota.

—Llevo toda la vida haciéndolo —dijo—. Puedo aguantar un poco más, Carter, pero vete ya.

Nos dedicamos una media sonrisa, lo justo.

Me giré y caminé directo al coche, sin volver la cabeza, sin percibir siquiera el puto clic de un obturador disparándose en ráfaga más de una vez.

Al final, igual sí que la había jodido de verdad.

CAPÍTULO 69



Estaba molida.

Y no solo por el cansancio físico ni por el ruido constante de los últimos días, sino por esa tensión interna que no te abandona cuando sabes que estás caminando sobre una cuerda floja y no te permiten mirar abajo.

La última semana había sido demoledora. Menos mal que estaba Kay para sostener lo básico, porque yo ya funcionaba por inercia.

Tres días seguidos de actuaciones, sin margen para respirar. Viernes y sábado, espectáculo nocturno navideño. Coreografías encadenadas sin pausa, tres cambios de vestuario consecutivos —incluido el maldito traje de luces, que pesaba como un pecado y apretaba como una condena— y la sonrisa cosida a la cara como si el cuerpo no doliera, como si no ardiera.

A eso le sumaba la salida del nuevo calendario de las DCC, el regalo estrella de las navidades para hombres que creían que una sonrisa era una invitación. Ambos días tuvimos firma toda la mañana en el centro comercial, sentada en un taburete alto durante horas, posando con desconocidos y compartiendo mesa con Darah, mi penitencia personal.

No dejaba de soltar pullitas envueltas en risitas, de tocarse el pelo cada dos frases y de actuar como si el mundo entero fuese un escenario montado para ella. Yo asentía, sonreía lo justo y pensaba seriamente en lo bien que me vendría perder la voz durante una

semana…, o convertirme en Úrsula y mandarla a cantar al fondo del océano.

Por suerte, el partido contra los Seahawks había salido bien. Ajustadísimo. De esos que te mantenían el pulso encajado en la garganta hasta el último segundo. Ganamos en el último cuarto, veintitrés a veinte, y el estadio estalló.

Desde la banda lo vi claro. Levi abrazando a Valentino después del *touchdown* decisivo. Esa imagen estaría grabada y enmarcada en mi cerebro para siempre.

Nos habíamos estado mensajeando esos días. Levi me contaba que Lila le estaba haciendo mucho bien a Evander. Que dormía mejor, que estaba más tranquilo, que reía más. Que alguien con experiencia, con raíces y en quien el pequeño confiaba —porque llevaba tres años cuidándolo—, estaba ayudando a su hijo a recomponerse.

Todo avanzaba despacio, pero avanzaba. Como cuando dejabas de forzar las cosas y empezaban a encajar solas. Eso me calmaba.

Lo que no me calmó fue que, todavía con el uniforme puesto y el sudor pegado al cuerpo, Evelyn se me acercara al terminar el partido y, con esa voz neutra que utilizaba cuando iba a estropearle el día a alguien, me dijera:

—Skyler, cuando puedas, pásate por una de las salas de juntas. Charlotte, Jude y yo necesitamos hablar contigo antes de que te duches. Segunda planta, la tercera que queda en el pasillo, a la derecha.

No sonó a invitación. Sonó a sentencia.

—Sí, señora.

No pregunté. Ahí, preguntar siempre jugaba en tu contra.

Caminé por los pasillos internos del estadio, con las botas repiqueteando contra el suelo y el cuerpo pidiendo cama a gritos. La celebración quedaba atrás, amortiguada. No me pertenecía.

Llamé a la puerta. Cuando se abrió, supe que no había margen de error.

Charlotte ocupaba la cabecera, impecable, como siempre. Evelyn a su derecha. Jude frente a mí, con una *tablet* apoyada sobre la mesa.

—Toma asiento, por favor —dijo Charlotte.

No me ofrecieron agua. No hubo comentarios de cortesía. Nadie preguntó cómo estaba. Mala señal. Ocupé la silla indicada, y en cuanto mi trasero tocó el cuero, Jude deslizó la *tablet* por la mesa y la giró hacia mí.

—Esto nos llegó el jueves por la mañana.

Las imágenes aparecieron una tras otra. Yo saliendo del edificio de Levi. Sin cubrirme. Subiéndome a un taxi. Luego, el martes, en The Star. Nosotros demasiado cerca. El beso.

No podía negarlo, éramos nosotros, nuestras expresiones enamoradas, nuestras caras.

Sentí el golpe en el pecho, no por la sorpresa, sino por la certeza de las consecuencias.

—Hemos pedido a la redacción de la revista que nos las ha mandado que no publique nada hasta después de las fiestas, como favor personal y pagando una buena suma —continuó Evelyn—. No era conveniente generar ruido antes del último partido.

Ahí lo entendí todo.

—Claro —dije—. No queríais estropear el espectáculo.

Charlotte entrelazó los dedos.

—Skyler, sabes perfectamente que las normas son claras. Para eso firmas un contrato. No estás en posición de lanzar reproches.

Sonreí sin humor.

—Las conozco mejor que vosotras —respondí—. Porque yo soy la que vive dentro de ellas.

Silencio.

—Las relaciones con jugadores del equipo están prohibidas —añadió Evelyn—. Especialmente, con el *quarterback* titular.

—Porque para vosotras no somos personas —dije—. Somos decorado.

Ella frunció el ceño.

—No es eso…

—Sí lo es —la corté, poniéndome en pie—. Lo es cuando decidís con quién dormimos, qué comemos, cuánto pesamos, qué bebemos, dónde trabajamos, qué publicamos y hasta cuándo dejamos de ser útiles por la altura de nuestras patadas, o si tenemos los muslos más

anchos y no quedamos bien en el encuadre. Lo es cuando nos pedís que sonriamos mientras nos recordáis que somos reemplazables. Y supongo que lo próximo será regular la cantidad de oxígeno que absorbemos al respirar.

Nadie dijo nada.

—Habéis tenido estas fotos desde el jueves —continué— y, aun así, me habéis puesto el uniforme viernes, sábado y hoy. Me habéis hecho bailar, firmar calendarios y vender la fantasía de la chica americana perfecta.

Miré a Charlotte sin pestañear.

—Si esto fuera una cuestión moral, me habríais apartado en cuanto os llegaron las fotos. Pero no lo hicisteis. Porque mientras yo os servía, os daba igual todo lo demás.

—Modera el lenguaje, jovencita, y dirígete con respeto, que todavía llevas el uniforme puesto —me espetó Evelyn.

—Esto es una infracción grave —dijo Charlotte—. Tendrá consecuencias.

Asentí.

—Tranquilas. Os lo voy a poner fácil. No quiero seguir formando parte de un sistema que castiga a las mujeres por enamorarse, por quedarse embarazadas o por envejecer, y que protege a los hombres por ganar partidos. ¿A Levi lo van a echar? ¿Verdad que no?

Silencio.

—No hará falta que rescindáis nada porque la que se va soy yo.

Me quité el chaleco. Luego la blusa. Los pantalones. Las botas. Sin prisa. Sin vergüenza. Como quien se quitaba un disfraz que ya no necesitaba porque se había dado cuenta de que nunca perteneció de verdad a esa secta.

Lo dejé doblado sobre la mesa.

—No me lo quedaría por nada del mundo. No me representa, ni a mí ni a mis valores.

Charlotte intentó hablar. No la dejé.

—Esto no es profesionalidad —seguí—. Es control. Es miedo. Es podredumbre escondida bajo purpurina. Os llenáis la boca hablando de empoderamiento femenino mientras os aseguráis de que ninguna de nosotras tenga poder real.

Respiré hondo.

—Ojalá algún día las niñas que ahora quieren ser como nosotras entiendan que las mujeres reales no son las que brillan bajo vuestras estrellas —dije—. Son las que se atreven a apagarlas y sobreviven a ellas.

Me giré hacia la puerta.

—Disfrutad del espectáculo. El mío se ha terminado.

Salí. De pie. Cansada. Con la barbilla alta. En bragas y sujetador. Descalza. Y por primera vez en esos meses: libre.

CAPÍTULO 70



Desperté con resaca emocional y un orgullo raro atravesado en el pecho.

La celebración de la noche anterior había sido salvaje. No iba a fingir lo contrario. Salimos con los chicos, bebimos más de la cuenta y gritamos como si el mundo se hubiera arreglado de golpe. El último *touchdown* de Dalton fue una jodida obra de arte. Pies firmes, lectura perfecta, huevos donde tocaba. Me sentí orgulloso del chaval, y no solo como *quarterback*, también como algo más cercano, como mi pupilo; había mejorado de una forma brutal.

«No todo está perdido esta temporada». Eso era lo que me repetía.

Al día siguiente, Lila se marcharía del ático. Había adelantado un día su partida y ya tenía los billetes comprados porque, según ella, con veinticuatro horas le sobraba para rematar con mi hijo. Yo contaba las horas para largarme a Saint Valentine Falls con Evander. Me ponía nervioso volver allí, reencontrarme con Skyler después de ese tiempo de llamadas a escondidas, mensajes silenciados, separación autoimpuesta. Joder, parecía un adolescente ocultando a su novia cuando se suponía que era el puto QB1 de los Cowboys.

Lila había sido clara conmigo. Brutalmente clara, como solo lo eran las mujeres que ya habían criado hijos y no tenían tiempo para gilipolleces.

—Evander empieza a entender que no solo eres su padre —me dijo esa mañana mientras preparaba el desayuno—. También eres

un hombre. Y los hombres que quieren a sus hijos tienen derecho a ser felices con las mujeres que eligen.

No fue magia. No fue un discurso bonito. Se trató de trabajo diario. Rutina. Paciencia. Explicar las cosas sin infantilizarlo, pero sin cargarlo de más. Aun así, ese día le quedaba la charla final, la cual estaba impaciente por ver los resultados. Era lógico que ella también quisiera irse antes para pasar tiempo con su familia en Navidad.

La última fase era limar las pocas asperezas que le quedaban a Evander. Todavía había algunas reticencias, pero también avances.

Lila me contó, casi como quien no quiere la cosa, que mi hijo le había confesado en voz baja que echaba un poco de menos a Skyler.

«Un poco», puto cabroncete. Casi me partí por dentro.

Si el crío supiera cuánto la echaba de menos yo, igual me pediría perdón por haberla culpado de todo. O lo mismo no. A los cinco años, uno no era muy consciente de las consecuencias de sus obras. Yo tenía treinta y dos y tampoco sabía gestionar bien esas mierdas.

No volvíamos a entrenar hasta el día veintiséis, pero el *coach* me pidió que me pasara esa tarde. Supuse que para el visionado y la estrategia de esos dos últimos partidos que vendrían. El todo o nada. Lo normal.

Aparqué frente a The Star y bajé del coche, ajustándome la gorra. El frío de diciembre en Texas no era de postal, sino seco, jodido. Caminé hacia el edificio con la cabeza puesta en el *playbook,* en Evander y mis ganas locas de volver a besar a Skyler. El día anterior no pude mirar a otra cuando salió a animar.

En cuanto entré al despacho, me di cuenta de que no era una reunión normal.

No había vídeos puestos. No había pizarras llenas de esquemas. Solo una carpeta sobre la mesa y una expresión que no me gustó una mierda.

—Siéntate, Carter.

—¿Ocurre algo? —pregunté, dejándome caer en el asiento.

—Nos ha llegado esto —dijo, empujando la carpeta hacia mí.

La abrí. Fotos. Sabía reconocer una bomba cuando la tenía delante, y esa era de las que estallaban a lo bestia.

Cerré la carpeta despacio y alcé la mirada, buscando la suya. Dura, fría.

—Nos llegaron el jueves, pero no quería que te afectaran para el partido. Los dos sabemos que está siendo una temporada muy irregular.

Cinco segundos de silencio.

—¿Y ahora?

—Ahora hay que pensar rápido. ¿Ha sido un calentón o…?

—¡Nooo! —exclamé, agobiado.

Respiré hondo. No iba a pedir perdón por querer a alguien. No iba a mentir. No iba a ponerla a ella en la línea de fuego para salvarme el culo.

—Es familia —dije—. Hija adoptiva de mis tíos. Ya sabe que mi hijo se puso difícil con el tema de la canguro. Mi madre me sugirió que la contratara porque necesitaba algo para complementar su otro curro. Cuando empezó todo, no sabía que era DCC. Cuando lo supe, ya era demasiado tarde. Intentamos ser muy discretos, pero… bueno, se me ha ido de las manos.

No levanté la voz. No hizo falta.

—Eso nos ayuda —respondió—. Necesitamos material para darle la vuelta. Contexto, humanizarte. Estabas tocado: la pérdida de tu ex; temporada difícil tras la lesión; una relación que surge en un momento bajo con una joven guapa que cuida a tu niño…

—Ha sido más que eso. La quiero, señor, es la mujer de mi vida.

—Sí, bueno…, todas lo son hasta el divorcio.

Solté una exhalación.

—¿Sky sabe lo de las fotos? ¡Mierda! ¿Qué pasará con ella?

El entrenador suspiró.

—Las DCC juegan en otra liga. Ahí no puedo meterme, lo sabes tan bien como yo. Puedo parar tu golpe, pero el suyo no. Lo siento.

—No es justo.

—La vida tampoco lo es, Carter —añadió—. Disfruta de la familia estos días. Te lo has ganado, de lo demás ya nos ocuparemos nosotros e intentaremos mitigar el impacto. Ahora, relájate. Te quiero de vuelta con las pilas cargadas.

Salí del despacho con un nudo en el estómago. Era consciente de que no estaba en la mano de Harlow, y eso me desquiciaba. También sabía que a ella no le darían una palmadita en la espalda o una salida como a mí; su vara de medir era muy distinta a la mía, y eso me preocupaba.

No debí ir a verla. Eso era culpa mía. La llamé nada más salir del despacho.

«Vamos, contesta». Apagado.

Volví a llamar, el mismo resultado. Seguro que estaba de bajón. Y yo la noche anterior de fiesta, ¿se lo habrían dicho esa mañana? ¿Todavía no? La incertidumbre me estaba matando.

«¡Mierda!».

Conduje directo a casa de Kayla sin pensar, tenía que estar allí. Aparqué mal. Subí las escaleras de dos en dos. Llamé al timbre como un puto loco. En cuanto dije que era yo, abrió y subí a su piso sin usar el ascensor; me encontraba demasiado nervioso por ver a Sky.

Su amiga abrió con cara cansada. Su marido estaba detrás, recién llegado, todavía con el abrigo puesto y un predictor en la mano.

—¡Vamos a ser padres! —exclamó.

—Enhorabuena.

Recibí un abrazo espontáneo de un marine con lágrimas en los ojos mientras su mujer lo contemplaba con adoración.

—Cariño, déjanos solo un instante, es Levi.

—¡Ya sé quién es! ¡Soy su fan! ¡Déjame disfrutar de mi alegría con este hombre, joder!

Eso me hizo sonreír y a ella empujarlo hacia el interior del piso e invitarme a pasar.

Miré como un loco, buscándola.

—No está, se ha marchado esta misma mañana al pueblo.

—Carter, ¿te pongo una cerveza?

—No hace falta, gracias.

—Con algo tendremos que brindar.

—¡Déjalo, James, y llama a tus padres! Digo yo que querrán saber que van a ser abuelos.

—Es cierto, cielo, las mujeres siempre tienen razón. Anótalo, tío. ¡Voy a ser papá!

La energía de ese hombre era contagiosa.

—Creo que nació con el reloj biológico activo. En fin… Como te decía, supongo que, si has venido, es porque te han enseñado…

—Las fotos —zanjé antes de que abriera la boca—. Sí, las he visto, ¿y ella?

Kayla me sostuvo la mirada.

—Digamos que ya sabes lo que nos pasa a las DCC cuando no hacemos lo que se espera de nosotras.

El suelo se me movió un segundo.

—Lo sabía. La han echado por mi culpa.

—Yo más bien creo que se ha ido. A ver, que sí, que la habrían echado, solo que, antes de que se pronunciaran, ella les dio la patada alta y un bonito discurso que no llegará a ninguna parte, pero ella se quedó la mar de a gusto —añadió—. No te tortures, está bien. Dolida por cómo es esa mierda de franquicia, cabreada…, pero de pie, que es lo que importa.

Tragué saliva.

—¿Po-por qué no me dijo nada?

Se encogió de hombros.

—Ya la conoces, no quería estropearte la victoria y me comentó que apagaría el móvil para desconectar un poco. Me dijo que, si venías, te dijera algo.

Esperé.

—Que su promesa sigue en pie. Que te sigue esperando y que estará ahí cuando estés listo.

Me quedé quieto. No porque no supiera qué contestar, sino porque, de golpe, lo supe demasiado bien.

Sky podía esperar. Claro que podía. Siempre había sabido hacerlo, y ahí estaba el problema.

Cerré los ojos un segundo y negué despacio.

—No debería tener que hacerlo, y no va a hacerlo —dije más para mí que para ella.

Kayla no respondió. No hacía falta. Algunas cosas no necesitaban réplica. Solo sonrió, ladeando la cabeza.

—Pues ve a por tu animadora secreta, Carter.

Salí del piso con el pecho apretado y una certeza clavada como una astilla: no era solo que el sistema fuera injusto, era que yo había aprendido a moverme dentro de él mientras ella sangraba fuera. Y eso ya no me valía.

Sky había hecho lo que yo todavía no podía permitirme: plantarse, quitarse el disfraz y marcharse sin pedir permiso ni perdón.

Yo aún llevaba el mío puesto. No por cobardía, sino por cláusulas, por contratos, por un vestuario entero que dependía de mí y por un niño que todavía necesitaba estabilidad. Pero también sabía algo más.

No quería seguir formando parte de eso, no así. No a ese precio, y si hacía falta, yo mismo concedería una puta exclusiva a la revista, declarando que Skyler Wallace era el jodido amor de mi vida. No iba a aceptar que se dijera otra cosa al respecto.

Arranqué el coche con los nudillos blancos sobre el volante. Tenía un hijo que proteger. Una mujer que no merecía seguir aguardando. Y una vida que ya no encajaba en mis sueños.

No sabía cómo iban a darse las cosas, ni cuándo ni qué iba a costarme, pero sí sabía una cosa. No iba a dejarla sola y Evander no perdería nada por entenderlo, al contrario, Sky siempre sería nuestro mejor premio. ¡Y a la mierda si alguien opinaba lo contrario!

CAPÍTULO 71



Lila me dijo que hoy hiciera las cosas despacio, pensando cada acto.

No entendía muy bien por qué, pero asentí, porque cuando Lila hablaba, era mejor obedecer. Mamá me decía que Lila era mayor, y a los mayores se les hacía caso.

Estaba sentado en el suelo del salón con Noah. Él hacía una torre con los bloques grandes. Yo le pasaba piezas sin mirarlo mucho. Me costaba concentrarme. Pensaba en papá, pensaba en Sky y en la nueva urna, que ya no estaba en el sitio de antes.

—Si pones ese aquí, se cae —me dijo Noah.

Lo quité. No quería que nada se cayera. Desde que prima Nube se fue, todo se había vuelto raro.

Tenía la mano con una tirita grande nueva. No dolía mucho, pero cuando la miraba, me acordaba de todo y se me apretaba la barriga.

Lila estaba en la cocina; oía los cajones. Estaba preparando la cena, eso me gustaba, aunque Skyler me hacía cosas muy ricas. Las de Lila sabían a lo de siempre; las suyas eran especiales: le ponía caramelos que petaban a las galletas; Doritos a las hamburguesas y cosas que nadie más hacía. Eso lo extrañaba, aunque seguía sin gustarme la idea de que se diera besos con mi padre.

—Evander —me llamó Lila—, ven, cariño.

—Ahora vuelvo, sigue tú —le pedí a Noah, que asintió concentrado.

Fui. Tenía una manzana cortada, ella siempre me daba una cuando faltaba una hora para la cena; decía que iba bien para la salud. Yo me la comía porque me gustaba cómo crujía y el sabor ácido.

—¿Te duele? —preguntó, mirando mi mano.

—No mucho.

—Es normal, eso es que ya está casi curado. Anda, come un poco.

Me senté en la banqueta de la isla. No hablaba porque no se podía hacer con la boca llena. Lila tampoco. A veces hacía eso, aunque no tuviera comida. Esperaba y me miraba.

—Lila… —dije al final, cuando tragué el primer trozo.

—Dime.

—Papá parece un poco triste, aunque ganó.

—Sí.

—¿Es porque falta Skyler?

Asintió despacio.

—Puede que un poco, ¿tú no te encuentras algo triste porque no está aquí? Sé que hiciste con ella muchas cosas chulas, me lo explicaste: las galletas; los carteles con purpurina; las maratones de pelis; ir al parque disfrazado; decorar tu cuarto…

Me encogí de hombros. Me daba un poco de vergüenza decir que sí.

—Las personas se sienten mejor cuando están con gente que les quiere y, sobre todo, que hace cosas para que los demás se sientan bien compartiendo el tiempo con ellas —dijo—. Como estos días que Noah y yo hemos estado contigo.

—Es que… Sky ha hecho cosas feas, cosas que no hacen las primas, sobre todo, con papá —confesé, mirando la manzana—. No tuvo que besarse con él porque vienen bebés, y yo no quiero bebés.

Se hizo un silencio largo.

—Bueno, a veces hacen falta muchos besos para que vengan, y otras ni siquiera vienen besándose.

—Ah, ¿no?

—No. Eso solo pasa de tanto en cuanto —respondió Lila—. Las personas debemos estar al lado de quienes nos hacen felices.

—¿Mamá y papá no se hacían felices?

—A ellos les hacías muy feliz tú, pero cada uno quería cosas distintas, y eso los distanció un poco; en ocasiones pasa. Estaban muy lejos el uno del otro y no podían partirte por la mitad, por eso un juez dijo el tiempo que debías pasar con cada uno, no porque tu madre te quisiera más que tu padre. A veces le toca escoger a otra persona porque es muy difícil acertar. Ambos siempre te han querido muchísimo.

La miré.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Entonces, ¿mamá no me quería más que papá?

—No. Los dos te querían igual.

Eso me tranquilizó un poco.

—Cuando Sky gritó mi nombre, me asusté —dije bajito—. No sabía que iba a pasar eso.

No dije qué.

—No sabías que la urna se iba a caer —repitió—. Los niños no saben esas cosas, son accidentes inesperados.

—Pero pasó —respondí.

—Sí.

Me entraron ganas de llorar, no lo hice. Noah estaba mirando y, si lloraba, se pondría triste.

—Le dije cosas muy feas a Skyler y se fue —dije—. No sabía que se iría para siempre, aunque al principio lo quise.

Lila me puso la mano en la espalda.

—Decimos cosas fuertes porque estamos enfadados o asustados. Los adultos sabemos diferenciar eso cuando viene de parte de un niño.

—Estaba muy enfadado —admití—. Y asustado, solo quería irme contigo y con Noah.

—Eso también lo sé.

—Pe-pero ahora papá está triste y yo… Yo creo que igual no quería que se fuera de verdad, solo un poco.

—Escucha. Sky no quería ocupar el sitio de tu mamá. ¿Eso lo sabes? Ella quería cuidarte para que estuvieras bien, por eso siempre se ha estado preocupando de que te sintieras querido y

escuchado. Sé que te lo contó, pero necesito que recuerdes que ella también perdió a su mamá. Su tía y el tío de tu papá se enamoraron y la acogieron como si fuera su hija, después tuvieron otros hijos y yo no veo que les haya ido mal. Según tengo entendido, se quieren mucho los tres. Tú los conociste, ¿no?

—Sí, Lainey y Hunter se portaron muy bien conmigo en el pueblo. Y Skyler me dijo que su mamá y la mía se harían amigas, que le enseñaría a ser mi ángel.

—Y seguro que lo hizo.

—¿Skyler quiere a mi papá?

—Yo creo que sí.

—¿Y a mí? Aunque le dijera cosas muy feas.

—Estoy convencida.

Me quedé callado.

—Querer, a veces, no se ve a simple vista, está en cosas pequeñas, como las que me has contado que hacías con ella estos días. Piénsalo bien, ¿de verdad no la extrañas? ¿De verdad que ella no te hacía un poco más feliz?

Lo hice, pensé un poco y hablé.

—La echo un poco de menos —dije rápido—. Pero no quiero que mamá piense que no la quiero o que la voy a cambiar.

Lila negó con la cabeza.

—Querer a alguien no quita querer a otra persona. Tú siempre has querido a más de una persona, a tu familia, a la mía. Sé que tu mamá será muy feliz si alguien te ama como lo hacía ella. El amor no es una competición, se da a quienes lo merecen, como tú.

»Y tu papá también merece que alguien lo quiera bien, que se preocupe por él como hacía Skyler, ¿no crees? Tú mismo has dicho que ahora está un poco más triste, ¿no te gustaría que todo siguiera igual que antes de que los vieras besarse?

—Sí.

Lila me abrazó despacio.

—Papá te quiere pase lo que pase, y Sky igual.

—¿Aunque me portara mal?

—Incluso así.

Respiré fuerte.

—Lila…

—Dime.

—¿Si digo perdón se arregla?

—Podrías probar.

—¿Y si no sé decirlo bien?

—Entonces, lo dices como puedas, seguro que lo entenderán. Además, ahora es Navidad, seguro que Santa Claus te ayuda.

Eso me dejó más tranquilo.

Noah vino con una pieza.

—¿Me ayudas? —me preguntó.

—Sí —dije.

Bajé del asiento y fui con Noah a terminar la torre; la tripa ya no me apretaba tanto.

Cuando Noah puso la última pieza, la torre no se cayó.

Pensé que, cuando volviera a ver a Sky en el pueblo, podía decir perdón. Aunque me costara, aunque me diera vergüenza. Tal vez podríamos hacer una competición de las suyas y que papá participara; eso sería divertido.

CAPÍTULO 72



Estaba sentada en la mesa del fondo del Cupi Dough, la que daba a la cristalera de la plaza, envuelta en el confort de todo lo que me resultaba conocido.

El local había sufrido una remodelación estilística justo antes de que me marchara a la universidad. Como decía Lucía, la socia de papá Travis:

—Renovarse o morir. Y dinero para la empresa de tu mujer. Todo queda en casa, no te quejes.

Aunque la esencia seguía siendo la misma. Rosa chicle, rosa empolvado, rosa sin complejos. Asientos de cuero con ribetes rojos, mesas redondas con patas cromadas, lámparas con forma de corazón colgando del techo y neones cursis que proclamaban «*love yourself* y no mires con quién» como si fuera una religión oficial del pueblo.

Todo era tan pin-up, tan acogedor y tan obscenamente instagrameable que resultaba imposible no sonreír, incluso aunque llegaras un poco rota por dentro.

Era mi sitio favorito del pueblo y, encima, ahora la decoración estaba toda enfocada hacia la Navidad sin forzar la máquina cromática; el verde, el rojo y los colores estridentes no formaban parte de ese lugar.

El árbol era blanco escarchado, con lazos, bolas y luces en tonos plata, perla y rosa. En lo alto, una estrella con nuestro ángel del amor sentado encima, todo muy *cupidiano*.

Tenía delante una taza enorme de chocolate rosa de Madagascar, espolvoreado con nubes y *sprinkles*, espeso, caliente y peligroso. De ese que te curaba más que cualquier terapia. Y un plato de churros recién hechos, que aún brillaban de aceite y azúcar glaseado.

Olían a infancia, a domingos lentos, a casa. A no tener que demostrar absolutamente nada. Y eso era justo lo que necesitaba: cura para el alma y para recolocarme.

A mi derecha estaba mami Phil, con el mono de trabajo bajo la chaqueta, una mancha de pintura blanca en la manga y el pelo recogido en una coleta improvisada. Fue a buscarme al aeropuerto el día anterior; aunque le advertí que podía llegar en bus, le dio igual. No me había hecho demasiadas preguntas, solo las típicas, y cuando le dije que había vuelto y no estaba segura de si era para Navidad o para quedarme, me abrazó fuerte y me dijo:

—Lo importante es que estás aquí y que siempre tienes el poder de elegir.

Eso me calmó bastante.

A mi izquierda, Lucía, impecable incluso en vaqueros y jersey, con esa energía suya de mujer que había sobrevivido a una relación tóxica, a una mudanza transoceánica y a empezar de cero sin pedir permiso. Era mentora de autores autopublicados, empresaria, pareja de mi prima Sunny y con una mirada de las que atravesaban las mentiras como si fueran papel de fumar.

Frente a nosotras, Lola, su mejor amiga y mujer del primo River, sujetando un café enorme con ambas manos, sonrisa chispeante y ojos de escritora profesionalmente incapaz de no ver historias en todo lo que caía en sus oídos. Crédula, brillante, con una cuenta de seguidores que ya pasaba de los tres millones en *booktok* y reina oficial del club de lectura de la biblioteca.

Habíamos quedado a propósito. Desayuno de chicas, sin prisas, sin testigos y sin Jane. No porque quisiera evitar a la madre de Levi o a la *sheriff* del pueblo, sino que ella era más de café solo, sin alma, y ese día le tocaba jornada de papeleo. El objetivo estaba claro: ponernos hasta arriba de azúcar y cotilleos.

Mami Phil empujó el plato de churros en mi dirección.

—Come.

—Estoy comiendo —protesté, relamiendo la cucharilla que acababa de sumergir en la taza.

—Eso no es comer. Eso es mirar la comida como si te fuera a juzgar, y aquí escuchamos, pero no juzgamos.

—Eso solo pasa porque no está Jane —rio Lola, las demás la seguimos.

Partí un churro, lo mojé en el chocolate y, al llevármelo a la boca, sentí cómo algo dentro de mí bajaba dos niveles de alerta.

—Vale —dijo Lola, dejando el café en la mesa y apoyando los codos—. Pongámonos al día. ¿Qué ha pasado en Dallas? Cuéntanos porque, hasta donde sé, eres una de las DCC y la canguro prohibida por contrato del QB1 de los Cowboys…

Giré la taza entre las manos. El calor me subía por las palmas.

—Hasta que nos pillaron y dejé la orden de las Doncellas Contractualmente Controladas. Dicho de otra manera menos formal: Dócil, Callada y Correcta. ¡Esas mujeres son una puta secta!

Mami Phil no se movió. Solo me miró, quieta, como si ya lo supiera desde antes de que lo dijera.

Lucía sí reaccionó.

—Bien.

—¿Bien? —Parpadeé.

—Bien —repitió—. Si has vuelto y lo primero que dices es eso, era necesario que te largaras cuanto antes.

Lola alzó un dedo.

—Yo también digo «bien», pero necesito detalles porque mi cerebro ya está escribiendo solo: «¿secta, doncellas y nos han pillado?». Demasiado para mi cerebro de autora superventas.

—Lola —advirtió mami Phil.

—Vale, vale. —Bajó el dedo—. ¿Estás bien? ¿Qué te hacían esas locas de los pompones? —Y añadió por lo bajo—. ¿Y cómo que os pillaron?

Abrí la boca para decir que sí por inercia y me obligué a no mentir, o no del todo.

—A la última pregunta responderé: «paparazzi». Como ya os debió contar mi madre o Jane, toda relación entre las DCC y los jugadores está prohibida por contrato. Mi estado anímico actual es:

cansada y rara. Como si me hubiera quitado una piel que ya no era mía y ahora el aire escociera un poco.

—Eso se llama «insolación por rayos patriarcales emitidos por mujeres» —dijo Lucía—. Son de los más peligrosos y cancerígenos. Lo peor es que no los ves venir hasta que ya has firmado.

Mami Phil asintió despacio.

—Lo que te ocurre es normal.

—Yo creía que era mi sueño —solté, mirando el chocolate—. Que ser DCC era… mi ilusión.

Lucía me sostuvo la mirada.

—Cariño, las ilusiones solo son eso, emociones magnificadas que a veces no se corresponden con la realidad. No pasa nada por darnos cuenta de que ese no es el lugar ni las personas adecuadas, el problema es no dárnoslo. Por suerte, siempre fuiste una chica lista.

Solté una risa nasal.

—Al principio no lo vi, o igual me hice la ingenua. Te lo venden como empoderamiento. Como disciplina, excelencia, familia. Y hay cosas bonitas, claro. Compañerismo. Momentos de euforia con algunas de las chicas, pero luego empiezas a leer la letra pequeña, la de verdad, esa que pretende lobotomizarte por dentro y que seas una coraza llena de su adoctrinamiento.

—¿Puedo preguntar sobre la letra pequeña? —preguntó Lola, curiosa.

Respiré hondo.

—Normas. Cláusulas. Control. Te regulan qué comes, cuánto pesas, qué publicas en redes, con quién sales, cómo te comportas. ¿Podéis creer que no te dejan trabajar en lugares donde sirvan alcohol? ¿O beberlo?

—Ni de puta broma —exclamó Lucía, cuyo pasatiempo predilecto eran las catas de vino—. Exterminio contra los radicales del zumo de uva fermentado.

—Te hacen firmar contratos que gestionan tu vida entera y luego te llaman afortunada por tener ese «privilegio». Y del sueldo mejor ni hablemos.

Lola negó con la cabeza.

—Qué asco.

—Lo de Kayla, mi amiga, fue lo que me terminó de abrir los ojos —seguí—. Cuando se quedó embarazada, nadie preguntó cómo estaba. Nadie la felicitó. Solo pensaron en que ya no cabría en el traje y en que sería conveniente que desapareciera del equipo «por su bien y el del bebé». —Entrecomillé con los dedos—. Traducción: una barriga con ese uniforme no vende.

Mami Phil apretó la mandíbula.

—¿Y qué quieren esas mujeres, úteros artificiales? Eso no está bien.

—Nada lo está —respondí—. Y luego están los eventos. Las subastas. Las fiestas privadas. Ese día… —Tragué saliva—. Un tipo creyó que podía tocarme porque había pagado por mí. Literalmente me dijo que tenía derecho. Tuve que frenarlo. Y cuando lo conté, me dijeron que podía denunciar…, pero que sería mi palabra contra la suya porque no había testigos y que estas cosas siempre salen mal… Lo cubrían. Entendí que no iban a apoyarme.

—¡¿Y no lo denunciaste?! —exclamó mami Phil, alterada.

—Hubiera sido una pérdida de tiempo. Además, Levi estaba en esa fiesta y creo que le dejó al tipo las cosas bastante claras. También debo decir que se contuvo porque, en teoría, no podían vernos juntos, ya sabéis…

Lucía cerró los ojos un instante.

—Violencia con purpurina, qué asco de organización.

—Exacto. Y cuando sumas todo…, te das cuenta de que no quieres ser eso. Que no quieres representar esa ideología. Que no quieres que ninguna niña crea que ese es el precio de cumplir un sueño.

Se hizo un silencio espeso.

Bebí un sorbo de chocolate.

—Hubo una reunión tras el último partido. Sabían que vivía con Levi y, antes de que me echaran por incumplir una de sus normas ridículas, decidí ser yo quien se plantara. Me fui. Entendí que ellas nunca fueron el motivo real por el que quise ser DCC.

Las tres alzaron las cejas con mucho interés.

—¿Y cuál fue? —preguntó Lola.

Sonreí, cansada.

—Podría decirse que un regalo infantil que desembocó en una tontería, la cual convertí en algo así como mi camino vital. No sé.

Claro que sabía, solo que no lo podía verbalizar.

Sus miradas se cruzaron y sonrieron entre ellas, como cuando ciertas personas compartían un secreto y tú eras la que te quedabas fuera.

—¿Qué? —las interrogué—. No hay quien os entienda.

—Aires de la montaña —respondió Lucía, críptica.

—Espíritus navideños pidiendo milagros que agitan las alas de nuestras neuronas premenopáusicas...

Lola batió las pestañas.

—¿Quién tiene la menopausia? —cuestionó mami Phil.

—Por ahora, ninguna —afirmó Lucía—, pero no se librará nadie de esta mesa.

—Estáis como cabras —bufé.

Mami Phil me apretó la mano.

—¿Y ahora? ¿Hay algún plan B en tu mente? ¿Volverás a Dallas tras las fiestas para seguir siendo la canguro de Evander? ¿O hay nuevos retos en el horizonte?

Los ojos chispeantes de Lola hurgaban en mi rostro en busca de respuestas que ni yo misma conocía.

—Ya se verá. *Carpe diem*. Ahora quiero chocolate, churros y chismorreos del pueblo. Volver a ser yo un rato y dejar de pensar, ¿os parece?

Sus comisuras se alzaron.

—Eso es totalmente posible aquí, solo hace falta que sintonicemos Radio Cupido y la magia se obrará.

Mordí un churro y me manché los dedos de azúcar sin limpiarlos de inmediato.

Quizá no era muy consciente de lo que pasaría en mi futuro inmediato, pero sabía con exactitud qué no estaba dispuesta a volver a ser.

CAPÍTULO 73



Antes de subir al avión, ya había decidido que iba a hablar con Evander.

No improvisar. No dejarlo para después. No esperar a que las cosas se acomodaran solas.

Lila me lo confirmó antes de marcharse para reunirse con su familia.

—Está listo —me dijo mientras se ponía el abrigo—. Hoy me ha dicho que echa de menos a Sky y que quiere pedirle perdón, aunque no sepa muy bien cómo hacerlo.

Los dos nos sonreímos y yo sentí como si alguien me hubiera aflojado un nudo que llevaba demasiado tiempo apretado.

Me quedé unos segundos en silencio, asimilándolo, y luego le di las gracias y la abracé. No por educación, sino porque me había ayudado de verdad.

—Lo único que quiero es que seáis muy felices —dijo—. Los dos lo merecéis. Y me da en la nariz que esa chica lo hará francamente bien.

Hizo una pausa breve, lo justo para mirarme a los ojos.

—Si sabes lo que os conviene…, no dejes que se te escape.

—No lo haré.

Tenía los billetes comprados. Aunque intenté cambiarlos para coger un vuelo antes, no quedaban plazas, así que me conformé con el de ese día.

Estaba de pie frente a la cinta transportadora, con una mano apoyada en el asa de la maleta y la otra sosteniendo una mochila infantil azul con parches cosidos torcidos. Evander se apoyaba contra mi pierna, muy quieto, demasiado quieto para ser él, apretando su peluche favorito contra el pecho mientras aguardaba a que saliera la que nos faltaba.

Eso era una señal clara.

Blue, el de carne y escamas, se había quedado en Dallas. La asistenta pasaría a alimentarlo y a mantener limpia su pecera. No me gustaba dejarlo atrás, pero no podíamos traernos el pez. Era mejor que se quedara en la tranquilidad del ático.

La cinta avanzaba despacio. Maletas negras, una roja, una verde, otra negra. Evander se mordió el labio inferior y apretó más fuerte el peluche.

—¿Todo bien, campeón? —le pregunté.

Asintió sin mirarme.

No insistí. Me agaché frente a él, apoyando un codo en la rodilla, quedando a su altura. Evité tocarlo de golpe.

—Oye —dije despacio—. Antes de que vayamos a ver al abuelo, a la abuela y a los demás…, quería hablar contigo un momento.

Me miró. Sus ojos eran grandes, atentos, demasiado serios para un niño pequeño que debería estar correteando sin parar.

—¿He hecho algo mal?

Negué enseguida.

—No. Para nada, no va de eso.

Esperé a que respirara un poco mejor.

—¿Te acuerdas de Sky? —pregunté—. Esa pelirroja a la que llamabas prima Nube, que llenaba la casa de aroma a galletas… ¿y me robaba la sudadera azul?

Asintió, esa vez más rápido.

—Sí.

—Sabes que vamos a vernos con ella en el pueblo y que muy probablemente cenemos juntos estas fiestas…

—¿Crees que seguirá enfadada por lo que dije? —Bajó la mirada al peluche—. Se fue por mi culpa y le grité cosas feas.

—Todos podemos equivocarnos —respondí—. Seguro que no te guarda rencor, ella también ha sido pequeña y tiene hermanos menores. Además, estos días me ha preguntado mucho por ti.

Levantó la barbilla y abrió mucho los ojos.

—¿En serio?

—Ajá, nunca te mentiría sobre eso. Sonaba preocupada y necesito que sepas que la quiero, no como a una prima, sino como a alguien con quien me gustaría compartir mi vida.

No añadí nada más. No lo envolví. Los niños entendían mejor las cosas cuando ibas al grano.

—Lila me lo explicó. Quieres que sea tu novia, no la de Valentino.

—¿Estás enfadado? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Antes mucho. Ahora… es raro, pero la echo de menos.

—Es normal. Algunos cambios cuestan un poco, sobre todo, al principio.

—Eso dijo Lila.

Se quedó esperando. Los niños siempre esperaban algo más.

—Escucha —continué—. Quiero mucho a Sky, me importa, me gustaría pedirle que formara parte de nuestra vida, pero no quiero hacerlo sin hablarlo contigo antes y sin saber que aceptas esa decisión.

No dije palabras como «familia» ni «para siempre». Necesitaba que me oyera y que lo fuera entendiendo poco a poco.

—Sabes que eres lo más importante para mí —añadí—. Y no hay nada que vaya a cambiarlo nunca.

Evander frunció el ceño.

—¿Aunque me enfade y haga cosas mal?

—Aunque te enfades y hagas cosas mal.

—¿Aunque grite y peleemos?

—Aunque grites y peleemos.

—¿Aunque diga cosas feas?

Sonreí un poco.

—Incluso entonces. Esas cosas pasan en las mejores familias, y más en la nuestra.

Se quedó pensativo. El peluche ya no estaba tan apretado.

—Sky me gustaba —asumió flojito—. Me hacía tortitas con cara y era muy divertida.

—A mí también me gustaban esas tortitas —admití.

—¿Más que tus tostadas?

—¡Mucho más!

Eso le arrancó una sonrisa pequeña.

—Y no se enfadaba cuando tiraba agua al suelo después de la ducha.

—Eso es porque sabe que, a veces, los niños necesitan tirar agua —respondí—. Y los mayores también, aunque no siempre lo reconozcamos.

«Mejor apartar ese pensamiento y la palabra *jacuzzi* cuanto antes».

Se rio por la nariz. Buen signo.

—¿Va a volver con nosotros después de las fiestas? ¿A Dallas? —preguntó.

No mentí.

—No lo sé, campeón —dije—. Tendremos que preguntárselo, pero quería hablarlo antes contigo, hacer las cosas bien y que estemos de acuerdo. Y quiero que sepas que, pase lo que pase, tú y yo seguimos siendo un equipo para toda la vida, eso es indiscutible.

Me miró serio otra vez.

—¿Y si le pedimos que se una? —preguntó—. Lila me ha dicho que, aunque os deis muchos besos, no siempre llegan bebés. Yo, por ahora, tengo bastante con el pez… Igual, más adelante, cabe alguno en otra habitación que no sea la mía.

La pregunta me dio justo donde tenía que darme.

—Si tú quieres, se lo pedimos juntos —respondí, y él asintió firme —. Todo a su tiempo. Mira, como nuestra maleta.

Acababa de aparecer por la cinta. Alargué el brazo y la saqué. Evander se acercó un poco más, pegándose a mi pierna. La tensión ya no estaba.

—Papá —dijo mientras caminábamos hacia la salida—, ¿puedo decirle a Sky que yo también la quiero un poco y pedirle perdón?

—Eso siempre se puede decir y seguro que se pone muy contenta. Vamos, que el abuelo nos está esperando.

Caminó mucho más alegre a mi lado, y por su paso renovado, sin morderse el labio, supe que la conversación que teníamos pendiente había llegado en el momento adecuado.

CAPÍTULO 74



La casa olía a comida y a leña. El lugar en el que me crie siempre había sido sinónimo de hogar, daba igual la estación del año.

Mis hermanas habían encendido todas las luces posibles, incluidas las que no tenían ningún sentido práctico, y el árbol ocupaba media sala de estar con sus bolas rojas y doradas y un ángel torcido en lo alto que, en Saint Valentine Falls, representaba a Cupido más que a cualquier otra cosa. Evander estaba sentado en el suelo, construyendo algo con piezas que claramente no iban juntas, para variar, y mi padre improvisaba algo para comer porque no esperaba que el sentido culinario de mi madre despertara justo en ese momento.

Llevaba diez minutos ensayando una frase en la cabeza. Bueno, unas cuantas. Tenía que prepararme a conciencia antes de ir a por Skyler, y el paso número uno era contárselo a mis padres. No porque me preocupara que se opusieran, sino porque quería hacer las cosas bien. Suponía que eso me venía de la parte Carter. Mamá lo habría soltado como una bomba de relojería, saltara por donde saltase.

Quería algo sencillo. Nada épico o grandilocuente.

El inicio lo tenía claro: «Mamá, papá, tengo algo que deciros…».

«Échale huevos, Carter, que no son peores que los Packers».

Respiré hondo y carraspeé. Había llegado la hora, antes de que Reese y Harper regresaran de su taller de galletas en la cafetería de Patty Sheldon.

—Mamá…, papá…

Evander levantó la cabeza de golpe. Le había dicho que esa sería la señal. Ahora éramos un equipo y las noticias iban en *pack*.

—¡Tenemos algo que deciros! —Se puso en pie de un salto, cerrando la frase.

Mi madre dejó las facturas que revisaba y se giró despacio, apoyándose en la encimera.

—Vaya —dijo—, esto promete. ¿Qué habéis hecho, chicos Carter? ¿Sabéis que este es mi pueblo y mi jurisdicción?

Miré a Evander. Él me miró a mí. Nos entendimos sin palabras. Asentí.

—Queremos quedarnos con Skyler —soltó él, adelantándose—. Y no como prima Nube. La queremos con besos para papá y tortitas para mí.

Hubo un silencio breve. Denso. Justo del tipo que precedía a una carcajada o a un desastre.

Mi padre fue el primero en reaccionar. Se le escapó una risa corta que intentó disimular tosiendo.

Mi madre, en cambio, se apartó de la encimera para quedar a la altura de su nieto.

—Ah, ¿sí? —preguntó muy seria—. ¿Y eso qué significa exactamente?

Evander frunció el ceño, ofendido por la falta de claridad.

—Que no queremos que sea prima —repitió—. Queremos que se quede con los dos. Para jugar y que sea divertida.

Mamá abrió mucho los ojos.

—Oh… —dijo—. ¿Quieres pedirle una muñeca Skyler a Papá Noel?

Evander bufó y negó.

—¡Nooo! —exclamó escandalizado, dando saltitos—. ¡No me has entendido! Los besos de papá son los de los bebés, para que no esté triste.

Mi padre ya no pudo contenerse y soltó una carcajada abierta desde la cocina.

Yo cerré los ojos, esa vez por pura vergüenza.

—Evander…

—¿Qué? —Me miró—. Tú dijiste que era importante decir la verdad sin glaseado.

—Sin decorar —le aclaré—. Y tú dijiste que te bastaba con un pez.

—Ya, pero tienen que saber que algún día pasará —replicó muy serio—. Hay que informarlos, ya lo hablamos. Tendrán que ampliar la lista para Papá Noel en unos años.

Mi madre se llevó una mano al pecho.

—Oh…, ya veo —dijo—. Sí, creo que eso es importante saberlo, hay que hacer sitio en ese trineo. Entonces, lo que queréis es…

Evander lo expresó con toda la exasperación que era capaz de contener un cuerpo tan pequeño.

—¡Que sean novios! Sky y papá. No primos. Hay que cambiar la palabra para ellos.

Hizo una pausa breve, organizando el resto del comunicado.

—Papá y yo ya hemos decidido que necesitamos que ella acepte mis disculpas. Porque…, bueno…, no me porté bien del todo y dije cosas feas cuando se me rompió la urna.

Era bueno que reconociera, por fin, que se le cayó a él.

Tragué saliva. Mi hijo lo estaba haciendo mucho mejor que yo. Así que, en ese momento, no podía frenarlo.

—Como tú dices, abu —añadió muy digno—, soy un Wallace, y los Wallace hacemos cosas… que podrían mandar tu culo a la cárcel.

—¿Quién ha dicho eso? —pregunté de inmediato.

Mi mirada voló al epicentro de todas las frases que acababan con la palabra «cárcel» como posibilidad.

Mamá alzó las cejas con absoluta calma.

—Hijo, más vale prevenir que lamentar. Mis antecedentes no son ejemplares y el niño tenía que entender que ser un Wallace conlleva responsabilidades.

—¡Como Superman! —espetó Evander.

Desvié los ojos hacia mi padre.

—¿Y tú no piensas decir nada?

Se secó las manos en un paño, sonriente.

—Diré que esto se olía desde que caísteis a esa maldita fuente —respondió—. Y que me muero de ganas de ver la cara de Travis cuando le digas que te besas con su hija en el ático. Todavía recuerdo el derechazo que me dio cuando se enteró de que yo era tu padre.

—¿De verdad lo esperabais? —pregunté, mirándolos perplejo.

—Cupido no perdona, hijo —exhaló mi madre—. Parece mentira que te hayas criado en el pueblo del cagón con alas. ¿Por qué crees que insistí tanto en que fuera ella quien cuidara a nuestro pequeño?

—Yo alucino…, ¿ahora le haces el trabajo sucio?

—He aprendido que es mejor llevarse bien que mal. —Me guiñó un ojo.

—Ve calentando, Carter —añadió mi padre—, que la cena de mañana promete.

Evander me tiró de la manga.

—¿Ves, papá? No ha sido tan difícil. Y la abuela dice que Cupido está de su parte. Yo no pienso ni beber ni caerme nunca en esa fuente.

—Pues no te acerques a ella —respondió Jane—. Para los Carter-Wallace es como un imán, parece que nos huele.

—Lo tendré en cuenta, abu.

Miré a mi hijo. Luego a mis padres.

Evander se acercó y me cogió la mano.

—Papá.

—Dime.

—¿Puedo pedirle perdón yo primero, para que luego tú la beses tranquilo? Prometo pedirle a Papá Noel que el tío Travis no te pegue.

Me reí al fin.

—Me parece un plan excelente.

Y, por una vez, ninguno de los adultos de la casa tuvo nada que objetar.

CAPÍTULO 75



El 24 de diciembre en Saint Valentine Falls no llegaba en silencio. Lo hacía con luces titilando en las fachadas, vecinos hablando demasiado alto y la sensación colectiva de que Cupido estaba a punto de liarla parda en complot con Santa Claus.

Sabía que Levi y Evander habían llegado al pueblo el día anterior, no porque los hubiera visto ni porque él me hubiera escrito —eso habría sido demasiado normal—, sino porque Stacey, la reportera más dicharachera de Radio Cupido, lo anunció a bombo y platillo, como si se tratara de una aparición *cupidiana*.

No era que esperara un reencuentro inmediato. Conocía demasiado bien a nuestra familia y su adicción al cotilleo como para pensar que Levi iba a aparecer sin más, así, a plena luz del día. Ahí, cualquier paso en falso se convertía en escándalo, y Saint Valentine Falls no perdonaba la improvisación, mucho menos a los Wallace.

Aun así, me extrañó.

Ni rastro de ellos por la mañana. No se pasaron por el Cupi Dough, no me los crucé en la plaza y tampoco aparecieron por el restaurante de papá Travis, el lugar al que iba todo el mundo cuando no sabía a dónde ir. Buena comida, vistas al lago y un espacio pensado para que los adultos respiraran mientras los niños jugaban, al menos sobre el papel.

Intenté convencerme de que era normal. Que quizá los habían acaparado Harper y Reese. Que nos habíamos cruzado sin vernos. O que todo formaba parte de una prudencia calculada hasta que Levi

encontrara el momento adecuado para hablar conmigo a solas, algo nada sencillo cuando volvías al pueblo en plena Navidad y levantabas expectación quisieras o no.

El problema del «quizá» era que te dejaba la cabeza hecha un nido de pájaros.

Por suerte, me mantuve bastante entretenida. Eché una mano en el restaurante con papá Travis y pasé a ver a mi exprofesora de *ballet*. Fue allí donde el día dio un pequeño giro inesperado. Me confesó que, tras detectarle una enfermedad degenerativa, tendría que cerrar la escuela si no encontraba a alguien interesado en el traspaso. No era fácil convencer a nadie para mudarse expresamente a un pueblecito perdido en Dogwood Canyon.

En cuanto lo dijo, algo dentro de mí hizo clic. Tal vez por eso estaba ahí.

Los niños siempre se me habían dado bien, y el baile… el baile nunca se iba del todo, solo esperaba. Aun así, no dije nada. Mi futuro seguía en tierra de nadie y ya había aprendido que, en ese pueblo, las decisiones importantes llegaban mejor cuando no las forzabas.

Cada cosa a su tiempo.

Me puse el abrigo y me recogí el pelo, dispuesta a salir. Saint Valentine Falls parecía un decorado diseñado con demasiado cariño y un punto de mala leche. Guirnaldas cálidas, corazones de madera con lazos blancos y rojos, farolillos aún apagados —como fruta a punto de madurar— y vecinos caminando con vasos humeantes entre las manos.

No era una Navidad de postal. Era una Navidad de pueblo que se conocía demasiado y de tradiciones que nacían para quedarse, como el Encendido de Cupido, la última idea del nuevo alcalde.

El señor Wyatt, que había conseguido mandar a paseo a los Carmichael, entendía algo básico: la gente sobrevivía mejor cuando tenía algo que celebrar, aunque fuera cursi o un poco gamberro. Aquella victoria se festejó con barra libre en el restaurante de papá Travis y nadie olvidó sus legendarios Halloweens en el rancho, donde niños y adultos se perdían por igual en el laberinto de paja.

Al final de la noche, la fuente de Cupido se encendería. El pueblo guardaría silencio y lanzaríamos farolillos al cielo para dar las gracias. Por lo que teníamos. Por lo que habíamos superado. Por los que ya no estaban.

Antes venían las casetas, las paradas, la ruta.

Un juego emocional disfrazado de feria, con chocolate caliente, música en directo y demasiadas excusas para sentir.

Mis hermanos habían quedado con sus amigos, mami Phil arreglaba un fallo eléctrico y yo salí sola, aunque sabía que sería por poco. En Saint Valentine Falls nadie caminaba demasiado tiempo sin encontrarse con alguien que importara.

Me abrí paso entre vecinos que me llamaban por mi nombre. Ahí, el anonimato nunca fue una opción.

Estaba a punto de cruzar la plaza cuando una mano me agarró del codo.

—Señorita Skyler Wallace, ¿qué hace tan sola y sin nadie de su familia que la proteja?

Me giré de inmediato para encontrarme con tía Jane y su inseparable ayudante, Dax.

—Para eso los tenemos a ustedes, los agentes de la ley —respondí condescendiente—. Aquí caminamos tranquilos gracias a su eficacia. ¿Hay calabozos libres esta noche?

—Todos —aseveró Dax con una sonrisa peligrosa—. Aunque veremos cómo acaba con tanto chupito en la caseta del Cupido Torcido…

—¡Sky!

Ahí venían mis primas. Sin rastro de Levi o su hijo.

Jane ladeó la cabeza en modo *sheriff*.

—Vais muy poco abrigadas, señoritas.

—El frío se va por la cabeza, mamá, y llevamos gorro con pompón —protestó Harper.

Jane hizo rodar los ojos.

—Ven con nosotras —dijo Reese, enganchándose a mi brazo.

Harper hizo lo mismo con el otro y, sin darme tregua, me arrastraron mientras su madre suspiraba resignada.

—¡Pasaos por las casetas!

—¡A eso vamos! —cantaron las dos, felices.

Con los ojos puestos en todas partes, por si encontraba a las dos personas con las que ansiaba cruzarme, llegamos a un lateral de la plaza, al puesto número uno.

La madera estaba pintada de rosa empolvado. Un cartel anunciaba «Parada del Perdón» sobre un corazón torcido hecho con luces diminutas. Una campanita colgaba de la entrada y el zapatero, envuelto en una bufanda imposible, animaba a la gente a participar.

—¿Alguien con quien queráis disculparos, jovencitas?

Iba a decir que no cuando sentí un empujón suave pero decidido que me llevó directa al interior. El corazón me dio un vuelco.

Dentro había dos sillas pequeñas enfrentadas, un banco a un lado y una mesa con rotuladores y tarjetas. La luz era cálida. Sonaban villancicos suaves. No había miradas curiosas.

Solo una figura diminuta sentada en una de las sillas: Evander.

Estaba muy guapo con el abrigo puesto y las manos apretadas alrededor de un corazón de cartulina. Al verme, se le abrieron los ojos y se quedó quieto.

Muy quieto.

A los cinco años, esa quietud no era normal. Suponía un esfuerzo.

Me quedé clavada en la entrada.

—Adelante, señorita —comentó el señor Norris desde fuera.

Entré despacio. Que me estuviera esperando ahí, en un lugar así, con una tarjeta recortada entre los dedos, me llenó el pecho de algo peligroso.

—Hola, Sky —musitó.

La voz le salió bajita. Contenida.

—Hola, campeón.

Señaló la silla de enfrente.

—Tenemos que sentarnos aquí. Es una regla del perdón.

Me acerqué. Sus piernas colgaban sin tocar el suelo y las movía inquieto.

—Yo… —empezó, mordiéndose el labio—. Yo te dije cosas feas.

—Los dos estábamos nerviosos…

Negó con la cabeza.

—Te eché la culpa de lo de la urna y no era verdad. Mamá no volvió a morirse por tu culpa.

La punzada fue inmediata. Él tragó saliva.

—Lo dije porque estaba enfadado y porque pensé que, si te ibas, no me dolería tanto y todo volvería a ser normal.

Me quedé sin aire.

—Pero cuando no estás… nada es igual. —Sus ojos se empañaron —. Me enfadé porque tú estabas con papá y yo quería que papá estuviera conmigo. Me confundí.

—Eso lo entiendo —susurré.

Alzó la vista.

—Por eso quiero que me perdones. No se hace sentir mal a las personas que quieres…, y yo te quiero un poco.

Me mordí el carrillo por dentro.

—Es verdad —admití—. Yo tampoco hice bien las cosas. Te dejé fuera y no te expliqué la verdad. Lo siento.

Evander respiró hondo.

—Perdón —dijo—. Perdón de verdad.

Sus ojos se llenaron de agua y me atravesó el alma.

—Te perdono —respondí—. Pero solo si tú me perdonas a mí.

No terminé la frase cuando se levantó y vino hacia mí con pasos cortos. Me rodeó el cuello y me apretó fuerte.

Lo abracé con cuidado.

—He mentido —murmuró—. No te quiero un poco.

—Ah, ¿no?

—Te quiero mucho. Quiero que vuelvas con nosotros.

—Evander…

—A Dallas. Con papá y conmigo. Y con Blue. Que nos hagas tortitas y que no te vayas nunca, porque sin ti estamos tristes.

Me tendió la tarjeta. El corazón tenía una cara lacrimosa y algo parecido a la palabra «Vuelve» escrita con esfuerzo.

Las lágrimas me subieron, calientes y traicioneras. Me las tragué.

—Te prometo que, si vuelves, nadie irá a la cárcel.

Parpadeé.

—¿Quién te ha dicho eso…?

—La abu Jane. Dijo que los Wallace hacemos cosas raras y que hay que portarse bien para no acabar con el culo en una jaula.

La risa me salvó.

—Vale. La jaula tampoco me parece un buen plan.

—Entonces, ¿ya está? ¿Me has perdonado de verdad?

—Claro que sí, campeón. ¿Y tú a mí?

Asintió convencido. Se limpió la nariz con la manga.

Cogí una tarjeta nueva y cambié su corazón triste por uno sonriente.

—Ya está —dijo, orgulloso—. Ya hicimos el perdón.

Me tomó de la mano.

—Ahora, vamos.

—¿A dónde?

—A la caseta número dos. Papá nos está esperando… Ups, creo que eso ha sido *spoiler*.

—Esto queda entre tú y yo. Vamos.

Me sonrió y entendí que había amores que no competían, que se sumaban.

CAPÍTULO 76



Crucé dos casetas con Evander, que avanzaba como si se conociera el mapa de memoria, y nos plantó frente a otra cuyo cartel anunciaba «Parada del Silencio».

El estómago se me encogió.

Los padres de Levi estaban a un lado y Cole se adelantó hacia mí.

—Hola, Sky.

—Hola.

—Espero que estés disfrutando de la fiesta —añadió— en tan buena compañía.

Le guiñó un ojo a su nieto.

—Seguro que sí.

—Mi hijo tiene el talento emocional de una piedra preciosa —intervino Cole—. Guapo por fuera, como su padre, y, por dentro, una roca incapaz de hablar, como su madre.

Su mujer lo pellizcó.

—¡Auch!

—¡Calla la bocaza, Carter, y déjalos pasar!

Entramos. A diferencia de la caseta anterior, había tres sillas. Nadie esperaba dentro.

—¡Sentaos y leed las normas! —proclamó la *sheriff* desde fuera.

Un cartel enorme lo dejaba claro: nada de palabras ni contacto. Solo silencio. Mirarse a los ojos.

El peque trepó a su silla, yo ocupé la de su lado y entonces escuché un crujido detrás de mí. Levi entró y el mundo se detuvo.

¡Dios, estaba guapísimo! Nunca había visto brillar tanto unos ojos azules.

El jersey de cuello alto blanco y el abrigo le sentaban como un guante.

Tuve ganas de lanzarme a sus brazos. Demasiados días con restricciones de besos y piel, había sido una tortura no poder estar con él, pero me contuve.

La prueba parecía sencilla, más de lo que fue.

Sesenta segundos de presencia absoluta sin que pudieras huir o hacer otra cosa que sentir a las otras dos personas que estaban contigo.

Nos miramos despacio, respirando con cuidado, los pensamientos cargados. No nos tocamos la mano ni el hombro ni la rodilla y, aun así, lo estábamos haciendo de una forma mucho más profunda. Lo supe cuando la primera lágrima se me escapó sin motivo, o eso creía.

Recorrí aquellas manos que daban victorias, que a mí me habían alzado de pequeña y con las que le vi consolar a su hijo frente a la pérdida. Las recordé abrochándole un abrigo a Evander, ordenando juguetes, abriendo botellas de agua para colmarlo de atenciones. No solo a él, también las tuve sobre mi cuerpo, regalándome caricias lentas, profundas, de esas que no se olvidaban y tus terminaciones nerviosas memorizaban.

Levanté la vista. Me observaba de frente, con la guardia baja. Sin defensas, sin muros alzados. Había cansancio, miedo, deseo…, algo parecido a una súplica constante y una promesa que me moría por cumplir.

«He venido, estoy aquí y lo he hecho por ti», o eso quise interpretar.

Evander dejó escapar un suspiro pequeño. El minuto se estiró y en su carita vi a ese niño que algún día sería un gran hombre, tan generoso y atento como su padre. Fui consciente de que quería estar ahí, no solo para verlo crecer, sino para ayudar a criarlo también.

Me daba igual dónde, pero lo haría sin esconderme, sin fisuras, sin malos disimulos. No quería ocultarme como en Dallas, sino al

estilo Saint Valentine Falls, donde, cuando alguien te amaba, te arrastraba a una caseta, te obligaba a silenciar palabras y a hablar con el corazón.

Los ojos se nos humedecieron a todos. Apretamos la boca para no sollozar.

Levi tragó saliva y dejó que viera su lado más vulnerable, sin temor a que sus mejillas se mojaran, al lado de su hijo.

Estábamos aprendiendo a que no hacía falta decir nada cuando la verdad y el amor eran absolutos, bastaba con estar.

La campanita sonó. Un tintineo suave nos devolvió al cuerpo.

Evander se secó una lágrima con la manga, enfadado consigo mismo.

—No pasa nada —le susurré—. Está bien llorar por cosas bonitas.

—Lo hiciste perfecto —lo felicitó su padre mientras yo pasaba los pulgares por su rostro.

Evander hinchó el pecho, orgulloso, tendió sus manitas y nos dio una a cada uno para salir fuera.

Levi me contempló de reojo. Donde había visto amor sólido, apareció una pulsión más salvaje que me hizo desear ir a por su boca si hubiésemos estado solos.

—*Next*.

Nos sorprendió la voz de Jane.

Me sequé las lágrimas con la mano libre y acabamos en la Parada del «Deseo Imposible».

—Aquí solo entran los mayores.

Le explicó su abuela a Evander, reteniéndolo. Fuera estaban Cole y Dax, charlando y compartiendo un café.

Levi y yo entramos. Había una mesa, dos sobres y una caja de madera con un pequeño candado. Evander se asomó, curioso.

—¿Ahí hay magia?

Cole, bloqueándole la entrada, respondió sin dudar:

—Ahí dentro se meten cosas que no se dicen en voz alta, pero siempre se han querido.

—¿Como cuando soplas la vela de cumpleaños o le escribes a Santa?

—Algo parecido, porque en esa caja interviene Cupido.

Eso me encogió hasta los dedos de los pies.

—¿Un chocolate caliente con la abuela y conmigo mientras los esperamos, campeón? —le propuso para llevárselo.

—Me gusta cómo piensas.

Eso me hizo sonreír, era un pequeño bribón. Antes de irse con sus abuelos, Evander nos miró serio.

—No os marchéis.

—Nunca sin ti —le prometí, guiñándole un ojo.

—Dax, que no entre nadie y que este par de presos no se fuguen —ordenó Jane, impostando su mejor voz de *sheriff*.

—A la orden, jefa.

Dax se cruzó de brazos, dándonos la espalda y algo parecido a intimidad.

Solo quedábamos nosotros y aquello que quisiéramos plasmar.

—Siento lo de las fotos —dijo al fin Levi, sin hacer caso a lo que tocaba—. A mí me lo dijeron al día siguiente y me sentí muy impotente. No sabía si ibas a querer verme.

—A ti siempre quiero verte.

Era la verdad, Levi no era culpable de las decisiones de terceros.

—A quien no quiero volver a ver es a esas brujas de las Devotas Con Cojones.

La decepción y la rabia tensaron su mirada, aunque al escuchar cómo las llamaba, una de las comisuras de su boca se disparó hacia arriba.

—Creo que, a partir de ahora, voy a llamarlas así. No han sido justas. El sistema sigue estando mal y usando distintas varas de medir dependiendo de si eres animadora o jugador.

—No puedo estar más de acuerdo, pero si te soy franca, se me ha pasado un poco el mosqueo haciendo terapia de grupo en el Cupi Dough. No pienso dedicarles ni un solo pensamiento más. Por fin he entendido que nunca fui una de ellas, simplemente fueron el medio para alcanzar mi fin.

Él alzó las cejas y apoyó las palmas en la mesa para mirarme de un modo más que sugerente.

—Escríbelo —me retó, entrando de lleno en el juego.

—¿El qué?

«Que soy tu puto fin». Estaba convencida de que eso era lo que le pasaba por la cabeza y por la bragueta.

—Tu mayor deseo, eso es lo que se hace en esta mesa…

La agarró por el borde y dio un golpe brusco de caderas que me dejó temblando, con la boca seca e imaginando cosas muy sucias y nada navideñas.

—Ah, ¿conque esas tenemos?

Sonrió canalla.

—Para eso estamos aquí, pequeña. Escribe lo que más anhelas y prometo saciarte hasta que tu cuerpo aguante, porque el mío tiene demasiada hambre de pelirroja.

Solté una carcajada.

—Eres un presuntuoso, sabes perfectamente que te tumbo cuando quieras.

—¿Tú encima y yo debajo? ¿Dónde hay que firmar? Ya estás tardando, nena.

—Eres imposible…

—Eso es porque sé lo que vas a escribir…

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es, Carter?

—Aparta esas putas mierdas y fóllame.

Nos reímos otra vez. Una carcajada de las que se quedaban para siempre en la memoria. No era lo que iba a poner, pero sí lo que más me apetecía hacer con él.

Cogimos los bolígrafos. Él trazó las palabras despacio, provocador. Yo bajé la vista y empecé, mordiéndome el labio.

No fue un discurso. Ni una promesa. Fue una frase de esas que a muchos les daban vértigo y a mí me daban ganas de saltar de cabeza.

Doblamos los papeles y los metimos en la caja. Ninguno preguntó.

Esa era la gracia y la tortura.

Al salir, el aire parecía más frío y, aun así, yo tenía el pecho ardiendo.

La siguiente tendría que haber sido «La Parada Del Amor Incómodo», porque era la que se alzaba delante de nosotros con un

pequeño escenario, un micrófono, una ruleta y un cartel en el que rezaba: «Verdad, valentía o trago».

La gente se partía de la risa alrededor. Vi a River a lo lejos, abrazando a Lola por detrás. A Sunny, con una taza enorme, haciéndole ojitos a Lucía, y a Mount disfrutando demasiado con la incomodidad de Jim mientras Stacey ejercía de jefa de ceremonias. Los Wallace del rancho eran únicos en su especie y famosos por sus putadas.

—Nos saltamos ese jardín antes de que mi madre o alguno de sus parientes nos lleven derechitos allí.

Levi me empujó con suavidad hacia «El Cupido Torcido», porque apuntar y tirar derecho casi nunca le había salido.

Ninguno de los dos era consciente de lo que iba a suceder ahí.

CAPÍTULO 77



No había ido a Saint Valentine Falls a pasear ni a dejarme llevar por la nostalgia navideña, o a hacer una simple visita a los míos.

Vine a por algo que me pertenecía. No por derecho ni por una leyenda absurda de un pueblo forrado de corazones, alas y flechas.

Mío porque lo había escogido con la misma certeza con la que elegías quedarte cuando todo se complicaba.

Skyler Wallace no era una duda. Era una decisión y era la correcta.

Así que iba a dar un paso al frente, con el pecho descubierto y las consecuencias asumidas. Si tenía que meterme en el barro contra mi tío Travis, lo haría.

Si quería partirme la cara y que apareciera en el próximo entrenamiento con un ojo morado, lo asumiría. Me parecía un precio bajo a pagar si el resultado era una Skyler para siempre.

Antes de ir a darle la noticia, nos faltaba pasar por el puesto final, al borde de la plaza, con una lona blanca y luces rojas, rosas y doradas que parpadeaban. Un listado enorme de chupitos con nombres ridículos prometía hacerte perder hasta las alas.

—Esto es ilegal seguro —murmuró Sky.

—Esto es tradición de las buenas —corrigió tía Pippa, sorprendiéndome, por detrás—. Las luces ya están arregladas. Hola, Levi, ¿cómo estás?

—Hola —la saludé, afectuoso. Siempre me había caído genial y, en ciertos aspectos, era un poco como mamá, aunque sin ese punto

exasperante que solo ella sabía dominar.

Los tres entramos en la última parada. Según la lógica del pueblo, ahí ibas a perder un poco la vergüenza sin que nadie te juzgara en exceso.

La barra seguía la dinámica navideña de Saint Valentine Falls: infinidad de botellas, luces cálidas… y un Cupido que me hizo entrecerrar los ojos al instante.

«¡No!».

Bajo aquella peluca rizada, un arco de mentira y una expresión tan ceñuda que habría hecho temblar a toda la NFL, estaba un hombre harto y el único que tenía permiso para darme un puñetazo.

Cuando Sky se dio cuenta de que era su padre, soltó una carcajada inevitable.

—Si me pinchan no me sacan sangre. ¡¿Dónde está Miles y quién te ha convencido para que hagas esta proeza?! —espetó divertida.

—Ni se os ocurra sacarme una foto y colgarla en esa mierda de redes, que con la puta mala suerte que tengo, me convierto en virus.

—Se dice viral, papá.

—A mí la palabreja me da igual. —Los ojos de tío Travis me atravesaron al segundo—. Y tú, chaval, si ves a tu madre, la arrojas como un balón fuera del estadio. Paso de que me torture para los restos.

No era el momento de provocar al hombre vestido de Cupido con brazos de leñador, así que me tragué la carcajada. Por suerte, Pippa se me adelantó.

—¡Pero si estás monísimo con toga y peluca! Por no hablar de ese par de… alitas… Estás tan guapo que podría comerte hasta las flechas —bromeó.

Él la miró, como solo miraba un hombre que todavía quería mucho a su mujer, mientras ella lo provocaba sin pudor.

—¡La flecha ya te aseguro yo que me la vas a comer!

—¡Que está la niña! —protestó ella, sonrojada.

La expresión torturada de mi tío consiguió que me riera un poco más fuerte de lo prudente.

Si él supiera lo mucho que a mí me gustaba que Sky me comiera la flecha…

—Sentaos de una maldita vez, que no voy a cobraros alquiler —gruñó, alcanzando los vasitos—. Ya era hora de que os pasaseis a verme los dos juntos…, ¿no creéis?

No estaba del todo seguro de si aquello llevaba veneno incorporado.

—¡Pon el culo en ese taburete, joder! —Eso iba por mí—. Tú también, ratita —dulcificó la voz al mirarla a ella.

Llenó tres vasitos.

—Reglas de esta barra del infierno —dijo—. Respondes o bebes. Mientes y bebes. Te haces el listo y bebes.

—¿Se bebe siempre? —pregunté, genuinamente intrigado.

—Mi barra, mis reglas. Toma, cariño, que tú también has de beber.

Tía Pippa sonrió como si le acabaran de hacer un cumplido.

Travis me miró ceñudo.

—Ahí va la primera pregunta, y espero, por tu bien, que te sepas la respuesta. ¿Quieres a mi hija?

La pregunta cayó con una simplicidad salvaje.

Sin rodeos. Sin humor. Sin red.

Fue como un placaje limpio. De los que te dejaban sin aire un segundo.

Parpadeé una vez.

—Sí.

No titubeé. No había ido hasta allí para acobardarme en la última yarda.

Vi cómo a Sky se le cerraba la garganta.

Travis levantó una ceja. Incluso con ese disfraz ridículo imponía respeto. Tenía brazos como panes y una mirada que no admitía cuentos.

—Bebed.

Lo hicimos. Volvió a rellenar los vasitos.

—Sí, ¿qué?

Apoyé los codos en la barra.

—Sí, la quiero. Y estoy listo para que me machaques por lo que voy a decirte ahora mismo. Lo que siento por ella no es amor de primos. Skyler es el puto amor de mi vida. Sé que llego un poco tarde, que no debería haber sucedido y todas esas mierdas que ya me he dicho yo antes para evitarlo, pero ha pasado y estoy enamorado hasta las trancas. —Tragué saliva una sola vez—. Mi vida amorosa no empezó bien. Tú mejor que nadie sabes que de los errores se aprende y que lo importante es con quién se termina. Así que he venido al pueblo a por ella y para decirte que quiero crear una familia a su lado cuando sea el momento adecuado.

Mi tío se quedó quieto.

Creo que todos esperábamos el golpe. El estallido. El puñetazo legendario que al día siguiente saldría narrado en la radio local. Solo que no llegó.

Travis se sirvió un chupito para él y se lo bebió.

—Menos mal —dijo, limpiándose la comisura con el dorso de la mano—. Ya era hora, chaval. Creía que al final ibas a ser tan tonto como yo. A la segunda va la vencida, y con mi ratita no hace falta una tercera.

Me quedé sin reacción.

—¿No vas a pegarme?

—¿Por qué diablos debería hacerlo? Solo si le haces daño a mi hija —respondió, mirándola—. ¿Quieres que le zurre?

—¡No!

—Mejor. —Su expresión se dulcificó—. Y tú, ¿qué me dices?, ¿le quieres?

Se me hizo un nudo en el pecho.

Sky miró a su madre, que parecía encantada, y luego al hombre que había sido su padre sin carné ni prácticas.

—Desde el primer instante en que me cogió en brazos —admitió.

—Si es que lo sabía… —murmuró Travis, desviando la mirada hacia su mujer, que sonreía—. Te lo advertí, mujer, lo tenía entre ceja y ceja. Por eso lo tiró a la puñetera fuente el día de nuestra boda. Eres igual de decidida que mi chica del pantano. ¡Dios libre a los hombres de las pelirrojas!

Alzó la voz de nuevo.

—Tenéis mi bendición. Ven aquí y dame un abrazo, joder.

No me dio tiempo a reaccionar.

Una voz aguda, alarmada y absolutamente convencida de que estaba presenciando un asesinato ritual atravesó la caseta.

—¡Abuela, saca la pistola, que Cupido quiere matar a mi padre!

Levanté la vista justo a tiempo para ver a Evander señalando a Travis con el dedo índice, los ojos como platos y el cuerpo ya en posición de ataque.

—¡Evander! —exclamé—. ¡Tranquilo, campeón, que es tío Travis!

—¡Abuela, saca la pistola, que tío Travis quiere pegar a mi padre por besar a Sky!

Su cabeza iba demasiado rápido y sus manos también, que se abalanzaban hacia la arpillera de mi madre con una determinación que solo podía venir de una mezcla explosiva de genes Carter-Wallace.

Papá reaccionó por puro instinto. Se agachó, lo cazó al vuelo y se lo colgó del hombro como si fuera un saco de patatas indignado.

—Bájame. —Pataleó Evander—. ¡Hay que salvar a papá!

Travis chasqueó la lengua, cruzándose de brazos bajo la toga.

—No puede negarse que los genes de mi familia siguen vivitos y coleando en la tercera generación… —murmuró—. Siempre hemos sido más fuertes que los Carter.

Papá resopló, mirando a su nieto, que se debatía como un gremlin justiciero.

—Lo que eres es un prototipo de dios con incontinencias fecales. Tu tío abuelo Travis siempre la caga.

—Cuando quieras, te demuestro quién es más cagón de los dos, Carter —replicó mi tío—. ¿O debo recordarte quién se tragó mi puño?

—¿Por qué narices vas disfrazado de Cupido? —intervino Jane, con las manos en las caderas, mirando a su hermano. Ya estaba tardando—. Esto va a quedar para los anales del pueblo. ¿Por qué, cuando necesito el móvil, llevo un *walkie-talkie*?

—¡Dejadlo ya! —gritó Evander desde lo alto—. ¡Las familias se quieren y no se pelean!

—¡Ven aquí, campeón! —lo llamó mi tío.

Cole suspiró, vencido, y lo bajó al suelo.

Evander salió disparado, trepó a la banqueta de un salto y se encaró a Travis con el mentón en alto.

—No voy de farol. —Eso se lo había enseñado mi madre fijo—. No vas a darle un tortazo a papá porque quiera a Skyler —declaró—. Yo también la quiero y nos la quedamos.

Vi cómo le tembló la boca a Travis, aunque aguantó el tipo bajo la barba rubia a la que ya asomaban algunas canas.

—¿Eso es una amenaza, Carter-Wallace?

Evander giró la cabeza despacio y miró a su abuela por el rabillo del ojo.

Jane asintió.

—Lo es —confirmó mi hijo, muy serio.

Mi tío suspiró largo.

—Vale… Entonces, no me queda más remedio que rendirme. Sois dos contra uno, más jóvenes, y la peluca no me deja pensar demasiado.

—Además, como no seas bueno, Mamá Claus no va a cumplir tu deseo de afilar flechas. —Pippa le giñó un ojo y él levantó las manos, derrotado.

En ese momento, irrumpieron Reese, Hunter, Lainey y Harper como un vendaval.

—¡Salid todos ahora mismo! —gritó Harper—. ¡Os vais a perder el encendido!

La gente se reunió alrededor de la fuente. Los farolillos esperaban en manos temblorosas y las luces del pueblo bajaron un punto, como si Saint Valentine Falls también contuviera la respiración.

El alcalde subió a una pequeña tarima y dijo unas palabras que no llegué a escuchar completas.

Tenía el corazón demasiado alto.

Cogí la mano de mi hijo y estreché contra mi costado a la mujer que ya consideraba mi hogar.

La fuente se encendió.

Cupido brilló en rosa, blanco y rojo. El agua se volvió un espejo tembloroso. Durante un segundo, todo el pueblo guardó silencio.

Nos agachamos los tres para coger un farolillo.

—¿Sabes cómo funciona? —le preguntó Sky con ternura.

Sentí un nudo cerrarme la garganta.

—Sí —respondió él—. La abu me lo ha enseñado. Voy a dar gracias por ti y porque tu mamá y la mía sean amigas… Ah, y porque también quieras a mi padre.

Sky sonrió, emocionada.

—Me parece perfecto. Yo también voy a dar las gracias a tu mamá por haber tenido un niño tan perfecto… y por dejarme quererlo.

El nudo volvió.

No hizo falta que nadie dijera «familia». La palabra estuvo allí, sin nombre, desde el principio.

Mi hijo me miró.

—¿Y tú, papá?

—Yo voy a dar las gracias por vosotros —dije—. Porque da igual cómo le haya ido esta temporada al QB1 de los Cowboys, cuando os miro, sé exactamente lo que significa la palabra felicidad y dónde pertenezco.

Los farolillos se elevaron al cielo como un enjambre lento de luces suaves.

Levanté la vista y se me llenaron los ojos de pura emoción y agradecimiento.

Busqué los labios de mi animadora secreta, rodeados de todos aquellos a quienes queríamos, y entendí que tener esa suerte era un milagro, sin importar la época del año.

EPÍLOGO



Nunca he sido partidario de las presentaciones largas.

Si habéis llegado hasta aquí, ya sabéis quién soy y por qué me odiáis un poco.

El amor no arruina vidas.

Eso lo hacéis los humanos con una eficiencia digna de estudio.

Yo solo pongo a las personas correctas en el momento más inoportuno posible y luego me aparto a mirar. El resto es cosa vuestra: decisiones de mierda, promesas que no sabéis sostener, miedos disfrazados de orgullo y esa costumbre tan necia de llamar destino a lo que os da pánico admitir que habéis elegido vosotros.

No hay destino. Nunca lo ha habido.

Hay amor. Y hay gente intentando esquivarlo como si fuera una multa bien puesta.

Y luego, estoy yo.

El que observa, elige y no negocia. El que no pide permiso ni perdón. El puto amo, si lo preferís en términos simples. Por eso yo tengo una fuente y vosotros no.

Febrero es mi época favorita, y el amor mi juego.

A ver, no nos engañemos. A algunos les da por coleccionar sellos, por montar maquetas o por criar suculentas. A mí me dio por jugar con personas. Lo prefiero a *Los Sims*. Yo no diseño casas ni borro escaleras de piscinas, yo voy a algo más fino: una conversación mal planteada, una decisión tomada tarde y una mirada que llega cuando ya no hay marcha atrás.

Saint Valentine Falls es mi tablero favorito porque aquí todos creen que saben cómo funciona el amor y ninguno tiene ni puta idea.

Aquí protestan cuando les cruzo los caminos, cuando les jodo los planes o les descoloco la vida. Luego pasan los años, miran atrás y resulta que yo tenía razón. Siempre acaba pasando lo mismo: os acostumbráis a mis aciertos.

Los Wallace, por ejemplo.

Jane no nació *sheriff* y no la llamaban Calamity por casualidad. Creció entre barro, peleas y hermanos diciendo que a la caseta solo subían los chicos Wallace. Así que se cortó la coleta y se la puso en la entrepierna para subir igual. Elegancia cero. Determinación absoluta.

Casi fue delincuente juvenil. No por falta de opciones, sino por exceso de carácter. Hasta que un día decidió coger lo que nadie quería y hacerlo respetable a base de disciplina, control y mala hostia. No porque creyera en el sistema, sino porque entendió que, si no ponía las reglas, tendría que hacerlas respetar. Eso sí, las suyas.

El amor nunca le interesó demasiado. El vecino, que resultó ser el mejor amigo de su hermano, sí.

Algunos lo llaman justicia divina. Yo, experimento social… y tocarle las pelotas a Travis, el amante de la dinamita empeñado en decir que yo solo sabía cagarla.

Ese Wallace era otra cosa. Mucho músculo, poca cabeza y una clara vocación por ir detrás de animadoras con más pompones que neuronas. Estaba convencido de que había nacido para gustar hasta que apareció Pippa, su némesis personal.

La niña del pantano. Siempre sucia, siempre con las coletas torcidas, siempre fuera del molde, como su hermana Jane. Así que tuve que darle una cura de humildad lenta, incómoda y sin anestesia. De esas que te quitan la tontería a hostias emocionales. En concreto, tres. No fue romántico. Fue real. Y se lo merecía por atentar contra mi escultura favorita. Quería que yo perdiera la cabeza e hice que la perdiera él.

Mi golpe de gracia, mi gran obra maestra, ha tenido que esperar algunos años, aunque, teniendo en cuenta que soy inmortal, para mí son minucias.

El hijo de mi Grinch personal del amor con la hija adoptiva del decapitador.

Excepcional, no me digas que no.

Vale, que me enrollo y vosotros queréis saber qué pasó después de Navidad. Y no, no me refiero a que Evander tuviera su anhelada pista de coches de carreras, sino a lo que ocurrió cuando los tres volvieron a Dallas y el ruido fue inevitable.

Lo seguí todo por paloma mensajera. No os riais. Son mucho más eficaces que las cotorras; estas últimas me producen bastante jaqueca y yo paso de viajar.

En resumen: las fotos de Levi y Sky salieron en prensa. Lo que debía ser un escándalo, se convirtió en una historia demasiado grande para esconderla bajo una alfombra.

Ella era la *rookie* favorita de la audiencia.

Él, el jugador estrella por el que se ponían nombres a vibradores.

Amor prohibido, contratos absurdos y una sociedad encantada de indignarse cuando Romeo y Julieta visten pantalones ajustados y agitan pompones.

Lo divertido fue ver cómo, en lugar de castigar, en redes sociales y programas de máxima audiencia exigieron el regreso de Skyler. Que se aboliera la norma. Que las DCC dejaran de fingir que se puede regular el amor por contrato. No sé si fue conciencia colectiva o yo tocando un par de hilos con resaca. El caso es que funcionó.

La franquicia intentó salvar la cara como siempre: reunión educada, sonrisas tensas y una propuesta tibia. Que Sky animara, al menos, hasta los *playoffs*.

¿Y qué creéis que dijo?

Justo eso, que no.

No por rabia. Por coherencia. Porque hay cosas que, cuando se rompen, no se remiendan con un uniforme limpio, por muchas estrellas brillantes que lleve.

El 28 de diciembre, los Cowboys ganaron contra los Falcons en casa y ella animó desde las gradas con su sudadera azul y Evander

moviendo una pancarta cargadita de purpurina. Porque una cosa es dejar un puesto y otra muy distinta dejar de ser quien eres y jalear a quien amas.

El 4 de enero, en Philadelphia, contra los Eagles se perdió 24–27 y se cerró una temporada turbulenta. De esas que te enseñan más que cualquier victoria.

En la rueda de prensa posterior, Levi Carter hizo algo que muy pocos saben hacer a tiempo: elegir.

Anunció su retirada sin drama, sin rabia y sin cuentas pendientes. Habló de pasión, de familia y de saber cuándo algo deja de ser un sueño y pasa a ser una vida. También de Valentino Dalton, a quien auguraba un futuro prometedor. Nadie sabía que en Navidad ya había tomado una decisión vital y que era compartida.

Mi pueblecito de las montañas los hacía felices a los tres. Bueno, a los cuatro si contamos a Blue, y eso pesaba más que un estadio lleno.

Así que alquiló el ático a su protegido, que pasó a ser el QB1 de los Cowboys, y los Carter-Wallace regresaron al pueblo.

Cole le hizo una propuesta a su hijo que no pudo —ni quiso— rechazar: crear una escuela especializada de fútbol americano en unos terrenos que había comprado. Su propio método Carter-Carter. Becas. Escuelas de verano. Chicos con talento que no tendrían que huir para llegar a algo. Futuro con raíces, que es el único que dura.

Sky aceptó el traspaso que le ofreció su antigua profesora de *ballet*. Cuando Evander empezara el colegio, daría allí clases y, mientras tanto, echaría una mano para que la transición fuera menos brusca.

También decidió emprender un proyecto nuevo con Kayla y así cambiar la mirada colectiva y la presión social que recibían las animadoras. Esa absurda idea de que hay que encajar para merecer respeto o caber en un traje era demencial.

Lo llamaron C.U.P.I.D.: Cuerpos Únicos, Poder, Inclusión y Danza.

Que llevara mis siglas me pareció justo y de lo más natural.

Pero necesitaba un poco de diversión y justicia divina.

Las mortales que se creen intocables, con ínfulas de diosas, me dan urticaria, igual que los sistemas hipócritas siempre caen por

donde más presumen de pureza.

Así que lancé una flecha, una de las más divertidas de mi carrera. ¿El resultado?

Pues que cuando cierta animadora embarazada fue a devolver el uniforme, encontró una puerta entreabierta. Dentro, Charlotte Joneson estaba siendo besada en sus labios más sureños por santa Darah de la Gruta, que siempre tuvo más puntería con el veneno de su lengua que con las patadas altas.

No fue el cunnilingus enviado a los medios. Fue el contexto. El secreto. La jerarquía. El doble discurso hecho carne, y puede que influyera que Charlotte llevara veinte años casada.

Una caída rápida, pública y sin red. Mitchell pasó de protegida incómoda a problema urgente. La misma institución que la había ensalzado, la catalogó como error aislado, tildándola de manzana podrida del cesto.

Patético.

A Kayla le ofrecieron el reportaje definitivo. Sacar toda la mierda. Prender fuego al sistema. Tenía motivos, material y rabia de sobra.

Eligió otra cosa: Construir.

Crear una alternativa. Un espacio donde no hubiera contratos que regularan a quién puedes amar ni cuerpos que deban pedir perdón por existir. Donde la coherencia valiera más que la imagen.

Muy bonito todo, ¿verdad?

Eh, que yo también tengo mi corazoncito y estas cosas me gustan, aunque no tanto como el *mamarracheo*.

Como me habéis caído bien, entre vosotros y yo, os voy a contar un secreto.

Todos creen que caen o beben de mi fuente por accidente. Que, si lo hacen con la persona adecuada, el deseo y el amor aparecen.

Meeec. Error.

No funciona así.

Yo elijo antes. Como si fueran fichados para un *casting* de *First Dates* y yo fuera el redactor cabrón.

¿Que lo quieres con melena? Te la pongo, pero en el sótano. ¿Buscas uno guapo? Pues prepárate para que no dejen de repetirte que el amor es ciego y tu pareja tiene cara de sobaco.

Antes del agua. Antes del miedo. Antes de que sepáis lo que estáis arriesgando, estoy yo.

Podéis llamarme jodido, estúpido o amenazarme con meterme las flechas por donde me quepan. Me da igual.

Este es mi juego, mi tablero y aquí, cuando decido que se dejen de rodeos porque hay que echarle el lazo, no hay animadora secreta que valga.

No hay contrato. No hay norma. No hay excusa. Solo amor.

Ale, a cascarla y a disfrutar de las fiestas. ¡Ah, y tened cuidado, no os tropecéis con una de mis flechas, a ver si sois capaces de esquivarla!

Quien avisa no es traidor.

Os quiere, vuestro querido Cupido cabrón.